



Tipo de documento: Tesis de Doctorado

Título del documento: Nuevos líderes, viejas causas: factores estructurales y estilos de liderazgo de Mauricio Macri en Argentina y Jair Bolsonaro en Brasil

Autores (en el caso de tesis y directores):

Lucía Caruncho

Martín Omar D'Alessandro, dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2023

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR





Tesista: Lucía Caruncho

“Nuevos líderes, viejas causas”. Factores estructurales y estilos de liderazgo de
Mauricio Macri en Argentina y Jair Bolsonaro en Brasil

Tesis para optar al título de Doctora en Ciencias Sociales
Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires

Director: Dr. Martín Omar D'Alessandro

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

2023

Resumen: En base a la perspectiva del institucionalismo histórico la tesis busca comprender las diferencias entre los estilos de liderazgos de Mauricio Macri en Argentina (al que categorizó como no-militarista) y Jair Bolsonaro en Brasil (al que tipificó como militarista), a partir del análisis del rol y las características de los principales grupos de poder: las élites, la Iglesia, los militares, las organizaciones sociales y los partidos políticos. Sostiene que los procesos desatados durante la formación de los estados nación y los resultados de las últimas dictaduras y de la transición democrática en ambos países, contribuyeron a delimitar los valores, creencias y patrones de relación dominantes sobre los que se construyen los vínculos de autoridad –lo que la autora conceptualizó como los “límites de la tolerancia social”– y que contribuyen a moldear los estilos que los líderes pueden adoptar si procuran conseguir amplios apoyos sociales.

Abstract: On the basis of the historical institutionalism perspective, the thesis seeks to understand the differences between the leadership styles of Mauricio Macri (categorized as non-militarist) in Argentina and Jair Bolsonaro (typified as militarist) in Brazil by analyzing the role and characteristics of the main power groups: the elites, the Church, the military, social organizations and political parties. It maintains that the processes unleashed during the formation of nation states, the results of the last dictatorships and the transition to democracy in both countries contributed to delimit the values, beliefs and dominant relationship patterns on which authority links are built –what the author conceptualizes as the “limits of social tolerance”– and that contribute to shape the styles that leaders can adopt if they seek to achieve broad social support.

A mi abuelo materno, un inmigrante italiano que participó de la Segunda Guerra Mundial, llegó a la convulsionada Argentina de mediados de siglo XX y como la gran mayoría de los obreros se hizo la América, pero a los tumbos.

A mi abuela materna, hija de trabajadores rurales, y a mi vieja, la primera profesional mujer de la familia, porque aún frente a las resistencias y en plena década de 1970 dijeron: “m’hija la arquitecta”.

A mi abuelo paterno quien participó de la marina, de cuya historia sé poco, pero con quién compartí, aún frente al abismo, más de una charla y muchos scrabble, a los que por supuesto perdí.

A mi abuela paterna, una radical de la primera hora.

A mi viejo porque, aunque reniegue, siempre tendrá un alma hippie.

A todos ellos, por enseñarme el valor de la pluralidad y la democracia.

Agradecimientos

Esta tesis no hubiera sido posible sin el respaldo de aquellas instituciones y personas que contribuyeron a mi desarrollo académico y personal. En primer lugar, mi agradecimiento a la Universidad de Buenos Aires y a los profesores y profesoras de los seminarios que cursé por recordarnos que el espacio del aula es siempre un lugar de aprendizaje y a los jurados de esta tesis por su disposición a evaluarla. En segundo lugar, a los profesores y colegas de la Universidad de Rio Grande del Sur, Paulo Peres, Carol Côrrea y João Dellasta, por recibirme y compartir sus conocimientos durante mi estancia de investigación allí. También a Francisco Colom (CSIC) y Thiago Mourelle (UERJ) porque cuando los contacté para consultarles sobre algunos libros de su autoría me los hicieron llegar desde España y Brasil hasta la puerta de mi casa, a Cristian Acosta Olaya por todo el material que me facilitó sobre populismo, al profesor Luis Donatello (UBA) por su evaluación del proyecto doctoral y materiales sobre el catolicismo y, especialmente, a Claudio Iván Remeseira quien accedió a conversar conmigo sobre religión y, en el camino, me dio una gran clase magistral por zoom desde Estados Unidos. En tercer lugar, a mi director de tesis porque cuando hace algunos años atrás le entregué mi primer proyecto doctoral, lo leyó atentamente, me dijo “muy bien Lucía” y añadió: “parece que estuvieras intentando encorsetar tu estudio dentro de una metodología y lo que me parece que necesitas es una buena pregunta, una que te guste, te seduzca, porque vas a estar respirando el tema por los próximos años de tu vida” y entonces opté por un camino del todo distinto, uno que me resultó mucho más atractivo y también más desafiante, asique gracias Martín D’Alessandro por tus invaluable comentarios, tu tono reflexivo y sereno, por la libertad que me diste para escribir y por la confianza depositada en mí. En cuarto lugar, a Mariano Frascini e Ignacio Santoro por ponerse al hombro más de una actividad, su tiempo vale oro. Gracias a mis amigos, amigas, amigos y familia que me bancaron los “no puedo”, las ausencias y los plantazos porque “estoy escribiendo la tesis”. Finalmente, a mi pareja, Juan Martín Galeano, porque me haces pensar por fuera del molde, por tu imaginación sociológica, por tu calma, tu humor ácido, por leerme, por acompañarme y porque claro que podríamos vivir uno sin el otro, pero aprendo y me río mucho más junto a vos. Con todos estos valiosos apoyos, solo resta decir que los problemas que puedan persistir son de exclusiva responsabilidad de quien escribe.

Índice

Introducción	9
I. Planteos introductorios. Política, sociedad e historia	20
1. El liderazgo en la ciencia política contemporánea	20
1. (a) La agenda de estudios sobre liderazgo político	25
1. (a) (i) Los estudios formalistas	25
1. (a) (ii) Los estudios interaccionistas	34
1. (a) (iii) Los estudios socioculturales.....	42
1. (b) Estudios sobre América Latina. Instituciones, populismo y religión	52
1. (b) (i) Los estudios formalistas en América Latina	54
1. (b) (ii) Estudios sobre populismo	57
1. (b) (iii) Los estudios político-religiosos	63
2. Institucionalismo histórico comparado: supuestos y conceptos clave	73
2. (a) Conceptos clave: estilos de liderazgo, discursos y coyunturas críticas	78
3. Objetivos.....	90
4. Metodología.....	91
II. ¿Quién es el pueblo? La fundación del Estado nación en Argentina y Brasil (1850-1930)	98
Introducción.....	98
1. La formación del Estado argentino.....	99
1. (a) El clivaje fundacional: la fractura política	100
1. (b) Las élites. Un pueblo para la nación	104
1. (c) El nacimiento de una alianza: las élites, la Iglesia y los militares en la formación de la nación	114
1. (d) Organizaciones sociales y partidos políticos: entre la crítica y el combate.....	121
2. La formación del Estado brasileño	128
2. (a) El clivaje fundacional: la fractura social.....	128
2. (b) Las élites brasileñas. Unidad estatal y racialización nacional	133
2. (c) La Iglesia y los militares. Penetración estatal y autonomía castrense	144
2. (d) Movimientos sociales y partidos políticos: cooptación y estadanía	157
III. La deriva autoritaria y las transiciones hacia la democracia en Argentina y Brasil (1930 - 1983/85)	164
Introducción.....	164

1. Argentina. Igualitarismo, autoritarismo y violencia (1930-1989).....	166
1. (a) De la nación católica a la nación armada (1930-1976).....	166
1. (a) (i) La emergencia del peronismo: los grupos de poder (1930-1955)	170
1. (a) (ii) La consolidación del peronismo: los grupos de poder (1955-1976).....	183
1. (b) Nunca más. La transición por colapso	193
2. Brasil. Los militares al poder (1930-1985).....	205
2. (a) Entre el autoritarismo y el interregno democrático (1930-1964).....	206
2. (a) (i) Comienzo de la Era Vargas: los grupos de poder (1930-1945)	208
2. (a) (ii) Fin de la Era Vargas: los grupos de poder en democracia (1945-1964)	223
2. (b) “Lenta, gradual y segura”. La transición negociada	244
IV. Los límites de la tolerancia social: los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro.....	256
Introducción.....	256
1. La democracia contemporánea en Argentina y Brasil.....	257
1. (a) Los grupos de poder tras la restitución de la democracia	261
2. Los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro	277
2. (a) “A los casos, a los casos”: la elección de la muestra	279
2. (a) (i) Los spots de campaña: la clasificación de los liderazgos.....	282
2. (a) (ii) Las entrevistas: esperanza y combate	288
Conclusiones.....	298
Bibliografía.....	314

Índice de tablas

Tabla 1. Tipología del liderazgo (Blondel)	39
Tabla 2. Estudios contemporáneos sobre liderazgo político	52
Tabla 3. Estudios sobre el liderazgo político en América Latina	71
Tabla 4. Clasificación liderazgo no-militarista - militarista	81
Tabla 5. Argentina. Promedio anual de las principales exportaciones (en miles de unidades o toneladas) por el puerto de Buenos Aires entre 1810-1859	100
Tabla 6. Argentina. Exportaciones de los principales productos (en millos de dólares), entre 1854-1883	100
Tabla 7. Brasil. Principales exportaciones (en porcentajes) en relación con el valor total, entre 1821-1880	101
Tabla 8. Brasil. Composición poblacional en 1872, 1890 y 1940	140
Tabla 9. Brasil. Cantidad de Congregaciones entre 1850 y 1870	148
Tabla 10. Argentina y Brasil. Los grupos de poder, 1850-1930	162
Tabla 11. Argentina. Contexto político y huelgas generales en Capital Federal entre 1946-1968	180
Tabla 12. Argentina. Promedio mensual de huelgas entre junio de 1973 y marzo de 1976	193
Tabla 13. Argentina. Paros, número de huelguistas y salarios en Argentina entre 1976-1981	199
Tabla 14. Argentina y Brasil. Medidas de justicia transicional	204
Tabla 15. Brasil. Agitaciones y revueltas militares entre 1930-1945	209
Tabla 16. Brasil. Militares del Ejército excluidos por razones políticas, 1931-1938	212
Tabla 17. Brasil. Procesos en el Supremo Tribunal Militar entre 1933-1938	212
Tabla 18. Brasil. Contexto político y número de huelgas al año entre 1930 y 1984	234
Tabla 19. Argentina y Brasil. Peronismo y Varguismo	241
Tabla 20. Argentina y Brasil. Las transiciones democráticas	253
Tabla 21. Argentina y Brasil. Los grupos de poder, 1930-1983/85	254
Tabla 22. Argentina y Brasil. Los grupos de poder, 1983/85-2018/actualidad	277
Tabla 23. Macri y Bolsonaro. Distribución de dominios	283
Tabla 24. Macri y Bolsonaro: análisis del discurso de las entrevistas	296

Índice de gráficos

Gráfico 1. Marco explicativo e hipótesis	96
Gráfico 2. Población esclava estimada en América a fines de siglo XVIII	102
Gráfico 3. Cantidades estimadas de esclavos (en miles) ingresadas en el tráfico del Atlántico hacia Hispanoamérica y Brasil entre 1720 y 1860	102
Gráfico 4. Argentina. Estimación (en porcentaje) de la población indígena no sometida respecto del total poblacional parcial entre 1810 y 1914	110
Gráfico 5. Argentina. Tierra alcanzable por el Ferrocarril (FF.CC) y superficie cultivada (SC) en la región pampeana entre 1880 y 1913	110
Gráfico 6. Argentina y Brasil. Inmigración estimada (en miles) entre 1880 y 1921	113
Gráfico 7. Argentina. Huelgas estimadas entre 1881 y 1910	125
Gráfico 8. Argentina y Brasil. Tasa de analfabetismo entre 1870 y 2000	137
Gráfico 9. Brasil. Años de escolarización promedio de la población adulta (entre 25 y 64 años de edad) discriminada por color entre 1960 y 1999	142
Gráfico 10. Brasil. Porcentaje de población adulta (entre 25 y 64 años de edad) con estudios universitarios completos discriminada por color entre 1960 y 1999	143
Gráfico 11. Ciudad de San Pablo (SP) y de Buenos Aires (BA). Huelgas estimadas entre 1917 y 1922	160
Gráfico 12. Argentina y Brasil. Crecimiento anual del PBI (%) entre 1964 y 1985....	197
Gráfico 13. Argentina y Brasil. Índice de exclusión por grupo social, 1900 y 2021 ...	220
Gráfico 14. Argentina y Brasil. Indicador distribución igualitaria, 1900 y 2021	248
Gráfico 15. Argentina y Brasil. Satisfacción con la democracia, 1995 y 2020	259
Gráfico 16. Argentina y Brasil. Confianza en los partidos políticos y el Congreso Nacional, 1989 y 2022	260
Gráfico 17. Argentina y Brasil. Confianza en las FFAA, entre 1981 y 2022	264
Gráfico 18. Argentina y Brasil. Índice de Gini, 1986 y 2020	267
Gráfico 19. Argentina y Brasil. Índice de igualitarismo, 1900 y 2020	275
Gráfico 20. Dominios <i>Spots</i> Macri, en porcentajes	283
Gráfico 21. Dominios <i>Spots</i> Bolsonaro, en porcentajes	283
Gráfico 22. Macri y Bolsonaro. Imagograma total menciones positivas	285

Aclaraciones preliminares:

Con el fin de contribuir a una lectura más fluida, las próximas páginas emplean el lenguaje genérico masculino como referente extensivo de todos los seres humanos. Sin embargo, la autora de esta tesis no desconoce que su uso invisibiliza a las personas no binarias y a las mujeres y contribuye a construir percepciones e imaginarios predominantemente masculinos. En este sentido, es consciente de la importancia de la dimensión simbólica en las relaciones sociales y la injerencia del lenguaje en la formación de una sociedad más inclusiva, justa e igualitaria.

A su vez, en conformidad con las recomendaciones efectuadas por autoridades de esta casa de altos estudios, cuando esta tesis remite a uno o varios autores de modo directo detalla no solo el apellido, que es lo usual, sino también el nombre del autor, de manera de favorecer tanto la visibilización de la diversidad como la transparencia en el uso de la bibliografía. En esta dirección, la autora optó por el estilo de citación Chicago debido a que, a diferencia de APA, incluye el nombre de los autores en el esquema de referencia bibliográfica.

Introducción

La popularidad que han ganado, en la última década, líderes como Beppe Grillo en Italia o Marine Le Pen en Francia y la llegada al Ejecutivo Nacional de Mauricio Macri (Argentina 2015-2019), Donald Trump (Estados Unidos 2017-2021), Jair Bolsonaro (Brasil 2019-2022) y Giorgia Meloni (Italia 2022-actualidad) llaman la atención sobre sus estilos de liderazgo y su potencial para atraer amplio apoyo social. Dichos líderes¹, habitualmente vinculados con la “(nueva) derecha” (Pereyra Doval y Souroujon 2022; Alenda 2020; Bolcatto y Souroujon 2020; Luna y Rovira Kaltwasser 2014), comparten una serie de características: entre otras, emergieron en contextos de crisis socioeconómicas y creciente polarización política y construyeron su identidad en base a temas “transversales” y “programáticos no redistributivos” (Luna y Rovira Kaltwasser 2014,14) como la honestidad, la eficiencia, el bienestar y/o el medio ambiente², que los han ayudado a llegar a un electorado policlasista y a captar el vasto voto del ciudadano desconfiado o decepcionado de la política (Alenda 2020; Luna 2016; Luna y Rovira Kaltwasser, 2014; Middlebrook 2000; Gibson 1996). Es decir, aquel que elige más “en oposición a” un partido o candidato que “a favor de”³.

Más allá de estos atributos en común, dichos líderes expresan diferencias tanto en lo que respecta a sus posturas económicas (vinculadas con sus posiciones en torno al grado de intervencionismo estatal en el mercado) (Wiesehomeier y Doyle 2014) como en sus estilos “político-culturales” (asociados con el mayor o menor acatamiento de los procesos institucionales) y “socioculturales” (relacionados principalmente con los modos de apelación, más o menos formales, populares, y/o universales)⁴ (Ostiguy 2017). Por ejemplo, mientras Donald Trump y Marine le Pen expresan una posición “nacionalista y

¹ Se diferencia el concepto de “líder” del de “liderazgo”. Mientras que “líder” refiere a las características personales de quien ejerce la autoridad para dirigir un grupo, “liderazgo” refiere a un tipo de relación social entre un grupo y un individuo (el líder) cuyo apoyo se basa en la confianza y la correspondencia de expectativas (Leiras 2019; D’Alessandro 2007).

² Generalmente asociados con los valores “posmateriales” (Inglehart 2001). Consultar Pippa Norris y Ronald Inglehart (2019) para los casos europeos y estadounidense y Vommaro y Morresi (2016) para el caso argentino.

³ Es lo que la literatura conceptualiza como *negative partisanship* (Samuels y Zucco 2019; Abramowitz y McCoy 2019). Se trata de votantes que están más en contra de un partido que de otro y que oscilan entre la afiliación o simpatía por un partido y ninguna afiliación o simpatía por algún partido (Zuckerman et al. 2007 citado en Ames 2019, 2).

⁴ Es lo que Pierre Ostiguy (2017, 2009, 1997) ha caracterizado como el “doble espectro político” formado por una dimensión “ideológica” (asociada a las posiciones de los líderes y partidos en torno al eje estado-mercado que suelen ser mucho más volátiles y variar en el corto y mediano plazo) y otra “cultural” (asociada a los rasgos de identidad en especial) mucho más estable que la anterior. Sobre estas dimensiones y su aplicación al estudio de los liderazgos latinoamericanos y estadounidenses en general ver Ostiguy (2017, 2009). Sobre Mauricio Macri y Jair Bolsonaro en particular se sugiere Caruncho (2020).

proteccionista” en torno a la economía (Norris e Inglehart 2019, 132-167) y un estilo de liderazgo⁵ “reaccionario, autoritario y populista” (Norris e Inglehart 2019) –entre otras cuestiones, por su discurso predominantemente racista y xenófobo– Jair Bolsonaro comparte con ambos el estilo de liderazgo pero no su posición económica que, en el caso del presidente brasileño, es más “abierto a los mercados internacionales” (Goldstein 2019, 197-205). A su vez, Mauricio Macri comparte con Bolsonaro su inclinación hacia la mayor apertura económica, pero se aleja del estilo de liderazgo “reaccionario” (Goldstein 2019, 206-210), además de asignarle un mayor rol social al Estado (Vommaro 2019; Morresi 2016). En efecto, esto último le ha valido al macrismo la etiqueta de ser un “conservadurismo compasivo” y una “derecha sensible” (Morresi 2016, 182-195) y tener un estilo de liderazgo más bien “liberal”, “republicano” y “moderado” (Casullo 2019; Vommaro 2019, 2017; Vommaro y Morresi 2016, 2015) debido a su recurrente apelación a la gestión y al diálogo. Así, lejos de constituir un bloque ideológico monolítico, los líderes asociados a la “nueva derecha” presentan variaciones sustantivas tanto en lo que refiere a sus posiciones económicas como a sus estilos de liderazgos, todo lo que vuelve el uso de dicha categoría un tanto ambigua.

De allí que, otra parte de la literatura estime que es difícil comprender la competencia política en términos exclusivamente ideológicos (Blondel y Thiébault 2010) particularmente en América Latina, cuyos sistemas políticos nacionales son más inestables que los noroccidentales (Bolognesi, Codato, Babireski, Roeder 2020, Mainwaring 2018; Kitschelt, Hawkins, Luna, Rosas y Zechmeister 2010). Estos autores sostienen que, por un lado, el contenido de las etiquetas izquierda y derecha depende en buena medida de los contextos de expresión, los valores socioculturales y la posición socioeconómica de quien los pronuncia (Zechmeister y Corral 2013; Kitschelt, Hawkins, Luna, Rosas y Zechmeister 2010). Por otro lado, que son difíciles de delimitar a contenidos programáticos transnacionales y relativamente estables (Wiesehomeier y Doyle, 2014; Roberts, 2014; Zechmeister 2010; Rivarola Puntigliano y Garce 2008) y, por consiguiente, insuficientes para organizar y estructurar el espacio político a largo plazo.

Si bien esta tesis reconoce la utilidad de las categorías ideológicas, entiende que en la medida en que la discusión en torno a su uso y pertinencia continúa abierta (Pereyra

⁵ Refieren a “modelos de acción” que se expresan tanto en el nivel del discurso como en los modos de ejercer el poder político (Diz 2014, 229).

Doval y Souroujon 2022; Bolcatto y Souroujon 2020; Alenda 2020; Luna y Rovira Kaltwasser 2014) y excede por mucho el marco de este estudio es preferible, a los fines de que esta exposición sea clara y precisa, caracterizar a estos liderazgos como “de alteridad”⁶. En específico, porque independientemente de las posturas en torno al uso de izquierda y derecha para comprender la política, los especialistas coinciden, a uno y otro lado, en un aspecto particular. Que se trata de liderazgos cuya identidad y vínculos electorales⁷ se basan fundamentalmente en un común sentimiento de oposición generalmente en torno al oficialismo de turno, sea antidemócrata en Estados Unidos (Levitsky y Ziblatt 2018), antisocialista en Francia (Norris e Inglehart 2019) antipetista en Brasil (Kourliandsky 2019) o antikirchnerista en Argentina (Goldstein 2019) más que en asuntos programáticos globales, medianamente duraderos y delimitados; tal como lo muestra la predominancia de los llamados discursos transversales a la izquierda y la derecha y/o no redistributivos (Luna y Rovira Kaltwasser 2014).

En general, los especialistas recurren a dos aspectos más relevantes para explicar el desarrollo y estilo de estos liderazgos de alteridad. En primer lugar, los diseños y características de las instituciones formales⁸ (en particular, la forma de gobierno, los sistemas de partidos y los sistemas electorales). Sostienen que el desarrollo de estos líderes es más común en países con sistemas políticos débilmente institucionalizados, es decir, países con partidos y sistemas de partidos menos arraigados en la sociedad, una comunidad política e instituciones democráticas donde prevalece la informalidad de las normas y las relaciones, además de déficits de gobernabilidad y ciclos políticos predominantemente inestables (Mainwaring 2018; Mainwaring y Scully 1996). El argumento es que la debilidad de los constreñimientos formales (como las reglas que regulan la nominación de candidatos) contribuye a que los líderes tengan mayor capacidad para concentrar el poder, tomar decisiones e imponer sus propios estilos dirigenciales por fuera de ataduras partidarias –más aún en el contexto de organizaciones débiles– (Diamint y Tedesco 2019; Mainwaring 2018; Mainwaring y Scully 1996). No

⁶ Se trata de una categoría elaborada por la autora de esta tesis. Está inspirada en un artículo de Alejandro Grimson (2018) referente a la “extrema derecha” en el que caracterizó al movimiento *Ele Não* brasileño como “una iniciativa de las mujeres (...) donde no había una identidad política común sino una alteridad compartida” (Grimson 2018, 11) frente al discurso homofóbico de Bolsonaro.

⁷ En referencia a que la tesis entiende al liderazgo como el producto de una relación social (no reductible a los atributos individuales del líder). En este sentido, como se señaló, también existe un electorado más propenso a votar en contra de un candidato o partido que a favor de un proyecto. Estos puntos se desarrollan en el capítulo I, apartado 1 (a).

⁸ Las instituciones formales constituyen reglas codificadas que en general constan por escrito (como las leyes).

obstante, este enfoque no muestra por qué estos líderes emergen en países con diferentes diseños institucionales vinculados tanto con los niveles de institucionalización del sistema político –por ejemplo Estados Unidos, mayormente institucionalizado (Mainwaring 2018), donde hasta el 2021 gobernó D. Trump y Brasil, débilmente institucionalizado (Mainwaring, Power y Bizzarro 2018), donde hasta el año 2022 gobernó J. Bolsonaro– como con las formas de gobierno –presidencialistas en el caso de Estados Unidos y América Latina y parlamentarias en los casos europeos– y sus sistemas electorales. Asimismo, tampoco explica por qué sus estilos difieren.

En segundo lugar, están los estudios que hacen énfasis en los climas políticos mundiales, regionales y/o en los escenarios coyunturales. Argumentan que la actual crisis de representación favorece el desarrollo de líderes que se presentan por fuera de identidades políticas precisas para evitar ser asociados a la imagen negativa del ámbito político (Goldstein 2019; Leiras 2019; Annunziata 2018, 2015, 2012; Luna 2016; Cheresky 2012; Novaro 1995, 1994). Así, al ubicarse simbólicamente por fuera de ese ámbito, procuran empatizar con el “ciudadano común” a través de discursos de “proximidad” basados en temas generales, narrativas emotivas y experiencias privadas que fomentan una comunicación de carácter “intimista” (Annunziata, Ariza y March 2018, 72-75). A su vez, la pretensión de desvincularse del ámbito político de parte de estos líderes se intensifica en escenarios de crisis económicas y sociopolíticas locales. En particular, como los electorados suelen identificar a los gobiernos nacionales como sus principales responsables (Vommaro 2019; Hunter y Power 2019; Levitsky, Loxton, Van Dick y Domínguez 2016) los liderazgos intentan llegar a este “ciudadano común” a través de la “oposición a” (en este caso, a la gestión nacional, habitualmente acusada de “corrupta”) más que por medio de programas políticos precisos. Si bien esta perspectiva permite comprender en mayor medida el nacimiento y desarrollo de dichos liderazgos, además de aportar al enfoque institucionalista, es insuficiente por sí sola para explicar por qué frente a los mismos climas políticos regionales y ante similares escenarios coyunturales (crisis económica, descontento popular, manifestaciones sociales, cuestionamiento de los oficialismos nacionales, polarización política, escándalos de corrupción) ciertas características sustanciales de los liderazgos emergentes de dichos procesos difieren. En el marco de esta discusión, esta tesis se interesa por las diferencias entre los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro.

Respecto de Macri⁹, constituye un liderazgo emergente de la crisis argentina de 2001, en el contexto de un fuerte cuestionamiento hacia la política en general. Desde entonces, se presentó como un líder *outsider* por su pasado empresarial, representante de una “nueva política”, basada en el diálogo, la eficacia y honestidad, y de los valores “posmateriales”: el pluralismo, la felicidad y el bienestar (Vommaro y Morresi 2016, 62). A partir de su proyección nacional en 2008, consolidó su identidad sobre la oposición al entonces gobierno del Frente para la Victoria (FPV) y se sustentó en argumentos de eficiencia y gestión antes que ideológicos (Vommaro 2017; Vommaro y Morresi 2016). Todo ello se reflejó en los ejes de su campaña presidencial de 2015: “unir a los argentinos”, “pobreza cero”, “derrotar el narcotráfico” (Infobae 10 de diciembre de 2015), que se apoyaron en el lema “estoy con vos” (Total Medios 22 de julio de 2015).

En cuanto a Bolsonaro¹⁰, aunque la evolución de su popularidad fue más abrupta (2016-2018) que la de Macri, su liderazgo también emergió en un escenario de crisis (2013-2016) y fuerte cuestionamiento a la dirigencia política tradicional. De igual manera, se posicionó como un líder *outsider* por su pasado militar y construyó su identidad en oposición al entonces gobierno del Partido de los Trabajadores (PT). Sin embargo, a diferencia del líder argentino, logró proyección nacional sustentado en un lenguaje fuertemente provocativo en torno a los derechos de las minorías y justificatorio del orden militar. Todo ello se manifestó en los ejes de su campaña presidencial: la lucha contra la “corrupción”, la “ideología de género” y el “comunismo” y la “restauración del orden”, que se articularon en un lenguaje de corte “militarista” apoyado en el lema “Brasil por encima de todo y Dios encima de todos” (Stefanoni 2018, 4-5).

Llegado este punto cabe preguntarse: ¿por qué estos liderazgos tuvieron respuestas diferentes frente a contextos económicos de crisis, movilización social y escándalos de corrupción?; ¿por qué frente al discurso generalmente polarizante de la oposición (el FPVFPV y el PT), en un caso el liderazgo apeló al “diálogo” y a la “pluralidad” y en el otro a la confrontación y a la restauración del orden militar¹¹?; ¿qué

⁹ Si bien este punto se desarrolla en el capítulo IV de esta tesis, se pueden consultar los conocidos trabajos de Gabriel Vommaro y Sergio Morresi (2016, 2015) sobre la emergencia del liderazgo de Mauricio Macri en Ciudad de Buenos Aires y Sergio Vommaro (2017) sobre su nacionalización.

¹⁰ *Ibidem*. Consultar Ariel Goldstein (2019). Igualmente, la autora de esta tesis compara los contextos de emergencia de ambos líderes en Lucía Caruncho (2020).

¹¹ Algunas frases de Bolsonaro son ilustrativas al respecto: “El error de la dictadura fue torturar y no matar”; “Sería incapaz de amar un hijo homosexual” y en referencia a los afrodescendientes “Ni para procrear sirven más” (Perfil 28 de octubre de 2018). Ello no desconoce que Macri también haya expresado ofensivas: “Conmigo se acaban los curros de los derechos humanos” (Rosemberg 8 de diciembre de 2014). Pero ante

explicaría que, en los actuales contextos democráticos, países vecinos atravesados por un violento pasado militar hayan desarrollado liderazgos que, de un lado, no degradan explícitamente la democracia y del otro, valoran los últimos procesos autoritarios? En definitiva, ¿por qué el liderazgo de Macri adoptó mayormente un estilo de liderazgo que podría llamarse “no-militarista” y Bolsonaro, uno “militarista, según el cual se realza abiertamente el orden político, social y moral tradicional¹² y las Fuerzas Armadas como su fuente principal?

Este estudio se interesa por los principales factores sociohistóricos que contribuyen a explicar las diferencias entre los estilos de liderazgos en Argentina y Brasil, en particular, entre el liderazgo de Mauricio Macri y el de Jair Bolsonaro. El primero tiende a reivindicar discursivamente un orden político plural, en específico, la democracia, la cultura militarista y la autoridad militar no ocupan un lugar central en su discurso y procura no degradar explícitamente a las minorías; en adelante se lo denominará estilo no-militarista. Por el contrario, el segundo reivindica un orden político cerrado, generalmente no democrático, la cultura militarista y la autoridad militar ocupan un lugar central en su discurso y manifiesta explícito menosprecio hacia las minorías. A este estilo la tesis lo llamará militarista debido a que se trata de un liderazgo cuyo discurso realza generalmente abiertamente los valores comúnmente asociados los autoritarismos militares –“Dios, patria, familia”¹³– además de las jerarquías y la autoridad (política, social y moral) establecidas y reivindica el rol, la figura, los conceptos, modelos y procedimientos vinculados con la autoridad de los militares que estima que constituyen uno de los garantes principales de dicho orden¹⁴. Todo ello en detrimento de los grupos minoritarios¹⁵ y las organizaciones sociales y partidos políticos que los nuclean y/o representan por entender que comportan una “amenaza” al orden establecido y, en consecuencia, le cabe limitar, tergiversar, denostar y descalificar, en este caso simbólicamente, su ejercicio. En este punto es importante aclarar que, si bien la autora de

el rechazo social, fueron catalogadas como “exabruptos”. Sobre este punto ver Andrea Bolcatto (2020, 27-28).

¹² La tesis usa la palabra tradicional en referencia a las ideas, normas, costumbres transmitidas del pasado, socialmente estatuidas y/o establecidas, reforzadas de generación en generación.

¹³ Consultar Gianfranco Pasquino (2011, 287-316).

¹⁴ En palabras de los especialistas, el militarismo refiere a la adopción de modelos, conceptos, doctrinas y procedimientos militares (Zaverucha 2008; Cequeira 1998).

¹⁵ En referencia a grupos posicionados en una situación inferior (no dominante) independientemente de su cantidad numérica (ONU, 2010). Habitualmente no están definidos económica ni demográficamente y se vinculan con un rasgo simbólico o de identidad (como la etnia, la raza, la religión, la orientación sexual, la nacionalidad o la lengua) y/o físico (mujeres, negros, minusválidos) cuya desatención se hace visible, en este caso, a través de discursos explícitamente discriminatorios.

esta tesis reconoce que esta categorización (no-militarismo - militarismo) podría sonar sugestiva, lejos de aquella intención cree que, así precisados los términos permiten capturar los estilos de los liderazgos a los que este estudio refiere.

El interés de los casos radica en que se trata de países que comparten similitudes institucionales, regionales y en cierta medida contextuales, pero cuyos resultados políticos difieren. Si bien una primera impresión podría adjudicar las diferencias entre sus estilos de liderazgo a las trayectorias personales y los atributos individuales de estos líderes –por ejemplo, que Mauricio Macri proviene del ámbito empresarial y Jair Bolsonaro es un exmilitar y por tanto, la inclinación a la gestión de parte del primero y al militarismo de parte del segundo es “natural” y/o parte de su personalidad– dicha aseveración implicaría negar el núcleo sobre el que reposa el desarrollo central de las ciencias sociales contemporáneas: “La superación de la oposición ficticia entre subjetivistas y objetivistas” (Bourdieu, Boltanski, Castel y Chamboredon 1979 citado en Gutiérrez 2005), en otras palabras, entre “estructura y agente”¹⁶ (O’Donnell 2010; Bourdieu 1988). Es decir, implicaría negar que los individuos están influidos por los contextos, ambientes y/o entornos sociales, políticos, económicos, culturales en los que se insertan, actúan e interactúan; que las representaciones que los sujetos tienen de los contextos que los rodean varían según sus relaciones de posición en la estructura social, de sus intereses y según sus esquemas de percepción y apreciación adquiridos a través de la experiencia (Bourdieu 1988, 13) y que todo sujeto es también portador de “agencia”¹⁷ (Steinmo y Thelen 2015; O’Donnell 2010; Pierson y Skocpol 2008; Mahoney 2000; Bourdieu 1988). Esto es, está dotado de razón práctica y moral y hace uso de su capacidad motivacional e intelectual para tomar decisiones que, en principio, son razonables y de cuyas consecuencias es responsable¹⁸ (O’Donnell 2010, 49-50) –punto que se desarrolla en el capítulo I de esta tesis–. En este sentido, esta tesis concibe al liderazgo como un tipo de relación social entre un sujeto individual (el líder) y sus seguidores, fundada en la

¹⁶ Sobre este asunto, la obra de Pierre Bourdieu constituye una referencia ampliamente extendida en el campo de la sociología (se sugiere consultar Alicia Gutiérrez 2005). Igualmente, el libro póstumo de Guillermo O’Donnell (2010) constituye un imprescindible sobre este tema en el campo de la ciencia política.

¹⁷ Esta idea involucra complejas e históricas reflexiones filosóficas, psicológicas y sociológicas (O’Donnell 2010, 48). Al respecto, se puede consultar Robert Dahl (1989), una de las obras más esclarecedoras y reconocidas. Igualmente, Guillermo O’Donnell (2010) ofrece una valiosísima mirada sobre este asunto y sobre sus implicancias políticas, sobre todo, en Latinoamérica.

¹⁸ Se asume siempre, y a priori, que todos los sujetos gozan de autonomía salvo que, en reclamo de una excepción basada en evidencias morales y jurídicas contundentes, se pida su contrastación (O’Donnell 2010, 50).

confianza y en la mutua correspondencia de expectativas (Leiras 2019; D'Alessandro 2007). Así, lejos de concepciones individualistas centra su atención en los contextos sociohistóricos y en las relaciones de situación o poder que generan y que condicionan los vínculos sociales sobre los que se cimentan los liderazgos. De allí, la preferencia de este estudio por abordar los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro a partir de la perspectiva del institucionalismo histórico (Pierson y Skocpol 2008; Pierson 2000; Skocpol y Somers 1980). Esta perspectiva supone que es posible identificar coyunturas críticas o períodos de cambios significativos atravesados por profundos conflictos (clivajes) de los que se desprenden instituciones que tienden a reproducir determinados patrones en el tiempo (Pierson y Skocpol 2008).

Bajo este modelo, esta tesis argumenta que las diferencias entre los estilos de liderazgo de Macri y Bolsonaro se relacionan con lo que conceptualiza como los “límites de la tolerancia social”. Es decir, con los valores, creencias y patrones comportamentales heredados de coyunturas críticas nacionales –la fundación del Estado nación en el siglo XIX y la transición democrática en la década de 1980–, que afectan al conjunto de convicciones compartidas y marcan un umbral respecto de lo que es socialmente admitido. Se estima que dichos límites integran, moldean y reproducen las relaciones sociales en cada país a través de vínculos de jerarquía y autoridad y, consecuentemente, condicionan las posibilidades de que los diferentes estilos de liderazgo obtengan apoyos. Igualmente, la importancia de las coyunturas críticas seleccionadas radica en que tanto los procesos de formación de los estados nacionales (Collier y Munck 2022; Mazzuca 2021; Souza 2019; Almeida 2018; Belvedere et al. 2007; Baptista da Silva y Rosemberg 2007; Segato 2007; Fausto y Devoto 2005; Sábato 2003; Lettieri 2003; Skocpol 1999; Carvalho 1995; Halperín Donghi 1982) como las características de los pactos llevados adelante durante las transiciones democráticas (Pérez-Liñán y Mainwaring 2020; Foweraker y Landman 1997; Bratton y Van de Walle 1997; O'Donnell y Schmitter 1988) tienen una influencia decisiva sobre la (re)producción¹⁹ y cristalización del orden

¹⁹ En adelante se usa el prefijo re entre paréntesis –(re)– en alusión a la mutua implicancia entre diferentes procesos sociales.

burocrático, simbólico y social²⁰ que tiende a reforzar una determinada organización del poder político en detrimento de otras²¹.

De esta forma, esta tesis se aparta de la concepción de la ciencia política institucionalista que suele relativizar la importancia de los factores históricos y sociales para comprender los resultados políticos. El examen de Argentina y Brasil permitirá complementar dicho abordaje, aportar a los estudios centrados en los factores coyunturales y regionales y contribuir al curso de las investigaciones comparadas sobre América Latina en especial. Asimismo, estimular la reflexión crítica sobre uno de los principales problemas de nuestro tiempo: la calidad de las democracias. Sobre todo, si se considera que la democracia no es solo un conjunto de procedimientos formales, sino también de instituciones y actores que, en su interacción, aportan u obstruyen la efectiva realización de sus pilares valorativos, es decir el efectivo ejercicio y cumplimiento de la igualdad y la libertad.

Queda entonces guiar al lector en los principales temas que aborda cada uno de los capítulos de esta tesis. Una suerte de mapa que señala “dónde estamos”, con qué vehículos contamos y cuál es la ruta más apropiada para atravesar los sinuosos caminos que marcaron los siglos XIX y XX hasta llegar al punto de destino: los estilos de liderazgo político de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro.

El capítulo I se ocupa de la discusión académica contemporánea en torno al liderazgo político. Revisa los factores que ofrecen los dos principales enfoques (el de la acción racional y el institucionalismo histórico) vinculados con los llamados estudios neoinstitucionalistas (los formalistas, interaccionales y socioculturales) para explicar los estilos de liderazgo político, a la vez que enfatiza sobre los centrados en América Latina (el populismo y, en menor medida, los formalistas y los político-religiosos), en particular, en Argentina y Brasil. Conforme con los supuestos de esta tesis, dicha agenda de estudio coincide en que los contextos institucionales, sociales, políticos, culturales influyen y condicionan el accionar y las preferencias de los sujetos y los grupos al tiempo que dichos

²⁰ En su aspecto material (u objetivo), el Estado refiere a la instauración de un orden institucional basado en el monopolio de la coacción física legítima. En su aspecto simbólico, a la construcción tanto de una identidad social colectiva (plasmada en la sensación de pertenencia a una nación) como de consensos sociales en torno a un determinado orden (Oszlak 2014, 150-151). En ambos casos, la educación, el control sobre el culto y la obligatoriedad del servicio militar, entre otros dispositivos, constituyen importantes herramientas de penetración simbólica. Sobre estas consideraciones se puede consultar el último trabajo de Guillermo O'Donnell (2010).

²¹ Por una cuestión de extensión y orden el marco conceptual, argumento y metodología y sus ventajas y desventajas se desarrollan en el capítulo I de esta tesis.

sujetos y grupos también los influyen y condicionan. En este sentido, muestra que tanto los enfoques centrados en las preferencias y características organizacionales de los actores como en los contextos políticos y socioculturales inmediatos son insuficientes para explicar los estilos de los liderazgos políticos en la actualidad. De allí que la tesis retome la perspectiva del institucionalismo histórico para responder a la pregunta acerca de los factores que explican las diferencias entre los estilos de liderazgo de Mauricio Macri (no-militarista) y Jair Bolsonaro (militarista). En este sentido, expone la perspectiva, sus ventajas y limitaciones y delimita los conceptos clave, objetivos, metodología de estudio y el marco explicativo o argumento secuencial que guía este estudio.

Una vez delimitada la discusión y el modo de abordaje, el capítulo II analiza la naturaleza de los clivajes fundacionales en Argentina y Brasil durante el siglo XIX y principios de siglo XX –primer objetivo específico–. En este sentido, muestra que en Argentina la centralidad del sistema esclavista durante el siglo XIX ha sido mucho menor que en Brasil y que, a diferencia de la fractura social brasileña de los “dos brases” (el de los “incluidos y los excluidos”; los “blancos y los negros”), ha predominado un clivaje de naturaleza política (ciudad/puerto - provincia/interior comúnmente vinculado con “unitarios y federales”). En este marco, estudia como la actuación de las élites, la Iglesia católica, las Fuerzas Armadas, las organizaciones sociales y los partidos políticos en cada país contribuyeron a (re)producir determinados valores, creencias y comportamientos durante la fundación del Estado Nación (1850-1930) que tendieron a moldear los límites de la tolerancia social durante siglo XX. En concreto, identifica que la comparativa mayor fortaleza y activismo de los grupos de poder argentinos favorecieron el reforzamiento de un orden sociopolítico menos jerárquico, disciplinado y tolerante a la autoridad que el brasileño, en particular a los estilos de autoridad militarista.

El capítulo III profundiza esta aseveración: evidencia que durante el siglo XX los órdenes sociopolíticos en Argentina y Brasil tendieron a reproducir los patrones y tensiones desatadas de sus clivajes fundacionales –segundo objetivo específico–. A su vez, que las características de sus últimos autoritarismos y respectivas transiciones hacia la democracia contribuyeron a cristalizar los límites de la tolerancia social actual –tercer objetivo específico–. En concreto que, en la medida en que la transición democrática argentina implicó una redefinición de las relaciones de poder mucho más tajante que en Brasil ayudó a consolidar menores márgenes de tolerancia social en torno a los liderazgos

de estilo militarista. Contrariamente que, en tanto la postdictadura brasileña manifestó mayor continuidad institucional en relación al régimen precedente, persistente influencia en el Estado de las élites y militares que apoyaron el golpe y mayor mantenimiento de sus privilegios y prerrogativas, favorecieron la consolidación de patrones de relación social más jerárquicos y disciplinados que los argentinos y, consecuentemente, más tolerantes a estilos de autoridad militarista.

El capítulo IV retoma esta afirmación y muestra que las diferencias entre los legados fundacionales y los procesos de reinstauración democrática en Argentina y Brasil contribuyeron a cristalizar distintos límites de tolerancia social en torno a los liderazgos militaristas en la actualidad –cuarto objetivo específico–. Con ello en mente, brinda algunos indicios sobre la construcción de los estilos dirigenciales de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro durante las campañas electorales que tuvieron lugar en el año 2015 y 2018 que permiten ratificar que se trata de un estilo de liderazgo no-militarista en el primer caso y militarista en el segundo.

En las conclusiones la tesis retoma la pregunta que dio origen a esta investigación, repasa el camino atravesado, las principales contribuciones, limitaciones y posibles agendas de investigación a futuro. Igualmente, recalca la pertinencia de los factores sociohistóricos para comprender los liderazgos y procesos políticos actuales y la importancia de considerar la democracia no solo como un procedimiento institucional sino también como un entramado plural de contextos, situaciones, grupos de poder, prácticas y valores que, si bien son una fuente de irresolubles tensiones, son los que diferencian, finalmente, la democracia de otros ordenes políticos.

I. Planteos introductorios. Política, sociedad e historia

Uno de los temas que mayor capta la atención tanto del público general como de la academia desde hace siglos es el liderazgo político. Quizá, uno de los signos de su importancia actual lo constituyan las continuas discusiones de analistas, familiares, amigos y colegas en torno al desempeño de los líderes, sus estilos particulares y su influencia sobre la orientación de las políticas, la calidad de los regímenes y las relaciones internacionales. Probablemente, una de las evidencias más contundentes acerca de sus alcances sea la declaración de guerra del presidente ruso Vladímir Putin a Ucrania, porque muestra hasta qué punto las dirigencias pueden influir sobre la vida e incluso la muerte de los ciudadanos. Es sobre este tema, el liderazgo político, que versa este primer capítulo.

El punto 1. define el liderazgo político y la perspectiva principal de la ciencia política contemporánea, el neoinstitucionalismo y sus dos enfoques más desarrollados, el neoinstitucionalismo de la elección racional y el neoinstitucionalismo histórico. Bajo esta mirada, el punto 1. (a), expone las tres principales familias de estudios sobre liderazgo político que se desprenden de estos enfoques: (i) los estudios formalistas, (ii) los interaccionistas y (iii) los que refieren a aspectos socioculturales (aquí agrupados bajo el rótulo de estudios “socioculturales”). Seguidamente, el punto 1. (b) discute el liderazgo a la luz de las experiencias latinoamericanas con especial énfasis en Argentina y Brasil. En concreto, los vinculados con los estudios (i) formalistas, (ii) el populismo y (iii) los que esta tesis agrupa bajo el rótulo de “político-religiosos”. Así, los puntos que siguen detallan la perspectiva de análisis que integra el marco teórico de este estudio (el institucionalismo histórico), sus ventajas, limitaciones y principales conceptos y significaciones (punto 2) para pasar luego a los objetivos y la metodología (punto 3) que orientan esta tesis.

1. El liderazgo en la ciencia política contemporánea

Desde las primeras organizaciones antiguas (siglo V a.C.), el lugar destacado que ocupa el liderazgo en los distintos ámbitos de la vida en sociedad ha alentado la reflexión filosófica y el desarrollo de la teoría política y social. Con el paso del tiempo y el avance de las ciencias modernas (alrededor del siglo XVI), el interés en el asunto se extendió paulatinamente a otros campos del saber: sociológico, psicológico, antropológico, económico, entre otros. Si bien la variedad de disciplinas, la superposición de sus enfoques y el escaso diálogo entre ellas vuelve muchas veces difícil delimitar una teoría cohesiva sobre liderazgos, en general, los especialistas señalan que son tres las visiones

predominantes que contribuyeron a sentar las bases de los actuales estudios politológicos durante el siglo XX (Collado-Campaña, Jiménez-Díaz y Entrena-Durán 2016; Rhodes y ‘t Hart 2014; Helms 2014, 2012; Blondel y Thiébault 2010; D’Alessandro 2007; Delgado Fernández 2004; Natera Peral 2001).

En primer lugar, las asociadas con las perspectivas de corte psicológico o subjetivo nacidas a mediados de siglo XX que centran su atención sobre el individuo para explicar el liderazgo²² (especialmente el conductismo). Entienden que los atributos y rasgos del líder además de sus motivaciones, creencias, comportamientos y prácticas tienen un impacto sustancial sobre los otros actores y contextos y, por lo tanto, sobre los resultados políticos (‘t Hart y Rhodes 2014, 2-4). Desde esta perspectiva, entender el liderazgo implica centrar la atención sobre la persona que ocupa el cargo. En segundo lugar, se encuentra la corriente relacional de corte sociológico nacida entre 1960 y 1970. Dicha corriente encuentra fundamento en la obra de Max Weber (1864-1921) para quien el liderazgo político constituye una relación social legitimada (es decir, que trasciende la mera imposición) entre un líder y sus seguidores. Así, a diferencia de los estudios de inspiración psicológica, centran su atención en las características de la sociedad y en las relaciones de situación que ella genera (D’Alessandro 2007, 313-315). En tercer lugar, contemporánea a los estudios interaccionistas, aparece la perspectiva estructuralista. Se trata de una lectura más bien extrema de la concepción weberiana que enfatiza el peso que tienen las estructuras históricas y sociales sobre el comportamiento del sujeto al punto tal que, en ocasiones, llega a negar su propia autonomía. Así, en contraposición a los estudios de raigambre psicológica, el individuo se presenta como el producto y la expresión de las creencias, los valores y las ideologías dominantes, históricamente constituidas, que integran y organizan la sociedad. En otras palabras, el líder sería un mero portador de metas colectivas (D’Alessandro 2007, 315).

Igualmente, a fines del siglo XX las ciencias sociales procuraron superar las tensiones entre estas tres visiones e integrar sus principales componentes –los atributos individuales, asociados a los estudios subjetivistas de corte conductista; los relacionales, vinculados con los trabajos interaccionistas de raíz weberiana, y los estructurales, propios

²² Dichos estudios elaboraron técnicas de recolección de datos (sondeos de opinión, análisis de contenido, simulaciones, cuantificaciones) y las implementaron en individuos para explicar los comportamientos y conductas (deseos, intenciones, preferencias) de los actores (como los líderes) y colectivos políticos (grupos, movimientos, organizaciones). De esta experiencia se desprendió toda una tradición científica basada en el análisis de las características y la identificación de patrones de conducta individuales (Pasquino 2011, 17-20).

del estructuralismo— al estudio de los fenómenos sociopolíticos. Bajo este común denominador, el “nuevo institucionalismo” o “neoinstitucionalismo” (March y Olsen 1989) —así llamado para diferenciarlo del viejo institucionalismo del siglo XIX y principios de siglo XX²³— se constituyó en la perspectiva privilegiada de la ciencia política contemporánea (Collado-Campaña et al. 2016; Steinmo y Thelen 2015; ‘t Hart y Rhodes 2014; Helms 2014; Acuña y Chudnovsky 2013). Si bien se trata un cuerpo teórico y metodológico más bien amplio y heterogéneo, el neoinstitucionalismo contribuyó a construir ciertos acuerdos básicos respecto de las nociones de líder y liderazgo. Sus especialistas coinciden en que el concepto de “líder” hace referencia al sujeto en particular, es decir, individualmente considerado. En este sentido, suelen reconocer y hacer hincapié en algunos de estos aspectos: (i) que el líder participa de un grupo; (ii) que detenta una posición de poder en virtud de la que ejerce su autoridad activamente; (iii) que toma decisiones sobre cuestiones estratégicas que afectan los integrantes del grupo (iv) y que lo hace tanto basándose en la confianza y el reconocimiento de su superioridad (v) como en la correspondencia con las expectativas de sus seguidores (Leiras 2019, 251-251; Tedesco y Diamint 2019, 62-22; Helms 2012; D’Alessandro 2007, 320). A su vez, acuerdan que la noción de “liderazgo” expresa la activación del conjunto de relaciones entre el líder y sus seguidores, cuya puesta en práctica supone una relación de poder asimétrica (Leiras 2019; ‘t Hart y Rhodes 2014) dentro de un entorno institucional, situacional y coyuntural específicos, en el marco de un contexto histórico más amplio, cuyas características influyen sobre los participantes (Leiras 2019; ‘t Hart y Rhodes 2014; Helms 2012; D’Alessandro 2007).

Asimismo, los estudios neoinstitucionalistas comparten la preocupación por las instituciones, los contextos (inmediatos y/o estructurales) y sus vínculos e influencia sobre distintos procesos políticos, sociales y económicos (Helms 2014). En este sentido, suelen entender a las instituciones²⁴ como reglas formales (burocráticas, gubernamentales, estatales) e informales (consuetudinarias, sociales) que limitan y

²³ Si bien la originalidad de este “nuevo” institucionalismo ha sido relativizada por una parte de la academia, en general, los especialistas coinciden en una serie de atributos que lo diferencian del “viejo” institucionalismo. Estos son: (i) una noción considerablemente más amplia de las instituciones, que busca trascender las concepciones legalistas, normativas y formales del viejo institucionalismo; (ii) el rechazo de los supuestos deterministas sobre el papel de las instituciones; (iii) mayor interés por el estudio de los aspectos particulares de los arreglos institucionales y (iv) un fuerte compromiso para combinar la investigación institucional con teorías y métodos sofisticados (Helms 2014, 2).

²⁴ Aún persisten ciertas discusiones en torno a qué es y qué no es considerado una institución. Sobre este asunto se puede consultar Carlos Acuña y Mariana Chudnovsky (2013).

moldean los intereses y comportamientos de los actores y estructuran las relaciones de poder entre los grupos (Steinmo y Thelen 2015; Helms, 2014; Acuña y Chudnovsky 2013). Sin embargo, más allá de estos acuerdos, existen importantes diferencias sobre cómo conciben las limitaciones institucionales, lo que ha dado lugar a dos enfoques comúnmente reconocidos.

En primer lugar, debido a que se trata de uno de los enfoques más utilizados por la ciencia política contemporánea, el neoinstitucionalismo de la elección racional (Steimo y Thelen 2015; ‘t Hart y Rhodes 2014; Helms 2014; Acuña y Chudnovsky 2013), al que se denominará, en adelante, institucionalismo de la elección racional. Entiende a las instituciones principalmente como reglas que resuelven problemas de coordinación y de acción colectiva. Concretamente, constriñen la secuencia de interacción entre los actores, restringen y ordenan las opciones disponibles y limitan la estructura de información y los modelos subjetivos de individuos y grupos considerados racionales (orientados a la maximización de beneficios) cuyas preferencias son estables (Steinmo y Thelen 2015, 241-245; Acuña y Chudnovsky 2013, 65-67). En este sentido, consideran que las instituciones son tan importantes como el contexto estratégico que impone limitaciones a la conducta de los sujetos (Steimo y Thelen 2015, 241). Asimismo, los estudios centrados en el liderazgo político en específico se han interesado, por un lado, en la influencia de los diseños institucionales formales y procedimentales sobre las posibilidades de emergencia y los estilos de los liderazgos. Por ejemplo, en cómo influyen los sistemas electorales, la relación entre el poder ejecutivo y el legislativo, la organización de los partidos políticos y/o las reglas para la elección de candidatos. Debido al énfasis puesto en dichos factores, estos trabajos han sido habitualmente calificados como “estudios formalistas y/o procedimentales” (Helms 2014; Acuña y Chudnovsky 2013). Por otro lado, estos estudios se interesaron en los enfoques que privilegian la relación entre las características personales de los líderes y el sistema político, generalmente conocidos como “estudios interaccionistas” (‘t Hart y Rhodes 2014). Si bien comparten con la perspectiva formalista el supuesto de que los diseños y procedimientos institucionales afectan los resultados políticos, también hacen énfasis en los contextos consuetudinarios y los atributos personales de los líderes. En especial, estiman que tanto el cargo, el rol y los poderes institucionales como los recursos informales (por ejemplo, las relaciones clientelares) y las habilidades y motivaciones personales de los líderes son cruciales para comprender las características de los liderazgos (Blondel y Thiébauld 2010; Blondel y

Cansino 1996; Blondel 1987). No obstante, los especialistas sostienen que tanto los estudios formalistas como los interaccionistas se han orientado principalmente a la elaboración de sofisticados modelos cuantitativos y habitualmente han desestimado la inferencia holista y la dimensión conflictiva y sociohistórica de los fenómenos sociopolíticos (Steimo y Thelen 2015; Helms 2014; Acuña y Chudnovsky 2013). Es sobre esta dimensión que se centra, en mayor medida, el neoinstitucionalismo histórico.

Así, en segundo lugar, el neoinstitucionalismo histórico, también conocido como sociohistórico²⁵ y que se denominará, en adelante, institucionalismo histórico, comparte con el institucionalismo de la elección racional el supuesto de que la racionalidad de los actores está condicionada por las instituciones y se configura en su interacción con el entorno, pero concentra su atención en las estructuras sociales y las trayectorias históricas que tienden a reproducir determinados patrones comportamentales. De esta manera, matiza el supuesto del institucionalismo de la elección racional más estrecho que considera que las conductas y preferencias de los sujetos son exógenas y estables (Steimo y Thelen 2015, 241-245; Acuña y Chudnovsky 2013, 65-67). Igualmente, los análisis enmarcados en el institucionalismo histórico centrados en los liderazgos políticos –que esta tesis agrupa bajo el nombre de “estudios socioculturales”– han abordado el fenómeno generalmente considerando los cambios socioculturales acaecidos entre mediados y fines de siglo XX. Por ejemplo, se han preocupado en cómo la industrialización y las nuevas tecnologías de la comunicación (como la televisión e internet) afectaron las instituciones sociales tradicionales (la familia, la religión, el trabajo, la educación) y consecuentemente los vínculos sobre los que se cimentan las relaciones de liderazgo. Más allá de los valiosos aportes, los expertos coinciden en que en la medida en que este enfoque centra su análisis en las estructuras y las regularidades que de ella se desprenden, suelen tener ciertas dificultades para explicar los cambios²⁶ (Helms 2014; Acuña y Chudnovsky 2013). Asimismo, que sus estudios han ocupado un

²⁵ Si bien algunos autores diferencian entre el institucionalismo histórico y el institucionalismo sociológico (Hall y Taylor, 1996) este trabajo sigue la clasificación de Sven Steinmo y Kathleen Thelen (2015) y Carlos Acuña y Mariana Chudnovsky (2013) que, sin desconocer la autonomía de la sociología (con la que la ciencia política y los estudios históricos comparte intereses y abordajes), diferencian solo entre institucionalismo de la acción racional e institucionalismo histórico, que incluye la preocupación por las características de la sociedad en que los fenómenos se desarrollan (por eso también es llamado institucionalismo sociohistórico). Esta perspectiva se desarrolla en el punto 2 de este capítulo.

²⁶ El punto 2 profundiza y desarrolla el modelo del institucionalismo histórico, sus referentes, premisas, ventajas y desventajas. Igualmente, al tratarse de un enfoque heterogéneo, el punto 4 explicita la metodología institucionalista particular que sigue y aplica esta tesis.

lugar relativamente menor dentro de la ciencia política contemporánea (Helms 2014; Acuña y Chudnovsky 2013).

1. (a) La agenda de estudios sobre liderazgo político

Bajo estas consideraciones, los próximos apartados se explayan sobre las tres familias de estudios neoinstitucionalistas mencionadas que analizan los liderazgos políticos. Nuevamente, (i) los estudios formalistas y (ii) los estudios interaccionistas, ambos basados en los supuestos del institucionalismo de la elección racional y (iii) los socioculturales, inspirados en el institucionalismo histórico.

1. (a) (i) Los estudios formalistas

En cuanto a los trabajos centrados en las reglas formales, los estudios formalistas entienden que los diseños y los mecanismos institucionales de los sistemas gubernamentales (en especial, la forma de gobierno, el sistema de partidos y el diseño federal de distribución del poder territorial) generan incentivos sistemáticos²⁷ y regulares²⁸, que tienen una influencia decisiva sobre la naturaleza y características de los liderazgos (Helms 2014; Elgie 2012). Dichos trabajos encontraron inspiración en una serie de estudios que, para comprender la estabilidad y calidad de las democracias (Helms 2012), centraron, a partir de fines del siglo XX, mayormente su atención en las formas de gobierno (parlamentaria, presidencial y semipresidencial) y, en distinta medida, en los sistemas electorales además de la organización de los partidos y los niveles de institucionalización de los sistemas de partidos.

En cuanto a los análisis sobre las formas de gobierno, los especialistas reconocen que los trabajos de Juan J. Linz²⁹ (1994, 1990) fueron fundamentales para el avance y desarrollo de la principal línea de estudios sobre liderazgos: los centrados en la institución ejecutiva (Helms 2014, 2012, 2005; Elgie 2012, 2005).

²⁷ En el sentido de que los incentivos pueden ser claramente identificados. Por ejemplo, los efectos de los sistemas electorales sobre los sistemas de partidos (Elgie 2012, 273).

²⁸ En el sentido de que los incentivos son generales y no dependen del contexto en específico. De esta manera se espera que, *ceteris paribus*, el sistema produzca los mismos incentivos y resultados en todo tiempo y lugar (Elgie 2012, 273). De allí, su interés por las teorías y los métodos sofisticados.

²⁹ La tesis de Linz (1990) –respecto de que el parlamentarismo es más propicio para sostener regímenes democráticos que el presidencialismo– marcó el inicio de un extenso debate acerca de la relación e influencia de los diseños institucionales sobre los procesos democráticos. En términos generales, la academia se dividió entre aquellos que respaldaban su posición (Valenzuela 1998; Stepan y Skach 1998), los que la relativizaron (Lijphart 1997; Sartori 1994; Mainwaring 1993) y los que la combatieron (Shugart y Carey 1992 citados en Chasquetti 2001, 319).

En relación con los sistemas parlamentarios, el ejecutivo está compuesto por un jefe de Estado que puede obtener su cargo de forma hereditaria (monarca) o puede ser designado por el parlamento (presidente) y un jefe de gobierno (llamado primer ministro, *premier* o canciller) y su gabinete cuya designación y permanencia en el cargo dependen de la confianza del legislativo. Por su parte, el parlamento es la única rama de gobierno electa a través de sufragio universal y, si bien sirve por un período fijo, también puede ser disuelta anticipadamente por el jefe de gobierno que debe llamar nuevamente a elecciones. Según los especialistas, esta dinámica contribuye a que la atención pública y el acto electoral se centren más en el desempeño de los partidos parlamentarios que en los candidatos o en la figura del ejecutivo. A su vez, como el jefe de gobierno es responsable frente a la legislatura, su capacidad de intervención y margen para tomar decisiones unilaterales también se ve limitada. Todo lo que fortalecería la organización de los partidos³⁰, debilitaría la emergencia de liderazgos personalistas y contribuiría a la calidad de las democracias.

Contrariamente, en los sistemas presidencialistas tanto el ejecutivo como el legislativo son electos a través del voto popular (de modo directo o por colegio electoral) y su duración es fija. Asimismo, el presidente que ocupa el cargo ejecutivo concentra las funciones de jefe de Estado y de gobierno, elige su gabinete y cuenta con una serie de poderes legislativos (como los decretos, vetos, enmiendas e iniciativas exclusivas) que aumentan su capacidad de intervención política, autonomía y margen para la toma de decisiones unilaterales. Como resultado, los presidentes son más independientes frente a la legislatura y, cuando no cuentan con mayorías propias, pueden intentar gobernar por decreto y/o formar mayorías transitorias con menos costos políticos que en los parlamentarismos, en especial, porque los patrones de apoyo legislativo son mucho más fluidos que la estructura de las coaliciones parlamentarias (Elgie 2012, 278). Todas estas características fortalecen al ejecutivo, aumentan la capacidad de negociación de los presidentes (debido a que disponen de mayores recursos políticos e institucionales que un primer ministro), orientan la atención pública sobre la figura del candidato o persona que ocupa el cargo y debilitan la organización partidaria y el control que sus integrantes pueden ejercer sobre el líder. Así, la mayor concentración de poder y margen de libertad del ejecutivo presidencial respecto del parlamentario contribuiría a la personalización de

³⁰ Si bien no existe una definición consensuada, según Gabriela Borz y Kenneth Janda (2018) un mínimo común denominador de la organización partidaria es que cubre desde sus unidades organizativas básicas hasta la cúpula y las relaciones de poder entre estas (Borz y Janda 2018, 1).

los liderazgos, aumentaría la capacidad de los líderes para formar un estilo por fuera de las ataduras de su partido y las chances para la emergencia de líderes “antipartidistas” y/o “outsiders”³¹ cuyo apoyo depende, en buena medida, de su popularidad. Todo lo que degradaría la calidad de las democracias.

En relación con los sistemas semipresidenciales, cuentan con un ejecutivo formado por un presidente electo por sufragio universal cuyo mandato es fijo (como en los presidencialismos) y un primer ministro y su gabinete que, de acuerdo con su estructura, pueden ser responsables frente a la legislatura y al presidente (sistema presidencial-parlamentario) o bien únicamente frente la legislatura (premier-presidencial) (Shugart y Carey 1992, 55-75). A su vez, la legislatura puede servir por un período fijo o puede ser disuelta prematuramente por el presidente y/o el primer ministro. Si bien el sistema semipresidencial ha sido menos analizado que los parlamentarismos y los presidencialismos, en él se pueden señalar algunos patrones generales de liderazgo político³². Por un lado, como el presidente es elegido a través del voto popular, promueve que la atención pública y el acto electoral se centren en las cualidades personales del candidato y/o el presidente más que en los partidos. Esta situación favorece la personalización del liderazgo, su mayor autonomía y, consecuentemente, su capacidad para formar un estilo propio. Igualmente, aunque distinto de los parlamentarismos, cuyos primeros ministros suelen ocupar o haber ocupado posiciones de liderazgo en su partido previo a asumir el cargo (*insider prime ministers*), sus primeros ministros suelen ser *outsiders*. En efecto, “en los sistemas presidente-parlamentarios rara vez se nombra un primer ministro con trayectoria partidaria” (Samuels y Shugart 2010 citado en Elgie 2012, 283), probablemente debido a la doble responsabilidad del cargo ministerial y la dificultad para generar acuerdos partidarios.

A partir de los estudios sobre las formas de gobierno, se han desarrollado una variedad de análisis que profundizan en sus efectos sobre distintos aspectos de los

³¹ En general, la literatura politológica establece una diferencia entre líder “antipartido”, que desenvuelve y desarrolla una carrera dentro de los límites de la política profesional (como Mauricio Macri y Jair Bolsonaro), y “outsider”, que es ajeno a la política tradicional y no tiene experiencia política (Leiras 2019; Mainwaring y Torcal 2005) o bien no la tiene dentro de la arena legislativa o ejecutiva (Carey) (como Donald Trump o Fernando Collor de Mello) (Leiras 2019; Mainwaring y Torcal 2005). Lo importante aquí es que, más allá de los niveles de experiencia política, ambos tipos comparten un discurso contra la política y los partidos tradicionales y se posicionan y suelen ser posicionados y percibidos por los medios y la opinión pública general por fuera del ámbito político.

³² Los trabajos de Robert Elgie (2014, 2011, 2005) sobre semipresidencialismo y liderazgo constituyen una referencia en la materia.

liderazgos e incorporan al análisis otras variables institucionales³³. Concretamente, estos trabajos se inspiran en una serie de investigaciones que durante la década de 1990 centraron su atención en el impacto de los sistemas electorales sobre la representación³⁴. Si bien estos estudios consideran una gran variedad de reglas y procedimientos³⁵ (por ejemplo, la regularidad de los ciclos electorales, la concurrencia o no de las elecciones para distintos cargos, el diseño de las listas o boletas y los umbrales de representación), interesa destacar aquí las fórmulas electorales básicas para la composición de los órganos colegiados (congresos y parlamentos de los que dependen la designación y permanencia en el cargo de los primeros ministros) y, en particular, las que atañen a la elección de los ejecutivos presidenciales, debido a la influencia que tienen sobre el comportamiento y características de los liderazgos (Helms 2014, 2005; Shugart y Carey 1992).

Con respecto a los estudios que analizan las reglas para la elección de cargos legislativos, la diferencia clásica es entre los sistemas electorales uninominales y los plurinominales. En cuanto a los sistemas uninominales, en los que se elige a un representante por distrito en base a la regla de la mayoría, los especialistas muestran que la existencia de un único cargo en juego refuerza el interés de los candidatos por lograr mayor visibilidad en torno a su persona. Principalmente, porque están puestos a competir tanto contra la oposición como contra los miembros de su propio partido (como es el caso del modelo parlamentario de Westminster) lo que contribuiría a aumentar la personalización de los liderazgos en general, en especial, si se considera que los primeros ministros de los sistemas parlamentarios habitualmente tienen experiencia parlamentaria. En contraposición, los plurinominales, en los que se eligen dos o más representantes por distrito en base a listas³⁶ a través del sistema proporcional, fomentan –cuando no exigen– la unidad de los partidos o la formación de grupos políticos de candidatos con propósitos comunes para la integración las listas. Todo esto debería ser un obstáculo para la

³³ Las compilaciones de R. A. W. Rhodes y Paul 't Hart (2014), Ludger Helms (2012, 2005) contienen una variedad de trabajos ilustrativos al respecto.

³⁴ Arend Lijphart, constituye una de las grandes figuras en la ciencia política que ha incorporado al análisis de las formas de gobierno los sistemas electorales (ver, entre otros, Arend Lijphart 1994a). Sus contribuciones han ayudado a problematizar los efectos del parlamentarismo y el presidencialismo sobre las características de la representación (en este caso, sobre el liderazgo), la estabilidad de los gobiernos y la calidad de las democracias.

³⁵ En tanto sistema, existe una multiplicidad de elementos que interactúan entre sí y de cuya relación dependen en buena medida los resultados. Sin embargo, por una cuestión de extensión y pertinencia temática la tesis solo expone sus rasgos fundamentales. Los trabajos de Dieter Nohlen (2004,1999), entre otros, constituyen valiosas referencias en este sentido.

³⁶ Se sabe que el diseño de las listas (por ejemplo, si son cerradas y bloqueadas o cerradas y abiertas) incide sobre la unidad de los partidos y personalización de los candidatos. Al respecto ver Dieter Nohlen (2004).

personalización de los liderazgos (Shugart y Carey 1992). A partir de fines de siglo XX, sobre la base de estos dos sistemas clásicos se han llevado adelante reformas electorales a favor de sistemas mixtos que procuran aprovechar las ventajas representativas de cada uno (Nohlen 1999, 69-89).

En cuanto a los ejecutivos presidenciales, las dos fórmulas más comunes para su elección son el sistema de mayoría relativa (el candidato que obtiene más votos es elegido) y el de mayoría absoluta con segunda vuelta (si ningún candidato obtiene una mayoría absoluta de los votos en la primera vuelta, hay una segunda vuelta entre los dos candidatos más votados en la primera). Según los especialistas, las elecciones de mayoría relativa, cuyo umbral de éxito es comparativamente más alto que la absoluta, incentiva la formación de coaliciones preelectorales entre los candidatos que no pueden esperar razonablemente obtener una mayoría de votos y aquellos que sí. Esta situación contribuye a contener la proliferación de partidos políticos y candidatos presidenciales y dar mayor previsibilidad sobre los resultados de la competencia. Contrariamente, en un sistema de segunda vuelta el umbral de éxito inicial es más bajo, ya que el candidato que obtiene el segundo lugar en la primera vuelta todavía tiene chances de vencer. Además, los candidatos que no tienen oportunidades razonables de ganar la elección están incentivados a competir en la primera vuelta para establecer el valor de su apoyo en la segunda, lo que contribuye a la proliferación de candidatos presidenciales, a la mayor imprevisibilidad y a la fragmentación del voto presidencial en la primera vuelta. Todo ello constituye un contexto favorable para la emergencia de candidatos “independientes” y/u *outsiders*. A modo de ejemplo, el avance de Jean Marie Le Pen a la segunda vuelta en la elección presidencial francesa de 2002 hizo visible para los europeos este punto que desde hace tiempo tiene lugar en América Latina (Carey 2006, 134-135). En este sentido, entre los casos latinoamericanos más llamativos desde la reapertura democrática se pueden nombrar a Fernando Collor de Mello en Brasil (1989), Jorge Serrano en Guatemala y Alberto Fujimori en Perú (1990). Según Carey (2006), estos ejemplos refuerzan la premisa de que la segunda vuelta incentiva el ingreso de candidatos *outsiders* a la contienda “principalmente como candidatos del tipo «cualquiera menos X»” (Carey 2006, 135) o lo que esta tesis ha denominado líderes, en este caso candidatos, de alteridad. Así, la segunda vuelta favorecería la personalización de la competencia y el margen de los líderes para formar un liderazgo propio, vinculado más con imperativos populares que con líneas programáticas partidarias. Sumado a ello, tras la reapertura de las democracias

en América Latina se han llevado adelante un conjunto de reformas constitucionales tendientes a fortalecer la figura de los ejecutivos presidenciales en detrimento de los controles institucionales (Nohlen 1999).

Con estos antecedentes, una serie de trabajos desarrollados en la primera década del 2000 se ha interesado por el impacto de los sistemas electorales en las características de los liderazgos políticos³⁷ al interior de los partidos, en especial, en las reglas para la elección y remoción de sus líderes. Evidencian que, si bien sus efectos varían significativamente según el diseño del que se trate, desde la década de 1990 los partidos han tendido a incrementar la influencia de sus bases y, consecuentemente, fortalecido los liderazgos populares a expensas de su responsabilidad frente a sus colegas y a las élites tradicionales (‘t Hart 2014, 4-5).

En sintonía con estos estudios, investigaciones institucionalistas más recientes se han preocupado por los cambios en la organización de los partidos. En concreto, se han esforzado por contrastar los supuestos vinculados con la teoría organizativa del siglo XX³⁸. Aunque se trata de una teoría integrada por perspectivas diversas, coinciden en que existe una creciente personalización de los liderazgos y una mayor orientación electoralista de parte de sus líderes. Según estos estudios, esta tendencia estaría relacionada con las transformaciones socioculturales y económicas que tuvieron lugar entre mediados y fines de siglo XX³⁹—mayormente vinculadas con los resultados de los procesos de democratización, el avance de la industrialización y el desarrollo de las nuevas tecnologías— que confluyeron en (i) un progresivo declive de las identidades sociales y políticas tradicionales (generalmente asociadas a la clase, trabajo y/o religión), de los afiliados de los partidos y del peso de las ideologías y los programas políticos; (ii) el alejamiento de la sociedad civil de los partidos; (iii) la mayor injerencia de los expertos en comunicación y de los técnicos acompañada por el aumento de la profesionalización

³⁷ Sobre estos trabajos consultar Paul ‘t Hart (2014).

³⁸ Dentro de esta teoría, se destacan los aportes de Maurice Duverger (1951) quien diferencia entre “partidos de cuadros” y “partidos de masas”; Otto Kirchheimer (1966) por la categoría de partidos *catch all*; Angelo Panebianco (1990) quien propone el tipo de “partido profesional electoral” y Richard Katz y Peter Mair (1995) por los “partidos-cartel”. Para una reseña sobre sus principales referentes y aportes consultar Martín D’Alessandro (2010) y la compilación de José R. Montero y Richard Gunther (2007).

³⁹ A partir del análisis de la bibliografía especializada, Marina Costa Lobo (2014) identifica cuatro transformaciones más importantes que contribuyeron a acentuar el papel y características personales de los líderes: (i) como se señaló, el declive de las identidades tradicionales y el debilitamiento de la organización de los partidos; (ii) la continua y creciente mediatización del proceso político, sobre todo, tras el desarrollo de los medios masivos de comunicación; (iii) la reducción general de los estados desde 1980 y el paulatino desarrollo de la globalización y (iv) el conjunto de reformas política tendientes a reforzar el poder de los líderes como respuesta a las presiones del entorno (Costa Lobo 2014, 290).

del ámbito político y (iv) la consecuente mayor dependencia de los partidos respecto de (la popularidad) de los líderes, los recursos públicos (estatales) y el financiamiento privado (corporativo) (D'Alessandro 2010; Leiras 2007). Todo esto contribuiría a reforzar la autonomía de los liderazgos de los partidos. Si bien los estudios institucionalistas abocados a investigar empíricamente estos supuestos suelen criticarle a la teoría organizativa el excesivo peso atribuido al entorno sociocultural y los recursos estatales además de la casi total enajenación de la sociedad civil en relación con los partidos (Borz y Janda 2018), sus investigaciones confirman que, en general, los líderes se han vuelto más autónomos y menos dependientes de sus organizaciones de pertenencia –lo que Thomas Poguntke y Paul Webb (2005) llaman *the presidentialization thesis* (Webb, Poguntke y Kolodny 2012; Webb 2002; Scarrow 2000)–, con lo que su capacidad para moldear sus liderazgos se ampliaría.

Por otra parte, en los últimos años algunos análisis han comenzado a mostrar mayor interés en la interacción entre las reglas formales e informales (Helms 2014, 7). En especial, porque consideran que las normas informales tienen el potencial de moldear el comportamiento político tanto o incluso más, en ciertos escenarios, que las formales (Gains 2014; Helmke y Levitsky 2004). Mayormente, estos trabajos se inspiran en los influyentes estudios de Scott Mainwaring y Timothy Scully (1996) sobre la institucionalización de los sistemas de partidos⁴⁰ en América Latina. Sostienen que, cuando los niveles de institucionalización del sistema de partidos es alto –es decir, cuando las reglas de competencia están mayormente formalizadas y son acatadas, existe legitimidad del proceso electoral y los partidos son fuertes⁴¹–, mejoraría la capacidad de las instituciones para hacer cumplir sus reglas y la capacidad de los partidos para constreñir los liderazgos, lo que contribuiría a dar estabilidad y predictibilidad de los resultados políticos (este sería el caso de las democracias noroccidentales en general) (Mainwaring 2015; Mainwaring y Scully 1996). Contrariamente, cuando los sistemas de

⁴⁰ Son las cuatro dimensiones que miden la institucionalización del sistema: (i) el nivel de estabilidad o regularidad de las reglas y la naturaleza de la competición interpartidaria; (ii) el enraizamiento del sistema de partidos en la sociedad y de la sociedad en el sistema (medido a través de la consistencia ideológica y los niveles de apoyo electoral de los partidos en el tiempo); (iii) la legitimidad del proceso electoral y de los partidos y (iv) su autonomía. (Mainwaring y Scully 1996, 66-68).

⁴¹ Existen múltiples atributos que afectan la fortaleza de las organizaciones partidarias. Margit Tavits (2013) señala la extensión territorial, el tamaño de sus miembros y activismo y el nivel de profesionalización de su organización central. Asimismo, los trabajos vinculados con la estructuración programática del sistema de partidos (Kitschelt et al. 2010) indican que uno de los atributos más relevantes es la coherencia y cohesión ideológica y programática además de su enraizamiento en la sociedad. Para una reseña sobre las diferentes perspectivas que abordan el tema y los componentes que contribuyen a la fortaleza organizativa se sugiere Margit Tavits (2013, 16-19).

partidos están débilmente institucionalizados, disminuiría la capacidad de las instituciones para hacer cumplir sus reglas y la de los partidos para limitar la autonomía de sus respectivos liderazgos lo que contribuiría a la menor estabilidad y predictibilidad de los resultados políticos. En consecuencia, se generaría un terreno fértil para la emergencia de liderazgos personalistas, menos condicionados por las instituciones formales que por los límites fácticos y mucho más dependientes de sus niveles de popularidad (Mainwaring 2018, 6-7; Mainwaring y Torcal 2005, 160-164; Mainwaring y Scully 1996, 17-28). Esto confluiría en ciclos de rápidos cambios políticos que inyectarían mayor inestabilidad al sistema. De allí que esta mirada haya sido especialmente sugestiva para explicar “los problemas” de América Latina en donde habitualmente “las reglas se cumplen de manera irregular y se evaden” (Acuña y Chudnovsky 2013, 25). Aun cuando hace hincapié en las reglas informales, sus explicaciones no radican en los aspectos sociales y culturales sino en la debilidad, inestabilidad e ineficacia de las instituciones (formales)⁴² (Acuña y Chudnovsky 2013, 25).

En síntesis, los estudios interesados en la influencia de los diseños institucionales sobre las características de los liderazgos han seguido, en general, las tendencias predominantes dentro de la ciencia política contemporánea. En este sentido, estuvieron principalmente influidos por los análisis en torno a las formas de gobierno y, en distinta medida, los sistemas electorales, la organización de los partidos políticos y los niveles de institucionalización del sistema partidario. En concreto, los vinculados con las formas de gobierno sostienen que mientras los parlamentarismos tienden a favorecer el fortalecimiento de los partidos en detrimento de la personalización de los liderazgos, los sistemas presidenciales y en distinta medida los semipresidenciales contribuyen a la concentración del poder en el ejecutivo, amplían los márgenes de autonomía y personalismo político y, consecuentemente, la capacidad de los líderes para formar un estilo por fuera del partido, aunque más dependiente de su grado de popularidad. A similares conclusiones llegan los estudios interesados en los sistemas electorales, en particular respecto de los efectos de los sistemas uninominales para la elección del cuerpo legislativo y los sistemas de mayoría absoluta con segunda vuelta para la elección del cargo presidencial. Sostienen que los sistemas uninominales favorecen la personalización

⁴² Los estudios formalistas centrados en Latinoamérica en general y en Argentina y Brasil en particular, se desarrollan en el punto 1. (b) de este capítulo.

de la competencia, debido a que solo hay un cargo en juego, lo que podría influir en los estilos ejecutivos (en especial, si se considera que los primeros ministros de los sistemas parlamentarios habitualmente tienen experiencia parlamentaria). En cuanto a los sistemas electorales de mayoría absoluta con segunda vuelta para la elección del cargo ejecutivo, contribuyen a la proliferación de partidos, candidatos y *outsiders* con mayores grados de autonomía y, consecuentemente, mayor capacidad para moldear su estilo de liderazgo, debido a que desincentivan la formación de coaliciones preelectorales. Por su parte, los trabajos que hacen énfasis en las reglas partidarias para la selección y remoción de sus candidatos y/o líderes además de los interesados en la organización de los partidos en general, coinciden en que las reformas electorales y los cambios organizativos efectuados en los últimos 40 años han tendido a acentuar el papel de los líderes y contribuido a la personalización y mayor autonomía de los liderazgos. En este sentido, los análisis que incorporan la preocupación por las reglas informales coinciden en que, cuando los partidos y los sistemas de partidos están débilmente institucionalizados, se genera un contexto favorable para el desarrollo de liderazgos más apoyados en su popularidad que en las instituciones representativas y, por tanto, con mayor margen de decisión, discreción y autonomía.

Más allá de los valiosos aportes formulados por los estudios de carácter formalista, sus contribuciones no permiten comprender por sí solas por qué se registran casos donde los diseños institucionales y/o niveles de institucionalización difieren, pero cuyos resultados políticos (los estilos de liderazgo) son similares. Por ejemplo, tanto en el semipresidencialismo francés como en el parlamentarismo italiano y el presidencialismo estadounidense han emergido (Marine Le Pen en Francia), accedido a las instituciones de gobierno (el ministro del interior Matteo Salvini en Italia) y hasta ganado elecciones (Donald Trump en Estados Unidos) líderes cuyos estilos han sido caracterizados como “reaccionarios” y “autoritarios” (Norris e Inglehart 2019). Asimismo, tanto los líderes recientes o actuales de Estados Unidos –cuyo nivel de institucionalización es alto (Mainwaring 2018)– y Brasil –cuyo sistema de partidos está débilmente institucionalizado (Mainwaring, Power y Bizzarro 2018)– comparten la misma etiqueta: “reaccionarios” y “autoritarios” (Norris e Inglehart 2019; Hunter y Power 2019). Además, esta perspectiva tampoco explica por qué difieren los estilos de liderazgo presidencial del ex presidente M. Macri de estilo “republicano” (Souroujon 2020; Vommaro 2019; Casullo 2019) o no-militarista del que representa el actual presidente J.

Bolsonaro, “reaccionario” (Norris e Inglehart 2019) y “radical” (Alenda 2020) o militarista que corresponden a similares diseños y condiciones institucionales:⁴³ presidencialistas, federales, con sistemas electorales de mayoría absoluta⁴⁴ con doble vuelta para el cargo del ejecutivo nacional y representación proporcional para los cargos legislativos⁴⁵ además de organizaciones partidarias predominantemente informales y con débiles a medianos niveles de institucionalización de los sistemas partidarios y sus partidos (Mainwaring 2018; Mainwaring 2015; Mainwaring y Scully 1996).

1. (a) (ii) Los estudios interaccionistas

Por su parte, y contemporáneo a los análisis formalistas, se desarrollaron a fines del siglo XX en Estados Unidos una serie de estudios sobre liderazgos interesados en la relación entre los sistemas políticos y las características de particulares de sus líderes – conocidos como estudios interaccionistas o interactivos (‘t Hart y Rhodes 2014)–. Esto es, en cómo los entornos institucionales configuran y son interpretados por los titulares de los cargos individuales. Si bien comparten con la mirada formalista el supuesto de que los diseños y procedimientos formales afectan los resultados políticos, entienden que los atributos de los líderes además de los contextos consuetudinarios en los que operan también son importantes. En otras palabras, que su cargo, rol y poderes institucionales, pero también sus recursos informales incluida su fortaleza y habilidades personales además de sus intenciones y motivaciones son cruciales para comprender las características de los liderazgos, sobre todo, en el contexto de progresiva personalización de la política (Bell 2014; Blondel y Thiébault 2010; Blodel y Cansino 1996; Blondel 1987). En este sentido, reconocen el diagnóstico de los estudios sobre la organización interna de los partidos políticos, es decir, que a partir de mediados de siglo XX tuvieron

⁴³ Existen una variedad de arreglos institucionales hacia el interior de los presidencialismos argentino y brasileño que incentivan diferentes comportamientos. Sobre las similitudes y diferencias entre sus instituciones se sugiere Vicente Palermo (2018). Asimismo, en la medida en que liderazgos similares han emergido en países con características institucionales semejantes y diferentes se concluye que el sistema electoral por sí solo no constituye un elemento central para explicar los estilos de los liderazgos.

⁴⁴ A diferencia de la mayoría absoluta (que implica superar el umbral de 50% de los votos para ganar una elección), en Argentina la mayoría se alcanza con el 45% de los votos y/o 40% de los votos con una diferencia de 10% respecto del segundo candidato. De otra manera, los dos candidatos más votados pasan a segunda vuelta. Más allá del umbral establecido en el caso argentino, los efectos de la doble vuelta son similares.

⁴⁵ Si bien las diferencias en los modos en que se conforman las listas afectan la dinámica política, sus principales consecuencias se expresan en el nivel de la competencia partidaria. En concreto, el formato de lista cerrada y bloqueada en Argentina vuelve piezas clave en el armado político legislativo y nacional a los jefes de los distritos electorales, que son los que forman las listas) mientras que las listas abiertas en Brasil tienden a debilitarlos, al quitarles este poder. Ver Vicente Palermo (2018, 39-100).

lugar un conjunto de transformaciones en distintos ámbitos (económico, tecnológico, industrial) que afectaron la estructura social y debilitaron las identidades tradicionales, especialmente las articuladas en torno a las clases sociales, los partidos y la religión. En contrapartida, acentuaron el protagonismo de los líderes y su rol como intermediadores entre la sociedad civil y el sistema político. Así, sus atributos personales, capacidad de influencia y estilo de liderazgo pasaron a trascender a los partidos y se tornaron decisivos para llegar a los ciudadanos, lograr apoyos e influir en el quehacer político (Blondel y Thiébault 2010). De allí que gran parte de estos estudios se haya interesado en el análisis sistemático de las características individuales de los líderes, en especial, respecto de sus capacidades para operar sobre su entorno institucional y/o contexto sociopolítico más amplio con el fin de identificar patrones, estilos o características asociables a las conductas o perfiles compartidos del liderazgo (Delgado Fernández 2012, 14-19). Sin embargo, ello ha resultado en una excesiva cantidad y variedad de tipologías y clasificaciones en torno a la figura del ejecutivo y los presidentes –además de los líderes de partidos, primeros ministros, legisladores, servidores públicos y tribunales constitucionales– (t Hart 2014, 4) que muchas veces opera en detrimento de la pertinencia y la claridad conceptual (Helm, 2014; Delgado Fernández 2012; D’Alessandro 2007). Más allá de esta extendida crítica, caben destacar los aportes de James Mac Gregor Burns (1978) y Jean Blondel (1987) ampliamente reconocidos por su influencia y aportes al ámbito de la ciencia política contemporánea (Bell 2014; Helms 2012; Rivas Otero 2012; D’Alessandro 2007; Delgado Fernández 2004).

En cuanto a Burns, sus trabajos han contribuido a integrar los aspectos psicológicos y éticos a los análisis políticos además de aportar un conjunto de herramientas conceptuales básicas para el desarrollo de la teoría y las investigaciones sobre liderazgo (Bell 2014, 3). Para este investigador, el liderazgo constituye un proceso desarrollado por agentes con diversas predisposiciones, motivaciones y objetivos que “movilizan, en competición o conflicto con otras, recursos institucionales, políticos, psicológicos y demás, para estimular, captar la atención y satisfacer los deseos de los seguidores” (Burns 1978, citado en Collado Campaña et al. 2016, 60). A partir de estos supuestos, el autor establece su ya clásica diferenciación entre el “liderazgo transaccional” y el “transformacional” –de gran proyección científica–, además del *laissez faire* (Collado Campaña et al. 2016; Bell 2014; Rivas Otero 2012; D’Alessandro 2007).

El liderazgo transaccional se caracteriza por la existencia de un líder preocupado por identificar los patrones de creencias y preferencias del ambiente, tanto de la élite como del público masivo, a partir de las que moldear sus políticas y coaliciones de gobierno (Peters y Helms 2012, 27). En este sentido, se trata de una relación centrada en el intercambio de recursos –que puede ser calificada de gerencial o tecnocrática– en la que el líder actúa como un agente que debe sostener la armonía del gobierno negociando compromisos y equilibrando individuos, facciones e intereses rivales entre sí, sin una perspectiva global de cómo debería ser la sociedad. La ventaja de este tipo de liderazgo es que es práctico y flexible, lo que permitiría responder rápidamente a los cambios y generar tácticas alternativas con mayor libertad. La desventaja es que puede ser visto como oportunista y carente de principios y convicciones sólidas (D'Alessandro 2007, 321). Según Andrew Heywood (2013), dentro de este tipo de liderazgo puede ubicarse al presidente estadounidense George Bush (entre 1989 y 1993) y al primer ministro británico John Major (entre 1990 y 1997) (Heywood 2013, 306). De igual manera, los especialistas sostienen que es particularmente útil en las democracias consensuales y/o en los gobiernos de tipo corporativistas⁴⁶ ya que, por su naturaleza, precisan de negociaciones permanentes con distintos sectores sociales, más que con la burocracia pública (Torfin y Sorensen 2007, Timmermans 2003, citado en Peters y Helms 2012, 28). A su vez, argumentan que el desarrollo de los pactos transicionales durante las reaperturas democráticas en América Latina representa una interesante aplicación alternativa de este tipo liderazgo. En concreto, porque involucran consensos entre las élites políticas “democratizadoras” o “post conflicto con dirigentes militares que en general acuerdan en cooperar en lugar de perseguir políticas potencialmente divisorias (Peters y Helms 2012, 28). En todos estos casos (tanto en las democracias consensuales y en los gobiernos corporativistas como durante los pactos transicionales) la importancia de estos líderes reside, en particular, en su capacidad para construir coaliciones y moldear sentimientos y concepciones políticas (Ahlquist 2010, Higley y Gunther 2002, Rhodes 2001, citado en Peters y Helms 2012, 28).

En cuanto al liderazgo transformacional –a diferencia del estilo negociador, gerencial y tecnocrático del transaccional–, se caracteriza por la existencia de un líder con firmes convicciones ideológicas, determinación personal y el deseo político para llevarlas

⁴⁶ En la democracia consensual y/o en el gobierno corporativista el poder está disperso entre una multiplicidad de actores (corporativos) e instituciones. Su principal característica es la inclusividad, la negociación y el compromiso (ver Arend Lijphart 1994b).

adelante. En este sentido, se trata de un dirigente inspirador o visionario que tiene una perspectiva clara de cómo debe ser la sociedad y hace lo que sea necesario para transformarla. De allí que sea vital que el dirigente cuente con un gran apoyo de su partido de pertenencia, de sus seguidores y del gobierno en general. La ventaja de este liderazgo es que el amplio sostén social e institucional con el que el líder cuenta lo habilitan a generar cambios profundos en la sociedad, pero llevado a su extremo puede resultar en un deterioro de la democracia. Por un lado, la dependencia del líder respecto del apoyo masivo puede derivar en transgresiones a la institucionalidad y a los derechos individuales con tal de satisfacer las expectativas de la gran mayoría. Por otro lado, la rigidez ideológica del líder puede llevar a prácticas de corte autoritario para cumplir con su visión del mundo (D'Alessandro 2007, 321). Según Andrew Heywood (2013), dentro de esta categoría se puede ubicar el presidente francés Charles De Gaulle (1959-1969) y los primeros ministros británicos Margaret Thatcher (1999-1970) y Tony Blair (1997-2007) (Heywood 2013, 306). Asimismo, los especialistas sostienen que este liderazgo sería más adecuado para sistemas políticos mayoritarios⁴⁷ porque el líder y el partido mayoritario que encabeza deben marcar posiciones fuertes y claras en materia política e intentar persuadir a los otros actores del sistema para que acepten su posición. A su vez, argumentan que es un tipo de liderazgo crucial para los estados “en vías de desarrollo” o bien para aquellos que afrontan grandes transformaciones (Peters y Helms 2012, 27). En especial, por la fortaleza, carisma⁴⁸ y habilidad que muestran estos líderes para motivar moralmente a las personas y efectuar cambios a gran escala. Según los investigadores, este ha sido el caso de África y de América Latina durante las primeras fases de sus transiciones democráticas (Manning 2001 citado en Peters y Helms 2012, 27), ya que, como se señaló, durante los pactos transicionales es preferible un liderazgo de tipo transaccional.

⁴⁷ Se trata de un tipo de democracia en que el poder está concentrado en pocos líderes y partidos cuya principal característica es la de ser excluyente, competitiva y adversarial. Ver Arend Lijphart (1994b).

⁴⁸ En su origen el término carisma está relacionado con la noción de gracia y don divino. Fue Weber (1922) quien delimitó el término en su significado político como una cualidad personal extraordinaria vinculada con valores sobrehumanos (como la calidad curativa de los chamanes o de Jesucristo). Llevado al ámbito del liderazgo político, la persona que ocupa la posición de líder pasa a tener un rol fundamental debido a que el apoyo de sus seguidores se basa en sus propios atributos para atraer, agradar, cautivar. En este sentido, la relación tiene un componente de irracionalidad y se construye en base a la admiración que sus seguidores sienten por el líder y se manifiesta, según las épocas, en muestras de afecto, gratitud, fidelidad y/o adhesión. Se trata de una cualidad percibida y construida en la relación con los otros y no de una realidad objetiva.

En relación al liderazgo *laissez faire* –aunque mucho menos difundido entre los estudiosos– se trata de un estilo liberal, donde el líder prefiere no entrometerse en asuntos ajenos a su responsabilidad personal sino delegarlos en sus subordinados. La ventaja es que fomenta la armonía y el trabajo en equipo y libera a los líderes de cargas gerenciales, por lo que tendría más disposición para concentrarse en asuntos políticos y electorales. La desventaja es que puede conceder demasiada libertad a sus ministros y funcionarios y debilitar la coordinación de la política gubernamental (D’Alessandro 2007, 321). En esta categoría se ubican, según Heywood (2013), los presidentes Ronald Reagan (1981-1989) y George W. Bush (antes del 11 de septiembre de 2001) (Heywood 2013, 304-306).

En lo que respecta a los trabajos de James Blondel, su estudio de 1987 –*Political Leadership. Towards a General Analysis*– ha sido reconocido por constituir un valioso marco general para el análisis sistemático del liderazgo político. En especial, porque incorpora tanto la dimensión institucionalista formal e informal (que integran lo que llama el “medio ambiente”) como los atributos individuales del líder (Collado Campaña et al. 2016; Helms 2012; Bells 2014). En esta dirección, el investigador reconoce que el alcance de las actividades y decisiones de los líderes están condicionadas, en primer término, por los arreglos político-institucionales legales –propios de los estudios formalistas– y por los límites *de facto* que resultan de las prácticas de los líderes anteriores, de la burocracia y de los ciudadanos. Dicho medio ambiente es el que determina las fronteras entre lo que es y no es el papel del Estado en la sociedad y el papel del líder dentro del estado (Blondel, 1987: 8). En segundo término, por la visión, personalidad y psicología de los líderes, ya incorporadas por Burns (1978). Explica el impacto de los liderazgos ejecutivos sobre el sistema político a partir de dos variables. En primer lugar, la extensión o alcance del liderazgo. Se trata de una variable externa que refiere a la mayor o menor amplitud de los ámbitos de dominio político que puede ser: (i) grande, es decir, afecta a la totalidad del sistema como un presidente o primer ministro; (ii) moderado, en relación a los efectos concretos de las políticas concretas promovidas, por ejemplo, de salud o bien (iii) pequeño o especializado, en cuyo caso los efectos tienen lugar dentro de un período o circunstancia concreta, como los momentos de crisis dentro de un área de trabajo específica. En segundo lugar, la profundidad o intensidad del liderazgo. Constituye una variable interna vinculada con la personalidad y capacidades propias del líder que puede ser: (i) mínima, cuando el líder no puede modificar demasiado la situación precedente; moderada, cuando no es capaz de producir transformaciones significativas o determinantes o (iii) profunda,

cuando logra producir transformaciones estructurales que afectan al sistema sociopolítico en su conjunto (Blondel 1987, 80-114). Con la combinación de estas dos variables y sus seis criterios, el investigador efectúa una tipología de nueve modelos de liderazgo. La tabla 1 reúne dicha clasificación:

Tabla 1. Tipología del liderazgo (Blondel)

	Intensidad del cambio		
	Mínimo	Moderado	Profundo
		Paternalista/ populista	Ideólogo
Alcance	Grande	Salvador	
	Moderado	Confortador	Redefinidor
	Pequeño/ especializado	Gestor	Reajustador
			Innovador

Fuente: Jean Blondel (1987, 97).

A su vez, el interés de los estudios interaccionistas en categorizar la influencia de los líderes sobre el sistema político ha contribuido al desarrollo de una serie de trabajos empíricos preocupados por medir sus alcances y profundizar en los modelos y tipologías existentes. En esta dirección, cabe nombrar los análisis estadísticos de Jean Blondel y Jean-Louis Thiébault (2010), preocupados por los patrones de liderazgo político alrededor del mundo, y los de Anthony King (2002) y Valerie Bunce (1981), que miden el impacto que tienen los líderes tanto en las elecciones como en los procesos de transición de mando respectivamente (citados en Bell 2014, 4). Asimismo, esta línea de trabajo también se nutre de y encuentra aspectos metodológicos y discusiones en común con los estudios formalistas interesados en la organización de los partidos y sus efectos sobre los liderazgos (por ejemplo, con los mencionados estudios de Webb et al. 2012; Webb 2002; Scarrow 2000).

Por otra parte, aunque se trate de un área menos explorada, algunos trabajos interaccionistas se han interesado por desarrollar marcos conceptuales para el análisis de los liderazgos en América Latina. En este sentido, el estudio de Jean Blondel y César Cansino (1996), procura explicar la centralidad (o “fortaleza”) de los liderazgos presidenciales que guiaron los procesos de transición democrática a partir de cuatro dimensiones: (i) la modalidad y fase en la que se encuentra el cambio político; (ii) los rasgos de la personalidad del líder; (iii) el nivel de identificación entre el proceso de cambio político y el actor o líder que personifica dicho proceso y (iv) el grado de eficacia decisional por parte del líder para responder a las expectativas sociales, económicas y

políticas generadas antes y durante el proceso de cambio político (Blondel y Cansino 1996, 48-50). En términos generales, concluyen que el nivel de centralidad de los liderazgos es (i) inversamente proporcional al nivel de institucionalización del proceso de cambio político (es decir, a mayor institucionalización del cambio menor centralidad del liderazgo y a menor institucionalización del cambio mayor fortaleza del liderazgo) y directamente proporcional a (ii) el grado en que la personalidad del líder representa o se asocia a los componentes democráticos demandados; (iii) la correspondencia con las expectativas de las élites y el público masivo y (iv) la eficacia del líder para responder a las demandas del entorno (Blondel y Cansino 1996, 47-51).

Dentro de estos estudios, también pueden incluirse los trabajos de Manuel Alcántara, Jean Blondel y Jean-Louis Thiébault (2018), interesados en el análisis de los presidentes latinoamericanos a partir de la reapertura de las democracias. Si bien muestran que los estilos de los liderazgos están influenciados por los contextos de emergencia y perfiles personales de los líderes, concluyen –en línea con los estudios formalistas– que los factores más importantes para explicar sus diferencias remiten a los diseños y mecanismos institucionales específicos y, en particular, a los niveles de institucionalización de los sistemas de partidos y sus partidos políticos. A su vez, coinciden en que se trata de una región caracterizada, en general, por sistemas políticos atravesados por altos grados de corrupción y amplios márgenes de informalidad, partidos políticos más bien débiles y dependientes de los recursos estatales y una política de estilo personalista y “caudillista”. En este sentido, los principales aportes de este estudio se vinculan con su encuadre general de tipo comparativo e institucionalista/interaccionista –enfoque bastante menos desarrollado dentro de la academia latinoamericana–, además de la densidad informativa y la variedad de hipótesis e interrogantes que podrían guiar futuras agendas de investigación. No obstante, los especialistas le critican la falta de un argumento teórico que integre las diferentes perspectivas y dimensiones analizadas en una teoría cohesiva y unificada con criterios de operatividad explícitos (Camerlo 2018, 335). Problemas que, como se dijo, son comunes dentro del campo de estudios sobre liderazgos.

En definitiva, los análisis interaccionistas reconocen que los aspectos informales (poco atendidos por el enfoque procedimental) además de los formales y los vinculados con las características particulares de los líderes son importantes para entender los liderazgos. En este sentido, han contribuido al reconocimiento y valorización tanto de las

motivaciones y los atributos particulares de los líderes como respecto de las relaciones de posición que los liderazgos generan –además de aportar al debate sobre sus vínculos con la calidad de las democracias–. Asuntos que, si bien habían sido tratados por los estudios de raigambre psicológica (como el conductismo) de mediados de siglo XX y sociológica (inspirados en la concepción weberiana) de fines del mismo siglo, perdieron terreno tras la centralidad que cobró el institucionalismo de carácter formalista. Sin embargo, más allá de sus valiosos aportes, los trabajos interaccionistas llevados a la práctica terminan priorizando en general explicaciones de tipo determinista (Renshon 2014; Reicher, Haslam y Platow 2014; t Hart 2014). Por un lado, una gama de trabajos (entre otros, Tanaka y Morel 2018; Blondel y Thiébault 2010) tiende a sobrevalorar la influencia de las características personales, psicológicas y motivacionales de los líderes sobre el sistema político y los ciudadanos en desmedro de los efectos que tienen los contextos y cambios sociopolíticos y culturales sobre los liderazgos, cambios ampliamente analizados por las teorías organizacionales vinculadas con los partidos (Renshon 2014). Por otro lado, suelen poner el acento en los efectos de los ambientes institucionales formales (por ejemplo, Thiébault 2018; Blondel 2018; Elgie 1995), que ya se mostraron insuficientes para explicar los diferentes estilos, además de la posición y/o contextos de situación y contingencia sobre los liderazgos (t Hart 2014, 4). Asimismo, aquellos que se centran específicamente en la interacción entre líderes y seguidores lo hacen enfocándose en sus relaciones de intercambio, pero sin atender al entorno social (Reicher et al. 2014) –y podría agregarse, histórico y cultural– en las que se desarrollan. Aun así, si se optara por hacer énfasis en el análisis de las características personales de los líderes, entonces la pregunta por sus estilos de liderazgos –entendidos como una relación social enmarcada en un contexto político, cultural y sociohistórico determinado– perdería sentido. Igualmente, si se priorizara el análisis de las posiciones de contingencia y/o las relaciones de intercambio entre los líderes con sus respectivos seguidores, se caería en la cuenta de que tanto la situación en la que emergen y se desarrollan, en este caso, Macri y Bolsonaro (crisis política y económica, críticas al oficialismo, cuestionamiento a la dirigencia política en general y escándalos de corrupción) como sus intercambios con sus seguidores (en términos de los componentes discursivos transversales: honestidad, seguridad, transparencia, férrea oposición a los gobiernos oficialistas anteriores y los intercambios selectivos) son en cierta medida similares y por tanto, insuficientes por sí solos para explicar sus diferentes estilos. Además, allí donde divergen (sobre todo respecto de sus

posicionamientos éticos y morales) su naturaleza tampoco se explicaría sino es en consideración de otros factores, por ejemplo, sociales, históricos, culturales. Sumado a ello, los críticos también señalan que la creciente propensión de los trabajos interaccionistas por desarrollar nuevas sistematizaciones y complejas modelizaciones formales con altos grados de abstracción, opera en desmedro no solo de la claridad conceptual (como ya se advirtió) sino del conocimiento mismo de la realidad y de la riqueza que toda relación social, para el caso de liderazgo, implica.

En este marco, de modo más reciente, una serie de estudios ha comenzado a prestar mayor atención a los aspectos socioculturales para explicar la emergencia y características de los liderazgos políticos. Si bien se trata de aspectos generalmente ignorados por la agenda politológica (Norris e Inglehart 2019; Rovira Kaltwasser, Taggart, Ochoa Espejo y Ostiguy 2017), han encontrado cierto eco durante la década de 1990 y ganado terreno en las últimas dos décadas. En particular, debido al éxito de los partidos y los llamados liderazgos de derecha o “nueva derecha” y de “derecha radical”⁴⁹ además de la emergencia de una “nueva ola de populismos”⁵⁰ de distinta orientación política en Europa, América Latina y Estados Unidos desde fines de siglo XX (Rovira Kaltwasser et al. 2017). Se trata de un conjunto de trabajos heterogéneos en los que priman diferentes enfoques analíticos pero que coinciden en la revaloración de las condiciones sociales y culturales que subyacen a la emergencia y desarrollo de los liderazgos políticos. De allí que se los agrupe bajo el rótulo de “estudios socioculturales”.

1. (a) (iii) Los estudios socioculturales

Los estudios socioculturales se inspiran en buena medida en la discusión iniciada por el estructuralismo europeo de mediados de siglo XX y, generalmente, han sido

⁴⁹ No se desconoce la discusión en torno al uso de la categoría de derecha ni las diferencias que algunos investigadores establecen entre la derecha y la “nueva derecha” además de entre las distintas derechas (“radical”, “extrema”, “dura”, “antisistema”, entre otras). Como la discusión excede el marco analítico de esta tesis, se usa el término derecha “radical” o “extrema”, liderazgo “radical” o “extremo” en alusión a su carácter autoritario y excluyente (xenófobo, racista, misógino) (Mudde 2000) con relativa independencia de su visión sobre el rol del Estado en la economía. En especial porque, según los expertos, aunque la derecha se incline en general por el libre mercado (Luna y Rovira Kaltwasser 2014), estos liderazgos pueden también sostener discursos y posiciones económicas de carácter nacionalista/ proteccionista (Mudde 2000), tal como Donald Trump en Estados Unidos (Norries e Inglehart 2019, 2016).

⁵⁰ En términos generales, los liderazgos populistas refieren a liderazgos carismáticos, cuyo discurso –y en distinta medida accionar– se basa en la confrontación entre grupos considerados antagónicos (el pueblo, representado por el líder y la élite o el antipueblo, en referencia a los opositores) (Morán 2021; Mudde 2020; Casullo 2014). Por su centralidad dentro de la agenda latinoamericana se desarrolla en el apartado 2. (b).

integrados a la vertiente sociohistórica del neoinstitucionalismo a partir de la década de 1980.

Como se señaló, el estructuralismo hace énfasis en el peso de las condiciones estructurales –en el sentido de que constituyen factores persistentes y duraderos– que limitan y hasta determinan el comportamiento de todos los actores del sistema político a través mecanismos de reforzamiento que tienden a reproducir ciertos valores, prácticas y conductas en detrimento de otras. De esta manera, el enfoque entiende que los líderes no son plenamente autónomos, sino que su conducta, creencias, rasgos personales y decisiones dependen de la estructura social en la que se desarrollan (D’Alessandro 2007, Norris 2005).

Una de las líneas de trabajo estructuralistas más influyentes para los estudios politológicos en general y sobre liderazgo político en particular, se inspira en, y/o discute con, la teoría de los clivajes sociales desarrollada por Seymour M. Lipset y Stein Rokkan (1967) interesada en explicar el nacimiento de los sistemas de partidos europeos occidentales tras la consolidación de los estados nación. Los investigadores definen a los clivajes como divisiones o conflictos profundos enraizados en la historia de cada sociedad que conducen a, o bien se expresan luego de, coyunturas críticas⁵¹. Por ejemplo, divisiones en torno al lugar que deben ocupar los valores morales en el ámbito político, sintetizados en el clivaje “Estado-iglesia”, o conflictos vinculados con los intereses de clase, expresados en la dicotomía “obrero-propietario”. El argumento es que alrededor de esas líneas de ruptura y confrontación se organizan grupos con identidades e intereses comunes sobre los que emergieron los partidos europeos de siglo XIX y XX⁵², en los casos estudiados por los autores. De esta manera, allí donde los partidos fueron exitosos en la representación de las demandas sociales expresadas por los diferentes grupos, lograron consolidarse y los sistemas de partidos se estabilizaron o, como dirían los estudios formalistas, “se institucionalizaron”. En efecto, este fue el caso de la mayoría de los sistemas de partidos de Europa Occidental que tras 1920 se “congelaron” en dos bloques principales. Un bloque de izquierda (integrado por los partidos socialdemócratas, laboristas y comunistas) y otro de derecha (integrado por los partidos de la democracia

⁵¹ El concepto de Lipset y Rokkan puede sintetizarse como un “período de cambio significativo que ocurre típicamente en formas distintivas en diferentes países o en otras unidades de análisis y que hipotéticamente producen legados distintivos” (Collier y Collier 1991, 30) –traducción propia–.

⁵² Las cuatro líneas de división principales sobre las que se erigieron dichos partidos son: “centro-periferia”, “Estado-iglesia”, “tierra-industria” y “obrero-propietario”, que en general se relacionan con las oposiciones “izquierda-derecha” y/o “liberal-conservador” (Lipset y Rokkan 2001, 244-255).

cristiana, los liberales y los conservadores). Dicha estabilidad, acompañada y sustentada en el alineamiento ideológico entre los partidos y los votantes, fortaleció a los partidos y moldeó los potenciales estilos de los liderazgos políticos en base a ideologías y programas que limitaron la autonomía de los líderes y la personalización de la contienda.

No obstante, partir de fines de la década de 1960 y principios de 1970 emergieron una serie de desafíos para los partidos que pusieron en cuestionamiento tanto su estabilidad y organización como los alineamientos electorales y, consecuentemente, el “congelamiento” de los sistemas de partidos europeos. Estos desafíos se expresaron en la emergencia de nuevas cuestiones conflictivas –*issues*–, movimientos sociales y partidos políticos (comúnmente vinculados con la llamada derecha radical y con los partidos “verdes” representantes de asuntos medioambientales) además del aumento de la volatilidad electoral y la fragmentación partidaria (Dalton y Klingemann 2009). En este marco, una serie de trabajos comenzó a revisar la interpretación de Lipset y Rokkan (1967) sobre el enraizamiento de los clivajes, la resultante estabilidad de los sistemas de partidos europeos y el potencial de su teoría para explicar los cambios. Así, surgieron dos enfoques adicionales, el “posestructuralista”, que comparte los supuestos del estructuralismo y rescata la importancia de los clivajes para explicar los cambios en los partidos, los sistemas de partidos y los liderazgos a partir de fines de siglo XX (Norris 2005) y el enfoque “crítico”, cuyos estudios entienden que las líneas de división tradicionales se han debilitado y/o desaparecido y, por tanto, que son insuficientes para explicar los cambios acaecidos. Los párrafos a continuación desarrollan estos enfoques y sus principales trabajos⁵³.

Respecto del enfoque postestructuralista, sus estudios coinciden en que el conocimiento de las estructuras sociales y sus clivajes permiten predecir las trayectorias de los fenómenos sociales –aunque no las determinan–. Señalan que los cambios impulsados por los procesos de industrialización de mediados de siglo XX impactaron sobre los patrones de relación social tradicionales y transformaron tanto los valores y los clivajes como la orientación política y los alineamientos partidarios de los votantes. Uno de los referentes más destacados de esta familia de estudios es Ronald Inglehart (2001, 1990, 1977), quien ideó la tesis posmaterialista sobre el cambio en los valores. Sostiene que, a medida que un país se industrializa y se desarrolla, se produce una transformación

⁵³ Si bien la teoría sobre el populismo podría integrar la serie de estudios que se incluyen en este enfoque, como se trata de una teoría mayormente desarrollada en y para el análisis de los casos latinoamericanos (Rovira Kaltwasser et al. 2017, 30) se la desarrolla en el punto 2. (b) (ii). de este primer capítulo.

global en las disposiciones de los individuos que pasarían de estar interesados en la provisión de bienes y servicios básicos (como el trabajo, la vivienda, la vestimenta y la maximización del crecimiento económico, llamados “valores materialistas”) propios de las “sociedades modernas” a interesarse en el bienestar subjetivo y la calidad de vida (por ejemplo, en el medio ambiente, la paz, la igualdad, los derechos humanos, la libertad de expresión, llamados “valores posmaterialistas”), propios de las “sociedades posmodernas”. El argumento es que a medida que las sociedades tienen mayor certeza sobre sus posibilidades para acceder y garantizarse ciertos bienes y servicios básicos para su existencia y desarrollo (en particular seguridad física y económica), aumenta su sensación de seguridad general y sus aspiraciones pasan a estar más vinculadas con valores que subrayan la pluralidad, la autoexpresión individual y el bienestar (Inglehart 2001, 59-62). Lo interesante de esta tesis para el estudio de los liderazgos es que dicha mutación en el sistema de valores implicaría una transformación del modo en que las sociedades perciben la autoridad, en concreto, la político-legal y la religiosa. En especial, porque el sistema de creencias de una sociedad constituye un elemento central para la justificación del orden y legitima el derecho de la élite a gobernar⁵⁴ (Inglehart 2001, 69). Así, tras la modernidad ambos tipos de autoridad se habrían debilitado a favor de formas más flexibles (Inglehart, 2001, 57). De allí que, para el autor, los estilos de liderazgo político, además de los cambios en la organización de los partidos, se vinculen más con la predominancia de ciertos valores (sean materiales o posmateriales) que con aspectos institucionales, situacionales y/o psicológicos (vinculados con los estudios institucionalistas e interaccionistas). En este sentido, es más probable que las sociedades económicamente más desarrolladas, que perciben mayores grados de seguridad y disfrutan de mayor prosperidad (sociedades posmodernas) se orienten hacia tipos de liderazgos democráticos y liberales, mientras que las sociedades económicamente menos desarrolladas, que perciben menores grados de seguridad y mayor riesgo (sociedades modernas) se inclinan hacia liderazgos personalistas, expresados en la “adulación a grandes líderes (...) que puedan dirigir a su pueblo a un terreno seguro” (Inglehart 2001, 51). En estas últimas sociedades, además, es más probable que ante un “cambio amenazadoramente brusco” brote un “reflejo autoritario”, es decir, un fuerte sentimiento de intolerancia orientado generalmente hacia grupos étnicos. Esto último genera un

⁵⁴ Se reconoce que la autoridad política se basa no solo en la interiorización de un conjunto de normas que justifican su consentimiento (legitimación) sino también en la coerción externa. El grado en que la autoridad se apoya en uno u otro aspecto varía.

contexto favorable para la emergencia de liderazgos autoritarios y xenófobos, como lo muestran los casos de la Rusia zarista o la ascensión nazista y fascista tras la gran depresión de la década de 1930 (Inglehart 2001, 50-51). De todos modos, el autor muestra que a partir de la década de 1970 la mayoría de las sociedades del mundo han experimentado un aumento en los niveles de vida que se cristalizan en una tendencia hacia los valores posmateriales, evidenciada en el incremento de las posiciones seculares y la disminución de los valores religiosos en particular (Inglehart 2021, 2001; Norris e Inglehart 2019, 2004). Dichas sociedades se caracterizan por expresar grandes diferencias entre los valores intergeneracionales: mientras las poblaciones adultas se inclinan por los materialistas, las jóvenes lo hacen por los posmaterialistas. Por lo que, a medida que las generaciones son reemplazadas, también lo son los sistemas de valores, –fenómeno que el investigador llama “revolución silenciosa” (Inglehart, 1977)–. En efecto, según el investigador las generaciones jóvenes han introducido un paulatino cambio en el sistema de valores que se expresa en el declive de las divisiones políticas tradicionales hacia cuestiones culturales y relativas a la calidad de vida. Este cambio atraviesa y ha renovado progresivamente, además, los asuntos asociados con los bloques de derecha e izquierda cada vez más vinculados al clivaje materialismo-posmaterialismo respectivamente (Inglehart 2001, 433-437). En esta dirección, una variedad de estudios se ha preocupado por analizar los cambios de los clivajes tradicionales en las sociedades occidentales y, aunque no existen consensos respecto de la emergencia de un único clivaje ni del real debilitamiento de la religión además de la clase (Inglehart 2021; Evans y Graff 2013; Deegan-Krause 2007), coinciden en que se trata de conflictos igualmente estructurales cuya naturaleza varía según las regiones y sociedades⁵⁵.

Por su parte, el fortalecimiento y emergencia de partidos y liderazgos de derecha radical en sociedades industrializadas (como Alemania, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos) desde fines del siglo XX, han relativizado la tesis de Ronald Inglehart (2001,1977). Quizá uno de los detractores más influyentes sea Piero Ignazi (1993), quien antepone a la “revolución silenciosa” una “contrarrevolución silenciosa” –o lo que Pippa Norris (2005) llama una “reacción cultural” o *cultural backlash*–. En otras palabras, una creciente resistencia social tanto de parte de sectores excluidos y con dificultades para integrarse a la dinámica de las sociedades postindustriales como de parte de grupos de

⁵⁵ Para una reseña sobre estos estudios consultar Deegan-Krause (2007) y para una discusión más amplia Geoffrey Evans y Nan Dirk de Graaf (2013).

diferente status y/o clases sociales que ven en la emergencia de los valores posmateriales una amenaza a sus antiguos privilegios. Más allá de las diferentes condiciones que experimentan estos grupos, comparten un común sentimiento de frustración, privación, y, en especial, de amenaza que inspira cierto anhelo de renovación del *statu quo* anterior. En este contexto, la emergencia de partidos y liderazgos de derecha radical –de carácter más bien personalista, populista y hasta autoritaria (Norris e Inglehart 2019; Norris 2005)– que otorguen sensación de seguridad y permitan reestablecer el orden “perdido” con sus vínculos y relaciones tradicionales se tornan una alternativa electoral seductora⁵⁶. En esta línea, tanto Ronald Inglehart (Norris e Inglehart 2019) como una creciente variedad de investigadores han renovado su interés en el estudio de las derechas. Y, si bien no siempre coinciden en los factores que explican su desarrollo, argumentan, alternativamente, que dicha tendencia política se ha fortalecido ante ciertas condiciones estructurales, a saber: (i) nuevas oleadas de inmigrantes, solicitantes de asilo y refugiados que han suscitado distintas expresiones de xenofobia; (ii) un electorado mayormente descontento con los partidos principales y desconfiado del sistema político en general; (iii) el colapso de las divisiones religiosas y de clase tradicionales que estructuran las afiliaciones políticas y las lealtades partidarias dominantes; (iv) la reacción cultural contra el auge de los valores posmateriales y/o (v) los recortes en los Estados de bienestar, los crecientes niveles de inseguridad laboral y el aumento del desempleo que han generado nuevas formas de riesgo y desventajas sociales (Norris 2005, 11).

Con respecto a la familia de estudios críticos a la teoría de los clivajes, si bien reconocen que sus aportes son fundamentales para comprender el modo en que se organizan y expresan los intereses sociales, sostienen que el debilitamiento de las divisiones tradicionales ha dado lugar a la pluralidad y diversidad social y a una multiplicidad de conflictos coyunturales que no llevan necesariamente a nueva estructuración social (Deegan-Krause 2007, 3). Se trata de un conjunto de asuntos de diferente naturaleza –como la seguridad pública y las migraciones o cuestiones económicas como la inflación, políticas como los escándalos de corrupción y aquellas vinculadas con el ámbito íntimo, por ejemplo, reproductivos– que aumentaron su importancia a medida que los clivajes se debilitaron al punto tal que, en algunos casos, fueron reemplazados por estas divisiones circunstanciales (Dalton y Klingemman 2009;

⁵⁶ Este sería el caso del actual presidente de Brasil Jair Bolsonaro, además del reciente presidente de Estados Unidos Donald Trump y la líder francesa del Frente –y, posteriormente Agrupación– Nacional, Marine Le Pen, entre otros. (Inglehart y Norris 2019).

Dalton 2002; Franklin, Mackie, Valen y Studlar 1992). En este marco, los estudios críticos tornaron su interés de los factores estructurales hacia los coyunturales y/o de corto plazo –por ejemplo, la imagen de los candidatos y las opiniones en torno a asuntos específicos– para explicar el desarrollo de los liderazgos, en especial, los vínculos entre los partidos, sus líderes y electores (Blondel y Thiébaul 2010, 21-24).

A partir de este contexto, se han desarrollado dos líneas de investigación politológicas más influyentes desde la década de 1980. En primer término, la inspirada en la teoría sociocultural europea que hace énfasis en las características del entorno (en particular, la crisis o cambios de la representación) para explicar la emergencia y estilos de los liderazgos. En general, entienden que el aumento de los niveles educativos; la mayor disponibilidad, difusión y acceso a la información; el impacto de los medios masivos de comunicación –especialmente por los procesos de amplificación–, las redes sociales y las encuestas sobre la agenda política y la formación de la opinión, además de la gran visibilidad que han adquirido los escándalos de corrupción en las últimas décadas, han forjado un público más informado, crítico y atento, pero también más descreído, apático y, en su extremo, desinteresado. Ello se manifestaría tanto en el aumento de las exigencias en torno al sistema democrático como en la creciente desconfianza en sus instituciones y actores, asimismo en una fuerte sensación de frustración respecto de la política en general⁵⁷ (Rosanvallon 2009, 2007; Pasquino 1999; Sartori 1998; Bobbio 1994, Manin 1992). Según los investigadores, este escenario ha conducido a una paulatina “crisis” (Rosanvallon 2007) o “mutación” (Manin 1992) de la representación que afecta a la mayor parte de las democracias y cuyos efectos sobre los estilos de liderazgo se expresan en su progresiva personalización y “apolitización”. En otras palabras, la negativa percepción pública del ámbito político incentiva a los líderes a hacer énfasis en sus atributos individuales y ubicarse simbólicamente “por fuera de la política” para empatizar con el “ciudadano común” a través de discursos e imágenes de “proximidad”⁵⁸ (Rosanvallon 2009), basadas en la construcción de dirigentes que se parecen al elector en su “simplicidad, en su ser cotidiano y común” con lo que rechazan la diferencia inherente

⁵⁷ Respecto de Argentina y Brasil, son conocidos los trabajos de Rocío Annunziata (2018, 2015), Isidoro Cheresky (2006), Marcos Novaro (2000, 1995, 1994) y las clásicas compilaciones centradas en América Latina de Torcuato Di Tella (1998) y Mario R. Dos Santos (1992).

⁵⁸ Supone una inmersión radical en el mundo de la particularidad, una preocupación por los individuos concretos que Rocío Annunziata (2012) redefine en términos de una “forma de legitimidad democrática con respecto a los atributos de los líderes políticos, en los que se apoyan para construir una identificación anti-carismática con los ciudadanos comunes” (Annunziata 2012, 48).

entre los ciudadanos y la clase política (Annunziata, 2012: 54). A su vez, los líderes pasan a tener un rol central en la imposición de determinados conflictos sociales –subyacentes– a partir de los que trazan líneas de división electoralmente exitosas con las que identificarse (Manin 1992). Así, al momento de tomar decisiones, los votantes se inclinan más por la imagen y las posiciones de los líderes en torno a determinados asuntos específicos que por los partidos.

En segundo término, la perspectiva inspirada en la psicología social norteamericana de carácter empírico –que ocupa, como se sostuvo, un lugar comparativamente mayor en la agenda politológica dominante– preocupada, en especial, por el estudio del comportamiento electoral (*electoral behaviour studies*) y la comunicación política, como, las campañas electorales y los programas partidarios (*manifesto studies*) (Blondel y Thiébault 2010, 21-24). Esta perspectiva muestra que los cambios en la estructura social han implicado una transformación en las preferencias electorales y en torno a las relaciones de liderazgo, que se manifiestan en una marcada tendencia del voto hacia la persona y a partir de conflictos específicos, además de una creciente personalización de las campañas electorales y el aumento de contenidos emotivos en ellas. Todo esto pondría de relieve la “americanización” de la comunicación política, es decir, el uso intensivo de recursos y técnicas comerciales (Holtz-Bacha y Just 2017; Costa Lobo 2014; Dalton y Klingeman 2009).

Más allá de las diferencias entre los enfoques críticos vinculados con la perspectiva de inspiración europea y la norteamericana, todos coinciden, en general, en que este contexto de cambio sociocultural, debilitamiento de los clivajes y desconfianza y/o crisis de la representación política, propicia la emergencia de líderes personalistas, de rápida popularidad, *outsiders* o apartidarios, con amplios grados de autonomía de los partidos, que crean un estilo propio. Igualmente, este contexto también los deja en una situación de mayor vulnerabilidad. En concreto, porque pasan a estar más condicionados y son más dependientes de las encuestas de opinión, las relaciones con los medios de comunicación, el uso de las redes sociales y el marketing político. De la misma manera, cultivan sus atributos y recursos personales para construir una imagen de liderazgo atenta a las demandas de un electorado amplio, heterogéneo y, en parte, policlasista. De esta manera, si bien los líderes tienen una posición fundamental en la canalización de demandas, sus liderazgos son mucho más inestables y frágiles que antaño. En especial,

en el contexto de un entorno político, económico, cultural, social y electoral mucho más volátil, dinámico e inestable.

En suma, los estudios socioculturales se concentran en las condiciones sociales que subyacen y enmarcan la emergencia, el desarrollo y las características de los liderazgos. En cuanto a los estudios postestructuralistas en particular, hacen énfasis en los factores sociales de largo plazo. Concretamente, en los cambios materiales y socioculturales derivados de los procesos de modernización de fines de siglo XX y sus efectos sobre los clivajes. El interés de esta perspectiva es que permite introducir una dimensión mayormente ignorada en la ciencia política, esto es, la dimensión social y los aspectos culturales. En efecto, estos estudios explican mejor que las anteriores perspectivas (institucionalistas e interaccionista) la emergencia, desarrollo y diferencias en los estilos de liderazgos (en este caso, los liderazgos autoritarios y reaccionarios en oposición a los democráticos y liberales). Sin embargo, su éxito es relativo cuando se aplican sus argumentos a casos concretos. Por ejemplo, siguiendo a Ronald Inglehart (2021, 2001) y Pippa Norris e Inglehart (2019, 2004) los países que muestran fuertes niveles de inseguridad, producto del menor desarrollo económico y la menor industrialización, serían más proclives a desarrollar liderazgos radicales, populistas y autoritarios –apoyados, en especial, en la persistencia de los valores religiosos, tradicionales y conservadores–. En este sentido, si bien se trata de una tesis fuertemente sugestiva, no resulta claro entonces por qué emergen liderazgos diferentes en regiones que expresan pautas similares de desarrollo económico –además de apoyos religiosos– como en América Latina y en Argentina y Brasil en particular (Inglehart 2021, 30 y 57). Tampoco, por qué los liderazgos son similares en contextos socioculturales con desarrollos económicos tan diferentes como Brasil, Estados Unidos, Francia e Italia (en referencia a los llamados liderazgos de derecha radical o populista). A su vez, si bien los sentimientos de amenaza y frustración que confluyen en la llamada “contra revolución silenciosa” (Ignazi 1993) y/o el *cultural backlash* (Norris e Inglehart 2019; Norris 2005), sobre todo en los contextos de crisis, permitirían comprender mejor la emergencia y desarrollo de los liderazgos de carácter autoritario o radical, no es claro por qué en condiciones similares emergen en unos países y no en otros. En este punto, la perspectiva crítica echa mano de los aspectos coyunturales y los factores de corto plazo específicos. Por ejemplo, que sus estilos están influidos por la crisis de confianza, los cambios en la representación y los conflictos y contextos específicos de emergencia de los líderes

además de los efectos de los medios de comunicación sobre la dinámica política y las campañas electorales. Sin embargo, si este es un contexto sociocultural que atraviesa la mayor parte de las democracias occidentales, entonces la explicación en torno a las diferencias entre los liderazgos o bien permanece abierta o bien se subsume a las características de los contextos socioculturales, económicos y políticos particulares. No obstante, si se consideran los contextos específicos de crisis en los que emergieron y se desarrollaron los liderazgos de Mauricio Macri en Argentina y de Jair Bolsonaro en Brasil (crisis económica, desgaste político de los gobiernos de “nueva izquierda”, escándalos de corrupción, activación de la movilización social opositora al oficialismo de turno) no se sigue por qué sus estilos tomaron rumbos diferentes. De esta manera, la pregunta respecto de los principales factores que contribuyen a explicar sus diferencias aún resulta pertinente.

A modo de síntesis, la tabla 2 resume los rasgos más importantes de los estudios contemporáneos sobre liderazgo político, sus principales enfoques, aportes y limitaciones.

Tabla 2. Estudios contemporáneos sobre liderazgo político

Estudios	Enfoque	Estilo de liderazgo	Aportes	Limitaciones
Formalistas	Formas de gobierno	Ligado a los diseños institucionales y procedimentales	Integra la preocupación por la investigación empírica y el método comparativo. Revaloriza las instituciones políticas	Determinismo formalista, dificultad para explicar cambios. Elusión del conflicto y los aspectos socioculturales e históricos
	Sistemas electorales			
	Organización de los partidos			
	Nivel de institucionalización			
Interaccionistas	Atributos y recursos del líder	Ligado al vínculo entre el líder y el ambiente	Integra, a los estudios formalistas, los recursos y atributos personales de los líderes y su vínculo con sus seguidores. Énfasis en los límites de facto e informales	Determinismo de sesgo individualista o bien, formalista. La relación de liderazgo carece de un entorno sociohistórico y cultural. Modelos con altos grados de abstracción. Alejamiento de la realidad
	Relación líder y seguidores			
	Instituciones, coyuntura/contingencia			
Socioculturales	Postestructuralista, inspirado en teoría de los clivajes (<i>new cleavage thesis</i> , posmaterialismo, derechas radicales)	Ligado a las condiciones sociales estructurales	Integra y valoriza la dimensión social, cultural y, en cierta medida, histórica	Determinismo económico y sociocultural. La pretensión de generar teorías universales opera en detrimento de las particularidades históricas
	Crítico a la teoría de los clivajes (crisis/mutación de la representación, comportamiento electoral)	Ligado a las condiciones socioculturales coyunturales		Sobrevaloración de las características del líder y/o la influencia de las coyunturas y contingencias

Nota: elaboración propia.

Seguidamente, el punto 1. (b) repasa los principales estudios y perspectivas politológicas sobre liderazgo centradas en América Latina con especial énfasis en Argentina y Brasil.

1. (b) Estudios sobre América Latina. Instituciones, populismo y religión

Desde los procesos independentistas, la política constituyó una preocupación central del pensamiento latinoamericano. Sin embargo, no fue hasta las transiciones democráticas a fines del siglo XX que su estudio se consolidó como disciplina científica,

particularmente, en los países de América del Sur y en México⁵⁹. Los primeros trabajos politológicos centrados en la región prestaron especial atención a los procesos que tuvieron lugar durante las transiciones democráticas, en especial a las relaciones entre los políticos y los militares, la reconfiguración de los actores sociales, las características de los partidos y el sistema partidario y la influencia de la liberalización y democratización sobre la estabilidad, calidad y consolidación de las democracias. A su vez, la regularización de las elecciones, la reapertura de los órganos legislativos y las reformas constitucionales que tuvieron lugar entre 1980 e inicios de 1990 contribuyeron a impulsar las investigaciones dedicadas a las características de los estados y sus instituciones, así como a las relaciones entre el ejecutivo y el legislativo y los poderes presidenciales. De esta manera, los análisis sobre liderazgo político emergían como una temática lateral de la ingeniería institucional (Barrientos del Monte 2013; Acuña y Chudnovsky 2013; Orlandi y Oliveri Alberti 1998) o quedaban subsumidos a los análisis interesados en las formas de gobierno (Fraschini 2021; Tedesco y Diamint 2019). Fue recién durante la década de 1990 que los liderazgos comenzaron a llamar la atención de la academia (Fraschini 2021; Tedesco y Diamint 2019; D'Alessandro 2007), en el contexto de una progresiva desconfianza en torno al quehacer político general, crisis y cambios en la representación, crecientes frustraciones ante el rendimiento de las recientes democracias y la salida de sus primeros presidentes en escenarios de fuerte inestabilidad económica y política (como el presidente Raúl Alfonsín, 1983-1989, en Argentina; Alan García, 1985-1990, en Perú y José Sarney, 1985-1990, en Brasil). Esto sucedió especialmente tras el posterior triunfo de líderes de gran popularidad, que asumieron con amplios apoyos sociales y contaron con los poderes políticos e institucionales necesarios para llevar adelante profundas reformas estatales conforme a los principios neoliberales de la época. Fundamentalmente, Carlos Menem (1989-1995) en Argentina, Alberto Fujimori (1990-2000) en Perú, Carlos Pérez (1989-1993) en Venezuela y, aunque de modo más efímero, Abdala Bucaram en Ecuador y (1996-1997) y Fernando Collor de Mello (1990-1992) en Brasil. Así, una serie de estudios comenzó a indagar en estos liderazgos de carácter populista –o neopopulista (Morán 2021; Kitzberger 2010)– (Rovira Kaltwasser et al. 2017; De la Torre 2017; Svampa 2016; Mudde y Kaltwasser 2014) y en los lazos representativos emergentes, más canalizados por líderes decisionistas, que viabilizados e

⁵⁹ En Centroamérica la ciencia política como disciplina académica continúa siendo prácticamente inexistente en las universidades públicas (por ejemplo, Panamá) y sólo se mantiene como carrera en algunas privadas (como en El Salvador) (Barrientos del Monte 2013, 119).

institucionalizados en partidos políticos (Leiras 2019; Bosoer y Leiras 1999; Novaro 1995, 1994).

Los próximos párrafos señalan las perspectivas más influyentes para el estudio de los liderazgos latinoamericanos, principalmente, los centrados en Argentina y Brasil. En primer lugar, se retoman los estudios formalistas correspondientes al enfoque neoinstitucionalista⁶⁰ dominante en la ciencia política occidental para profundizar en las características institucionales de ambos países. En segundo lugar, y a la luz de que constituye la perspectiva más desarrollada en la región (Rovira Kaltwasser et al. 2017), los estudios sobre populismo. Asimismo, debido al renovado interés que ha mostrado la academia por los vínculos entre la política y la religión tras el creciente protagonismo de liderazgos vinculados y/o apoyados por instituciones y fieles religiosos (mayormente, evangelistas), los estudios político-religiosos.

1. (b) (i) Los estudios formalistas en América Latina

En cuanto a los estudios formalistas, la línea de investigación generalmente desarrollada para analizar América Latina es la centrada en los niveles de institucionalización de sus sistemas partidarios y sus partidos (Acuña y Chudnovsky 2013). Respecto de Argentina y Brasil en específico, los especialistas coinciden en que sus sistemas partidarios presentan de medianos a bajos niveles de arraigo y que, la organización de sus partidos políticos, son más bien débiles e informales o “fluidas” (Mainwaring 2015, 1999, 1996). En concreto, la existencia de estados vulnerables, la inestabilidad de sus democracias durante gran parte del siglo XX, la predominancia de dinámicas políticas clientelistas⁶¹, patrimonialistas⁶² y “caudillistas”⁶³ han contribuido al desarrollo de partidos pragmáticos, escasamente ideológicos y de rasgos personalistas (Power y Rodrigues-Silveira 2019; Tedesco y Diamint 2019; Mainwaring, Power y Bizzarro 2018; Mainwaring 2015, 1999; Mainwaring y Torcal 2005; Roberts 2002; Mainwaring y Scully 1996). Ello se expresa, entre otros asuntos, en el importante rol que tienen los líderes en la selección de candidatos, la débil lealtad de los miembros y

⁶⁰ Tras las transiciones democráticas, la academia estadounidense volcó su interés en la región y fundó centros y programas de especialización para su estudio, que han contribuido a introducir la corriente neoinstitucionalista predominante en América Latina. En especial, en México y Brasil y, en menor medida, en Argentina (Barrientos del Monte 2013, 109).

⁶¹ Un estilo de política basado en el intercambio de favores entre personas de diferente estatus.

⁶² En referencia a la gestión y uso de los recursos públicos como si fueran privados.

⁶³ Un estilo de liderazgo y de gobierno basado en la concentración de poder en la persona. Se trata de líderes que en general son carismáticos, populares y personalistas.

simpatizantes hacia sus partidos de pertenencia, los elevados niveles de “trasfuguismo” político, el creciente faccionalismo, la rápida aparición y corta duración de los nuevos partidos, el aumento de la fragmentación partidaria y la volatilidad electoral. Todo ello convierte a ambos países en espacios propicios para la emergencia de liderazgos apoyados en una fuerte popularidad y la proliferación de posiciones antipolíticas y/o apartidarias, además de debilitar los mecanismos de rendición de cuentas y la calidad de sus respectivas democracias (O’Donnell 1996,1994).

En relación con Argentina, son numerosos los estudios que coinciden en que sus principales partidos políticos, la Unión Cívica Radical (UCR) fundada en 1891 y el Partido Justicialista (PJ) en 1946, son organizaciones de mediana a débil institucionalización⁶⁴. Más allá de la extensa trayectoria de la UCR, su organización interna ha estado en general fragmentada en una línea conductora y otra electoral que ha tendido a debilitar su competitividad en las elecciones (Carrizo 2011). Además, a partir de la reapertura democrática y luego del colapso de la coalición Alianza en 2001, encabezada por la UCR en compañía del Frente País Solidario (Frepaso), su imagen se ha desgastado, su organización nacional debilitado y los niveles subnacionales desmembrado en nuevas fuerzas partidarias de carácter mayormente esporádico, frágil y/o personalista (Torre 2003). En cuanto al PJ, desde su fundación ha estado caracterizado por estilos de liderazgo dominantes y rasgos personalistas. Asimismo, si bien la mayor informalidad o “fluidez” de sus reglas internas ha contribuido a que pueda adaptarse fácilmente a las distintas coyunturas también ha acentuado el rol y poder de sus dirigentes (Levitsky 2005; Mustapic 2002). A su vez, desde sus orígenes, tanto la UCR como el PJ han formado coaliciones multclasistas de distinta orientación política sin una posición ideológica clara y estable (Gibson 1996). Así, la contienda se ha tendido a estructurar en términos de “peronismo - radicalismo” entre 1946 y 1994 (Abal Medina y Suarez Cao, 2002), “peronismo - antiperonismo” (Torre, 2003) o “populismo-antipopulismo” (Ostiguy 2017, 1997).

En cuanto a Brasil, su sistema partidario y la organización de sus partidos es aún más débil que la de los argentinos (Mainwaring 2015, 1999, 1996; Rosas, 2010; Zechmeister 2010; Mainwaring y Torcal 2005). Según los especialistas, esto se vincula principalmente con la tradicional fragilidad de sus organizaciones sociales como con la

⁶⁴ Las condiciones históricas y políticas particulares que contribuyeron a la formación y características de los partidos argentinos se desarrollan en los próximos capítulos.

fuerte regulación estatal destinada a controlar a los partidos hasta la reapertura de su democracia en 1985⁶⁵, en especial los vinculados con los grupos populares, la izquierda y el comunismo. En efecto, durante los primeros gobiernos de Getúlio Vargas (1930-1945) se intensificó e institucionalizó una postura regulatoria de la acción colectiva destinada a desalentar la participación y la organización social e incorporarla al Estado. En este sentido, los dos principales partidos políticos brasileños de mediados de siglo XX (1945-1964) nacieron desde su propio seno por iniciativa del mismo Vargas: el Partido Social Democrático (PSD) y el *Trabalhista Brasileiro* (PTB). Tras el golpe militar de 1964, dichos partidos fueron prohibidos y solo dos fueron autorizados a competir: la Alianza renovadora nacional (Arena), soporte parlamentario del gobierno autoritario integrada por las élites que articularon el golpe, y el nuevo Movimiento Democrático Brasileño (MDB) –habilitado para funcionar como una “oposición consentida”–. Con el comienzo de la transición, ninguno de los partidos emergentes antes de la dictadura (1964-1985) se encontraba en pie. De modo que los principales partidos que compitieron en las elecciones democráticas de 1985, además de sus élites, provenían del período autoritario (Fausto, 1995). En este sentido, los especialistas coinciden en que los actuales partidos brasileños son débiles, mantienen fuertes vínculos con los recursos estatales y son mayormente patrimonialistas, clientelistas y pragmáticos además de estar integrados por una élite política predominantemente conservadora con fuertes vínculos con el último régimen militar (Bolognesi, Codato, Babireski y Roeder 2020; Mainwaring 2015; Power 2016; Hagopian 1990). Asimismo, suelen resaltar que tras su democratización, su competencia partidaria se caracteriza por la faccionalización de sus partidos, la progresiva fragmentación de su sistema de partidos y la débil estructuración ideológica (Bolognesi et al. 2020; Samuels y Zucco 2019; Power y Rodrigues-Silveira 2019; Mainwaring 2015, 1999; Rosas 2010; Zechmeister 2010; Mainwaring y Torcal 2005). De allí que, tal como en Argentina y en la mayor parte de las democracias latinoamericanas, los partidos brasileños no estructuren las preferencias políticas en términos ideológicos, el sistema partidario no exprese los clivajes sociales tradicionalmente vinculados con la izquierda y derecha⁶⁶ y, por tanto, la dinámica y la competencia política no puedan ser cabalmente

⁶⁵ Las condiciones históricas y políticas particulares que contribuyeron a la formación y características de los partidos brasileños se desarrollan en los próximos capítulos.

⁶⁶ Buena parte de los estudios formalistas y aquellos interesados por el peso de los clivajes sociales centrados en Argentina y Brasil muestran que los conflictos clasistas y religiosos no lograron tener una expresión política fuerte (Bolognesi et al. 2020; Mainwaring 2015; Hawkins, Kitschelt y Llamazares 2010; Middlebrook 2000; Gibson 1996), mientras que los vinculados con las regiones y el desarrollo urbano no

comprendidas en consideración de esas etiquetas (Bolognesi et al. 2020; Ostiguy 2017, 1997; Mainwaring 2015, 1999; Blondel y Thiébault 2010; Rosas 2010; Zechmeister 2010; Mainwaring y Torcal 2005, Gibson, 1996).

Bajo esta perspectiva, no es de sorprenderse que a poco de haber reestablecido sus democracias, Argentina y Brasil vieran (re)emerger líderes carismáticos y personalistas. Por esta razón la mayor parte de los estudios académicos sobre los liderazgos políticos latinoamericanos se hayan interesado por los estudios sobre populismo (Rovira Kaltwasser et al. 2017).

1. (b) (ii) Estudios sobre populismo

El término populismo constituye uno de los principales ejes de debate en las ciencias sociales. Se trata de un concepto usado para referir tanto a tipos de partidos, liderazgos, proyectos y regímenes políticos como a las características de los electores, organizaciones y movimientos, además de a ciertos modos de gestión y desarrollo económico (Mudde y Rovira Kaltwasser 2014). Si bien la literatura ubica su origen en el siglo XIX, asociado a los movimientos campesinos y estudiantiles rusos, al partido “del pueblo” estadounidense (*US People's Party*) y al “boulangerismo” francés, ha sido principalmente empleado para describir y explicar los casos latinoamericanos a partir del siglo XX (Morán 2021; Casullo 2019; Rovira Kaltwasser et al. 2017; De la Torre 2017; Mudde y Rovira Kaltwasser 2014). De allí que su uso sea esencialmente controvertido y su definición no resulte una tarea sencilla.

En el nuevo siglo, la revitalización de los liderazgos populistas alrededor del mundo ha renovado el interés académico por la temática tanto dentro como fuera de América Latina. Ello ha contribuido al desarrollo de una serie de publicaciones preocupadas por la construcción de una teoría acumulativa y comparativa que ha favorecido la formación de ciertos consensos básicos (Rovira Kaltwasser et al. 2017). En este sentido es posible identificar, por un lado, cuatro abordajes o familias teóricas dominantes que estudian el asunto. En primer término, la “ideacional” (también llamada ideológica) que considera al populismo como un conjunto de ideas más o menos formalizadas o estructuradas cuya matriz central es la oposición entre dos grupos antagónicos: el pueblo y la élite –o el antipueblo–. Si bien gran parte de los estudios

han sido lineales y, por tanto, no expresan patrones de estructuración política definidos (Mainwaring 2015). Por eso, para estos autores, la estructuración de su sistema de partidos no puede ser comprendida en términos ideológicos.

ideacionales desarrollados en la región han seguido el enfoque del filósofo argentino Ernesto Laclau (2005, 1978)⁶⁷ (Svampa 2016, 447), que define al populismo esencialmente como un tipo de “discurso” político (Casullo 2019), otros lo han definido como un “lenguaje” (Kazin 2005), un “modo de identificación” (Panizza 2005) y un marco ideológico “fino” o “débil” –*thin ideology*– (Hawkins y Kaltwasser 2017), en referencia a su mayor ambigüedad interpretativa y menor uniformidad y rigidez (Morán 2021; Mudde 2017). En segundo término, los que lo definen como un “estilo político” que discurre tanto sobre la relación del líder con sus seguidores como sobre el tipo de movilización que genera y los discursos a los que acude. Estos estudios están mayormente interesados en los efectos de los liderazgos populistas sobre el liberalismo democrático. En esta línea se ubican, entre otros, los trabajos de Laura Tedesco y Rut Diamint (2019); Benjamin Moffitt y Simon Torme y (2014) y Flavia Freidenberg (2007) (Morán 2021; Mudde 2017; Mudde y Kaltwasser Rovira 2014). En tercer término, los que lo conciben como una “estrategia política” a través de la que un líder, con una personalidad “dominante” y/o “personalista”, intenta ejercitar el poder basado en el apoyo directo, no mediado y poco institucionalizado de un gran número de seguidores (por ejemplo, Weyland 2017; Roberts 2015). En cuarto término, los que entienden el populismo como un fenómeno preponderantemente sociocultural, producto de factores históricos e institucionales. En general, coinciden en que el modo en que históricamente se ha configurado la relación entre el Estado y la sociedad civil en América Latina se ha traducido en instituciones débiles que han conducido a su continua renovación. Dichos estudios suelen poner el énfasis en el análisis de la relación entre el líder y sus seguidores. Entre otros aportes, se pueden nombrar los de Pierre Ostiguy (2017, 1997); Carlos De la Torre (2017, 2008), Maristella Svampa (2016) y Enrique Peruzotti (2008).

Por otro lado, el desarrollo de estas publicaciones también contribuyó a identificar una serie de conceptos recurrentes dentro de la literatura especialista (las categorías de “pueblo”, “élite”, “líder carismático” y/o “voluntad general”⁶⁸), además de ayudar a

⁶⁷ Se trata de una interpretación postestructuralista (retórica o subjetivista), que encuentra en el vínculo discursivo entre el líder y el pueblo y en el proceso de subjetivación de este último la explicación del populismo tanto en términos de fenómeno histórico como de categoría política. La influencia de la teoría de Laclau en Argentina y, en distinta medida, en América Latina y occidente en general, ha inspirado una línea de trabajos llamada “estudios laclausianos” (que integra a discípulos y detractores) especialmente preocupados por el análisis de los liderazgos latinoamericanos (entre ellos, Riveros 2018; Barros 2014; Aboy Carles 2010; De Ípola y Portantiero, 1981) (citados en Morán 2021, 9-13).

⁶⁸ Refiere a la idea de que todos los individuos, concebidos como un todo, unifican sus voluntades y pueden identificar intereses comunes o compartidos (Canovan 2005 citado en Mudde y Rovira Kaltwasser 2014,3).

precisar lo que habitualmente entienden por populismo (Morán 2021; Casullo 2019, 2014; Mudde 2017; Mudde y Kaltwassser 2014; Panizza 2005). En concreto, como un fenómeno de carácter relacional integrado por un pueblo movilizado, concebido como una comunidad homogénea cuya delimitación depende del contexto sociopolítico particular en el que tal categoría emerge, —en oposición a una “élite”, que tampoco tiene una composición específica y es identificada como su “enemiga”—. Asimismo, la significación de ambos conceptos (pueblo y élite) supone un posicionamiento moral, explícito o implícito, entre un “nosotros” (el pueblo), positivo, bueno y auténtico, y un “ellos” (la élite), negativo, corrupto y traidor, sustentado en un ideario o “narrativa” ambigua y poco elaborada capaz de adaptarse a distintos escenarios políticos específicos (por eso algunos investigadores lo consideran una ideología “fina”). En este marco, el “líder carismático” aparece como la encarnación personal del pueblo o de “la voluntad general” y el portavoz principal de esta narrativa (Morán 2021; Casullo 2019, 2014; Mudde 2017; Mudde y Kaltwassser 2014; Panizza 2005). En este sentido, si bien los liderazgos latinoamericanos son comúnmente caracterizados como populistas debido a su frecuente personalismo (Roberts 2002), los expertos señalan que no todo liderazgo personalista es populista. La clave del populismo está en que se trata de liderazgos carismáticos cuyos discursos, estilos, estrategias y/o modos de interpelación sociocultural expresan la dinámica antagonista que divide al campo político entre dos grupos irreconciliables: el pueblo y la élite, amigos y enemigos o aliados y adversarios (Casullo 2019, 2014; Mudde 2017; Mudde y Kaltwassser 2014).

Respecto de los liderazgos en Argentina y Brasil⁶⁹, y en conformidad con la tendencia latinoamericana, los especialistas identifican tres “olas” populistas más relevantes (Rovira Kaltwasser et al. 2017; De la Torre 2017; Svampa 2016; Mudde y Kaltwasser 2014). Una primera ola llamada “populismo clásico”, vinculada con los liderazgos emergentes a inicios de siglo XX en el contexto de progresiva democratización de la política y crisis de los gobiernos oligárquicos. Dichos liderazgos expresaron las luchas sociales en torno a la inclusión política (en especial, la demanda de elecciones libres y abiertas) y la incorporación social de los sectores excluidos (Torre, 2017). En Argentina este liderazgo fue asociado con la figura del presidente Juan Domingo Perón (1946-1955; 1973-1974) mientras que en Brasil lo fue con el presidente Getúlio Vargas

⁶⁹ Las condiciones sociohistóricas y políticas que contribuyeron a la emergencia de distintos tipos de liderazgo en Argentina y Brasil se desarrollan en los próximos capítulos.

(1930-1945; 1951-1954). En ambos casos, la dinámica antagonista se basó en una fuerte polarización entre los trabajadores y los sectores humildes en oposición a las oligarquías, en escenarios de creciente movilización y conflictividad que desembocaron en recurrentes quiebres democráticos (De la Torre 2017). Asimismo, los estudiosos sostienen que dichos líderes se caracterizaron tanto por poner en marcha políticas económicas nacionalistas y redistributivas como por reprimir y cooptar a las organizaciones laborales (De la Torre 2017, Bohoslavsky 2017; Fausto y Devoto 2005; Fausto, 1995). En este sentido, Carlos de la Torre (2017) señala que Perón y Vargas privilegiaron una concepción de la democracia más basada en la incorporación “estética y litúrgica” de la “gente común” en mítines masivos, que en la institucionalización de la participación popular a través del Estado de derecho (De la Torre 2017, 254). En esta dirección, los especialistas coinciden en que uno de los principales legados culturales del populismo clásico es la ambivalencia en torno a la democracia liberal. Es decir, si por un lado los liderazgos populistas de la primera ola acompañaron los procesos de democratización hasta el punto de incorporar al sistema político los grupos populares previamente excluidos, por otro lado, se negaron a aceptar las limitaciones de los principios y constreñimientos constitucionales liberales que procuran restringir el poder del Estado, garantizar la autonomía de la sociedad civil y asegurar el pluralismo (Peruzzotti 2008).

La segunda ola de populismos, llamada “populismo neoliberal” (De la Torre 2017; Mudde y Kaltwasser 2014) y/o “neopopulismo” (Morán 2021; Kitzberger 2010) o “populismo de baja intensidad”⁷⁰ (Svampa 2016) se ubica en la década de 1990. Dicha ola estuvo marcada por la emergencia de liderazgos *outsiders* y/o apartidarios en un contexto de crisis de representación, progresiva desconfianza en la política y fuerte inestabilidad económica. En el caso argentino, estuvo encabezada por el liderazgo de Carlos Menem (presidente entre 1989-1995 y 1995-1999) quien proyectó la imagen de “ganador” usando dos escenarios de gran popularidad en la década: el deporte y la industria del entretenimiento. En el caso de Brasil, estuvo asociada a la figura de Fernando Collor de Mello (presidente entre 1990 y 1992, año en que fue destituido del cargo) quien se posicionó como un *outsider* joven y energético cuyo objetivo era terminar con los privilegios de los burócratas. En este sentido, aunque sobre la base de un discurso menos confrontativo que los populismos clásicos, ambos presidentes identificaron en la figura

⁷⁰ Para diferenciarlos de los populismos clásicos y los del siglo XXI caracterizados por un discurso más conflictivo y polarizante (Svampa 2016, 249-453).

de la clase política tradicional al “enemigo del pueblo” que se había apropiado de la soberanía popular y conducido al país al caos económico (De la Torre 2017, 235). Sobre esta base llevaron adelante un conjunto de reformas basadas en la reducción del Estado y la liberación de los mercados.

La tercera ola de populismos refiere a los liderazgos presidenciales vinculados con “el giro a la izquierda” o la “nueva izquierda” en América Latina durante fines de siglo XX y principios del siglo XXI. Si bien algunos investigadores consideran a estos gobiernos dentro de los “neopopulismos” (Morán 2021; Kitzberger 2010), otros los ubican dentro de los llamados “populismos del siglo XXI” o “populismos de alta intensidad” (Svampa 2016). En particular, porque a diferencia del populismo de 1990, de “baja intensidad”, reivindican la política como herramienta de transformación social, el rol Estado como constructor de la nación y la centralidad de los grandes liderazgos, además de oponerse a las reformas económicas neoliberales (Svampa 2016, 449-453). En el caso argentino estos liderazgos fueron vinculados con los gobiernos de Néstor Kirchner (presidente entre 2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2010; 2011-2015), mientras que en Brasil fueron asociados a los gobiernos encabezados por Lula Da Silva (2003-2011 y 2011-2015) y Dilma Rousseff (2015-2016, año en que fue destituida). En todos los casos, compartieron un estilo confrontativo con los poderes fácticos (en especial, los medios de comunicación y diferentes sectores del empresariado por considerar que representaban los intereses de los grupos privilegiados) y, en distinta medida, con el poder judicial, además de estar en defensa de los pobres (De la Torre 2017; Kitzberger 2010). Dicho tono contribuyó al aumento de la polarización entre quienes apoyaban a los oficialismos de turno (“el pueblo”) y quienes se oponían (la “élite” o “el antipueblo”). Igualmente, algunos expertos sostienen que, a diferencia de otros países de América Latina como Venezuela y Bolivia, se trató de una “nueva izquierda de clases medias” (Svampa 2016, 452), más que “plebeyas”⁷¹ (Svampa 2016; Colazingari y Palermo, 2016) y “radicales”⁷² (De la Torre 2017), que tradujeron su apoyo en la ampliación de derechos y medidas vinculadas con esas clases y la implementación de medidas redistributivas y programas sociales, por ejemplo: políticas de cuotas vinculadas

⁷¹ En referencia al apoyo de las clases, sectores y movimientos populares organizados en general, como los obreros, los movimientos rurales y las poblaciones originarias. Según Martistella Svampa, aun cuando el kirchnerismo logró movilizarlos, no logró una transformación de la estructura del poder social tampoco tuvo un carácter antielitista ni buscó impulsar un paradigma de la participación (Svampa 2016, 452-453).

⁷² En referencia a las transformaciones estructurales, en especial vía plebiscitos y reformas constitucionales, del Estado y sus poderes.

con el género y/o la raza y regulaciones en torno al trabajo doméstico (Svampa 2016; Colazingari y Palermo 2016).

En definitiva, a pesar de las dificultades en la delimitación del término y las divisiones académicas y normativas que suscita su uso, la teoría es exitosa tanto en la formación de una mirada sociocultural que complementa el enfoque del institucionalismo de la elección racional (más centrado en los actores políticos) como en la recuperación y (re)valorización de las tradiciones políticas y culturales para la comprensión de las particularidades de los liderazgos latinoamericanos. Sin embargo, no permite responder cabalmente a la pregunta por las diferencias entre los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro. Es decir, no explica por qué dichos liderazgos pertenecientes a una misma región como lo es Sudamérica e históricamente influenciados por las mismas tradiciones político-culturales (liberalismo durante mediados y fines de siglo XIX y positivismo, integralismo, nacionalismo durante la mayor parte del siglo XX⁷³), difieren ante las mismas olas de populismos y frente a procesos políticos locales similares como la inestabilidad de los regímenes democráticos y dictaduras militares durante el siglo XX, la transición hacia la democracia en la década de 1980, las políticas económicas neoliberales en la década de 1990 o el giro hacia la llamada nueva izquierda en la década del 2000 y subsiguiente asunción de liderazgos presidenciales de alteridad entre 2015 y 2019. ¿Por qué en el caso argentino estos escenarios dieron origen a un liderazgo de alteridad caracterizado como “moderno”, “conciliador” y “moderado” (Vommaro 2019), inclinado al “diálogo” y la “solidaridad” (Vommaro 2017; Vommaro y Morresi 2016) mientras que en el caso brasileño dieron origen a uno “populista”, “radical” y “extremista” (Kaipf 2020, Norris e Inglehart 2019) que guía una “cruzada” contra el comunismo, la “ideología de género” (Stefanoni 2018: 4) y las minorías (Könder Comparato 2020; Hunter y Power 2019) y propugna la restauración del orden por la vía militarista (Goldstein 2019; Alves Soares 2018; Diamint 2018a)? Más aún, ¿por qué los populismos argentinos que llegaron al poder tras la reapertura democrática (Carlos Menem, Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner pertenecientes al PJ) no se caracterizaron por formular discursos explícitamente intolerantes hacia las minorías raciales, étnicas o sexuales ni procuraron revalorizar la figura de los militares, incluso a

⁷³ Se trata de olas de pensamiento predominantes en la región y especialmente en ambos países (Fausto y Devoto 2005). Este asunto se desarrolla en el capítulo 2 de esta tesis.

pesar del rango de coronel del propio Perón, mientras sí sucedió y sucede en el caso brasileño?

Bajo estas consideraciones y a la luz de la fuerza que han cobrado los llamados liderazgos populares radicales en las últimas dos décadas los estudios que analizan los vínculos entre la religión y la política han ganado progresivamente mayor terreno en la agenda politológica contemporánea (Inglehart 2021; Torre y Semán 2021; Goldstein 2020; Hagopian 2009a). Los próximos apartados reseñan los análisis en torno a América Latina y sus principales aportes en relación con los liderazgos políticos de Argentina y Brasil.

1. (b) (iii) Los estudios político-religiosos

En los últimos años, una serie de trabajos de raíz sociológica han volcado su atención hacia los estudios religiosos para explicar las diferencias entre las trayectorias políticas latinoamericanas. Se han interesado por el declive de la religión católica⁷⁴ (Goldstein 2020; Oro y Tadvald 2019; Hagopian 2009a), el aumento del pluralismo religioso (Torre y Semán 2021; Hagopian 2009a), el creciente protagonismo político de las ramas evangélicas⁷⁵ y la hibridación y nacimiento de formas alternativas de espiritualidad (Torre y Semán 2021) a partir de la década de 1980 así como por la influencia de dichos procesos sobre el ámbito político en general (Inglehart 2021; Goldstein 2019; Hagopian 2009). En concreto, han estudiado los vínculos entre la religión, la moral y la Iglesia católica sobre las tradiciones políticas latinoamericanas – especialmente sobre el nacionalismo, autoritarismo, (neo)liberalismo y (neo)conservadurismo– (Donatello, Mallimaci y Pinto 2017; Guio 2017; Donatello y Mallimaci 2006) y sus instituciones, el Estado y los partidos políticos en particular (Guio 2017; Boholavsky 2017; Mallimaci y Levita 2017) además de su impacto sobre el comportamiento electoral (Goldstein 2020; Carbonelli 2020; Semán 2019; Semán y Viotti

⁷⁴ El catolicismo ha constituido la religión hegemónica en América Latina desde su colonización por los imperios portugués y español. Fue recién durante el siglo XIX que las corrientes protestantes provenientes de Europa (especialmente Inglaterra, Alemania y Holanda) y los Estados Unidos llegaron a América de Sur. Dichas corrientes, se expandieron y adquirieron rasgos locales propios durante el siglo XX (Hagopian 2009a; Oro y Semán 2000).

⁷⁵ Se entiende al evangelismo tanto a partir de sus instituciones eclesiales como de sus movimientos, integrados por diferentes ramas del cristianismo no apostólico y que son herederos de la reforma protestante (cuyas denominaciones más conocidas son el protestantismo, el pentecostalismo y el neopentecostalismo, también llamado movimiento carismático. Para una reseña sobre las características, desarrollo e influencia del evangelismo y, particularmente, del pentecostalismo en América Latina se sugiere Pablo Semán (2019) y Alejandro Frigerio (2019).

2019; Oulalou 2019), la cultura, los valores y las formas de autoridad (Inglehart 2021; Norris e Inglehart 2019; Inglehart 2009; Htun 2009).

Más allá de los distintos énfasis, estos estudios coinciden en que los cambios en el ámbito religioso se vinculan con una serie de transformaciones socioculturales, políticas y económicas mundiales cuya influencia en el plano local depende, en buena medida, de las características históricas regionales, sociales y estatales (Torre y Semán 2021; Frigerio 2019; Semán 2019; Donatello et al., 2017; Hagopian 2009a). Por un lado, los procesos de globalización liderados por las democracias industrializadas en el contexto de expansión de las redes de comunicación masiva, internet y la industria del entretenimiento han favorecido la transmisión de sus culturas alrededor del mundo, culturas moralmente más permisivas y consumistas (Hagopian 2009a, 5). Por otro lado, el avance del neoliberalismo y el debilitamiento de la matriz estadocéntrica de los estados latinoamericanos durante la década de 1980, sumado al restablecimiento de sus democracias y la consecuente difusión de los valores democráticos han ayudado a erosionar las tradicionales formas de autoridad y a que emerjan relaciones sociales más horizontales e informales (Inglehart 2021, 2009; Goldstein 2020; Semán 2019; Frigerio 2019; Hagopian 2009a). Todo ello influyó en el debilitamiento del catolicismo, caracterizado por tener una organización más distante, ceremonial, centralizada y burocrática (Goldstein 2020; Frigerio 2019; Semán 2019; Carbonelli y Semán 2018; Hagopian 2009a).

Frente a este panorama, los estudios socioculturales liderados por Ronald Inglehart (2021, 2004) sostienen que el paulatino declive de la religión está dando paso a sociedades más seculares y pluralistas, en especial, a través del recambio de valores intergeneracionales⁷⁶, lo que llevaría a flexibilizar las formas de autoridad en general y a la emergencia de liderazgos con estilos y posiciones más seculares y plurales en específico (Inglehart 2021, 2001; Norris e Inglehart 2004). Sin embargo, si bien en América Latina los valores ligados a la libertad de elección y expresión se han difundido tras la restauración y expansión de los ideales democráticos, persiste un fuerte apoyo hacia normas y formas de autoridad tradicionales (Inglehart 2009, 67-68). Según el investigador (2009), esta persistencia se vincula tanto con el peso que tiene la herencia histórica de cada país sobre los sistemas de valores sociales (Inglehart 2009, 68), como con los niveles de seguridad percibidos por sus respectivas sociedades (Inglehart 2021

⁷⁶ Remitirse al subtítulo estudios socioculturales, apartado 1. (a) (iii).

146-153). Bajo esta mirada, el triunfo de liderazgos “reaccionarios y autoritarios” en contextos democráticos, como el de Jair Bolsonaro, expresarían una “reacción conservadora” que se activa en contextos de crisis por parte de las generaciones más grandes que mantienen un sistema de creencias heredadas más rígidas. No obstante, el autor sostiene que a medida que avance el recambio generacional los sistemas de valores finalmente se flexibilizarán y secularizarán y darán lugar a liderazgos más pluralistas (Inglehart 2021).

Desde una perspectiva diferente, otra serie de trabajos argumenta que el declive de la religión no conduce necesariamente al desarrollo de valores seculares. Concretamente, en América Latina ha dado lugar a la diversidad e hibridación religiosa (Torre y Semán 2021; Goldstein 2020; Frigerio 2019; Semán 2019; Semán y Viotti 2019; Carbonelli y Semán 2018; Hagopian 2009a) y, sobre todo, al desarrollo de distintas ramas evangelistas que conviven con otras a formas de espiritismo (Hagopian 2009a, 10). En efecto, los estudios muestran que mientras los creyentes católicos disminuyeron en un 25% entre 1910 y 2014 –con un ritmo marcadamente acelerado a partir de 1970– los fieles de las distintas corrientes evangélicas aumentaron en un 18% (Semán 2019, 35). En este sentido, la producción académica coincide en que la persistencia de las religiones no es necesariamente incompatible con los cambios mundiales, los procesos de modernización –tal como argumentara Inglehart (2001)⁷⁷–, los valores democráticos, o la existencia de liderazgos de carácter secular y plural (Torre y Semán 2021). En todo caso, sostienen que la religión expresa supuestos culturales, valores y normas ampliamente extendidas que ayudan a los individuos estructurar y darles sentido a sus propias vidas (Frigerio 2019, 50-55; Mainwaring 1987, 3-4). Además, en sociedades fuertemente desiguales y estados débiles⁷⁸ como los latinoamericanos y en el escenario de desplazamiento de los partidos, las organizaciones populares y los trabajadores desde las zonas periféricas hacia los centros urbanos desde fines de siglo XX, la religión cumple una función social fundamental: la de construir redes de apoyo allí donde otras instituciones se alejan (Torre y Semán 2021; Goldstein 2020; Frigerio 2019; Semán 2019; Semán y Viotti 2019;

⁷⁷ *Ibidem*.

⁷⁸ Ello no quiere decir que la religión solo penetre en sociedades desiguales. Tampoco, que sociedades menos desiguales con estados fuertes sean más seculares; en efecto, el desarrollo de la religión evangélica en Estados Unidos demuestra lo contrario (Goldstein 2020; Oulalou 2019; Semán y Viotti 2019). Los grados de desigualdad social y fortaleza estatal influyen sobre la vida religiosa, pero lo hacen en el marco del conjunto de vínculos y procesos no lineales, históricamente contruidos entre el Estado y las diferentes iglesias y en el marco de un determinado orden regional y mundial (Donatello et al. 2017).

Oulalou 2019; Hagopian 2009a). De allí que el evangelismo se presente como una de las estrategias de supervivencia más utilizadas por las clases bajas y populares. Sus organizaciones permiten un mayor acceso a recursos materiales sin sustituir las redes sociales preexistentes, además de generar vínculos de solidaridad, pertenencia y cierto sentimiento de poder personal⁷⁹ que contribuyen a que los individuos enfrenten su realidad cotidiana. Al respecto, los estudios acuerdan en que la expansión y penetración que ha mostrado la corriente pentecostal⁸⁰ se asocia con dos cualidades principales que la diferencian del catolicismo y la hacen especialmente atractiva en el actual escenario de globalización, desconfianza política y debilidad estatal. Primero, el tono emotivo del pentecostalismo, caracterizado por el uso de prácticas mágico-religiosas, comunicación directa y permanente vínculo con la divinidad, que lo emparenta con las formas tradicionales de la religiosidad latinoamericana. En particular, la noción de “actualidad de los dones del Espíritu Santo”, referida a la manifestación del Espíritu Santo en el cuerpo⁸¹ y la posibilidad de experimentar el milagro en la cotidianidad⁸², conecta muy fácilmente con la sensibilidad religiosa de la mayor parte de los sectores populares. Asimismo, esta sensibilidad la distancia de las teologías católicas que, para reconocer el milagro, precisa de múltiples instancias burocráticas y fuertes concesiones a la ciencia y a toda una jerarquía de dominios eclesiales (Frigerio 2019; Semán 2019; Oulalou 2019; Oro y Tadvald 2019; Carbonelli y Semán). Segundo, su organización menos burocrática y centralizada favorece la flexibilidad y contribuye a la expansión de su sacerdocio e Iglesias, la asociación de su mensaje y sus ritos con las espiritualidades locales y prácticas

⁷⁹ Ser evangélico no es una religión, en el sentido de estar inscripto en una burocracia o ritual como el cristianismo apostólico, sino un encuentro y una experiencia personal y directa con “Jesús, el Espíritu Santo y Dios Padre” (Semán 2019, 27); de allí el “poder” de sus creyentes sobre el “plan divino” (Frigerio 2019, 51). En efecto, todo creyente puede y debe dar testimonio de ese encuentro personal con lo que, para el evangelismo, todo creyente es al mismo tiempo sacerdote.

⁸⁰ La rama más influyente es la neopentecostal o carismática. Se trata de un movimiento de avivamiento religioso surgido en el interior de las iglesias evangélicas que se caracteriza por introducir la doctrina pentecostal a sus respectivas iglesias y denominaciones, en especial, el bautismo en el Espíritu Santo y algunos aspectos litúrgicos. La expansión de esta experiencia ha influido incluso en una parte del catolicismo que, a fines del siglo XX, se ha nucleado en el Movimiento de Renovación Carismática Católica (MRCC). Dicho movimiento, mantiene las diferencias existentes entre el protestantismo y el catolicismo, pero enfatiza sobre la actualidad de los dones del Espíritu Santo.

⁸¹ El cuerpo del fiel se convierte en contenedor del Espíritu Santo y se expresa como una presencia que hace que la persona hable lenguas desconocidas, formule profecías, sane, mejore las relaciones familiares y tenga éxito en su vida cotidiana.

⁸² Una de las principales características del evangelismo sobre la que enfatiza el pentecostalismo es la creencia en la continua acción sanadora y salvífica de Jesús en distintos momentos de su vida personal. Esta interpretación de la vida de Jesús en clave de permanente intervención divina, la diferencia de otros grupos cristianos; para ellos, la posibilidad del milagro no es excepcional sino cotidiana, aun en contextos en que otros grupos religiosos considerarían banales (Frigerio 2019, 49).

culturales preexistentes⁸³ y su articulación con instituciones de distinta naturaleza, además de facilitar diferentes formas de vinculación con el ámbito político y el Estado. En contraste, el catolicismo demora lustros y hasta décadas en renovar cuadros que son cada vez más escasos y que, debido a su propio sistema de reclutamiento, viven muchas veces al margen de las experiencias de los sujetos a los que deben guiar espiritualmente (Frigerio 2019; Semán 2019; Oulalou 2019; Oro y Tadvald 2019; Carbonelli y Semán 2018). Sumado a ello, las teologías católicas modernizantes⁸⁴ aún son productoras de una gran distancia cultural entre el catolicismo y su feligresía. Tanto porque ponen el acento en el compromiso social, el rigor, el sacrificio, la penitencia y el estudio, como porque su propia concepción subraya la división entre ordenados y laicos justo allí donde el pentecostalismo recluta a sus líderes “de a montones y en los peores lugares” (Semán 2019, 37): los sectores pobres y populares (Goldstein 2020; Frigerio 2019; Semán 2019; Carbonelli y Semán, 2018).

En este marco, el rápido ascenso político de líderes apoyados por redes de iglesias evangélicas en América Latina⁸⁵ –tal como lo muestra el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil (Goldstein 2020; Torre y Semán)– situó en el centro del debate regional la cuestión en torno a cuán imbricada puede estar la adscripción a una determinada religión con las preferencias políticas y la orientación del voto y cuánto puede influir en la formación de liderazgos políticos exitosos.

Una parte de los estudios, generalmente sociológicos, ha interpretado el rápido ascenso de los liderazgos de alteridad como una expresión de la influencia decisiva que ejerce el evangelismo, sus iglesias y líderes sobre el ámbito político y el comportamiento electoral (Almeida 2021; Kourliandsky 2020; Goldstein 2020; Oulalou 2019). En concreto, argumentan que su llegada a los sectores populares, penetración territorial, extensión de sus funciones sociales (en cuestiones de vivienda, alimento, salud, educación, entre otras) y potencial para fortalecer y (re)construir redes de apoyo e identidad convierte a los cuadros evangélicos en valiosísimos recursos políticos

⁸³ Si bien el pentecostalismo penetra en distintas camadas y grupos sociales, su éxito ha sido marcadamente mayor en los sectores populares y las clases bajas media precarizada (Semán 2019, 38).

⁸⁴ En referencia a las teologías desarrolladas tras el Concilio Vaticano II (1962-1965), que se expresó a favor de los derechos humanos, la democracia y la libertad religiosa. Para una breve reseña sobre su influencia en Latinoamérica consultar Frances Hagopian (2009a).

⁸⁵ Sobre los vínculos entre las organizaciones evangélicas y los liderazgos políticos emergentes de los últimos procesos electorales en América Latina –como Fabricio Alvarado (candidato presidencial de Costa Rica en 2018); Andrés Manuel López Obrador (actual presidente mexicano); Jair Bolsonaro (actual presidente de Brasil, 2019); y Mauricio Macri, durante el último año de su gobierno en 2019 (Argentina)– consultar Goldstein (2020).

(Goldstein 2020; Oulalou 2019, 2018). Especialmente, en el mencionado contexto de cuestionamiento a la dirigencia política en general⁸⁶ en que los políticos procuran empatizar con el “ciudadano común” a través de un tono moral y emotivo que, por sus características, puede asociarse fácilmente a las liturgias religiosas; específicamente a las evangelistas debido a su menor rigidez en comparación con el catolicismo (Oulalou 2019, 2018). Asimismo, ante el éxito de líderes que se presentan por fuera de las estructuras partidarias tradicionales y que precisan construir –como en el caso de Bolsonaro–, o bien ampliar –según Ariel Goldstein (2020) y María Esperanza Casullo (2019) en el caso de Mauricio Macri durante la campaña electoral de 2019– rápidos apoyos sociales y electorales. Desde esta perspectiva, estos estudios argumentan que los estilos de los liderazgos políticos estarían mayormente delimitados por las preferencias e intereses de los grupos evangélicos en lugar de estarlo por sus propios partidos, electorados y/o seguidores. En concreto, serían el producto de la negociación entre estos grupos religiosos, que ofrecen apoyos políticos y que los especialistas asumen con capacidad para direccionar el voto, y los líderes, que a cambio ofrecen favores, cargos y políticas públicas (Kourliandsky 2020; Goldstein 2020; Dary 2020; Oulalou 2019, 2018). De allí que una parte de los estudios politológicos y sociológicos sobre religión y política asocie el estilo “radical”, (Alenda 2020), “reaccionario”, “autoritario” (Norris e Inglehart 2019) y/o “populista (de derecha)” (Casullo 2019, Ostiguy 2017) de ciertos liderazgos de alteridad (como Marine Le Pen, Donald Trump y Jair Bolsonaro) a la influencia que ejercen los “valores tradicionales” sobre la arena política (Goldstein 2020, Dary 2019; Oulalou 2019, 2018). Como señalan los estudios socioculturales, todo esto tendería a exacerbarse en contextos de crisis e inseguridad (Norris e Inglehart 2019; Norris 2015) y frente al consiguiente desarrollo de movimientos sociales (como los feministas) que cuestionan los mencionados valores (Goldstein 2020, Dary 2019; Oulalou 2019; Norris e Inglehart 2019; Norris 2005).

Con todo, otra parte de los estudios interesados en los vínculos entre la política y la religión cuestiona esta aseveración. Los análisis politológicos centrados en el comportamiento electoral en América Latina muestran que uno de los principales factores que explican la orientación del voto en la región es la valoración de la situación económica retrospectiva (es decir, de la gestión del gobierno saliente) y prospectiva que

⁸⁶ Remitirse al subtítulo estudios socioculturales, apartado 1. (a) (iii).

hacen los electores (Ratto 2018, 2013) y según el país, la valoración de la seguridad y la corrupción (Nadeau, Bélanger, Lewis-Beck, Turgeon, Gélneau y Ratto 2018). A su vez, que el direccionamiento del voto hacia los liderazgos de alteridad se explica por la existencia de un votante que elige predominantemente en contra de un candidato o partido y que comparte con quien elige el sentimiento de oposición “a” y no necesariamente un conjunto ordenado y coherente de posturas económicas y socioculturales (Samuels y Zucco 2019; Abramowitz y McCoy 2019). En este sentido, el evangelismo ha procurado orientar el voto más en torno a un eje de conflicto coyuntural, habitualmente asociado con la diada “corrupción versus honestidad”, que a partir de cuestiones doctrinarias sustantivas (Almeida 2021; Power y Rodríguez-Silveira 2019). En una dirección similar, los estudios sociológicos “críticos” argumentan que el debilitamiento de los principios tradicionales de identificación, como la localidad, el trabajo y las ideologías políticas, ha generado un espacio fértil para el desarrollo de liderazgos y organizaciones de distinta naturaleza con capacidad para articular estas nuevas identidades sociales bajo otros principios de agregación, que van desde la preocupación por el medioambiente, la vivencia del género y la orientación sexual hasta la calidad de vida y la mencionada honestidad. Así, los estilos de los liderazgos y su éxito en las urnas radicarían, fundamentalmente, en la habilidad de los grupos para capitalizar y representar dichas transformaciones (Torre y Semán 2021; Frigerio 2019; Semán 2019; Semán y Viotti 2019; Oro y Semán 2000).

Respecto de los estudios religiosos en Argentina y Brasil⁸⁷, los especialistas coinciden en que la baja intensidad del clivaje Estado-iglesia durante la formación de sus estados, sumado a la frecuencia de los gobiernos autoritarios durante el siglo XX (Mainwaring 2012, 476), ha debilitado la estructuración religiosa de las preferencias sociales y su expresión en partidos fuertes y estables en el nivel nacional, como podrían ser los católicos y/o demócrata cristianos (Manwaring y Scully 2012; Hawkins, Kitschelt y Llamazares 2010; Hagopian 2009b; Middlebrook 2000). Ello ha alentado el desarrollo de formas de organización y participación política alternativas y diversos modos de relación entre el Estado y las instituciones religiosas, que han derivado en estilos de liderazgos con formas y liturgias más o menos seculares y/o confesionales (Bohoslavsky 2017; Lamounier 2006; Fausto 2001).

⁸⁷ El rol de la Iglesia católica, sus vínculos con las élites, los partidos y los militares y su influencia sobre la (re)producción de valores y pautas comportamentales a partir de los procesos fundacionales del Estado nación en Argentina y Brasil se desarrolla en los capítulos que siguen.

Así, la fortaleza de los estudios político-religiosos para el diagnóstico de los liderazgos reside en que, tal como el populismo, contribuyen a valorizar los entornos socioculturales habitualmente desestimados por los estudios formalistas. Igualmente, ayudan a integrar y enfatizar la importancia de los valores religiosos para el estudio de los liderazgos de las sociedades latinoamericanas, donde el catolicismo ha tenido un rol fundamental para comprender sus niveles de apoyo especialmente durante el siglo XX (Donatello et al. 2017; Rivero Rodríguez y Colom González 2006)

Más allá de estos valiosos aportes, los estudios sociológicos que se enfocan en las características de la religión han tendido a reducir la explicación en torno a los estilos de los liderazgos. Reconocen que la influencia que ejerce el evangelismo sobre los líderes ha conducido habitualmente a lecturas deterministas de los efectos de la religión sobre los individuos, sean los líderes o el electorado. Asimismo, si bien los estudios sociológicos críticos han cuestionado dicha lectura, han tendido a explicar los estilos de los liderazgos en relación con las repercusiones de los cambios socioculturales que tuvieron lugar a partir de la década de 1980 y en alusión a la capacidad de la religión y los liderazgos para llegar y canalizar las demandas sociales, especialmente, de los sectores populares. Todo ello ha orientado y limitado mayormente la atención sobre las dimensiones de mediano plazo, los escenarios coyunturales y los aspectos organizacionales y acentuado, una vez más, el sentido de oportunidad, sea de los grupos religiosos y/o de los líderes. Por su parte, los estudios politológicos han mostrado exitosamente que la relación entre la religión y el evangelismo es insuficiente para explicar la orientación del voto y los estilos de los liderazgos, pero no han logrado trascender las limitaciones propias del enfoque del institucionalismo de la acción racional.

La tabla 3 resume los principales estudios sobre liderazgo político centrados en América Latina, sus enfoques y características sobresalientes.

Tabla 3. Estudios sobre el liderazgo político en América Latina

Estudios	Enfoque	Estilo de liderazgo	Aportes	Limitaciones
Formalistas	Institucionalización del sistema de partidos y partidos políticos	Ligado al nivel de institucionalización	Integra la preocupación por la investigación empírica y el método comparativo. Revaloriza las instituciones políticas	Determinismo formalista, dificultad para explicar cambios. Soslaya el conflicto y los aspectos socioculturales e históricos
Populismo	Ideacional	“Populista”: expresa la dinámica antagonista que divide al campo político entre dos grupos irreconciliables	Integra las condiciones sociales y culturales, en distinta medida, a lo largo de la historia y los vínculos con sus seguidores	Dificultad para construir una teoría cohesiva. Ambigüedad, vaguedad del término. Riesgo de sesgo individualista, institucionalista, y/o socio cultural
	Estilo político			
	Estrategia política			
	Sociocultural			
Político-religiosos	Sociológico	Ligado a las características de la religión	Cuestiona el debilitamiento de la religión. Explica su persistencia. Generalmente integra la dimensión contextual e histórica	Determinismo religioso/ sociocultural. Dificultad para explicar cambios
	Sociológico crítico (énfasis sobre la complejidad de los fenómenos sociopolíticos)	Ligado a los modos en que la religión y la política se han vinculado y configurado históricamente		La dimensión histórica se centra en los cambios socioculturales (en especial, a partir de la década de 1980). Priorizan el estudio organizacional
	Politológico (énfasis en el direccionamiento del voto y las instituciones)	Ligado a conflictos coyunturales y la relevancia del conflicto “Estado - Iglesia” y sus repercusiones sobre las instituciones políticas		Sesgo institucionalista y formalista. Desestima la influencia de los aspectos históricos y socioculturales

Nota: elaboración propia.

En definitiva, si se le atribuye a la religión la capacidad casi exclusiva de explicar los estilos de los liderazgos políticos, se niega la influencia del entorno institucional y sociocultural además de los hallazgos politológicos que muestran que la dirección del voto no es lineal. A su vez, si se considera que los cambios socioculturales analizados por los especialistas afectan a la región en su conjunto y, por consiguiente, repercuten de modo similar en Argentina y Brasil, no se comprende por qué difieren los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro. Además, si se acepta que los niveles de penetración del

evangelismo son mayores en Brasil que en Argentina y que ese factor es suficiente para explicar las diferencias entre los estilos de los liderazgos se desestima la agencia humana y toda una agenda de estudios politológicos que muestran que los vínculos sobre los que se cimentan los liderazgos y el comportamiento electoral en particular, no se sustentan sobre cuestiones doctrinarias sino sobre aspectos mayormente coyunturales (como la economía, la inseguridad y la corrupción) y un común sentimiento de oposición a un determinado líder o partido. Así, la pregunta sobre los factores que explican las diferencias entre los estilos de los liderazgos Macri y Bolsonaro sigue vigente.

En este sentido, esta tesis sostiene que la medida en que adoptan o no un estilo militarista los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro está principalmente condicionada por los “límites de la tolerancia social”. Es decir, por el conjunto de convicciones socialmente compartidas, heredadas de coyunturas críticas nacionales que marcan un umbral respecto de lo que es socialmente admitido en cada país y, por tanto, condicionan la posibilidad de que los diferentes estilos de liderazgo obtengan apoyos. De esta manera, reconoce la importancia de los factores socioculturales, en específico, los valores y las creencias además de los patrones comportamentales. Igualmente, admite la influencia de las instituciones formales y los contextos inmediatos pero los estima, como ha mostrado, insuficientes. En concreto, entiende que hay que buscar las características de dichos valores y creencias (que son los que delimitan aquello que cada sociedad está dispuesta a tolerar y/o apoyar) en procesos políticos históricos, es decir, de largo plazo, que desatan, (re)producen y rutinizan patrones comportamentales que tienden a reforzarse y cristalizarse en el tiempo. Así, enfatiza y sitúa en el centro de la discusión académica la dimensión histórica, habitualmente poco atendida por la agenda interesada en los liderazgos políticos.

El próximo apartado desarrolla, en el punto 2, la perspectiva dentro de la que se enmarca esta tesis –el institucionalismo histórico– y los conceptos claves que integran el marco teórico y guían esta lectura. Seguidamente explicita, en el punto 3, los objetivos generales y específicos y, en el punto 4, la metodología utilizada: la justificación de los casos, el diseño metodológico, el argumento secuencial e hipótesis y las herramientas de análisis. A su vez, los puntos mencionados consideran las ventajas y las limitaciones de esta propuesta.

2. Institucionalismo histórico comparado: supuestos y conceptos clave

El institucionalismo histórico emerge a fines de siglo XX como una corriente crítica del carácter determinista del estructuralismo, del “ahistoricismo” de las teorías conductistas y del institucionalismo de la elección racional. Procura comprender no solo las continuidades políticas habitualmente estudiadas por dichas corrientes sino también las rupturas, es decir, se pregunta por qué frente a ciertas regularidades organizacionales, institucionales y contextuales, varían los procesos y/o resultados políticos en determinadas regiones o países, sea en el nivel nacional o entre los niveles subnacionales (Steinmo y Thelen 2015, 246-248). En este sentido, los especialistas coinciden en que uno de sus principales aportes es que, para responder ese interrogante, hace énfasis en los factores institucionales intermedios (como las disposiciones corporativistas, las redes políticas que vinculan los grupos económicos con las burocracias estatales o la organización de los partidos) y su influencia sobre la conducta e intereses de actores (Steinmo y Thelen 2015, 248; Pierson y Skocpol 2008, 19). De esta manera, contribuye a integrar la comprensión de los patrones generales de la historia política –propias del estructuralismo– a la explicación de la contingencia –vinculadas con el conductismo y el institucionalismo de la elección racional en general– y valorizar, especialmente, las funciones que cumplen la mediación, el conflicto y la elección política en la formación de ese desarrollo, lo que ha favorecido el análisis de los vínculos entre el Estado y la sociedad, poco atendidos por la academia en general (Steinmo y Thelen 2015, 246-248; Skocpol 1979).

Igualmente, sin ignorar su diversidad interna, los expertos comúnmente acuerdan en que el institucionalismo histórico ha logrado componer un proyecto teórico común y una estrategia de investigación similar: más interesada en la comparación de configuraciones organizacionales específicas en el mediano y largo plazo que en la formulación de leyes válidas para todo tiempo y lugar (Steinmo y Thelen 2015; Gómez 2015; Mahoney 2000; Pierson y Skocpol 2008; Skocpol 1979). En esta dirección, Paul Pierson y Theda Skocpol (2008) identifican tres rasgos sobresalientes que caracterizan al institucionalismo histórico y lo diferencian, además, del conductismo y del institucionalismo de la elección racional.

En primer lugar, el institucionalismo histórico se preocupa por las cuestiones amplias y sustantivas, esto es, por los “grandes problemas” del “mundo real” y de interés general: los movimientos sociales, el desarrollo del Estado moderno, el cambio del

involucramiento ciudadano en las democracias, las transformaciones de los regímenes políticos. El foco está puesto en explicar las variaciones en patrones, eventos o arreglos relevantes o inesperados, configurados a través de coyunturas críticas analizadas en términos “difícilmente generalizables, más que en dar cuenta del comportamiento sin referencia al contexto o de procesos globales aplicables a todo momento y lugar. Por ejemplo, ¿por qué las revoluciones han ocurrido en ciertos momentos y lugares y por qué en otros casos no?, ¿cómo desplegó el Estado su patrón específico de características institucionales?, ¿por qué algunos países desarrollaron democracias estables, mientras que otros no?

En segundo lugar, para explicar los resultados o eventos inesperados, el institucionalismo histórico le asigna particular importancia al tiempo: especifica secuencias y rastrea transformaciones y procesos de diversa escala y temporalidad a través de un período sustantivo, que pueden ser décadas o, incluso, siglos. Bajo esta mirada, la historia, lejos de ser un conjunto de eventos situados en el pasado se constituye como una dimensión explicativa fundamental para teorizar acerca de la relevancia “causal”⁸⁸ (Pierson y Skocpol 2008; Mahoney 2000; Pierson 2000) o bien, acerca de los orígenes, secuencias y procesos temporales.

En tercer lugar, el institucionalismo histórico analiza contextos macro y formula hipótesis sobre los efectos combinados de instituciones y procesos, en lugar de examinar una sola institución o fenómeno por vez. De esta manera, a partir de la exploración detallada, procura explicar la variación de los resultados políticos en función del modo en que las instituciones políticas estructuran y moldean a lo largo del tiempo tanto la participación de los actores como las “reglas de juego” en las que están inmersos (Pierson y Skocpol 2008). En este sentido, los fundadores de esta corriente, como Barrington Moore (1966) y Theda Skocpol (1979)⁸⁹, consideran a las instituciones como reglas que comportan pautas de comportamiento y tienen funciones tanto distributivas como de coordinación y articulación de intereses. Si bien existen ciertas discusiones en torno a su delimitación concreta, generalmente coinciden en que se trata tanto de normas formales e informales como de procedimientos de cumplimiento y mecanismos estandarizados

⁸⁸ Si bien el institucionalismo histórico habitualmente alude a “relaciones causales” para dar cuenta del vínculo entre los procesos y eventos y los resultados políticos, dada la complejidad y multidimensionalidad del mundo social, la tesis prefiere usar el término de relación o vinculación de eventos, secuencias, procesos entre sí.

⁸⁹ Cabe destacar que en América Latina uno de los exponentes más relevantes fue el argentino Guillermo O'Donnell (1973).

(Hall 1986, 19)⁹⁰ que condicionan las alternativas de acción posible, facilitan la organización de ciertos grupos en detrimento de otros y moldean los resultados posibles que, finalmente, reproducen, magnifican o debilitan ciertos patrones de distribución del poder político (Steinmo y Thelen 2015; Pierson y Skocpol 2008; Thelen 2002; Pierson 2000). En otras palabras, conciben a las instituciones como “productos desarrollados a partir de luchas históricas entre actores desiguales” (Pierson y Skocpol 2008, 19) más que como reglas de juego que proveen “soluciones de equilibrio” a problemas de coordinación.

En este marco de ideas, el institucionalismo histórico sostiene que es posible identificar procesos relacionados entre sí que se vinculan con coyunturas críticas o períodos de cambios significativos atravesados por clivajes⁹¹ (Collier y Collier 1991, 30) como las movilizaciones obreras (Collier y Collier 1991) o la formación de los estados nación (Tilly 1978), que ocurren de diferente manera en distintos países u otras unidades de análisis y desatan mecanismos institucionales que producen distintos legados⁹². En general, dichos eventos pueden seguir uno de dos procesos diferenciados: (i) el “autorreproductivo” o de “retroalimentación positiva y/o reforzamiento” –*path dependence*– (Pierson y Skocpol 2018 y Pierson 2000), en el que el movimiento de los eventos iniciales en una dirección induce a eventos subsiguientes a mover el proceso en la misma dirección y con el tiempo se vuelve más costoso y difícil revertir; y (ii) el “reactivo”, en el que los primeros eventos son seguidos por retrocesos y cambios de dirección, los que a su vez desencadenan mayores retrocesos y cambios que hacen que el resultado pueda ser del todo diferente al original (Falleti y Mahoney 2016, 198-199).

A la luz de estos supuestos, y en consideración de que la principal preocupación del institucionalismo histórico se centra en las diferencias y/o las variaciones entre los casos de estudio, la comparación constituye el método de análisis principal. Fueron especialmente las investigaciones de Barrington Moore (1913-2005), Theda Skocpol (1947-), Stein Rokkan (1921-1979) y Charles Tilly (1929-2008) las que sentaron las bases

⁹⁰ Se trata de la definición brindada por Peter Hall (1986) ampliamente aceptada dentro de este campo de estudio (Steinmo y Thelen 2015, 232).

⁹¹ En referencia a una fractura o conflicto intenso que al adquirir visibilidad divide a la sociedad en grupos enfrentados entre sí, por ejemplo, en torno a la raza, clase, o religión (Lipset y Rokkan 2001 [1967]) y sobre la que los grupos construyen identidades y modos de relacionarse (Segato 2007, 47). Para un desarrollo de la teoría de los clivajes, remitirse al punto 1. (a) (iii) de este capítulo.

⁹² Aun cuando el institucionalismo histórico ha tendido a estudiar períodos de equilibrio y/o estabilidad de los patrones institucionales no niega la posibilidad de cambio. Para una reseña de estos estudios ver Alicia Gómez (2015).

metodológicas de los estudios institucionalistas históricos contemporáneos, influidas por los estudios históricos de mediados de siglo XX⁹³ (Fausto y Devoto 2005, 16). Esta metodología supone que es posible hacer asociaciones o inferencias válidas a partir de la observación y la comparación de casos, con objeto de definir potenciales explicaciones sobre el fenómeno a dilucidar (Landman 2011; Skocpol 1979).

Dos son los métodos comúnmente aplicados para explicar los fenómenos macrohistóricos: el diseño de sistemas de máxima diferencia (DSMD) y el diseño de sistemas de máxima similitud (DSMS), desarrollados por John Stuart Mill (2008 [1843]). En cuanto al primero (DSMD), el investigador relaciona “sistemas que difieren” en la medida de lo posible en todo salvo en el fenómeno que se investiga (Sartori 1994, 40). Se inspira en el “método de la concordancia” que asume que, si países caracterizados por sistemas divergentes llegan a similares resultados, entonces estos no se explican por factores sistémicos sino por factores explicativos de otra naturaleza. En cuanto el segundo (DSMS), compara “sistemas cercanos” y similares en la mayor cantidad de características posibles –que se entiende que afectan a todos los casos por igual– pero que difieren en una característica o variable considerada clave por el investigador (Sartori 1994, 40). Se asume que es dicha variable la que explica que los resultados políticos de esos sistemas similares difieran. Los especialistas en metodología comparada (Falleti y Mahoney 2016; Landman 2011; Pierson 2000; Sartori y Morlino 1994) señalan que este diseño es particularmente idóneo para estudiar casos vinculados con una misma región geográfica, como los países latinoamericanos. Así lo muestran particularmente la variedad de estudios comparados en torno a las transiciones democráticas en América Latina⁹⁴.

En este sentido, los esfuerzos por rastrear procesos sociales de modo sistemático, constituyen una contribución esencial para contrastar afirmaciones tanto académicas como del público en general acerca de las supuestas “causas”, procesos u orígenes de determinados resultados políticos. Igualmente, el relativamente pequeño número de casos en los que generalmente se centra el institucionalismo histórico, favorece la comprensión de las particularidades, variaciones y características distintivas de los fenómenos,

⁹³ Particularmente por el historiador francés Marc Bloch (1965). Por su parte, en América Latina (y, sobre todo, en Argentina y Brasil) fueron de gran influencia los trabajos de Aldo Ferrer (1927-2016) y Celso Furtado (1920-2004) en el ámbito económico y los de Gino Germani (1911-1979) y Thomas Skidmore (1932-2016) dentro del campo de la sociología y la ciencia política –además del ya mencionado Guillermo O'Donnell (1936-2011)–.

⁹⁴ Para una reseña de estos estudios consultar Ted Landman (2011), Dohchull Shin (1994) y Scott Mainwaring (1989).

habitualmente subestimadas por los análisis politológicos predominantes. De esta manera, esta perspectiva permite echar luz sobre los fenómenos cuyos resultados se alejan de las explicaciones generales de carácter más abstracto para comprender sus particularidades en consideración de los contextos históricos, sociales, políticos y culturales. En especial, favorece la comprensión de los casos latinoamericanos cuyas características institucionales y trayectorias específicas distan de las experiencias europeas y norteamericanas sobre las que habitualmente se basan los modelos empíricos y los marcos normativos que orientan las preocupaciones e investigaciones politológicas.

No obstante, esta tesis no desconoce las limitaciones y dificultades propias del comparativismo del institucionalismo histórico⁹⁵. Por su relevancia, algunas de ellas merecen ser explicitadas. Siguiendo a Skocpol (1979) tres son, al menos, el conjunto de dificultades principales:

En primer término, las limitaciones inherentes a la lógica del método. Habitualmente, no es posible encontrar los casos históricos exactos para llevar adelante una determinada comparación. A su vez, aun cuando los casos son particularmente apropiados, jamás puede alcanzarse el control perfecto sobre todas las potenciales variables que lo afectan. Así, depende de la mirada del investigador identificar las variables operativas, es decir, aquellas con mayor probabilidad de afectar los resultados y procesos estudiados. Por eso, siempre existen cuestiones contextuales dentro de los casos seleccionados que interactúan con el fenómeno que se quiere explicitar y que los analistas no revelan o bien asumen como irrelevantes.

En segundo término, las dificultades vinculadas con los supuestos propios de la lógica multivariada. Esto es, que las unidades a comparar son independientes una de la otra. No obstante, esta aseveración solo es completamente válida algunas veces en el caso de los fenómenos macrohistóricos, en particular, si integran una región, como América Latina, y se trata de casos próximos, como Argentina y Brasil. En concreto, porque estos fenómenos ocurren bajo determinados contextos históricos que tienen lugar dentro de una determinada estructura mundial y regional que une a las sociedades entre sí. Sin embargo,

⁹⁵ Sobre las ventajas y desventajas de los estudios comparativos de pocos casos, el análisis cualitativo y el diseño de máxima similitud además del de máxima diferencia en la ciencia política en particular ver Ted Landman (2011, 27-77; 94-111) y, en las ciencias sociales en general, ver Giovanni Sartori y Leonardo Morlino (1994). Comúnmente, los especialistas coinciden en que no hay método ideal o “libre” de dificultades. En todo caso, un método es el mejor, es decir, el más apropiado a la luz de la pregunta de investigación. Así, necesariamente, lo que se gana con uno (en términos de control y validez de las inferencias cualitativas o cuantitativas) se pierde con otro (Landman 2011; Sartori y Morlino 1994; Pierson y Skocpol 2008; Skocpol 1979).

para una gran parte de los análisis comparados dicha “ficción” (de independencia) puede mantenerse.

En tercer término, los estudios históricos comparados no son un sustituto de la teoría. De hecho, solo pueden ser aplicados por el investigador, quien selecciona y delimita los casos y unidades de análisis, los contextos históricos y los conceptos teóricos, hipótesis y procesos a estudiar que considera importantes (Skocpol 1979, 38-39). Por tanto, a diferencia de las muestras probabilísticas propias de los análisis cuantitativos, debe lidiar siempre con los problemas asociados al “sesgo de selección” (ver Landman 2011, 95-110). En última instancia, trascender estas dificultades dentro de lo que es posible depende, mayormente, de la imaginación macrosociológica del investigador, su formación sobre los debates teóricos de la época y su sensibilidad para identificar patrones de evidencia relevantes para conjuntos de casos históricos.

2. (a) Conceptos clave: estilos de liderazgo, discursos y coyunturas críticas

El argumento de esta tesis es que las diferencias entre los estilos de liderazgo del presidente argentino Mauricio Macri, de carácter no-militarista, y del presidente brasileño Jair Bolsonaro, de orientación militarista, están moldeadas por el conjunto de convicciones socialmente compartidas, es decir, heredadas de procesos nacionales de largo y mediano plazo (coyunturas críticas), que marcan un umbral respecto de lo que es admitido. En otras palabras, con lo que la autora de esta tesis llama “los límites de la tolerancia social”, que remite al conjunto de valores, creencias y patrones comportamentales ampliamente compartidos, que integran, moldean y reproducen las relaciones sociales en cada país a través de vínculos de jerarquía y autoridad y condicionan la posibilidad de que los diferentes estilos de liderazgo obtengan apoyo⁹⁶. Especialmente, si se recuerda que el liderazgo es un tipo de relación social fundada en la confianza de un grupo hacia un individuo (el líder), basada en la correspondencia de expectativas (Leiras 2019; D’Alessandro 2007).

⁹⁶ Una amplia bibliografía muestra que los valores y creencias dominantes suponen límites al comportamiento y son fundamentales para la organización de las relaciones sociales (Inglehart 2001, 33-34). En este sentido, la tolerancia social está estrechamente vinculada con la configuración y legitimación del poder. En concreto, porque contribuye y es utilizada para legitimar la autoridad política y el orden establecido (en parte, porque la élite dominante intenta moldearla para perpetuar su dominio). Las obras de Michel Foucault (1926-1984) y Pierre Bourdieu (1930-2002) han sido particularmente influyentes en este sentido.

En cuanto a la clasificación de los estilos de liderazgos –no-militarista, militarista–, esta tesis no desconoce la variedad de tipologías desarrolladas⁹⁷ ni los riesgos que una nueva propuesta conlleva para la claridad conceptual. Pero debido a que la mayor parte de las categorizaciones formuladas se han ocupado de establecer modelos destinados al análisis de los casos europeos y norteamericanos, la proposición se torna pertinente. Más aún, si se considera la orientación cualitativa de esta tesis y la pretensión de comprender las particularidades de los casos seleccionados. De esta manera, esta clasificación presenta mayor adecuación al fenómeno de estudio y, por tanto, favorece la precisión histórica y analítica (Pasquino 2015a). Igualmente, facilita la exposición de los argumentos y la fluidez de la lectura y evita tanto la ambigüedad como las reiteraciones innecesarias. Con ello en mente, las categorías no-militarista y militarista procuran sintetizar los rasgos discursivos distintivos de los liderazgos presidenciales tras las reaperturas democráticas en Argentina y Brasil, en concreto, los de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro.

En relación con la delimitación de los estilos de liderazgo, esta tesis define el no-militarista en contraposición al militarista. Este último, es el estilo cuyo discurso realza abierta y regularmente los principios comúnmente asociados a los autoritarismos –“Dios, patria, familia”⁹⁸– y, en consecuencia, reivindica la autoridad política, social y moral tradicional⁹⁹ y las jerarquías establecidas, además de la figura y el rol de los militares que estima que constituyen uno de los principales garantes de dicho orden. Todo ello en detrimento de los grupos minoritarios¹⁰⁰ y las organizaciones sociales y partidos políticos que nuclea y/o representan a los sectores excluidos por entender que comportan una “amenaza” al orden establecido. De allí que los liderazgos militaristas tiendan a limitar, tergiversar, denostar y descalificar las prácticas, en este caso simbólicamente, de esos grupos, organizaciones y partidos. En esta dirección, siguiendo una larga tradición en la ciencia política y la sociología (Solano 2018; Zaverucha 2008; Castiglione 1992,

⁹⁷ Remitirse al subtítulo estudios interaccionistas apartado 1. (a) (ii).

⁹⁸ Consultar Gianfranco Pasquino (2011, 287-316).

⁹⁹ Es menester recordar que la tesis usa el concepto tradicional en referencia a las ideas, normas, costumbres transmitidas del pasado, socialmente estatuidas y/o establecidas, reforzadas de generación en generación.

¹⁰⁰ La tesis entiende a las minorías como aquellos grupos y/o individuos que ocupan una posición no dominante independientemente de su cantidad numérica (ONU 2010). Se trata de asociaciones y/o personas que habitualmente no están definidas económica ni demográficamente, sino a partir de sus atributos físicos u objetivos (mujeres, negros, minusválidos) y/o simbólicos, es decir, identitarios (etnia, raza, religión, orientación sexual, nacionalidad o lengua). Sobre este aspecto se puede consultar, entre tantos otros, Silvio Luiz de Almeida (2018) que estudia el racismo en Brasil y los influyentes estudios de Teun Van Dijk sobre América Latina.

O'Donnell y Schmitter 1988) la tesis estima que la militarización y/o desmilitarización del orden no atañe exclusivamente a los militares. Se trata de una tradición política particularmente extendida en las sociedades latinoamericanas que abarca igualmente a políticos y civiles que, negándose a aceptar las incertidumbres propias del proceso democrático, apelaron recurrentemente a “soluciones” militares (O'Donnell y Schmitter 1988, 54). En este sentido, en ningún caso los militares intervinieron sin contar con un importante y activo apoyo civil y político. De allí que entienda que los estilos de los liderazgos no-militarista y militarista reproducen y expresan ciertos rasgos distintivos de la cultura política dominante de cada país. Igualmente, la autora de este estudio reconoce que, si bien estos términos pueden sonar sugestivos, lejos de aquella intención y así precisados, permiten capturar los estilos de los liderazgos a los que procura referir.

A partir de la discusión con colegas y la revisión de expertos, además del estudio de la bibliografía especializada, se delimitó la clasificación binaria, no-militarista - militarista, inspirada en la codificación propuesta por el *Comparative Manifestos Project*¹⁰¹ –actualmente conocido como *Manifesto Research on Political Representation* (MAPOR)–. Dicha clasificación, se basa en menciones explícitas y/o textuales favorables o positivas (es decir, de aceptación y/o reconocimiento) y/o desfavorables o negativas (es decir, de subestimación, descalificación o rechazo) en torno a tres dominios principales¹⁰²:

En primer lugar, el “dominio democracia” integrado por el conjunto de menciones vinculadas con la democracia en sí. En su sentido amplio como método para la toma de decisiones tanto en el ámbito público como civil (por ejemplo, la apelación a la autoridad horizontal o vertical; el respeto hacia los resultados electorales y el proceso electoral), el apoyo a la participación de los trabajadores en particular y de todos los ciudadanos en general y temas vinculados con las libertades (por ejemplo, la libertad de pensamiento, de elección, de expresión) y los derechos humanos (D'Alessandro 2014, 75, 80-81).

¹⁰¹ Se trata de una técnica de análisis de contenidos basada en la codificación temática que, si bien se basa en categorías previamente determinadas, descansa sobre bases cualitativas: el proceso de codificación de parte del investigador requiere de la interpretación informada del contenido explícito y del contexto discursivo (verbal y/ o social) en el que se inserta y adquiere sentido, lo que permite que las comparaciones sean consistentes en cuanto a su significación (D'Alessandro 2014, 25). En este sentido, ciertas menciones (llamadas subdominios) pueden pertenecer, en ocasiones, a más de un dominio (Slimovich y García Beaudoux 2022).

¹⁰² La delimitación de las dimensiones se basa en la codificación del *Manifestos Project* implementada por Martín D'Alessandro (2014) para el estudio de la comunicación política durante las campañas presidenciales argentinas a partir de la reapertura democrática (D'Alessandro 2014, 73-82).

En segundo lugar, el “dominio cultura militarista” vinculado con la tríada “Dios, patria, familia” (Pasquino 2011). Alude tanto a menciones sobre la moral tradicional (por ejemplo, la conducta considerada “decorosa”, el mantenimiento de la familia heterosexual, la apelación a la religión cristiana y/o a Dios) como a modelos, conceptos y procesos militares (entre otros, menciones sobre la doctrina militar, palabras como indulto, amnistía, subversión, combate; referencias al rol de los militares durante las dictaduras, su participación en el ámbito interno; la exacerbación de símbolos patrios y del sentimiento nacionalista) (D’Alessandro 2014, 74, 80).

En tercer lugar, el “dominio minorías” referido a manifestaciones en torno a los grupos posicionados en una situación de inferioridad. En esta dirección, las expresiones vinculadas con la autonomía personal¹⁰³, la igualdad de oportunidades y la pluralidad (por ejemplo, referencias favorables o desfavorables en torno a la pluralidad religiosa, étnica, identitaria y/o con la aceptación o rechazo de las organizaciones sociales y/o no gubernamentales que representan los grupos desfavorecidos) (D’Alessandro 2014, 82).

Tabla 4. Clasificación liderazgo no-militarista - militarista

Dominio	Descripción	Alusiones (ejemplos)
Democracia	En su sentido amplio como método para la toma de decisiones públicas y privadas; autoridad horizontal o vertical; incentivos a la participación. Alusiones vinculadas con las libertades y los derechos humanos	Autoridad vertical
		Autoridad horizontal Libertad de elección Libertad de pensamiento Libertad de expresión Derechos humanos
Cultura militarista	En referencia a la tríada “Dios, patria, familia”: la moral y/u orden tradicional. Modelos, conceptos y procesos militares	Familia heterosexual Educación tradicional Dios/ cristianismo Nacionalismo/ símbolos patrios. Palabras como combatir, luchar, soldado, capitán
Minorías	Referido a grupos posicionados en situación de inferioridad. Autonomía personal, igualdad, pluralidad	Igualdad género
		Igualdad de raza Igualdad sexo Pluralismo/ oposición

Nota: elaboración propia.

¹⁰³ En referencia a lo que Robert Dahl (1989) llama “igualdad categórica” y Guillermo O’Donnell (2010) identifica con la “agencia”.

Por su parte, el análisis de los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro se limita al examen de la comunicación política (*spots* y entrevistas) durante el período de campaña presidencial orientada a la primera vuelta electoral¹⁰⁴. Por un lado, porque sintetiza información valiosa sobre las opciones políticas disponibles, condiciona los apoyos y las expectativas sociales en torno a los liderazgos y, consecuentemente, los modos de acción de los líderes en el corto y mediano plazo. Por otro lado, porque el actual alejamiento de la sociedad de los partidos y la dificultad para identificar sus posiciones políticas en el largo plazo hace de los eventos comunicativos y de las campañas presidenciales instancias cada vez más relevantes en el desarrollo del juego democrático (Slimovich y García Beaudoux 2022; D'Alessandro 2017, 2014).

En cuanto a la decisión de circunscribir el examen de los estilos de liderazgo al análisis de los discursos¹⁰⁵, se trata de una herramienta ampliamente legitimada por las ciencias sociales para comprender las formas de “pensar y de hacer” de los sujetos y los modos de relacionarse con ellos mismos y con los otros. En concreto, los discursos expresan e instauran, sobre la base de repeticiones y deslizamientos de sentido, significaciones imaginarias asociadas a valores y “verdades” que forman subjetividades y/o modos de ser “otro”, acordes a su propio sostenimiento y, por tanto, contribuyen a formar y reproducir ciertos patrones de relación social. Esto no quiere decir que dichas significaciones sean siempre intencionales, se trata más bien de representaciones mentales socialmente compartidas y negativamente orientadas acerca de la otredad sobre la que se (re)producen las jerarquías sociales (Van Dijk 2001, 191-192). Así entendidos, los discursos trascienden la “mera relación lingüística” para constituirse como un entramado de enunciados que “circulan entre los cuerpos” y condicionan sus prácticas “que son siempre relaciones de poder que constituyen sentido” (Murillo 2008, 43) y que, por tanto, contribuyen a (re)producirlas¹⁰⁶ (Almeida 2018; Murillo 2008; Van Dijk 2007, 2003, 2001, 1993; Segato 2007; Belvedere, Caggiano, Casaravilla, Courtis, Halpern,

¹⁰⁴ Como la clasificación y el análisis de los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro constituye solo una muestra del condicionamiento de los factores sociohistóricos sobre sus estilos que se limita al capítulo IV de esta tesis, se detallan en ese capítulo para facilitar la claridad expositiva.

¹⁰⁵ En su sentido semiótico más amplio el discurso integra tanto los aspectos lingüísticos como los condicionantes extralingüísticos o paralingüísticos (expresiones no verbales tales como dibujos, cuadros, gestos, mímica). Sin desconocer su importancia, por cuestiones analíticas y de extensión, la tesis se centra mayormente en eventos comunicativos específicos que involucran una forma escrita u oral de interacción verbal.

¹⁰⁶ Desde la sociología, una de las obras más influyentes es la de Pierre Bourdieu. Sostiene que las relaciones de poder objetivas tienden a reproducirse a sí mismas en relaciones de poder simbólico. En estas luchas simbólicas por la producción de sentido, particularmente por el monopolio sobre el nombramiento legítimo, los agentes ponen en acción el poder simbólico que han adquirido en luchas anteriores (Bourdieu 1989, 31).

Lenton y Pacecca 2007; Baptista da Silva y Rosemberg 2007; Neuhaus 2002; Verón 1987). En este sentido, en la medida en que los líderes proclaman orientarse al bienestar común, (re)producen una identidad colectiva –formada en torno a un “nosotros, positivo” (generalmente la nación) frente a un “otro, negativo”¹⁰⁷ (asociados con la no-nación) (Verón 1987)– que se constituye en el “referente común” de los discursos desde la cúpula de la asociación y que tiende a (re)producir y reforzar las asimetrías en la distribución de poder entre los grupos y entre la sociedad y el Estado (O’Donnell 2010, 105). Bajo esta interpretación, para el examen del contenido de las entrevistas en particular, la tesis hace uso principalmente de las herramientas de análisis de comunicación política sistematizadas por Ismael Crespo, Antonio Garrido, Ileana Carletta y Mario Riorda (2011) y los “significantes clave” delimitados por Hernán Fair (2014) además de contrastar los resultados de los casos analizados con la bibliografía especializada en Mauricio Macri y Jair Bolsonaro¹⁰⁸.

En cuanto a las coyunturas críticas, el argumento secuencial de esta tesis considera que son dos los períodos de cambio significativo más importantes que permiten comprender los límites de la tolerancia social en Argentina y Brasil y, consecuentemente, los estilos de liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro: el proceso fundacional del Estado nación¹⁰⁹ durante el siglo XIX –primera coyuntura crítica de largo plazo– y el modo en que se llevó adelante la transición democrática a fines del siglo XX –segunda coyuntura crítica, de mediano plazo–. La elección obedece a que ambos son fundamentales en la (re)configuración de un determinado orden social (además de político y/o burocrático-institucional) en detrimento de otros posibles. En otras palabras, en la (re)producción de unos modos de relación particular basados en ciertos valores, creencias y comportamientos dominantes que organizan las relaciones de poder en una sociedad. En este sentido, son dominantes porque “constituye[n] la realidad presentándola como única realidad, válida por sí misma y naturalizada, en lugar de presentarla como

¹⁰⁷ Todo discurso político se dirige y está habitado implícita y/o explícitamente por un “nosotros positivo” (que involucra al emisor y el colectivo de identificación) y un “otro negativo” (el “destinatario” o el “ellos” negativo: en referencia a la “inversión de la creencia” o la lectura destructiva de este grupo respecto del emisor) (Verón 1987, 16-17).

¹⁰⁸ Como se señaló en la nota al pie número 104, por una cuestión de claridad expositiva este punto se desarrolla en el capítulo IV de esta tesis.

¹⁰⁹ Respecto de la importancia del Estado y la influencia de su proceso formativo sobre distintos fenómenos –como las revoluciones sociales, las clases sociales, las relaciones étnicas, los derechos de la mujer y los modos de protesta social (Skocpol 1999,3)– consultar Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (1999).

una construcción histórica donde el tema del poder es central para su definición” (Neuhaus 2002, 93).

En cuanto a la decisión de considerar la formación de los estados nacionales como una de las coyunturas críticas centrales para el estudio de Argentina y Brasil, la bibliografía comparada sobre América Latina coincide en que estos procesos de cambio significativos son fundamentales en la conformación de la “moral” y/o la “ideología” (Almeida 2018; Baptista da Silva y Rosemberg 2007; Van Dijk 1988), las “identidades colectivas” (O’Donnell 2010; Da Matta, 1986), los “imaginarios sociales” y las “representaciones” (Lettieri 2003; Carvalho 1997, 1995, 1993)¹¹⁰ –componentes que esta tesis incluye, en tanto valores, creencias y comportamientos, dentro de los límites de la tolerancia social– que condicionan los modos de comprender a los otros y, consecuentemente, quienes forman parte de la nación. En concreto, porque las estrategias de unificación implementadas por cada Estado nacional y las reacciones que provocaron resultaron en fracturas o clivajes sobre las que se construyeron “culturas distintivas, tradiciones reconocibles e identidades relevantes” que cimentaron “formaciones nacionales de alteridad” –o “alteridades históricas”– (Segato 2007, 47). Es decir, maneras de ser “otros” caracterizadas por un estilo de interrelación propio que se deriva de los modos en que se construyen y perciben históricamente en base a rasgos materiales y/o simbólicos las diferencias sociales en cada Estado. De allí que dichas asimetrías solo puedan ser comprendidas a la luz del “horizonte de sentido de [esa] nación y su historia” (Segato 2007, 47) y que, tanto la raza como los procesos de racialización (propios del siglo XIX) –además de cualquier otro tipo de discriminación– constituyan procesos políticos, sociales y cognitivos de construcción de diferencias sobre las que se sedimentan además las relaciones de dominación (Souza 2019; Almeida, 2018; O’Donnell, 2010; Belvedere et al., 2007; Baptista da Silva y Rosemberg, 2007; Segato 2007; Fausto y Devoto 2005; Sábato, 2003; Lettieri 2003; Carvalho 1995; Halperín Donghi 1982).

Bajo estas consideraciones, las preferencias políticas, las posiciones normativas y la fortaleza relativa de los grupos de poder (en particular, las élites políticas e intelectuales, la Iglesia, las Fuerzas Armadas, las organizaciones sociales y los partidos políticos) cobran particular relevancia para comprender la permanencia y/o cambio de los órdenes instituidos (Mainwaring y Pérez-Liñán 2020; Souza 2019; Almeida 2018;

¹¹⁰ Habitualmente integrados a la “moral”, la “ideología” (Almeida 2018; Baptista da Silva y Rosemberg 2007; Van Dijk 1988), la “identidad colectiva” (O’Donnell 2010; Da Matta, 1986) y/o el “imaginario social”, “las representaciones” y la “ciudadanía” (Lettieri 2003; Carvalho 1997, 1995, 1993).

O'Donnell 2010; Van Dijk 2007; Fausto y Devoto 2005; Sábato 2003; Lettieri 2003; Carvalho 1995; Halperín Donghi 1982). Sobre todo, porque su autoridad los sitúa en una posición privilegiada para sostener o modificar un determinado orden sociopolítico. En esta dirección, la definición de los grupos de poder se plantea tanto en términos de los recursos materiales como de los recursos simbólicos de los que disponen y que delimitan su acceso preferencial a las formas más influyentes de discurso público (los medios de comunicación de masas, de política, de la educación, de la investigación y de las burocracias) y su control. Ambos recursos les permiten (re)establecer, transformar y (re)reproducir valores, metas y preocupaciones “compartidas” que tienen un rol fundamental en la formación del “sentido común” y de los consensos sociales y que legitiman una determinada organización del poder sociopolítico (Van Dijk 2001, 194-195). En relación con esto, desde el institucionalismo histórico los especialistas sostienen que, en la medida en que grupos particulares pueden usar su autoridad política para generar cambios en las reglas del juego con el propósito de mejorar su posición de poder, constituyen una fuente decisiva de “retroalimentación positiva” –*path dependence*– debido a que su accionar tiende a fortalecer los cambios en una dirección particular (Mahoney 2000; Pierson 2000). De esta manera, las disparidades originales más o menos pequeñas en los recursos políticos –asociados, a su vez, a otros recursos como los simbólicos, económicos y culturales– entre grupos contendientes pueden ampliarse dramáticamente conforme se establecen e institucionalizan las reglas de juego¹¹¹ (Pierson 2000, 259). Ello explica, en buena medida, por qué una amplia variedad de estudios en ciencias sociales considera que el grado de centralidad que ocupó el sistema esclavista durante la fundación de los estados nacionales y el rol de los grupos dominantes en su mantenimiento o abolición es crucial para comprender las características de los órdenes sociopolíticos contemporáneos (Souza 2019; Almeida 2018; Hasenbalg 2018; Halperín Donghi 2014; Van Dijk 2007; Baptista da Silva y Rosemberg 2007; Telles 2006; Fausto y Devoto 2005; Fausto 2001, 1995; Carvalho 1997, 1995; Schwarcz 1993; Da Matta 1986; Skidmore 1976). En concreto, señalan que allí donde la esclavitud constituyó un sistema “central”, es decir, determinante en la organización sociopolítica nacional, como es el caso de Brasil, los grupos dominantes y las élites políticas e intelectuales fundacionales en específico tendieron a usar su autoridad para mantener su posición y

¹¹¹ De allí también la importancia de las organizaciones sociales en la lucha por el reconocimiento y ampliación de los derechos de las minorías y la efectiva ampliación de la ciudadanía (O'Donnell, 2010; Tilly, 1998).

privilegios y, por tanto, tomaron decisiones que contribuyeron a reproducir, legitimar y naturalizar a largo plazo la jerarquización social basada en la estratificación racial. De hecho, “la historia de Brasil, desde la esclavitud inclusive en adelante, está puntuada por rebeliones que muestran hasta qué punto ese orden es un orden impuesto (...) [y] diariamente reimpuesto sobre sus sectores populares por medio de una extraordinaria violencia”, lo que ha obstaculizado su cristalización en organizaciones o identidades colectivas con relativa, “pero no insignificante autonomía” respecto de los grupos dominantes (O’Donnell 2014b, 157-158).

Sin embargo, lo dicho no implica que el institucionalismo histórico niegue la posibilidad de cambio. El enfoque distribucional del cambio institucional desarrollado por James Mahoney y Kathleen Thelen (2009) propone que la transformación es posible cuando emergen situaciones de conflicto alrededor del que es posible que se reconfiguren, o bien nazcan, nuevos grupos de interés y coaliciones dominantes con capacidad de alterar el orden establecido. En esta línea, desde la ciencia política, la reciente publicación en español de Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán (2020) muestra que los cambios de régimen y la agitación política crean oportunidades fundamentales para generar drásticas rupturas con el pasado debido a que los “acontecimientos traumáticos” pueden inducir cambios en las preferencias normativas y las posiciones políticas de los grupos dominantes, además de habilitar instancias para el surgimiento de nuevas instituciones, organizaciones y actores (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013, 49-51)¹¹². De allí también la importancia de considerar las transiciones¹¹³ hacia la democracia como una segunda coyuntura crítica porque, tal como las fundaciones estatales, son procesos instituyentes que tienen el potencial de consolidar o bien alterar el orden social y político antecedente (Mainwaring y Pérez-Liñán 2020; Foweraker y Landman 1997; Bratton y Van de Walle 1997; O’Donnell y Schmitter 1988). En efecto, su centralidad ha dado lugar al desarrollo de un campo investigación propio dentro de la agenda política comparada conocido como los “estudios sobre democratización” (Landman 2001). En América Latina, una de las mayores referencias y puntapiés en la materia la constituye la obra de Guillermo

¹¹² Las referencias de Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán correspondientes al año 2013 pertenecen a la primera versión del libro en inglés (conseguida por esta autora en formato PDF).

¹¹³ Sin desconocer la discusión sobre el tema, por razones operativas, la tesis sigue la definición de Guillermo O’Donnell y Philippe Schmitter (1988). Entienden que la transición comienza con el proceso (no lineal) de disolución del régimen autoritario y la instalación de cierta forma de democracia (u otra alternativa, que puede ser la vuelta a un autoritarismo o bien una opción revolucionaria) (O’Donnell y Schmitter 1988, 19).

O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (1988) “Transiciones desde un gobierno autoritario”, sobre la que se ha inspirado gran parte de la discusión contemporánea. En general, los especialistas coinciden en que, para comprender el orden sociopolítico establecido tras el fin de los autoritarismos, son primordiales tanto el contexto internacional y regional (Landmann 2011; Hagopian y Mainwaring 2005) como las características de los regímenes precedentes, la propagación y el ritmo de la transición y, en especial, las características de los pactos¹¹⁴ y la posición de los militares, las élites políticas, las organizaciones y movimientos sociales (fundamentalmente las agrupaciones por los derechos humanos); los partidos políticos y, según el país, la Iglesia (Mainwaring y Pérez-Liñán 2020; Mainwaring y O'Donnell y Schmitter 1988, 84) además de los grados de movilización y el modo en que se implementaron las primeras elecciones democráticas (O'Donnell y Schmitter 1988; Mainwaring y Viola 1985). En concreto, porque dichos grupos favorecen u obstruyen los procesos de liberalización¹¹⁵ y la amplitud de la democratización¹¹⁶ y, en este sentido, influyen sobre las características de los pactos, los procesos transicionales, las “nuevas” regulaciones y la “cultura política emergente” (O'Donnell y Schmitter 1988, 87), en definitiva, sobre el orden sociopolítico instaurado en el mediano y largo plazo (O'Donnell y Schmitter 1988, 63-78). Tal es la importancia que los “estudios de democratización” le han concedido a los grupos de poder¹¹⁷ que Mainwaring y Pérez-Liñán (2020) han elaborado toda una teoría alrededor de sus preferencias normativas (vinculadas con su inclinación por un orden democrático u autoritario) y políticas (vinculadas con el grado de moderación o radicalización de sus posiciones en torno a políticas públicas y de su urgencia en torno a los resultados) para comprender el surgimiento, supervivencia y caída de los regímenes autoritarios y democráticos. El argumento sobre el que basan su teoría es que la existencia de grupos

¹¹⁴ El pacto es “un acuerdo explícito, aunque no siempre explicitado o justificado públicamente, entre un conjunto selecto de actores que procuran definir (o, mejor aún, redefinir) las reglas que rigen el ejercicio del poder” (O'Donnell y Schmitter 1988, 63).

¹¹⁵ Liberalización refiere al proceso no lineal de redefinir y ampliar los derechos que protegen a individuos y grupos sociales (O'Donnell y Schmitter 1988, 20-21), además del inicio del diálogo entre las FFAA y la oposición moderada y la marginalización de la línea “dura” militar (Mainwaring y Viola 1985, 196). Supone la restauración de ciertos derechos, pero no la restitución de la ciudadanía y no conduce necesariamente a la democratización (O'Donnell y Schmitter 1988, 23-25).

¹¹⁶ La democratización es un paso posterior a la liberalización y necesario para la existencia de elecciones democráticas. Conlleva el reconocimiento de los derechos individuales, la restitución de la ciudadanía y, por tanto, el reconocimiento de que pueden formular decisiones colectivas (O'Donnell y Schmitter 1988, 21-23).

¹¹⁷ Los autores integran en la categoría de “actores clave” a grupos organizados (como movimientos sociales, sindicatos, confederaciones obreras, grupos guerrilleros, partidos políticos, la Iglesia) y al presidente o jefe del Ejecutivo.

de poder con preferencias radicales y cortoplacistas aumenta el riesgo de ruptura de un régimen. Asimismo, la falta de preferencias normativas por la democracia facilita las rupturas, mientras que la ausencia de preferencias normativas por el autoritarismo facilita la transición. Finalmente, las transiciones a regímenes democráticos, que son las que aquí interesan, ocurren cuando las coaliciones democratizadoras presionan a las coaliciones autoritarias antes dominantes para que abandonen el poder o celebren elecciones competitivas. Así, una transición ocurre porque la coalición a favor de la democracia vence a la dictadura o porque negocia con los autoritarios su retiro del poder¹¹⁸ (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013, 9-18).

Respecto de las transiciones hacia la democracia en específico, si bien existe una extensa literatura sobre el camino y desenlace que pueden adoptar (Mainwaring y Pérez-Liñán 2020; Landman 2011; Shin 1994; Mainwaring 1989), comúnmente, los estudios sobre América Latina coinciden en la caracterización propuesta por Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter (1988). Para estos autores las transiciones pueden darse por el colapso del régimen anterior o pueden ser negociadas. Concretamente en Argentina, además de Perú, Bolivia, Ecuador y República Dominicana, la transición estuvo signada por el colapso del último régimen autoritario, fuertemente desacreditado y con sus Fuerzas Armadas desmoralizadas y divididas y, por tanto, la “ausencia de pactos” políticos y económicos entre la élite del régimen autoritario y la oposición (O'Donnell y Schmitter 1988, 75). En contraste, en Brasil, un caso excepcional en la región, la transición fue paulatina, gradual y negociada. En particular, el crecimiento económico experimentado a fines de la década de 1960, además de la mayor cohesión de sus Fuerzas Armadas (Fausto y Devoto 2005; Fausto 1995; Mainwaring y Viola 1985), contribuyó al apoyo de los gobiernos autoritarios, su mayor legitimidad social y estabilidad y, en consecuencia, al establecimiento de pactos políticos y militares y el control de las Fuerzas y las élites que apoyaron el régimen sobre la transición (O'Donnell 2014a, b; O'Donnell y Schmitter 1988; Mainwaring y Viola 1985). Así, mientras en Argentina el proceso de transición fue abrupto y con evidente fracaso de los militares, lo que implicó una redefinición de las relaciones de poder mucho más tajante, en Brasil la duración del autoritarismo y la capacidad de negociación ayudó al mantenimiento de los privilegios y

¹¹⁸ Contrariamente, las rupturas de las democracias ocurren cuando la coalición favorable al régimen pierde ante un bloque autoritario. Los regímenes democráticos y autoritarios sobreviven cuando se reemplaza a los gobernantes en funciones por los líderes con una misma preferencia de régimen o cuando no se los reemplaza en absoluto (es decir por un extenso período) como sucede con los dictadores (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013, 40).

las prerrogativas militares (O'Donnell 2014a, b; O'Donnell y Schmitter 1988; O'Donnell 1988; Mainwaring y Viola 1985).

En definitiva, la tesis sostiene que la fundación de los estados nacionales y los procesos transicionales hacia la democracia son coyunturas críticas centrales para comprender los actuales límites de la tolerancia social hacia los liderazgos de estilo militarista en Argentina y Brasil en la actualidad. Sin embargo, con ello no desconoce que existen una gran variedad de procesos de cambio significativo que habitualmente son considerados críticos por especialistas en distintas áreas. Este es el caso, por ejemplo, de la crisis social, política y económica argentina del año 2001 (Vommaro y Morresi 2016, 2015) y la crisis brasileña del año 2013-2016 (Hunter y Power 2019) de la que emergieron los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro respectivamente. No obstante, este estudio considera que dichos eventos críticos son contextuales y no constituyen, a la luz de la delimitación del concepto seguida, una coyuntura crítica. En este sentido, la tesis retoma la clásica definición de coyunturas críticas propuesta por Ruth Collier y David Collier (1991) precisada por Paul Pierson y Theda Skocpol (2018) y Paul Pierson (2000) en particular. En concreto, que las coyunturas críticas son: (i) períodos de cambios fundamentales (ii) que ocurren de diferente manera en distintos países, (iii) ya han culminado y (iv) son distantes en el tiempo, (v) a partir de los que es posible identificar diferentes legados políticos (Boas 2017; Collier y Collier 1991) (vi) que desatan procesos de retroalimentación y reforzamiento prolongados que son difíciles de revertir y condicionan las alternativas posibles y los comportamientos futuros (ver Pierson y Skocpol 2018; Pierson 2000; Mahoney 2000).

En este sentido, la propia definición excluye aquellos procesos de cambio que, si bien pueden ser valiosos para comprender la sucesión de ciertos acontecimientos, no cumplen con los elementos anteriormente explicitados. Entre otros, procesos cuya culminación, alcance e institucionalización y/o características de sus patrones de reforzamiento estén en discusión como son los alcances de las reformas neoliberales de la década de 1990 en América Latina¹¹⁹, el “giro nacional-popular (1999-2018)” vinculado con el triunfo de los gobiernos de “nueva izquierda”¹²⁰ y los mencionados escenarios de crisis sociopolíticas que contribuyeron al desarrollo de los liderazgos de Macri y Bolsonaro. Igualmente, aquellos acontecimientos que afectaron a ambos países

¹¹⁹ Estudiadas por ejemplo por Kenneth Roberts (2017, 2014, 2002).

¹²⁰ Analizado, entre otros, por Gabriel Merino y Soledad Stoessel (2019) o en los estudios compilados por Steven Levitsky et al. (2016).

de modo similar como la influencia internacional de las posiciones comunistas y capitalistas asociadas a la Unión Soviética y Estados Unidos durante la Guerra Fría (Fausto y Devoto 2005), los efectos de la Revolución Cubana (Halperín Donghi 2005), o la doctrina de seguridad impulsada por los Estados Unidos que contribuyeron a reforzar el rol de las Fuerzas Armadas y la Iglesia católica durante las dictaduras del siglo XX en América Latina (Halperín Donghi 2005, 518-611) .

No obstante, la anterior definición no desconoce las limitaciones que la elección de las coyunturas críticas propuestas en este estudio puede suscitar. En efecto, en gran medida el debate especializado gira en torno a qué evento es considerado como determinante para explicar los resultados políticos y, si bien existe mayor grado de consenso en torno a algunos sucesos (como las revoluciones sociales, la fundación estatal y las transiciones democráticas), se trata de discusiones siempre susceptibles de ser abiertas¹²¹ (Collier y Munck 2022). Aun así, esta tesis estima que la coherencia, la lógica y la sensatez de los argumentos secuenciales sobre los que se basa contribuirán a iluminar la discusión. De esta manera, más que un punto de llegada, aspira a constituir un sólido punto de partida de nuevas investigaciones, además de aportar al esclarecimiento de problemas históricos y sus vínculos con la actualidad.

3. Objetivos

General:

Explorar la medida en que los estilos de liderazgo del presidente argentino Mauricio Macri (2015-2019) y del presidente brasileño Jair Bolsonaro (2019-actualidad) se relacionan con los legados institucionales de coyunturas críticas de largo y mediano alcance.

Específicos:

- i. Evaluar cómo el grado de visibilidad simbólica de la discriminación y la centralidad de la esclavitud durante los procesos fundacionales de los Estado nación –coyuntura crítica de largo plazo– en Argentina (1850-1930) y en Brasil (1850-1930) contribuyeron a la formación de valores, creencias y comportamientos en ambos países.

¹²¹ Sobre esta discusión se sugiere el reciente libro editado por David Collier y Gerardo L. Munck (2022).

- ii. Explorar cómo la actuación de los principales grupos de poder (las élites, la Iglesia católica, las Fuerzas Armadas, las organizaciones sociales y los partidos políticos) contribuyeron a reforzar o debilitar determinados valores, creencias y comportamientos dominantes en ambos países durante los procesos fundacionales y la democratización.
- iii. Evaluar el grado en que el tipo de transición democrática, por colapso o negociada, –coyuntura crítica de mediano plazo– y los resultados de los gobiernos autoritarios en Argentina (1983) y en Brasil (1985) solidificaron o debilitaron los valores, creencias y comportamientos heredados de los procesos fundacionales.
- iv. Analizar cómo los legados de la fundación de los estados nacionales y el tipo de transición democrática contribuyen a moldear los límites de la tolerancia social en torno a los liderazgos en Argentina y Brasil en la actualidad.

4. Metodología

En base al método comparado, el diseño de máxima similitud (DSMS) y el análisis cualitativo macrohistórico (Skocpol y Somers 1980, 181-187) esta tesis contrasta los estilos de liderazgo del presidente argentino Mauricio Macri (2015-2019) y del presidente brasileño Jair Bolsonaro (2019-actualidad). El interés de los casos seleccionados radica en que se trata de líderes de origen democrático que emergieron bajo el mismo clima político regional, marcado por crisis de representación y gobiernos de “nueva izquierda”, en escenarios de crisis económica, movilización social, escándalos de corrupción y fuerte cuestionamiento a los oficialismos de turno y que construyeron su identidad alrededor de una alteridad común, antikirchnerista y antipetista, respectivamente. Asimismo, ambos países comparten atributos institucionales, referidos tanto al nivel de institucionalización del sistema político como a la forma de gobierno, el sistema de partidos y el diseño federal de distribución del poder territorial, así como regionales, además de similares historias políticas recientes (reapertura democrática en la década de 1980, reformas de Estado en la década de 1990, gobiernos de “nueva izquierda” a partir del 2000 y gobiernos de “alteridad” a partir de 2015). En cuanto al método, este trabajo se inclina por el criterio de comparación desarrollado por Marc Bloch (1963), aplicado por Fausto y Devoto (2005) para analizar Argentina y Brasil: estudiar sociedades próximas en el espacio y en el tiempo buscando semejanzas y diferencias (Fausto y Devoto 2005, 25). En este sentido, el diseño de la investigación se basa en la máxima similitud. Por su parte, a través del

análisis cualitativo esta tesis procura identificar y comprender los atributos y rasgos particulares de los casos a partir de una explicación exhaustiva basada en la identificación y análisis de factores históricos estructurales (Landman 2011, 45) con los que construye un argumento secuencial macrocausal (Falletti y Mahoney 2006; Skocpol y Somers 1980). Dicho argumento remite a un conjunto temporalmente ordenado de eventos que tienen lugar en un contexto dado y que son fundamentales para explicar las diferencias entre los resultados políticos. En este sentido, se apoya en una comparación “individualizadora” más que “generalizadora” (Tilly 1975), ya que no pretende proponer leyes generales ni llegar a conclusiones universales sino comprender los casos estudiados.

Asimismo, si bien los estudios comparativos entre Argentina y Brasil han sido “revalorados” y ampliamente difundidos tras la restauración de sus democracias (Fausto y Devoto 2015, 18-21), se reconocen una serie de limitaciones en torno al abordaje, el tema y la elección de los casos. Por un lado, los vinculados con el prolongado lapso temporal y la inmensidad de los temas que consideran los estudios que se realizan desde el institucionalismo histórico. Es difícil dominar con el mismo rigor y nivel de erudición un tema y un período tan amplio (desde el siglo XIX hasta la segunda década del siglo XXI). Por otro lado, más allá de las similitudes señaladas entre Argentina y Brasil, estos países también reportan grandes diferencias internas en sus niveles subnacionales o locales cuya diversidad no puede ser contemplada por un estudio de escala nacional. De allí que la mayor parte de los análisis comparativos en torno a estos países hayan limitado la comparación a momentos, espacios y fenómenos reducidos o hayan sido incluidos en análisis comparativos de la región latinoamericana (Fausto y Devoto 2015, 21).

La pregunta obvia es, entonces, por qué esta tesis prioriza el estudio del nivel nacional. La respuesta es que, aun reconociendo las dificultades, el Estado nación también constituye un elemento unificador de esas diversidades internas y por tanto contribuye a la validez de la indagación y de las observaciones. No se trata de dotar de un sentido intrínseco a la nación sino de constatar que en ambas sociedades –dispuestas sobre territorios grandes o inmensos, con instituciones políticas mayormente concentradas en las grandes urbes y poblaciones muy dispersas– el Estado nación jugó un papel central en su construcción y posterior desenvolvimiento. De esta manera, el análisis del nivel nacional, generalmente desestimado por los especialistas, pretende iluminar algunos acontecimientos del pasado, sus distintos desarrollos históricos y sus eventuales condicionamientos en el presente. Por eso solo se analizan aquellos acontecimientos y

actores que por su pertinencia para esta comparación y por su relevancia en virtud del tema son considerados clave (Fausto y Devoto 2005, 21-27).

En concreto, el marco explicativo de esta tesis y su posterior desarrollo se limita a los factores y procesos políticos a partir del análisis del rol y los vínculos de los grupos de poder considerados clave: las élites (especialmente, las políticas e intelectuales¹²²), la Iglesia católica¹²³, los militares¹²⁴, las organizaciones sociales¹²⁵ (en particular, sindicatos, círculos y movimientos obreros, federaciones de trabajadores y asociaciones populares¹²⁶ desde fines del siglo XIX, además de los movimientos de derechos humanos hacia fines de siglo XX) y los partidos políticos que, como se señaló, son fundamentales

¹²² La tesis no desconoce la importancia de las élites económicas y sus estrechos vínculos con las élites políticas e intelectuales, pero, por una cuestión de pertinencia y especificidad respecto del campo de estudio delimitado y conforme a los estudios antes mencionados, se las excluye como un actor analítico diferenciado. Sobre la importancia de las élites políticas e intelectuales en los procesos fundacionales en Argentina y Brasil consultar Oscar Oszlak (2014) y Tulio Halperín Donghi (1982) y; José Murilo de Carvalho (2008, 1995) y Boris Fausto (2001) respectivamente. Sobre las transiciones hacia la democracia ver Scot Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán (2013) y Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter (1988).

¹²³ Debido a su pluralidad (o fragmentación) interna y en atención a las características particulares que asumió en cada sociedad, se la trata como un actor de poder diferente de las élites políticas e intelectuales, además de las organizaciones sociales, aunque está claro que ha ocupado, dependiendo del país, posiciones más o menos cercanas e integradas a dichos actores. La tesis refiere a la Iglesia en referencia a la institución católica integrada por el conjunto de los fieles cuya posición dominante se expresa, en general, en el episcopado o “jerarquías”. Por su parte, la diferencia del “movimiento católico” que alude a las organizaciones católicas derivadas del asociacionismo de su laicado y a aquellas creadas por la institución católica. Sobre la importancia de la Iglesia durante los procesos fundacionales consultar, entre tantos otros, Miranda Lida (2015) y José María Ghio (2007) para Argentina y Scott Mainwaring (1987, 1986) para el caso de Brasil. Respecto de su importancia en las transiciones hacia las democracias ver Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán (2013) y Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter (1988).

¹²⁴ Si bien esta tesis trata a “los militares” y/o las “Fuerzas Armadas” como un actor unitario, se es consciente de las diferencias de posiciones y de recursos que existieron hacia su interior, entre el ejército, la marina y la fuerza aérea. Sin embargo, un examen de sus características particulares excede los límites de esta tesis. Debido a que tanto en Argentina como en Brasil el Ejército sentó en mayor medida la posición en torno a la que tendieron a alinearse las otras fuerzas, su uso remite mayormente a ese ámbito. Se pueden consultar los estudios de Robert Potash (1994a, 1994b, 1981) y Murilo de Carvalho (2005).

¹²⁵ En referencia a actores de la sociedad civil estructurados en torno a intereses de clases, sectoriales y/o profesionales (por ejemplo, los sindicatos) entre otros y a movimientos que actúan en defensa de intereses transversales o generales cuya organización es menos estructurada y más participativa (por ejemplo, el movimiento obrero, o las agrupaciones y activistas en favor de los derechos humanos) (Alcántara Sáez y Ruiz Rodríguez 2016). Esta caracterización no niega la dimensión política de dichas organizaciones, solo procura diferenciarlas analíticamente de los partidos políticos para rescatar sus particularidades y facilitar la claridad analítica de la exposición. Acerca de la importancia de las organizaciones sociales y los partidos políticos durante el siglo XX en perspectiva comparada (Argentina y Brasil) consultar Boris Fausto y Fernando Devoto (2005) y la conocida compilación “Contrapuntos” (2014) que sintetiza buena parte de la obra y los aportes de Guillermo O'Donnell. En cuanto a su rol en las transiciones hacia las democracias, Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán (2013) y Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter (1988).

¹²⁶ En América Latina, la noción de “sectores populares” estuvo generalmente asociada a la noción de pueblo (además de a los llamados populismos). Si bien existen diferentes interpretaciones, esta tesis sigue la línea trazada por Julio Godio (2000, 1972) y Guillermo O'Donnell (2009) quienes los entienden como un colectivo (más que como una clase) identificado con vastos sectores marginalizados cuyas demandas sustantivas de justicia se plantean en términos de “los pobres, como postergados” (O'Donnell 2009, 23).

para comprender los órdenes sociopolíticos en cada país y las relaciones de poder durante la fundación de los estados y los procesos de democratización¹²⁷.

El argumento secuencial de esta tesis parte de los procesos fundacionales de los estados nación –primera coyuntura crítica– durante el siglo XIX¹²⁸, seguido del modo en que se llevó adelante la transición democrática (por colapso o negociada) –segunda coyuntura crítica– entre las élites políticas y los militares en la década de 1980¹²⁹ en Argentina y en Brasil. Se estima que el desenlace de la transición contribuyó a reforzar los legados heredados de la etapa fundacional en ambos países. En concreto, los valores, creencias y comportamientos que organizan las relaciones sociales en base a vínculos de jerarquía y autoridad en cada país y delimitan la tolerancia social. Así, el modo en que ambas coyunturas incidieron en la formación y reproducción de dichos valores modera los grados de apoyo hacia los diferentes liderazgos. Dicho argumento se basa en una serie de hipótesis vinculadas entre sí. A saber:

Respecto de Argentina, la menor visibilidad simbólica que adquirió la discriminación¹³⁰ durante la formación estatal, especialmente, por la menor centralidad del sistema esclavista y la invisibilización¹³¹ de las fracturas sociales, contribuyó a la preeminencia de un clivaje fundacional de naturaleza política (“ciudad/puerto¹³² - provincia/interior”) y a la predominancia del ideario liberal¹³³, lo que favoreció la

¹²⁷ El rol y características de cada uno de estos grupos de poder durante la fundación de los estados nacionales y las transiciones democráticas en Argentina y Brasil se desarrolla en los capítulos II y III de esta tesis.

¹²⁸ El recorte temporal del proceso fundacional del Estado nacional en Argentina (1850-1930) y en Brasil (1850-1930) se basa en los criterios de Fausto y Devoto (2005) que, sin desestimar los períodos anteriores (ver André Machado 2011), tampoco hacen énfasis en las décadas transcurridas tras la declaración de la independencia. En especial, porque estuvieron atravesadas por recurrentes “investidas separatistas” que fueron suplantadas por el Estado central o la voluntad de unidad a partir de la década de 1850 (Fausto y Devoto 2005, 31).

¹²⁹ En Argentina, los primeros signos de debilitamiento del régimen y paulatina liberalización se expresan en 1979 (Canelo 2016, 159), se profundizan entre 1981 y 1982 (Fausto y Devoto 2005; Mainwaring y Viola 1985) y culminan en 1983 tras las elecciones democráticas. En Brasil, en 1974 y culmina en 1985 (Fausto y Devoto 2005; Fausto 1995; Mainwaring y Viola 1985).

¹³⁰ Tratamiento diferenciado (simbólica y materialmente) a los miembros de un grupo (ver Almeida, 2018)

¹³¹ Es un proceso siempre incompleto, por eso bajo ciertas condiciones puede hacerse presente. En efecto, parte de estas comunidades (en especial, los pueblos originarios) subsiste y se ha incorporado de forma diversa a la nación. En este sentido, la reforma constitucional de 1994 (artículo 75, inciso 17) que reconoce la preexistencia étnica y cultural de los pueblos indígenas argentinos y su personería jurídica contribuyó a darle entidad y revitalizar el conflicto en algunos momentos y bajo ciertas coyunturas específicas.

¹³² En referencia a los intereses de las élites porteñas y de la región pampeana integrada, además de por Buenos Aires, por las actuales La Pampa, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, que constituyen desde entonces el principal bastión económico del país. Estas provincias se integraron en distintas alianzas tras la unión nacional (Mazzuca 2021, 181).

¹³³ En términos generales se lo puede definir como una doctrina o filosofía preocupada por el resguardo de las libertades individuales contra los abusos de poder estatal. En términos institucionales, ello implicaría un Estado pequeño que garantice las libertades individuales y la igualdad formal ante la ley (ver Norberto

(re)producción¹³⁴ de un orden sociopolítico comparativamente menos jerárquico y disciplinado que el brasileño. Ello se expresó durante el siglo XX en el activo cuestionamiento social hacia la autoridad (especialmente vehiculado por las organizaciones sociales populares y de los trabajadores de inspiración socialista, comunista y, en distinta medida, anarquista y ciertos partidos) frente al que reaccionaron los diferentes gobiernos autoritarios. Fue durante la transición democrática que los límites de la actual tolerancia se solidificaron. En particular, los resultados¹³⁵ de la última dictadura militar (1976-1983) –fuertemente represiva y económicamente destructiva– contribuyeron al colapso del régimen y al cuestionamiento de las Fuerzas Armadas (FFAA), la autoridad y, consecuentemente, las jerarquías sociales. Todo lo que en la actualidad limitó el apoyo a estilos de liderazgos militaristas.

En Brasil, la mayor visibilidad simbólica que adquirió la discriminación durante la fundación estatal, especialmente por la centralidad de la esclavitud y la visibilización de ciertas fracturas sociales, contribuyó a la preeminencia de un clivaje fundacional de naturaleza social (vinculado con la idea los “dos Brasiles”) que ayudó a (re)producir un orden sociopolítico más jerárquico y disciplinado que el argentino. En especial, la mayor debilidad de sus organizaciones sociales y partidos se expresó en la superior duración y estabilidad de sus autoritarismos durante el siglo XX. Fueron los resultados de la última dictadura militar (1964-1985) –menos represiva y económicamente más asertiva¹³⁶– y el apoyo y control de los militares sobre la transición los que solidificaron las relaciones de autoridad y jerarquía heredadas. Todo esto amplió la tolerancia social en torno a liderazgos “militaristas” en la actualidad. El gráfico 1, esquematiza dicho marco explicativo.

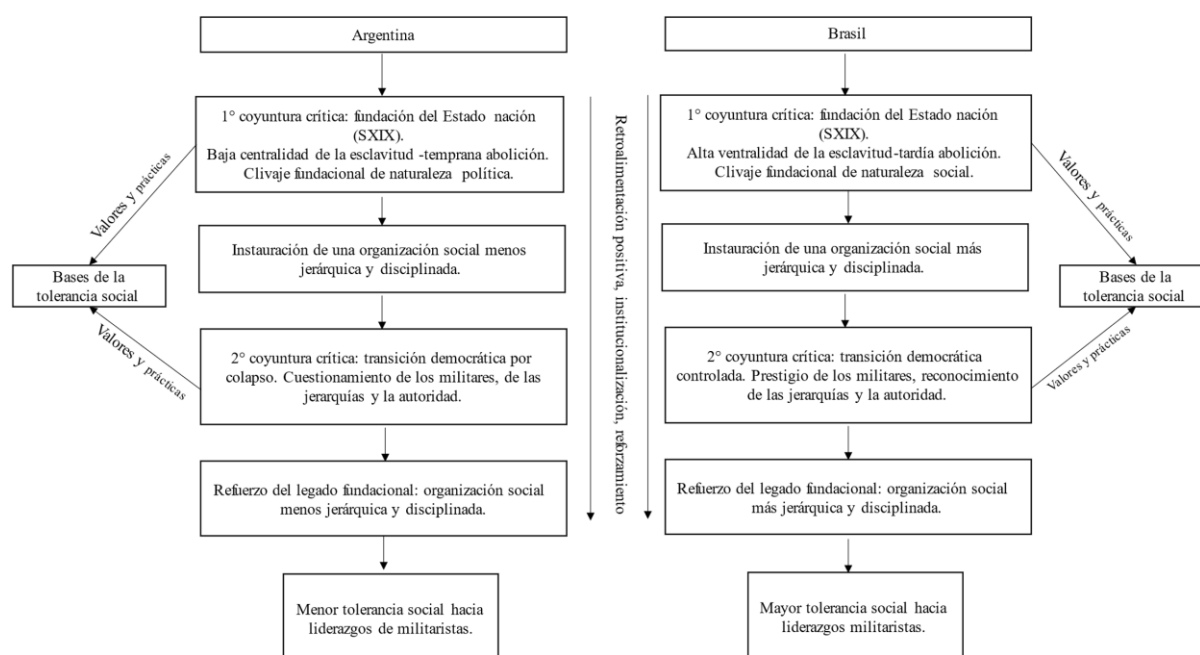
Bobbio 1994). Su ideario es generalmente sintetizado en los valores de “libertad e igualdad”, aunque ideario e instituciones (como se muestra en el caso argentino) no siempre van de la mano (Botana 1986).

¹³⁴ Son procesos mutuamente implicados: el grado de centralidad de la esclavitud en el sistema político influye sobre el orden sociopolítico y dicho orden condiciona la centralidad de la esclavitud.

¹³⁵ La transición es guiada por el poder relativo y las estrategias de negociación llevadas por los actores pertenecientes al régimen saliente y entrante. En este sentido, el (“éxito o fracaso”) del resultado depende de la capacidad de una de las partes (en este caso el régimen saliente) de imponer sus intereses y valores sobre los otros (O'Donnell, 2014a; O'Donnell y Schmitter 1988).

¹³⁶ Ver Guillermo O'Donnell (2014a, 195-230).

Gráfico1. Marco explicativo e hipótesis



Fuente: elaboración propia

Nota: indica relación

En este sentido, como el argumento de la tesis recurre a un conjunto de temas históricos de gran alcance se basa en bibliografía de referencia general que es suficiente para los propósitos de este estudio y, allí dónde lo considera oportuno, incluye bibliografía de referencia secundaria en notas al pie. Esta decisión es coherente con la perspectiva metodológica adoptada.

Así, en consideración de los estudios comparados, el estudio recurre a las siguientes herramientas y fuentes de datos e información para desarrollar y sustentar los argumentos: archivos históricos como periódicos, propagandas, fotos, grabaciones, discursos, *spots*, entrevistas, publicidades, publicaciones y programas radiales y audiovisuales de la época, además de fuentes secundarias especialistas. A su vez, series temporales, estimaciones censales y censos oficiales de cada país (por ejemplo, poblacionales, económicos, de vivienda) y mediciones de varias bases de datos recopiladas por agencias internacionales (como el Banco Mundial) y reconocidos proyectos de investigación (como *V-Dem*, *The Polity Project/Polity IV*) vinculadas con lo que generalmente la academia sintetiza dentro de la calidad democrática, que permiten cruzar variables (por ejemplo por género, sexo, color de piel, raza, nivel de educación) y discriminar índices e indicadores (como los asociados a las libertades civiles, libertades

políticas y las igualdad de acceso a recursos básicos como lo son la educación y el empleo) además de mediciones de desigualdad/igualdad socioeconómica, por ejemplo, el índice de GINI, la tasa de analfabetismo, la distribución de la renta, la medición del empleo y la pobreza. Asimismo, datos de encuestas de opinión pública como los provistos por *World Value Surveys* y *Latinobarómetro*. Igualmente, en cada caso se detallan las fuentes y, cuando es necesario, la composición de los índices y referencia metodológica.

Finalmente, antes de que el lector se aboque a la lectura del argumento secuencial, quien les escribe considera importante hacer hincapié en una cuestión adicional: esta tesis se limita a examinar los factores históricos de largo y mediano plazo que contribuyeron a moldear los límites de la tolerancia social en Argentina y Brasil y, consecuentemente, los estilos de liderazgos en ambos países en la actualidad. De esta manera, excluye del análisis pormenorizado los gobiernos que tuvieron lugar durante dichos períodos, las características de sus líderes, sus liderazgos, las políticas públicas y medidas específicas impulsadas por cada uno. Igualmente, el examen en profundidad de cada uno de los grupos de poder analizados debido a que implicaría profundizar en una sociología de las organizaciones que excede por mucho el marco, la extensión y los fines de este estudio. Seguramente, los hallazgos, interrogantes pendientes y preguntas abiertas en las conclusiones de este estudio constituyan una valiosa fuente para la generación de nuevas hipótesis e investigaciones que complementen y enriquezcan la perspectiva asumida por esta tesis.

II. ¿Quién es el pueblo? La fundación del Estado nación en Argentina y Brasil (1850-1930)

Introducción

El capítulo II analiza la naturaleza de los clivajes fundacionales que confluyeron en la delimitación de la nación y del orden sociopolítico en Argentina y Brasil durante el siglo XIX y principios de siglo XX –primer objetivo específico–. En este marco, estudia cómo la actuación de las élites, la Iglesia católica, las Fuerzas Armadas, las organizaciones sociales y los partidos políticos contribuyeron a (re)producir determinados valores, creencias y comportamientos en el mediano y largo plazo que confluyeron en la delimitación de la tolerancia social en cada país.

En primer lugar, el capítulo II presenta el caso argentino. A modo introductorio, el punto 1. (a) muestra que la centralidad del sistema esclavista durante el siglo XIX ha sido mucho menor en Argentina que en Brasil y que ha predominado, a diferencia de este último, un clivaje de naturaleza política generalmente sintetizado en la fractura “ciudad/puerto - provincia/interior”, o bien, “unitarios - federales”. El punto 1. (b) analiza el rol e ideario de las élites políticas e intelectuales en particular, entre 1850-1880 y 1880-1930. Sostiene que la predominancia del ideario liberal y la puesta en práctica de un proyecto de país sustentado en la fórmula positivista de “orden y el progreso” ayudaron a invisibilizar simbólicamente y físicamente los conflictos sociales fundacionales en torno a los pueblos originarios en especial y resaltar los valores de “igualdad y libertad”. Ello favoreció, por un lado, el desarrollo de una sociedad comparativamente más activa, secular y organizada que la brasileña que tendió a cuestionar –desde entonces– el orden sociopolítico vigente a favor de la inclusión política de los grupos sociales emergentes: el proletariado y/o los grupos populares. Por otro lado, unos sectores dominantes (las élites, la Iglesia católica y los militares) que procuraron “refundar” y/o “reorganizar” –también desde entonces– el orden sociopolítico vigente con el fin de frenar la presión social inclusiva y, para ello, constituyeron alianzas de distinta naturaleza política. En esta dirección, el punto 1. (c) expone las características de la Iglesia y los militares y su alianza con las élites civiles en la (re)formación de la nación durante mediados y fines de siglo XIX (1850-1880) y su influencia en el orden sociopolítico de inicios de siglo XX (1880-1930). Seguidamente, el punto 1. (d) se detiene sobre las características de los movimientos sociales y los partidos políticos entre 1880 y 1930 en específico. Muestra

que la comparativamente mayor fortaleza y activismo de dichos grupos de poder en relación a los brasileños contribuyeron a conformar un orden sociopolítico menos jerárquico, disciplinado y tolerante a la autoridad, en particular, a los estilos de autoridad militaristas.

En este sentido, en segundo lugar, el capítulo II presenta el caso brasileño. El punto 2. (a) muestra que en Brasil el sistema esclavista fue sido central durante la fundación del Estado nacional y que ha predominado, a diferencia de Argentina, un clivaje de naturaleza social habitualmente sintetizado en la fractura de “los dos Brasiles”: el de los blancos y el de los negros; el de los incluidos y excluidos. El punto 2. (b) analiza el rol e ideario de las élites civiles entre 1850-1880 y 1880-1930. Sostiene que la predominancia de las teorías raciales y la “ideología del blanqueamiento” solaparon el ideario liberal de “libertad e igualdad” imperante en la región latinoamericana y contribuyeron a legitimar e invisibilizar detrás del mito de la “democracia racial” un orden sociopolítico más jerárquico y cerrado que el argentino. En particular, su puesta en práctica tendió a debilitar la socavada capacidad de organización de la sociedad civil y su autonomía respecto del Estado. En esta dirección, el punto 2. (c) expone las características y el rol de la Iglesia católica y de los militares en la (re)formación de la nación brasileña y su influencia en el orden sociopolítico entre mediados del siglo XIX y principios el siglo XX. Seguidamente, el punto 2. (d) se detiene sobre las características de los movimientos sociales y los partidos políticos entre 1880 y 1930 en especial. Muestra que la comparativa menor fortaleza y activismo de dichos grupos de poder respecto de los argentinos contribuyeron a conformar un orden sociopolítico más jerárquico, disciplinado y tolerante a la autoridad, en particular, a los estilos de autoridad militarista.

1. La formación del Estado argentino

A modo introductorio, el próximo subtítulo muestra que el sistema esclavista no fue central durante la formación del Estado nación argentino donde primó, además, un clivaje fundacional de naturaleza política. A la luz de este planteo, los subtítulos que le siguen analizan el rol y las características de los grupos de poder considerados clave (las élites, la Iglesia, las Fuerzas Armadas y los movimientos sociales y partidos políticos) en la estructuración de un orden sociopolítico menos jerárquico y disciplinado que el brasileño y su influencia en la delimitación de la tolerancia social en el mediano y largo plazo.

1. (a) *El clivaje fundacional: la fractura política*

Durante la formación del Estado argentino la esclavitud no constituyó un sistema central para la organización del orden sociopolítico. Dos de las principales razones que señalan los especialistas para explicar por qué la mano de obra esclava no se extendió como sí lo hizo en Brasil son, por un lado, que su economía dependió de la exportación de plata desde la época colonial tardía hasta la independencia (1870-1816) y de los productos agrícola-ganaderos a partir de mediados de siglo XIX (Cortés Conde 1998, 54; Lynch 1991, 264) que no necesitaron, por su propia naturaleza, de la extensión e intensidad de mano de obra esclava que sí precisaron las economías basadas en las plantaciones –ver tabla 7– (Halperín Donghi 2014, 45). Como muestran las tablas 5 y 6, a principios del siglo XIX la economía argentina ya comenzaba a perfilarse paulatinamente hacia el sector agrícola y ganadero (Cortés Conde 1998, 54).

Tabla 5. Argentina. Promedio anual de las principales exportaciones (en miles de unidades o toneladas) por el puerto de Buenos Aires entre 1810-1859

Productos	1810-1819	1820-1829	1830-1839	1840-1849	1850-1859
Cueros (u)	575	624	800	2304	1762
Tasajo (tn)	1	2	10	21	19
Lana (tn)	-	-	2	6	10
Grasa (tn)	1	-	2	10	8

Fuente: Brown (1979, 80) citado en Roberto Cortés Conde (1998, 62).

Nota: para la época Buenos Aires constituía una provincia independiente de las Provincias Unidas. Es recién entre 1852-1861 que Argentina logra la unidad nacional.

Tabla 6. Argentina. Exportaciones de los principales productos (en millos de dólares), entre 1854-1883

Productos	1854	1863	1873	1883
Lanas	3	10	21	31
Cueros ovinos	-	1	5	5
Cueros vacunos	4	7	6	9
Grasas	4	6	8	2
Carnes	3	3	4	5
Granos y cereales	-	-	-	5
Otros	1	1	2	3

Fuente: Roberto Cortés Conde (1998, 65).

Tabla 7. Brasil. Principales exportaciones (en porcentajes) en relación con el valor total, entre 1821-1880

Productos	1821-1830	1831-1840	1841-1850	1851-1860	1861-1870	1871-1880
Azúcar	30,1	24	26,7	23,35	13,56	12,4
Algodón	20,6	10,8	7,5	6,85	20,22	10,04
Café	18,4	43,8	41,4	53,67	50,38	59,49
Total	69,1	78,6	75,6	83,87	84,16	81,93
Cueros	13,6	7,9	8,5	7,95	6,64	5,85
Otros	17,3	13,5	15,9	8,17	9,2	12,21

Fuente: los datos 1821-1850 fueron extraídos del *Anuario Estadístico do Brasil* 1939-1940, 1380, citado en Leslie Bethell y Murilo de Carvalho 1991, 353) y los correspondientes a los años 1851-1880 del mismo Anuario (1939-1940, 1381) citado en John Lynch (1991, 379)

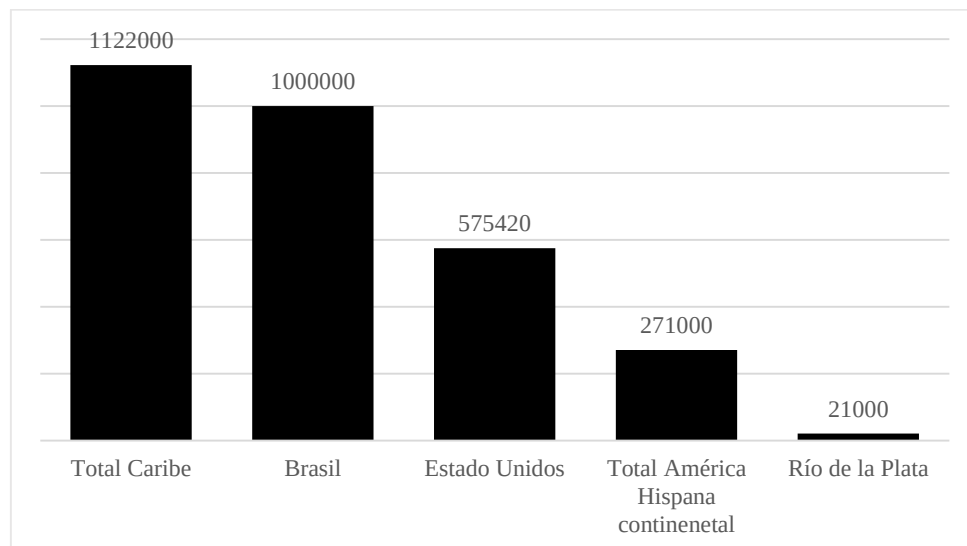
Nota: la categoría “otros” corresponde a tabaco, cacao, caucho y mate.

Por otro lado, el régimen jurídico y las comparativamente mejores condiciones laborales de los esclavos del Virreinato hizo su trabajo más costoso y posibilitó su emancipación y ascenso social hasta ubicarse, incluso, en las posiciones sociales más altas (Halperín Donghi 2014, 45-63; Djenderedjian y Paz 2016, 110-111). En este sentido, el sistema esclavista estuvo mayormente confinado a los centros urbanos y fue mucho menos redituable que en Brasil y (Halperín Donghi 2014, 86-87; Klein 1993, 25-26; Cáceres Freyre 1984, 437). Ello se evidenció en la gran cantidad de emancipaciones que tuvieron lugar durante fines de siglo XVIII y la menor importación de esclavos durante las últimas décadas del Virreinato del Río de la Plata¹³⁷ tanto en comparación con el resto del continente americano como respecto de Brasil en particular –gráficos 2 y 3–. Igualmente, en el temprano proceso de abolición en relación con la experiencia brasileña que comenzó a regular el comercio esclavista de modo efectivo recién a partir de 1850 y fue el último país de América en abolir la esclavitud a fines de siglo XIX (1888) (Fausto 1995). En efecto, en 1812 el gobierno de las Provincias Unidas prohibió la introducción de esclavos al territorio y en 1813 la Asamblea General Constituyente dictó la “Ley de libertad de vientres” por la que resultaron libres e iguales todos los ciudadanos nacidos en el territorio y los esclavos que entraron al país. Tras la unión estatal, la Constitución de la Nación Argentina (1853) reafirmó en su artículo 14 la libertad de todos los hombres que pisaran el suelo nacional. En este sentido, los especialistas coinciden en que la

¹³⁷ Para esa época el territorio argentino formaba parte del Virreinato del Río de la Plata. En 1810, tras la Revolución de Mayo, el Virreinato asumió el nombre de Provincias Unidas del Río de la Plata. La denominación de “Argentina” se usa por primera vez, y desde entonces, en la Constitución Nacional 1826.

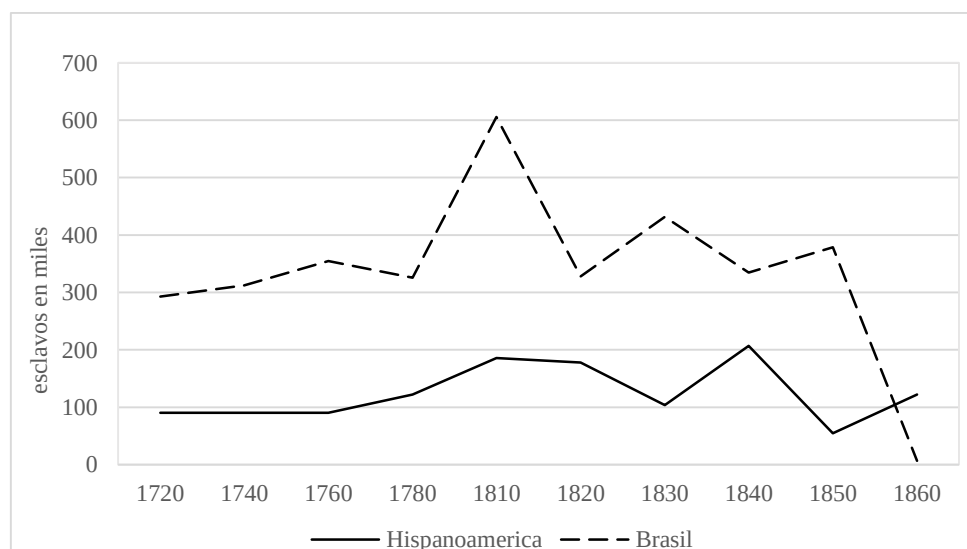
legislación argentina de la primera mitad del siglo XIX constituyó una referencia en materia de derechos civiles (Murcia, 2013).

Gráfico 2. Población esclava estimada en América a fines de siglo XVIII



Fuente: elaboración propia en base a los datos estimados por Herbert Klein (1993, 24).

Gráfico 3. Cantidades estimadas de esclavos (en miles) ingresadas en el tráfico del Atlántico hacia Hispanoamérica y Brasil entre 1720 y 1860



Fuente: elaboración propia en base a los datos estimados por Herbert Klein (1993, 9).

En este marco, tras la independencia de la Corona española (1816) el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata se sumió en un conjunto de guerras civiles por la delimitación de sus fronteras hasta alrededor de 1830. Una vez saldada la disputa territorial, el conflicto principal entre las élites políticas del incipiente Estado argentino giró en torno a las características que debía tener la organización nacional. En particular, la importancia que había ganado el puerto de Buenos Aires durante el Virreinato y los

recursos políticos y económicos de los que disponía, sumado al posterior desarrollo económico del sector pampeano, fueron el germen de un conjunto de enfrentamientos entre los intereses de sus élites y los de las provincias (1816/30 - 1853/61) que obstruyeron la pronta unidad nacional¹³⁸. En concreto, el conflicto “ciudad/puerto - provincia/interior” –comúnmente asociado a la oposición “unitarios - federales”– (Oszlak 2014, Segato 2007; Fausto y Devoto 2005; Botana 1986) marcó la naturaleza política del clivaje inicial y contribuyó a delimitar el conjunto de identidades nacionales, comportamientos y hábitos (lealtades partidarias, posturas intelectuales, gustos estéticos y literarios, estilos de convivencia, maneras de hablar y comportamientos) que prevalecieron –aún con sus transformaciones– hasta el día de hoy (Segato 2007, 47). Así, a diferencia de Brasil, las filiaciones a determinadas ideas políticas (sea en la forma de “unitarios - federales”; “civilización - barbarie”; “conservadurismo - democracia”; “populismo - antipopulismo” y/o “peronismo - antiperonismo”) –más que la pertenencia étnica y/o racial¹³⁹– se constituyeron en el principal referente histórico de la nación (Romero 2010; Segato 2007; Botana 1986; Halperín Donghi 1982). De esta forma, frente al menor peso poblacional y económico del sistema esclavista, el imaginario liberal –apoyado en los pilares de igualdad y libertad– difundido en la región ganó predominancia (Villavicencio 2008; Botana 1984) y contribuyó a soslayar e invisibilizar los conflictos sociales en torno a las poblaciones originarias¹⁴⁰ en particular –además de las comunidades afrodescendientes¹⁴¹– (Lenton, Delrio, Pérez, Papazian, Nagy y Musante 2011; Belvedere et al. 2007; Segato 2007). Cabe preguntarse entonces, por las características y el rol de las élites de la época en la articulación de dichos procesos.

¹³⁸ Sobre la formación del Estado argentino se recomienda el “clásico” libro de Oscar Oszlak (2014). Para un detalle sobre los cambios económicos, sociales, poblacionales y políticos entre 1810 y 1914 consultar el compilado de la Academia Nacional de la Historia (2000).

¹³⁹ Las definiciones más convencionales de etnicidad y raza –grupos particularizados por algunas prácticas culturales distintivas frente a grupos particularizados por algunos rasgos físicos visibles y característicos– tienden a ser difusas. En efecto, el racismo es entendido como la atribución de ciertas características morales, intelectuales y conductuales negativas a determinados grupos humanos, que resultan en su inferiorización en función de esa pertenencia (más que en la identificación estricta de una raza en términos biológicos (Cordero 2021, 83).

¹⁴⁰ La elección del término no ignora los procesos históricos que resultaron en la naturalización de esta categoría o la de sus conceptos asociados (indígenas, aborígenes, mulatos) ni la posibilidad de particularizar en su interior.

¹⁴¹ Sus trayectorias fueron diversas y decrecieron dramáticamente durante el siglo XIX. Si bien los historiadores señalan que es difícil precisar las razones debido a la falta de datos y la escasez de estudios vinculados con aquellos grupos (Djenderedjian y Paz 2016), estiman que se asoció con su “arrinconamiento social” y, sobre todo, con su participación en las guerras por la independencia y las posteriores guerras civiles (Cáceres Freyre 1984).

1. (b) *Las élites. Un pueblo para la nación*

Luego de la Batalla de Caseros¹⁴² (1852) que marcó el inicio de la unión nacional argentina, las élites de la época coincidieron en que, independientemente de la persistencia de las divisiones político-doctrinarias, la consolidación del Estado nacional era una condición imprescindible para el desarrollo, la modernización y el mantenimiento del orden. Llevado a la práctica, ello implicaba una drástica modificación de los patrones de relación social preexistentes –es decir, del orden vigente– y su reemplazo por uno nuevo conforme a los modernos principios liberales¹⁴³ y coherente con el desarrollo de las relaciones de producción y dominación de mediados de siglo XIX –el llamado progreso¹⁴⁴– (Oszlak 2014). De esta manera, la consolidación de la unión nacional requería de la articulación de tres cuestiones principales: (i) la delimitación del “nuevo” pueblo de la nación (Halperín Donghi 1982); (ii) el desplazamiento y desmantelamiento simbólico y físico de las poblaciones percibidas como inferiores (Lenton et al., 2011; Poggi 2010); y (iii) su “reemplazo” por un “pueblo civilizado” conforme al ideal blanco, europeo y occidental dominante (Segato 2007).

Respecto de la delimitación del pueblo nacional, –cuestión i– la élite argentina estuvo, como la brasileña, fuertemente influida por los principios positivistas¹⁴⁵ y el liberalismo europeo predominante en la región. En términos generales, la unión de estas doctrinas se basó en la idea de que el “perfeccionamiento” (físico, moral, cultural) de los pueblos empujaba hacia el desarrollo (o la “civilización”) de las sociedades y hacia la modernización del orden político. En buena medida, este ideario se plasmó en la obra de Juan Bautista Alberdi¹⁴⁶ cuyas páginas constituyeron el fundamento de las instituciones

¹⁴² En 1853 se firmó la Constitución Nacional que sentó las bases jurídicas de la actual República Argentina. Luego de la Batalla de Cepeda (1859), la reforma constitucional (1860) y la batalla de Pavón (1861), Buenos Aires se integró definitivamente al Estado nación.

¹⁴³ La formación de los estados nacionales en América Latina estuvo influenciada en mayor medida por los ideales filosóficos del liberalismo europeo. Sobre su influencia en Argentina, las obras de José Luis Romero (2010); Natalio Botana (1984) y Tulio Halperín Donghi (1982) constituyen referencias imprescindibles en la materia.

¹⁴⁴ Esta idea se sintetizó en la fórmula positivista “orden y progreso”.

¹⁴⁵ El positivismo fue definido por sus exponentes como “una filosofía superior en legitimidad y certeza” debido a la contrastación empírica de sus postulados en comparación con el romanticismo en especial De allí que se vinculara con el racismo científico y hallara inspiración en las obras de Charles Darwin (1809-1882) y Herbert Spencer (1803-1920). En América Latina contribuyó a relacionar en una misma plataforma las ideas conservadoras y liberales bajo la fórmula “orden y progreso”. Un texto clásico sobre su influencia en Argentina entre mediados y fines de siglo XIX es el de Rosa María Martínez de Codes (1988) y en Brasil el de Thomas Skidmore (1976). Este último punto se desarrolla en el cuerpo del apartado 2 del presente capítulo.

¹⁴⁶ En especial se destaca “Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina” (2008 [1852]). Sobre su influencia se sugiere Natalio Botana (1986, 40-64). Sobre la discusión de la época se sugiere Alberto Romero (2010, 133-170) y Tulio Halperín Donghi (1982).

y la organización política incorporadas en la Constitución Nacional de 1853 así como un proyecto de sociedad y un orden valorativo que, más allá de sus detractores, perduró en el largo plazo (Oszlak 2014; Botana 1986; Halperín Donghi 1982). Su fundamento es que el desarrollo sociocultural y el orden constituyen requisitos indispensables para el progreso socioeconómico que solo podría alcanzarse a través de la dirección política y económica de una élite privilegiada, la limitación de la participación política a una élite ilustrada¹⁴⁷ y la extensión de las libertades civiles con el fin de estimular el progreso en base a la inmigración de los “pueblos civilizados” y la extensión de las industrias y la riqueza (Alberdi 2008, 33-42). En este marco, dos categorías confluyeron en la delimitación y construcción de la nación: la de “civilización”, homologada al ideal racial blanco, europeo y occidental que constituía el modelo de ciudadano a seguir, y la de “barbarie”, asociada a los pueblos originarios en particular, además de los gauchos¹⁴⁸ y las escasas comunidades negras, considerados “bastardos”, cuya cultura y “atraso” impedían el progreso (Villavicencio 2008, 72-76; Botana 1986, 53). De esta manera, bajo la extendida idea de “progresar es civilizarse”¹⁴⁹, una de las principales tareas del incipiente Estado fue la de crear un nuevo pueblo “para el desierto argentino” (Halperín Donghi 1982) vía la inmigración europea. En palabras de Juan B. Alberdi (1852):

“Poblar es instruir, educar, moralizar, mejorar la raza; es enriquecer, civilizar, fortalecer y afirmar la libertad del país, dándole la inteligencia y la costumbre de su propio gobierno y los medios para ejercerlo (...) Poblar es civilizar cuando se puebla con gente civilizada, es decir, con la flor de la gente trabajadora de Europa. Por eso he dicho en la Constitución que el gobierno debe fomentar la inmigración europea” (Alberdi 2008, 36-37).

Esta suerte de ingeniería social constituyó el motor del proyecto sobre el que se justificaron y articularon distintas técnicas y dispositivos de “invisibilización de la otredad” que procuraron disolver las alteridades preexistentes a favor de la homogeneización y civilización de la naciente República (Belvedere et al. 2007, 37). Así, la tarea requirió de dos operaciones adicionales: el desplazamiento y desmantelamiento simbólico y físico de los pueblos considerados bárbaros (es decir, las poblaciones originarias) –cuestión ii– y su “reemplazo” por uno civilizado –cuestión iii–.

¹⁴⁷ Para Juan B. Alberdi la gran mayoría ha hecho “mal uso” de la libertad política al favorecer despotismos populares, de allí que debiera limitarse (Botana 1986, 55-53).

¹⁴⁸ Si bien se trata de una categoría ambigua, en términos sociales refiere generalmente a los marginales de los pueblos, los trabajadores rurales, los desocupados o los que subsisten en la economía informal. En términos biológicos refiere principalmente a mestizos de originarios e hispanicos (Belvedere et al. 2007, 81)

¹⁴⁹ Frase atribuida Esteban Echeverría, otro de los ideólogos de la organización nacional (Oszlak 2014, 192).

En cuanto al desplazamiento simbólico, refiere a los procesos de construcción de la otredad que involucran la negación de su entidad como sujetos históricos y constitutivos de la nación y del imaginario social (Lenton et al. 2011, 119). En esta dirección, tanto el discurso político e intelectual sobre el que se desarrolló y difundió el sistema educativo (además de las instituciones públicas) y el proyecto historiográfico sobre el que se fundó la construcción de una “historia oficial” jugaron un papel fundamental en la (re)producción de representaciones negativas, la racialización de determinados grupos y la formación de estigmas sociales de largo plazo en torno a los otros (Cordero 2021; Oszlak 2014; Lenton et al., 2011; Poggi 2010; Segato 2007; Belvedere et al. 2007). En efecto, no es nuevo señalar que los propios fundamentos educativos infundidos por Domingo F. Sarmiento¹⁵⁰ –recogidos y elaborados ejemplarmente en su ensayo “Facundo” (1845)– es ambiguo sobre la posibilidad de integración de los no europeos en el proyecto nacional. En este sentido, atribuye al “desierto” la producción de la barbarie: ni los valores, ni las instituciones, ni el carácter del “hombre civilizado” pueden germinar allí. Pero es decidido y sistemático en la necesidad de corregir los rasgos morales que obstruyen el desarrollo de las sociedades (Cordero 2021, 89-90). Desconfía de los “pueblos ignorantes que se dejan seducir” por el caudillismo de la época ya que considera que el “espontaneísmo igualitario de las masas populares” no es una verdadera democracia, como él supone que es la estadounidense, sino un despotismo (Villavicencio 2008, 91). Así, para conseguir una verdadera democracia, la tarea del gobierno debe ser previamente la de “regenerar al pueblo argentino” por medio de la educación y la difusión de la prensa (dos instituciones básicas del liberalismo) conducida por una élite letrada llamada a dirigir “los destinos públicos como en los países civilizados”¹⁵¹ (Sarmiento 1845, citado en Villavicencio 2008, 92). En este marco de ideas se inscribió una república que pretendió ser democrática y lo fue, fundamentalmente, en el plano de la retórica liberal y, en distinta medida, en el plano formal (Botana 1986, 53) pero que se cimentó sobre una concepción evolucionista que procuró dismantelar y desplazar la diversidad social desde la raíz (Segato 2007) –a diferencia, como se verá, del mestizaje impulsado por los culturalistas brasileños–. En esta dirección operó la construcción de una “historia oficial” (re)producida a través de las instituciones públicas, los medios de comunicación y las aulas en específico, que le asignó

¹⁵⁰ Sobre la obra de Sarmiento y su influencia en el proyecto nacional consultar Natalio Botana (1984).

¹⁵¹ A diferencia del ideario alberdiano, Sarmiento cree en una democracia como proyecto a futuro –consultar Susana Villavicencio (2008)–.

a las poblaciones originarias en particular el papel de “primitivos habitantes del territorio nacional” y de “actores secundarios y episódicos del devenir nacional” cuya aparición esporádica en la historia nacional reforzaron la idea de su “excepcionalidad” (Belvedere et al. 2007, 47). De hecho, los especialistas sostienen que incluso el mito del “crisol de razas”¹⁵² fue moldeado a la luz de la combinación de elementos del ciudadano civilizado europeo. Así, distinto que Brasil que ha reconocido (aunque no necesariamente integrado) la diversidad nacional, Argentina se ha “pensado” como una nación plenamente homogénea, “blanca” y “europea” con componentes indígenas y africanos insignificantes o diluidos¹⁵³ (Cordero 2021; Lenton et al. 2011; Segato 2007). Así, los discursos pedagógicos e historiográficos contribuyeron¹⁵⁴ a la “naturalización de las diferencias” y a la “despolitización” e “invisibilización” de las conflictividades sociales (Belvedere et al. 2007, 47) que en su versión más extrema tomó la forma de un desmantelamiento físico de las poblaciones originarias¹⁵⁵ (Halperín Donghi 1982, 120).

De esta manera, el desmantelamiento físico estuvo destinado a erradicar del tejido social, mediante el “arranque” y la “cancelación”, a las poblaciones originarias¹⁵⁶ percibidas como una amenaza para la civilización. En concreto, la intensidad y efectividad de las acciones llevadas adelante por el Estado contra grupos particulares durante el siglo XIX les valió, en la actualidad, la categorización de genocidio¹⁵⁷ (Lenton

¹⁵² Se trata de una metáfora que remite al modelo de país agropecuario de principios de siglo XX que pretende reflejar las características de un país integrado, aún en su heterogeneidad, que vive el optimismo del progreso y la evolución. Igualmente, denota una concepción de una sociedad armónica donde las diferentes culturas confluyen, al tiempo que niega la conflictividad inherente en las relaciones sociales (sean de raza, etnia, o clase) (Cordero 2021).

¹⁵³ No se desconoce que la identidad nacional conlleva siempre cierto grado de homogeneización y exclusión de la alteridad, pero lo que llama la atención en el caso argentino es la presión homogeneizadora y la negación y privación de la entidad de la otredad (Cordero 2021; Segato 2007).

¹⁵⁴ Una variedad de estudios analiza las marcas discursivas y los procesos de racialización e invisibilización en la educación especialmente a través de los manuales escolares y su reactualización en el presente. Las investigaciones de Marta Poggi (2010) constituyen importantes referencias. Para una reseña ver Carlos Belvedere et al. (2007).

¹⁵⁵ Cabe decir que el proyecto de la nueva nación también estuvo influido por los intereses de las élites terratenientes y los lazos comerciales internacionales. Al hacer énfasis en los idearios dominantes la tesis no niega la existencia de intereses y presiones coyunturales de distinta naturaleza, ni respecto de la influencia de los contextos regionales e internacionales.

¹⁵⁶ Sobre la sociedad indígena, distintas etnias y tribus y sus experiencias durante el siglo XIX consultar Eduardo Crivelli (2000, 161-188)

¹⁵⁷ La Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio, aprobada por la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1948, define en su artículo 11: “Se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso como tal: a) matanza de miembros del grupo; b) lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) medidas destinadas a impedir nacimientos en el seno del grupo; e) traslado por la fuerza de niños del grupo a otro grupo” (citado en Lenton et al. 2011, 121-122).

et al. 2011; Delrio y Ramos 2011). En general, dichas acciones fueron administradas por las élites como un tema de “tierras” más que como un asunto sociopolítico. En otras palabras, se trataba de un “desierto” ocupado por “poblaciones dispersas” e “indios maloneros” que asolaban a los habitantes del interior y ponían en riesgo la propiedad y la soberanía estatal (Lenton et al. 2011, 123). Si bien las campañas comenzaron con anterioridad a la unión nacional¹⁵⁸, son emblemáticas las acciones llevadas adelante entre 1870 y 1880 conocidas como la “Conquista del Desierto”¹⁵⁹ cuya denominación, además, minimiza, sino niega, la existencia de los pueblos originarios (Cordero 2021; Lenton et al. 2011; Segato 2007). La llamada conquista terminó de “librar” las tierras de la presencia indígena que pasó de representar el 30% de la población total en 1810 al 0,3% en 1914¹⁶⁰—ver gráfico 4— al tiempo que incorporó grandes extensiones de territorio (en especial, una amplia zona de la región pampeana y la Patagonia). Esta estrategia abrió el camino para sumar cientos de miles de hectáreas a la producción ganadera y agrícola y a la construcción de una vasta red de transportes y comunicaciones —ver gráfico 5— (Cortés Conde 1979, 173-187) que contribuyeron a formar la imagen de una Argentina definitivamente consolidada y modernizada hacia fines de siglo XIX (Oszlak 2014; Lenton et al. 2011; Segato 2007; Belvedere et al. 2007; Zimmerman 2000). Pero, detrás de este retrato, los pobladores originarios fueron detenidos en centros de concentración¹⁶¹, separados de sus familias, deportados masivamente a diferentes lugares del país como fuerza de trabajo esclava y cuerpos armados o para prestar servicios auxiliares a las Fuerzas Armadas (Lenton et al. 2011, 135-136). En este sentido, la identidad de las comunidades originarias fue disipada de la historia nacional no solo debido a la expropiación de sus tierras sino, porque en el trayecto, las élites procuraron terminar sus costumbres y desalentaron cualquier práctica y reproducción de sus tradiciones (sus lenguas, religiones, formas de trabajo, hábitos y rituales) (Crivelli 2000, 184-185). De allí

¹⁵⁸ Fueron particularmente conocidas las campañas militares emprendidas en la provincia de Buenos Aires durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas durante la década de 1830, aunque, la relación entre su gobierno y las poblaciones originarias dista de ser lineal. Sobre este punto consultar Carlos S. A. Segreti, Ana I. Ferreyra y Beatriz Moreyra (2000).

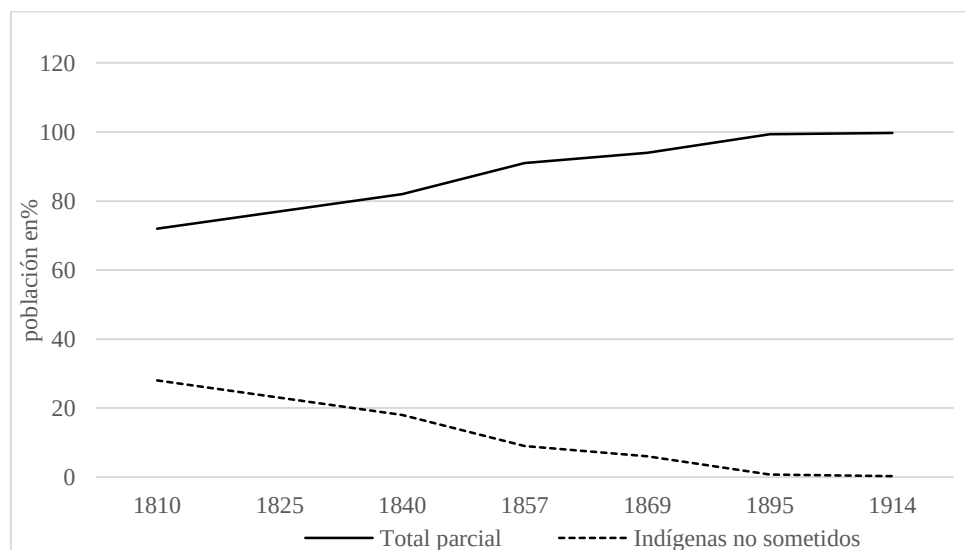
¹⁵⁹ Denominación que tomó el conjunto de acciones militares contra los indios, especialmente aquellas realizadas a partir de la sanción de la Ley 947 en 1878 (conocidas como la “Campaña al desierto”) hasta la rendición de Sayhueque en 1885. Por extensión, se denomina también así a las acciones anteriores y posteriores en distintas zonas del país, y en distintas zonas del país, especialmente en el Chaco.

¹⁶⁰ Se reconoce su descenso no se debe solo a las campañas militares, pero fueron las prácticas estatales y los modos de relación con dichos grupos una de las principales causas de su paulatino deceso. Consultar Crivelli (2000).

¹⁶¹ Uno de estos puntos fue la isla Martín García donde además circulaba la viruela. El gobierno buscaba que “no pesasen en el presupuesto” y se “desculturizaran” al perder sus vínculos sociales y su idioma (Crivelli 2000, 174).

que los especialistas coincidan en que la delimitación de la nación argentina y los sucesivos procesos de invisibilización de la otredad constituyeron un “proyecto de limpieza cultural” (Segato 2007, 56) que actuó sobre el “campo de percepciones, valores, actitudes, representaciones y comportamientos” en torno a la legitimación del orden capitalista y los modos de convivencia y producción de las élites dominantes (Oszlak 2014, 150-151). En el largo plazo, este proyecto cultural desembocó en la configuración de una sociedad “sin profundidad histórica e internamente indiferenciada” y contribuyó a “la naturalización de estigmas” y de “prácticas discriminatorias más sutiles y extendidas” que configuraron, a diferencia de Brasil, una “exclusión de intensidad baja” que obstaculizó la enunciación política del otro y su pleno acceso a la ciudadanía (Belvedere et al., 2007: 79). Así, el desplazamiento y desmantelamiento simbólico y físico de la otredad, sumado a la predominancia de la retórica liberal en un territorio donde la esclavitud, además, no fue central para la organización nacional, favoreció la invisibilización de los conflictos sociales en torno a los pueblos considerados bárbaros y el protagonismo del clivaje político (“ciudad/puerto - provincia/interior”) durante la formación estatal. En este escenario, la implantación del “pueblo civilizado” –cuestión iii– se presentó como el último eslabón del ambicioso proyecto estatal.

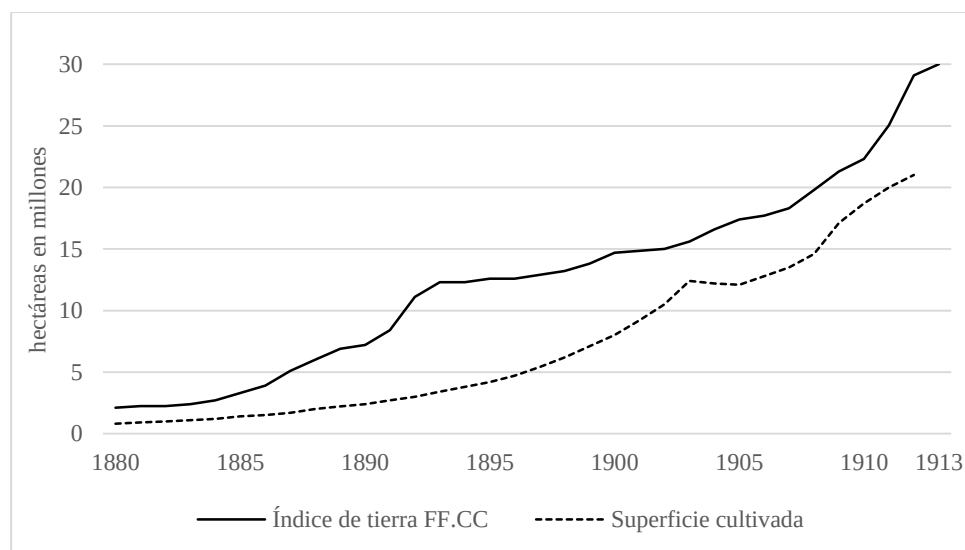
Gráfico 4. Argentina. Estimación (en porcentaje) de la población indígena no sometida respecto del total poblacional parcial entre 1810 y 1914



Fuente: elaboración propia en base a los datos estimados Dora Celton (2000,73).

Nota: los indígenas no sometidos son aquellos no sujetos a las conquistas y al orden estatal (Maeder 1984, 30). El total parcial excluye la población indígena no sometida.

Gráfico 5. Argentina. Tierra alcanzable por el Ferrocarril (FF.CC) y superficie cultivada (SC) en la región pampeana entre 1880 y 1913



Fuente: Roberto Cortés Conde (1979, 178-179).

Nota: el índice de tierra FF.CC capta el volumen de tierras aptas para tareas agrícolas estimadas en 30 millones de hectáreas (que constituye la oferta total de tierras de la región pampeana aptas para la agricultura) ajustadas por el coeficiente de extensión ferroviaria. La superficie cultivada se calcula en base a aplicar la tasa de crecimiento intercensal a las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y La Pampa. Consultar Cortés Conde (1979, 176-181).

Tras la “cancelación del pasado” la inmigración europea debía crear nuevas bases, nuevos actores y nuevos mitos para la construcción de la joven nación –cuestión iii–.

Desde mediados de siglo XIX la política inmigratoria se convirtió en política de Estado¹⁶² con el objetivo de modificar las características raciales y culturales de la población argentina, además de ayudar a habitar el país y expandir la economía¹⁶³ (Oszlak 2014; Belvedere et al. 2007; Fausto y Devoto 2005; Zimmermann 2000; Devoto 2000). Los incentivos inmigratorios fueron consagrados en la Constitución Nacional de 1853 (base fundamental de la Constitución actual) tanto en la proclamación de los derechos ideales –el Preámbulo– como reales –especialmente, en la primera parte¹⁶⁴– (Devoto, 2000; Zimmerman, 2000). De esta manera, en la postrimería de la presidencia de Domingo F. Sarmiento (1868-1874) y los comienzos de la de Nicolás Avellaneda (1874-1880)¹⁶⁵ se abrió camino a la llegada de una “avalancha inmigratoria” y a un profundo proceso de transformación social que, entre 1870 y 1914¹⁶⁶ –al compás de las campañas militares–, dio “por resultado una sociedad nueva” (Zimmermann 2000, 133). Durante esos años la población aumentó alrededor de un 430% (pasó de 1.830.214 según el primer censo nacional de 1869 a 7.903.662¹⁶⁷ según el tercer censo nacional de 1914) y, si bien el incremento podría ser deberse al crecimiento registrado en las tasas de natalidad y mortalidad, según Eduardo Zimmerman (2000), obedeció centralmente al impacto del flujo migratorio¹⁶⁸ cuya participación en la población pasó de representar alrededor del 12% al 30% (Zimmermann 2000, 135). Sumado a ello, la transformación demográfica se

¹⁶² Cabe señalar que la inmigración masiva caracterizó al mundo atlántico entre 1870 y 1930. Asimismo, si bien en Brasil el fenómeno tuvo un papel destacado no fue, como en el caso argentino, determinante para comprender sus transformaciones demográficas, ni un objeto central de la élite fundacional. Se estima que en el período 1840 y 1940 los inmigrantes y sus descendientes contribuyeron en un 58% al crecimiento de la población argentina y en un 15% a la de Brasil (Fausto y Devoto 2005, 174-175).

¹⁶³ El capítulo III de la Constitución Nacional (1853) contiene incentivos en esta dirección (ver Sampay 1975).

¹⁶⁴ La legislación otorga desde 1853 igualdad de derechos y obligaciones a nativos y extranjeros (ver capítulo II de la Constitución Nacional). Igualmente, la preferencia por la inmigración europea se mantiene en la Constitución vigente (reformada en 1994). El artículo 25° establece que “el Gobierno Federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni agravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes” (Sampay 1975, 361)

¹⁶⁵ Durante ambas presidencias se llevaron adelante un conjunto de acciones de propaganda (por medio de cónsules y agentes especialmente designados) y programas de colonización (ver ley n.º 817 –de “inmigración y colonización”– promulgada en 1876) que influyeron “significativamente” en el flujo migratorio (Devoto 2000, 86).

¹⁶⁶ La inmigración descendió con el inicio de la Primera Guerra Mundial (1914) y la gran depresión económica de 1930.

¹⁶⁷ En el censo oficial de 1869 la población total incluye las poblaciones originarias no sometidas y el de 1914 la discrimina. Así, en 1914 el total de la población está formado por 18.425 habitantes llamados “población autóctona” en referencia a las poblaciones originarias no sometidas y 7.885.237 constituidos por el total parcial.

¹⁶⁸ Si bien en términos absolutos la cantidad de inmigrantes que se instalaron en Argentina entre 1880 y 1930 fue inferior a la de Estados Unidos (que es el país que atrajo mayor número de inmigrantes hacia las Américas) tuvo la mayor proporción de extranjeros con relación a su población total.

dio en el contexto de sostenido crecimiento económico, “explosivo” desarrollo de los centros urbanos (Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Santa Fe, Bahía Blanca), “paralela” disminución de las poblaciones rurales (Romero 2010, 175), rápida integración laboral de los inmigrantes a la creciente actividad industrial –en 1895 el número de establecimientos industriales llegaba a 24.114 y empleaba a 175.000 obreros, para 1913 los establecimientos se habían duplicado y la mano de obra alcanzaba los 410.000 operarios (Romero 2010, 177)– y amplia influencia de las nuevas tecnologías sobre los modos de vida, el consumo y el esparcimiento que, en conjunto, se manifestaron en “nuevas expresiones de una cultura y una sociabilidad modernas” paulatinamente extendidas por todo el espectro social (Zimmerman 2000, 133). Así, la “Argentina moderna” se forjó la persistente imagen de una sociedad abierta y pluralista donde el ascenso social era posible (Zimmerman 2000, 155). No obstante, debajo de ese imaginario germinaban los primeros indicios de las fuertes tensiones que atravesarían el siglo XX: una estructura social diferenciada y compleja en la que los grupos y los sectores emergentes encontraron sus propios caminos de organización, integración y sociabilidad e inéditas formas de vinculación, expresión y presión. Es que, si, por una parte, el conjunto de instituciones políticas promovidas durante la fundación estatal se orientó a garantizar un orden político cerrado, por otra parte, la divulgación de los principios liberales y las instituciones necesarias para el progreso redundaron en la formación de un conjunto de valores fuertemente cuestionadores del orden que la élite procuró instaurar¹⁶⁹ (O’Donnell 2014; Romero 2010; Zimmerman 2000; Botana 1986; Halperín Donghi 1982). En efecto, la rápida expansión de la educación laica, gratuita y obligatoria¹⁷⁰ constituyó un rasgo paradigmático del “progreso” argentino de la época: entre 1880 y 1930 su tasa de analfabetismo pasó 76,5% al 25,1% –en Brasil, en cambio, no logró descender del 60%–

.

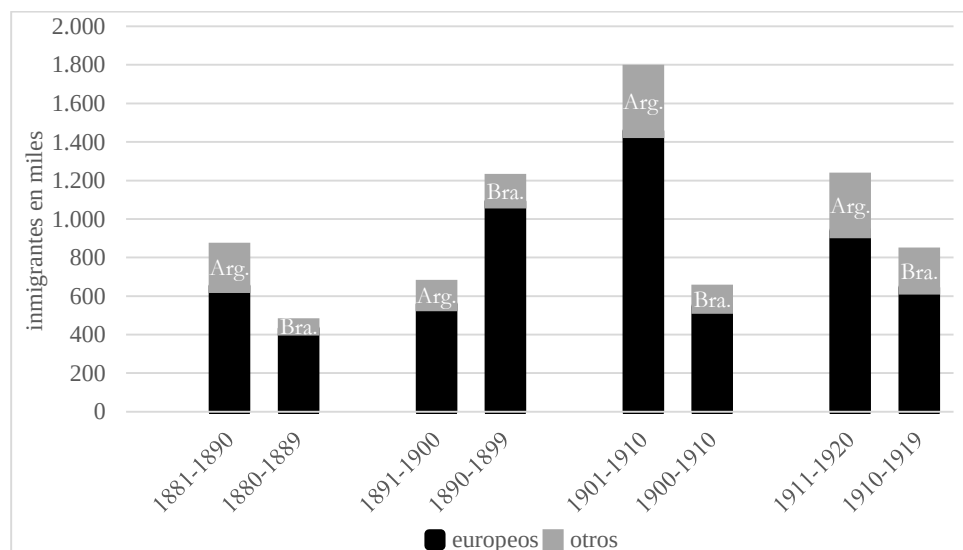
En adelante, la voluntad de las élites por preservar las jerarquías y privilegios se confrontó una y otra vez con la presión “igualitarista y progresista” de los nuevos grupos sociales. Sobre todo, si se considera que la gran masa de inmigrantes llegados al país hasta principios del siglo XX “desvirtuaba” el ideal civilizatorio de la población deseada (ingleses, suizos, franceses y alemanes). Entre 1890 y 1900 alrededor del 80% de los

¹⁶⁹ Lo que Natalio Botana (1986) conceptualizó como “república restrictiva” y “república abierta” (Botana 1986, 53).

¹⁷⁰ Entre 1870 y 1930 la tasa de analfabetismo bajó un 51, 3% (pasó del 76,4% de la población total al 25,1%).

inmigrantes provenía de la Europa revolucionaria (Italia y España, ver gráfico 6): socialistas, anarquistas y comunistas “enemigos del orden establecido” (Fausto y Devoto 2005, 180) que manifestaron una “conciencia de clase en germen” (Botana 1986, 235) expresada a través de sociedades sindicales y de resistencia que retroalimentaron un conjunto de luchas al son de la creación de partidos políticos de raigambre popular (Godio 2000).

Gráfico 6. Argentina y Brasil. Inmigración estimada (en miles) entre 1880 y 1921



Fuente: Isabelino Siede y Adriana Serulnicoff (2016) para Argentina y *Barcelona Centre for International Affairs* (2003) para Brasil.

Nota: en Argentina, la categoría europeos registra solo italianos y españoles.

Para 1910, el primer centenario argentino puso de manifiesto el nacimiento del nuevo “contingente criollo-inmigratorio”¹⁷¹ y la percepción que de que una gran crisis moral, social y política cruzaba el orden sociopolítico (Romero 2010, 179). A partir de entonces, las élites civiles acudieron reiteradamente a los militares para garantizar el orden interno, ubicándolos, finalmente, como “árbitros naturales del proceso político” (Potash 1981a, 402).

Pero, ¿cómo se llegó a este punto de “no retorno”? y ¿cuáles fueron, en específico, los modos de relación que establecieron las élites políticas e intelectuales con la Iglesia y los militares durante la formación del Estado nación? Más aún, ¿cómo influyeron estos vínculos en la circunscripción de los límites de la tolerancia social en el largo plazo?

¹⁷¹ “La realidad social constituida por el aluvión inmigratorio incorporado a la sociedad criolla adquirió caracteres de conglomerado, esto es, de masa informe, no definida en las relaciones entre sus partes ni en los caracteres del conjunto” (Romero 2010, 179). Su contacto implicó un conjunto de redefiniciones recíprocas.

Interrogantes que versan, claro está, sobre procesos íntimamente conectados entre sí, pero no exentos de profundas contradicciones.

1. (c) El nacimiento de una alianza: las élites, la Iglesia y los militares en la formación de la nación

Tras la emancipación de la Corona española el incipiente Estado argentino se propuso dismantelar las instituciones católicas heredadas del Imperio y reemplazarlas por instituciones políticas¹⁷². Conforme a la experiencia latinoamericana –aunque de manera diferente que en Brasil donde el catolicismo se mantuvo como religión oficial de Estado tras su independencia de Portugal hasta 1889–, desde la Revolución de Mayo se discutió el Real Patronato español y se reclamó su transferencia a las nuevas autoridades políticas asentadas en Buenos Aires como parte sustancial del reconocimiento de su soberanía. A su vez, tras la proclamación de la independencia en 1816, los caudillos provinciales usaron frecuentemente la religión católica para enfrentar a la élite porteña liberal y legitimar su posición durante las guerras civiles que atravesaron la primera parte del siglo XIX (De Marco 2000). Fue recién a mediados de ese siglo que Argentina se embarcó camino al “orden y el progreso” bajo la dirección de la hegemonía liberal con la voluntad de establecer la unión nacional (Oszlak 2014; Romero 2010; Fausto y Devoto 2005). Y, si bien la élite fundacional procuró instaurar un Estado laico, le reconocía a la religión católica un valor “civilizador” e importantes funciones sociales en las provincias del “interior” donde, a diferencia de Brasil, había logrado penetrar en los sectores populares¹⁷³ (Fausto y Devoto 2005). De allí que para las élites liberales la relación con la Iglesia tuviera un sentido “pragmático e instrumental”: si la Iglesia controlaba las conciencias de los hombres entonces el Estado debía controlar a la Iglesia (Oszlak 2014, 153). Así, desde sus orígenes, la constitución de la comunidad nacional argentina estuvo estrechamente ligada a organizaciones, instituciones y representaciones del mundo católico (Mallimaci y Levita 2017; Lida 2015; Ghio 2007; Mallimaci, Cucchetti y

¹⁷² Las élites liberales consideraban las instituciones coloniales e hispanoamericanas, incluida la Iglesia, un obstáculo para el desarrollo de la civilización (Oszlak 2014).

¹⁷³ Los especialistas estiman que a mediados de siglo la Iglesia tenía mayor influencia social en los sectores populares y menor influencia política sobre las élites que en Brasil. Si bien en las zonas rurales del litoral argentino la figura del sacerdote era prácticamente inexistente (las creencias gauchas estaban lejos de cualquier doctrina religiosa) en el interior más densamente poblado logró mayor penetración. Aunque, tal como en Brasil, el catolicismo no constituía en la época una religión hegemónica. Con excepción de Córdoba, la Iglesia estaba fuertemente debilitada. Sobre todo, luego de los acontecimientos que le siguieron a la Revolución de Mayo y la independencia (Fausto y Devoto 2005, 125-128). Sobre la influencia de la Iglesia Católica durante la primera parte del siglo XIX se puede consultar Miranda Lida (2015).

Donatello 2006) que entraron en conflicto, en ciertas oportunidades, con la voluntad hegemónica del Estado.

Conforme a la tendencia del pensamiento católico regional¹⁷⁴, se pueden identificar dos etapas más importantes en la vinculación entre la Iglesia y el Estado que contribuyeron a la formación de la nación argentina: la que va desde 1850 hasta 1880/90 marcada por la existencia de una Iglesia debilitada frente a la vocación secular del Estado¹⁷⁵ y la que se inicia con los procesos de democratización de fines de siglo XIX (1890) y se consagra con el golpe militar de 1930, en que la Iglesia emerge como un grupo de poder político fundamental (Mallimaci y Levita 2017; Lida 2015; Ghio 2007).

Respecto de la primera etapa (1850-1880/90) estuvo marcada por una relación “ambigua” y, en instancias, “conflictiva” entre una élite política liberal y pragmática y una Iglesia debilitada, tanto por las guerras que le siguieron a la independencia como por las políticas seculares impulsadas desde el Estado, que no lograba adecuarse a los cambios del “progreso” (Lida 2015; Ghio 2007). La vaguedad que caracterizó este vínculo durante la segunda mitad del siglo XIX se encontraba ya en la Constitución Nacional de 1853 que, por un lado, reafirmaba el patronato en el Estado y, por otro, buscaba llegar a un *modus vivendi* que impidiera la extensión de los conflictos políticos que habían marcado las primeras décadas de ese siglo (De Marco 2000, 26-27). Por ejemplo, el Estado no adoptaba la religión católica pero se obligaba a “prestarle sostén” (Constitución Nacional 1853, artículo 2); establecía que el presidente y el vicepresidente de la nación debían “pertenecer a la comunión Católica Apostólica Romana” (Constitución Nacional 1853 artículo 76) pero proclamaba la libertad de culto (Constitución Nacional 1853, artículo 14) –una pieza fundamental para el éxito del proyecto inmigratorio– y le asignaba al Congreso la facultad de aprobar o desaprobar concordatos con Roma y admitir nuevas órdenes religiosas en el territorio (Constitución Nacional 1853, artículo 86, inciso 20) (Sampay 1975, 341-372).

Una de las primeras tensiones entre el Estado y la Iglesia se manifestó durante el gobierno de Julio A. Roca (1880-1886) que, con la intención de consolidar el proyecto nacional de “orden y progreso”, intentó profundizar las reformas de orientación liberal.

¹⁷⁴ Sin desconocer la heterogeneidad y complejidad de la Iglesia y sus corrientes, los próximos párrafos recogen las tendencias dominantes en cada período según los especialistas.

¹⁷⁵ En este contexto el vaticano impulsa una política de centralización, conocida como “romanización”, que busca restaurar las jerarquías institucionales y los ordenamientos ortodoxos y expandir el dogma católico en América Latina. Tanto Miranda Lida (2015) como José María Ghio (2007) analizan su impacto en Argentina en particular.

En particular, tras el Congreso Nacional Pedagógico (1882) resolvió remover la instrucción religiosa de las escuelas (ley 1420 de “educación común” de 1884) y desarrolló un programa de reforma educativa para uniformizar el heterogéneo mapa social de finales de siglo XIX. En este contexto, se abrió un intenso debate tanto en el ámbito legislativo como en la prensa en torno al rol que debía ocupar el catolicismo en la vida social y política, lo que forzó a la Iglesia a tomar un rol más activo dentro del ámbito de social: la Iglesia se propuso extender la religión, llegar a los sectores populares y atender la emergente “cuestión social”¹⁷⁶. Producto de ello fue, por ejemplo, el desarrollo de una prensa católica que emuló a la prensa política del período y el llamado a sus fieles a participar activamente del ámbito político (Lida 2015, 28). Si bien esta nueva posición dio lugar a diferentes corrientes (más o menos populares, elitista u ortodoxas), en general, todas ellas leyeron los cambios sociales y políticos que tuvieron lugar durante la transición al siglo XX (1890-1910) como una gran crisis moral frente a la que la Iglesia tenía el deber de actuar con el común objeto “recristianizar a la sociedad y el Estado” (Ghio 2007, 39).

Así, se abrió la segunda etapa en la relación entre la Iglesia y el Estado (1890-1930). Estuvo caracterizada principalmente por su asociación con la nación y la emergencia del catolicismo ortodoxo como un “actor político central” (Mallimaci y Levita 2017; Lida 2015; Ghio 2007; Zanatta 1996). En concreto, entre 1890 y 1900 el debilitamiento de la oligarquía liberal, la marcada segmentación social y los conflictos entre las clases sociales cada vez más agudos convirtieron la idea de vincular la nación con el catolicismo en una oportunidad excepcional para amalgamar la heterogénea sociedad argentina. Conforme a la experiencia europea, este vínculo se podía hallar en sintonía tanto con la expansión del “imperialismo y la xenofobia” como con la integración cultural, social y política (Lida 2015, 57-58). De esta manera, durante las primeras tres décadas del siglo XX la Iglesia construyó un discurso que combinó elementos populares con formas militantes con el que procuró cristianizar todos los ámbitos de la vida moderna (desde el tiempo de ocio, el turismo, el consumo y los deportes de masas hasta las formas de hacer política), interpelar al Estado y combatir tanto al liberalismo y al anarquismo como al comunismo y al socialismo (Lida 2015; Ghio 2007). En este marco, los

¹⁷⁶ En referencia a los problemas sociales derivados de los procesos de urbanización e industrialización del siglo XIX, como la pobreza, marginalidad y las condiciones y calidad de vida (vivienda, salud, empleo, salubridad, educación) de los trabajadores en particular, así como la formación de organizaciones de defensa de los intereses obreros. Sobre la “cuestión social” en Argentina entre fines de siglo XIX y mediados del XX se sugiere la compilación de Juan Suriano (2000).

movimientos y las élites de raíz nacionalista¹⁷⁷ y el Ejército se le presentaron como socios indispensables para la fusión de la “nación católica” (Zanatta 1999, 1996).

En cuanto al acercamiento entre la Iglesia y el nacionalismo, uno de sus enclaves fundamentales lo constituyeron los círculos obreros católicos¹⁷⁸ (Lida 2015; Ghio 2007). Su composición interclasista, su extensión territorial, sus estrechos vínculos con el poder político y el respaldo de los sectores dirigentes, les permitió conjugar los intereses de las jerarquías eclesiásticas con la retórica popular –aunque no clasista– y los modales burgueses. Asimismo, fueron exitosos en la interpelación de las mujeres y los inmigrantes –dos de los mayores grupos excluidos hacia principios del siglo XX– a través de la labor socialcristiana femenina, la colaboración con organizaciones de mujeres trabajadoras y, en distinta medida, las “agencias de colocaciones” que asistía a los recién llegados en la búsqueda de empleo (Lida 2015, 70). Igualmente, la labor de los círculos estuvo acompañada por la expansión de las parroquias y el desarrollo de organizaciones, grupos e instituciones abocadas al proceso socializador como los clubes, las sociedades de beneficencia, las escuelas, la prensa y la radio, que contribuyeron a acercar la moral católica, resignificar los símbolos religiosos en clave nacional y aglutinar bajo la “amplia égida de un catolicismo argentino” (Mallimaci y Levita 2017, 65) a los sectores populares, la clase obrera y a los inmigrantes. De esta manera, durante las primeras décadas del siglo XX se asistió al nacimiento de una especie de “catolicismo de masas” (Lida 2015, 65) ampliamente movilizado que terminó por desbordar la propia jerarquía eclesiástica¹⁷⁹. En concreto, tras el triunfo del primer gobierno democrático en 1916¹⁸⁰ cobró fuerza una

¹⁷⁷ En Argentina el nacionalismo tomó la forma de un movimiento heterogéneo y ramificado cuyo núcleo común es la exaltación de los atributos de la nación, la reinterpretación de la historia en clave local, la oposición a organizaciones internacionales que consideran “extranjerizantes” y, en general, la mayor intervención del Estado en economía (Zuleta Álvarez 2001; Barbero y Devoto 1983). Este punto se desarrolla en el capítulo III, apartado 1.

¹⁷⁸ La Federación de Círculos Católicos de Obreros se fundó en 1892 de la mano de Federico Grote. Entre 1900 y 1914, en el contexto de difusión del cooperativismo, afianzaron su presencia en el territorio nacional y contribuyeron a atender la emergente “cuestión social”. Sin embargo, no se desconoce que la fragmentación del catolicismo, la presencia de otras organizaciones destinadas a cristianizar a la sociedad además del contexto sociopolítico de principios de siglo le impuso limitaciones a su expansión. Consultar Miranda Lida (2015, 66-73).

¹⁷⁹ Durante 1920 proliferaron organizaciones católicas de diferentes orientación política e integración social que pusieron en cuestionamiento la capacidad de las jerarquías para dirigir el clero (Lida 2015; Ghio 2007; Mallimaci, Cuchetti y Donatello, 2006).

¹⁸⁰ La salida política a la “cuestión democrática” que agitó la sociedad a inicios de siglo XX se logró, aunque parcialmente, con el ascenso del Partido Radical en 1916. En su origen, el gobierno de Yrigoyen logró canalizar las distintas demandas sociales y homogeneizar, en distinta medida, la fragmentada sociedad (sobre todo a través de la naturalización de los inmigrantes, la extensión de la educación y del Ejército) (Romero 2010; Potash 1981a). Para una representación del rol de los gobiernos radicales entre 1890 y 1930 se sugiere David Rock (1975).

juventud católica intelectual y un clero nacional que buscó difundir la doctrina ortodoxa como antídoto a la reciente incursión política de los sectores populares, además de la persistencia de las ideas comunistas, socialistas, anarquistas y liberales. Así –y tal como sucederá en mayor escala en Brasil (Trinidad 1973)–, durante 1920 esta nueva juventud intelectual se tornó cada vez más militante y dio inicio a “una especie de fascismo como alternativa a la «decadente» democracia liberal” (Ghio 2007, 59). Producto de ello fueron, por ejemplo, la creación de los Cursos de Cultura Católica durante 1920 y la Acción Católica Argentina¹⁸¹ durante 1931, que procuraron cohesionar al laicado católico y supeditarlos a la jerarquía eclesiástica.

En este sentido, si bien desde inicios de siglo XX la presencia de una Iglesia predominantemente nacionalista contribuyó a dotar de contenido a las versiones elitistas, autoritarias y restauradoras de la historia argentina cuyo momento culminante fue la última dictadura militar (Canelo 2016; Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, Mallimaci 1996), la religión católica también penetró en el ámbito popular (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 161). En esta dirección, organizó una serie de movimientos “de los trabajadores”, “del pueblo”, “peronistas”, “auténticos”, “revolucionarios” que dieron lugar a diferentes modalidades de acción y formas de articulación entre lo católico y lo nacional. Y, si bien dichos movimientos se enfrentaron muchas veces entre sí y con la ortodoxia compartieron una común matriz integralista¹⁸², nacionalista, y antiliberal (Mallimaci y Levita 2017; Lida 2015; Ghio 2007). De allí que el catolicismo argentino haya sido desde sus inicios difícilmente reductible a categorías ideológicas o posiciones políticas precisas y estables y haya penetrado con mayor éxito que en Brasil en la “nación”, la “patria” y el “pueblo”¹⁸³ para legitimar acciones que, a primera vista,

¹⁸¹ Al adoptar un esquema centralizado de poder, subordinó las iniciativas a la autoridad de los obispos y terminó con la autonomía de las organizaciones laicales. Se trata de una organización central del catolicismo integral argentino. Sobre la Acción Católica se puede consultar, entre otros, José María Ghio (2007, 97-104).

¹⁸² El catolicismo integral surge como una reacción del Vaticano a los cambios de la modernidad y de la economía capitalista. Su objeto es “cristianizar el mundo”. Se caracteriza por su antiliberalismo político, anticomunismo, antimarxismo y anticapitalismo; tiene una mirada orgánica de la sociedad. En Argentina, y también en Brasil, se expresa a partir de la década de 1920 y 1930. Tiene dos vertientes principales, una “ortodoxa” más preocupada por la difusión del evangelio y otra “social” que procura no solo su difusión sino llevar los principios de la doctrina social católica a la práctica (Ghio 2007). Ambas han creado diversas formas de asociacionismo (ver capítulo III). Sobre el catolicismo integral argentino a partir de 1930 consultar Miranda Lida (2011).

¹⁸³ Si bien este punto será retomado en el capítulo III, un análisis exhaustivo del vínculo entre la Iglesia, el catolicismo, las élites y el peronismo excede el marco de esta tesis. Entre otros, para una mirada sobre los vínculos entre religión-élites; religión-guerrilla, se pueden consultar los trabajos de Luis Miguel Donatello (2011, 2008). Sobre catolicismo y peronismo los influyentes estudios de Loris Zanatta (1999, 1996) y Susana Bianchi (1994). En lo que sigue, la tesis sugiere otras referencias específicas al pie.

parecieron contrapuestas (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006). Así, durante el siglo XX “ya no se discutirá si debe haber o no relación” entre religión y política sino el tipo de relación que deberá “armonizar” su encuentro (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 160-161).

En lo que respecta a los vínculos entre la Iglesia y el Ejército encontró su primera expresión en 1930. Hasta entonces, la Armada se profesionalizó a la par de la consolidación estatal¹⁸⁴ (Oszlak 2014; Fausto y Devoto 2005; Potash 1981a). En concreto, durante la segunda presidencia de Roca (1889-1904) el gobierno llevó adelante un conjunto de reformas organizativas que modificaron profundamente el carácter del cuerpo. Entre ellas, la introducción del servicio militar (conocida como Ley Ricchieri, 1901), la creación de la Escuela Superior de Guerra (1900) y nuevos esquemas de formación, reclutamiento y ascenso. Tal como en Brasil, durante los primeros años del siglo XX los gobiernos se esforzaron en incorporar a la ciudadanía a las Fuerzas Armadas, aunque, a diferencia de la experiencia brasileña, este proceso fue más profundo. En Argentina, la élite vislumbró en la prestación del servicio obligatorio y en la carrera militar uno de los instrumentos más importantes para favorecer la integración nacional y, en especial, el ascenso social de los hijos de la amplia población inmigrante llegada al país desde finales de siglo XIX (Fausto y Devoto 2005, 207-208). Si en 1914 solo alrededor del 21% de los generales del Ejército eran descendientes de inmigrantes, entre 1916 y 1928, la cifra ascendió al 40% (Fausto y Devoto 2005, 206). En esta dirección, durante las presidencias radicales¹⁸⁵ (1916-1930) el Ejército presenció un enorme crecimiento de sus filas y de los gastos destinados desde el Estado. No obstante, ello no estuvo necesariamente acompañado por un mayor apoyo hacia sus gobiernos, sobre todo, a los de Hipólito Yrigoyen (1916-1922; 1928-1930, año en que es depuesto)¹⁸⁶. Los militares generalmente denostaron el carácter popular del radicalismo yrigoyenista, su tolerancia hacia las actividades vinculadas con los movimientos de los trabajadores (en general, anarquistas, comunistas y socialistas), su uso del Ejército para el resguardo del orden interno y en las intervenciones federales a las provincias para facilitar la ocupación

¹⁸⁴ Entre 1860 y 1890 estuvo formado por una masa de “soldados voluntario enganchados, delincuentes de menor cuantía y reclutas involuntarios” (Potash 1981a,16).

¹⁸⁵ Durante dicho período gobernó, Hipólito Yrigoyen (primer mandato, 1916-1922; segundo mandato, 1928-1930) y Marcelo Torcuato de Alvear (1922-1928). La diferencia entre estos liderazgos y las élites que representaron provocaron una ruptura hacia el interior del partido entre el ala yrigoyenista de carácter personalista y popular y la antiyrigoyenista de carácter elitista. Esta tensión sería, en cierta medida, explotada por la división entre “peronistas y antiperonistas” (Romero 2010).

¹⁸⁶ Sobre la relación entre los militares y los gobiernos radicales ver Robert Potash (1981).

de los gobiernos locales a los dirigentes radicales, además de la creciente vocación política y el deterioro generalizado de la obediencia entre sus filas (Oszlak 2014; Fausto y Devoto 2005; Potash 1981a). Tal como la Iglesia y las élites conservadoras y/o “antiyrigoyenitas”, la cúpula militar encontraba en el yrigoyenismo el avance de la crisis moral, social y política que atravesaba el país desde inicios del nuevo siglo. En este contexto, durante el segundo gobierno de Yrigoyen en específico, los militares se aliaron con las élites opositoras y la Iglesia para formar parte de las heterogéneas fuerzas que articularon el golpe de 1930. En cuanto a las élites, apelaron al Ejército “para que resolviese mediante la fuerza un problema que ellos no habrían podido solucionar utilizando medios constitucionales” (Potash 1981a, 402-403). Respecto de la Iglesia, se alió a las Fuerzas Armadas bajo el común objeto de defender el “bien común, la Patria, la identidad nacional, [el] orden y [las] jerarquías” (Mallimaci 1996, 197).

Entre otras lecturas, el golpe cívico-militar de 1930 significó el cuestionamiento del imaginario liberal y la emergencia de unas Fuerzas Armadas que pasaron de ser un “riñón” burocrático del Estado a grupo de poder político relevante y creíble y que, junto con la Iglesia y distintos sectores civiles, procuraron imponer y garantizar desde entonces un “nuevo orden social” (Cucchetti, Donatello y Mallimaci 2006, 6). De esta manera, lejos de la experiencia brasileña en que los militares tendieron a ser más autónomos respecto del catolicismo y mayormente críticos de la gestión política (Carvalho 2006, 2005; Lamounier 2006; Fausto 2001), las Fuerzas Armadas se alzaron en una alianza estratégica con la Iglesia “que marcará a fuego la vida futura de la sociedad y el catolicismo en la Argentina” (Mallimaci 1996, 197). De allí que los especialistas coincidan en adjudicarle a los autoritarismos locales del siglo XX el nombre de “cívico-militares-religiosos” (Cucchetti, Donatello y Mallimaci 2006; Mallimaci 1996; Zanatta 1996).

De este modo, ambas corporaciones, la Iglesia “militarizada” y el Ejército “cristianizado” (Ghio 2007; Cucchetti, Donatello y Mallimaci 2006; Mallimaci 1996; Zanatta 1996), “autopercibiéndose como la encarnación de una nacionalidad agredida (...) anterior a la patria misma” (Ghio 2007, 63) constituirán las instituciones visibles desde donde se procurará, una y otra vez, “refundar”, “normalizar” y “reorganizar” la estructura de la sociedad y del Estado. Para ello, también habrá una élite profundamente enfrentada al liberalismo y al socialismo (Mallimaci y Levita 2017; Cucchetti, Donatello y Mallimaci 2006; Mallimaci 1996) con la que compartirán, en determinados momentos,

intereses comunes (Mallimaci y Levita 2017, 65). Pero también habrá unos movimientos sociales más fuertes e intransigentes que los brasileños que le impondrán límites a la voluntad totalizadora de dicha alianza en el poder.

1. (d) Organizaciones sociales y partidos políticos: entre la crítica y el combate

Podría decirse que, si la Batalla de Caseros constituyó un hito fundamental para la unión del Estado argentino, la crisis económica de 1890¹⁸⁷ lo fue para organización de la sociedad. En especial, porque la grave situación económica terminó por generar el terreno propicio y los ánimos necesarios para que aquel pueblo “divorciado de su gobierno (...) excluido de la vida pública, expulsado del terreno de la Constitución” (Mitre 1890¹⁸⁸) se organizara en la lucha (Romero 2010; Botana 1986).

Valga un breve repaso: entre 1860 y 1880 prevaleció una élite política nacional de carácter liberal, republicano y “pragmático”, principalmente orientada a garantizar la unión nacional a través del “orden y el progreso”. Constituido el orden y habiendo recogido los primeros frutos del progreso, para 1880 dicha élite fue progresivamente reemplazada por una oligarquía conservadora, capitalista, poseedora de los bienes de producción y explotadora de las fuerzas sociales para “su propio enriquecimiento personal” (Romero 2010, 195). A igual tiempo, durante esos años la sociedad emergente del proyecto inmigratorio se integró en amplios sectores populares y medios, mayormente urbanos, que desarrollaron una identidad propia y una conciencia clara de su posición y sus posibilidades expresadas en nuevas formas de sociabilidad que pusieron en jaque las tradicionales relaciones sociales¹⁸⁹ (Zimmerman 2000, 145).

Ahora bien, cuando entre 1889 y 1890 los problemas económicos del capitalismo internacional se hicieron sentir en la región, la política económica de la oligarquía nacional terminó por degradar las condiciones de vida de las nacientes clases medias, sumió a los sectores populares en la miseria y exacerbó el malestar de la gran “masa”

¹⁸⁷ Entre 1889 y 1890 se cernió sobre el país una fuerte crisis financiera y fiscal que se proyectó en la vida política y contribuyó a generar las condiciones necesarias para la revolución de 1890. Tras la gestión del presidente Carlos Pellegrini (1890-1892), la situación económica logró estabilizarse hasta la década de 1920 (Romero 2010, 178-179). Sobre el gobierno de Julio A. Roca y Miguel Juárez Celman consultar José L. Romero (2010, 184-205).

¹⁸⁸ Discurso del expresidente de la Nación, Bartolomé Mitre, en el marco del mitin fundacional de la Unión Cívica que tuvo lugar el 13 de abril de 1890. La convocatoria reunió a la mayor parte de los sectores opuestos al gobierno, independientemente de su orientación política. Para un breve *racconto* consultar José L. Romero (2010, 211-244).

¹⁸⁹ La estructura social basada en dos clases rígidamente polarizadas (patrón-obrero) era progresivamente superada por el desarrollo de sectores medios en las áreas urbanas y rurales y por los diversos procesos de movilidad social que evidenciaban la emergencia de una sociedad más compleja (Zimmerman 2000, 145).

excluida de la vida política¹⁹⁰ (Romero 2010; Fausto y Devoto 2005; Zimmerman 2000; Botana 1986). Así, se generó un espacio fértil para el “definitivo” despertar de una conciencia social fuertemente crítica al orden establecido con núcleo principal en la ciudad de Buenos Aires (Godio 1972), especialmente canalizada por el movimiento obrero urbano (integrado por sindicatos y federaciones anarquistas, comunistas, socialistas y católicas¹⁹¹) y de trabajadores (marítimos y ferroviarios), además del rural¹⁹² (inspirados en la revolución urbana), y la creación de nuevos partidos políticos representantes de la emergente clase media y de los sectores populares urbanos¹⁹³ (especialmente, la Unión Cívica Radical y, en menor medida, el Partido Socialista). Esta capacidad organizativa de la sociedad fue favorecida, tal como en Brasil, por la experiencia y la mayor conciencia de los inmigrantes europeos llegados al país respecto de sus derechos laborales e impulsada —a diferencia de ese país donde, además, la libertad de asociación estuvo prohibida hasta 1891¹⁹⁴— por su mayor proporción y comparativo temprano reconocimiento de los derechos y libertades civiles sancionados en el capítulo II de la Constitución Nacional de 1853¹⁹⁵. Todo ello confluyó en una sociedad civil de

¹⁹⁰ Hasta fines del siglo XIX, las jornadas laborales masculinas eran extensísimas (entre 12 y 14 horas diarias), sin descanso semanal y con salarios mínimos y las condiciones de trabajo y explotación femenina e infantil eran peores. Dichos sectores no contaban con derecho alguno (por ejemplo, la vejez, el embarazo, la discapacidad o los accidentes de trabajo no tenían protección ni resarcimiento alguno). Además, el trato de los capataces y patrones era despótico y, en caso de reclamos, intercedían a través de la violencia privada o la represión policial (Zimmerman 2000).

¹⁹¹ Entre las que cabe destacar la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) de tendencia anarquista, la Unión General de Trabajadores (UGT), socialista, y los Círculos Católicos Obreros bajo las consignas de la encíclica *Rerum Novarum*. Sobre la encíclica y su influencia en los intelectuales católicos de 1930 se puede consultar Olga Echeverría (2002).

¹⁹² Los movimientos rurales en Argentina fueron más débiles que los urbanos y respecto de los “países coloniales, semi-coloniales y dependientes”. Por un lado, debido a que la estructura poblacional y ocupacional se concentró en las grandes ciudades. A fines de siglo XIX, Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, el sur de Córdoba y La Pampa sumaban alrededor del 70% de la población total del país. Por otro lado, las características generales del campo “excluían” la posibilidad de que dicha clase se constituyera en un eje principal de conflictos (entre otras razones por el tipo de capitalismo agrario, la inmigración y la inexistencia de restos feudales) (Godio 1972, 38-39).

¹⁹³ Los sectores populares se organizaron a través de sindicatos de inspiración anarquista, comunista y socialista de tendencia corporativista, lo que dificultó la búsqueda y la consolidación de alianzas masivas (especialmente, con radicalismo) a principios de siglo (Godio 1972, 39-40). Esta tendencia será revertida en cierta medida con el debilitamiento del anarquismo y los vínculos entre el movimiento obrero y el peronismo (Fausto y Devoto 2005, 189).

¹⁹⁴ La Constitución de 1824 vigente durante el Imperio del Brasil (1824-1889) no reconocía la libertad de asociación. En su artículo 179, inciso 25 “vedaba expresamente esa posibilidad, al determinar que «quedan abolidas las corporaciones de oficio, sus jueces, escribanos y maestros»” (Queiroz 2012, 16-17).

¹⁹⁵ Capítulo II, artículo 16: “Todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos bajo las leyes que regulan su ejercicio; a saber: para trabajar y ejecutar cualquier industria lícita; de navegación y comercio; solicitar a las autoridades; a entrar, permanecer, pasar y salir del territorio argentino; para publicar sus ideas a través de la prensa sin censura previa; de usar y disponer de su propiedad; la asociación con fines útiles; practicar libremente su religión; de enseñanza y aprendizaje” (Constitución de la Nación Argentina 1853 citada en Sampay 1975, 343)

carácter más “secular” y autónoma respecto del Estado que la brasileña, pero también, más contestaria, violenta y agresiva (O’Donnell 2014b; Palermo 2009; Fausto y Devoto 2005; Rock y Santos 1975), frente a unos sectores dominantes también más represivos (Fausto y Devoto 2005, 187). En este escenario, durante y desde la transición al siglo XX, la presión organizativa y la represión gubernamental se hicieron sentir en el seno de toda la sociedad.

En concreto, a fines de la década de 1880 y durante la década de 1890 tuvo lugar un movimiento huelguístico que creó las condiciones para la formación del movimiento sindical argentino: se constituyeron 19 sociedades obreras (que se sumaron a la ya existente Sociedad Tipográfica Bonaerense y la Sociedad Unión de Cigarreros en 1879) (Godio 1972, 61-65) y un estimado de 50 sociedades de resistencia (Godio 1972, 106-107). Igualmente, entre 1903 y 1904 –aún en el contexto de la Ley de Residencia¹⁹⁶ para controlar los movimientos de resistencia–, la Unión General de Trabajadores (UGT, creada en 1902) y la Federación Obrera Argentina (FOA, creada en 1901) experimentaron un crecimiento de sus afiliados de alrededor del 400%. La UGT pasó de reunir a 19 sociedades con 1.780 afiliados en total, a 43 sociedades con 7.400 afiliados (es decir, un 415% más) mientras que la FOA (que en 1904 cambió su nombre a Federación Obrera Regional Argentina, FORA) pasó de representar 27 sindicatos con un total de 7.600 afiliados a 66 con 32.893 afiliados en total (es decir, un aumento del 432% de sus miembros) (Zimmerman 2000, 143-144; Hall y Spalding 2000, 300).

Así, durante la transición al siglo XX se asistió al nacimiento de uno de los movimientos obreros más organizados y combativos de América Latina (Palermo 2009; Hall y Spalding 2000; Rock y Santos 1975) y al aumento y recrudecimiento de la agitación obrera. Como ilustra el gráfico 7, entre las dos grandes movilizaciones de los años 1890 y 1910 que marcaron la transición al siglo XX, las huelgas totales en Argentina crecieron sostenida y progresivamente a medida que se acercó el centenario (Godio 2000). Pasaron de un total de 76 huelgas entre 1891 y 1896, a 168 entre 1901 y 1904 y, 890, entre 1906 y 1909/10, es decir que, si se lo compara con el período inmediatamente anterior, se quintuplicaron –a lo que hay que agregar que alrededor del 80% de las huelgas durante la segunda mitad de la década de 1900 tuvieron lugar en la Ciudad de Buenos

¹⁹⁶ La ley sancionada en 1902, otorgaba al Poder Ejecutivo facultades para expulsar a los extranjeros cuya conducta comprometiera la seguridad nacional o perturbaba el orden público.

Aires—. En contrapartida, los gobiernos ampliaron las medidas restrictivas¹⁹⁷ y los sectores nacionalistas, de carácter conservador y reaccionario (como los mencionados círculos católicos, la jerarquía eclesiástica y los sectores militares dominantes de los que se desprendió la Liga Patriótica Argentina¹⁹⁸), se (re)organizaron para dar cauce a lo que por entonces era percibido como una crisis moral, social y política en ciernes.

En este marco, tuvo lugar uno de los episodios “más violentos de su género” que ha ocupado, además, un lugar “destacado en el conjunto de mitos históricos” (Rock y Santos 1975, 165) y que contribuye a diferenciar la experiencia argentina de la brasileña, es concreto, la llamada Semana Trágica¹⁹⁹ (1919). En específico, su desarrollo y resultados pusieron de manifiesto la existencia de una clase operaria “más agresiva”, una organización sindical “más fuerte” y menos propensa a la conciliación, “una mayor carga represiva de parte de los sectores dominantes de la sociedad y del Estado” (Fausto y Devoto 2005, 187-188) y una mayor radicalización de los grupos involucrados manifestada, por ejemplo, en la reacción “patriótica” que le siguió a la Semana Trágica, (Rock y Santos 1975, 166-167) que en Brasil. En especial, si se la contrasta con la huelga general ocurrida en San Pablo en 1917²⁰⁰ (habitualmente analizada a la luz del caso argentino), menos violenta y represiva, cuyos grupos dominantes manifestaron una mayor propensión a la conciliación y una menor tendencia hacia la radicalización (Fausto y Devoto 2005, 188; Trinidad 1973).

En concreto porque, como mostraré el apartado 2 de este capítulo y el siguiente, la frágil capacidad organizativa de la sociedad brasileña caracterizada por la existencia

¹⁹⁷ La llamada Ley de Defensa Social (ley 7.029 de 1910) extremaba las medidas contra los obreros organizados. Su inmediata sanción surgió en respuesta a un atentado anarquista contra el jefe de la policía y luego de que una bomba estallara en el Teatro Colón. Igualmente, entre 1902 y 1910 se decretó cinco veces el estado de sitio, durante los que no se permitió ninguna rebelión obrera, se prohibieron los diarios y periódicos de la clase trabajadora y se reprimió cualquier tipo de protesta social.

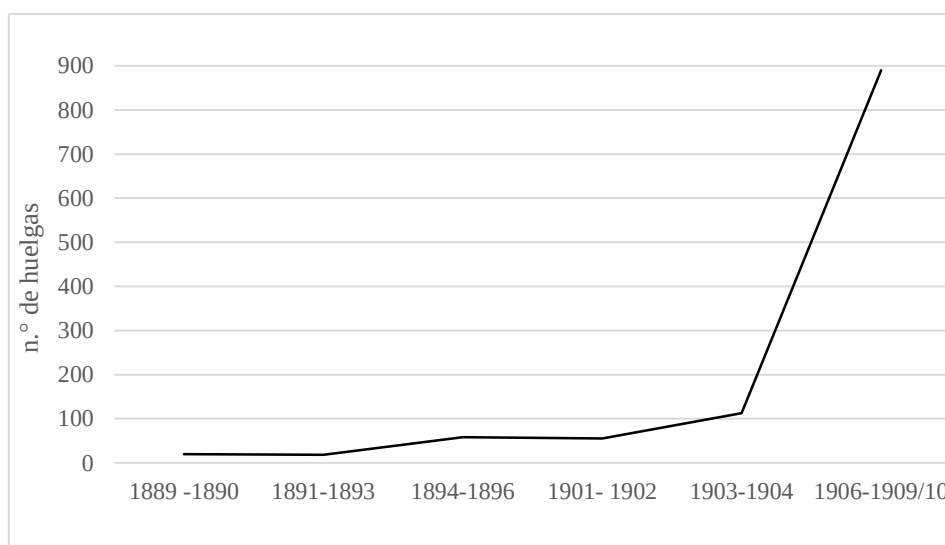
¹⁹⁸ Una asociación integrada por, jóvenes intelectuales, grupos paramilitares, sectores católicos y las élites conservadoras que procuraron “defender la nacionalidad” frente los peligros “disolventes” que la afectaban. Consultar Ana L. Romero (2020).

¹⁹⁹ Se trató de una extensa huelga, organizada por la FORA en las instalaciones de las industrias Vasena en reclamo de mejores condiciones laborales. Tras la intransigencia patronal y de la FORA, la el conflicto escaló en una sucesión de revueltas espontáneas y derivó en una abierta represión de parte de grupos paramilitares, la policía y el ejército. Se trató de uno de los acontecimientos más violentos de la historia de la clase trabajadora. Para un análisis ver David Rock y Mario dos Santos (1975).

²⁰⁰ Se trató de una huelga organizada por anarquistas, especialmente vehiculizada por la Confederación Obrera Brasileña (COB), en reclamo por el aumento del costo de vida y la suba de los salarios del sector textil en San Pablo (que luego se extendió a otras ciudades). Contó con una inmensa participación y mantuvo a la ciudad en un estado de “anarquía generalizada” (el comercio cerró, los transportes se pararon y el gobierno no logró dominar el movimiento por la fuerza) durante una semana. La huelga culminó con un acuerdo entre las autoridades, los trabajadores y las organizaciones industriales, en que los dirigentes de los principales diarios tuvieron un rol mediador muy importante (Fausto y Devoto 2005, 188).

de un sistema de relaciones sociales de extrema dependencia (Hasenbalg 2018, 2005; Telles 2006) fue acentuada por la limitación, represión e incluso prohibición de la organización social y la acción colectiva de los grupos opositores (Fausto y Devoto 2005; Carvalho 1995; Fausto 1995; Di Tella 1993). Y, si bien en Argentina también se practicaron medidas tendientes a restringir la autonomía y el activismo social de parte de los gobiernos de turno, y también existió un vasto sector popular no organizado (a menudo migrantes internos poco calificados carentes de protección estatal o sindical) y otro sindicalizado y propenso a la “conciliación de clases” (los primeros gobiernos peronistas darán cuenta de ello) (Fausto y Devoto 2005, 189; Di Tella 1993, 99), puede decirse que los mecanismos estatales de dominación social fueron mucho menos exitosos que en Brasil. Lo que explicaría, en buena medida, el activo, continuo y extensivo cuestionamiento al orden en general y la mayor indisciplina de sus organizaciones sociales en particular.

Gráfico 7. Argentina. Huelgas estimadas entre 1881 y 1910



Fuente: Julio Godio (2001, 106, 138, 152)

Nota: las series completas disponibles son oficiales a partir de 1907 pero limitadas a la Capital Federal. Los datos provinciales son estimaciones de Julio Godio (2000). No se dispone de estimaciones para los años entre 1897 y 1900, ni para 1905. El período 1906-1909/10 está constituido por la suma de las huelgas que tuvieron lugar en las provincias entre 1906 y 1909 (que sin contar la Ciudad de Buenos Aires son 105) y las huelgas que tuvieron lugar en la Ciudad de Buenos Aires en el período 1907-1910 que son 785, de allí el total de 890. La mayor cantidad de huelgas en el período 1890-1910 estuvo concentrada en Capital Federal, entre un mínimo de 46% (a inicios del 1900) y un máximo de 86% entre 1906-1910. Si bien se trata de estimaciones, contribuyen a ilustrar el crecimiento de la actividad huelguística en el país.

En cuanto al origen de los partidos políticos, en términos generales siguieron una trayectoria similar a la de los partidos latinoamericanos y, en distinta medida, brasileños.

Esto es, partidos representantes de los intereses de las élites políticas de turno durante el siglo XIX y emergencia de partidos representantes de los intereses de las clases medias y de los trabajadores (generalmente asociados con los “partidos de masas”) entre inicios y mediados de siglo XX; aunque claro, la fortaleza, integración y duración de sus respectivas organizaciones difirió. En Argentina, los partidos predominantes durante el siglo XIX tendieron a reproducir la fractura política fundacional (“ciudad/puerto - provincia/interior”, habitualmente vinculada con “unitarios - federales”). Ello se reflejó en la predominancia del Partido Liberal, representante de los intereses de los sectores socioeconómicos dominantes de las élites de la región pampeana y porteñas que conservó, aunque con vaivenes, la supremacía política hasta el recambio generacional de 1880²⁰¹ y el Partido Autonomista (primero federal y posteriormente nacional, el PAN²⁰²) representante de los sectores dominantes bonaerenses y de las élites provinciales –de carácter más “conservador y caudillista” (Gallo 2000, 523; Di Tella 1993, 33)– (Gibson 1996, 41), que gobernó el país entre 1880 y 1916. Asimismo, como en Brasil –aunque allí los sistemas locales estaduais son muchos más fuertes y autónomos que los argentinos (Fausto y Devoto 2005; Di Tella 1993)–, se trató de organizaciones partidarias mayormente dependientes de los niveles subnacionales que tendieron a fragmentarse en distintas corrientes políticas y en torno a diferentes personalismos; atributos que generalmente caracterizarán la organización de sus partidos hasta la actualidad (Fausto y Devoto 2005; Gibson 1996; Di Tella 1993).

Con el paso al siglo XX, la democratización argentina (1890-1930) pondrá de manifiesto ciertas diferencias en torno a la organización de sus partidos políticos, y el sistema de partidos, que lo alejan de la experiencia brasileña y que tenderán a (re)producirse en el largo plazo. En primer término, unos partidos liberales y/o democristianos, conservadores, más débiles –cuando no inexistentes– que los brasileños, constreñidos a los niveles subnacionales, de corta duración y, a diferencia de Brasil, de escasa competitividad electoral en el plano nacional (Fausto y Devoto 2005; Gibson 1996; Di Tella 1993). En segundo término, el nacimiento de partidos representantes del proletariado (como el Partido Socialista fundado en 1896 y el Comunista fundado en 1918) más duraderos, fuertes y organizados que los brasileños (Fausto 2016, 94;

²⁰¹ Sobre este período ver Isidoro Ruiz Moreno (2000, 453-481).

²⁰² Formalmente fue el resultado de una alianza entre sectores representativos del Partido Autonomista bonaerense de Adolfo Alsina y una coalición de partidos provinciales que habían apoyado la candidatura presidencial de Nicolás Avellaneda en 1874 (Gallo 2000, 524).

Trinidad 1973, 694) y electoralmente competitivos en los niveles locales – principalmente el Partido Socialista– (Godio 2000, 1972). En tercer término, y no menos importante, la comparativa pronta emergencia de un partido “policlasista”, con base en las “clases populares” (Godio 2000, 243), electoralmente competitivo en el nivel nacional y de larga duración. En concreto, la Unión Cívica Radical²⁰³, representante de las demandas de democratización (principalmente expresadas durante la Revolución de 1890 y el primer centenario), que logró canalizar los intereses de las clases medias urbanas y del heterogéneo “movimiento popular”²⁰⁴, (Romero 2010; Persello 2004; Godio 2000; Di Tella 1993; Rock 1975). En particular, a través de la común “lucha contra la oligarquía” y la conquista de la “democracia formal” a partir de una “actitud refractaria” e “intransigente” en torno a cualquier forma de “connivencia política” respecto del régimen oligárquico y en torno a la “violación de la soberanía popular” (Romero 2010, 2017-219) –cuestiones que serán posteriormente retomadas, en distinta medida, por el Partido Justicialista–. En este sentido, contribuyó la emergencia de un liderazgo partidario portador de una “personalidad vigorosa e insinuante” (Romero 2010, 227), como Hipólito Yrigoyen, afín a la cultura predominantemente “caudillista” y “carismática” del “movimiento popular” argentino, generalmente más pronunciado que sus pares latinoamericanos (Di Tella 1993), difícilmente reductible a categorías ideológicas o posiciones políticas duraderas (Romero 2010, 226-227; Gallo 2000, 517; Gibson 1996, 63-66; Di Tella 1993, 34; Rock 1975, 61-65).

Estas características, caudillismo (o personalismo) en el ejercicio del poder político, apelación popular, vaguedad ideológica y, en distinta medida, intransigencia contra la “oligarquía financiera y terrateniente” (cuyo significado anidado variará a lo largo de la historia) (Gibson 1996, 27) son las que signarán la capacidad electoral de los partidos políticos argentinos en el largo plazo, estructurarán su sistema partidario y, a diferencia de Brasil, ayudarán a echar por tierra la emergencia de un partido liberal y/o

²⁰³ La Unión Cívica Radical (fundada en 1891) se desprende del Partido Unión Cívica (1889) que llevó adelante la Revolución del Parque (1890) en rechazo a las políticas aristocráticas de la élite de la época (lideradas por Julio A. Roca y Miguel Juárez Celman). Primero encabezada por Leandro Alem y posteriormente por Hipólito Yrigoyen, constituyó la expresión de la “lucha intransigente” contra la oligarquía. Consultar José L. Romero (2010, 211-232).

²⁰⁴ “Articulada en clases populares, permitiendo a los sectores de clases medias acceder al poder político (y por ende ascender socialmente) y bajo el férreo control de un núcleo de dirección compuesto por sectores progresivos de la élite hegemónica, la UCR logra vencer en 1916 a las antiguas formaciones políticas conservadoras” (Godio 2000, 243).

democristiano competitivo (Fausto y Devoto 2005; Ostiguy 1997; Gibson 1996, Di Tella 1993).

Así las cosas, cuando durante el siglo XX los intereses de las élites socioeconómicas dominantes no sean incorporadas al programa de los partidos de gobierno buscarán participar de la contienda a través de mecanismos no democráticos (Gibson 1996; Di Tella 1993). De esta manera, los valores, creencias y prácticas desatadas del “orden y el progreso” fundacional tenderán a oscilar entre la presión “igualitarista” y el “autoritarismo” (O’Donnell 2014b, 146), “entre la anarquía y el despotismo” (Halperín Donghi 1982, 27). Porque a cada intento de imponer un orden –autoritario– las organizaciones sociales contestarán con mayor cuestionamiento hasta que finalmente la última dictadura “cívico-militar-religiosa” (Mallimaci 1996, 184), a fuerza de extremar y extender la violencia, las silenciará por un tiempo. En este sentido, los resultados del último régimen autoritario (1976-1983) y la forma en que se llevó adelante la transición contribuirán a cristalizar un orden sociopolítico menos jerárquico y disciplinado que el brasileño y una sociedad menos tolerante a los estilos de autoridad militaristas.

El siguiente apartado desarrolla el proceso fundacional brasileño y lo compara con el caso argentino. A la luz de ello, introduce las principales diferencias que tenderán a signar el recorrido histórico del país durante el siglo XX. Cuestiones que serán profundizadas en el capítulo III.

2. La formación del Estado brasileño

A modo introductorio, el próximo subtítulo da cuenta de la centralidad del sistema esclavista durante el proceso fundacional brasileño, su cristalización en un clivaje social y su importancia en la (re)producción de un orden sociopolítico más jerárquico y disciplinado que el argentino. A la luz de estas consideraciones, los subtítulos que le siguen analizan el rol de los grupos de poder considerados clave (las élites, la Iglesia, las Fuerzas Armadas y los movimientos sociales y partidos políticos) en la estructuración de dicho orden y su influencia en la delimitación de la tolerancia social en mediano y el largo plazo.

2. (a) El clivaje fundacional: la fractura social

El proceso fundacional del Estado brasileño (1822-1889/1930) se distanció del de las colonias españolas en general y del de Argentina en específico debido a que su proceso independentista fue mucho más largo, conflictivo y cruento y porque culminó

con la desagregación de su territorio en nuevos estados independientes (Fausto y Devoto 2005, Carvalho 1995). En Brasil, en cambio, el orden emergente del proceso independentista fue percibido como la “continuación legítima” del Imperio portugués y la demarcación de sus límites territoriales no constituyeron un problema central para las élites de la época²⁰⁵ (Carvalho 2008; Fausto y Devoto 2005; Fausto 1995), de hecho, se mantuvieron prácticamente sin alteraciones hasta la actualidad (Fausto y Devoto 2005, 35). Concretamente, con la invasión napoleónica sobre Portugal, en 1808 la corte portuguesa y todos sus órganos de gobierno se trasladaron a Río de Janeiro y, en 1815, elevaron el territorio del país al rango de Correo de Brasil²⁰⁶. En este marco, en 1822 el rey “negoció” la independencia con la Corona portuguesa sin demasiadas alteraciones del orden social, económico y político preexistente²⁰⁷ (Pereyra-Doval 2013; Fausto y Devoto 2005). Así, a diferencia del resto de las colonias hispanoamericanas, Brasil fue el único país de América que mantuvo un sistema monárquico (hasta 1889); con un rey (Pedro I²⁰⁸) y unas burocracias portuguesas.

No obstante, aunque la continuidad de las instituciones imperiales constituye un elemento importante para explicar el mantenimiento de la unidad política brasileña, los estudiosos sostienen que no fue decisiva. La enorme extensión territorial de Brasil, las diferencias productivas y económicas entre sus estados subnacionales (particularmente entre Río de Janeiro y San Pablo y entre la región del sur y el resto del país), además de las investidas separatistas y las revueltas esclavistas durante la década de 1830, obstruyeron la extensión, penetración y desarrollo de las instituciones imperiales en el nivel nacional (Fausto y Devoto 2005; Bethell y Carvalho 1991). En este sentido, y sin desconocer la existencia de diversos factores²⁰⁹ que ayudaron a la persistencia de la

²⁰⁵ Para un estudio sobre historia política brasileña desde su colonización hasta el siglo XX se sugiere Thomas Skidmore (1999) y Boris Fausto (1995).

²⁰⁶ Lo que implicaba que Brasil era independiente del Reino de Portugal, pero no de los portugueses.

²⁰⁷ No se desconocen las luchas contra los movimientos autonomistas provinciales y aquellos que apoyaban la permanencia de Brasil como Correo portugués. Tampoco se sostiene que la independencia haya sido totalmente pacífica y consensuada. Pero ello no invalida la constatación de que se llevó adelante en pocos años, de modo negociado y sin grandes desgastes (Fausto 1995, 146).

²⁰⁸ Pedro I abdicó en 1831 y dejó a su hijo Pedro de Alcántara (Pedro II) de tan solo 5 años como su sucesor que, al no poder asumir su cargo, abrió camino a un gobierno de *regência* (1831-1840). En 1840, Pedro II (que había alcanzado los 14 años) es declarado mayor de edad y presta juramento como emperador de Brasil (cargo que mantiene hasta 1889). Sobre dicho período se puede consultar el difundido libro de historia política del Brasil de Boris Fausto (1995).

²⁰⁹ José Murilo de Carvalho (2008) ofrece una discusión sobre los factores generalmente identificados por la literatura que contribuyeron al mantenimiento de la unidad estatal, entre otros, los vinculados con el cuadro de relaciones internacionales (especialmente con Portugal e Inglaterra); la mayor unidad del Imperio portugués en relación al español, la legitimidad política de la Corona, el rol de Pedro I durante la

unidad política, los especialistas coinciden en uno más relevante: la centralidad del sistema esclavista (Souza 2019; Almeida 2018; Halperín Donghi 2014; Van Dijk 2007; Baptista da Silva y Rosemberg 2007; Graham 1999). En esta dirección sostienen que, con excepción de Cuba, en ningún otro lugar del Imperio español la esclavitud fue tan importante tanto en términos del peso poblacional (o social) y económico como en Brasil.

Respecto del peso poblacional, Brasil constituye el país que más cantidad de esclavos africanos importó al continente desde la colonización de América (Klein 1993, 9-14), ver gráfico 2 y 3. Al declarar su independencia de Portugal en 1822, la mayoría de su población era negra y mulata y, alrededor del 30%, eran esclavos²¹⁰ (Bethell y Carvalho 1991, 319). A diferencia de Argentina, su comercialización era “abundante”, “barata” y “esencial” para proporcionar la mano de obra adicional que se necesitaba en los períodos de expansión económica y reponer la mano de obra esclava regularmente acechada por las pobres condiciones de vida (Bethell y Carvalho 1991, 321). Asimismo, como en el resto de las “sociedades esclavistas” la mayoría de los esclavos se concentró en las zonas rurales dedicadas a la plantación agrícola de monocultivo orientada a la exportación. También se emplearon como sirvientes domésticos en las ciudades, en las casas de religiosos y en los hospitales. A su vez, el gobierno tenía y alquilaba esclavos para la construcción y el mantenimiento de las obras públicas (Fausto 1995; Klein 1993; Bethell y Carvalho 1991). Fue a partir de 1830, y con mayor éxito de 1850 –cuando Argentina consagraba definitivamente el fin del sistema esclavista en su Constitución Nacional de 1853–, presionado por el contexto internacional, sobre todo por Inglaterra, su principal socio comercial (Fausto 1995, 192-195), que comenzó a tomar forma el proceso abolicionista (Skidmore 1999, 54; Bethell y Carvalho 1991, 331). En concreto, si bien en 1826 el Reino de Brasil firmó un tratado con Inglaterra para terminar con la esclavitud en el lapso de tres años y, en noviembre de 1831, la declaró ilegal, las normativas no se cumplieron. Como muestra el gráfico 3 la cantidad de esclavos ingresados en el tráfico del Atlántico hacia Brasil no solo no descendió entre 1820 y 1830 sino que aumentó²¹¹. Así, el proceso abolicionista inició efectivamente en 1850 cuando

independencia, y el grado de homogeneidad de sus élites políticas (tanto en lo que respecta a su base social como de sus intereses económicos) (Carvalho 2008, 13-22) .

²¹⁰ Según estimaciones difundidas por el Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro (1959) la población total en 1823 era de 3.960.866 habitantes y el número total de esclavos de 1.147.515 (Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro 1959, citado en Bethell y Carvalho 1991, 319).

²¹¹ En general los especialistas lo adjudican al temor de que el acuerdo con Inglaterra efectivamente se implementara (Klein 1993).

el parlamento brasileño prohibió el tráfico transatlántico de esclavos africanos tras el que, años más tarde, declaró “la libertad de vientres” (1871), la Ley de Sexágenarios (1887) que liberó a los esclavos de 60 y 65 años de edad (aunque antes debían prestar servicios por tres años más) y, finalmente, la llamada Ley Áurea²¹² firmada por la princesa Isabel, hija del emperador Pedro II, que decretó la libertad para los esclavos el 13 de mayo de 1888 y que convirtió a Brasil en el último país cristiano y occidental en abolir la esclavitud (Skidmore 1999; Bethell y Carvalho 1991).

En cuanto al peso económico de la esclavitud, su persistencia durante la primera parte del siglo XIX, aún en el contexto de restricciones, constituye un signo de su importancia en esos años tanto para el comercio, la navegación y los ingresos del gobierno como para el desarrollo de su economía. A diferencia de la economía argentina más perfilada hacia la explotación agrícola-ganadera, ver 5 y 6 (arriba), la brasileña se orientó al cultivo de azúcar, algodón y, progresivamente, al café que, sumados, significaron alrededor del 70% de sus exportaciones en relación al valor total exportado entre 1821 y 1850 –ver tabla 7 (arriba)–. En efecto, la participación de Brasil en la producción mundial de café pasó de un poco menos del 20% en la década de 1820, al 30% en 1830, y a más del 40% en la década de 1840 cuando, para entonces, se convirtió en el principal productor del mundo (Bethell y Carvalho, 354). Estas actividades funcionaron con esclavos que limpiaron los bosques, plantaron los arbustos y recolectaron sus productos además de procesar granos, mantener las plantaciones y servir en la Casa Grande²¹³. Asimismo, la elevada tasa de mortalidad de los esclavos exigió la reposición constante desde el otro lado del Atlántico mientras que la “primera ola” de inmigración europea, pensada a inicios de siglo XIX (1830-1850) para suplantar paulatinamente la mano de obra esclava, era aún escasa y no se orientaba a la agricultura de plantación porque las condiciones ofrecidas no eran mucho mejores que la de los afrodescendientes. De hecho, en muchos casos los inmigrantes se convirtieron en terratenientes y en nuevos propietarios de esclavos (Bethell y Carvalho 1991, 362-366).

Así, la persistente centralidad del sistema esclavista tras la independencia de Portugal contribuyó a posponer la discusión en torno a su abolición. En este sentido, los estudiosos sostienen que fue el temor al “colapso social” (Fausto 1995, 192), a la

²¹² Sobre el proceso abolicionista se puede consultar Leslie Bethell y José Murilo de Carvalho (1991).

²¹³ En referencia a la residencia del señorío rural alrededor de las que se organizaba la vida social, política y económica local. Sobre este último punto el libro de Gilberto Freyre (2003 [1933]), *Casa-Grande e Senzala*, al que la tesis refiere en más adelante en este capítulo, constituye un clásico en la materia y bibliografía de consulta obligatoria en las escuelas del país.

“haitianización”²¹⁴ de los esclavos (Carvalho 2008, 18) y la ruptura del orden político al que podía conducir el fin de la esclavitud el que garantizó, en mayor medida, la unidad política brasileña tras su independencia (Carvalho 2008). En esta dirección, Rita Segato (2007) afirma que, si en Argentina, la nación fue moldeada a través del “terror étnico” y la invisibilización de la otredad –los pueblos originarios en especial– a favor de la homogeneización de la nación, en Brasil, fue moldeada a partir del “terror a la fragmentación” de la unidad estatal y la consecuente incorporación del otro –los negros– a la nación (Segato 2007, 31). Sin embargo, como su incorporación fue efectuada a partir de la representación de las élites dominantes, se les impidió expresarse con una voz y unas demandas propias. De modo que, a la par que se los incluyó en el imaginario nacional se los excluyó como ciudadanos plenos (Carvalho 2008, 1995; Segato 2007; Graham 1999). De hecho, fue la exaltación de estas diferencias basadas en la racialización de los grupos la que se constituyó como clivaje fundacional del Estado nación (Souza 2019; Almeida 2018; Segato 2007; Carvalho 1995; Fausto 1995). Dicha fractura, habitualmente expresada en la figura de los “dos Brasiles”²¹⁵ (Segato 2007, 25) –el Brasil de “los blancos y el de los negros” (Da Matta 1986); el de los “ciudadanos y el los no ciudadanos” (Carvalho 2008, 1995); el de los “incluidos y el los excluidos” (Souza 2019; Almeida 2018); o, el Brasil del “apartheid social” (Buarque 1993)– fue fundamental en la (re)producción de patrones de relación social jerárquicamente diferenciados que permanecieron más allá de la abolición de la esclavitud, del *cadinho de raças* y “la democracia racial”²¹⁶ (Hasenbalg 2018, 2005; Telles 2006). De allí que sea considerada una “institución total”²¹⁷ (Almeida 2018), ya que el racismo estructuró (o bien, orientó, condicionó y rutinizó) las relaciones políticas, económicas, jurídicas y culturales sobre las que se (re)configuró y (re)configura la sociedad brasileña actual (Souza 2019; Almeida 2018; Segato 2007; Vaptista da Silva y Rosemberg 2007; Carvalho 1995; Fausto

²¹⁴ En referencia a la masiva rebelión esclava que culminó con la independencia de Haití del dominio francés. Se trató de la Primera República negra y del primer país latinoamericano en declarar su independencia (1804).

²¹⁵ Uno de los primeros intelectuales que llamó la atención sobre “los dos Brasiles” fue Euclides da Cunha (1900) en su ensayo titulado *Da Independência à República* (Santos, 1970)

²¹⁶ En referencia a la construcción mítica de un Brasil en el que no hay prejuicios raciales ni discriminación; una “nación plural y mestiza” (Guimarães 2002) que opero de modo similar al mito del “crisol de razas” en Argentina. Este asunto se retoma en el subtítulo 2. (a) del presente capítulo.

²¹⁷ Término originalmente acuñado por Ervin Goffman (2001 [1961]) para referirse al psiquiátrico St. Elizabeth de Washington, Estados Unidos, y posteriormente extendido a otros ámbitos e instituciones. En términos generales, refiere a una institución que afecta todos los ámbitos de la vida humana y que ordena una determinada organización social.

1995; Buarque 1993; Skidmore 1976) –lo que algunos autores también llaman “racismo estructural” (Hasenbalg 2018, 2005; Vaptista da Silva y Rosenberg 2007)–.

Sin embargo, la decisión de perpetuar el sistema esclavista para la conservación de la unidad política “no tuvo nada de necesario”, ni garantizó por sí el éxito o el fracaso en la organización del poder político (Carvalho 2008, 18-21). Más bien, fue una alternativa posible entre tantas otras más o menos probables. En este sentido, cabe preguntarse por el rol de aquellos grupos cuya posición y recursos materiales y simbólicos los puso en una situación clave para tomar decisiones y formar consensos: las élites civiles en particular. En concreto por cómo contribuyeron los presupuestos liberales, positivistas y raciales vigentes entre las élites de la época a perpetuar, a diferencia de Argentina, la esclavitud y (re)producir y legitimar un orden sociopolítico comparativamente más jerárquico y disciplinado. Los próximos subtítulos responden a este interrogante.

2. (b) Las élites brasileñas. Unidad estatal y racialización nacional

Conforme a la experiencia regional, al proclamar su independencia de Portugal, Brasil no tenía “ni patria ni ciudadanos” (Graham 1999, 1991; Carvalho 1997, 1995). Esta situación, estaba agravada por el peso, la extensión y la difusión, en todos los sectores y niveles (económicos, domésticos, políticos y sociales –e incluso entre los propios libertos²¹⁸–) del sistema esclavista (Graham 1999; Carvalho 1997, 1995; Skidmore 1992, 1976) y la “inexistencia de grandes campañas de liberación” y “levantamientos” que alinearan a la población detrás de una “épica radical” (Carvalho 1995, 21) sobre la que animar el sentimiento nacional (Carvalho 1997, 1995). Así las cosas, los augurios para la construcción de una ciudadanía que estimulara la expansión de los derechos civiles y políticos en el mediano y largo plazo se prefiguraban adversos.

En concreto porque, más allá de los avances formales en torno a los derechos individuales que comportó la Constitución imperial de 1824²¹⁹ (por ejemplo, incluía el derecho a votar de los libertos, no hacía distinciones por raza o por color y no excluía explícitamente de ese derecho ni a las mujeres ni a los analfabetos), la costumbre y las normas sociales (Fausto 1995, 151), el peso de las relaciones de patronazgo, el extendido

²¹⁸ Según Murilo de Carvalho (1995), de testamentos de fines de siglo XIX examinados por Kátia Mattoso, se desprende que el 70% de los libertos de Bahía poseían esclavos y una situación similar tenía lugar en Minas Gerais y en otras provincias. “Significan que casi toda la sociedad aceptaba los valores de la esclavitud. Los mismos esclavos (...) una vez libres aceptaban esclavizar a otros” (Carvalho 1995; 37-38).

²¹⁹ Si bien existieron algunas reformas, estas normativas se mantuvieron sin demasiadas alteraciones hasta la constitución de 1881 que, entre otras limitaciones, excluyó del derecho al voto a los analfabetos. Respecto de sus efectos sobre la construcción de la ciudadanía. Consultar Carvalho (1995, 29-34).

paternalismo de parte de los grandes propietarios rurales que imponían sus propias normas locales (Carvalho 1995, 41) y el uso discrecional de la fuerza (Graham 1999, 359-360) hacían que, en los hechos, los derechos fueran impracticables para la mayor parte de la sociedad (Skidmore 1992).

A su vez, a diferencia de Argentina, el acceso a la educación elemental en Brasil estuvo vedado o bien fue inaccesible para la mayor parte de su población hasta mediados de siglo XX –ver gráfico 8–, era impartida por la Iglesia católica (Skidmore 1999; Graham 1999, 1991; Carvalho 1995) y la instalación de universidades estuvo prohibida durante la mayor parte del siglo XIX²²⁰. A lo anterior le suma que, a distinto de lo que ocurrió con una parte de la élite católica abolicionista en Argentina (Murcia 2013), la Iglesia brasileña de la época siguió la interpretación portuguesa tradicional que sostenía que “la esclavitud que se debía evitar era la del alma, causada por el pecado, no la esclavitud del cuerpo” (Carvalho 1995, 38) lo que contribuyó a legitimar y a silenciar²²¹ el asunto a la par del avance de las teorías raciales en América Latina.

En este marco, según Richard Graham (1999), “con los principios del liberalismo [consagrado en la Constitución de 1824] por un lado y la herencia de un orden social jerárquico, por el otro (...) las élites brasileñas a menudo estaban desconcertadas sobre el curso de acción correcto que deberían seguir” (Graham 1999, 364). En efecto, durante la primera mitad del siglo XIX, las élites no desarrollaron un pensamiento filosófico y político coherente ni articulado sino un “curioso mosaico de ideas importadas de Francia” (Skidmore 1976, 20-21) y de Europa occidental (Santos 1998, 30) –que recibieron el nombre de “eclecticismo”– que mezclaron componentes liberales y conservadores, difícilmente diferenciables, desprovistos de cualquier principio guía unificador (Skidmore 1999, 1992, 1976, Santos, 1998).

Fue recién a partir de la consolidación de la unión estatal²²² (1850), los procesos de industrialización impulsados por el crecimiento económico regional (1850-1870/80) y

²²⁰ A diferencia de España, Portugal, nunca permitió el establecimiento de universidades en su colonia (Carvalho 1995, 18). La primera universidad (que es la de Río de Janeiro) se fundó recién en 1920 (Barreyro 2008).

²²¹ La tesis reconoce que, tras la independencia, emergieron algunas voces disidentes respecto de la esclavitud. Por ejemplo, José de Bonifacio y Joaquim Nabuco (principales caudillos de la época) veían en dicho sistema un impedimento para la formación de la “verdadera nación”. Pero no fue hasta principios de siglo XX, que esta mirada comenzó a difundirse entre la élite de la época (Carvalho 1995, 39).

²²² La abdicación del rey Don Pedro I (1831) y el comienzo del período de *regência* (1831-1840) sumieron al país en un conjunto de disputas entre las élites conservadoras (que apoyaban la centralización del poder) y las liberales (que abogaban por la descentralización) que llevaron a violentos choques y a la intensificación de ciertos movimientos secesionistas. Finalmente, ante el temor de una guerra civil impulsada por una rebelión esclavista, conservadores y liberales acordaron en la importancia de mantener

el fin de la guerra contra el Paraguay (1864-1870), que comenzó a formarse un pensamiento más orgánico entre las élites y que la cuestión en torno a esclavitud comenzó a discutirse “seriamente” (Bethell y Carvalho 1999; Fausto 1995). Puntualmente, mientras la consolidación de la unión permitió centrar la atención en otros asuntos políticos (particularmente, en la forma de gobierno); el desarrollo económico alentó el fortalecimiento de una clase media comerciante más preocupada por la libertad de mercado y la libertad individual (aunque no, necesariamente, a favor de una democracia igualitaria); y la guerra contra el Paraguay (re)avivó la solapada discusión en torno a la nación brasileña, y con ello, la cuestión racial (Graham 1999, 1991; Santos 1998; Carvalho 1995; Bethell y Carvalho 1991).

Según los especialistas, en términos generales, se pueden identificar tres etapas importantes en la formación del pensamiento brasileño²²³ en torno a la raza durante la formación de la nación (Skidmore 1997, 1992, 1976; Graham 1999; Carvalho 1995). Una primera, entre 1870 y 1888/89, caracterizada por la expansión de los principios liberales; una segunda, entre 1888/89-1914, vinculada con el desarrollo de las teorías positivistas y el racismo científico; y una tercera, entre 1914-1930/33, vinculada con el cuestionamiento de los postulados biologicistas y la difusión de las teorías socioculturales que contribuyeron a consolidar, en el corto y largo plazo, la imagen de una “nación multirracial” —en referencia al *cadinho de raças* y el mito de la “democracia racial”—.

En cuanto a la primera etapa, 1870-1888/9, la expansión de los principios liberales fue favorecida, por un lado, por la prohibición gubernamental del comercio atlántico de esclavos. Tras su puesta en práctica en 1850, la oferta de mano de obra esclava en Brasil se redujo sistemáticamente lo que, sumada a la baja tasa de reproducción de los esclavos debido a sus pobres condiciones de vida, volvió su posesión y/o contratación muy costosa para los propietarios. En efecto, entre 1872 y 1887 (años en que se llevaron adelante los primeros censos oficiales), la población total de esclavos que, según los registros de la época ya estaba en descenso, disminuyó en un 52% —pasó de 1.509.827 a 723.175— (Klein y Vidal Luna 2010, 295). Por otro lado, y conforme al contexto regional, por el paulatino crecimiento económico iniciado a mediados de siglo XIX que, en el caso de Brasil, se manifestó principalmente en el aumento de las exportaciones de algodón y, sobre todo,

la unidad. Ello se reflejó en los consensos contruidos por ambos partidos en el Legislativo entre 1840 y 1860 (Fausto 1995, 159-171).

²²³ La autora de esta tesis es consciente de la diversidad de posturas y corrientes hacia el interior de cada una de estas etapas, no obstante, se pueden identificar ciertas características dominantes. Para una referencia en la materia se puede consultar el clásico trabajo de Thomas Skidmore (1976).

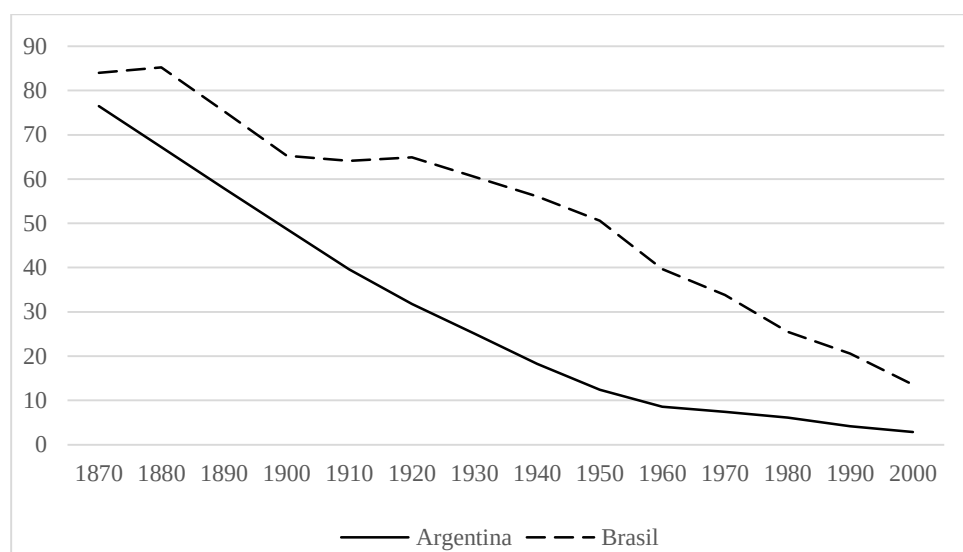
del café cuya producción era comparativamente más reciente y necesitaba de mayor mano de obra para satisfacer la emergente demanda internacional –ver tabla 7 (arriba)–. Así, frente a la escasez de esclavos, la élite perteneciente al polo económico más dinámico de la sociedad (la cafetera), precisó de trabajadores libres que dispusieran de “contratos justos” entre “particulares libres” garantizados por el Estado, a fin de incentivar –como sucediera en Argentina– la inmigración europea²²⁴ y crear las condiciones para el desarrollo de la industria y del mercado. De esta manera, se introdujo en el centro del debate público la necesidad de “dar un gran paso en dirección a la creación de un sistema económico liberal” (Santos 1998, 25-26). Todo ello en el marco de un renovado sentimiento nacionalista después de la guerra del Paraguay (1870) y de la difusión de los principios positivistas que veían en la persistencia de la esclavitud, y en las prácticas imperiales, un obstáculo para la “civilización y el progreso” que caló, además, particularmente hondo entre los militares de la época (Klein y Vidal Luna 2010, Santos 1998).

Así las cosas, tras el decreto que puso fin a la esclavitud (1888) “una cúpula militar, y no una revolución social” (Skidmore 1999, 75) derrocó la desgastada monarquía brasileña e instaló la “Primera República” (1889-1930) bajo la dirección de un gobierno castrense –eventos que se distancian profundamente de la experiencia argentina–. Una vez en el poder, el gobierno militar (1889-1894) expandió los recursos destinados a las Fuerzas Armadas y aplicó, rápidamente, la agenda liberal. Así, bajo la inspiración del presidencialismo estadounidense, se sancionó la primera constitución republicana de “los Estados Unidos del Brasil” (1891) que avanzó, sobre todo, en la descentralización del poder (Skidmore 1999, 75) además de reglamentar la secularización estatal (por ejemplo, la educación, el matrimonio y los cementerios que hasta entonces eran administrados por la Iglesia) y suprimir los requisitos económicos hacia los ciudadanos para participar en las elecciones, que habían sido impuestos en la reforma constitucional de 1881, aunque, los analfabetos que durante esos años formaban alrededor del 80% –ver gráfico 8– y las mujeres²²⁵ se mantuvieron excluidos del sistema (Skidmore 1999, 1992; Graham 1999; Santos 1998).

²²⁴ Existía un racismo implícito en las posiciones de muchos abolicionistas que sostenían que “la esclavitud mantenía alejados a los inmigrantes europeos blancos de quienes los brasileños podían ganar tanto: especialmente sus genes” (Carvalho 1999, 366).

²²⁵ Tal como las constituciones imperiales, el sufragio femenino no estaba explícitamente prohibido, pero debido a las convenciones sociales, se consideraba que estaban impedidas de votar (Fausto 1995, 251).

Gráfico 8. Argentina y Brasil. Tasa de analfabetismo entre 1870 y 2000



Fuente: elaboración propia a partir de Thorp (1998) citado en Shane Hunt (2009, 44)

En este sentido, más allá del ímpetu liberal de la Primera República, los especialistas coinciden en que el paso de una forma de gobierno a otra no implicó cambios sustanciales en torno a los derechos (Carvalho 1995, 13) ni alcanzó a derribar las asimetrías sociales e integrar a los ex esclavos a la ciudadanía (Skidmore 1999; Graham 1999). En especial, como “la lucha ideológica por la abolición se realizó principalmente a partir de postulados político-económicos (...) no fue necesario cuestionar en su esencia los principios biológicos que legitimaban científicamente las jerarquías raciales” (Sánchez Arteaga 2009, 70). Además, aun cuando existieron ciertos avances en torno a los derechos, en tanto su ejercicio no respondía a la lógica institucional de la representación, solo implicó una instancia de reafirmación de la obediencia y lealtad debida a patronos y autoridades locales (Carvalho 1995, 30-32). De allí que tampoco “hubo en el Brasil movimientos populares importantes que exigieran la mayor participación electoral” (Carvalho 1995, 32), a diferencia de la experiencia argentina de fines de siglo XIX. De este modo, salvo casos excepcionales, los abolicionistas no cuestionaron los dictámenes raciales dominantes en la región latinoamericana durante el siglo XIX. Es decir, la supremacía biológica, física, cultural y moral de la raza blanca y su potencial “civilizador”. En este sentido, tampoco se preocuparon por la integración social y política de los libertos²²⁶. De hecho, no existieron políticas educativas, ni de

²²⁶ Sobre las políticas post abolicionistas y las trayectorias de los ex esclavos en Brasil se sugiere Herbert Klein y Francisco Vidal Luna (2010). Igualmente, Carl Degler (1971) y Edward Telles (2006) proporcionan una interesante comparación entre la experiencia brasileña y la estadounidense.

empleo y, menos aún, recibieron alojamiento, alimento o tierras (Carvalho 1999, 367). Pasada la abolición, muchos ex esclavos regresaron a las mismas haciendas o fincas a realizar trabajos mal remunerados mientras que otros migraron hacia las grandes ciudades con iguales, o aún más, dificultades laborales. Sobre todo, porque debían competir con la mayor (y creciente) concentración de inmigrantes europeos, generalmente preferidos por comerciantes, industriales y empresarios (Hasenbalg 2005; Graham 1999).

De esta manera, una vez establecida la libertad de los esclavos, la formación de la “nueva nación” dio inicio a un “período de teorización sobre la inferioridad y superioridad biológica de la raza” (Skidmore 1992, 10) que contribuyó a consolidar el clivaje fundacional. Así, el discurso liberal de “libertad e igualdad” predominante en la región, y en particular en Argentina, fue solapado por el discurso “positivo-evolucionista”²²⁷ (Schwarcz 1993, 15) de una diferencia social biológicamente fundamentada y científicamente demostrada. En efecto, los especialistas sostienen que nunca el discurso de la élite brasileña fue tan abiertamente racista como tras la abolición de la esclavitud (Graham 1999; Carvalho 1999; Santos 1998; Skidmore 1992, 1976; Schwarcz 1994, 1993).

En este contexto, se asistió a la segunda etapa del pensamiento brasileño (1888/89 y 1914) vinculado con la expansión de las teorías raciales europeas y, en menor medida, norteamericanas. Ambas, proporcionaron el marco biológico-evolutivo necesario para legitimar la superioridad de la raza blanca en oposición a la negra. Partían de un preconceito incuestionado sobre la supremacía de las poblaciones caucásicas: cuanto más se alejaba la apariencia física de ese arquetipo más negativos se tornaban los atributos asociados a los sujetos observados. Asimismo, la mezcla entre las razas (el mestizaje²²⁸ – *miscigenação*–) era considerado un factor de “degeneración” racial y de desviación –o “barbarización”, en el caso argentino– respecto del camino civilizatorio occidental²²⁹

²²⁷ Una gran variedad de estudios ha analizado la influencia del positivismo en Brasil y su vínculo con las teorías raciales. Al respecto, se puede consultar Lilia Moritz Schwarcz (1993) o Thomas Skidmore (1976). En cuanto a la influencia del positivismo dentro de la institución castrense en particular se desarrolla en el cuerpo de este capítulo II.

²²⁸ Si bien, como se sostuvo, se entiende la raza como una construcción social y se incluye dentro del término negro al conjunto de personas de piel negra, mulatos y/o mestizos y afrodescendientes, tanto a los fines analíticos (tal como lo hacen los censos brasileños) como para comprender sus procesos de racialización estos términos pueden aparecer explícitamente diferenciados.

²²⁹ A fines de siglo XIX numerosos científicos y naturalistas extranjeros estudiaron la raza negra y el “inédito fenómeno del mestizaje” en Brasil, de los que se desprendieron una variedad de teorías vinculadas con las más diversas disciplinas (la medicina, la antropología, la paleontología, la psiquiatría y hasta en las ciencias jurídicas). Si bien existen numerosos análisis, es extensamente reconocida la obra de Lilia Moritz Schwarcz, puntualmente, *O espetáculo das raças*(1993) y *Espectáculo da miscigenação*(1994) y de Thomas Skidmore, particularmente, *Preto no branco*(1976).

(Schwarcz 1994, 1993). Bajo este conjunto de ideas, la composición predominantemente “multirracial” de población brasileña a fines de siglo XIX y la imagen de constituir una “inmensa nación mestiza” (Schwarcz 1994, 137) aparecían, entre las élites brasileñas, como un impedimento para el progreso y la incorporación del país entre las naciones “modernas”, “ordenadas” y “civilizadas”. En efecto, si se observa la tabla 8, según los primeros censos nacionales, en 1872, el 42,2% de la población brasileña era catalogada como “mulata”²³⁰ y el 19,7% como “negra” mientras que, en 1890, el 41,4% se correspondía con la categoría “mulata” y el 14,6% con la negra; juntas sumaban entre el 62% y 56% de la población total del país en esos años. Frente a este panorama, la élite local tenía “dos opciones”: o aceptaba el “declive inexorable” de la sociedad y su eventual extinción –fundada en el supuesto de que la raza negra, por su “calidad” genética, se reproducía a menor escala²³¹– o bien, tal como efectivamente sucedió, reelaboraba la teoría evolutiva a partir de las particularidades predominantes de su población. En otras palabras, resignificaba el mestizaje como una categoría racial “intermedia” y un estadio evolutivo “transicional” hacia el “blanqueamiento” de la población nacional (Skidmore 1992, 1976). Sobre esta base de ideas, una variedad de estudios procuró legitimar biológica y científicamente al mulato –no así al negro, que siguió constituyendo la “raza inferior”–. Dicha interpretación, contribuyó a considerar el mestizaje como un proceso “regenerativo” (más que “degenerativo”) tanto en términos biológicos, para algunos, como culturales –a partir de principios de siglo XX–, para otros (Skidmore 1992, 9). Así, la tesis del “blanqueamiento poblacional” se constituyó en un principio orientador y en la “ideología dominante” de la élite brasileña desde fines de siglo XIX (Hasenblag 2018, 2005; Velasco Molina 2015; Sánchez Arteaga 2009). De esta manera, tal como en Argentina –aunque con incentivos inmigratorios comparativamente mayores (por ejemplo, en Brasil se usaron fondos estatales para pagar pasajes, alojamiento, alimentación y empleo) (Fausto y Devoto 2005, 172-183)–, los sucesivos gobiernos alentaron durante la transición al nuevo siglo (1880-1914) una “segunda ola” de inmigración europea –ver gráfico 6 (arriba)– con la esperanza de “mejorar eugénicamente” a la población (Skidmore 1976, 42). Y, si bien no tuvieron el mismo “éxito” que su par argentino donde, como se mostró, la “amenaza” negra era casi inexistente, las poblaciones originarias habían sido desplazadas, sino extinguidas, y el

²³⁰ Los censos utilizan la categoría “mulata” de modo homólogo a “mestiza”.

²³¹ Si bien era cierto que se reproducía a menor escala, las causas obedecían a las pobres condiciones de vida. Sobre la tesis genético-reproductiva de la raza negra consultar Thomas Skidmore (1992, 1976).

“progreso” estaba encaminado, el aumento de la población blanca y mestiza fue leída como un signo del “inexorable blanqueamiento y, por tanto, perfeccionamiento de la población” (Skidmore 1992, 9). En concreto, entre los censos de 1872 y 1940, la población mulata se duplicó (pasó de 4.190.662 a 8.744.365) y la blanca se septuplicó (pasó de 3.783.512 a 26.171.778) con lo que se convirtió en la población mayoritaria (pasó de representar el 38,1% de la población total al 63,5%) –ver tabla 8–.

Tabla 8. Brasil. Composición poblacional en 1872, 1890 y 1940

	1872		1890		1940	
	Número	%	Número	%	Número	%
Blanco	3.783.512	38,1	6.306.923	44	26.171.778	63,5
Mulato	4.190.662	42,2	5.934.241	41,4	8.744.365	21,2
Negro	1.956.304	19,7	2.092.752	14,6	6.035.869	14,6
Otro	-	-	-	-	284.303	0,6
Total	9.930.478	100	14.333.916	100	41.236.315	99,9

Fuente: elaboración propia a partir de los censos brasileños de 1872, 1890 (citados en Skidmore 1999, 78) y 1940 (citados en Paixão 2009, 199).

Nota: no se incluyen los censos de 1900 y 1920 porque no se discriminó por color de piel. La categoría “otro” incluye la raza “amarilla” y “desconocida”. Para un estudio del desarrollo histórico de la composición racial brasileña entre 1872 y 2000, ver Marcelo Paixão (2009).

Una vez aceptado el mestizaje como paso intermedio superior, durante los primeros años del siglo XX, en el contexto de los procesos de democratización regional, una nueva generación de intelectuales brasileños, mayormente influidos por la antropología cultural boasiana²³² y la corriente nacionalista local²³³ de raíz antiliberal y positivista²³⁴, comenzó a cuestionar los postulados biologicista y dio lugar, entre 1914 y 1930/33, a la tercera etapa de pensamiento en el país (Davis, 2020; Martínez-Echazábal 1996; Skidmore 1992, 1976). Dicha etapa se caracterizó por la explicación del “desarrollo histórico enfatizando en la influencia del ambiente, más que de la raza” (Skidmore 1992, 17). De allí que, para estos intelectuales, no hubiera “razas inferiores y superiores sino

²³² En referencia al antropólogo alemán Franz Boas (1858-1942) que inauguró el llamado “relativismo cultural” basado en la idea de que todos los sistemas culturales son en esencia iguales y que las diferencias entre distintas sociedades son producto de sus propias condiciones históricas, sociales y/o geográficas) en oposición al evolucionismo científico biologicista. Consultar Mechthild Rutsch (1981).

²³³ Alberto Torres y Silvio Romero, llamados “profetas nacionalistas”, constituyen dos de sus principales referentes (Skidmore 1992, 18). Sus ideas cobran fuerza en la década de 1920, bajo la forma de un pensamiento “nacionalista autoritario” (Fausto 2001) cuyos principales voceros son, Oliveira Vianna, Azevedo Amaral e Francisco Campos. Esta corriente tuvo gran influencia en dentro de las filas de las FFAA (Lamounier 2006; Fausto 2001). Sobre el período 1920-1940 ver Boris Fausto (2001).

²³⁴ Apoyados en el positivismo, creían que el proceso civilizatorio debía ser liderado por un Estado centralizado con poderes extensivos y excepcionales.

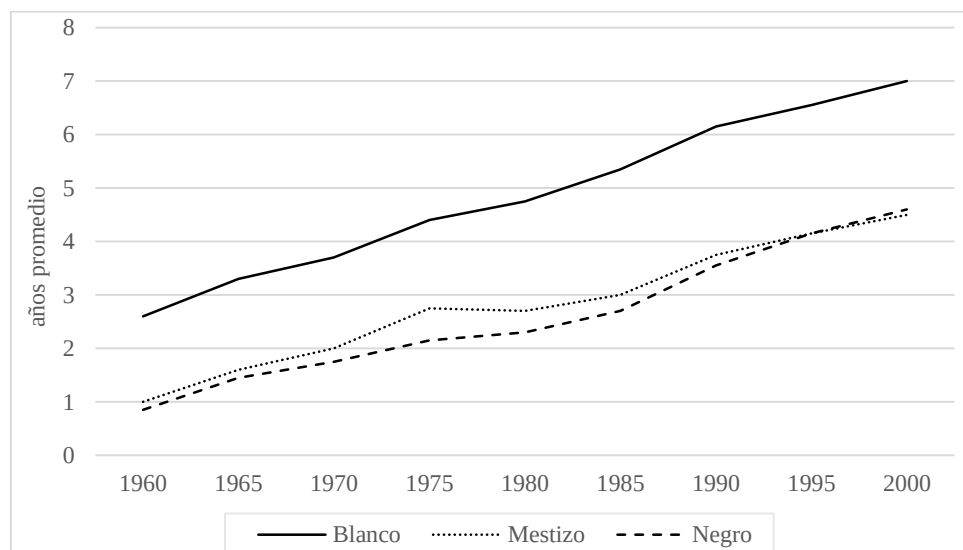
solo avanzadas y retrasadas” (Skidmore 1992, 17). En esta dirección, uno de los padres fundadores de esta corriente, Gilberto Freyre²³⁵ (1900-1987), argumentó que “el Brasil moderno” había sido marcado de modo “imborrable” por la matriz “esclavo-plantacionista” y por el sistema familiar paternalista heredado del Imperio portugués en el que los amos se entremezclaron cultural y sexualmente con los afrodescendientes (Skidmore 2002, 10). De modo que, cualquier “patología”, o atraso, exhibido por la sociedad esclavista, no era el resultado “de la mezcla racial” como propuso el razonamiento científico racista, sino del sistema patriarcal. Esta lectura contribuyó a realzar la idea de una cultura nacional basada en “antagonismos equilibrados” constituida por una “zona de confraternización” donde blancos, negros y mestizos conviven en un “ambiente de intimidad” y de “cooperación mutua” (Freyre 1936, citado en Martínez-Echazábal 1996, 116). Bajo esta interpretación, la nueva generación de intelectuales comenzó una “cruzada” a favor de la inclusión cultural y de la “mezcla” como medio para “celebrar” la identidad nacional “multirracial” (Schwarcz 1994, 1993; Skidmore 1992). Sin embargo, en la medida en que dichas ideas no cuestionaron los prejuicios raciales hacia los afrodescendientes y “celebraron” el mestizaje y la “hibridación” de las costumbres como un paso hacia adelante, es decir, como una instancia culturalmente enriquecida respecto de la raza negra, continuaron reproduciendo la “ideología del blanqueamiento” y contribuyeron a invisibilizar tanto las “injusticias históricas” como “el desplazamiento social endémico de [los] afrodescendientes” (Davis 2020, 38). En este mismo sentido, operó la imagen de la “democracia racial”²³⁶ gestada a principios de siglo. En especial, porque detrás de ese “símbolo integrador” se debilitaron las identidades de los “no-blancos” (y sus solidaridades): negros y mulatos compitieron por internalizar las normas y los valores de los blancos para ascender en la sociedad (Hasenbalg 2018, 2005). Asimismo, en estrecha relación con lo anterior, la formación de organizaciones sociales fuertes y activas que lucharan, como sucedió en Argentina, por la efectiva ampliación de los derechos de estas minorías (Fausto y Devoto 2005). En efecto, las desigualdades sociales entre negros y blancos vigentes desde la esclavitud, tendieron a ser leídas en términos de diferencias entre clases (es decir, como producto de sus posiciones socioeconómicas) más que en términos de prejuicios raciales lo que dificultó, aún más, su integración social en el mediano y largo plazo (Souza 2019, Almeida 2018; Hasenbalg

²³⁵ Sobre la obra de Freyre se sugiere Thomas Skidmore (2002).

²³⁶ Sobre su origen e influencia en el imaginario nacional se sugiere Antonio Sergio Guimarães (2002).

2018, 2005; Baptista Da Silva y Rosenberg 2007; Telles 2006). Sobre todo, porque la consecuencia lógica de la negación del prejuicio y de la discriminación fue la de poner en el primer plano “la capacidad individual de los miembros del grupo subordinado como causa de su posición social, en detrimento de la estructura de relaciones intergrupales” (Hasenbalg 2018, 546). Los gráficos 9 y 10 proveen algunos indicios al respecto.

Gráfico 9. Brasil. Años de escolarización promedio de la población adulta (entre 25 y 64 años de edad) discriminada por color entre 1960 y 1999

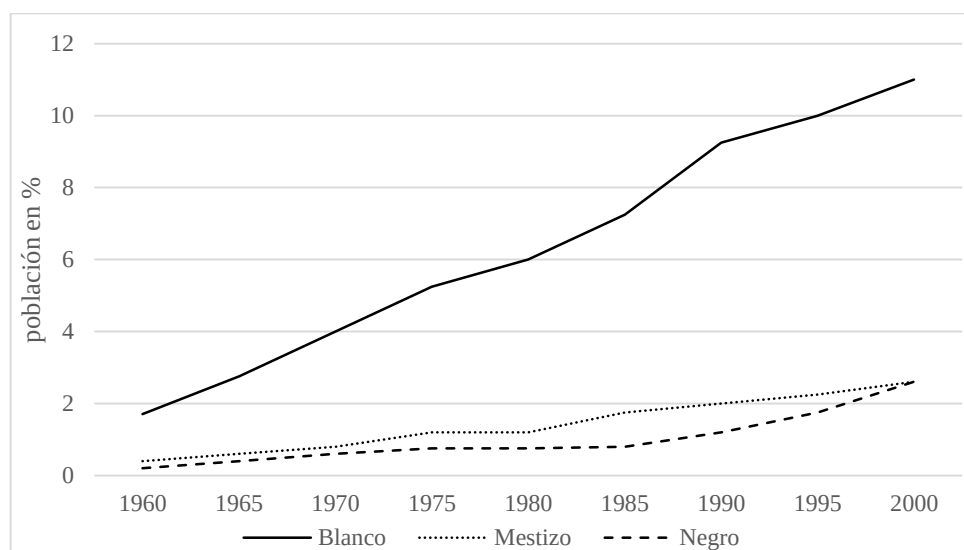


Fuente: Edward E. Telles (2006, 161).

El gráfico 9, muestra la cantidad de años promedio de escolarización de la población brasileña, entre 25 y 64 años de edad, discriminada por color de piel (blanca, representada por la línea continua; mestiza, por la línea de puntos; y negra, por la línea de guiones) durante la segunda mitad del siglo XX (1960 - 1999)²³⁷. Se observa que, la población blanca pasó de 2,6 a 7 años de escolarización promedio y la mestiza y negra, de alrededor de 1 a 4,6 años de escolarización promedio. Si bien se ve que los tres grupos aumentaron los años de escolarización durante ese período, la distancia entre la población blanca y la no blanca también creció: pasó de 1,6 años promedio en 1960 a 2,4 a fines de siglo. A su vez, esta distancia se reproduce y magnifica si se considera el porcentaje de adultos que completaron sus estudios universitarios durante ese mismo período.

²³⁷ No se disponen de datos de escolarización antes de 1960. Hasta 1940 los censos oficiales relevaban la cantidad de analfabetos. A partir de 1940 añaden nuevamente la variable racial (que no se consideraba desde el censo de 1890) y, en 1960, la pregunta sobre los niveles y años de escolarización.

Gráfico 10. Brasil. Porcentaje de población adulta (entre 25 y 64 años de edad) con estudios universitarios completos discriminada por color entre 1960 y 1999



Fuente: Edward Telles (2006, 163).

Como se ve en el gráfico 10, la brecha racial entre las personas de piel blanca y las de piel negra y mestiza creció de modo constante durante la segunda parte del siglo XX. Pasó de 1,3% en 1960 a 8,3% en 1999. Asimismo, si bien el porcentaje de negros y mestizos que terminaron la universidad ha experimentado un aumento entre 1960 y 1999 (creció alrededor de un 2,4%) la población blanca lo ha hecho a un ritmo mucho más rápido (aumentó un 9,6%). Dichas estimaciones son aún más importantes si se considera que la educación y sus distintos niveles condicionan las posibilidades de integración y ascenso social de las poblaciones, como lo son el ingreso a un trabajo formal, a sus prestaciones y a un salario digno, y el pleno ejercicio de la ciudadanía (Hasenbalg 2018, 2016; Telles 2006; Carvalho 1999, 1995).

En definitiva, si bien durante el proceso fundacional del Estado argentino y brasileño (1822/1850-1930) entre las élites dominaron, los ideales positivistas, las teorías raciales y los principios liberales, el peso y la articulación de dichas ideas varió entre los países. En Argentina, la fórmula positivista –“orden y progreso”– contribuyó a legitimar la política de exterminio físico y simbólico de las poblaciones originarias (indígenas, mestizos, negros) a favor del desarrollo “civilizatorio”; mientras que la predominancia del discurso liberal resaltó los valores de “libertad e igualdad” entre los “nuevos” ciudadanos (en especial, los inmigrantes de la “Europa civilizada”), lo que se materializó en el reconocimiento y expansión de los derechos civiles en particular –al respecto, es paradigmática la difusión de la educación a partir de fines de siglo XIX– y, en estrecho

vínculo, en la formación de unos movimientos sociales más fuertes, activos e intransigentes que los brasileños.

En cuanto a Brasil, si bien los principios positivistas también favorecieron la predominancia del ideal civilizatorio europeo y la implementación estatal de políticas inmigratorias; la dominación de la “ideología del blanqueamiento” desde fines del siglo XIX entre las élites contribuyó a incorporar simbólicamente a estas poblaciones al mito de la “democracia racial”. Este mito, conjuntamente con la herencia esclavista y la menor visibilidad de los valores liberales, operó en detrimento tanto de la inmediata ejecución de políticas de inclusión destinadas a los libertos y afrodescendientes como de la expansión de los derechos civiles y políticos además de, como se verá, de la formación de movimientos sociales fuertes. Todo ello contribuyó a institucionalizar las diferencias sociales –o lo que los especialistas llaman “racismo estructural”– a través de un proceso no lineal, que comportó –y comporta– “ciclos de desventajas acumulativas”²³⁸ para los grupos minoritarios en general y para la población negra en particular.

Cabe preguntarse pues, cómo contribuyeron los grupos de poder brasileños considerados claves (los militares y la Iglesia además de las organizaciones sociales y los partidos políticos) a institucionalizar patrones de relación social más jerárquicos y disciplinados que los argentinos y, por tanto, a demarcar los límites de la tolerancia social en torno a los estilos de autoridad militarista en el mediano y largo plazo.

2. (c) La Iglesia y los militares. Penetración estatal y autonomía castrense

Si en Argentina, la Iglesia, los militares y las élites constituyeron la principal tríada desde la que se procuró reorganizar el Estado y defender la “nación católica”, en Brasil, el peso e injerencia de dichos grupos fue mucho más desigual y tendió a inclinarse a favor de la mayor supremacía y autonomía política de los militares (Lamounier 2006; Carvalho 2006, 2005; Fausto 2001; Santos 1998, 1967).

Respecto de la Iglesia brasileña, a diferencia de la experiencia argentina, el catolicismo permaneció como religión oficial tras la independencia²³⁹ de la Corona portuguesa hasta la proclamación de la Primera República (1822-1889) y penetró más

²³⁸ En referencia a la transmisión intergeneracional y la producción intrageneracional de desigualdades sociales. Sobre este punto ver Carlos Hasenbalg (2005, 207-232).

²³⁹ El Estado conservó el patronato. La doctrina católica estaba presente en la enseñanza y los docentes debían presta juramento de la fe católica. Además, el código penal de 1830 preveía multas y penas de cárcel para los que divulgaban discursos contrarios “a la existencia de Dios y la inmortalidad del alma”. En sintonía, se prohibió a los evangélicos trabajar en la educación pública (Cunha 2017, 164).

entre las élites civiles dominantes y en el Estado, que en las Fuerzas Armadas, mayormente positivistas, los partidos políticos, predominantemente pragmáticos, y los sectores populares donde dominaron las religiones espiritistas y de la diáspora africana que se mezclaron con el catolicismo bajo diferentes formas de sincretismo²⁴⁰ (Cunha 2017; Touris 2015; Hagopian 2009b; Fausto y Devoto 2005; Mainwaring 1986). Asimismo, similar a lo que aconteció en Argentina y en otros países latinoamericanos, si bien la promulgación de su primera Constitución republicana (1891) implicó la separación formal entre el Estado y la Iglesia, la herencia del Real Patronato indujo la proyección de una forma específica de relaciones entre estas dos instituciones que potenció la “aspiración instrumental y hegemonizante de una esfera sobre la otra” (Touris 2015, 102) en el mediano y largo plazo.

Así, en sintonía con la trayectoria regional, se pueden identificar dos etapas más importantes en torno a la Iglesia católica y sus vínculos con el Estado (sus élites, instituciones gubernamentales y el Ejército) durante el proceso fundacional brasileño, que contribuyen a comprender la injerencia del catolicismo en la formación de la nación. Una primera, durante la transición al siglo XX, caracterizada por la progresiva secularización estatal y la reorganización institucional del catolicismo; y una segunda, a partir de 1916/1920 y hasta el fin del llamado *Estado Novo* (1945) aproximadamente, en que emergió una Iglesia “integralista” de raíz ortodoxa y conservadora que procuró “cristianizar la nación” y, para ello, estrechó sus vínculos con el Estado (Mainwaring 1986).

En cuanto a la primera etapa, los procesos de secularización brasileños estuvieron guiados por el avance del liberalismo regional, se cristalizaron con la proclamación de la Primera República (1889) y se extendieron hasta principios del siglo XX (1916/1920) (Martins 2019; Bittencourt 2017; Mainwaring 1986). Tal como en la Argentina de 1853, en 1891, la primera Constitución republicana consagró la separación entre la Iglesia y el Estado: puso fin al credo católico como religión oficial, terminó con el sistema de patronazgo, garantizó la libertad de culto, prohibió la enseñanza religiosa en las escuelas públicas y transfirió importantes funciones, tal como el casamiento y los cementerios, a la administración pública municipal (Cunha 2017, 163; Fausto 1995, 251). Este ímpetu estuvo acompañado, además, por la preocupación de las élites de la época por atraer la

²⁴⁰ El conocido ensayo *O que faz brasil, ¿Brasil?*, del antropólogo Roberto Da Matta (1986), ofrece una muy buena representación a este respecto.

inmigración europea conforme a las políticas de blanqueamiento racial y facilitar la integración de los extranjeros con diferentes credos al país (Follmann y Gabatz 2017; Fausto y Devoto 2005; Fausto 1995). Y, si bien la nueva situación implicó un golpe para los recursos y la exclusividad de la Iglesia, también le dio la oportunidad para desarrollar su actividad religiosa “sin las limitaciones impuestas por el aparato estatal” (Cunha 2017, 165). De esta manera, el catolicismo se abrió camino a la promoción de una política más “agresiva” que buscó, en primer término, “sanear y reorganizar la institución” para hacer frente “al mundo moderno” (Fausto y Devoto 2005, 125). En línea con la llamada doctrina de “romanización” promovida por el Vaticano, procuró restaurar las jerarquías institucionales y los ordenamientos ortodoxos y expandir el dogma católico, a partir de la reactivación y radicación de nuevas congregaciones religiosas²⁴¹ en el país y, en especial, de la prestación de servicios sociales básicos. Este último punto constituyó, a diferencia de la experiencia argentina, una de las principales cartas de negociación de las jerarquías católicas frente a las instituciones estatales que no tenían los recursos ni la extensión necesarias para cubrir el vasto territorio y universalizar las prestaciones. Así, el Estado se apoyó en la Iglesia para cumplir importantes funciones en el área de la salud, la prensa y, particularmente, la educación (Martins 2019; Cunha 2017; Klein y Vidal Luna 2014; Touris 2015). De esta manera, mientras a finales de siglo XIX el Estado argentino extendió, aunque bajo su propia narrativa e historiografía, la educación laica, gratuita y obligatoria “dejando poco espacio para el trabajo pedagógico de las congregaciones” (Bittencourt citado en Queiroz 2016), en Brasil, la difusión de la educación y el conocimiento dependieron, por lo menos hasta 1950²⁴², mayormente de la infraestructura y experiencia de una Iglesia encabezada por un “movimiento conservador” (Mainwaring 1986, 26-27). En este contexto, la Iglesia comenzó a ganar cada vez mayor terreno frente al Estado y una población “carente de *expertise* en el campo social y educacional” (Bittencourt 2017, 37). En efecto, se podría decir que, si como se señaló en el subtítulo antecedente a partir de los expertos en el tema, nunca el discurso de la élite brasileña fue

²⁴¹ La instalación de congregaciones religiosas en América Latina provenientes mayormente de Europa, estuvo relacionada con la expulsión de los religiosos de las actividades sociales en los estados en proceso de laicización (particularmente, Italia y Francia) y la implementación del “proyecto católico para América Latina” de parte del Papa León XIII (Bittencourt 2017, 36).

²⁴² En el pasaje del siglo XIX al XX, la instrucción pública en Brasil se limitaba a la educación primaria, unas pocas escuelas secundarias y algunas carreras superiores. Con la llegada de las congregaciones católicas se fundaron escuelas para todas esas etapas de la educación. Así, hasta mediados de la década de 1950, la enseñanza (en especial, la secundaria) fue mayoritariamente privada y confesional (Bittencourt citado en Queiroz 2016).

tan abiertamente racista como tras la abolición de la esclavitud (Graham 1999; Schwarcz 1994, 1993); de modo análogo, nunca proliferó tanto la educación religiosa y la voluntad evangelizadora como tras la formal separación entre el Estado y la Iglesia (Martins 2019; Bittencourt 2017). En concreto, como se lee en la tabla 9, durante los últimos casi 40 años del Reino de Brasil (1850-1889) se instalaron un total de 7 congregaciones, mientras que durante los 40 años siguientes que duró el orden republicano (1890-1930) este número se multiplicó en 18 veces (es decir, llegaron a 127) hasta alcanzar su pico más alto en el país y en la región latinoamericana en las décadas de 1950 y 1960 (Queiroz 2016), tras las que descendieron abruptamente (Bittencourt 2017, 38). De esta manera, frente a la escasez de escuelas públicas durante el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, la predominancia de una instrucción confesional y privada circunscribió el acceso a la educación a los sectores privilegiados y, en el caso de los sectores populares y la población negra pertenecientes a los sectores más pobres de la sociedad, cuando sí pudieron acceder, lo hicieron a través de iniciativas de beneficencia (Martins 2019, 244-345) –ver gráfico 8 (arriba)–. Así, durante la transición al siglo XX la “caridad se instaló en ausencia de la ciudadanía” (Martins 2019, 341) y debilitó, aún más, la autonomía de la sociedad civil brasileña (Fausto y Devoto 2005). Sobre todo, cuando a principios de ese siglo, los vínculos entre la Iglesia y el Estado se estrecharon hasta llegar a su máxima expresión en el “Estado getulista” –en referencia a las primeras presidencias de Getúlio Vargas entre 1930 y 1945 en particular– (Cunha 2017; Touris 2015, Klein y Vidal Luna 2014; Fausto 1995; Mainwaring 1986).

Tabla 9. Brasil. Cantidad de Congregaciones entre 1850 y 1870

Década	N.º	Porcentaje
1850	1	0,5
1870	1	0,5
1880	5	2
1890	14	5
1900	20	8
1910	23	9
1920	41	16
1930	29	11
1940	26	10
1950	51	19
1960	41	16
1970	1	0,5
S/I	7	2,5
Total	260	100

Fuente: Agueda B. Bittencourt (2017, 38).

Nota: “S/I” remite a “sin identificar”.

De esta forma, a partir de 1916/1920²⁴³ y hasta 1945 aproximadamente se inauguró la segunda etapa en la relación entre la Iglesia católica y el Estado brasileño, en la que la Iglesia procuró cristianizar a la sociedad a través de la extensión de sus funciones sociales, su penetración en el Estado (Bittencourt 2017, Mainwaring 1986) y, con mucho menor éxito, en el Ejército (Touris 2015; Carvalho 2005). Tal como en Argentina, nació un movimiento católico de cuño integralista que pasó a involucrarse profundamente en la política pero que, a diferencia de su par latinoamericano, estuvo más controlado por la jerarquía eclesiástica y fue de extracción mayormente urbana y de clase media –como, la Unión Popular (1909), la Liga Brasileña de Mujeres Católicas (1910), la Alianza Femenina (1919), la Congregación Mariana (1924), los Círculos Obreros (1930); la Juventud Universitaria Católica (1930), la Juventud Católica Trabajadora (1930) y la Acción Católica Brasileña– (Mainwaring 1986, 29-31). El movimiento católico, jugó un

²⁴³ Según los expertos, el acontecimiento que da comienzo a esta etapa es la publicación de una carta, en 1916, del arzobispo de Recife y Olinda (y posteriormente, líder de la Iglesia brasileña) Dom Sebastião Leme en la que llama la atención sobre la escasa influencia de la religión en las prácticas de los sectores populares, la esfera política y sobre los intelectuales además de la “pobre” situación financiera e institucional de la Iglesia y la escasez de curas. Ante este panorama, la carta llama a la Iglesia a “cristianizar las instituciones sociales más importantes, desarrollar un cuadro de intelectuales católicos y alinear las prácticas religiosas populares con los procedimientos católicos ortodoxos” (Mainwaring 1986, 25). A partir de 1920, buena parte de estas intenciones se hacen realidad (Mainwaring 1986, 25-59).

rol importante en el convulsionado e inestable Brasil de 1920²⁴⁴, atravesado por el fraude y la coerción electoral y la sucesión de las oligarquías en el poder –lo que le valió a la Primera República, de modo similar a la Argentina de 1880, el nombre de “República oligárquica” (Fausto 1995)– y los reclamos de los sectores trabajadores respecto de las pobres condiciones laborales. En este último sentido también se movilizaron distintas organizaciones sociales de extracción urbana (principalmente sindicatos de raíz anarquista, comunista y socialista) pero su capacidad de presión y negociación fue más débil que las argentinas además de que el Estado fue mucho más exitoso en reprimirlas (Fausto 2016, 1995; Fausto y Devoto 2005). Todo ello contribuyó a que la Iglesia brasileña se convirtiera en una institución central en la articulación, organización y movilización social a inicios de siglo XX (Follmann y Gabatz 2017; Fausto y Devoto, 2005; Fausto 1995; Mainwaring 1986). En concreto, tras la revolución liderada por el grupo de tenientes que puso fin a la cuestionada Primera República en 1930, la “Iglesia llamó a la masa de la población católica a apoyar el nuevo gobierno” (Fausto 1995, 333), a cambio, el nuevo presidente (Getúlio Vargas) terminó de abrirle las puertas del Estado. Los primeros pasos en esta dirección fueron el decreto de 1931 que habilitó –como sucediera en la Argentina de 1943-1955– la enseñanza católica en las escuelas públicas y la Constitución de 1934 que admitió la asistencia religiosa en expediciones militares, hospitales, cárceles y otras instituciones oficiales, aprobó la existencia de cementerios privados (incluso bajo la administración de instituciones religiosas), reconoció efectos civiles al matrimonio religioso, y la posibilidad de una educación religiosa en las escuelas públicas, enseñada según los principios de la confesión del alumno (Rodrigues 2014 citado en Follmann y Gabatz 2017, 227). Aunque, en la práctica las religiones no católicas, en especial el espiritismo y las de la diáspora africana, fueron perseguidas bajo el argumento de que daban cobijo a los comunistas (Follmann y Gabatz 2017).

De esta manera, desde fines de siglo XIX, la injerencia católica como principal suplente de las funciones sociales del Estado contribuyó a la formación de una cultura que tendió a (re)producir y naturalizar la conservación del orden social y legitimar, en mayor medida que en Argentina, la penetración religiosa en el Estado en el largo plazo (Cunha 2017, 2013). En la actualidad, ello se expresa en las diversas formas de interrelación existentes entre la religión y el ámbito político en general (Cunha 2017,

²⁴⁴ Sobre las características de la Primera República y el proceso político de la década de 1920, ver Boris Fausto (1995, 261-328).

2013; Klein y Vidal Luna 2014; Martel 2007). Prueba de ello lo constituyen la sanción del Estatuto de la Iglesia Católica y la Ley General de Religiones en el año 2009 que, si bien procuró garantizar la libertad de los credos, en los hechos comportó la expansión de los privilegios del catolicismo y de las distintas corrientes cristianas no apostólicas y su avance sobre la esfera educativa y política (Follmann y Gabatz 2017; Cunha 2017, 2013), y la aprobación de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas²⁴⁵ de parte del Supremo Tribunal de Justicia de Brasil en el año 2017. A su vez, la creciente penetración e influencia política de las corrientes cristianas no apostólicas, como las evangélicas en particular, en los gobiernos, el ámbito legislativo, los partidos confesionales (Bolognesi et al. 2020; Samuels y Zucco 2019; Power y Rodrigues-Silveira 2019) y los liderazgos políticos (Frigerio 2019; Semán 2019; Semán y Viotti 2019; Oulalou 2019; Hagopian 2009a,b). Sobre este último punto, cabe recordar el lema de la campaña de Jair Bolsonaro en el año 2018: “Brasil por encima de todo y Dios encima de todos” (Stefanoni 2018, 4-5).

A modo de síntesis, se pueden identificar una serie de similitudes y diferencias entre el rol de la Iglesia Católica brasileña y la argentina durante la fundación del Estado nación que permiten contrastar las experiencias.

En primer término, la Iglesia brasileña ocupó un lugar central en la prestación de servicios sociales en el ámbito educativo en especial, debido a la incapacidad de las instituciones estatales para abarcar el gran territorio del país y proveer servicios sociales básicos hasta, por lo menos, mediados de siglo XX. En este punto se aleja de la experiencia argentina donde, si bien la Iglesia también tuvo un rol importante en la prestación de servicios sociales partir de las primeras décadas del siglo XX en específico, el Estado ha tendido a garantizarlos en mayor medida que en Brasil.

En segundo término, y de modo similar a lo que ocurrió en Argentina, la Iglesia Católica brasileña tuvo una posición destacada en la articulación y movilización de la sociedad durante la transición al siglo XX. Aunque, en el caso brasileño, la capacidad de organización social de la institución ha sido relativamente mayor debido a la mayor coerción de la oposición sociopolítica de parte de los gobiernos de turno y la consecuente menor pluralidad y competencia asociativa. Sin embargo, penetró menos entre los amplios sectores populares brasileños y sus liturgias se fundieron con los credos espiritistas y de la diáspora africana, lo que pudo haber favorecido la mayor penetración

²⁴⁵ Noticia disponible en Infobae (2017).

de otras formas de cristianismo no apostólico en el largo plazo. En este sentido, la construcción de una “nación católica” tuvo menos éxito en Brasil donde el mito de la “democracia racial” fue comparativamente más exitoso que en Argentina.

Todas estas características contribuyeron a reforzar la capacidad de penetración de la religión en general y del cristianismo en particular en el Estado brasileño, aunque su injerencia en el Ejército ha sido menor.

Los próximos párrafos dan cuenta de que la visión comparativamente más autónoma y el carácter más intervencionista de los militares brasileños, en comparación con los argentinos, contribuyó a aumentar el sentimiento de identidad del cuerpo y su grado de independencia tanto respecto de las élites políticas (Carvalho 2006, 2005) como de la Iglesia católica²⁴⁶ en el mediano y largo plazo (Touris 2015; Lamounier 2006; Fausto 2001). Por un lado, los orígenes organizativos de las Fuerzas Armadas contribuyeron a una mayor distancia entre los militares y las élites nacionales (Carvalho 2006, 2005; Stepan 1971); por otro lado, la existencia de un sistema formativo más cerrado contribuyó a limitar la injerencia de la Iglesia Católica en el ámbito castrense y a disputarle el monopolio de la organización del poder político a las élites civiles (Lamounier 2006; Carvalho 2006, 2005).

A diferencia de lo que ocurrió en las colonias españolas donde los procesos independentistas fueron más disruptivos respecto del orden antecedente, en sus orígenes las Fuerzas Armadas brasileñas heredaron la tradición organizativa europea caracterizada por la mayor correspondencia entre la estructura militar y la estructura de clases de la sociedad. Es decir, mientras el cuerpo de oficiales fue reclutado entre los estratos más altos de la sociedad (la nobleza), los cuadros inferiores lo fueron entre los sectores más pobres (el campesinado y el proletariado urbano) (Carvalho 2006, 2005; Stepan 1971). Durante la primera parte del siglo XIX, esta organización favoreció la mayor identificación entre los intereses de los funcionarios y los grupos políticamente dominantes, contribuyó a la conservación de sus privilegios y obstaculizó posibles alianzas entre los oficiales y los escalones inferiores (que tenían pésimas condiciones laborales) contra los gobiernos de turno. Pero, a medida que avanzó el siglo XIX el reclutamiento se cerró sobre sí mismo y pasó de ser “aristocrático para endógeno y de

²⁴⁶La afirmación solo resalta el mayor peso y autonomía relativa de las FFAA brasileñas, pero ello no niega ni la importancia de la Iglesia y las élites en la construcción de apoyos y consensos en general, ni su rol en la implementación y supervivencia de las dictaduras militares. Tampoco las transformaciones internas y los cambios de posición y sus relaciones de fuerza.

clases medias” –con lo que solo los nobles y sus descendientes pudieron acceder a los cargos oficiales– y más independiente de la organización civil mientras que las condiciones de los cuadros inferiores empeoraron (Carvalho 2005, 19-20). De esta manera, la Guardia Nacional Imperial de Brasil (una institución estatal independiente de los militares que detentaba funciones policiales) pasó a reclutar a los sectores dominantes de la sociedad –se convirtió en obligatoria para aquellos que gozaban de una renta privilegiada, con excepción de los militares, los clérigos y los oficiales de justicia (Carvalho 2005, 21)– y a ligarlos, a diferencia del Ejército, con la élite política (Carvalho 2005; Stepan 1971). Así, se creó en Brasil “un verdadero divorcio entre el Ejército y la élite civil” que derivó en una “acentuada agresividad contra esa élite representada, sobre todo, por los políticos” (Carvalho 2005, 21-22). En este marco, tras derrocar el gobierno imperial y declarar la Primera República²⁴⁷ (1889-1930), los militares incorporaron una serie de reclamos en la agenda pública vinculados con las condiciones del servicio, las reglas y la transparencia del reclutamiento, así como con el fortalecimiento, la centralización y profesionalización de las Fuerzas Armadas (Carvalho 2006, 2005; Santos 1998; Fausto 1995; Stepan 1971). De esta forma, durante la primera década del siglo XX, la crítica hacia las élites políticas de parte de los militares cobró impulso bajo el liderazgo de una nueva generación de oficiales conocidos como los “jóvenes turcos” que habían sido entrenados en Alemania y admiraban el espíritu, la educación y la autonomía política de sus Fuerzas Armadas y, creían necesario replicar su modelo además “acercar el Ejército al pueblo” (Carvalho 2005, 27). En palabras de uno de sus principales voceros era necesario un Ejército profesional:

*“Não uma casta militar, nem uma profissão militar, nem uma milícia assoldada (...), mas um Exército nacional, democrático, livre, civil, de defesa e coesão, que seja o próprio povo e a própria essência da nacionalidade, [que] o Exército seja o povo e o povo seja o Exército, de modo que cada brasileiro se ufane do título de cidadão-soldado”*²⁴⁸ (Olavo Bilac 1915, citado em Carvalho 2005, 23).

²⁴⁷ La deposición del Emperador D. Pedro II fue forzada por un movimiento militar encabezado por el mariscal Deodoro da Fonseca, que estableció un gobierno provisorio presidido por él, e integrado por el mariscal Floriano Peixoto como vicepresidente y que, entre otros ministros, contó con el militar llamado Benjamín Constant Botelho de Magalhães (así llamado en referencia al famoso pensador francés de fines del siglo XVIII. Sobre las medidas militares impulsadas durante la llamada Primera República o República Vieja (1889-1930), en contraposición a la actual, ver Murilo de Carvalho (2006).

²⁴⁸ “No una casta militar, ni una profesión militar, ni una milicia compuesta por soldados sino un Ejército nacional, democrático, libre, civil, de defensa y cohesivo que sea el propio pueblo y la propia esencia de la nacionalidad, [que] el Ejército sea el pueblo y que el pueblo sea el Ejército de modo que cada ciudadano se ufane del título de ciudadano-soldado” –traducción propia–.

En respuesta, durante las primeras décadas del siglo XX, el gobierno abolió la Guardia Nacional (1918), trasladó el proceso de reclutamiento a los militares (1919), promovió un *Regulamento Disciplinar do Exército* y de *Servicios Gerais* (1920) con lo que las actividades pasaron a estar planeadas y controladas por la cúpula militar, estableció un sistema de formación más técnico, autónomo y especializado²⁴⁹ (1920) y contribuyó a la ampliación del concepto de “defensa nacional” y sus actividades asociadas. Esta nueva concepción integró todos los aspectos relevantes de la vida del país: desde la preparación militar hasta el desarrollo de industrias estratégicas para la defensa, “incluyendo aspectos psicológicos y económicos” (Carvalho 2005, 29), lo que trajo aparejado una gran expansión y fortalecimiento de los recursos del Ejército. Todo ello contribuyó a la mayor cohesión, centralización e identidad del cuerpo militar y a su incorporación como una forma integral de vida (Carvalho 2006, 2005). Según Murilo de Carvalho (2005) estas transformaciones apuntaron a incentivar una actuación militar “más conservadora, por implicar mayor control jerárquico y mayor control sobre la sociedad” (Carvalho 2006, 217). Así, se levantó en Brasil un Ejército comparativamente más autónomo de las élites políticas que el argentino y, como se verá, con un proyecto de país propio (Lamounier 2006; Carvalho 2006, 2005; Fausto 2001; Stepan 1971) que incluyó, tal como el catolicismo regional de la época, la vocación universal de “integrar la nación” (Stepan 1971, 23) pero, conforme a su propia “ideología de Estado” (Lamounier 2006, 383), todo lo que conduce a revisar la instrucción y formación de los militares y sus vínculos con la Iglesia católica y las élites políticas.

Se pueden identificar dos etapas más influyentes en los orígenes formativos del cuerpo militar. La primera tuvo lugar entre 1870/80 hasta 1920 y, bajo la influencia de la corriente positivista, puso fin al “viejo Ejército imperial católico” (Carvalho 2006, 216). En concreto, a partir de 1872, con la incorporación de Benjamin Constant²⁵⁰ al cuerpo docente, la Escuela militar se convirtió en un centro de estudios positivista más

²⁴⁹ Con el fin de la Primera Guerra Mundial (1918), el gobierno brasileño contrató un grupo de instructores pertenecientes a las Fuerzas Armadas francesas con el fin de actualizar la doctrina y las prácticas de la institución militar. Fue dicha instrucción la que recibió el nombre de “misión francesa” (ver Carvalho 2006).

²⁵⁰ Así bautizado en honor al filósofo y político francés Benjamin Constant (1767-1830); Benjamin Constant Botelho de Magalhães (1836 - 1891), fue un militar y un pensador político positivista brasileño central en la tradición del pensamiento político-militar del país (Carvalho 2006, 2005, 1997; Fausto 1995). Para él, el Ejército debía ser un instrumento al servicio de la evolución de la sociedad. Era un “pacifista [que] soñaba con el fin de los Ejércitos” (Carvalho 1997, 61) y fue el fundador de la Sociedad Positivista Brasileña (1876). Su figura e ideas constituyen parte de la construcción del imaginario nacional brasileño. Sobre este punto ver Carvalho (1997, 61-71).

preocupado por la enseñanza de la física, la matemática, la filosofía y las letras que en la “técnica de hacer la guerra” (Carvalho 2005, 39). En particular, el positivismo consideraba que la educación militar debía orientarse a la formación de un “soldado-ciudadano”, esto es, un “ciudadano armado” al servicio del progreso civilizatorio –de forma tal que, llegaría una instancia del desarrollo histórico, en que la evolución de la sociedad volvería a los militares “entidades inútiles”– (Carvalho 2005, 39). Así, durante la década de 1890 y 1910, se difundieron dentro de la Escuela publicaciones, clubes de debate académico, sociedades literarias y dramáticas, que discutieron asuntos tales como, la “poesía científica”, la “positividad del siglo”, la “armonía del estilo”, la “evolución cósmica” y problemas tales como “¿será posible la paz universal?” (Carvalho 2005, 25). Si bien esta concepción fue criticada por los oficiales más viejos –mucho de ellos, ex combatientes de la guerra del Paraguay y sin curso en la escuela militar– por formar “intelectuales diletantes”, “buenos amigos de la santa paz universal”, “bachilleres uniformados sin espíritu militar” y “adversarios de los ejércitos permanentes” (Carvalho 2005, 25), el positivismo se convirtió en uno de los pilares sobre los que se fundamentó el activismo castrense y se estructuró el pensamiento “nacionalista-autoritario-militar”²⁵¹ a partir de la década de 1920 (Fausto 2001). En específico, bajo la “ideología del intervencionismo militar” (Carvalho 2006, 2005), la categoría de “soldado-ciudadano” que concebía que el progreso eventualmente terminaría con las Fuerzas Armadas, fue reinterpretada para fortalecer a los militares –más que debilitarlos, como había sucedido entre 1880 y 1910/20–. Igualmente, si los soldados eran concebidos por el positivismo como “ciudadanos armados”, entonces podía interpretarse que tenían el “deber moral” de intervenir en el escenario político y recibir una educación técnica acorde a ese deber –antes que solo formarse en las matemáticas y reflexionar filosóficamente en torno al estado del mundo– (Carvalho 2006, 2005; Santos 1998). Bajo estas definiciones, las Fuerzas Armadas y, en particular, el Ejército se autodesignaron como la institución más idónea para desarrollar y guiar un programa político y económico que fuera capaz de “demoler” las condiciones sociales y políticas (en particular, la “masa social irracional”,

²⁵¹ Los positivistas brasileños eran enemigos manifiestos de la democracia representativa. Sostenían que, en su lugar, se debía implantar una dictadura republicana inspirada en la tradición clásica romana y en la figura del Danton, donde el Congreso solo tenía un papel vinculado al presupuesto. La finalidad de esta dictadura era promover la república social, esto es, garantizar las libertades espirituales y promover la incorporación del proletariado a la sociedad mediante la eliminación de los privilegios de la burguesía (Carvalho 1997, 62).

las “élites corruptas”²⁵² y el “idealismo utópico” liberal²⁵³) a las que habían conducido los sucesivos gobiernos durante la Primera República y que impedían el progreso²⁵⁴ (Fausto 2001). Así, en 1920, sobre la base de la “ideología del blanqueamiento” (Skidmore 1992) e imbuido en el clima nacionalista de la época (Fausto 2001), se erigió un Ejército autopercebido como “la parte más representativa del pueblo” (Stepan 1971, 23) que se dio por labor “reconstituir la nación” (Fausto 2001, 30) a partir de la instauración de un modelo de “organización institucional de poder político alternativo” (Lamounier 2006, 371) al de las élites civiles, solo posible, según ellos, con la implantación de un “sistema autoritario”, con eje en el Estado y dirigido por los militares (Lamounier 2006; Carvalho 2006, 2005; Fausto 2001, Santos 1998).

De esta manera, se inauguró la segunda etapa del pensamiento militar que funcionó como ideología rectora del accionar castrense durante el siglo XX. Su primera puesta en práctica fue guiada por Góes Monteiro, comandante militar de la “Revolución de 1930” que depuso la Primera República y que fue central en la construcción y quiebre del *Estado Novo* liderado por Getúlio Vargas (Fausto 2001, 34). Los principales atributos de esta ideología “nacionalista-autoritaria-militar” fueron esquemáticamente sintetizados por Bolivar Lamounier (2006) en lo que llamó la “ideología de Estado”, a saber: (i) el principio de predominio del Estado sobre el mercado, en otras palabras, su supremacía sobre todos los órdenes y su distinción respecto de la esfera privada; (ii) una visión “orgánico-corporativa” de la sociedad en que los militares son el “cerebro”, o el “centro” del organismo, es decir, de la organización nacional (Lamounier 2006, 391); (iii) el “objetivismo tecnocrático”, entendido como la posibilidad de transformar la organización sociopolítica a partir de la reforma y/o implantación de las instituciones adecuadas a la realidad –en contraposición a la “utopía liberal”–; (iv) la visión “paternalista-autoritaria” del conflicto social, esto es, la idea de que puede ser erradicado a través de la puesta en práctica del “modelo tecnocrático” apropiado; (v) la “no-organización” de la sociedad

²⁵² El pensamiento de las Fuerzas se nutrió tanto de elementos del positivismo de Auguste Comte como de las teorías sobre el papel de las élites (por ejemplo, Hippolyte Taine, Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto) y el carácter irracional de las masas (como la obra de Gustave Le Bon) de las que se desprende mayormente el carácter autoritario (Fausto 2001, 10).

²⁵³ En alusión a uno de sus principales detractores, Oliveira Viana, que considera que las aspiraciones de las élites políticas están en íntimo desacuerdo con las condiciones reales orgánicas de la sociedad que pretende dirigir (Fausto 2001, 30). Sobre la distancia entre el pensamiento y la praxis liberal se sugiere Wanderley Guilherme dos Santos (1998) y sobre el período 1920-1940, Fausto (2001).

²⁵⁴ Cabe aclarar que, en el caso del pensamiento autoritario-militar, no hay una lectura necesariamente determinista o “natural” del progreso. En su interpretación del positivismo y del cientificismo se destaca la importancia del “papel de la voluntad” y de la guía de la “acción humana” (Fausto 2001, 10).

civil, debido a que cualquier organización autónoma representa una parte, o “facción”, de intereses en detrimento del “cuerpo nacional” –de allí, el énfasis de los militares en el corporativismo y la persecución de la oposición–; (vi) la “no-movilización política” debido a que “la razón de Estado” solo requiere de una captación controlada “de recursos y energía de la sociedad”, sin componentes emocionales y míticos, como la religión, que perturben el cuerpo social –en oposición a la “integración movilizadora” de los estados totalitarios y la “irracionalidad” de las masas–; y (vii) “elitismo y voluntarismo” como visión de los procesos de cambio político en que “el cambio” aparece como una “preparación gradual” (y no, necesariamente “natural”) del Estado para “organizar y dar dirección armónica a la sociedad” a partir de la “persuasión de las élites” y de la creación de las condiciones objetivas para el “esclarecimiento” de los menos esclarecidos. De allí que el Estado se presente como (viii) “un leviatán benevolente” en tanto es el “guardián” y la “fuerza vital de la sociedad” a la que es “capaz de darle dirección y voluntad” (Lamounier 2006, 383-402).

Cabe enfatizar que lo hasta acá argumentado no implica de manera alguna que las Fuerzas Armadas brasileñas hayan actuado a lo largo de la historia del país de modo aislado de las élites y de la Iglesia católica, sino que su estructura organizativa y la formación de sus cuadros, además de las medidas llevadas adelante, contribuyeron a aumentar la identidad del cuerpo castrense y, en vínculo con lo anterior, su autonomía y posición de poder (Carvalho 2006, 2005; Fausto 2005).

En este sentido, los militares brasileños han sido más exitosos que los argentinos en subordinar los intereses de las élites políticas en particular y, en distinta medida, los de la Iglesia, a sus propios objetivos. Todo ello se reflejó, por un lado, en la temprana y mayor iniciativa de las Fuerzas brasileñas para poner fin a los gobiernos civiles e instalar, en su lugar, gobiernos militares (Carvalho 2006, 2005; Fausto 1995) –en comparación con la experiencia argentina en que fueron las élites, en sintonía con distintos sectores civiles, las que acudieron (regularmente) a las Fuerzas y terminaron por convertirlas en “árbitros naturales del proceso político” (Potash 1981a, 402)–. Por otro lado, en la intensa y extensa crítica respecto de la moral de las élites dominantes y su organización “utópica” del poder (Fausto 2001, Santos 1998) y en la preocupación de los militares por diseñar e instalar un modelo de organización del poder político alternativo. Por eso, su “intervencionismo” (Carvalho 2006, 2005) y preocupación por (re)elaborar un pensamiento “nacionalista-autoritario-militar” distinto del civil (Fausto 2001),

organizado en una “ideología de Estado” (Lamounier 2006). Todo ello contribuyó a limitar, en mayor medida que en Argentina, la injerencia del catolicismo sobre la institución militar durante el siglo XX. Especialmente si se considera la formación positivista del ámbito castrense que veía en la religión un componente de “atraso” evolutivo (Carvalho 1997).

De este modo, si en Argentina los militares se aliaron con la Iglesia y las élites dominantes para dar forma a la “nación católica” de principios de siglo XX (Mallimaci y Levita 2017; Lida 2015; Ghio 2007; Potash 1981a), en Brasil, los militares les disputaron a ambas instituciones la representación del pueblo y el imaginario nacional en mayor medida que su par latinoamericano. Así, el predominio de una “ideología de Estado”, fundamentada en el pensamiento “nacionalista-autoritario-militar” a partir de 1920, contribuyó a devaluar el (ya débil) ideario liberal y (re)producir los valores, creencias, y prácticas disciplinarias, asimétricas y jerárquicas heredadas de la formación del Estado nación brasileño y contribuyó a reforzar la mayor tolerancia social en torno a las formas de autoridad militaristas. Sobre todo, si se considera que los movimientos sociales y partidos políticos opositores fueron comparativamente menos fuertes, intransigentes y activos que los argentinos. Los próximos párrafos dan fundamento a esta última aseveración.

2. (d) Movimientos sociales y partidos políticos: cooptación y estadanía

Si la pluralidad y fortaleza de los movimientos sociales y los partidos políticos depende, antes que nada, de las libertades de expresión, asociación y acción de la sociedad en la que se insertan²⁵⁵, cabe esperar que, en aquellos países caracterizados por relaciones sociales de extrema dependencia, los grupos opositores a los sectores dominantes sean mayormente débiles. Ello obstruye una de las principales vías de democratización y liberalización del orden sociopolítico (O'Donnell 2010; Tilly 1998; O'Donnell y Schmitter 1988) y, consecuentemente, el acceso a una ciudadanía plena.

Este ha sido históricamente el caso de Brasil donde, la amplitud e intensidad del sistema esclavista, la prohibición asociativa durante casi todo el siglo XIX y el cercenamiento de los grupos considerados contrarios a los intereses dominantes socavaron la capacidad de acción colectiva de la sociedad brasileña (Hasenbalg 2018,

²⁵⁵ Se trata de un conjunto de libertades básicas necesarias para existencia de una democracia representativa. Sobre este punto se puede consultar el clásico libro “La poliarquía. Participación y oposición” de Robert Dahl (1989).

2005; Klein y Vidal Luna 2014; Telles 2006) en mayor extensión que en Argentina. En efecto, una vez abolida la esclavitud y garantizados los derechos asociativos en la Constitución brasileña de 1891²⁵⁶, las élites cívico-militares apuntaron a desactivar los grupos que, potencial o efectivamente, les eran opuestos a sus intereses:

En primer lugar, apuntaron hacia los recientes libertos (negros y afrodescendientes), en particular a través de la construcción del mito de la “democracia racial” y la “ideología del blanqueamiento”. Como se sostuvo al inicio de este apartado (II.2), estas ideas contribuyeron tanto a invisibilizar los eventuales conflictos políticos en torno a la desigual distribución de los recursos como a controlar las posibilidades de ascenso social de dichos sectores y, consecuentemente, los recursos necesarios para su organización. En esta dirección, según Carlos Hasenbalg (2018), la usual “tímida respuesta” de las élites de turno a las formas de protesta racial “es indicativa de la modesta amenaza presentada por los negros al *status quo*”²⁵⁷ (Hasenbalg 2018, 530).

En segundo lugar, tal como en Argentina, los grupos dominantes brasileños apuntaron a desactivar a los trabajadores urbanos emergentes de los procesos de industrialización de fines de siglo XIX a través del uso de la fuerza, la amenaza y la represión. Aunque la comparativa mayor proporción de trabajadores rurales²⁵⁸ (sobre todo, negros y afrodescendientes dedicados a la plantación de café, la principal exportación de la época), los impedimentos normativos sobre las asociaciones, los menores niveles de alfabetización, la mayor debilidad de las clases medias urbanas y, en distinta medida, la menor proporción de inmigrantes extranjeros, retrasaron la organización de la clase operaria urbana y obstruyeron su fortalecimiento respecto de la argentina (Fausto 2016, 207-208; Fausto y Devoto 2005, 183-189; Queiroz 2012, 16-20). Así, cuando durante las primeras décadas del siglo XX el movimiento de trabajadores, integrado principalmente por anarcosindicalistas, logró agregar y articular los intereses

²⁵⁶La Constitución de 1891 reconoció el derecho de asociación en su artículo 72, párrafo 8: “A todos es lícito asociarse y reunirse libremente y sin armas; no pudiendo intervenir la policía sino para mantener el orden público” (Queiroz 2012, 17).

²⁵⁷ Por motivos de extensión la tesis no se detiene en el movimiento negro, aunque hay que decir que las pobres condiciones sociales a las que estuvieron (y están) expuestos los afrodescendientes ayudaron a que históricamente hayan estado más orientados a sobrevivir que a organizarse (Hasenbalg 2018, 2005). Lo dicho no niega ni desconoce la importancia del movimiento negro en los procesos de liberalización y democratización, ni su paulatina saliencia durante el siglo XX. Gladys Mitchell-Walthour (2019) ofrece una rica reseña sobre los principales estudios al respecto.

²⁵⁸Las acciones colectivas que involucraron a los sectores rurales no tuvieron grandes alcances. En general, fueron resueltas en el seno de las haciendas, por intermediación religiosa, o bien, incorporadas a movimientos “mesiánicos” (Fausto y Devoto 2005, 184). Consultar Fausto (1995, 295-296).

de la clase obrera, encuadrarla en distintas entidades sociales²⁵⁹ y partidos políticos²⁶⁰ y movilizarla en la lucha, su activismo y sus logros fueron relativamente menores que en Argentina (Fausto 2016; Fausto y Devoto 2005; Di Tella 1993). En concreto, los derechos alcanzados por los trabajadores estuvieron limitados a sectores estratégicos y no lograron intervenir de modo sustancial en la transformación del sistema político (Fausto 2016, 207-208; Trinidad 1973, 695). Por ejemplo, si se compara la cantidad de huelgas operarias que tuvieron lugar en el período 1917-1922²⁶¹ entre el principal polo industrial brasileño, la capital de San Pablo (que es la que atravesó la mayor cantidad de huelgas durante esos años), con su “homóloga”²⁶² Ciudad de Buenos Aires, la cantidad de huelgas en el gran polo paulista fue significativamente menor²⁶³.

²⁵⁹ Entre ellas cabe destacar: la *Sociedade União dos Foguistas* (1903); la *Associação de Resistência dos Cocheiros, Carroceiros e Classes Anexas* (1906); la *Central Operária Brasileira* (COB), la *União dos Operários em Fábricas de Tecidos* (1917); el *Comitê de Defesa Proletária* (1917); y el *Bloco Operário e Camponês* (1927) (Queiroz 2012, 19).

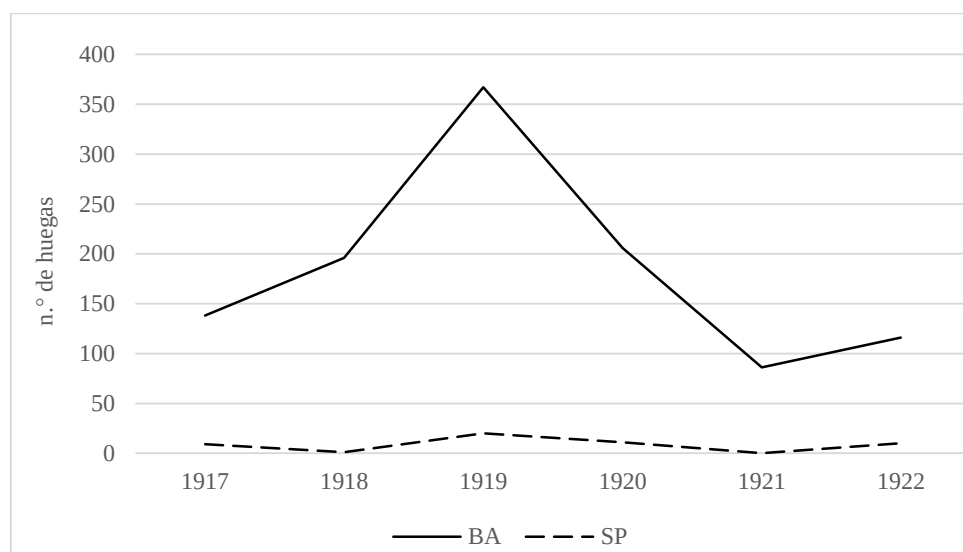
²⁶⁰ En especial el Partido Comunista (1922) (Fausto 1995, 303).

²⁶¹ Se trató de una coyuntura de ascenso general de los movimientos y organizaciones obreras debido a la influencia de la Revolución Rusa (1917) además de la posterior ola de revolucionaria desatada en Europa con fuertes repercusiones en América Latina (Fausto y Devoto 2005, 186-187).

²⁶² La comparación obedece a que constituyen las ciudades en que el sindicalismo fue más fuerte y activo durante esos años (Fausto 2016; Queiroz 2012; Fausto y Devoto 2005; Godio 2000; Hall y Spalding 2000). Para un análisis comparado, centrado en América Latina, entre la Ciudad de San Pablo y la de Buenos Aires consultar James Scobie (2000, 202-231).

²⁶³ Se es consciente que la comparación implica un cambio en nivel del análisis desde el nacional al subnacional. La elección obedece a la disponibilidad y fiabilidad de los datos subnacionales en relación a los nacionales para esa época en ambos países y, consecuentemente, al mayor estudio de estos casos de parte de los especialistas. Este cambio no afecta lo hasta acá desarrollado, más bien, contribuye a representar los argumentos señalados.

Gráfico 11. Ciudad de San Pablo (SP) y de Buenos Aires (BA). Huelgas estimadas entre 1917 y 1922



Fuente: Alejandro Andreassi (1991, 124) para Ciudad de Buenos Aires y Azis Simão (1966, 137) para Ciudad de San Pablo.

En el gráfico 11 se puede ver que en ambas ciudades la mayor cantidad de huelgas tuvo lugar en 1919, donde en Buenos Aires –ver línea continua– hubo 367 manifestaciones y en San Pablo –ver la línea discontinua– solo 20. Es decir que, si las huelgas estuvieran igualmente distribuidas a lo largo de un año, en la primera ciudad se podría esperar una huelga por día; algo muy lejano a la experiencia paulista cuya cantidad de huelgas totales en ese año no alcanzaría a cubrir el mes. Asimismo, la menor cantidad de huelgas en las dos ciudades tuvo lugar en 1921, año en que en Buenos Aires hubo 86 huelgas y en San Pablo ninguna. A primera vista, esta representación puede resultar llamativa si se considera que las condiciones laborales de los operarios paulistas eran tan malas o peores que la de los obreros argentinos durante esos años (Fausto 2016, 207-208), en especial, si se contempla el avance de la regulación laboral argentina durante las primeras décadas del siglo XX (Godio 2000). Sin embargo, una mirada más atenta podría indicar que la menor cantidad de huelgas en San Pablo, expresa la mayor debilidad organizativa de la clase trabajadora y de los sectores populares brasileños en general, además de la mayor extensión y efectividad de la regulación estatal. De allí que los especialistas en política comparada sostengan que la “conflictividad inter-clases” ha jugado un rol menor en el desarrollo de la historia política de Brasil que ha tendido a (re)producir un modelo de resolución de conflictos y, por tanto, un sistema político, más “cerrado”, “elitista” y “excluyente” que el argentino (O’Donnell 2014b; Palermo 2009;

Fausto y Devoto 2005; Mainwaring y Viola 1985). Como se verá en el capítulo III, durante el siglo XX ello se reflejará en el proceso de extensión de los derechos civiles y políticos desde “arriba hacia abajo”; en la formación de una ciudadanía regulada desde y por el Estado –lo que Carvalho (1995) llama “estadanía”–; y en la debilidad, cuando no inexistencia, de partidos políticos de base proletaria²⁶⁴. En efecto, el Partido Comunista Brasileño (PCB) actuó mayormente en la clandestinidad y sus afiliados no pasaron de los 350-500 miembros (una cifra muy inferior a los 3.500 miembros del PC argentino) (Trinidad 1973, 694). Más aún, los principales partidos populares del siglo XX, el *Partido Social Democrático* (PSD) y *Trabalhista Brasileiro* (PTB), fueron creados en 1945 durante el gobierno autoritario de Getúlio Vargas desde la propia burocracia estatal y su duración estuvo supeditada “a la buena disposición” de los gobiernos de turno (Fausto 1995, 385). Igualmente, ninguno de los partidos políticos que compitieron en la inestable democracia que tuvo lugar entre 1945-1964 lograron sobrevivir a la última dictadura militar (Fausto 1995; Mainwaring y Viola 1985). Asimismo, uno de los principales movimientos nacionales del siglo XX lo constituyó el *tenentismo*²⁶⁵, un grupo de tenientes de rango medio que, imbuido en el clima reformista de las Fuerzas Armadas brasileñas y en el nacionalismo regional de la época se organizó, en 1920, para reclamar mejores condiciones en el servicio y compartió con las clases medias y los militares de alto rango el rechazo hacia las élites políticas (Carvalho 2006, 2005; Fausto 1995; Spina Forjaz 1989). En este sentido, el *tenentismo* formó parte del movimiento cívico-militar que terminó con la Primera República en 1930 y con la democracia de los años sesenta, además de tener un rol central durante todos los gobiernos militares (Carvalho 2005; Fausto 2001). Sin embargo, se trató de una organización “estrictamente militar” y no hubo participación popular ni siquiera cuando actuaron en las regiones más pobres del país de donde provenían sus cuadros inferiores (Carvalho 1995, 61). Sumado a ello, el primer y más importante movimiento de masas del país (Trinidad 1973, 713) fue el *integralista*.

²⁶⁴Sobre los movimientos sociales y partidos de base socialista durante el período 1880-1920, consultar Fausto (2016). Sobre los movimientos y partidos de base nacionalista entre 1920-1940 ver la mencionada recomendación de Fausto (2001).

²⁶⁵ La predominancia numérica de los tenientes y el bajo grado de control jerárquico entre fines de siglo XIX principios de siglo XX, sumado a la formación positivista (que antepone la idea del soldado-ciudadano, sobre el soldado-profesional) de las Fuerzas en general y los orígenes sociales populares (y, por tanto, reivindicatorios) de los tenientes en particular, generaron condiciones privilegiadas para la formación de un movimiento de rebeldía y su participación en luchas políticas de carácter contestatario (Carvalho 2005 44-45; Spina Forjaz 1989, 184-185). Este tema ha sido profusamente estudiado pero su desarrollo excede por mucho los alcances de esta tesis. Una referencia al respecto lo constituye el clásico estudio de María Cecilia Spina Forjaz (1989). También se puede consultar el libro de Carvalho (2005) sobre las Fuerzas Armadas brasileñas.

Una organización ultranacionalista, corporativista, de tendencia católica tradicionalista que se articuló, hasta su desaparición en 1937, en la *Ação Integralista Brasileira*²⁶⁶ (AIB), “el primer partido de alcance nacional en la historia de Brasil” (Bohoslavsky 2017, 137) –mucho más exitoso, a su vez, que su par argentino²⁶⁷–.

Tabla 10. Argentina y Brasil. Los grupos de poder, 1850-1930

	Argentina	Brasil
Clivaje	–Naturaleza política. Baja centralidad de esclavitud. “Orden y progreso” para el orden y unidad estatal	–Naturaleza social. Alta centralidad de la esclavitud para el orden y unidad estatal
Élites civiles	–1850-1880: predominancia del ideario liberal: invisibilización de conflictos sociales. Exaltación de la “libertad e igualdad” –1880-1930: debilitamiento del liberalismo político. Asociación con los militares y la Iglesia	–1850-1880/90: pensamiento poco articulado: ideario liberal-positivista, teorías evolucionistas y raciales –1880/90-1930: articulación de ideas. Mestizaje e “ideología del blanqueamiento”. Acercamiento a militares e Iglesia
Iglesia Católica	–1850-1880/90: secularización, mantenimiento de privilegios, relación ambigua con gobiernos –1890-1930: “recristianización” de la sociedad y el Estado. Centralidad de la “nación católica” Predominio del ala ortodoxa. Integrante central de la alianza cívico-militar. Desarrollo de movimiento católico	–1859-1889: religión oficial –1889-1916/1920: secularización, mantenimiento de privilegios, rol central en la prestación de servicios sociales. “Recristianización” de la sociedad y el Estado. Escasa centralidad de la “nación católica”. Predominio del ala ortodoxa –1920-1930: Acercamiento al Estado. Apoyo a los militares. Desarrollo del movimiento católico
Fuerzas Armadas	1880/90-1930: profesionalización, crecimiento, acercamiento a las élites y participación en el orden interno 1930: configuración como grupo de poder clave y parte fundamental de la alianza cívico-religiosa	–1880/90-1930: profesionalización, centralización de la autoridad, cohesión, “forma integral de vida” –1930: consolidación de la ideología de Estado, configuración grupo de poder principal, relativa autonomía de la Iglesia y las élites
Organizaciones sociales	–1850-1880/90: supresión física y simbólica de los pueblos originarios, invisibilización del conflicto indígena. Inmigración de la “Europa revolucionaria” –1880/90-1930: trabajadores de tendencia corporativista, autonomía del Estado y articulación con el catolicismo y el nacionalismo. Movimiento obrero fuerte, combativo y nacional	–1850-1880/90: persistencia de esclavitud. Último país en abolirla (1889) –1890-1930: ausencia de políticas de inclusión hacia los libertos. Sistema de relaciones sociales dependiente, exclusión extrema y regulación de la acción colectiva. Movimiento obrero frágil - circunscripto a las ciudades
Partidos Políticos	–1850-1880/90: partidos de élites (PL, PA, PAN). –1890-1930: partido de masas. Partido popular (UCR) y del proletariado (PS, PC) –Organizaciones fuertes, pragmáticas y de larga duración. Dependencia de niveles subnacionales	–1850-1880/90: partidos de élites (Conservador y Liberal) –1890-1930: partidos de élites. Primer partido del proletariado (PC) y de masas (AIB) –Organizaciones frágiles, pragmáticas y de corta duración. Fuerte dependencia subnacional

Nota: elaboración propia.

En resumidas cuentas puede decirse que, si en la Argentina del imaginario “libre e igualitario, durante la transición al siglo XX, se organizaron y movilizaron “todos” con

²⁶⁶ Sobre los orígenes del movimiento y su organización en un partido político consultar Helgio Trinidad (1973).

²⁶⁷ La AIB contó con medio millón de afiliados (Trinidad 1973, 137) mientras que el Partido Fascista Argentino tuvo entre 1932 y 1938 entre 2.500 y 10.000 afiliados (más allá de que la fragmentación de los sectores nacionalistas, antiliberales y antisemitas en Argentina también fue mayor). Sobre este último punto consultar Mariela Rubinzal 2012, 123.

la pretensión de ampliar sus derechos políticos y, al hacerlo, pusieron en jaque el “orden conservador” (Botana 1986, 1984); en el Brasil de fines del siglo XIX, el orden cerrado logró perpetuarse, en particular, vía la exclusión social de la mayor parte de su población, los negros, a través del mantenimiento del sistema esclavista. Esto es, un sistema de relaciones basado en profundas asimetrías sociales, marcadas jerarquías, fuerte disciplina, extrema dependencia y extendida coerción sobre todas las formas de asociación y acción de los grupos subordinados. En este marco, las menores oportunidades de desarrollo personal y articulación social, la circunscripción de las libertades básicas a los grupos de poder dominantes y la ausencia de políticas de integración hacia los libertos contribuyeron a debilitar la capacidad de presión de los grupos subordinados y obstruir la democratización del sistema político. Así, en contraposición a la experiencia argentina, todo ello favoreció la retroalimentación de creencias, valores y prácticas sociales más tolerantes a las jerarquías sociales, la disciplina y, por extensión, la autoridad (Palermo 2009, Carvalho 1999, 1995; Graham 1999, Fausto 1995).

De esta manera, una vez consolidada la unión nacional (1880-1930), las experiencias autoritarias que tuvieron lugar en ambos países durante el siglo XX y, en específico, los disímiles resultados de sus últimas dictaduras militares contribuyeron a reforzar los legados fundacionales y cristalizar distintos límites de tolerancia social hacia la autoridad. En concreto, hacia los estilos de liderazgos militaristas. Es sobre estos asuntos que versa el capítulo III a continuación.

III. La deriva autoritaria y las transiciones hacia la democracia en Argentina y Brasil (1930 - 1983/85)

Introducción

El capítulo III muestra que durante el siglo XX los órdenes sociopolíticos de Argentina y Brasil tendieron a reproducir las tensiones desatadas de sus clivajes fundacionales –segundo objetivo específico–. A su vez, que las características de sus últimas dictaduras y respectivas transiciones hacia la democracia contribuyeron a cristalizar los actuales límites de la tolerancia social en torno a los liderazgos militaristas en ambos países –tercer objetivo específico–.

En primer término, el capítulo III presenta el caso argentino. El apartado 1. (a) y los subtítulos correspondientes –1 (a) (i) y (ii)– muestran que el clivaje fundacional argentino –que dividió a la sociedad en términos políticos (es decir, entre los llamados unitarios, vinculados con el puerto porteño y, según los años, las principales ciudades y, los federales, representantes del llamado interior o las provincias)– tendió a reproducirse alrededor de las filiaciones a determinadas ideas que durante el siglo XX asumieron nuevas modalidades de expresión. Si bien es difícil integrar estas ideas a sistemas de pensamiento cohesivo, pueden subsumirse en dos posiciones más importantes: una “antipopular”, y posteriormente antiperonista, comúnmente asociada con los sectores “ilustrados” y/o “aristocráticos”, de tendencia más o menos conservadora, liberal, autoritaria, católica, nacionalista y corporativista; y otra “popular”, pero no siempre peronista, comúnmente asociada a la figura del “pueblo” y de “los trabajadores” y, tal como la otra, más o menos conservadora, liberal, autoritaria, católica, nacionalista y corporativista; a la que también habría que agregarle más o menos socialista y comunista. Esta división entre un sector antipopular y/o antiperonista y un sector popular y/o peronista se expresó en proyectos, grupos e identidades políticas enfrentadas que confluyeron en una escalada de violencia y confrontación cuyo corolario fue la implantación de uno de los regímenes más represivos y autoritarios de América Latina: el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983).

Seguidamente, el punto 1. (b) analiza las características del “Proceso” argentino a la luz de la transición hacia la democracia. Muestra que, a diferencia de Brasil, la transición estuvo signada por la “ausencia de pactos” entre la coalición saliente y la entrante (O’Donnell y Schmitter 1988, 75); lo que se manifestó, en particular, en el

colapso del gobierno militar, la deslegitimación de las Fuerzas Armadas, el relativo éxito de los organismos de derechos humanos para imponer su agenda, la profundidad de las medidas de justicia transicional²⁶⁸ (1983-1988) y la asunción de un presidente (Raúl Alfonsín) que expresó una ruptura respecto del orden militar y simboliza, aún hoy, la democracia. El aparatado concluye que la transición democrática argentina implicó una redefinición de las relaciones de poder mucho más tajante que en Brasil y contribuyó a consolidar la menor tolerancia social hacia liderazgos de estilo militarista en la actualidad.

En segundo término, el capítulo III presenta el caso de Brasil. El apartado 2. (a) y los subtítulos subsiguientes –2 (a) (i) y (ii)– muestran que el clivaje fundacional brasileño –que dividió a la sociedad en términos sociales (es decir, entre “blancos y negros”, “incluidos y excluidos”, “ciudadanos y no ciudadanos”)– tendió a (re)producir las diferencias y patrones de dominación social bajo el mito de la “democracia racial” durante el siglo XX. En la primera mitad del siglo (1900/1930-1955), ello se expresó en la mayor duración y estabilidad de la “República oligárquica” (1889-1930) y de los gobiernos progresivamente autoritarios de Getúlio Vargas (1930/37-1955); en la comparativa tardía experiencia democrática (1955-1965); en las menores posibilidades de organización y articulación social –en especial, de los sectores populares–; y en la menor capacidad de las organizaciones sociales y los partidos políticos para representar sus preferencias y cristalizarlas en el sistema político frente a una élite y, en específico, un cuerpo castrense más cohesivo y autónomo de los otros grupos de poder que el argentino.

Seguidamente, el punto 2. (b) analiza las características de la dictadura brasileña (1964-1985) a la luz de la transición hacia la democracia. Muestra que, a diferencia de Argentina, la transición fue paulatina, gradual y negociada. En esta dirección contribuyó la menor extensión de la represión y restricción institucional, el “milagro económico” experimentado en aquellos años, y la mayor unidad de sus Fuerzas Armadas. En particular, favorecieron la legitimidad y estabilidad de los gobiernos militares y, consecuentemente, la capacidad de negociación de las Fuerzas Armadas y de las élites que las respaldaron durante el pacto. En efecto, uno de los aspectos más notables de la postdictadura brasileña es la continuidad institucional entre los regímenes políticos, la persistente influencia de sus élites y de los militares en el Estado, el mantenimiento de sus privilegios y prerrogativas tras la reapertura y la ausencia de medidas de justicia

²⁶⁸ En referencia a las medidas políticas tomadas tras el fin de un régimen autoritario para hacer frente a las violaciones de los derechos humanos (Pereira 2005).

transicional durante los primeros gobiernos democráticos. Este desenlace contribuyó a cristalizar patrones de relación social más jerárquicos y disciplinados que los argentinos y, en vínculo con lo anterior, más tolerantes a estilos de autoridad militarista.

1. Argentina. Igualitarismo, autoritarismo y violencia (1930-1989)

Los próximos apartados exponen las características y el rol de los principales grupos de poder (las élites, la Iglesia, los militares, las organizaciones sociales y los partidos políticos) durante el siglo XX. En esta dirección, el punto 1. (a) introduce el escenario sociopolítico en el que tuvo lugar la primera revolución cívico-militar-religiosa, así como la centralidad de dicha alianza y del pensamiento nacionalista en los años por venir. El subtítulo 1. (a). (i) analiza el período 1930-1955 marcado por la proliferación del nacionalismo, la reconfiguración de los principales grupos de poder desde posiciones aristocráticas hacia populares y el nacimiento del peronismo²⁶⁹. A continuación, el punto 1 (a). (ii) se centra en el período 1955-1976 definido por la proscripción del peronismo, la recurrente inestabilidad gubernamental y la ampliación y el recrudecimiento de la violencia. El énfasis que la tesis hace sobre el peronismo para explicar el siglo XX se debe a que fue fundamental en la (re)significación del clivaje político heredado del siglo XIX y, consecuentemente, en la (re)configuración de las relaciones de poder. Finalmente, el punto 1. (b) examina el “Proceso Reorganización Nacional” y, en especial, la influencia de la transición democrática en la (re)producción de un orden sociopolítico menos tolerante a las asimetrías sociales, la disciplina y la autoridad militar en particular que el brasileño.

1. (a) De la nación católica a la nación armada (1930-1976)

El golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 puso fin a la “democracia popular” (Romero 2010, 211), echó por tierra los casi veinticinco años de abstención militar en el ámbito político y terminó con la “era de la Argentina moderna” (Potash 1981a, 15). Si bien fue respaldado por diversos sectores civiles que convergieron en el rechazo a la crítica situación económica y social que atravesó por ese entonces la segunda administración del radical Hipólito Yrigoyen²⁷⁰, una vez en el poder, el gobierno militar

²⁶⁹ En referencia tanto a los gobiernos dos primero gobiernos del General Juan D. Perón (1946-1952; 1952-1955) como del movimiento construido en torno a su figura.

²⁷⁰ Si bien la situación económica distaba de ser tan crítica como lo había sido durante los primeros momentos de la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen (1916-1922), desde el punto de vista político, la crisis implicaba un fuerte cimbronazo para el incipiente “Estado Benefactor” que había instalado el

encabezado por José Félix Uriburu (1930-1932) procuró reemplazar, con el apoyo de las élites antipopulares provenientes del conservadurismo y el nacionalismo, el sistema representativo por uno basado en el corporativismo²⁷¹ (Halperín Donghi 2013; Romero 2010; Devoto 2002; Potash 1981a). Sin embargo, la clausura de la participación política provocó problemas para mantener el respaldo de aquellos militares y civiles que, como sostiene Fernando Devoto (2002), se habían formado bajo el ideario de “libertad e igualdad”²⁷² floreciente durante la última parte del siglo XIX. Así, a poco más de un año de haber tomado el poder el gobierno al mando de Uriburu fue forzado a buscar una salida. La encontró en un orden que permitió conciliar la intención de “las viejas élites liberales-conservadoras”²⁷³ –ahora aglutinadas alrededor de la Federación Nacional Democrática²⁷⁴– de restituir un sistema político cerrado, con la presión de las Fuerzas Armadas y la jerarquía eclesiástica por retener el peso político ganado durante las últimas décadas. En otras palabras, en una “democracia fraudulenta” tutelada por una coalición “cívico-militar-religiosa” (Mallimaci 1996, 184) al mando de un General “con vocación civil”, Agustín Pedro Justo²⁷⁵ (1932-1938). De esta manera, la década de 1930 reanudaba el duelo político inaugurado por el clivaje inicial fundacional²⁷⁶; aunque ahora, con matices que transformaban sustancialmente la situación (Romero 2010, 235-240).

radicalismo. A ello se le sumaba la oposición de importantes sectores antipopulares de la prensa (por ejemplo, el diario La Nueva República y el diario La Fronda) y el nacionalismo (como la Liga Patriótica y La Liga Republicana) que contribuyeron a instalar la impresión de “desgobierno e inacción” de parte del yrigoyenismo (Devoto 2002, 264-265).

²⁷¹ Si bien se trata de una doctrina política y económica heterogénea, comparten la idea de que la representación debe estar organizada en grupos sociales, es decir, gremios o “corporaciones”. Durante esos años, el corporativismo fascista presente en Europa tuvo gran influencia en la región latinoamericana. Sobre el corporativismo argentino entre 1930-1945 y sus corrientes consultar Juan F. Segovia (2006).

²⁷² Remitirse al capítulo 2 de esta tesis.

²⁷³ Se trataba de los sectores conservadores y antipopulares que habían sido desplazados del poder con la ascensión del radicalismo en 1916. Abogaban por volver a un sistema político cerrado como medio de rectificar el curso que había tomado el país tras la experiencia yrigoyenista (Halperín Donghi 2013).

²⁷⁴ Se trató de una coalición predominantemente conservadora que gobernó el país entre 1932 y 1943. Los principales partidos que la integraron fueron el Partido Demócrata Nacional conocido como Partido Conservador, la Unión Cívica Radical Antipersonalista y el Partido Socialista Independiente (Romero 2012, 79-80).

²⁷⁵ Dicho período dio inicio a la “década infame” caracterizada por el control de la oposición (este fue el caso de la UCR yrigoyenista en particular, de la que se desprendió, en 1935, la agrupación Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina [Forja] que luego se integraría al peronismo) y de las elecciones. Entre 1932 y 1938 gobernó Agustín P. Justo; entre 1938 y 1942, Roberto M. Ortiz (un civil apoyado por el radicalismo no personalista), quien procuró regularizar las elecciones; y tras su muerte, su vicepresidente, Ramón S. Castillo, quien fue derrocado en 1943. Sobre las características generales del período ver Enrique Zuleta Álvarez (2001). Sobre los gobiernos y su relación con la Iglesia y los militares consultar José María Ghio (2007) y Robert Potash (1981) respectivamente.

²⁷⁶ Cabe recordar que en Argentina el clivaje inicial se formó alrededor de ideas políticas y no alrededor de la pertenencia racial como en Brasil. Sobre la implicancia de los clivajes iniciales remitirse al capítulo II de esta tesis.

Por un lado, el renovado predominio de la aristocracia tras muchos años de estar en la oposición, la activación de grupos extremistas “antipersonalistas” y minorías nacionalistas “que servían como puntas de lanza a la causa oligárquica”, el fortalecimiento y la multiplicación de organizaciones nacional-corporativistas²⁷⁷ y/o explícitamente “fascistas” (Romero 2010, 240) y la marginalización de la Unión Cívica Radical, y de los vastos sectores populares que representaba que trasladaron su acción al terreno insurreccional (Halperín Donghi 2013, 53). Por otro lado, un clima intelectual dominado por el catolicismo conservador, “el hispanismo reaccionario” y por distintos “pensamientos totalitarios” que paulatinamente se integraron en matrices “plebeyas y antielitistas” (Devoto 2002, 311).

En este escenario se generó un espacio fértil para la propagación de un discurso “agresivamente antiliberal²⁷⁸”, “antimoderno” y “antiimperialista”²⁷⁹ (Halperín Donghi 2013, 31) que sentó las bases para el definitivo ascenso de la cultura que atravesó transversalmente a todos los grupos de poder durante la mayor parte, sino todo²⁸⁰, el siglo XX: la cultura nacionalista (Halperín Donghi 2013, Romero 2010; Devoto 2002). Pero ¿qué significaba “ser nacionalista” en la heterogénea Argentina del siglo XX?

En su sentido amplio²⁸¹, el nacionalismo fue un “movimiento cultural” generalmente nucleado alrededor de “cierta posición de crítica y disconformidad” hacia el sistema imperante, una revisión “no uniforme” de los valores históricos aceptados en el presente, la exaltación de la nacionalidad y la oposición hacia las filosofías y organizaciones “internacionalistas” (Barbero y Devoto 1983, 10). De este modo, estuvo integrado por sectores muy diversos, desde grupos interesados en la reforma cultural (el “nacionalismo de élite”), hasta sectores más preocupados por temas sociales (el llamado nacionalismo popular). Esta última posición buscó legitimar su visión en las masas y sus

²⁷⁷ Por ejemplo, la Legión de Mayo, Legión Cívica, Acción Nacionalista Argentina, Guardia Argentina, Legión Colegio Militar, Milicia Cívica Nacionalista y Legión Cívica Argentina, posteriormente llamada Alianza de la Juventud Nacionalista (una de las más importantes de la época) además de aquellos grupos radicales marginalizados agrupados en Forja. Sobre las ideas e ideologías que están en la base de estas organizaciones consultar Tulio Halperín Donghi (2013) y Fernando Devoto (2002).

²⁷⁸ Fundamentalmente en el plano económico y en distinta medida en el plano político.

²⁷⁹ El fin de la Primera Guerra mundial y la crisis económica internacional favorecieron, a partir de 1932, políticas progresivamente proteccionistas para defender el mercado interno ante un Estado crecientemente interventor.

²⁸⁰ Tal como lo sugiere Vicente Palermo (2007) “el nacionalismo argentino está configurado por un conjunto de proposiciones cuyo poder identitario hace de él un protagonista constante de nuestro mundo político cultural” (Palermo 1997, 16).

²⁸¹ El nacionalismo constituye una corriente política extremadamente diversa. Sobre el nacionalismo argentino se puede consultar el clásico estudio de María Inés Barbero y Fernando Devoto (1983) y el de Enrique Zuleta Álvarez (1975).

integrantes constituyeron algunos de los sectores que apoyaron de modo más ferviente la ascensión del peronismo durante la década de 1940.

Por su parte, según Mario Amadeo²⁸² (1956) –una de las voces más representativas de la época– el nacionalismo argentino de mediados de siglo XX fue “sobre todo, una «actitud»”. En el plano religioso, retomó la bandera de “la vuelta a la religión y, más concretamente, al catolicismo”; en el plano político, “postuló el principio de los gobiernos fuertes y concentró sus ataques en las instituciones más representativas de la democracia liberal, especialmente en el parlamento”; en materia filosófica o “cultural”, preconizó tradiciones anteriores al liberalismo y expresó un fuerte escepticismo respecto del “progreso indefinido y del mejoramiento moral por difusión de los conocimientos científicos”; en lo que respecta a la sociedad fue “fuertemente estatista y corporativista” y afirmó la “necesidad de fortalecer la conciencia nacional”²⁸³, en especial, “bajo el signo de los valores culturales que tuvieron en la madre patria su más alta expresión” (Amadeo 1956, 112-113).

Al calor de este conjunto de ideas, el pensamiento nacionalista operó como un puente entre las Fuerzas Armadas y la Iglesia a los que se les sumaron, según las coyunturas, las élites conservadoras “antiliberales” (y/o antipopulares), la alta burguesía (O’Donnell 2009) y, durante un *intermezzo*, los sectores populares. Así, durante el siglo XX, la alianza “cívico-militar-religiosa” (Mallimaci 1996, 184) reorientó su accionar desde posturas nacionalistas y antipopulares (1930-1943²⁸⁴) hacia nacionalistas y populares (1943-1955) (Lida 2015; Zanatta 1999, 1996; Bianchi 1994) hasta intervenir en proyectos políticos que implicaron la reconversión del nacionalismo (desde el estatismo hacia el liberalismo económico ortodoxo) y la total exclusión de los sectores populares (1966-1973; 1976-1983) (O’Donnell 2009, 58).

²⁸² Fue un militante nacionalista, participante activo del gobierno militar instalado en 1943 y canciller del gobierno militar de Eduardo Lonardi en la primera fase de la “Revolución Libertadora”. Sus memorias han sido habitualmente rescatadas por los historiadores –entre ellos, Fernando Devoto (2010) y José María Ghio (2007)– para describir el nacionalismo argentino y su relación con el peronismo.

²⁸³ En este sentido tuvo gran influencia la obra de ciertos intelectuales nacionalistas como Julio y Rodolfo Irazusta; Raúl Scalabrini Ortiz y; José María Rosas que efectuaron una interpretación crítica de la historia argentina del siglo XIX. Sobre el “revisionismo histórico argentino” consultar Tulio Halperín Donghi (2005).

²⁸⁴ Entre 1930 y 1937 la Iglesia apoyó a los gobiernos militares de Uriburu y Justo. Sin embargo, durante el gobierno Roberto M. Ortiz (1938-1942) y Ramón S. Castillo (1942-1943) la pretensión de llamar a elecciones y restituir el credo liberal tensaron la relación. En 1943, se aglutinaron alrededor de los militares que llevaron adelante el golpe de Estado.

Cabe examinar, entonces, los modos en que se articuló este “acercamiento/alejamiento” entre las élites, la Iglesia, los militares y los sectores populares entre 1930 y 1976.

1. (a) (i) *La emergencia del peronismo: los grupos de poder (1930-1955)*

A partir de la década de 1930 el encuentro entre los grupos de poder nacionalistas convergió alrededor de tres posturas centrales: la oposición al liberalismo fundacional, acusado de ser “inmoral”, “inepto para ofrecer respuestas a las crisis” y “apegado a estilos e ideas” ajenos a la idiosincrasia del pueblo; la preferencia por políticas de corte corporativista; y una lectura crítica de la fundación estatal²⁸⁵ que revalorizó el legado hispánico y católico de la etapa colonial, así como la figura de los caudillos provinciales en la formación de la “nación argentina”²⁸⁶ (Halperín Donghi 2005). Esta reinterpretación del pasado constituyó uno de los principales puntos de acercamiento entre la Iglesia y los militares sobre el que promovieron la implantación de un “nuevo orden” basado en una especie de “nacional catolicismo” (Zanatta 1996, 11) como alternativa al liberalismo fundacional –además de al socialismo y al comunismo (Lida 2015, 141; Halperín Donghi 2013, 49)–. Su *corpus* lo suficientemente amplio como para integrar la ambigüedad y variedad interna del nacionalismo y del catolicismo, se basó en la superposición de los valores y la identidad cristiana con el nacionalismo. El producto inmediato fue la homologación del “buen cristiano” al “buen ciudadano”, habitualmente sintetizada en la imagen de la “nación católica”²⁸⁷ (Zanatta 1996, 12)

En este marco, durante la década de 1930 y hasta 1955 en particular, la Iglesia Argentina, en consonancia con la expansión de la “doctrina social católica” en Latinoamérica, cambió paulatinamente su posición desde la difusión del credo y la beneficencia –que había caracterizado la transición al siglo XX– hasta la intervención social y política directa²⁸⁸. En esta dirección, elaboró un discurso que mezcló

²⁸⁵ Durante la formación estatal (1850-1930) la élite fundacional procuró vincular el ser nacional con el ideal europeo “blanco y civilizado”. Sobre las ideas que estuvieron en la base del proyecto nacional argentino remitirse al capítulo II, subtítulo 1. (b).

²⁸⁶ Al respecto, fueron muy influyentes ciertos intelectuales nacionalistas como Julio y Rodolfo Irazusta, Raúl Scalabrini Ortiz y José María Rosas. Sobre el “revisionismo histórico argentino” consultar Tulio Halperín Donghi (2005).

²⁸⁷ Aun cuando la tesis de Loris Zanatta (1996) ha sido criticada por especialistas en la materia, como Miranda Lida (2009) y Susana Bianchi (1994), por considerarla monolítica coinciden en que entre 1930 y 1955/60 se produjo la expansión del catolicismo a escala nacional y masiva.

²⁸⁸ El papa León XIII se había pronunciado en mayo de 1891 acerca de la “cuestión social” en la encíclica *Rerum Novarum*. En este documento, preocupado por el avance del liberalismo y del comunismo, el

componentes de la “justicia social” con elementos nacionalistas que se expresó en la readecuación de las asociaciones católicas y en el desarrollo de nuevas organizaciones (Ghio 2007, 146-147). Prueba de ello fue, entre 1930 y 1937, el paulatino cambio de posición de la Acción Católica Argentina (ACA) que pasó de representar los intereses de los sectores medios y aristocráticos a intervenir, en distinta medida, en el ámbito popular; durante la década de 1940, la creación de la Juventud Obrera Católica²⁸⁹ (JOC) y el Movimiento Obrero de Acción Católica (MOAC) que desempeñaron un rol fundamental en la formación de cuadros sindicales y en la incorporación de los sectores populares al Estado; y durante la década de 1950, los primeros núcleos juveniles, como la Juventud Estudiantil Católica (JEC) y la Juventud Universitaria Católica (JUC), y rurales, como el Movimiento Rural de Acción Católica (MRAC) y la Juventud Rural Católica (JRC). Estas experiencias fueron fundamentales en el arraigo del catolicismo integral que caracterizó la segunda parte del siglo XX y en la difusión de un apostolado laico que se destacó por su masividad, vigor e iniciativa y que mantuvo afinidades y enfrentamientos con el peronismo y diferentes modos de acercamiento a la “cuestión social” (Ghio 2007, 112; Donatello y Mallimaci 2013, 154-155).

A su vez, este cambio de rumbo en la orientación de la Iglesia y su laicado estuvo acompañado por el desarrollo de una prensa católica que cobró un tono cada vez más militante y nacionalista (Lida 2015). Dos de las publicaciones católicas más representativas de esta etapa fueron el semanario *Crítica*, por su llegada a los sectores “cultos” (Lida 2015, 119-120), y el diario *El Pueblo* (fundado en 1900) que pasó de la “mera” difusión de la doctrina católica a la “agitación” directa de los sectores populares a través de un lenguaje que adquirió un “tono de cruzada” cada vez más “virulento”²⁹⁰ (Lida 2008, 2).

Si bien esta nueva faceta de la Iglesia no eliminó las disidencias entre el ala “tradicional” y “reformista”²⁹¹, ni el peso institucional de la ortodoxia y su relación privilegiada con los sectores medios y altos, sí significó “una apertura inédita a los

pontífice planteó que la Iglesia debía asumir un rol activo respecto de la situación de los trabajadores. Dicho documento ha sido considerado como una de las bases de la doctrina social de la Iglesia, la democracia cristiana y la justicia social (Echeverría 2002).

²⁸⁹ Si bien en términos formales integró la Acción Católica Argentina, implicó una modificación en las estrategias institucionales dirigidas a los sectores populares (Ghio 2007, 112-118)

²⁹⁰ Sobre el rol de los medios de comunicación católica en general consultar Lida (2015).

²⁹¹ Remitirse al capítulo II, subtítulo 1. (c).

sectores populares” y la movilización de un clero joven que tomó posiciones cada vez más radicalizadas en los suburbios de las grandes ciudades (Ghio 2007, 146-147).

Por su parte, los militares no fueron ajenos a este reacomodamiento en las posiciones de los grupos de poder. A medida que avanzó la “década infame” y se profundizó la crisis de legitimidad política, muchos oficiales se resistieron a aceptar la idea de que la vida partidaria era “un fenómeno normal y esencial en una sociedad democrática” (Potash 1981a, 120). En este contexto, cobraron fuerza las corrientes nacionalistas de tendencia corporativista inspiradas en el totalitarismo alemán, el autoritarismo italiano y la dictadura franquista (Zanatta 1996, 220). Esta postura era novedosa dentro del cuerpo, después de todo, se trataba de una institución que había nacido al calor de la modernización y los postulados liberales (Potash 1981a); pero el aumento de sus responsabilidades en el ámbito de la seguridad interna durante la transición al siglo XX; su actuación en la represión de las protestas obreras y en las intervenciones federales; su invocación de parte de las élites para imponer el orden y; la ausencia de un sólido frente democrático tras la proscripción del radicalismo, contribuyeron a incentivar el activismo militar (Potash 1981a). En este marco, los militares se posicionaron “como la única reserva de un país que naufragaba, según ellos, entre el fraude, la corrupción y el fracaso de los políticos democráticos” (Zuleta Álvarez 2001, 292). Desde entonces, advirtieron en la moral católica uno de los principales antidotos contra los resultados de la modernidad y el avance del comunismo (Lida 2015; Ghio 2007; Zanatta 1996; Potash 1981a).

El 4 de junio de 1943²⁹² los militares le pusieron fin al gobierno del último exponente de la década infame, Ramón S. Castillo. A diferencia del golpe de 1930 que significó la restitución de las élites aristocráticas-conservadoras en el poder, la “revolución del 43” procuró reorganizar el Estado, transformar la economía y reformar la sociedad con el abierto respaldo de las jerarquías católicas, los grupos nacionalistas y el integralismo (Ghio 2007; Caimari 2002; Zanatta 1996). En este sentido, el programa del nuevo gobierno militar encabezado por el General Pedro P. Ramírez²⁹³ (1943-1944), tuvo un “inconfundible aire de restauración católico-nacionalista” (Caimari 2002, 445). Entre las acciones más emblemáticas se pueden nombrar la intervención a las universidades

²⁹² Sobre el rol de Juan Domingo Perón y la logia Grupo de Oficiales Unidos (GOU) en la ejecución del golpe de 1943 consultar Robert Potash (1984, 1981a).

²⁹³ Fue el primer presidente militar luego del golpe de 1943. Lo sucedieron, Arturo Rawson (1943) Pedro P. Ramírez (1943 - 1944) y Edelmiro J. Farrell (1944-1946), todos presidentes de facto.

bajo el control de figuras provenientes de los sectores más vigorosos del catolicismo nacionalista; la incorporación de una masa de cuadros católicos al Estado; la puesta en marcha de un programa de “restauración espiritual” que incluyó la introducción de la enseñanza religiosa en todas las escuelas públicas (decreto n.º 18.411) y; la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión que evidenció la jerarquización de los problemas de trabajo dentro de la estructura administrativa del Estado (Caimari 2002, 445-446). Este último organismo estuvo liderado por Juan Domingo Perón y constituyó un vehículo de acercamiento fundamental de Perón hacia los sectores populares menos organizados²⁹⁴ y una plataforma central para el desarrollo de su “meteórica carrera política” hasta la presidencia de la nación²⁹⁵ (Ghio 2007, 124).

En concreto, luego de que el 17 de octubre de 1945²⁹⁶ una gran manifestación popular consagrara el liderazgo de Perón, el gobierno militar aceleró su salida del poder y fijó la celebración de nuevas elecciones democráticas para febrero de 1946. Conforme se acercaron los comicios, el líder del movimiento peronista procuró estrechar lazos con la Iglesia, atraer la “solidaridad institucional” de los militares (Potash 2002, 41) y afianzar el apoyo de los sindicatos organizados en las Confederación General del Trabajo²⁹⁷ (CGT) con el objeto de vencer el amplio arco opositor. Por un lado, la oposición sindical, o bien “el viejo sindicalismo” no “cegetista” (es decir, socialistas, radicales, anarcosindicalistas y comunistas que se distanciaron paulatinamente de la posición de la Confederación), que percibieron en el ascenso del peronismo la persistencia de prácticas represivas y de elementos “reaccionarios”, “profacistas” y “oligárquicos” (Godio 2001, 910-913) cuyo “perfil clerical-autoritario era poco compatible con sus simpatías políticas” (Torre 2002, 27). Por otro lado, la oposición partidaria nucleada en la Unión Democrática (integrada por la mayoría de los partidos: la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista y el Partido Comunista), sus militantes y

²⁹⁴ La crisis de 1930 afectó a los sectores menos calificados, generalmente migrantes internos que no tenían suficiente protección estatal ni sindical. El peronismo fue exitoso en la organización y representación de estos vastos sectores que constituyeron, además, uno de los principales destinatarios de las políticas sociales y laborales que tuvieron lugar entre 1946-1955 (Di Tella 1993, 99).

²⁹⁵ Entre 1943-1945, llegó a ocupar simultáneamente la Vicepresidencia, el Ministerio de Guerra y la Secretaría de Trabajo y Previsión.

²⁹⁶ Se suele tomar como fecha de nacimiento del peronismo. Ese día, una gran movilización popular colmó la plaza de mayo para reclamar la liberación de Juan D. Perón quién había sido detenido en la isla Martín García por el gobierno militar debido a su creciente influencia (Torre 2002, 10-33). La emergencia y desarrollo del movimiento, su líder y gobiernos desbordan el objeto de esta tesis. La compilación dirigida por Juan Carlos Torre (2002), ofrece una mirada plural y multidimensional al respecto.

²⁹⁷ Sobre el movimiento obrero argentino, la Confederación General del Trabajo y los vínculos con el peronismo entre 1943-1955 y 1955-1976/83 consultar Julio Godio (2001, tomo II).

ciertas organizaciones sociales que vieron en el avance de la religión sobre el Estado y en el acercamiento de la Iglesia a Perón no solo un “desacuerdo confesional” sino “una lucha por salvar el alma nacional del autoritarismo fascista-clerical” (Caimari 2002, 446). Este reclamo estuvo acompañado por un gran movimiento civil cuya activación evidenció la fuerte desconfianza que durante aquellos años había madurado en una gran parte de la sociedad (Torre 2002, 28). Igualmente, la oposición de los empresarios de comercio, la Unión Industrial Argentina (UIA) y diferentes entidades rurales que sospechaban que, “en nombre de la justicia social [el líder] alentaba la movilización obrera y exasperaba las tensiones laborales” con la intención de convertirse en árbitro exclusivo de la paz social (Torre 2002, 28).

Frente a estas disidencias, mientras el respaldo de la Iglesia contribuyó a que Perón ampliara sus apoyos entre las clases medias y medias altas (Torre 2002, 28-29; Bianchi 1994, 25); las Fuerzas Armadas y, dentro de ellas, los sectores católicos y/o nacionalistas del Ejército en especial, le proporcionaron la plataforma que necesitaba para conquistar el apoyo popular a sus ambiciones políticas (Potash 2002, 81) y; el movimiento obrero, liderado por el Partido Laborista²⁹⁸ –al que se le sumaron los sectores “desgajados” de los partidos tradicionales, desde conservadores y radicales hasta algunos comunistas (Di Tella 1993, 153)– así como la CGT lo ayudaron a movilizar a los cuadros sindicales y los trabajadores menos organizados. De esta manera, en febrero de 1946, la coalición electoral que llevó a Perón al poder²⁹⁹ capturó votos de todo el espectro político: conservadores, radicales, socialistas (Torre 2003, 648). En contrapartida, durante su primera presidencia en particular (1946-1952) el gobierno procuró garantizarle a la Iglesia, los militares y al sindicalismo una serie de prerrogativas.

En relación a la Iglesia³⁰⁰, el gobierno peronista convirtió en ley el decreto emitido en 1943 por el gobierno militar que implantaba la enseñanza religiosa en las escuelas públicas; incrementó las partidas presupuestarias con destino a las actividades de culto y

²⁹⁸ Creado en 1945 por el movimiento obrero organizado con la finalidad de sostener la candidatura de Perón. En 1947, con la creación del Partido Peronista, integró el ala laborista del nuevo partido. Sobre su desarrollo ver Julio Godio (2001, 829-845).

²⁹⁹ La fórmula Juan Domingo Perón-Hortensio Quijano de la alianza Junta Nacional Coordinadora (integrada por el Partido Laborista, creado por el sindicalismo meses antes de la elección, y la UCR-Junta Renovadora, una escisión del radicalismo) obtuvo el 53,71% de los votos frente a la fórmula liderada por José Tamborini-Enrique Mosca de la coalición Unión Democrática (integrada por el Partido Socialista, el Partido Unión Cívica Radical y el Demócrata Progresista, a los que se les sumó el Partido Comunista) que obtuvo el 43,65% (Torre 2002, 34-35)

³⁰⁰ Sobre la relación entre el peronismo y la Iglesia entre 1930-1955 y la relación entre la doctrina social católica y el justicialismo se pueden consultar los reconocidos trabajos de Lila Caimari (2002) y Susana Bianchi (1994), entre tanto otros citados en el cuerpo de esta tesis.

los subsidios para la compra de edificios, conservación y construcción de parroquias; duplicó los puestos eclesiásticos mantenidos con fondos del Estado y; convocó a cuadros católicos a participar de cargos públicos. A estas medidas se le sumaron expresiones de “consideración y respeto” hacia la Iglesia de parte del reciente presidente (por ejemplo, a través de la participación oficial en ceremonias religiosas y la reiterada invocación a la doctrina social de la Iglesia durante sus discursos públicos) en el marco de un gran movimiento católico popular que, en los años por venir, sobrepasó la capacidad de contención de la institución y hasta del propio líder (Caimari 2002, 452-455).

Respecto de las Fuerzas Armadas, Perón recurrió a los militares para que encabezaran una serie de organismos que cubrían áreas de interés estratégico (transporte, petróleo, energía); llamó a los oficiales a cargo de las tres ramas de la Fuerzas a integrar el gabinete; mantuvo a militares del régimen de facto antecedente en el gobierno; aumentó la cantidad de cargos en los más altos rangos de la institución castrense (entre 1946 y 1951, la cantidad de generales se duplicaron); y subió sensiblemente el presupuesto nacional consignado a gastos en defensa hasta convertirse, incluso, en el mayor de América Latina (Torre 2002, 41; Potash 2002, 91-92). Así, durante los primeros años del gobierno las relaciones de Perón con los militares fueron de “respeto mutuo y no interferencia” (Potash 2002, 100). Los militares no se inmiscuían en las esferas no militares y a cambio disfrutaban de considerable autonomía y presupuestos anuales estables que podían usar tanto para construcciones militares y colonias de vacaciones como para completar la reestructuración de sus Fuerzas.

En cuanto al movimiento sindical³⁰¹, los recursos derivados del apoyo oficial contribuyeron, sobre todo, al reclutamiento de nuevos afiliados. En la mayoría de las actividades de la economía urbana la tasa de sindicalización se ubicó entre el 50% y el 70%; lo que a su vez mejoró la posición de los trabajadores en las negociaciones colectivas y, consecuentemente, ayudó a la incorporación de ventajas y garantías laborales sobre la autoridad patronal (Torre 2002, 48). Igualmente, el Congreso convirtió en ley el conjunto de beneficios decretados durante el gobierno militar anterior (entre ellos, el aguinaldo anual, la generalización de vacaciones pagas, la inclusión de los asalariados de la industria y del comercio en el sistema jubilatorio, las indemnizaciones

³⁰¹ En este punto cabe mencionar que Eva Perón tuvo un rol fundamental en el acercamiento y promoción de los derechos de los trabajadores y las mujeres al peronismo y en la difusión de la asistencia estatal, en especial, a través de la fundación “Eva Perón”. Pero como su actividad rivalizaba con la acción social de la Iglesia terminó por constituir un eje más de tensión. Entre tantos otros trabajos se pueden consultar los de Marysa Navarro (2002, 1994).

por despido y accidentes de trabajo). Estas medidas, favorecieron el desarrollo de un conjunto de organizaciones, sectores y líderes trabajadores cuya condición “laborista” se convirtió en un atributo de identidad indisociable del peronismo (Doyon 2002, 369; Torre 2002, 48; Godio 2001, 906-910).

Sin embargo, el pragmatismo que caracterizó la relación entre el peronismo, la Iglesia y las Fuerzas Armadas –tradicionalmente antipopulares– de un lado y las tensiones con el “viejo” sindicalismo –anticlerical y celoso de su autonomía– del otro, obstruyó la construcción de consensos mayoritarios. Así lo revelaron los conflictos con estos grupos de poder cuando, a medida que el proyecto político y económico³⁰² del gobierno se volvió inviable (1949-1952/55), el líder procuró ampliar sus ámbitos de influencia. Es decir, “peronizar” la sociedad, la nación y el Estado (Fausto y Devoto 2005, 291; Torre 2002, 69). En esta dirección, según Susana Bianchi (1994), el hecho de que la Iglesia –a través de la “recristianización de la sociedad”– y el peronismo –como proyecto político– compartieran el afán de encauzar bajo su órbita la totalidad de la vida social (la enseñanza, la familia, la beneficencia, las diversas expresiones culturales, las costumbres, las propias prácticas religiosas) constituyó la raíz de múltiples conflictos que contribuyeron al alejamiento de los sectores nacionalistas católicos de Perón, en particular, “de muchos militares (...) que encontraron en sus ataques a la Iglesia una justificación moral para violar sus juramentos de lealtad al gobierno” (Potash 2002, 115). El punto más alto de estas disidencias tuvo lugar entre 1954 y 1955 cuando la administración peronista intentó aumentar su influencia sobre la educación –que constituía el bastión privilegiado de la Iglesia– a través de la organización de los estudiantes de las escuelas públicas hasta a incluir la juventud nucleada en la Unión de Escuelas Secundarias (UES) y el catolicismo dio a conocer su proyecto de fundar un partido Demócrata Cristiano. En respuesta, el gobierno inició una activa “campaña anticlerical” que terminó “de un plumazo” con las prerrogativas católicas: eliminó la enseñanza religiosa en las escuelas, prohibió las procesiones religiosas, legalizó el divorcio, aprobó la reapertura de los prostíbulos, cerró el diario católico *El Pueblo* y dio los primeros pasos para eliminar el “estatus especial” de la Iglesia en la Constitución Nacional. En este contexto, la Iglesia, su laicado y la

³⁰² Mirado en retrospectiva, entre 1949 y 1952, tuvo lugar una “divisoria de aguas” en las relaciones del presidente con los sectores católicos y/o nacionalistas de la Iglesia, los militares y el sindicalismo que apoyaron su llegada al poder como resultado de la crisis económica, los cambios en la esfera regulatoria (marcada por la Constitución de 1949) y los reacomodamientos políticos (Potash 2002; Bianchi 1994; Godio 2001). Sobre el modelo económico “nacional-industrialista distributivo” durante el los primeros gobiernos peronistas (1946-1955) consultar Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez (2002).

Acción Católica Argentina (ACA) en particular, pasaron rápidamente a la oposición y se convirtieron en un espacio fundamental de articulación del heterogéneo antiperonismo (Banchi 1994).

De modo similar, a partir de 1950, el gobierno procuró peronizar la institución castrense. La política entró a los cuarteles a través de un programa de adoctrinamiento nacional basado en la extensión de la doctrina Justicialista y en el uso del Servicio de Informaciones del Ejército (SIE) para desarrollar mecanismos de espionaje hacia los opositores al régimen y fomentar la delación. Sin embargo, lejos de disciplinarlos, el intento de subordinación reforzó la tendencia hacia la politización de las Fuerzas Armadas y su capacidad para proyectarse en la escena política (Mazzei 2017, 2012). Así, poco antes de la reelección de Perón en noviembre de 1951, un sector de los militares lideró una conspiración para terminar con la vida del líder³⁰³ (Mazzei 2017, 37). Si bien el golpe de septiembre fue rápidamente sofocado por el gobierno, generó las condiciones necesarias para que el presidente decretara el “estado de guerra interno”, similar a un estado de sitio, y profundizara el control sobre los militares y los civiles³⁰⁴. Así, el gobierno purgó (a través del retiro, la cárcel y el traslado a divisiones remotas³⁰⁵) las Fuerzas Armadas de los oficiales que habían participado de la conspiración y de aquellos “elementos” considerados “desleales”, o bien, que no habían sido lo “suficientemente enérgicos” en la detección y denuncia de la conjura (Mazzei 2017, 37; Potash 2002, 110). En el corto plazo, los intentos de control del gobierno peronista sobre los militares “provocaron una reacción que se expresó en el quiebre horizontal de la cadena de mandos” cuando Perón se enfrentó a la Iglesia Católica en 1955; en el mediano plazo, incentivaron el interés de los uniformados por expandir sus esferas de influencia política; cuestión que alcanzó su punto culminante durante el último autoritarismo (1976-1983) (Mazzei 2017, 38).

³⁰³ En 1951 la Escuela Superior de Guerra se convirtió en el centro de un movimiento político antiperonista que culminó con un levantamiento liderado por el General Benjamín Menéndez (Potash 2002, 110-114).

³⁰⁴ La declaración del estado de guerra no era una figura legal consagrada en la Constitución de 1949. Fue convertida en ley por el Congreso Nacional y sin la participación del bloque radical al que se le prohibió asistir. Estuvo vigente hasta la caída de Perón y fue usada por el gobierno para aumentar las facultades del Ejecutivo y limitar las garantías de opositores legítimos (organizaciones sociales, partidos políticos, militantes, líderes (Potash 2002, 110-114).

³⁰⁵ La norma también autorizaba el fusilamiento inmediato de todo militar que se insubordinara contra las autoridades constituidas (Anales de la legislación argentina, citado en Pizzarno 2020, 10).

En lo que refiere al movimiento obrero, una vez que los derechos laborales fueron incorporados a la Constitución Nacional de 1949³⁰⁶, el activismo sindical “se volvió un anacronismo injustificable desde el punto de vista oficial” y un desafío a “la pretensión del Estado de actuar como árbitro final de las negociaciones obrero-patronales” (Doyon 2002, 376-377). A partir de entonces, el gobierno aumentó la represión sobre los huelguistas y avanzó en un conjunto de medidas que contribuyeron a burocratizar la estructura del movimiento obrero³⁰⁷, centralizar la toma de decisiones en las altas cúpulas, y “trasladar la responsabilidad de ejercer los controles políticos a la CGT” (Doyon 2002, 384), en específico, por medio de la intervención de los sindicatos disidentes y el desplazamiento de los dirigentes considerados “combativos” (socialistas, comunistas y anarquistas) (Godio 2001, 912). En este contexto, los sindicatos casi no prestaron resistencia a las intervenciones porque “eran conscientes de que la CGT actuaba como un agente estatal” (Doyon 2002, 383). No obstante, los trabajadores no acataron ciegamente las directivas oficiales, ni abandonaron su papel reivindicativo. Aunque significativamente menor que durante los primeros años del gobierno peronista³⁰⁸ (1946-1948, ver tabla 11), entre 1950 y 1954, en el contexto de deterioro económico³⁰⁹, estallaron un conjunto de conflictos laborales que manifestaron la persistente vitalidad y autonomía del sindicalismo argentino (Doyon 2002, 395). Uno de los episodios más representativos de esta etapa fue el conjunto de huelgas iniciadas por la Unión Ferroviaria³¹⁰ (UF) en 1950 en reclamo de mejoras salariales y laborales (Doyon 2002; Godio 2001). Cuando una serie de acontecimientos hizo que el gobierno les negara el aumento a los trabajadores, en enero de 1951 la Unión Ferroviaria organizó un paro liderado por cabecillas que habían sido reclutados entre antiguos dirigentes y militantes

³⁰⁶El artículo 37 de la Constitución Nacional de 1949 incorporó el conjunto de medidas laborales que habían sido implementadas vía decreto durante el gobierno militar antecedente (1943-1946) y que el líder había promocionado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión.

³⁰⁷ Sobre el proceso de integración, centralización, burocratización y nacionalización del sindicalismo bajo la órbita de la CGT entre 1946-1952 consultar Julio Godio (2001, 877-913).

³⁰⁸ Según los especialistas, las huelgas registradas entre 1946 y 1948 estuvieron orientadas principalmente a reclamar por la efectiva implementación de los derechos laborales y fueron usadas por el gobierno peronista para identificar a los líderes y sectores combativos y disciplinar al movimiento obrero (Doyon 2002; Godio 2001). Sobre este punto, consultar Louise Doyon (2002, 372-375).

³⁰⁹ El crecimiento económico que había caracterizado los dos primeros años de la presidencia de Perón se interrumpió a fines de 1948: la economía entró en recesión, se desarrolló una grave crisis de la balanza de pagos, la inflación se convirtió en un problema persistente y los ingresos reales se redujeron. Para enfrentar la crisis, el gobierno implementó el llamado Plan de Emergencia y recurrió a diversas medidas, desde tratar de reducir el consumo interno de carne hasta imponer restricciones a las importaciones y suspender las negociaciones obrero-patronales (Gerchunoff y Antúnez 2002).

³¹⁰ Los ferrocarriles fueron nacionalizados en 1947.

de izquierda desplazados de sus cargos. El paro terminó en un escándalo público cuando el gobierno declaró ilegal la huelga, los trabajadores fueron desplazados por el Ejército, unos dos mil fueron detenidos y unos treientos quedaron en prisión (Doyon 2002, 281-282). A su vez, la persistente actividad del movimiento obrero se puso de manifiesto entre los años 1953 y 1954 durante los que, aún en el marco de la decisión oficial de congelar los salarios y las negociaciones colectivas, aumentaron los conflictos laborales (Doyon 2002, 396-397).

Tabla 11. Argentina. Contexto político y huelgas generales en Capital Federal entre 1946-1968

Contexto	Año	Huelgas	Huelguistas	Jornadas no trabajadas
Gobiernos peronistas	Legislación laboral	1946	142	333.929
		1947	64	541.377
		1948	103	278.179
	Centralización sindical	1949	36	29.164
		1950	30	97.048
		1951	23	16.356
		1952	14	15.815
		1953	40	5.506
		1954	18	119.701
Golpe Rev. Libertadora		1955	21	-
		1956	52	-
Gobierno civil (Frondizi)	Intervención CGT	1957	56	-
	Fragmentación	1958	84	-
		1959	45	-
		1960	26	-
		1961	43	-
Golpe		1962	15	-
Gobierno civil (Illia)	Plan de lucha	1963	20	-
		1964	27	-
		1965	32	-
Golpe Rev. Argentina	Aumento represión	1966	27	-
		1967	6	-
		1968	7	-

Fuente: elaboración propia en base a Louise Doyon (2002, 373) para el período 1946-1954 y Ronaldo Munk (1987) para 1955-1968.

Nota: las estadísticas disponibles solo registran los conflictos laborales en Capital Federal y, por tanto, ignoran los del cinturón industrial del Gran Buenos Aires y de otras provincias. A pesar de ello, sirven para representar el clima de agitación social y las variaciones temporales.

En 1955 el cuestionamiento generalizado al orden sociopolítico vigente y la menor disciplina a la autoridad de la sociedad argentina en comparación con la brasileña se puso en evidencia: ni el gobierno peronista fue capaz de contener a sus bases, ni los grupos de poder lograron controlar a sus seguidores. Valga un repaso de los sucesos desatados durante los meses anteriores a la “Revolución” que terminó anticipadamente con la presidencia de Perón. Son representativos de los niveles de violencia y de las heterogéneas coaliciones que marcaron la experiencia argentina desde la mitad del siglo XX y que fueron *in crescendo* hasta la dictadura militar de 1976.

Cuando durante la segunda presidencia de Perón la “campana anticlerical” del gobierno escaló en un conflicto abierto con la Iglesia, la oposición cívica y militar encontró la oportunidad que le faltaba para cerrar filas en torno al catolicismo: el 11 de junio de 1955, radicales, socialistas y comunistas sortearon las restricciones gubernamentales y se sumaron a la multitudinaria procesión de celebración del *Corpus Christi*, que se extendía desde la Catedral de Buenos Aires hasta el Congreso de la Nación al grito de “¡Viva Cristo Rey!”. A la celebración le siguió una “dudosa” quema de la bandera argentina en las escalinatas del Congreso³¹¹ y la confrontación entre grupos católicos, organizados en la Acción Católica Argentina, y “las fuerzas de choque” peronistas. En represalia Perón advirtió al clero que, de persistir los disturbios, respondería con duras medidas y tres días más tarde relevó a dos obispos de sus cargos y los expulsó del país (Potash 2002, 117-118).

Para agitar más las aguas, el 16 de junio un sector de la Marina y la Fuerza Aérea se lanzó en rebeldía contra el gobierno. Bombardeó y ametralló la Casa Rosada y sus alrededores con el objetivo de terminar con la vida del entonces presidente. Si bien Perón salió ileso, se contaron centenares de muertos y heridos entre los transeúntes y los civiles que se movilizaron hacia la Plaza de Mayo en apoyo a su figura. Horas más tarde, el movimiento peronista hizo arder más de una docena de templos católicos en lo que se conoció como “la quema de Iglesias” (Torre 2002, 71).

Interpelado por los acontecimientos de los últimos meses y aconsejado por los altos mandos del Ejército leal, el 29 de junio, Perón liberó a los prisioneros vinculados con el bombardeo a la Casa de Gobierno, levantó el estado de guerra decretado en 1951, y renovó a los miembros más polémicos de su gabinete. Igualmente, durante la primera quincena de julio se comprometió a iniciar una política de “pacificación nacional”. En un conocido discurso pronunciado ante sus legisladores en el Congreso de la Nación anunció:

“Limitamos las libertades en cuanto fue indispensable limitarlas para la realización de nuestros objetivos. No negamos nosotros que hayamos restringido algunas libertades: lo hemos hecho siempre de la mejor manera, en la medida indispensable. La revolución peronista ha finalizado; comienza ahora una nueva etapa que es de carácter constitucional, sin revoluciones, porque el estado permanente de un país no puede ser la revolución. Yo dejo de ser el jefe de la revolución para pasar a ser el presidente de todos los argentinos, amigos o adversarios” (Perón 1955 citado en Potash 1981b, 264-265).

³¹¹ Según se demostró más adelante, la quema fue obra de policías que actuaban por orden del ministro del Interior (Potash 2002, 117).

Sin embargo, para los representantes de la oposición³¹², la nueva etapa también exigía avanzar en el desmantelamiento de la estructura legal que le había permitido al gobierno operar como un “Estado policial” y, en este punto, la tregua se estancó (Potash 1981b, 265).

El 31 de agosto de 1955, a través de una carta pública dirigida a su partido y a la CGT, Perón comunicó su decisión de abandonar la presidencia para garantizar la “pacificación” del país. En respuesta, la central sindical organizó una demostración de apoyo en la Plaza de Mayo a la espera de que el líder cambiara de parecer. Cuando la oposición esperaba la renuncia de Perón, el presidente se acercó a la multitud, retiró su renuncia y en uno de los discursos más enardecidos de su carrera política autorizó a sus seguidores a “hacer justicia con mano propia”:

“Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente. Y desde ya establecemos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas, o en contra de la ley o de la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino (...) la consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. ¡Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos! (...) Compañeras y compañeros, hemos dado suficientes pruebas de nuestra prudencia. Daremos ahora suficientes pruebas de nuestra energía. Que cada uno sepa que donde esté un peronista estará una trinchera que defienda los derechos de un pueblo. Y que sepan también que hemos de defender los derechos y las conquistas del pueblo argentino, aunque tengamos que terminar con todos ellos” (Perón 1955, 31 de agosto).

En menos de un mes, “bajo el santo y seña de Dios es justo”, los militares, en alianza con la Iglesia y ciertos sectores civiles, lideraron la “Revolución Libertadora” que terminó con el segundo gobierno de Juan Domingo Perón (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 172). Desde entonces, peronistas y antiperonistas se confrontaron y extendieron sus conflictos en torno a versiones opuestas de la experiencia histórica que acababa de concluir. Para sus partidarios, el gobierno de Perón había significado el reconocimiento de la clase trabajadora, su plena incorporación a la ciudadanía, mejores condiciones de vida y la posibilidad de ascenso social. Para sus adversarios, el cercenamiento de las libertades públicas y el pluralismo político en una medida hasta ese momento desconocida (Lida 2015; Torre 2002; Doyon 2002). Como sea que fuera, ambos enfatizaban sobre aspectos diferentes de una realidad mucho más compleja. En los años por venir, la fractura política no solo se expresó en la creciente polarización social sino

³¹² Los principales discursos de los líderes de la oposición entre junio y septiembre de 1955 pueden ser consultados en Sebastián Giménez (2010).

también en la dificultad de todos los grupos de poder para asociar los valores de “igualdad y libertad”, heredados del imaginario liberal fundacional, con las instituciones políticas democráticas necesarias para garantizar su resguardo³¹³. Así, el clivaje que dividió a la sociedad argentina desde la formación estatal mostraría, ahora, ser mucho más profundo y radical.

Cabe entonces analizar el rol que asumieron los grupos de poder³¹⁴ en el marco de las transformaciones que tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo XX y que condujeron a la última y más violenta dictadura militar de la historia argentina.

1. (a) (ii) La consolidación del peronismo: los grupos de poder (1955-1976)

Entre la “Revolución Libertadora” (1955) y el retorno de Perón al gobierno (1973) se sucedieron ocho presidentes de los cuáles seis³¹⁵ surgieron de golpes de Estado o “revoluciones” “cívico-militares-religiosas” (Mallimaci 1996, 184) y dos³¹⁶ de elecciones que prohibieron la participación de candidatos peronistas³¹⁷. Si algo hizo evidente esta etapa, fue la dificultad de la oposición para encontrar una fórmula institucional alternativa al peronismo sobre la que organizar la vida política del país (Palermo 2018; O’Donnell 2014b; Novaro 2010; Fausto y Devoto 2005).

Durante la década de 1960, la alianza “cívico-militar-religiosa” (Mallimaci 1996, 184) tomó una posición cada vez más conservadora y antipopular. A partir de entonces, procuró “reimplantar el orden” a favor de la dominación de las fracciones superiores de la “gran burguesía” mediante la “normalización” de la economía³¹⁸ y la “subordinación”, “exclusión política” y supresión de los sectores populares previamente activados³¹⁹ para

³¹³ En referencia al vínculo entre democracia y liberalismo tan bien dilucidado por Norberto Bobbio (1989) y Robert Dahl (1989).

³¹⁴ Por cuestiones de claridad expositiva, las distintas ramas del movimiento católico se desarrollan en adelante junto con la actuación de la Iglesia. Con ello no se desconoce que las agrupaciones católicas actuaron con distintos grados de autonomía respecto de las jerarquías católicas y de la institución y que son, tal como las demás organizaciones sociales, parte de movimientos mucho más amplios e íntimamente vinculados entre sí y hacia su interior.

³¹⁵ Eduardo Lonardi (1955); Pedro Eugenio Aramburu (1955-1958); José María Guido (1962-1963); Juan Carlos Onganía (1966-1970); Roberto Marcelo Levingston (1970-1971); Alejandro Lanusse (1971-1973).

³¹⁶ Arturo Frondizi (1958-1962) y Arturo Umberto Illia (1963-1966).

³¹⁷ La decisión se basó en el decreto ley 4161 del 5 de marzo de 1956 implementado por el gobierno de facto de Aramburu. Prohibía todos aquellos elementos considerados de afirmación ideológica o de propaganda peronista.

³¹⁸ Esto es, la internacionalización del crecimiento económico y de un patrón de acumulación en beneficio de los grupos oligopólicos de capital privado y algunas instituciones estatales (O’Donnell 2009, 57-58).

³¹⁹ En este marco, las instituciones estatales procuran despolitizar el tratamiento de las cuestiones sociales en nombre de lo que las élites suponen “criterios neutros y objetivos de racionalidad técnica”. Así, invocar asuntos tales como la justicia social o la igualdad introduciría “«irracionalidades» respecto de la normalización económica y los mecanismos de acumulación de capital” (O’Donnell 2009, 58-59).

lo que las instituciones coactivas adquirieron un rol central³²⁰ (O'Donnell 2009, 57-58). Sin embargo, la llamada Revolución Argentina –en alusión a la alianza autoritaria que gobernó entre 1966-1973– sucumbió en su primer intento por implantarlo ante la intensificación de los conflictos de clase, las luchas sindicales y la reactivación y renovación del movimiento católico integralista que, conforme al clima social de la época, se fracturó en un denso repertorio de corrientes que fueron desde el marxismo revolucionario hasta el conservadurismo “filofascista” (Ghio 2007; Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006; Mallimaci 1996). Todo ello en el contexto regional de expansión de la guerrilla que, en Argentina, se entrelazó con todos los grupos de poder y alcanzó niveles de penetración social y radicalización mucho mayores que en Brasil³²¹. Así, a medida que se acercó la década de 1970 ni las expectativas en torno al regreso de Perón, ni su tercer gobierno fueron suficientes para contener la espiral de violencia desatada. En estas condiciones, la coalición “cívico-militar-religiosa” lanzó su segundo intento y, en este caso, mostró ser más eficaz que la primera vez. De este modo, tras la muerte de Perón la “reimplantación del orden” encontró su máxima expresión en el “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983) (O'Donnell 2014a, e).

¿Pero cómo se había llegado a este punto? ¿qué transformaciones tuvieron lugar entre los grupos de poder entre 1955 y 1976 que contribuyen a explicar este desenlace?

En cuanto a la Iglesia Católica, contrariamente a lo que ocurrió en la mayor parte de Latinoamérica y en Brasil donde tras el Concilio Vaticano II³²² el episcopado tomó una postura mayormente reformista y hasta enfrentó a los militares (Mainwaring 1986), en la Argentina, se consolidó la corriente católica conservadora (Ghio 2007, 231). En

³²⁰ Este orden refiere a lo que Guillermo O'Donnell (2014d [1978]) conceptualizó como Estado Burocrático Autoritario. Si bien su teoría ha sido criticada por el rol y el peso explicativo que le ha asignado a los factores económicos (Pasquino 2015b), como sostienen Boris Fausto y Fernando Devoto (2005) en su comparación entre los autoritarismos argentinos y brasileños que tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo XX, la descripción del investigador captura de modo claro y preciso la complejidad de las relaciones que caracterizaron los vínculos entre la sociedad y el Estado en esos países (Fausto y Devoto 2005, 395-396), de allí que la tesis la rescate. Para una discusión en torno a su teoría ver Gianfranco Pasquino (2015b).

³²¹ Este punto es tratado en el apartado 2 de este capítulo III.

³²² Se trató de un camino de renovación eclesial iniciado en 1959, promovido por Juan XXIII, donde la Iglesia buscó asumir el liderazgo en asuntos sociales y culturales. En América Latina, el Concilio condujo a la Conferencia Episcopal de Medellín (1968) que “determinó su opción preferencial por los pobres”. En este contexto, las iglesias locales, su sacerdocio y laicado (incluidas las argentinas) se dividieron entre quienes asumieron posiciones ortodoxas y quienes apoyaron la “teoría de la liberación” y/o pasaron a la acción política directa. Sobre la Iglesia y los movimientos católicos latinoamericanos a mitad de siglo XX consultar Carlos Alberto Patiño Villa (2006).

concreto, entre 1955 y 1976 la Conferencia Episcopal³²³ osciló entre la preocupación por mantener y ampliar sus prerrogativas institucionales en el Estado independientemente de las ideas políticas de los gobiernos de turno y apoyar a los autoritarismos y participar activamente de ciertos ámbitos de influencia estatal. Uno de los principales logros en esta dirección, fue la legislación vinculada con la creación de “universidades libres” que más allá del fuerte rechazo social habilitó la fundación de universidades católicas privadas³²⁴. La primera de estas medidas fue promovida por el gobierno militar de Aramburu (1955-1958), implementada por el gobierno civil de Frondizi (1958-1962), y ratificada por el gobierno civil de Illia (1963-1966). Durante los primeros años de la década de 1970 las universidades fueron intervenidas por el Estado debido a las tomas del movimiento estudiantil radicalizado y los grupos peronistas.

Con el golpe de Estado de 1976, el episcopado asumió una posición conservadora “pragmática” (Ghio 2007, 232) que le permitió fluctuar de acuerdo a las circunstancias políticas. Durante los primeros años del “Proceso de Reorganización Nacional”, por un lado, respaldó abiertamente al régimen, sofocó a los obispos progresistas y justificó y participó activamente en las actividades de las Fuerzas Armadas³²⁵ (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 184). Por otro lado, efectuó críticas a la acción estatal que no tenían poder de convocatoria, ni entorpecían al gobierno militar y negoció con sus autoridades asuntos como la libertad de algunos presos políticos y desaparecidos vinculados con la institución eclesial (Ghio 2007, 232-233).

A partir de 1978 el episcopado comenzó a mostrar cierta distancia respecto del gobierno militar y la institución se convirtió en un medio de canalización del malestar político y social. Sin embargo, tras la guerra de Malvinas (1982), cuando la caída del gobierno militar se tornó evidente, los sectores conservadores de la Iglesia se unificaron alrededor del acuerdo propuesto por las Fuerzas Armadas (la Ley de Autoamnistía) y apoyaron al partido político que le ofreció “mayores garantías para salir del autoritarismo con el menor daño institucional posible” (Ghio 2007, 232-233), el Partido Justicialista. De esta manera, a diferencia de Brasil en que la Iglesia asumió un rol clave en la organización de la oposición y la defensa de los derechos humanos (Mainwaring 1986),

³²³ Se trata de la institución que define la orientación del conjunto de la jerarquía católica argentina (Ghio 2007, 231).

³²⁴ Sobre la educación privada en la Argentina durante la segunda mitad del siglo XX consultar Víctor Hugo Algañaraz Soria (2016).

³²⁵ Numerosos documentos del episcopado, obispos locales y capellanes militares demuestran esta postura. Entre otros, consultar Emilio Mignone (2006).

la Iglesia Argentina se mantuvo mayormente alineada a los militares³²⁶ (Ghio 2007, 232; Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 187).

Aun así, la Iglesia Argentina no fue ajena a los cambios regionales impulsados por el Concilio Vaticano II ni a las utopías revolucionarias fomentadas por la revolución cubana. En efecto, las décadas de 1960 y 1970 testimoniaron el deterioro de los lazos de autoridad episcopal y la consecuente fragmentación de su clero y del movimiento católico en una variedad de corrientes locales que pueden ser agrupadas en “tres familias” o “alas” principales³²⁷ (Guio 2007, 189; Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 172).

En primer lugar, un ala “ortodoxa y refractaria” a los cambios del Vaticano que acentuó los aspectos pastorales del Concilio, pero procuró impedir su aplicación de hecho. Este sector cobró impulso en el inicio de la Revolución Argentina (1966) y enfrentó los intentos reformistas y sociales dentro del seno de la institución (Ghio 2007, 198). Cercanos a este sector, se desarrollaron organizaciones alternativas de tendencia “reaccionaria” dedicadas a formar nuevas promociones de oficiales del Ejército sobre las que, además, se inspiraron revistas, redes y movimientos de acción directa (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 178). Uno de los más representativos fue el Movimiento Nacionalista Tacuara (MNT)³²⁸, creado a fines de la década de 1950, que consiguió importante repercusión pública por sus prácticas antisemitas y anticomunistas. A partir de la década de 1960, y conforme a la revisión que hicieron las nuevas generaciones católicas sobre el peronismo, el MNT se dividió entre quienes se definieron a favor de la “revolución nacional y socialista” –en específico, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT)– (Campos 2019, 160) y quienes adoptaron una posición favorable a la “revolución nacional justicialista” –en concreto, el Movimiento Nueva Argentina (MNA)– cuyas principales notas fueron el anticomunismo y el antisionismo y

³²⁶ La autora de esta tesis no ignora que existieron personas de procedencia y trayectoria católica que se comprometieron con la defensa de los derechos humanos apenas se instaló el terrorismo de Estado, pero a diferencia de otras experiencias latinoamericanas, se trató de iniciativas individuales y no de organizaciones surgidas del seno de la Iglesia (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 187).

³²⁷ Se trata de una separación meramente analítica con el objeto de facilitar la claridad expositiva. La pertenencia a alguna de estas posiciones no supuso la adhesión exclusiva a un determinado grupo ni una filiación de clase. Por el contrario, muchos militantes fueron circulando por organizaciones situadas en diferentes posiciones del “espectro cívico-militar-religioso” y establecieron diversos vínculos con distintas organizaciones y movimientos sociales (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 178-181).

³²⁸ En su fundación, la ideología del Movimiento Nacionalista Tacuara se asoció al horizonte cultural de la derecha argentina y europea de entreguerras: el falangismo de José Antonio Primo de Rivera, el nacional-sindicalismo de Ramiro Ledesma Ramos, el revisionismo histórico de Ernesto Palacio, José María Rosa y Fermín Chávez, el antisemitismo del padre Julio Meinvielle y el comunitarismo de Jacques-Marie de Mahieu, un intelectual francés con simpatías nazis crítico a la propiedad privada y la plusvalía (Campos 2019, 159).

fueron comúnmente asociados con la derecha nacionalista³²⁹ (Campos 2019, 159). De modo análogo, la experiencia de Guardia de Hierro³³⁰ (1962) de carácter insurreccional, antiliberal, anticapitalista y peronista, asociada en sus orígenes con la “ortodoxia” y la “derecha peronista” por su oposición a Montoneros –aunque, como la mayoría de las organizaciones de la época, difícilmente pueda ser encuadrada dentro de un horizonte ideológico delimitado³³¹ (Cucchetti 2010, 11)–.

En segundo lugar, un ala “social-cristiana”³³² inspirada en experiencias católicas europeas y en las ideas del sacerdote Gustavo Franceschi quién representó el “giro político liberal” de una parte del catolicismo durante fines de 1950 y la década de 1960. Esta corriente se orientó a modernizar las estructuras internas de la Iglesia –producto de ello fue el Plan de Acción Pastoral de 1967– (Ghio 2007, 198) y privilegió el campo de las ideas (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 179). Uno de los espacios de acción más representativos fue el Centro Argentino de Economía Humana (CAEH), integrado mayormente por militantes católicos, sociólogos, economistas y universitarios de militancia humanista, que organizó espacios de diálogo entre los obreros y estudiantes cristianos. A su vez, durante los últimos años del segundo gobierno peronista y a partir de la década de 1960 algunos de sus miembros se sumaron al Partido Demócrata Cristiano (PDC) y otros, en su mayoría, al peronismo (Ghio 2007, 256-257; Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 179-180).

En tercer lugar, un ala “revolucionaria” (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 181), paulatinamente desplazada de la corriente “social-cristiana”, que vinculó la práctica cristiana con las luchas populares y de los trabajadores³³³, se relacionó de distinta manera con el peronismo y, a medida que se acercó la década de 1970, se encaminó progresivamente hacia la participación política directa (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 173). Se trató de la corriente católica más difundida y estuvo generalmente integrada por sectores medios y bajos del clero y varios de los militantes pertenecientes a las organizaciones integralistas que la Iglesia había fundado durante las primeras décadas

³²⁹ Sobre el MNT y sus agrupaciones derivadas consultar Esteban Campos (2019).

³³⁰ Consultar Humberto Cucchetti (2016)

³³¹ Sobre este punto consultar Humberto Cucchetti (2013).

³³² En relación esta corriente una lectura obligada desde una perspectiva de la época es la de Alejandro Mayol, Norberto Habegger, Arturo Armada (1970).

³³³ Algunos ejemplos de la vinculación entre el mundo obrero, el sindicalismo, el clero y el movimiento católico a fines de la década de 1960 lo constituye el apoyo de la Juventud Estudiante Católica de Córdoba al plan de lucha de la CGT local; los acontecimientos que tuvieron lugar y le siguieron al “Cordobazo” (1969) y; la organización de los “curas obreros” y su respaldo, junto a la Juventud Obrera Católica, a las huelgas de los trabajadores de la provincia de Buenos Aires iniciadas en Avellaneda (Ghio 2007, 187-192).

del siglo XX –mayormente las nucleadas en la Acción Católica Argentina, como la Juventud Obrera Católica–. Estos sectores formaron y/o se integraron a nuevas organizaciones, como el Movimiento de Villeros Peronistas (MVP), o grupos político-militares revolucionarios, entre ellos, Montoneros y las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que confluyeron en nuevas modalidades de socialismo y nacionalismo, habitualmente vinculadas con el “polo” izquierdo del espectro “cívico-militar-religioso” (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 81). Los especialistas coinciden en que el Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo (MSTM), integrado por “curas villeros” y exmilitantes de organizaciones de la Acción Católica Argentina, constituye un claro ejemplo tanto de los niveles de compromiso social y político que asumió el catolicismo revolucionario como de su diversidad y fragmentación interna³³⁴.

Como se desprende de las tres corrientes católicas recién esbozadas, entre 1955 y 1976 la mayor parte de los sectores que las integraron establecieron distintas formas de asociación y participación con el peronismo. Una de las razones de este renovado³³⁵ acercamiento fue la persistencia de las solidaridades que se habían construido entre “nación y catolicismo” durante las primeras décadas del siglo XX, y entre la doctrina social y la doctrina justicialista durante mediados del mismo siglo (Zanatta 1999, 1996). Así, cuando avanzó la segunda mitad del siglo XX y el peronismo se consolidó entre los sectores populares, “acercarse al pueblo” fue para el movimiento católico –y también para la mayor parte de los grupos de poder– acercarse al peronismo (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006). Todo ello en un escenario mundial revolucionario y en un contexto local crecientemente radicalizado en el que ni los militares, ni el movimiento obrero estuvieron exentos.

De esta forma, de manera similar a lo que ocurrió en otros espacios de la sociedad civil, entre 1955 y 1976³³⁶ el cuerpo castrense estuvo caracterizado por la “marcada indisciplina”: luchas facciosas, conspiraciones, levantamientos internos y falta de subordinación conjugadas con algunas etapas de mayor cohesión y control (Mazzei 2017, 36). Muestra de ello fueron las divisiones que provocaron los cambios en el “equilibrio

³³⁴ Durante la década de 1970 el Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo se dividió entre un sector peronista, vinculado con la “teología del pueblo”, encabezado por el Padre Carlos Mugica y otro sector de corte revolucionario. Al respecto consultar José Pablo Martín (1997).

³³⁵ En este punto hay que recordar que la mayor parte de la Iglesia y el movimiento católico había respaldado la “Revolución Libertadora” (1955).

³³⁶ Sobre los militares y la política entre 1955 y 1976 en particular consultar Robert Potash (1994a,b; 1981b).

político-militar” tras la caída de Perón y que, entre 1962 y 1963, amenazaron con hundir al país en una “guerra civil” (Potash 1994a, 23). En concreto, los desacuerdos giraron en torno a cuál era la mejor salida política tras derrocar al entonces presidente, Arturo Frondizi (1962), quien había habilitado a los candidatos peronistas a participar de las elecciones provinciales de ese año³³⁷. Para un sector de las Fuerzas Armadas, habitualmente conocidos como “colorados”, la salida era eliminar al peronismo de raíz y establecer una dictadura de largo plazo. Para otro sector, conocido como los “azules”, la salida era más “legalista”: mantener una democracia, pero tutelada por los militares y cerrada al peronismo³³⁸. En este sentido ambos sectores eran igualmente antiperonistas, aunque se diferenciaban en los grados de rigidez frente a ese movimiento y respecto del sindicalismo (Mazzei 2017, 2012; Potash 1981b). El choque más violento entre estas dos facciones tuvo lugar en abril de 1963 cuando los “colorados” intentaron derrocar al entonces presidente de facto José María Guido respaldado por los “azules”. En el medio de bombardeos, artillería pesada, proyectiles mortero y víctimas militares y civiles, los episodios culminaron con el triunfo de los “azules” y la designación de Juan Carlos Onganía como comandante en jefe del Ejército Argentino quien, en 1966, derrocaría al presidente civil Arturo Illia. Si bien durante el liderazgo de Onganía (1963-1970) las Fuerzas Armadas permanecieron mayormente bajo el “control de la caballería”³³⁹ —es decir, bajo el mando de los “ex azules”— (Mazzei 2012), a medida que avanzó la década que culminó con el “Cordobazo”³⁴⁰ (1969) la amplitud que alcanzaron las movilizaciones sociales influyó sobre las generaciones más jóvenes del Ejército que progresivamente revalorizaron al peronismo y sus cualidades revolucionarias. En concreto, los cuadros subalternos se acercaron al movimiento peronista y a los cuadros vinculados con el

³³⁷ Frondizi había habilitado a los miembros del Partido Peronista a presentar candidatos a puestos de gobernación y legislativos en las elecciones de marzo de 1962. Cuando los resultados electorales indicaron el triunfo del peronismo en nueve provincias, el entonces presidente declaró la nulidad de los votos y las Fuerzas Armadas encontraron la justificación y legitimidad necesarias para derrocar al gobierno (Potash 1994a, 22).

³³⁸ Sobre “azules” y “colorados” y los choques armados entre ambas partes de las Fuerzas consultar Daniel Mazzei (2012, 63-99).

³³⁹ Sobre el rol de la caballería entre 1962-1973 (habitualmente asociado a los ex azules, bajo los liderazgos militares de Juan C. Onganía, Roberto M. Levingston y Alejandro A. Lanusse) se sugiere Daniel Mazzei (2012).

³⁴⁰ Se trató de una huelga en contra del gobierno militar de Onganía iniciada en la provincia de Córdoba, principalmente promovida por los sectores del sindicalismo peronista combativo en asociación con otros de diverso signo ideológico y estudiantes universitarios a los que se les sumaron militantes de distintos partidos, organizaciones de acción directa y el movimiento católico. El “Cordobazo” fue una de las primeras evidencias de que la lucha contra el régimen podía convertirse en un fenómeno de masas (Di Tella 1993, 222).

integralismo católico de cuño nacionalista y se prepararon para tomar las unidades militares en el caso de que Perón fuera impedido de regresar al poder³⁴¹ (Mazzei 2015, 14; 2012, 289).

Respecto del movimiento obrero, quizá haya sido uno de los grupos de poder que más se transformó y creció entre 1955 y 1973 (Doyon 2002; Godio 2001; Munk 1987). Ello se manifestó, por un lado, en la capacidad de la CGT y de los sindicatos de reorganizar sus estructuras internas, expandirlas, ampliar su poder de convocatoria, renovar sus liderazgos y continuar su accionar aún bajo regímenes autoritarios y ante la ausencia de su líder, Juan Domingo Perón. Prueba de ello fueron el aumento de huelgas generales de carácter nacional³⁴² (Santella 2009; Munk 1987); la creación de las “62 Organizaciones peronistas” (1957) que logró nuclear la mayor parte de la masa trabajadora de la época (Godio 2001, 984); la profundidad que alcanzó el “Plan de Lucha” (1962-1964) y; las repercusiones sociales y políticas del “Cordobazo”³⁴³ (1969). Por otro lado, en la paulatina autonomía que adquirió el movimiento obrero en torno a su líder³⁴⁴ (Godio 2001; James 1990; Munk 1987). En efecto, a fines de 1960 la cúpula de la CGT se dividió entre un ala “negociadora” –llamada CGT Azopardo– liderada por Augusto T. Vandor, quien buscó formar un “peronismo sin Perón” e integrarlo a un “Partido Sindical”, y un ala “combativa” –llamada CGT Argentina³⁴⁵– que contaba con sus propias formaciones paramilitares (Godio 2001). Incentivada por Perón –que para esos años proyectaba su regreso al país– esta última “ala” sindical se asoció con la “Resistencia peronista”³⁴⁶ a las que se les sumaron las emergentes formaciones juveniles (nacionalista, marxistas, trotskistas, fascistas, católicas, integralistas), la mayoría de los partidos

³⁴¹ Sobre los llamados “tenientes peronistas” y los levantamientos militares dentro de las Fuerzas (uno de los más emblemáticos es el de los regimientos de Azul y Olavarría en 1971) véase Daniel Mazzei (2012, 221-319).

³⁴² Si bien no se dispone de registros oficiales, los especialistas coinciden en que las huelgas generales durante estos años crecieron tanto respecto de las locales como de las de períodos previos (Santella 2009, 39).

³⁴³ Sobre la dimensión social del Cordobazo y sus repercusiones, desde una perspectiva de época consultar Juan Carlos Agulla (1969) y Francisco Delich (1974).

³⁴⁴ La mayor autonomía del movimiento no estuvo necesariamente acompañada de una separación en torno a la figura de Perón. En efecto, la dificultad para construir una identidad obrera propia ha sido una de las principales limitaciones del sindicalismo argentino durante la segunda mitad del siglo XX (Godio 2001). Esta particularidad ha derivado en un conjunto de relaciones que pueden parecer inconsistentes y son difíciles de comprender en términos binarios.

³⁴⁵ Sobre la ruptura de la CGT y sus dos principales corrientes consultar Julio Godio (2001, 1013-1055).

³⁴⁶ En alusión a la oposición de base peronista que emergió tras el derrocamiento de Perón en 1955. Se trató una resistencia espontánea, irregular, poco articulada, “acéfala” en la que se insertaron tradiciones y cuadros políticos militares provenientes de restos de organizaciones marxistas y peronistas que intentaron organizar fallidamente la guerrilla durante la década de 1960. Sobre los vínculos entre los trabajadores y las organizaciones guerrilleras peronistas consultar Daniel James (1990).

políticos (Ghio 2007; Godio 2001, 1054; Di Tella 1993, 222) y una parte de las Fuerzas Armadas (Mazzei 2015, 2012), quienes procuraron crear las condiciones para que una “gran revolución popular” tornara inminente el retorno del líder (Godio 1986; Di Tella 1985).

Sin embargo, la cultura contestataria³⁴⁷ que caracterizó a la “Resistencia” y la insospechada potencia que adquirió la lucha armada en la década de 1970 sobrepasó por mucho la autoridad de Perón para disciplinar el gran movimiento que se había aglutinado tras su figura como la de los militares para contener el agitado cuadro sociopolítico. Ello se manifestó en la progresiva insubordinación del sindicalismo y el movimiento peronista y en la militarización, radicalización e intransigencia de la mayor parte de la oposición al régimen militar y, en particular, de las organizaciones de acción directa, que las hubo, y en todas las direcciones. De orientación marxista, como las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), los Montoneros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), los Descamisados y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), encuadradas dentro del peronismo³⁴⁸ y; de orientación marxista-trotskista, como el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) –brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)– por fuera del peronismo y cercano a determinados sectores del radicalismo (Mallimaci, Cucchetti y Donatello 2006, 181-183). También adhirieron a esta posición los agrupamientos clasistas nacidos en las fábricas aunados bajo “genéricas definiciones socialistas”; las “Ligas Agrarias”, que expresaron diferentes formas de combatividad popular (Godio 1986, 29); y nuevos partidos políticos de orientación marxista-leninista, como el Partido Comunista Revolucionario (PCR) que tomó posiciones paulatinamente maoístas y la Vanguardia Comunista (Godio 2001, 1055). Probablemente, la “Masacre de Ezeiza” (1973) y el primero de mayo de 1974 sean los dos episodios más representativos del nivel de atomización, brutalidad e indisciplina que caracterizó a todos los grupos de poder por aquellos años³⁴⁹.

A medida que se acercó 1973 y el retorno de Perón se volvió inevitable, quedó claro que ni los partidos políticos ni el resto de los grupos de poder habían logrado

³⁴⁷ Esta cultura fue fundamentada “en el marxismo-leninismo, en el maoísmo, en el guevarismo, ideologías nacionalistas-revolucionarias tercermundistas e interpretaciones del cristianismo revolucionario y la Teoría de la Liberación”. Una referencia obligada sobre las organizaciones armadas en 1960 es la de Oscar Terán (2013) que también permite reflexionar sobre la relación entre el peronismo, catolicismo y acción armada.

³⁴⁸ Para ordenar y clarificar el cuadro de las organizaciones armadas durante 1960-1970, las dos obras generalmente citadas son las de Germán Gil (2019 [1989]) y la de Carlos Altamirano (2001).

³⁴⁹ Sobre los episodios que tuvieron lugar durante el regreso de Perón al país además de su tercera presidencia consultar Julio Godio (1986).

organizar una alternativa política al peronismo que fuera a la vez democrática y exitosa. En las elecciones de marzo de 1973, la opción electoral de los militares, la Alianza Republicana Federal, encabezada por Ezequiel Martínez, un brigadier y secretario de gobierno de la dictadura saliente, y la Alianza Popular Federalista, encabezada por Francisco Manrique, un oficial naval que había ocupado distintos cargos de gobierno durante los gobiernos militares antecedentes, se repartió un magro 3% y 15% de los votos respectivamente. Mucho menos satisfactorios fueron los resultados de la opción conservadora-liberal, el partido Nueva Fuerza fundado por el economista y militar Álvaro Alsogaray, que no alcanzó el 2%. Por su parte, la Unión Cívica Radical, el partido popular por excelencia a inicios de siglo XX, rondó el 21% de los votos y el cuadro de partidos socialistas, el Partido Comunista y la Democracia Cristiana en conjunto alcanzaron el 10%. Con estos resultados, el Frente Justicialista de Liberación (Frejuli), alrededor del que se articuló el heterogéneo movimiento peronista, se alzó con casi la mitad del electorado³⁵⁰ y, por unos meses, llevó a “Cámpora al gobierno y Perón al poder”³⁵¹ (Di Tella 1993, 223-224).

Finalmente, el 12 de octubre de 1973 Juan Domingo Perón asumió la presidencia de la nación junto a su entonces mujer y vicepresidenta María Isabel Martínez de Perón³⁵². Para esa altura, las medidas que llevó adelante para sofocar la guerrilla, subordinar el sindicalismo y disciplinar el movimiento peronista –ver tabla 12– fueron insuficientes para frenar la difícil combinación entre militarización, lucha armada y movilización popular en un contexto económico por demás complicado (Godio 1986; Di Tella 1985). Tras la muerte del líder, el primero de julio de 1974, el país se abalanzó hacia un fatalismo inexorable. En menos de dos años, las Fuerzas Armadas encontraron en la persistencia de la guerrilla el fundamento que les faltaba para dejar de lado las diferencias internas (Potash 1981b, 503) e implementar lo que consideraban “la necesaria reorganización productiva del país” (Di Tella 1993, 225). El 24 de marzo de 1976, respaldadas por una amplia coalición cívico-religiosa, pusieron en marcha la más violenta dictadura militar de América Latina (Mainwaring y Pérez-Liñán 2020; O’Donnell 2014).

³⁵⁰ La fórmula “Cámpora (quién actuó como delegado de Perón en Argentina durante su exilio) - Solano Lima” (del Partido Conservador) obtuvo el 49,53% de los votos. Sobre los procesos electorales que llevaron a Perón a la presidencia durante el año 1973, su gobierno y el de su esposa “Isabelita” (1974-1976) se sugiere Guido Di Tella (1985).

³⁵¹ En alusión a la frase “Cámpora al gobierno y Perón al poder” que guió la campaña del Frejuli.

³⁵² El 23 de septiembre de 1973 la fórmula “Perón-Perón” obtuvo el 61, 86% de los votos (Di Tella, 1985).

Tabla 12. Argentina. Promedio mensual de huelgas entre junio de 1973 y marzo de 1976

Período	Número de huelgas (promedio mensual)
Junio - septiembre, 1973	30.5
Octubre, 1973 - febrero, 1974	30.8
Marzo - junio, 1974	39.0
Julio - octubre, 1974	22.5
Noviembre, 1974 - marzo, 1975	11.6
Abril - junio, 1975	24.7
Julio - agosto, 1975	33.0
Septiembre, 1975 - enero, 1976	31.2
Febrero - marzo, 1976	17.0

Fuente: Ronaldo Munk (1987, 99).

Nota: durante el inicio del gobierno de Isabel Perón se usó una nueva “Ley de Seguridad” contra las luchas obreras que habilitó la intensificación de la represión contra los sectores combativos. Ello se reflejó, sobre todo, entre noviembre de 1974 y marzo de 1975. Los meses de febrero-marzo de 1976 expresan la desmovilización y división de la clase obrera y el paso a una etapa “defensiva” (Munk 1987).

En este sentido, si el final del siglo XIX argentino dio origen a una sociedad más organizada y crítica en torno a las asimetrías sociales y la autoridad política que la brasileña; el siglo XX parió sus consecuencias. Porque si “la existencia misma de estas nuevas masas planteaba interrogantes acerca de la sociedad que las había engendrado y, de la interrogación a la crítica solo hay un paso”³⁵³ (Hobsbawm 2014, 262); en la Argentina del siglo XX, de la crítica a la revolución hubo tan solo otro. En este marco, en nombre de la “lucha antisubversiva” el “Proceso de Reorganización Nacional” desató una violencia mucho mayor. Fueron sus enormes costos y las características de los procesos de transición hacia la democracia los que explican, en buena medida, que en la actualidad los límites de la tolerancia social hacia los liderazgos militaristas sean menores en Argentina que en Brasil.

1. (b) *Nunca más. La transición por colapso*

Los “estudios sobre democratización”³⁵⁴ (Landman 2001) centrados en Argentina y en Brasil señalan que las características de los procesos de transición hacia la democracia y los órdenes sociopolíticos emergentes se relacionan con tres dimensiones principales³⁵⁵: (i) el nivel de radicalización del régimen autoritario, usualmente

³⁵³ En referencia a la historia mundial del siglo XX.

³⁵⁴ Remitirse al capítulo I, subtítulo 2. (a) de esta tesis.

³⁵⁵ Debido a la naturaleza de esta tesis, el análisis se circunscribe a aquellos factores propiamente políticos. Su delimitación en tres categorías es meramente analítica y tiene la pretensión de mejorar la claridad

manifestado en los niveles de represión política y restricción institucional de los gobiernos militares (O'Donnell 2014; O'Donnell y Schmitter 1988; Mainwaring y Viola 1985); (ii) la estabilidad del régimen autoritario, mayormente relacionada con los rendimientos de la gestión económica³⁵⁶ y el grado de unidad de la coalición gobernante (O'Donnell 2014a,d; Fausto y Devoto 2005; Mainwaring y Viola 1985) y; (iii) las características del pacto, habitualmente expresadas en los tiempos y las reglas de la transición³⁵⁷, los grados de movilización social y las características de las primeras elecciones democráticas (O'Donnell y Schmitter 1988; Mainwaring y Viola 1985). En cada una de estas instancias, las preferencias políticas y, en particular, normativas de los principales grupos de poder son fundamentales para explicar la duración del régimen y los resultados de los procesos de transición³⁵⁸ (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013).

En Argentina, los mayores grados de radicalización política que precedieron al golpe en comparación con Brasil (O'Donnell 2014b), extendieron la idea entre los militares de que la subversión era “la síntesis de todos los problemas del país” (Novaro 2010, 144) –factor (i)–. Así entendida, la Junta militar que tomó el poder en 1976³⁵⁹, paralizó el Estado de derecho³⁶⁰, suspendió la Constitución nacional y organizó un ejército clandestino compuesto por miembros de las Fuerzas Armadas e integrantes de ex grupos paramilitares (como la Alianza Anticomunista Argentina y el Comando

expositiva. Como quedará evidenciado en los párrafos que siguen, estos factores se relacionan entre sí de distinto modo y con distinta intensidad.

³⁵⁶ Si bien el desarrollo económico no es determinante para explicar la supervivencia o cambio de un régimen (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013), los especialistas muestran que, junto con el grado de unidad de las Fuerzas Armadas, influye sobre la legitimación de la coalición gobernante y, en este sentido, sobre la estabilidad del régimen (Fausto y Devoto 2005; O'Donnell y Schmitter 1988; Mainwaring y Viola 1985).

³⁵⁷ El análisis de las reglas transicionales se centra en la justicia transicional debido a su implicancia sobre los nuevos regímenes democráticos (Martins y Pereira, 2019; Feld y Franco 2015; Nino, 2015). Según Anthony Pereira (2005), en Argentina las principales medidas se llevaron adelante entre 1983 y 1988 y en Brasil entre 1984-1988. No se desconocen las medidas aplicadas en las décadas posteriores, pero cuanto mayor es el tiempo que transcurre entre el abuso a los derechos humanos y la justicia transicional, mayor es la permanencia de elementos autoritarios (Nino 2015; Pereira 2005, 159).

³⁵⁸ En referencia a la teoría de Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán (2013) señalada en el capítulo I, subtítulo 2. (a).

³⁵⁹ Las Fuerzas Armadas asumieron el control del Estado mediante un documento denominado Acta para el Proceso de Reorganización Nacional en el cual los comandantes de las tres Fuerzas (Jorge Rafael Videla en representación del Ejército; Emilio Massera por la Armada y Ramón Agosti por la Fuerza Aérea) establecieron la constitución de una Junta Militar cuya composición varió a lo largo de los años (Novaro 2010, 143).

³⁶⁰ La Junta declaró obsoletos los mandatos Ejecutivos; disolvió el Congreso de la Nación, las legislaturas provinciales y los gobiernos municipales; removió a los miembros de la Corte Suprema de Justicia, al procurador general y a los integrantes de los tribunales superiores de las provincias y suspendió la actividad política y de los partidos además de la actividad gremial de los trabajadores, empresarios y profesionales.

Libertadores de América³⁶¹) a través del que aplicó un severo plan represivo con el objeto de aniquilar al “enemigo interno”. Si bien esta práctica no era nueva³⁶², según la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas (Conadep), “sobrecoge por la imaginación puesta en juego, por la personalidad de sus ejecutores y de quienes la avalaron y la emplearon como medio” (Conadep 1984, 26). En otras palabras, por el “sadismo demostrado por sus ejecutores”, la “sofisticación burocrática” y su implementación a gran escala desde el propio Estado³⁶³ (Conadep 1984, 475-476). Los secuestros, la tortura, los asesinatos y la desaparición de toda persona “sospechosa” se volvieron moneda corriente. En los dos primeros años del “Proceso” la represión mostró ser eficaz. En ausencia de cualquier tipo de garantía constitucional, colapsó la capacidad de resistencia de las organizaciones combativas y las estructuras de las organizaciones guerrilleras, lo que contribuyó a legitimar, a su vez, la ampliación de las “operaciones de limpieza” ante la sociedad civil y la prensa (Canelo 2016; Feld 2015; Novaro 2010; Suriano 2005).

Conforme al “plan antisubversivo”³⁶⁴, la Junta también avanzó en la destrucción de los pilares del orden socioeconómico que durante el siglo XX habían contribuido a asegurar la integración, organización y movilización de los sectores populares y a perpetuar los valores “igualitarios” (Novaro 2010, 162) heredados del imaginario liberal fundacional (Devoto, 2002). De esta manera, cobró forma un cuadro de situación inverso al que el peronismo había procurado instalar: las facciones superiores de la “gran burguesía oligopolizada” se unieron detrás de un proyecto que buscó excluir a los sectores populares y cortar sus canales de actuación colectiva como condición necesaria para la “normalización de la economía” (O’Donnell 2014d, 55). El abrupto vuelco que produjo la política económica del gobierno militar en la (re)distribución del poder entre 1976 y 1981 en especial, supuso una marcada profundización de las pautas de acumulación y una

³⁶¹ Ambos estuvieron ligados a funcionarios estatales y llevaron adelante los mismos métodos que las organizaciones guerrilleras. Entre 1973-1975 fueron responsables de por lo menos 900 asesinatos (Novaro y Palermo 2003, citado en Catoggio 2010, 5).

³⁶² Sobre el proceso de militarización de la seguridad interna para la represión política entre 1955 y 1976 se sugiere el reciente libro de Esteban Damián Pontoriero (2022).

³⁶³ Según el informe de la Conadep hasta 1984 se recibieron 8.960 denuncias referentes a personas desaparecidas de los más diversos sectores (obreros, estudiantes, empleados, profesionales, docentes, autónomos, amas de casa, conscriptos, personal subalterno de fuerzas de seguridad, periodistas, actores, artistas y religiosos) y se registraron cerca de 340 centros clandestinos de detención (Conadep 1984, 475-477). Actualmente los organismos de derechos humanos estiman que fueron alrededor de 500 los centros clandestinos de detención y 30.000 los desaparecidos; número mayoritariamente aceptado y reivindicado socialmente (Catoggio 2010, 10).

³⁶⁴ Además de fines represivos, el plan contemplaba metas políticas (“reeducar” y “reorganizar” a los grupos de poder), económicas (reordenar y relanzar el aparato productivo) e internacionales (ubicar al país “a la vanguardia del mundo occidental y cristiano en su lucha contra el comunismo”) (Novaro 2010, 143-144).

acelerada “desigualación” de las condiciones sociales (Novaro 2010, 162). Por un lado, consolidó un sector compuesto por grandes empresas pertenecientes a unos pocos grupos nacionales y multinacionales financieramente integrados a la economía mundial; por otro lado, un espacio compuesto por unidades mucho más pequeñas, tecnológicamente atrasadas y mayormente informales que dio lugar a una “nueva pobreza”, tanto por su alcance como por sus rasgos cualitativos. Entre 1974 y 1983 la participación de los salarios en el PBI pasó del 45% al 34% y, entre 1980 y 1983, la pobreza e indigencia que hasta principios de los años setenta habían sido relativamente bajas (un 5% la primera, marginal la segunda) crecieron entre un 21% y un 7% respectivamente (Novaro 2010, 180-181). En este sentido, los resultados de la gestión económica³⁶⁵ fueron altamente “destructivos” (O’Donnell 2014a, 202) lo que, conforme avanzó el “Proceso” motivó fuertes disidencias hacia el interior de las Fuerzas Armadas³⁶⁶ (Novaro 2010; Suriano 2005; Damill 2005). De allí que la estabilidad del régimen autoritario argentino –factor (ii)– haya sido comparativamente menor que en Brasil. Así lo evidencia, entre otros asuntos, su menor duración (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013).

A modo ilustrativo el gráfico 12 muestra el crecimiento anual del Producto Bruto Interno (PBI) en Argentina y en Brasil entre 1964 y 1985.

³⁶⁵ Sobre las políticas económicas del régimen autoritario de 1976 y su implicancia tras instauración de la democracia hasta el año 2001 consultar Mario Damill (2005).

³⁶⁶ Respecto de la faccionalización política de las FFAA y el impacto del diseño institucional del gobierno militar sobre su unidad consultar Paula Canelo (2016) y Benjamín García Holgado y Nicolás Taccone (2018) respectivamente.

Gráfico 12. Argentina y Brasil. Crecimiento anual del PBI (en porcentajes) entre 1964 y 1985



Fuente: Banco Mundial.

En términos generales, entre 1964 y 1985 el PBI argentino (línea continua) fue menor que el brasileño (línea de guiones) –ver gráfico 12–; las excepciones fueron los años 1965, en el que Brasil transitaba su primer año de dictadura en el marco de una fuertísima crisis inflacionaria y profundas reformas económicas; 1977 y 1979, aunque aquí las diferencias entre los países fueron mucho más moderadas, entre otras razones, por los efectos distributivos de la “crisis internacional del petróleo” sobre sus economías; y 1983, en el que Brasil tuvo que afrontar el pago de deudas públicas (Fausto y Devoto 2005, 403-436). Igualmente, si se presta atención a los picos altos y bajos que trazan el recorrido del PBI en ambos países, en Argentina las variaciones parecen ser más abruptas y sus picos más bajos (1966, 1976, 1983) coinciden con un cambio de régimen. La excepción es el año 1978 en que, si bien el régimen autoritario persistió, se generaron las condiciones para dar los primeros pasos hacia la liberalización (Canelo 2016, 155).

Así, una vez pasada la vorágine del mundial de fútbol celebrado en Argentina (1978) se expresaron los primeros signos de desgaste del régimen autoritario (Novaro 2010; Suriano 2005). A los abruptos cambios en el mercado de trabajo y las relaciones laborales durante la década de 1970, se le sumó la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en 1979³⁶⁷. Su presencia contribuyó a legitimar los

³⁶⁷El reporte de la CIDH publicado en 1980 contuvo una fuerte condena al gobierno militar; concluyó que el Estado Argentino junto con sus agentes “violó muchos de los derechos fundamentales reconocidos en la

reclamos locales tanto de los organismos de derechos humanos³⁶⁸ –entre los que se destacaron tempranamente las Madres de Playa de Mayo– como de ciertas voces disidentes –por ejemplo, las expresadas por la pastoral social de la Iglesia y personalidades políticas como el radical Raúl Alfonsín y el peronista Deolindo Bittel– y magnificar el declive del gobierno³⁶⁹ (Catoggio 2010; Jelin 2005). Sobre todo, si se considera que la Comisión apuntó contra el principal recurso de cohesión y legitimación militar: el “consenso antisubvesivo” (Canelo 2016; Novaro 2010; Potash 1994b).

De esta manera, si bien en 1979 las disidencias fueron duramente reprimidas y los militares retuvieron el respaldo de buena parte de la sociedad civil y de ciertos grupos de poder (entre ellos, las élites empresariales y la jerarquía eclesiástica), a partir de entonces se asistió a la paulatina articulación de la oposición. Algunos indicios de su fortalecimiento fueron la creación de la Multipartidaria en 1981³⁷⁰; la reorganización del movimiento obrero³⁷¹ y su posterior unificación –entre 1978 y 1981 las huelgas pasaron de 40 a 360, ver tabla 13–; la amplitud que alcanzó el movimiento de derechos humanos (Catoggio 2010; Jelin 2005; Peruzzotti 2003); y la reactivación de los partidos y del sistema partidario argentino hacia 1983 (O'Donnell 2014f; Mainwaring y Viola 1985).

Declaración Americana de los Derechos del Hombre, incluidos el derecho a la vida, la libertad personal, la integridad y seguridad personal, y el derecho a juicio” (Nino 2015, 127-128).

³⁶⁸ Sobre la relación entre los organismos de derechos humanos y el Estado entre la década de 1970 y 1990 ver Elizabeth Jelin (2005).

³⁶⁹ La visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos dividió a las Fuerzas Armadas, contribuyó a reformular la agenda pública y alterar los planes políticos y económicos de los militares. Sobre sus implicancias ver Paula Canelo (2016, 155-173).

³⁷⁰ Se trató de un frente multipartidario convocado por la Unión Cívica Radical e integrado por los principales partidos de la época (Partido Justicialista, Partido Intransigente, Partido Demócrata Cristiano y Movimiento de Integración y Desarrollo) que presionó por el restablecimiento de la democracia. Sobre su rol durante la transición y su vinculación con el régimen saliente se puede consultar Adrián Velázquez Ramírez (2015).

³⁷¹ En 1979 apareció un sector sindical más proclive a la protesta que se diferenció del sector más negociador liderado por Jorge Triarca. En especial, cuando a fines de ese año, al deterioro de la situación económica se le sumó una ley que apuntaba eliminar las organizaciones gremiales de tercer grado, en específico la CGT (Suriano 2005, 20).

Tabla 13. Argentina. Paros, número de huelguistas y salarios en Argentina entre 1976-1981

Año	Número de paros	Huelguistas (en miles)	Índice salarial (1977 = 100)
1976	89	191	114.1
1977	100	514	100.0
1978	40	212	95.2
1979	188	1 818	113.8
1980	261	362	124.8
1981	360	-	-

Fuente: Ronaldo Munk (1987, 104).

Sin embargo, entre la progresiva liberalización (1979) y el fin del régimen (1983) tuvo lugar un último intento de parte de los militares por retener el poder: la guerra de Malvinas³⁷² (abril-junio de 1982); un *reloaded* del espíritu nacionalista como último recurso para recuperar el entusiasmo social frente a las serias dificultades económicas y políticas que atravesaba el país. Pero el apoyo inicial a la guerra fue tan amplio y abrupto como la fatídica derrota³⁷³: entre la Plaza de Mayo colmada de civiles en respaldo a la decisión militar y el inminente derrumbe del régimen mediaron poco más de dos meses. Las imágenes 1 a 4 retratan la afirmación.

³⁷² Los especialistas sobre la transición argentina coinciden en que la guerra de Malvinas marcó el definitivo derrumbe del régimen militar (Mainwaring y Pérez-Lián 2013; O'Donnell y Schmitter 1988). Para una mirada general del impacto político de la guerra sobre la legitimidad del régimen militar se puede consultar, entre tantos otros, Marcos Novaro y Vicente Palermo (2003, capítulo V).

³⁷³ Sobre el regreso de los soldados argentinos y la política de ocultamiento del régimen militar consultar Cora Gamarnik, María Laura Gueembe, Vanina Agostini y María Celina Flores (2019).

Imagen 1. Clarín



Fuente: Diarios históricos. Clarín, 3/4/1982.

Imagen 2. Crónica



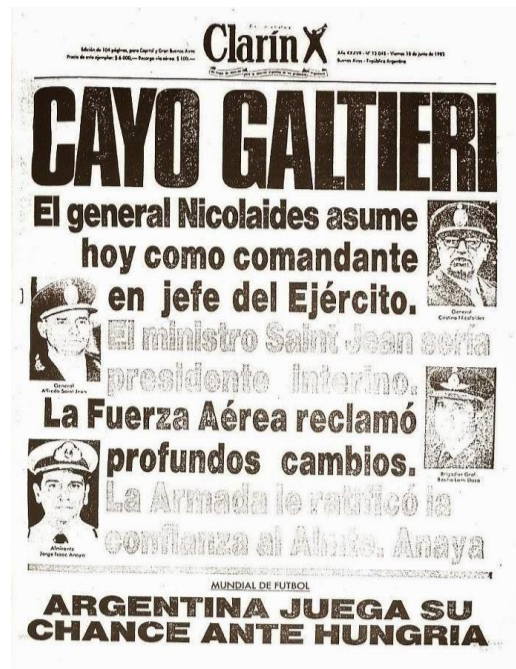
Fuente: Diarios históricos. Crónica, 2/5/1982

Imagen 3. Clarín



Fuente: Diarios históricos. Clarín, 15/6/ 1982.

Imagen 4. Clarín



Fuente: Diarios históricos. Clarín, 18/6/1982.

Así fue que, tras el fin de la guerra de Malvinas el régimen autoritario “colapsó” (O’Donnell y Schmitter 1988, 75) –factor (iii)–. A diferencia de la “lenta, gradual y

segura”³⁷⁴ democratización brasileña, entre 1982 y 1983 los militares fueron incapaces de imponer los tiempos y las reglas de la transición, negociar con la oposición, controlar la movilización social y crear un partido que representara sus preferencias en las nuevas elecciones. En contraposición, las élites políticas fueron exitosas en imponer sus intereses, organizar el calendario electoral y reactivar los partidos (en especial la Unión Cívica Radical y el Partido Justicialista) que lograron, en grados diferentes, dar voz a las demandas de democratización y justicia de la sociedad civil –ver imagen 5 y 6– (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013; Fausto y Devoto 2005; O’Donnell y Schmitter 1988). En este marco, una gran movilización social contribuyó a erosionar las identidades políticas autoritarias “de viejo arraigo” e introducir la preocupación por la democracia durante la refundación material y simbólica de la nación (Peruzzotti 2003, 65) –proceso de por sí novedoso si se consideran los vaivenes políticos del siglo XX–.

Imagen 5. Portada Crónica



Fuente: Diarios históricos. Crónica, 6/10/1982.

Imagen 6. Portada Clarín



Fuente: Diarios históricos. Clarín, 27/10/1983.

Nota: cierre de campaña de R. Alfonsín (UCR).

Sin embargo, si por una parte el “acuerdo social” no tuvo como base un movimiento popular que pretendiera para sí el monopolio de la legitimidad como sí sucedió durante el yrigoyenismo y el peronismo (Novaro 2010, 193); por otra parte, los procesos de reinstitucionalización, cuyos parámetros habían sido arrasados por la

³⁷⁴ En referencia a las divulgadas palabras del general Ernesto Geisel que ocupó la presidencia de Brasil entre 1974-1979 y dio inicio a la transición (Fausto y Devoto 2005, 396).

supresión de la vida pública, debían ser “inventados y aprendidos casi *ex-novo*” (O’Donnell 1983, citado en Oszlak 1987, 45) y, como si fuera poco, en una sociedad con escasa experiencia democrática y acelerada desigualdad de condiciones (Novaro 2010). En este escenario, en 1983 la gran “concertación social” reposó en un significado “global” o genérico de la democracia: el referido a los valores de la libertad y la igualdad, heredados del proceso fundacional³⁷⁵, más que a prácticas sociales e instituciones y políticas concretas (Feld y Franco 2015; Novaro 2010; Oszlak 1987; Grossi y Dos Santos 1987; Landi 1987).

El primer gobierno democrático –y quizá pueda decirse que también los posteriores– se hizo eco de estas tensiones: de un lado, una sociedad fuertemente crítica a las asimetrías, la autoridad y, ahora, a los militares y, del otro lado, la pretensión de las élites de imponer un determinado orden que, por añadidura, contenía en su interior una amplia gama de desafíos y conflictos no resueltos. Entre tantos otros, los de delimitar las reglas del juego democrático y, en específico, la delgada línea que separa la memoria, la verdad y la justicia, de su uso político y el punitivismo (Nino 2015; Vezzetti 2009, 2002). Desde su candidatura, el liderazgo de Raúl Alfonsín (UCR) se manifestó en férrea oposición al gobierno militar, la dirigencia civil que avaló la dictadura y en defensa de los valores democráticos y las instituciones republicanas (Novaro 2015; Nino 2015; Feld y Franco 2015; Novaro 2010; Pereira 2005; Fausto y Devoto 2005). Sumado a ello, el líder había ejercido como vicepresidente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), su comunicación electoral se llevó adelante bajo el lema “Somos la vida”, durante su masivo cierre de campaña citó el Preámbulo de la Constitución Nacional³⁷⁶ y durante su presidencia reconvirtió las demandas y valores del movimiento por los derechos humanos en cultura política de Estado (Jelin 2005) e implementó, de manera inmediata, medidas de justicia transicional³⁷⁷. Así entendido, el liderazgo de Alfonsín expresó una ruptura respecto del orden antecedente y su figura ha quedado grabada en el imaginario popular como el “el padre de la democracia” (Feld y Franco 2015); a diferencia de la “continuidad” simbolizada por José Sarney el primer presidente de la postdictadura brasileña (Power 2016; Mezarobba 2015; Zaverucha 2010).

³⁷⁵ Remitirse al capítulo II de esta tesis.

³⁷⁶ Sobre la construcción del liderazgo de Alfonsín y su comunicación electoral y gubernamental ver Andrés Alberto Massi (2014).

³⁷⁷ Sobre las medidas de justicia transicional aplicadas en Argentina el libro clásico es el de Carlos Santiago Nino (2015).

Respecto de las medidas de justicia transicional en específico, los especialistas coinciden en que las más extendidas y relevantes en el mundo refieren a la creación de comisiones para la investigación de los abusos a los derechos humanos (habitualmente conocidas como “comisiones de la verdad”) y los juicios a los perpetradores (Martins y Pereira 2019; Skaar, Collins, García-Godos, 2016; Pereira 2005). Generalmente a ellas se suman otras reparaciones como la derogación de las leyes de autoamnistía, las reformas del sistema judicial y militar, las “purgas” en el cuerpo castrense y la policía, y la indemnización de las víctimas y sus familiares. A su vez, ciertas medidas que procuran mantener “viva” la memoria de las víctimas y reforzar la crítica al pasado autoritario que van desde la construcción de memoriales hasta la revisión del pasado autoritario reciente (Martins y Pereira 2019; Skaar, Collins, García-Godos, 2016; Pereira 2005). Todas estas políticas fueron impulsadas por el gobierno radical e implementadas desde el Estado argentino durante la transición democrática (1983-1988); no así durante la brasileña (1984-1988) que hasta la década de 1990 no dio señales oficiales de justicia y hasta 2012 no creó una comisión nacional de la verdad (Martins y Pereira 2019; Mezarobba 2016; Nascimento Araujo 2015).

En concreto, a pocos días de asumir Raúl Alfonsín (10 de diciembre de 1983) el Ejecutivo elevó un proyecto de ley para derogar la “Ley de Pacificación Nacional” (22.924) –conocida como Ley de “Autoamnistía” militar– que el Congreso sancionó el 22 de diciembre de 1983. En simultáneo el gobierno promulgó los decretos n.º 157 y n.º 158 (13/12/1983) que dictaminaron el enjuiciamiento a los dirigentes de las organizaciones armadas y a las cúpulas militares respectivamente. A su vez, mediante el decreto n.º 187 (15/12/1983) creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) con el objetivo de recolectar denuncias y pruebas para esclarecer los hechos represivos durante la dictadura (Catoggio 2010, 7).

En 1985 la Cámara federal inició el juicio a las juntas militares³⁷⁸. Constituyó un hecho inédito en América Latina y un punto culminante en la lucha por los derechos humanos. No solo porque por primera vez los máximos responsables de las tres conducciones de las Fuerzas Armadas se sentaron en el banquillo de los acusados y fueron sometidos a la justicia civil³⁷⁹ sino también porque expresó la persistencia y la

³⁷⁸ El juicio argentino a las Juntas militares fue el primero en América Latina y se convirtió en un caso modelo a nivel internacional. Ver Carlos S. Nino (2015).

³⁷⁹ El 13 de febrero de 1984 el Congreso Nacional promulgó la ley 23.049 que modificó el código de justicia militar y permitió transferir los juicios a los militares al ámbito civil.

importancia de los valores de “libertad e igualdad” bajo un renovado espíritu democrático fuertemente crítico al militarismo reciente (Suriano 2005 23-24).

Tabla 14. Argentina y Brasil. Medidas de justicia transicional

Medidas	Argentina	Brasil
Derogación ley de autoamnistía militar	sí	no
Juicios civiles a líderes del régimen autoritario	sí	no
Juicios civiles a los perpetradores	sí	no
Creación oficial de "comisión de la verdad"	sí	no
Medidas de democratización del poder judicial	sí	no
Purgas/ reformas de la policía y los militares	sí	no
Purgas/reformas del poder judicial	sí	no
Indemnización de las víctimas/ familiares	sí	no

Nota: elaboración personal en base a Anthony Pereira (2005, 160).

Tras el fallo del juicio a las juntas (1985) que habilitó la incriminación y juicio de los cuadros subordinados, las tensiones no resultas de la flamante democracia volvieron a aflorar. Entre 1986 y 1987, en el contexto de una grave crisis económica y fuertes presiones sindicales, tuvieron lugar un conjunto de planteos y levantamientos de parte diversos sectores de las Fuerzas Armadas que pusieron un tope a la voluntad de justicia. En específico, la “Ley de Punto Final” (1986) y la “Ley de Obediencia Debida” (1987) establecieron la extinción de la acción penal y la no punibilidad de los delitos cometidos durante la dictadura³⁸⁰ y contribuyeron a una acelerada pérdida de confianza en el gobierno de turno (Balardini 2015; Catoggio 2010; Suriano 2005).

Con todo, los altísimos costos sociales, políticos y económicos de la última dictadura argentina; la devaluación de la confianza en los militares; la organización y movilización de la sociedad civil; el rol de los organismos de derechos humanos y; la inmediata puesta en práctica de medidas de justicia transicional, implicaron una redefinición de las relaciones de poder mucho más tajantes que en Brasil. En este sentido, la profundidad y el alcance del proceso de democratización fue fundamental en la consolidación de valores, creencias y patrones de relación social afines al clivaje inicial de naturaleza política y a los principios de igualdad y libertad heredados del imaginario liberal fundacional más críticos a las jerarquías y/o a las asimetrías sociales y menos tolerantes a los estilos de autoridad militaristas.

³⁸⁰ Entre 1988 y 1990 se produjeron dos nuevos levantamientos militares que motivaron la estrategia del entonces presidente electo, Carlos Menem (1989) del PJ, a implementar los “indultos” a los crímenes del pasado durante su primer gobierno, lo que supuso el “fin” de la “cuestión militar” y de los canales de judicialización, al menos, por una década (Catoggio 2010, 8-9; Suriano 2005, 24).

Lo hasta acá argumentado no implica que la sociedad argentina sea más democrática que la brasileña. En todo caso, durante el siglo XX en nombre de la “igualdad y la libertad” sus grupos de poder se embarcaron en una espiral de violencia irrefrenable frente a gobiernos progresivamente autoritarios que aprobaron, directa o indirectamente, la represión como vía legítima de acción. Tal como lo sugirió enfáticamente Guillermo O’Donnell (2014) a lo largo de su extensa obra, si bien la sociedad argentina es “bastante menos jerarquizada” y tiene, “en casi cualquier oportunidad que se le presenta, una actitud más igualitaria (o más precisamente equiparadora) de las distancias sociales”, por otra parte, “aunque sea por un minuto”, también ha procurado “vigorosamente (...) marcar la diferencia”. En este sentido, “puede ser al mismo tiempo relativamente igualitaria, y autoritaria y violenta” (O’Donnell 2014b, 146).

El punto 2 procura echar luz sobre estas consideraciones. Analiza el rol y las características de los grupos de poder brasileños durante el siglo XX y la transición democrática y los contrasta con el caso argentino.

2. Brasil. Los militares al poder (1930-1985)

Este apartado se detiene sobre las características de las élites, la Iglesia, las Fuerzas Armadas, las organizaciones sociales y los partidos políticos durante el siglo XX en Brasil. En esta dirección, el subtítulo 2. (a) introduce el escenario sociopolítico en el que tuvo lugar la llamada Revolución del 30 y en el que se expandió el pensamiento “nacionalista-autoritario” que dio inicio a la primera mitad del siglo XX y funcionó como guía para la acción de los grupos de poder dominantes en el largo plazo. El subtítulo 2. (a) (i), desarrolla el período 1930-1945 marcado por el fin de la Primera República (1889-1930) y la emergencia del llamado Estado getulista. Esto es, un orden progresivamente autoritario, encabezado por Getúlio Vargas y respaldado por los militares que, entre 1937 y 1945, adquirió atributos que lo acercaron al corporativismo-fascista y fue conocido como el *Estado Novo*. El punto 2 (a) (ii) se centra en el período 1945-1964 caracterizado por la emergencia del movimiento *queremista* (o getulista) y la breve experiencia democrática. Se trató de un período definido por ciertas continuidades políticas (la persistencia de las oligarquías estaduales y latifundistas, la extensión de la burguesía empresarial/industrial, la concentración del poder político en los militares) e intensas transformaciones sociales, en específico, la organización de los trabajadores del campo y el desarrollo de un movimiento católico de base que contribuyó a movilizar, junto a los

trabajadores, a amplios sectores civiles y unificarlos detrás de las “reformas de base” (entre las más polémicas, la reforma agraria y urbana). Ello conduce al punto 2 (b) que desarrolla las características del gobierno militar que tuvo lugar entre 1964 y 1985 donde, de modo similar a los autoritarismos argentinos que tuvieron lugar en esas décadas, las Fuerzas Armadas procuraron implantar un orden a favor de la dominación de los estratos más altos de la burguesía por medio de la exclusión de los sectores populares y la “normalización” de la economía. En este sentido, examina el rol del gobierno castrense (mucho más estable y duradero que los argentinos) y, en específico, la influencia de la transición democrática negociada en la (re)producción de un orden sociopolítico más disciplinado y tolerante a las asimetrías sociales y la autoridad militar en particular que el argentino.

2. (a) *Entre el autoritarismo y el interregno democrático (1930-1964)*

Durante la década de 1920 la creciente insatisfacción de las élites, las clases medias urbanas y los militares en torno al pacto oligárquico³⁸¹ sobre el que se había sustentado la Primera República brasileña (1889-1930) llevó, como en Argentina, al primer golpe de Estado del siglo XX. A medida que se acercaron las elecciones presidenciales programadas para marzo de 1930 las élites de Rio Grande del Sur³⁸², que habían permanecido excluidas de las decisiones gubernamentales durante la Primera República, encontraron la puerta de acceso a la mesa nacional de negociaciones. Su poder relativo se explicitó en la formación de la *Aliança Liberal*, de modo conjunto con los dirigentes de los estados de Minas Gerais y Paraíba, que presentó la candidatura presidencial del ex militar y por entonces gobernador de Rio Grande del Sur, Getúlio Vargas³⁸³, para competir con el candidato paulista Julio Prestes. La *Alianza* contó con el apoyo de las clases medias, los tenientes y las oligarquías opositoras aglutinadas detrás de un heterogéneo conjunto de medidas que buscaban ampliar la participación política e implementar reformas sociales, políticas y electorales, pero sin traspasar los límites del

³⁸¹ Refiere al pacto conocido como *café-com-leite* entre las oligarquías de San Pablo y Minas Gerais quienes se alternaron la gobernación del país entre 1889 y 1909/1930. A partir de 1909 las disidencias entre las oligarquías tradicionales estaduais fueron en aumento, lo que facilitó el ascenso de la dirigencia política de Rio Grande del Sur a la mesa de negociación y su posterior alianza con la de Minas Gerais para derrotar el predominio paulista. Sobre las alianzas que marcaron la Primera República y sus cambios hasta 1930, ver Boris Fausto (1995, 265-274 y 316-320).

³⁸² En relación al proceso de industrialización y urbanización brasileño y el fortalecimiento político y económico del Rio Grande del Sur durante las primeras décadas del siglo XX consultar Boris Fausto (1995, 299-317).

³⁸³ Sobre su formación e incursión política regional consultar Boris Fausto (2006, 11-41).

orden liberal de base “agrario-exportadora”³⁸⁴ heredado de la Primera República (Hirst 1981, 2).

El primero de marzo de 1930, en el medio de cuestionamientos y límites oficialistas a la oposición, los resultados electorales indicaron el triunfo del oficialismo. Meses más tarde, el asesinato de João Pessoa (gobernador de Paraíba y ex candidato a la vicepresidencia de Getúlio Vargas) allanó el camino para la revolución. En rechazo a la situación política del país se unieron “viejos oligarcas” representantes de las clases dominantes regionales; el *Partido Democrático* portavoz de las clases medias urbanas liberales; jóvenes cuadros civiles interesados en reformar el sistema político; y la parte “intervencionista” del Ejército y los tenientes rebeldes que defendían alguna forma de centralización del poder político y ciertas reformas sociales orientadas a los sectores populares³⁸⁵ (Fausto 1995, 326).

Así, a poco más de un mes de la deposición de Hipólito Yrigoyen en Argentina, lo propio sucedió en Brasil. Bajo la guía del *tenentismo* y los sectores intervencionistas del Ejército liderados por Góes Monteiro, el 3 de octubre de 1930, la revolución estalló en Rio Grande del Sur y se extendió por distintos puntos del país. El 24 de octubre, los militares que habían permanecido fieles al gobierno destituyeron al entonces presidente paulista Washington Luís Pereira de Sousa, constituyeron una Junta Gubernamental y días más tarde, presionados por la alianza cívico-militar que había iniciado la Revolución, nombraron a Getúlio Vargas como jefe de Estado del gobierno provisional (1930-1934). De esta manera se ponía en marcha la llamada Era Vargas³⁸⁶ (1930-1964), una de las más influyentes de la historia política del país (Fausto 2006; Fausto y Devoto 2005, Carvalho 2005, 1995; Hirst 1981)

Los subtítulos que siguen desarrollan las características de los grupos de poder brasileños durante la primera (1930-1945) y la segunda parte (1945-1964) de la “Era Vargas”. Sus particularidades y los contrastes con el rol de los grupos de poder argentinos permitirán mostrar el peso de la herencia fundacional durante el siglo XX, a la vez que demarcar las diferencias en torno a los límites de la tolerancia social en cada país.

³⁸⁴ Respecto de las características del pensamiento liberal brasileño a inicios de siglo XX remitirse al capítulo II, apartado 2. (b) de esta tesis.

³⁸⁵ Bajo la influencia del Partido Comunista, el ala “intervencionista” más radical del Ejército era la “reformista”. Apoyaba la formación de un ejército popular como el formado durante los primeros tiempos de la Revolución Soviética y en la fase de lucha de la Revolución China (Carvalho 2005, 74).

³⁸⁶ Cabe aclarar que si bien Vargas murió en 1954 su figura y movimiento continuaron presentes en los años que antecedieron al golpe de 1964 (Fausto 2006, Carvalho 2005).

2. (a) (i) Comienzo de la Era Vargas: los grupos de poder (1930-1945)

Cuando Getúlio Vargas asumió el gobierno provisional debió lidiar con un convulsionado cuadro de fuerzas³⁸⁷. En el ámbito político se contrapusieron los intereses sectoriales de la heterogénea coalición que lo había apoyado durante la “Revolución de 1930”³⁸⁸. Las viejas oligarquías estaduais y las burguesías urbanas liberales miraron con recelo y preocupación la concentración del poder en la figura del Ejecutivo. En concreto, el 11 de noviembre de 1930 Vargas emitió un decreto por el que le atribuyó al gobierno el poder de ejercitar no solo el cargo ejecutivo sino la completa autoridad en materia legislativa hasta la elección de una Asamblea Constituyente. Seguidamente, clausuró todos los órganos legislativos, intervino la mayoría de los estados y suplantó sus gobernadores por interventores pertenecientes al movimiento *tenentista*, lo que contribuyó a acrecentar, además, los antagonismos entre las oligarquías estaduais y los tenientes (Hirst 1981, 2). Meses más tarde, el gobierno creó el *Conselho Nacional do Café* (CNC) con el objeto de centralizar las decisiones en materia de política cafetera en el nivel nacional y debilitar el tradicional dominio de las élites paulistas. Así, terminó de erosionar su relación con las burguesías urbanas y las oligarquías pertenecientes al estado más industrializado de Brasil³⁸⁹ (Fausto 1995). Durante 1932, distintos sectores de la caficultura paulista se unieron con los industriales en contra de las políticas de la administración getulista. Si bien, luego de tres meses de enfrentamientos fueron sofocados por los militares fieles a Getúlio Vargas, su escala y repercusión pública contribuyeron a que el gobierno provisional, las clases medias urbanas y las oligarquías estaduais se sentaran a negociar (Skidmore 1967, 13-19). Producto de ello fue la convocatoria oficial para integrar una Asamblea Constituyente (1933) y llamar a elecciones generales (1934). Sin embargo, mientras esta decisión permitió calmar la presión de las burguesías y las aristocracias estaduais, despertó la reacción del *tenentismo* que creía que, antes de la constitucionalización, era necesario implantar un

³⁸⁷ Para un análisis multidimensional y plural de los gobiernos de Getúlio Vargas se recomiendan los trabajos publicados por el grupo de investigación *Dimensões do Regime Vargas*, coordinado por Orlando de Barros y Thiago Mourelle. Entre otras publicaciones se sugiere la organizada por André Barbosa Fraga, Mayra Coan Lago y Thiago Cavaliere Mourelle (2020).

³⁸⁸ Sobre la alianza que llevó adelante la Revolución de 1930 y la importancia de las clases medias urbanas durante su gestación ver Boris Fausto (1997).

³⁸⁹ En principio las élites paulistas recibieron el apoyo de las oligarquías de Mina Gerais, Rio Grande del Sur y ciertos sectores de Rio de Janeiro que también se alinearon en contra de las medidas de centralización promovidas por el gobierno de Vargas, sin embargo, cuando se desató la “Guerra Paulista” y el Ejército riograndense, el más poderosos del país, entró a participar, le quitaron el apoyo por temor a perder sus privilegios (Fausto 1995, 343-351).

amplio programa de reformas³⁹⁰ que depusiera “la estructura del poder oligárquico” (Hirst 1981, 2).

En este sentido, el gobierno también atravesó ciertas dificultades para imponer su autoridad en el ámbito militar. Como muestra la tabla 15, entre 1930 y 1934, los tenientes en alianza con otros cuadros subalternos (oficiales, capitanes y recién graduados) llevaron adelante un conjunto de agitaciones y revueltas –por lo menos 41 durante esos años– contra las jerarquías militares en reclamo de mejoras laborales y cambios en la estructura del Ejército. Si bien dichos reclamos estuvieron dirigidos a la institución castrense, manifestaron disconformidad dentro de la organización y fueron leídos por los grupos de poder como una expresión de “fragilidad” del gobierno provisorio para imponer el orden. A estas agitaciones se le agregaron un conjunto de conspiraciones lideradas por generales del Ejército contra el gobierno nacional –al menos nueve entre 1930 y 1934, ver tabla 15– que evidenciaron el quiebre del “viejo esquema de lealtad que vinculaba a los generales con los presidentes” (Carvalho 2005, 67-68) a la par que cuestionaron la capacidad del ejecutivo para mantenerse en el poder.

Tabla 15. Brasil. Agitaciones y revueltas militares entre 1930-1945

	1930-1934	1935-1939	1940-1945	Total
Generales	9	6	2	17
Oficiales subalternos	41	32	4	77
Total	50	38	6	94

Fuente: Murilo de Carvalho (2005, 65).

Nota: la tabla no incluye “pequeñas indisciplinas”, manifestaciones militares de carácter político-partidario (como las desarrolladas por el *Clube 3 de Outubro*), ni la revolución de 1934.

Por su parte, en el ámbito de la sociedad persistían las huellas de la eclosión social que había caracterizado a los principales centros urbanos de inicios de siglo XX³⁹¹,

³⁹⁰ El *tenentismo* promovía un programa de nacionalización que incorporaba algunas reivindicaciones populares y la expropiación de servicios y tierras en manos de las clases dominantes para lo que creían necesario prolongar la dictadura de Vargas, contar con un gobierno centralizado y estable, y elaborar una constitución que estableciera una representación por clase; en contraposición a las demandas de representación individual propias de los sectores liberales (Fausto 1995, 341).

³⁹¹ Durante la década de 1920 se desencadenó la transición entre una economía basada en la exportación de productos primarios (“modelo primario exportador”) y una economía que paulatinamente se industrializó, aunque bloqueada en su capacidad de producir nuevas divisas para las importaciones (“modelo de sustitución de las importaciones”). La línea divisoria entre los dos modelos la constituyó la crisis de 1929 en la que el polo dinámico de la economía se desplazó del mercado internacional al mercado interno y reforzó el desarrollo industrial y urbano (Trinidad 1973, 689).

avanzaban los efectos locales de la “gran depresión mundial”³⁹² y se asistía a la expansión de las corrientes de pensamiento revolucionarias, la reactivación del *Partido Comunista Brasileiro* (PCB) y la emergencia del primer movimiento de masas, fascista, del país, la *Ação Integralista Brasileira* (AIB). Así, durante la década de 1930 se formó en Brasil la percepción de que se estaba frente a una “explosión revolucionaria” que avanzaba sin control en el ámbito interno (Fausto 2006, 1995; Carvalho 2005).

En este marco, el 15 de julio de 1934 se llevaron adelante elecciones para ocupar el cargo Ejecutivo y Getúlio Vargas fue electo presidente del Brasil por voto indirecto de la Asamblea Nacional Constituyente³⁹³ (Fausto 1995, 331-352). Un día después, promulgó la nueva Constitución Nacional brasileña³⁹⁴. Sin embargo, ello no fue suficiente para acallar las disidencias. Entre 1934 y 1935 las clases medias urbanas agudizaron sus reclamos, una parte del *tenentismo* redobló sus esfuerzos reformistas, el integralismo se enfrentó abiertamente al *Partido Comunista Brasileiro* y se formó la *Aliança Nacional Libertadora* (ANL), una coalición opositora “antifascista” integrada por el PCB y los tenientes comunistas (Fausto 1995, 358-360). Dos años más tarde, Getúlio Vargas anunció la entrada en vigor del *Estado Novo* (1937), un régimen inspirado en el corporativismo fascista y el “nacionalismo-autoritario-militar”³⁹⁵ (Fausto 2001), sin grandes movilizaciones, salvo en sus años finales, y fuertemente centralizado que se propuso “reordenar” el antiguo sistema político de dominación oligárquica sin ampliar la participación política (Carvalho 2005, 110). Una suerte de “democracia autoritaria

³⁹² En referencia a la crisis económica mundial desatada tras la caída de la bolsa de *Wall Street* estadounidense (1929-1930). Sobre el debate político en torno a la crisis económica de 1929/1930 y su influencia sobre la gestación del *Estado Novo* consultar Thiago Cavaliere Mourelle (2020).

³⁹³ Según Thomas Skidmore (1967), las elecciones indirectas fueron un triunfo del *tenentismo* que logró formar, en alianza con los sindicatos profesionales, una coalición mayoritaria dentro de la Asamblea que aprobara las elecciones indirectas y garantizara el triunfo de Vargas (Skidmore 1967, 19).

³⁹⁴ Tanto en el anteproyecto del gobierno como en la Constitución de 1934 se observa la influencia de instituciones como las del Consejo del Reich de la Constitución alemana de 1919 y el Gran Consejo Fascista del régimen italiano. Sobre este punto consultar Paz Enrique Martínez (2014). Los liberales lograron que la Constitución retuviera la estructura federal de gobierno de la Primera República, garantizara elecciones libres, creara un Tribunal Electoral con poderes de supervisión, e incorporara ciertas cláusulas para robustecer la imparcialidad judicial. Los militares y tenientes, se aseguraron que el gobierno nacional jugara un papel más relevante en el ámbito económico y social. En cuanto al integralismo y la Iglesia, lograron ampliar sus privilegios (Skidmore 1967, 19).

³⁹⁵ Si bien el *Estado Novo* se inspiró, en los modelos no democráticos europeos (como los de Portugal, España y Alemania) el italiano fue particularmente influyente, sobre todo, en lo que respecta a la representación de clases y la legislación laboral (Fausto 2006, 70-71). Asimismo, el régimen se basó en las lecturas autoritarias de los principios positivistas dentro de las Fuerzas Armadas (Fausto 2001) –sobre este punto remitirse al capítulo II, subtítulo 2. (c)–. Su principal ideólogo, fue el General Pedro Aurélio de Góis Monteiro, la “mano derecha” de Getúlio Vargas entre 1930 y 1945 (Carvalho 2005, 92).

fundada en la justicia social” (Fausto 2006, 91-92) –aunque tal como en Italia, no lograría consolidarse–.

Pero ¿cómo logró la administración getulista calmar el agitado clima social e imponer, a diferencia de la experiencia argentina de la primera mitad del siglo XX, un orden político relativamente estable? ¿cuál fue el rol que ocuparon los principales grupos de poder en la legitimación de un liderazgo que asumió, de modo similar al peronismo, características “populares” que sobrepasaron, aunque en distinta medida, la caída del régimen que lo vio nacer?

Uno de los principales desafíos de la administración getulista fue recomponer la disciplina y la jerarquía en torno a los oficiales vencedores de la “Revolución de 1930” y controlar las agitaciones hacia el interior de las Fuerzas Armadas. Con ello por delante, durante los primeros años del gobierno provisional procuró cambiar la cúpula militar que, salvo excepciones, era antigetulista. Bajo el clima nacionalista de la época y con la justificación de que los militares sublevados representaban una facción de la nación en detrimento del conjunto, el Ejecutivo renovó toda la cúpula castrense con oficiales de su plena confianza y avanzó sobre los cuadros intermedios (coroneles, tenientes-coroneles, mayores, capitanes). De este grupo, salieron prácticamente todos los líderes que acompañaron a Getúlio hasta 1945. Entre ellos, Góes Monteiro, el ideólogo del *Estado Novo*, y Eurico Gaspar Dutra, su ministro de Guerra y el ejecutor de esa política (Carvalho 2005, 82-84) –quién además en 1946 se convirtió en el primer presidente democráticamente electo de Brasil (Fausto 1995, 94).

A esta serie de medidas le siguió la homogeneización del cuerpo castrense. Bajo el liderazgo de Góes Monteiro³⁹⁶ y Dutra, el gobierno extendió e intensificó la “depuración política” de todo “elemento sospechoso” a través de detenciones, transferencias y medidas punitivas. En esta dirección contribuyó el fallido golpe de Estado de 1935 organizado por integrantes de la *Aliança Nacional Libertadora* (ANL), entre ellos, tenientes comunistas, debido a que legitimó el avance del gobierno en las Fuerzas Armadas además de la persecución de la oposición. Esta acción fue reforzada

³⁹⁶ En 1934 Getúlio Vargas lo nombró ministro de Guerra. Un año más tarde, Góes designó a Dutra como su sucesor, posición que ocupó hasta 1945. Igualmente, entre 1937 y 1943 ocupó el cargo de jefe mayor del Ejército. La dupla “Góes-Dutra” fue central en la unificación del Ejército, la legitimación de los gobiernos de Vargas y la puesta en marcha del *Estado Novo* (Carvalho 2005).

con la reforma de la *Lei de Segurança Nacional*³⁹⁷ en diciembre de 1935, que facilitó el despido de funcionarios militares y civiles involucrados en levantamientos (Cavaliere Mourelle 2014, 12), y la creación del *Tribunal de Segurança Nacional*³⁹⁸ en 1936, encargado de “juzgar a los revolucionarios” (Motta 2020, 133). Algunos indicios de la magnitud que alcanzó esta “depuración” lo constituyen la cantidad de militares excluidos del Ejército “por razones políticas” entre 1930 y 1938 –un total de 624 oficiales y 1875 militares pertenecientes a cuadros subalternos, ver tabla 16–; la quintuplicación de las apelaciones y condenas, además de la cuadruplicación de los pedidos de *habeas corpus* registrados en el *Supremo Tribunal Militar* entre 1933 y 1938 –ver tabla 17–; y la paulatina disminución de las agitaciones y revueltas militares entre 1930 y 1945 –ver tabla 15 (arriba).

Tabla 16. Brasil. Militares del Ejército excluidos por razones políticas, 1931-1938

Años	Oficiales	Subalternos
1931-32	517	492
1935-36	107	1136
1937-38	-	247
Total	624	1875

Fuente: Murilo de Carvalho (2005, 85).

Tabla 17. Brasil. Procesos en el Supremo Tribunal Militar entre 1933-1938

Procesos	1933	1934	1935	1936	1937	1938
Apelaciones	181	239	824	843	725	910
Condenas	*	139	369	460	428	616
<i>Habeas Corpus</i>	430	288	351	421	879	1703

Fuente: Elaboración personal en base a Murilo de Carvalho (2005, 88).

* sin información.

Estas medidas estuvieron acompañadas por la duplicación del presupuesto destinado a las Fuerzas Armadas, la profesionalización del cuerpo castrense y la definitiva militarización del Estado tras la puesta en marcha del *Estado Novo* en particular (Williams 2010; Lamounier 2006; Carvalho 2005; Fausto y Devoto 2005). En la práctica, el *Estado*

³⁹⁷ La reforma abordó tres cuestiones principales: la mayor censura de los medios de comunicación y de las instituciones educativas; la simplificación para expulsar a los extranjeros; y la agilización burocrática de los procedimientos penales (Cavaliere Mourelle 2014, 12).

³⁹⁸ El Tribunal estaba encargado de juzgar los delitos contra la seguridad e integridad del Estado y contra sus instituciones. En los hechos gozó de amplios márgenes de discreción para implementar la Ley de Seguridad Nacional (1935) y juzgar los “crímenes políticos”. Sobre el rol del Tribunal y los aspectos más polémicos de la Ley consultar Karl Loewenstein (1942, 212-236).

Novo constituyó la materialización de la política del Ejército por encima de las instituciones civiles e incluso de las aspiraciones del propio presidente. Así se evidenció en 1945 cuando los militares le pusieron fin al gobierno de Vargas porque la “sensibilidad” del líder por los trabajadores se tornó incompatible con el proyecto político “cerrado” y “no-movimentista” de la corporación castrense (Lamounier 2006; Fausto 2006; Carvalho 2005, 1995; Levine 1998).

Igualmente, durante los primeros gobiernos de Getúlio Vargas (1930-1945) la relación entre el Estado y la Iglesia se tornó más estrecha (Klein y Vidal Luna 2014; Fausto 1995; Mainwaring 1986; Azzi 1980). Algunos de los principales símbolos de este acercamiento se manifestaron al poco tiempo de formarse el gobierno provisional en 1930. Por un lado, en la inauguración de la conocida estatua del Cristo Redentor, el 12 de octubre (fecha del “descubrimiento de América”³⁹⁹) a la que asistieron el presidente y sus principales ministros. Por otro lado, en la introducción de la educación religiosa en las escuelas públicas a través del decreto presidencial número 19.941. A su vez, los intereses del episcopado católico también estuvieron presentes en la Asamblea Nacional Constituyente (1932-1933) a través de la actuación de la *Liga Eleitoral Católica*⁴⁰⁰ y del integralismo nucleado en la *Ação Integralista Brasileira* (Fausto 2001, 36). Asimismo, entre 1934 y 1945, el *Ministério da Educação e Saúde Pública*, uno de los más significativos para la Iglesia, estuvo a cargo de “uno de los individuos más pro-fascistas y pro-católicos del *Estado Novo*, el ministro de Educación Gustavo Capanema” (Klein y Vidal Luna 2014, 39). En contrapartida, tanto la Iglesia como el movimiento católico apoyaron expresamente al jefe de la “Revolución” y al proyecto político-militar del *Estado Novo* incluso en sus años más críticos (1944-1945) (Azzi 1980). En este sentido, hasta mediados de siglo XX mantuvieron una posición mayormente ortodoxa expresada en la lectura moral –más que social o estructural– de la “cuestión social” y en la preocupación por participar en el ámbito educativo con el fin de “elevar el alma” de los sectores populares (Mainwaring 1986, 33-34).

Respecto del movimiento católico en específico, durante la década de 1930 y 1940 adhirió generalmente al integralismo –nucleado en mayor medida en la *Ação Integralista*

³⁹⁹ Los especialistas señalan que la fecha de inauguración procuró asociar la imagen del catolicismo a las propias raíces de la nacionalidad brasileña (Fausto 1995).

⁴⁰⁰ Se trató de un partido político auspiciado por la Iglesia Católica con el objeto de expandir el catolicismo e influir en la política local. Sobre su formación y desempeño durante la Asamblea Constituyente consultar Filipe de Faria Dias Leite (2010).

Brasileira (1932-1937) y en el *modernismo*⁴⁰¹– y afianzó su influencia entre los sectores intelectuales con quienes compartió el interés por la “cuestión nacional”, es decir, por la formación de un sentimiento nacional autónomo, asociado a la moral cristiana, y apoyado en la regulación cultural y el culto a la patria (De Lima Grecco 2015); aunque la injerencia del catolicismo en este aspecto fue, como ya se adelantó en el capítulo II, menor que en Argentina (Fausto y Devoto 2005). Algunas expresiones de esta relación fueron la difusión que alcanzaron las publicaciones católicas emergentes a inicios de siglo XX, entre las que cabe nombrar *Vozes de Petrópolis*⁴⁰² (1907-2003) y *A ordem*⁴⁰³ (1921-1990) por sus alcances y perdurabilidad (Rodrigues 2005; Azzi 1980); la fundación del *Centro Dom Vital* (1922-actualidad) considerado uno de los principales centros del catolicismo intelectual brasileño hasta, por lo menos, mediados del siglo XX; la formación de la *Ação Integralista Brasileira*, su estrecho apoyo a los primeros gobiernos de Vargas⁴⁰⁴ y la influencia de su líder, Plínio Salgado⁴⁰⁵, en la *Sociedade de Estudos Políticos* (SEP) – organización de la que salieron los principales cuadros integralistas que participaron del *Estado Novo* (De Lima Grecco, 2015)–; y el peso que alcanzó el movimiento integralista nucleado en el *modernismo* en la administración de los gobiernos getulistas (1930-1945), en especial, en el área de la cultura (publicidad, propaganda y educación) (Williams 2001).

⁴⁰¹ Se trató de un movimiento cultural reformista formado durante 1920 bajo la inspiración José Pereira da Graça Aranha, los intelectuales “nacionalistas-autoritarios” (entre ellos, Oliveira Viana, Azevedo Amaral e Francisco Campos de principios de siglo XX) y el pensamiento fascista emergente. Dicho movimiento cuestionó los valores estéticos tradicionales y confluyó en la necesidad de construir una nacionalidad propia –generalmente asociada con el concepto de *brasilidade*– (Williams 2001; Putnam 1942). Sus ideólogos fueron muy importantes en la legitimación, administración y organización del *Estado Novo*. Entre ellos, Plínio Salgado, uno de los fundadores del AIB, Mario de Andrade y Sérgio Buarque de Holanda (Williams 2001; Levine 1980; Putnam 1942).

⁴⁰² Se trató de una revista editada por los franciscanos preocupada por el ámbito educativo en especial y puesta en circulación por la Editora *Vozes* entre 1907 y 2003. Sobre la revista consultar Claudino Gilz y Cleonice Aparecida de Souza (2020).

⁴⁰³ Fue creada por el abogado y periodista Jackson de Figueiredo, fundador del *Centro Dom Vital* quien fue sucedido por Dom Alceu Amoroso Lima, uno de los fundadores de la *Ação Católica Brasileira* (ACB) y brazo derecho del cardenal Dom Sebastião Leme que formó parte del círculo íntimo de Getúlio Vargas y de la AIB liderada por Plínio Salgado. Sobre los intelectuales católicos nucleados en la revista y sus principales figuras entre 1930 y 1945 consultar Cândido Moreira Rodrigues (2005).

⁴⁰⁴ Con la implantación del *Estado Novo* la AIB, como el resto de los partidos, fue suprimida. En alianza con los militares no varguistas, una parte de sus integrantes atacó el palacio presidencial en mayo de 1938. Si bien el ataque fue rápidamente controlado, ello le permitió a la administración getulista reprimir al integralismo disidente y, en cierta medida, disciplinar el movimiento. Sobre los intelectuales integralistas, sus distintas corrientes y sus vínculos con Getúlio Vargas durante el *Estado Novo* consultar Gabriela De Lima Grecco (2015).

⁴⁰⁵ Con la implementación del *Estado Novo* y la consecuente disolución de la AIB, Salgado fue excluido del cuerpo de intelectuales que participó del gobierno. Sobre la carrera e influencia política de Salgado entre 1930 y 1945 se sugiere Helgio Trinidad (1973).

En efecto, esta última área constituyó un espacio de relación fundamental entre el gobierno y los sectores católicos nacionalistas de cuño integralista y uno de los núcleos sobre los que reposó tanto el proyecto del “nacionalismo-autoritario-militar” como las administraciones getulistas (De Lima Grecco, 2015; Fausto 2006, 2001). En particular, ello se expresó en la ampliación del mito de la “nación mestiza” iniciado a principios del siglo XX bajo la influencia de las teorías culturales de las que abrevaron los primeros nacionalistas. Así, bajo el “mito de la democracia racial” y el discurso oficial de “*o mestiço vira nacional*” (Vargas, citado en Fausto 2006, 131), las diversas manifestaciones del régimen procuraron revalorizar las herencias culturales africanas⁴⁰⁶ legadas de la etapa fundacional del Estado nación. Entre otras iniciativas, a partir de 1935 el gobierno oficializó las *escolas de samba* y, en 1937 la capoeira —que hasta entonces había sido considerada una infracción penal por el Código Criminal de 1890 y sus manifestaciones reprimidas durante toda la Primera República. Igualmente, durante 1939 incorporó nuevas fechas festivas al calendario tradicional. Entre ellas, el *Dia da Raça* “*para exaltar a tolerância da nossa sociedade*” (Vargas, citado en Fausto 2006, 126) y el *Dia do Trabalhador* (el primero de mayo) además del cumpleaños del presidente (el 19 de abril). A su vez, *Nossa Senhora da Conceição Aparecida*, una santa católica blanca cuya imagen se había oscurecido “milagrosamente” tras ser bañada en el río *Paraíba do Sul*, fue escogida patrona de Brasil por ser la legítima representante de la nacionalidad brasileña y la *feijoada*, una comida a base de porotos y cerdo que los esclavos aparentemente elaboraban a partir de las sobras de sus amos, se convirtió en plato nacional (Fausto 2006, 130).

Si bien estas iniciativas contribuyeron a (re)significar la cultura afrodescendiente y transformarla en un espacio de mediación social entre las clases, a la vez que ampliar el apoyo de los sectores populares hacia Vargas, también la vaciaron de su contenido e historia (Telles 2006, 54). En particular, porque a la par que se amplió la imagen del “Brasil multirracial” se extendió la “ideología del blanqueamiento” (Skidmore 1976) y, consecuentemente, profundizó la “desafricanización” de la cultura brasileña iniciada

⁴⁰⁶ Sobre este asunto vale recordar el emblemático ensayo del antropólogo Roberto Da Matta (1986), *O que faz brasil, ¿Brasil?*, originalmente publicado en 1978, en el que sugiere que los rasgos culturales brasileños se pueden sintetizar en la pregunta: *Você sabe com quem está falando?* Igualmente agregar el sugestivo trabajo de Guillermo O'Donnell (2014b) “¿Y, a mí que mierda me importa?”, originalmente publicado en 1984, donde a partir del interrogante de Roberto Da Matta compara, entre otros asuntos, los rasgos culturales Argentina y Brasil durante el siglo XX.

durante la Primera República⁴⁰⁷ (Hasenbalg 2018, 2005; Telles 2014, 2006). Por esta razón, Rita Segato (2007) sostiene que la *miscigenação* —en referencia a las políticas de “blanqueamiento”— articuló la construcción de un “paradigma étnico nacional” de largo plazo basado en la inclusión “del otro” a partir de la “invisibilización del color”, es decir, de la negación de todos aquellos atributos fenotípicos, materiales y simbólicos que no “encajan” con el modelo de la “europeidad blanca” (Segato 2007, 107-110). Bajo esta interpretación, el proyecto nacional sobre el que se sustentó la “Era Vargas”, lejos de trascender el clivaje social inicial, contribuyó a reforzar el lugar de inferioridad donde ese “otro” había sido ubicado, pero, a diferencia del siglo anterior, fue soslayado detrás del signo integrador de la “democracia racial”⁴⁰⁸ (Telles 2006; Levine 2001).

Asimismo, la difusión del signo integrador se apoyó sobre un conjunto de organismos federales de “gestión cultural” destinados a controlar la información y “promover el orden moral” sobre el que debía fundarse el “Brasil multirracial” (Williams 2001, 66). Una de las instituciones más emblemáticas al respecto fue el *Departamento de Imprensa e Propaganda* (DIP) (1939) integrado mayormente por cuadros integralistas quienes respondieron directamente al presidente y ejercieron amplias funciones sobre la difusión del cine, la radio, el teatro, la imprenta, la literatura, el arte, la música, entre otras áreas, a través de regulaciones e iniciativas de divulgación y promoción orientadas a promover y legitimar el *Estado Novo*. A modo de ejemplo se puede nombrar el programa radial *Hora do Brasil* destinado a ampliar los apoyos hacia Vargas entre los trabajadores y la revista *Cultura Política* donde escribieron los principales ideólogos del régimen⁴⁰⁹.

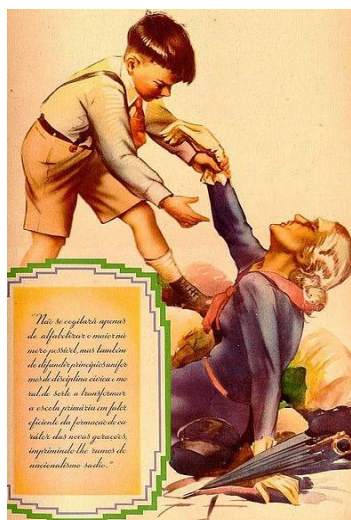
Las imágenes 7, 8 y 9 ofrecen una representación del lugar central que ocupó la difusión de la cultura “nacionalista-autoritaria-militar” dentro de los primeros gobiernos de Getúlio Vargas (Fausto 2006, 2001; Williams 2001).

⁴⁰⁷ Sobre la “ideología del blanqueamiento” y las políticas de mestizaje remitirse al capítulo II, subtítulo 2. (b).

⁴⁰⁸ Este proceso puede ser sintetizado en lo que Jean Baudrillard conceptualizó como “el crimen perfecto”, “un mundo en el que la más elevada función del signo es hacer desaparecer la realidad, y enmascarar al mismo tiempo esa desaparición” (Baudrillard 1996, 17).

⁴⁰⁹ Entre ellos, Almir de Andrade, director de la revista, y Francisco Campos, Oliveira Viana y Azevedo Amaral, del movimiento integralista. El régimen también habilitó la participación de ciertas voces disidentes, entre ellas, Nelson Werlneck Sidré, Graciliano Ramos y Gilberto Freyre, como forma de “cooptar” a los opositores en vez de reprimirlos abiertamente (Fausto 2006, 119; 2001, 36-37).

Imagen 7. Educación



Fuente: Departamento de Imprensa e Propaganda.

Nota: “La escolarización no solo alfabetizará al mayor número posible, sino que también difundirá los principios uniformes de disciplina cívica y moral de suerte de transformar a la escuela primaria en una fuente eficiente de formación del carácter de las nuevas generaciones, imprimiéndoles un sano nacionalismo”

—traducción propia—.

Imagen 8. Trabajo urbano



Fuente: Departamento de Imprensa e Propaganda.

Nota: “Por ínfimo que sea en el presente, el trabajo de cada brasileño en bien de la comunidad acelerará la renovación en el futuro”

—traducción propia—.

Imagen 9. *Batalha da Borracha*



Fuente: Acervo do Museu de Arte da Universidade Federal do Ceará (Freitas, Vilarino, Santos 2019, 114).

Nota: “Cada uno en su lugar para la victoria” —traducción propia—.

Por su parte, al agitado cuadro social de 1930, las administraciones getulistas le respondieron con un conjunto de medidas destinadas a atender la “cuestión social”. Las políticas gubernamentales sobre este asunto estuvieron inspiradas en una lectura “organicista”⁴¹⁰ del pensamiento positivista predominante durante la transición al siglo XX⁴¹¹, esto es, que “patrones y trabajadores debían actuar de conformidad con los intereses de la sociedad, superiores a los suyos”, con el objeto de “eliminar” el conflicto y contribuir a la “armonía” del “cuerpo” social (Carvalho 1995, 83) —las imágenes 8 y 9 (arriba) reflejan esta idea—. Bajo esta interpretación, el proyecto liderado por Vargas dio

⁴¹⁰ Refiere a la idea de que la sociedad es un organismo vivo, con entidad y leyes propias, compuesta por individuos. Desde esta concepción, los individuos, tal como las células de cualquier organismo, componen el “cuerpo social” y, aunque cumplen funciones distintas, están ordenadas en consideración de la vida del todo. Sobre este punto consultar Murilo de Carvalho (1997).

⁴¹¹ La “cuestión social” se basó en el pensamiento comteano, esto es que, el “principal objetivo de la política moderna era incorporar al proletariado a la sociedad por medio de medidas de protección al trabajador y su familia” (Carvalho 1995, 82). En Brasil, los militares se autoproclamaron los más capacitados para liderar este proyecto. Consultar capítulo II, subtítulo 2. (c) de esta tesis.

inicio a un proceso de ampliación de los derechos sociales⁴¹² similar al que, con distinta magnitud y escala, llevó adelante Juan Domingo Perón desde el Ministerio de Trabajo años más tarde (Bohoslavsky 2017; Fausto 2006, 1995; Fausto y Devoto 2005; Carvalho 1995). Una de las primeras medidas en esta dirección fue la creación del *Ministério do Trabalho, Indústria e Comércio* (1930) desde el que el gobierno promulgó una amplia legislación social. En el terreno laboral, entre otras iniciativas, creó el *Departamento Nacional do Trabalho* (1933) y reglamentó la jornada laboral de ocho horas, el trabajo de la mujer y la equiparación de su salario respecto de los hombres (1932). Igualmente, en la Constitución de 1934, consagró la competencia del gobierno para regular las relaciones laborales e instituyó el *Tribunal do Trabalho* a través del que codificó todas las leyes sindicales y laborales que culminaron con la *Consolidação das Leis do Trabalho* (1943) que permanece vigente, con algunas modificaciones, hasta la actualidad. En el terreno de la previsión social, la reforma más significativa fue la ampliación y transformación de las *Caixas de Aposentadoria e Pensões* (CAP) –Cajas de Retiro y Pensiones– y la creación de un conjunto de institutos de profesionales (marinos, comerciantes, bancarios, entre los que sobresalía el de los industriales) cuya administración, a diferencia de las *Caixas*, estaba a cargo del gobierno (Carvalho 1995, 83-85).

Sin embargo, junto con estos avances, las administraciones getulistas también instituyeron una serie de obstáculos para la plena puesta en práctica de los derechos sociales. Bajo la interpretación organicista de que los sindicatos constituían miembros “auxiliares” al servicio de la “armonía social” fueron convertidos en un “instrumento” del Estado. En este sentido operaron los decretos 19.770 (1931) y 24.694 (1934) que, entre otras cuestiones, elevaron a los sindicatos a la categoría de entidad “consultiva y técnica” del gobierno, prohibieron su contacto con organizaciones internacionales, incentivaron la *unicidade* –en otras palabras, la ausencia de pluralidad– y supeditaron su autorización al Ministerio de Trabajo (Fausto 1995, 335-336). De esta manera, la regulación sindical fue usada por las administraciones getulistas para restringir la libertad y la autonomía de las organizaciones obreras⁴¹³ (Queiroz 2012, 22), amén de proporcionar ventajas exclusivas

⁴¹² Sobre las políticas sociales llevadas adelante por las administraciones getulistas consultar Robert Levine (2001).

⁴¹³ Durante el *Estado Novo* el gobierno acentuó la intervención y el control sobre los sindicatos. Una de las medidas más emblemáticas fue el impuesto sindical (1940) vigente hasta el día de hoy que descuenta automáticamente a todos los trabajadores, sindicalizados o no, el equivalente al jornal de un día de trabajo.

a los trabajadores pertenecientes a los sindicatos reconocidos por el Ministerio de Trabajo. Entre ellas, los beneficios de la legislación previsional, el derecho a vacacionar, la posibilidad de recurrir a las Comisiones y Juntas de Conciliación y Arbitraje (creadas en 1930), y la protección frente a la persecución de los patrones (Carvalho 1995, 86). A partir de entonces, el movimiento de trabajadores tuvo ante sí el difícil dilema de decidir entre “libertad sin protección o protección sin libertad” (Carvalho 1995, 89). Para fines de 1933, el sindicalismo autónomo de inicios de siglo XX había “desaparecido” y los sindicatos existentes se ajustaron a la legislación gubernamental (Fausto 1995, 336).

De igual manera, la legislación sindical sancionada excluyó importantes categorías sociales del sistema laboral y previsional (Fausto 2006, Carvalho 1995). Quedaron afuera todos los trabajadores urbanos del ámbito doméstico, en general mujeres, y los autónomos por no estar sindicalizados, además de la gran masa de trabajadores informales. Algo similar ocurrió con los trabajadores rurales, mayormente negros y mulatos, que en aquella época constituían la mayoría y no disponían de una regulación sindical propia⁴¹⁴ (Telles 2006). Según Murilo de Carvalho (1995), la ausencia de una regulación que los incorporase a estas categorías se vinculó con “el temor” del gobierno de “incomodar” a la clase media urbana y a los grandes propietarios de la tierra que lo apoyaban (Carvalho 1995, 91-92).

Claro que la discreción en la distribución de los beneficios sociales no fue exclusiva de los gobiernos brasileños. Tal como se señaló en el apartado sobre Argentina en este capítulo, aun cuando las administraciones peronistas de mediados de siglo XX conllevaron la ampliación de los derechos sociales, también crearon un conjunto de instituciones y dispositivos con el objeto de alinear los distintos grupos sociales detrás del proyecto peronista y disciplinar la “columna vertebral” del movimiento. La principal diferencia radicó en que la mayor experiencia, estructura e intransigencia de las organizaciones sociales contribuyeron a limitar el avance de los gobiernos en general y resguardar, relativamente, su autonomía.

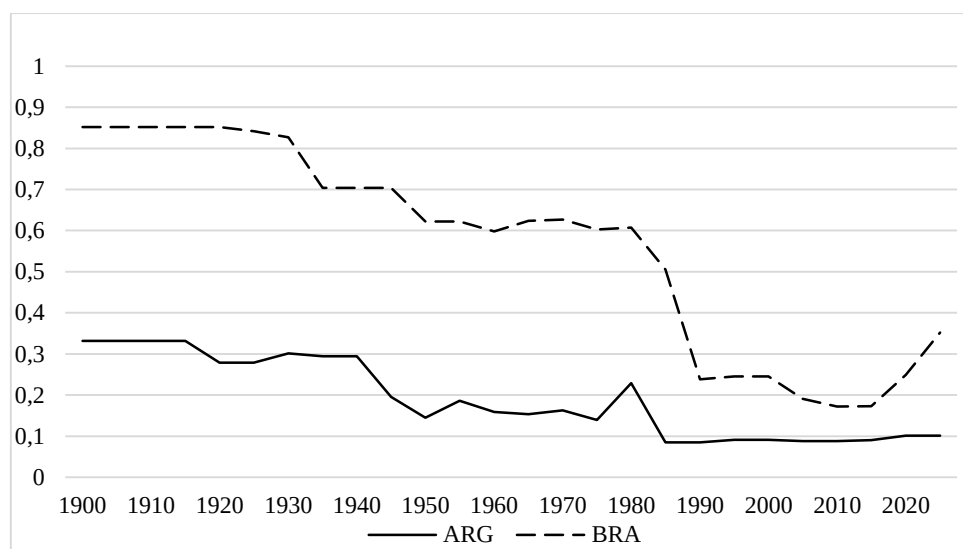
En este sentido, los especialistas (Fausto y Devoto 2005; Fausto 1995, Carvalho 1995) coinciden en que, a diferencia de Argentina, la ampliación de los derechos sociales en Brasil derivó más de la acción del Estado y la necesidad de controlar la “cuestión

Sobre este punto consultar Murilo de Carvalho (1995, 89-92) y, sobre la regulación sindical entre 1930 y 1945, Antônio Augusto de Queiroz (2012, 21-26).

⁴¹⁴ El sindicalismo rural se reguló recién en 1963 durante el gobierno de João Goulart. Este punto se explica en el próximo subtítulo 2. (a) (ii).

social”⁴¹⁵ de parte del proyecto “autoritario-nacionalista-militar” (Fausto 2001) que de la movilización y presión de los trabajadores (Fausto 1995, 336). Así, a la débil capacidad organizativa de los sectores populares heredada del proceso fundacional se le sumó la desigual distribución de los derechos entre los grupos sociales lo que contribuyó a perpetuar y reforzar las diferencias en torno al pleno acceso a la ciudadanía en el largo plazo (Fausto 2006, 1995; Carvalho 1995; Santos 1979). El gráfico 13 ilustra esta afirmación.

Gráfico 13. Argentina y Brasil. Índice de exclusión por grupo social, 1900 y 2021



Fuente: *Varieties of Democracy (V-Dem)*, Indicator Exclusion by Social Group

El gráfico 13, representa el índice de exclusión por grupo social en Argentina y Brasil. Mide el grado en que a determinados individuos se les niega el acceso a servicios y espacios públicos debido a sus rasgos de identidad y/o atributos personales⁴¹⁶. El valor “0” representa inclusión perfecta y el valor “1” exclusión perfecta. En este sentido, muestra que los niveles de exclusión por grupo social en Argentina (línea continua) entre 1900 y 2021 fueron siempre menores que en Brasil (línea de guiones). A su vez, que en ambos países el índice descendió durante la década de 1940 –en la que, bajo el liderazgo de Juan D. Perón y el gobierno de Getúlio Vargas, se reconocieron una serie de derechos

⁴¹⁵ Lo dicho no niega el período de luchas populares que antecedió al gobierno de Vargas, pero como se mostró en el capítulo II, su amplitud estuvo restringida a momentos y espacios limitados y no lograron avances significativos en torno a los derechos sociales salvo en determinadas circunstancias (Fausto 2006, 51).

⁴¹⁶ El índice está formado por un conjunto de estimaciones hechas a partir de un modelo factorial bayesiano que integra los siguientes indicadores discriminados por grupo social: distribución del poder entre los grupos, igualdad de libertades civiles, acceso a los servicios públicos, acceso al trabajo y oportunidades comerciales estatales. Sobre la metodología usada por el proyecto *V-Dem* consultar Michael Coppedge et al. (2021).

sociales–; se mantuvo relativamente estable entre 1950 y los primeros años de 1980 – marcados por la inestabilidad política (sobre todo en Argentina) y la implantación de los autoritarismos– y volvieron a descender tras la transición hacia la democracia en la década de 1980. A partir de entonces, la distancia entre los indicadores de exclusión social fue comparativamente menor.

Respecto de Argentina, el primer descenso en los niveles de exclusión por grupo social se manifestó a partir de 1910 y hasta mediados de 1920) –veinte años antes que en Brasil–. Esta década coincidió con el período de gran movilización popular que atravesó el país y la sanción de la Ley Sáenz Peña (1912) que reconoció el voto universal, secreto y obligatorio. Tras la reapertura democrática en 1983, los niveles de exclusión llegaron a su punto histórico más bajo y se mantuvieron relativamente estables hasta 2021.

En cuanto a Brasil, el primer descenso en los niveles de exclusión por grupo social se expresó con el fin de la “Primera República” (1930) y el primer gobierno de Getúlio Vargas (1930-1937) durante el que se sancionó la Constitución de 1934 y se avanzó en materia de derechos laborales y previsionales. A su vez, como en Argentina, tras la restitución de su democracia (1985) el índice de exclusión social descendió abruptamente, sin embargo, alcanzó su punto histórico más bajo dos décadas después (entre el año 2000 y el 2015⁴¹⁷). A su vez, subió a partir de 2016 y, de modo más abrupto, durante la administración de Jair Bolsonaro (2019-2021).

Así, más allá del impulso reformista de los revolucionarios brasileños de 1930, durante mediados del siglo XX los militares se constituyeron en garantes de la base social de las élites dominantes y en un grupo de poder central para la conservación del orden sociopolítico (Carvalho 2005, 110). De hecho, el peso de las Fuerzas Armadas se hizo sentir cuando a partir de 1943 las decisiones de Vargas se alejaron de la posición castrense dominante y el líder recurrió a los trabajadores para ampliar sus apoyos sociales. En concreto, los primeros síntomas de este malestar se manifestaron tras la decisión de Getúlio Vargas de enviar tropas en apoyo a los Aliados⁴¹⁸ (1942) aun cuando las Fuerzas Armadas lideradas por Eurico Dutra se opusieron. Esta fractura abrió camino a la expresión de divergencias dentro y fuera del gobierno en relación a la gestión de Vargas.

⁴¹⁷ Sobre el conjunto de políticas sociales llevadas adelante tras la transición de la democracia y durante los gobiernos del *Partido dos Trabalhadores* (2003-2016) en especial que contribuyeron en esta dirección consultar Juliana Martins y Anthony Pereira (2019).

⁴¹⁸ Si bien Vargas procuró mantener a Brasil en una posición neutral frente a la Guerra Mundial, fue presionado por sus socios internacionales, en especial, por Estados Unidos, su principal socio comercial y crediticio (Levine 2001, 105-111).

Por un lado, de parte de las élites liberales y la burguesía urbana preocupadas por la supresión de los derechos civiles y políticos. Por el otro lado, de parte de la oposición que aprovechó la contradicción del gobierno entre la mantención del régimen autoritario y su apoyo a los Aliados (que representaban el eje democrático) para extender su influencia entre la opinión general. Frente a estas disidencias, el *Departamento de Imprensa e Propaganda* puso en marcha una extensa campaña de propaganda bajo el lema Vargas “o pai dos pobres” –el padre de los pobres– con el fin de afianzar la popularidad del líder entre los sectores populares.

Cuando la derrota del Eje se avecinó, Vargas dio los primeros pasos hacia la liberalización del régimen y anunció elecciones generales para el 2 de diciembre de 1945. Bajo este clima, se formaron los tres partidos políticos más importantes del período democrático (1945-1964) que le sucedería al *Estado Novo*: la *União Democrática Nacional* (UDN) que agrupó a la antigua oposición liberal, las élites dominantes y un reducido grupo de socialistas y comunistas; el *Partido Social Democrático* (PSD) creado por iniciativa de la burocracia estatal, del propio Getúlio y de los interventores estaduais y; el *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB) creado por el Ministerio de Trabajo y la burocracia sindical, también bajo la inspiración de Vargas. A ellos se les sumó la organización de un gran movimiento de trabajadores, llamado *queremismo*⁴¹⁹, que inicialmente se levantó en defensa de la continuidad de Getúlio Vargas en su cargo (Fausto 1995, 385-386).

En este escenario, con la preocupación de que Brasil se convirtiera en un país “populista” (Fausto 2006, 1995; Levine 2001), Dutra y Goéis Monteiro, respaldados por las élites civiles, dieron instrucciones a los militares para deponer al entonces presidente y asegurar la reapertura democrática. Presionado por la situación, el 29 de octubre de 1945 Getúlio Vargas renunció al cargo y, semanas más tarde, apoyó públicamente la candidatura de Dutra⁴²⁰ para la presidencia de la nación. Así, el 2 de diciembre de 1945 los brasileños fueron convocados a participar por primera vez en la historia del país en elecciones democráticas. Eurico Gaspar Dutra, el ex ministro de Guerra de Getúlio, y candidato del PSD y el PTB, se impuso con el 55% de los votos frente al brigadier y “ex

⁴¹⁹ La expresión se originó a partir de la consigna utilizada por el movimiento: *Queremos Getúlio*. En adelante la tesis refiere a *queremismo*, *getulismo*, *varguismo* indistintamente.

⁴²⁰ Roberta Levine (2001) sostiene que el apoyo de Vargas a Dutra buscó “salvar las apariencias” y prevenir su exilio forzado de Brasil (Levine 2001, 111). Fausto (2006) agrega que los militares no quisieron enfrentarse a Getúlio porque formaban parte de su gobierno y cualquier juicio los hubiera involucrado (Fausto 2006, 159).

héroe del *tenentismo*”, Eduardo Gomes, líder de la UDN, con el 35% del caudal electoral (Levine 2001, 112). Los resultados de las elecciones fueron representativos del peso y la legitimidad que habían ganado los militares dentro del sistema político brasileño durante el *Estado Novo*, de la fuerza de la máquina electoral montada por el PSD, del apoyo que conservaba Getúlio entre los trabajadores (integrados en el PTB) y también del amplio repudio que provocaba la figura de Vargas entre las élites (Fausto 1995, 397-399).

De esta manera, durante los primeros años que siguieron a la renuncia de Vargas el sistema político brasileño se dividió entre quienes apoyaron al *queremismo* y quienes no. De modo similar a lo que ocurrió tras la deposición de Juan Domingo Perón en Argentina (1955), aunque en mucho menor escala y en frente a un escenario menos polarizado, Brasil entró en la segunda mitad del siglo XX.

Es sobre el rol de los grupos de poder durante la primera experiencia democrática brasileña y el “fin de la Era Vargas” que trata el subtítulo que sigue.

2. (a) (ii) *Fin de la Era Vargas: los grupos de poder en democracia (1945-1964)*

Durante la presidencia de Eurico Dutra (1946-1950), el gobierno logró garantizar un orden sociopolítico mayormente cerrado⁴²¹ tanto a los sectores previamente activados, los trabajadores urbanos en particular, como a los grupos tradicionalmente excluidos, los negros y afrodescendientes (Fausto y Devoto 2005; Carvalho 1995; Skidmore 1967). En este sentido, si bien la Constitución Nacional promulgada en septiembre de 1946 retuvo la regulación laboral aprobada durante el *Estado Novo* y consagró los derechos civiles y políticos de la Constitución de 1934, no modificó la prohibición del voto a los analfabetos que para 1950 representaban alrededor del 57% de la población⁴²², ni la referida a los soldados y oficiales inferiores⁴²³. A su vez, el gobierno “suspendió” los derechos y garantías constitucionales cuando se trató de los trabajadores. En esta dirección, en marzo de 1946 reguló el derecho a huelga (decreto ley 9.070⁴²⁴) y prohibió la paralización de las actividades consideradas “esenciales” que, para la época, eran “casi todas” (Fausto 1995, 401). Asimismo, intervino las entidades gremiales afiliadas a la *Confederação Geral dos Trabalhadores* (CGT), dirigida y coordinada mayormente por líderes pertenecientes al

⁴²¹ Para una impresión general de los gobiernos que tuvieron lugar entre 1945 y 1964 un estudio clásico es el de Thomas Skidmore (1967).

⁴²² Ver gráfico 8, capítulo II de esta tesis.

⁴²³ Ver artículo 108 de la Constitución de 1934. Cabe agregar que los militares con cargos inferiores eran mayormente getulistas (Carvalho 2005).

⁴²⁴ Si bien el decreto permaneció vigente durante todo el período democrático no logró frenar las huelgas (Queiroz 2012).

Partido Comunista, y suspendió todas las elecciones sindicales, además de prohibir la construcción de una central sindical (Queiroz 2012, 26). Igualmente, en 1947, el Supremo Tribunal Federal le quitó el registro al *Partido Comunista*⁴²⁵ (el cuarto más grande del país) y, en 1948, el Congreso Nacional determinó la cesación de los mandatos de los representantes electos por ese partido (Fausto 1995, 403).

En cuanto a los grupos de poder dominantes, el carácter más “moderado”, “ortodoxo” y “conservador” de la administración de Dutra contribuyó al apoyo de las élites políticas y económicas tradicionales alrededor de su liderazgo. Por su parte, la Iglesia retuvo sus privilegios en el Estado (entre los más, importantes, los del ámbito educativo⁴²⁶) y los militares fueron integrados al gobierno través de la repartición de puestos clave (Skidmore 1967, 65). Además, estas relaciones fueron facilitadas tanto por el común sentimiento antipopular y anticomunista entre estos grupos como por el paso a la oposición de los antes aliados militares de Vargas, entre ellos, Goés Monteiro y los principales referentes *tenentistas*, Juarez Távora⁴²⁷ y Eduardo Gomes (Carvalho 2005, 111). Fue recién a partir del nuevo gobierno de Getúlio Vargas (1951-1954) que los consensos entre y hacia el interior de las élites, la Iglesia y las Fuerzas Armadas mostraron algunos síntomas de agotamiento.

En las elecciones realizadas el 3 de octubre de 1950, Getúlio Vargas⁴²⁸ (PTB) alcanzó el 48, 7% de los votos frente al, otra vez, candidato Eduardo Gomes (UDN) que llegó al 29, 7% y Cristiano Machado (PSD) que obtuvo el 21, 5%. Luego de recorrer el país con la promesa de defender la industrialización y ampliar la legislación laboral, Vargas volvió a ocupar el cargo de presidente de la nación el 31 de enero de 1951 (Fausto 1995, 405). Sus promesas electorales tuvieron como principales aliados a los sectores nacionalistas del empresariado, los círculos intelectuales y las Fuerzas Armadas, así como a los trabajadores organizados, los sindicatos y la “maquinaria” del *Partido Trabalhista*

⁴²⁵ El argumento para la cancelación se basó en un mandato constitucional que prohibía la organización de partidos u asociaciones que contrariasen el régimen democrático. Sin embargo, el PCB continuó activo y actuando en la “semi-clandestinidad” (Carvalho 1995, 107).

⁴²⁶ Todas las Constituciones Nacionales después de la de 1934 señalan la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las instituciones escolares, aunque, como materia facultativa (Cunha 2017, 166).

⁴²⁷ Fue el líder de la corriente tenentista “antipopular” y/o “liberal-conservadora” conocida como *sorbbonard* –en alusión a la *Sorbonne* francesa–. Esta corriente sostenía que la institución castrense debía “purificar” el país de los “elementos populistas” para luego instaurar una “democracia conservadora” o “restringida” tutelada por los militares. Esta ala fue predominante dentro de la *Escola Superior de Guerra* (ESG) y fue la que lideró el golpe de Estado de 1964 (Fausto y Devoto 2005, 400).

⁴²⁸ Si bien producto de diferencias entre el liderazgo de Vargas y de Dutra la coalición PTB/ PSD se separó y el PSD presentó otro candidato a las elecciones, en los hechos, Getúlio Vargas tuvo el apoyo del partido (Fausto 1995, 405).

Brasileiro. Por su parte, las disidencias provinieron mayormente de los sectores “aperturistas”, es decir, las élites liberal-conservadoras nucleadas alrededor de la *União Democrática Nacional*, el empresariado ligado al capital internacional y los militares “pro estadounidenses” y/o anticomunistas (Carvalho 1995, 95). Estos grupos, se pusieron en contacto principalmente a través de la *Escola Superior de Guerra* (ESG) que en aquellos años se convirtió en un canal privilegiado de difusión anticomunista y antivarguista y en un espacio fundamental de organización de la oposición cívico-militar⁴²⁹ (Stepan 1971).

Así, desde el inicio de su nueva presidencia, Getúlio Vargas procuró mantener el apoyo de los sectores nacionalistas que no estaban necesariamente a favor de las reformas sociales y de los trabajadores organizados entre los que el comunismo ganaba paulatinamente influencia –una combinación difícil si se consideran los resultados de la experiencia argentina en esos años–. Para ello, promovió una política de sustitución de importaciones, impulsó desde el Estado la implantación de un fuerte sector industrial (Fausto 2006, 172), ubicó a los militares nacionalistas en posiciones estratégicas (Carvalho 2005, 113), incentivó la organización sindical de los trabajadores urbanos, habilitó la participación política de las organizaciones de tendencia socialista prohibidas y/o intervenidas durante el gobierno de Dutra (en especial, el PCB) y exaltó el sentimiento nacionalista, antimperialista y “obrerista” de su administración (Fausto y Devoto 2005, 329). Sin embargo, luego de dos años de gobierno y en el contexto de problemas en la balanza de pagos e intensificación de la crisis inflacionaria, la burguesía nacionalista que lo había acompañado le quitó su apoyo y cuestionó, conjuntamente con la oposición “aperturista”, los magros resultados del plan de industrialización, la intensificación de la movilización obrera y la reactivación del comunismo (Fausto 2006). A ellos se les sumaron los sectores antigetulistas de las Fuerzas Armadas que comenzaron un “combate sin tregua” contra los militares sobre los que se apoyaba Vargas (Carvalho 2005, 113).

Uno de los eventos más emblemáticos de la nueva administración getulista fue el proyecto de ley enviado por el ejecutivo al Congreso Nacional (1951) para la creación de Petrobrás⁴³⁰: una empresa estatal destinada al control nacional del petróleo. La discusión

⁴²⁹ La ESG fue creada en 1949. Si bien su organización se basó en el modelo profesional estadounidense, a diferencia de este último, los militares entendieron que para mantener a las Fuerzas Armadas poderosas “no podían aislarse de los problemas de desarrollo de la Nación, ni el problema de seguridad nacional de sus exigencias educacionales, industriales o agropecuarias” con lo que la inclusión de los civiles dentro de su estructura constituyó un elemento central para su desarrollo (Stepan 1971, 207).

⁴³⁰ El proyecto de ley fue enviado al Congreso en 1951 y aprobado, luego de intensos debates y manifestaciones a favor y en contra, en 1953 (Fausto 2006).

del proyecto favoreció el contacto entre comunistas, obreros, estudiantes y una parte del laicado católico y de los militares, que se organizaron detrás de la bandera del “nacionalismo” y aumentaron paulatinamente su capacidad de presión política (Fausto 1995, 412). Esto último se evidenció en el contenido del proyecto de ley finalmente aprobado (1953), más “radical” y “nacionalista” de que lo que Vargas originalmente había deseado⁴³¹; en la ampliación e intensificación de las huelgas –ejemplo de ello fue la “huelga de los 300 mil”⁴³²– y; en las medidas tomadas por el gobierno en beneficio de los trabajadores aún frente al rechazo de los grupos de poder dominantes (Carvalho 1995, 96-97). Entre las más polémicas, la designación como ministro de Trabajo de João Goulart (1953), un civil cercano a las cúpulas sindicales comunistas y a los trabajadores radicalizados que, a poco de asumir el cargo, propuso aumentar el salario mínimo en un 100%. Si bien el rechazo de la cúpula castrense a la iniciativa le costó el puesto⁴³³, el primero de mayo de 1954 Getúlio Vargas volvió a desafiar a los militares e incrementó el salario mínimo en un 100% (Fausto 1995, 415-416). En este marco, las jerarquías de las tres ramas de las Fuerzas Armadas se pusieron a la cabeza del movimiento opositor. Alrededor de ellas se reunieron los sectores conservadores de la Iglesia, el laicado católico, el (ex)integralismo, los intelectuales y el sindicalismo –mayormente nucleados en la *Cruzada Anticomunista Brasileira*⁴³⁴–; las élites políticas y económicas disconformes con el curso del gobierno; los civiles organizados en la *União Democrática Nacional* y; los militares que hasta ese entonces se habían mantenido “neutrales” (Carvalho 2005, 113-144). La conspiración para terminar con el gobierno de Vargas estaba encaminada. Sin embargo, los acontecimientos tomaron un rumbo impensado.

En una secuencia de eventos y responsabilidades que hasta el día de hoy permanecen poco claras, en la madrugada del 5 de agosto de 1954, los guardias personales de Getúlio Vargas intentaron asesinar al líder udenista Carlos Lacerda y, en el fragor de los acontecimientos, asesinaron a Rubens Florentino Vaz, un oficial de la Fuerza Aérea

⁴³¹ El proyecto original enviado por el ejecutivo en 1951 no preveía, como finalmente se aprobó, el monopolio total de las exploraciones y de la extracción y refinación del petróleo (Fausto 2006, 171-172; Carvalho 1995, 95-96).

⁴³² Sobre la relación entre la llamada huelga de los 300 mil, el nombramiento de Goulart y el fin del gobierno de Vargas (1954) consultar José Álvaro Moisés (1978).

⁴³³ Luego de la decisión, las Fuerzas Armadas llamaron a restablecer el “orden” a través del *Manifesto dos Coronéis*. Sobre la repercusión pública del manifiesto consultar Ariel Goldstein (2017).

⁴³⁴ También conocida como *Alianza Anticomunista Brasileira*, fue creada en 1952 por el almirante Carlos Pena Boto y, junto con otras organizaciones, tuvo un lugar preponderante en la campaña anticomunista que tuvo lugar en la década de 1960 y durante el gobierno militar instaurado en 1964. Sobre los orígenes, prácticas y tendencias de estas organizaciones entre 1917 y 1964, consultar Rodrigo Patto Sá Motta (2002).

encargado de protegerlo⁴³⁵. En respuesta, los jefes militares exigieron la renuncia del presidente y Vargas, ahora “viejo” y sin la “astucia” que había caracterizado su primera presidencia, se disparó un balazo en el corazón (Carvalho 1995, 97). Tras su muerte el 24 de agosto de 1954, una gran multitud ocupó las calles de las principales ciudades en conmemoración del *pai dos pobres*. Lejos de la condena o la cobardía, el suicidio fue leído como un “supremo sacrificio de redención” (Fausto 2006, 195-196). Así también lo expresó el líder en su “carta-testamento”⁴³⁶ al pueblo brasileño:

*“Lutei contra a espoliação do Brasil. Lutei contra a espoliação do povo. Tenho lutado de peito aberto. O ódio, as infâmias e as calúnias não abateram meu ânimo. Eu vos dei a minha vida. Agora vos ofereço a minha morte. Nada receio. Serenamente dou o primeiro passo no caminho da eternidade e saio da vida para entrar na história”*⁴³⁷ (Vargas 1954 citado en Fausto 2006, 196).

Tras ello nació el “mito del héroe popular” alrededor del cual la movilización social adquirió una nueva dimensión (Fausto 2006, 196).

Imagen 10. Portada *O Globo*



Fuente: *O Globo*, 24/8/1954.

Imagen 11. Portada *O Globo*



Fuente: *O Globo*, 24/8/1954.

⁴³⁵ Hay muchísimos trabajos (académicos, literarios, cinematográficos) que tratan este acontecimiento y los últimos días de Getúlio Vargas. Para un “pantallazo general” del clima conspirativo que se vivía por aquellos días se puede consultar Boris Fausto (2006, 182-192).

⁴³⁶ Si bien la autenticidad de la carta fue cuestionada desde algunos sectores, a los efectos prácticos y simbólicos constituye un “legado auténtico” y una referencia básica del *trabalhismo* (Fausto 2006, 194).

⁴³⁷ “Luché contra la expoliación de Brasil. Luché contra la expoliación del pueblo. He luchado con el pecho abierto. El odio, las infamias y las calumnias no abatieron mi ánimo. Te di mi vida. Ahora te ofrezco mi muerte. No temo nada. Serenamente doy el primer paso en el camino de la eternidad y salgo de la vida para entrar en la historia” –traducción propia–.

Durante la etapa que precedió a la muerte de Getúlio Vargas, las principales transformaciones entre los grupos de poder se vincularon con la mayor capacidad organizativa de los trabajadores agrarios en particular. Alrededor de sus demandas se articuló el “gran movimiento nacional” (integrado por los sectores reformistas, comunistas y/o socialistas del catolicismo, de las Fuerzas Armadas, de los estudiantes y de los partidos políticos) que, durante el gobierno de João Goulart⁴³⁸ (1961-1964), asumió posiciones cada vez más radicalizadas y revolucionarias (Carvalho 1995, 103).

En 1960 João Goulart⁴³⁹ (PSD-PTB) fue electo vicepresidente⁴⁴⁰ para acompañar al referente de la oposición al varguismo, Jânio Quadros⁴⁴¹ (UDN), a la presidencia de la Nación entre 1961 y 1965. Sin una base de apoyo propia en el Congreso, Quadros renunció a la presidencia siete meses después de asumir. Jango⁴⁴², que en ese momento se encontraba en una visita de cortesía por la China comunista, quedó como su sucesor. Sin embargo, las élites y las cúpulas militares de las Fuerzas Armadas se opusieron a que asumiera debido a sus inclinaciones socialistas y su cercanía con el sindicalismo y los sectores comunistas. Frente a ellos, se organizó el sector “legalista” de los militares, que contó con el apoyo de la Brigada Militar y el III Ejército, al que se les sumó un amplio movimiento de masas integrado por milicias civiles (obreras, campesinas, estudiantiles⁴⁴³, católicas) que procuraron garantizar la asunción de Jango a la presidencia de la nación. Al borde de una guerra civil, el Congreso negoció con las élites y los militares disidentes que apoyaran a Goulart a cambio de convertir la forma de gobierno presidencialista en una parlamentaria que, según la oposición, permitiría darle al sistema político mayor flexibilidad y limitar el poder del Ejecutivo (Stepan 1967, 205-215).

⁴³⁸ Luego de desempeñarse como ministro de Trabajo (1953-1954) de Vargas fue vicepresidente de Juscelino Kubitschek (1956-1961) y de Jânio Quadros (1961).

⁴³⁹ En 1960 se presentó al cargo de vicepresidente apoyado por una alianza de pequeños partidos socialistas y laboristas, liderados por el PDS y el PTB de Vargas. Obtuvo el 41, 63% de los votos.

⁴⁴⁰ En este punto hay que recordar que la Constitución de 1946 estableció la figura de un vicepresidente electo por voto popular. La primera vez que se implementó fue las elecciones de 1955. Esta particularidad del sistema presidencialista brasileño incorporó mayor inestabilidad a los gobiernos civiles que tuvieron lugar entre 1955-1964.

⁴⁴¹ Se trató de un líder *outsider* cuyo discurso y antisistema ganó rápida popularidad entre los sectores antigetulistas. Sobre su gobierno consultar Alfred Stepan (1967 187-204).

⁴⁴² João Goulart fue popularmente conocido como Jango. En adelante, se usa una u otra referencia indistintamente.

⁴⁴³ La *União Nacional de Estudantes* (UNE) alcanzó gran dinamismo e influencia durante los primeros años de la década de 1960. Sumó sus apoyos al *Comando Geral dos Trabalhadores* (CGT) y al movimiento de trabajadores del campo. Algunos de sus miembros formaron parte de la organización paramilitar del *Grupo dos Onze* organizada por el diputado del PTB Leonel Brizola (Carvalho 1995, 101).

Pero el parlamentarismo no duró mucho más allá del año. La expansión de las huelgas –ver tabla 18– (Costantini y Lobo Bittencourt 2014, 200), las continuas movilizaciones, las persistentes conspiraciones militares, y la rotación de primeros ministros⁴⁴⁴, tornaron al país “ingobernable”. En este contexto, a fines de 1962, el Legislativo adelantó dos años el plebiscito previsto por el proyecto original para decidir sobre la forma de gobierno. En enero de 1963 el presidencialismo ganó por amplia mayoría y Goulart asumió plenos poderes presidenciales. A partir de entonces, abandonó la moderación, renovó su gabinete con figuras provenientes del PTB y lanzó el “Plan Trienal”, un “ambicioso” proyecto político que combinó crecimiento económico con combate inflacionario y amplias reformas institucionales –generalmente conocidas como “reformas de base”⁴⁴⁵ (1963-1964)– (Fausto 1995, 443-455). Para implementarlo, confiaba en conseguir el respaldo de la élite económica nacionalista que había apoyado los planes de industrialización promovidos por Vargas y formar una amplia alianza basada en los sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas –que presupuso mayoritarios–, el movimiento de los trabajadores y el *Partido Trabalhista Brasileiro*. Pero su evaluación tuvo serios problemas de cálculo (Fausto y Devoto 2005, 378).

En primer término, la élite económica nacionalista no estuvo dispuesta a acompañar el Plan Trienal del gobierno. Tal como la burguesía liberal, estimaban que la movilización de los trabajadores y la ausencia de un liderazgo capaz de controlarlos amenazaba sus privilegios y las ponía en una situación de vulnerabilidad. Sobre todo, frente a la movilización de los trabajadores del campo cuya estructura se había expandido hasta las grandes ciudades. Sumado a ello, sus organizaciones habían nacido al margen de los procesos de sindicalización y sus bases tenían posiciones más intransigentes y revolucionarias que los trabajadores urbanos (Carvalho 1995, 103). Así lo evidenció, por ejemplo, el *Congresso Nacional dos Trabalhadores Agrícolas* que tuvo lugar en Belo Horizonte (1961) en el que, ante la degradación de las condiciones del trabajo rural⁴⁴⁶, los representantes de las *Ligas do Campo* –integradas por católicos radicales–

⁴⁴⁴ Tancredo Neves, del PSD (8/9/1961- 12/7/1962); Francisco Brochado da Rocha, del PSD (12/7/1962- 18/9/1962); Hermes Lima, del PTB (18/9/1962-24/1/1963).

⁴⁴⁵ Las “reformas de base” fueron creadas durante la década de 1950 por el PTB bajo el liderazgo de Goulart quién, por ese entonces, se desempeñaba como presidente del partido. Buscaban reestructurar las instituciones políticas, jurídicas y económica del país a partir de un conjunto de reformas básicas en el área agraria, urbana, administrativa, constitucional, electoral, bancaria, tributaria y educativa. Sobre el plan Trienal y las “reformas de base” consultar Cássio Silva Moreira (2011).

⁴⁴⁶ La degradación de las condiciones de trabajo se vinculó con la rápida industrialización que tuvo lugar en Brasil entre 1950 y 1954, la ampliación del mercado hacia los productos agrícolas y pecuarios y la consecuente alteración de las formas de posesión y uso de la tierra (Fausto 1995, 444).

propusieron que los trabajadores rurales expropiasen las tierras sin indemnización previa y, las corrientes comunistas, luchar por la sindicalización y la extensión de la regulación laboral; una iniciativa mucho más integrada al sistema legal que la de las Ligas (Fausto 1995, 444-445)

En segundo término, los sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas habían perdido peso político desde el fin del *Estado Novo* (1945) y luego del último gobierno getulista (1951-1955). En contraposición, el núcleo militar que había despedido a Getúlio Vargas había ganado unidad y fuerza, escalado posiciones de poder y fortalecido su alianza con las élites civiles “conservadoras”, “antipopulares” y/o “anticomunistas” (Carvalho 2005; Fausto 1995). Adicionalmente, tal como en 1930, los rangos militares medios y bajos se declararon en rebeldía. Pero a diferencia de entonces⁴⁴⁷, se movilizaron en reclamo de la ampliación de sus derechos políticos (entre ellos, pidieron que se los habilite para presentarse a cargos electorales) y se sumaron a las movilizaciones en apoyo a las llamadas reformas de base. En este sentido, integraron organizaciones civiles de orientación nacionalista, laborista y/o socialista que, en el contexto de 1960, asumieron posiciones cada vez más radicalizadas. Entre otras asociaciones, el *Comando Geral dos Trabalhadores* (CGT) y la *União Nacional dos Estudantes* (UNE) lideradas por cuadros comunistas (Carvalho 2005, 115). En una dirección contraria se organizaron los militares y las élites de tendencia antipopular, conservadora y anticomunista que, entre otras iniciativas, crearon el *Instituto de Pesquisas e Estudos Sociais*⁴⁴⁸ (IPES) financiado por empresarios y el *Instituto Brasileiro de Ação Democrática* (IBA), costado por políticos de la oposición. A medida que se acercó el año 1964, estas asociaciones implementaron métodos “más directos” y radicalizados y tendieron a orbitar alrededor de la *Escola Superior de Guerra* (ESG), el principal canal de organización de la oposición cívico-militar al gobierno de Goulart (Skidmore 1967, 224-225). Bajo estas consideraciones, el apoyo de los militares nacionalistas (ahora en minoría) al proyecto de Goulart no fue lineal y, mucho menos, suficiente.

A estos cambios en las posiciones de poder relativo entre los grupos, hay que sumarle los movimientos que tuvieron lugar hacia el interior del catolicismo y que desvirtuaron aún más las estimaciones hechas por Jango. Conforme a la experiencia

⁴⁴⁷ Como se señaló al inicio de este apartado 2, durante la década de 1930 las demandas estuvieron orientadas mayormente hacia las jerarquías de las Fuerzas Armadas en reclamo de mejores condiciones laborales (Carvalho 2005).

⁴⁴⁸ Instituto de Investigación y Estudios Sociales.

latinoamericana de la primera mitad del siglo XX, la Iglesia brasileña se debatió en torno a la “cuestión social”. Así, a partir de mediados de 1950, la institución, su sacerdocio y el laicado católico se dividieron en tres corrientes principales que asumieron distintas posiciones frente al movimiento *queremista* y/o lo “popular”. Por un lado, la corriente “ortodoxa o conservadora”⁴⁴⁹, predominante hasta la década de 1950 y durante los primeros años de la dictadura militar (1964-1968). Mantuvo una postura “paternalista”, “despolitizada” y “caritativa” sobre los problemas sociales y apoyó la alianza cívico-militar conservadora, antipopular y anticomunista, que se levantó contra el gobierno de Goulart en 1964⁴⁵⁰. A diferencia de la experiencia argentina, perdió influencia entre el episcopado durante la dictadura militar (sobre todo entre los años 1968-1982) y volvió a escalar posiciones de poder durante la transición hacia la democracia –aunque el contexto sociopolítico distó del de 1960⁴⁵¹– (Mainwaring 1986, 42-50).

Por otro lado, la corriente “conservadora-modernizadora”, el ala más moderada y negociadora de las tres. Compartió con la corriente ortodoxa el sentimiento anticomunista y la preocupación por los efectos de la secularización, pero expresó mayor compromiso con la “cuestión social”; aspecto que la acercó al gobierno de Goulart, al getulismo, a los trabajadores y al sector “reformista” del catolicismo con quién lideró el episcopado entre fines de 1960 y hasta 1978-1982 (Mainwaring 1986, 42). En este sentido, en contraste con la experiencia argentina, el episcopado brasileño confrontó abiertamente con la dictadura militar (1964-1985). Así se expresó la comisión central de la *Conferência Nacional dos Bispos do Brasil*⁴⁵² (CNBB) (1969) cuando los militares disolvieron a través del *Ato Institucional* número 5 (AI) el Congreso de la Nación y suspendieron el *habeas corpus* para los casos considerados delitos contra la seguridad nacional. En su pronunciamiento sobre el AI 5, la CNBB condenó la visión marxista del hombre, el capitalismo y la doctrina de la seguridad nacional por facilitar la violación de los derechos fundamentales del hombre (Klaiber 1997, 57). De esta manera, durante el régimen militar, la Iglesia brasileña abogó generalmente por los derechos humanos y el movimiento católico se

⁴⁴⁹ También llamados sectores “tradicionales”. Creían que la Iglesia debía combatir la secularización a través de la cristianización de la sociedad. Ver capítulo II, punto 2. (c) de esta tesis.

⁴⁵⁰ Entre 1964 y 1969 la jerarquía eclesástica estuvo dispuesta a cooperar con el gobierno militar, aunque fue partidaria de un gradual retorno a la constitucionalidad (Klaiber 1997).

⁴⁵¹ Consultar Scott Mainwaring (1986, 239-252) y Jeffrey Klaiber (1997)

⁴⁵² Se trata de la conferencia episcopal más grande del mundo seguida por Italia y los Estados Unidos (Klaiber 1997, 44).

convirtió en uno de los principales bastiones de defensa, resistencia y organización de la oposición.

Por último, la corriente reformista. Compartió con los conservadores-modernizadores la idea de que la Iglesia debía asumir una acción pastoral más intensa en el ámbito social, pero su compromiso fue mucho más amplio y radical (Mainwaring 1986, 42). En este sentido, su crítica al capitalismo la acercó a los sectores socialistas y comunistas con quienes compartió ciertos ámbitos de acción, apoyó las “reformas de base”, acompañó al getulismo, se integró al movimiento obrero, al campesino y al estudiantil y, participó activamente en la organización de los sectores populares. Además, a su vez, a medida que avanzó la década de 1960, la corriente reformista obtuvo el “virtual monopolio del episcopado” (1968-1976) (Mainwaring 1987, 207). En este marco, su laicado contribuyó a politizar y expandir el movimiento católico por fuera del control del Vaticano y de la ortodoxia local. En este sentido operaron los cuadros de la *Ação Católica Brasileira* (ACB) (1935-1966) de cuyas ramas especializadas –en especial, la *Juventude Estudantil Católica* (JEC); la *Juventude Universitaria Católica* y la *Juventude Operaria Católica* (JOC)– se desprendieron un repertorio de opciones civiles-político-religiosas. Entre ellas, el *Movimento de Educação de Base* (MEB) (1961), aglutinado en torno a la figura y la pedagogía de Pablo Freire⁴⁵³, orientado a “transformar la sociedad” a partir del trabajo conjunto con los sectores populares (Mainwaring 1986, 67). El MEB era solidario con la renovación de la estrategia pastoral de la Iglesia brasileña promovida en 1963 a través de las Comunidades Eclesiales de Base⁴⁵⁴ (CEBs) que buscaron suplir la escasez del clero al tiempo que le otorgaron una inusitada autonomía al movimiento católico; mucho mayor que la del argentino. De estas experiencias nació la *Ação Popular* (AP) (1962), la rama más radical y politizada de la *Ação Católica Brasileira*, cuyos miembros lideraron los círculos obreros, la organización del campesinado y la educación popular y entablaron fuertes vínculos con el socialismo y el comunismo. En efecto, hacia 1964 muchos de sus integrantes se unieron al *Partido Comunista do Brasil*⁴⁵⁵ (PCdoB) de filiación maoísta y otros pasaron a integrar la organización guerrillera *Ação*

⁴⁵³ Pedagogo y filósofo brasileño, considerado uno de los padres de la pedagogía crítica, su núcleo teórico está presente en su influyente publicación “Pedagogía del oprimido” (1968).

⁴⁵⁴ Quizá sean una de las mayores novedades de la época. Originalmente creadas en Brasil, traspasaron por mucho esos objetivos y tuvieron un rol fundamental en la asistencia y organización del mundo rural, las *favelas* y la periferia. El trabajo de Scott Mainwaring (1987) constituye una reconocida referencia al respecto.

⁴⁵⁵ Fue el nombre que adoptó el ala maoísta del *Partido Comunista Brasileiro* (PCB) tras su desprendimiento en 1958.

Libertadora Nacional (ALN) (1964) nucleada en torno al líder comunista Carlos Marighella (Catoggio 2007, 4).

Si bien durante los primeros años de la dictadura militar estos grupos cívico-político-religiosos fueron duramente reprimidos, a fines de la década de 1960⁴⁵⁶ recuperaron su dinamismo. Producto de ello fueron las actividades de su laicado ligadas a nuevos organismos eclesiales como la *Comissão Brasileira Justiça e Paz* (CBJP) (1968), el *Conselho Indigenista Missionário*⁴⁵⁷ (CIMI) (1972) y la *Comissão Pastoral da Terra* (CPT) (1975), además de la labor de destacadas figuras católicas⁴⁵⁸ en la consolidación de una Teoría de la Liberación latinoamericana (Catoggio 2007, Klaiber 1997; Mainwaring 1987).

En este sentido, y quizá mucho más que en Argentina donde la capacidad organizativa de los sectores populares trascendió la actividad del catolicismo, a partir de mediados de siglo XX el accionar de la Iglesia brasileña en general y del laicado en particular, fue fundamental en la articulación de los sectores populares y la organización de los trabajadores del campo que dirigió las movilizaciones sociales que siguieron a la asunción de Jango (Mainwaring 1987, 1986); lo que conduce al siguiente “error de cálculo” de su gobierno: la confianza depositada en el movimiento *queremista* y en el partido getulista.

En tercer término, los apoyos esperados del movimiento de trabajadores y del *Partido Trabalhista Brasileiro* de parte del gobierno de Jango resultaron obstruidos por la relativa autonomía que había ganado el sindicalismo urbano, la expansión de las organizaciones rurales y la fragmentación de los partidos políticos tras la muerte de Vargas (1955). En concreto, la mayor autonomía del sindicalismo urbano respecto de las burocracias estatales se vinculó, sobre todo, con el surgimiento de nuevos liderazgos, la penetración del comunismo y la emergencia de una rama específicamente janista que, de modo conjunto, sobrepasaron la capacidad de integración del “viejo” *queremismo* y contribuyeron a la toma de una posición más intransigente de parte del movimiento de trabajadores. En parte, ello se expresó en la formación de organizaciones paralelas a las oficiales⁴⁵⁹ como el *Pacto de Unidade Intersindical* (PUI) (1955) que congregó sindicatos

⁴⁵⁶ En esta dirección contribuyó el rechazo de la CNBB a dictadura a partir de 1968/69 y la amortiguación de la represión estatal durante 1970.

⁴⁵⁷ Consejo Indigenista Misionero.

⁴⁵⁸ Entre ellos, Hugo Assman, Fray Betto, Pedro Casaldáliga, Leonardo y Clodovis Boff.

⁴⁵⁹ En este punto hay que recordar que la Constitución Nacional de 1946 no alteró la legislación sindical presente en la Constitución Nacional de 1934, profundizada además por Vargas durante el *Estado Novo*,

mayormente vinculados a la economía de mercado; el *Pacto de Unidade e Ação* (PUA) (1961) integrado por ferroviarios, marítimos y portuarios vinculados con el sector público y; el *Comando Geral dos Trabalhadores* (CGT) (1962), una organización intersindical que tuvo como objeto orientar, coordinar y dirigir el movimiento sindical (Fausto 1995, 430-432). Igualmente, en el crecimiento de las huelgas –ver tabla 18– y en el desplazamiento de las paralizaciones desde el sector privado hacia al sector público (Fausto y Devoto 2005, 380).

Tabla 18. Brasil. Contexto político y número de huelgas al año entre 1930 y 1984

Contexto político	Período	Promedio anual
Gob. constitucional	1930-1936	12
<i>Estado Novo</i>	1937-1944	1
Democracia	1945-1964	43
	1965*-1968	13
Autoritarismo	1969-1977	0
	1978-1984	214

Fuente: elaboración propia en base a Jaime Jordan Costantini y Mauricio Vaz Lobo Bittencourt (2014, 200).

Nota: el corte temporal de los períodos corresponde a la fuente.

* el 31 de marzo de 1964 los militares encabezaron el golpe que puso fin al período democrático y dio comienzo al último régimen autoritario de Brasil.

Con todo, la mayor novedad provino de la organización de los trabajadores del campo. Por primera vez en la historia del país, con excepción de las revueltas campesinas que tuvieron lugar entre fines del siglo XIX y principios del XX⁴⁶⁰, los trabajadores rurales intervinieron con voz propia en la política nacional. El escenario de fondo se vinculó con la alteración en las formas de posesión y uso de la tierra relacionadas con el rápido proceso de industrialización y urbanización que atravesó Brasil entre 1950 y 1954. El principal movimiento rural se organizó alrededor de las *Ligas Camponesas*⁴⁶¹, organizaciones civiles formadas al margen de los sindicatos, que centraron su acción en los camponeses –pequeños arrendatarios o propietarios de tierras radicados predominantemente en el noreste del país– y en la cuestión de la pose de la tierra. En

que requería la autorización y reconocimiento del Ministerio de Trabajo para la formación y actuación de los sindicatos. De allí que estas organizaciones, la PUA y la CGT, sean catalogadas como “paralelas”.

⁴⁶⁰ Se trató de movimientos rurales locales que combinaron contenido religioso y reivindicaciones sociales. Su extensión fue limitada y sus organizaciones fueron liquidadas por las milicias estaduais, la policía y los hacendatarios (Fausto 1995, 295-296).

⁴⁶¹ Podría traducirse como “ligas campesinas o ligas del campo” (Carvalho 1995).

específico, las Ligas procuraron defenderlos contra la expulsión de las tierras de parte de los grandes latifundistas, la suba del precio de los arrendamientos y la degradación de las condiciones laborales. A estos sectores se les sumaron los asalariados rurales⁴⁶² que, como todos los trabajadores del agro, estaban excluidos de cualquier tipo de protección laboral –aunque su organización ocupó un segundo plano– (Fausto 1995, 444). Por iniciativa de los comunistas, sus reclamos predominantes se relacionaron con la mejora de los salarios, la sindicalización rural y la extensión de los derechos laborales urbanos al campo. En 1955, las Ligas ganaron popularidad con la adhesión del abogado y diputado Francisco Julião Arruda de Paula⁴⁶³ y, entre 1960 y 1961, lograron el apoyo económico y político del gobierno de Cuba. A partir de entonces, la cuestión agraria se convirtió en un tema nacional y las Ligas asumieron posiciones cada vez más radicalizadas (Carvalho 1995, 102).

Interpelado por la expansión de las movilizaciones sociales en reclamo de las demandas de los trabajadores del agro y el avance de la lucha armada, el gobierno de Jango optó por regular las relaciones de trabajo rural; un sector que, más allá de la rápida industrialización de mediados de siglo XX, aún era mayoritario –en 1960 el sector primario de la economía brasileña ocupaba el 54% de la mano de obra y el 55% de los habitantes vivían en el campo– (Carvalho 1995, 103). El Estatuto del Trabajador Rural sancionado en marzo de 1963, instituyó una cartera profesional para el trabajador del campo, reguló las horas laborales, el salario mínimo, previó el reposo semanal, las vacaciones remuneradas y extendió la regulación sindical existente hacia al agro. Si bien tras la implementación del Estatuto las Ligas perdieron centralidad y aumentó la vinculación entre los trabajadores del campo y el gobierno, las medidas no fueron suficientes para aplacar la movilización de las organizaciones sociales y los partidos que ya se estaban embarcados en la lucha por las “reformas de base” (Fausto 1995, 443-445).

⁴⁶² Algunas de las razones que permiten explicar la toma de conciencia de los trabajadores rurales respecto de la extrema sumisión en la que aún se encontraban a mediados del siglo XX se vinculan con el contexto de democratización, la activa intervención de organizaciones sociales de distinta naturaleza dentro del ámbito rural, las migraciones del campo a la ciudad y su acercamiento a organizaciones revolucionarias (Fausto 1995, 444).

⁴⁶³ Fue un abogado comunista y el principal referente de las Ligas. Creía que era más viable construir un movimiento social significativo a partir de la organización de los camponeses (las clases medias) que a partir de los sectores populares. En este sentido, impulsó el establecimiento de las sedes de las Ligas en las capitales estaduais y en los núcleos urbanos regionales, y no en el campo. Estaba convencido de que los aliados de los camponeses (obreros, estudiantes, intelectuales revolucionarios y la pequeña burguesía) estaban en las urbes (Fausto 1995, 444).

En este sentido, el movimiento de trabajadores rurales emergente a mediados de siglo XX se presentó más amenazante para el orden sociopolítico que el movimiento obrero de 1930. Por un lado, porque lejos de un liderazgo con la autoridad de la que gozó Vargas durante el *Estado Novo*, el movimiento rural conservó mayor autonomía respecto del Estado y mayor cercanía con grupos de orientación comunista, guerrillera y revolucionaria. Por otro lado, porque la reforma agraria interfirió sobre todo con los intereses de los grandes latifundistas brasileños; la poderosa élite que ni los “revolucionarios de 1930”, ni el propio Vargas se habían animado a tocar (Carvalho 1995, 102-104).

En cuanto a los partidos políticos, si bien durante el período democrático sus estructuras partidarias se ampliaron hacia el nivel nacional y por primera vez desde la Primera República (1889-1930) sobrevivieron a un cambio de régimen –la excepción es el *Partido Comunista* que funcionó desde 1922 (aunque mayormente en la clandestinidad)– su pragmatismo y escasa experiencia atentaron contra su fortaleza organizativa (Carvalho 1995, 109). De este modo, tras la muerte de Getúlio Vargas los principales partidos brasileños quedaron sometidos a una “especie de fuerza centrífuga no muy diferente, y hasta tal vez más intensa”, que la de los partidos argentinos tras la proscripción del peronismo (Fausto y Devoto 2005, 379). En este marco, el apoyo del *Partido de Trabalhista Brasileiro* al plan del gobierno fue más complicado de lo que Jango esperaba. En específico, el PTB se dividió entre un ala nacionalista-agresiva, llamada *Grupo Compacto*, y otra de tendencia más moderada y negociadora; y el *Partido Social Democrático* (PSD), que otrora se había aliado con el PTB en apoyo a candidatos getulistas, le dio la espada a Goulart (PTB) y se dividió entre un ala de inclinación nacionalista (llamada *Ala Moça*) y un ala liberal-conservadora. A su vez, la *União Democrática Nacional* (UDN) mantuvo una integración mayormente conservadora, aunque emergió un sector llamado *Bossa Nova* que en 1963 presentó un programa de reformas no muy distante al de Goulart⁴⁶⁴. Igualmente, a la par que aumentó la fragmentación partidaria, emergieron grupos parlamentarios transversales a los partidos cuya posición respecto del gobierno no fue lineal. Entre ellos, el *Frente Parlamentar*

⁴⁶⁴ Respecto del *Partido Comunista Brasileiro* (PCB) hay que recordar que durante la década de 1950 había surgido una línea “pro-China” de la se desprendió posteriormente el *Partido Comunista do Brasil* (PCdoB) que, durante la década de 1960, adoptó una posición maoísta. Si bien ambas corrientes tendieron a acercarse al movimiento *queremista* y a apoyar las reformas de base janistas la trayectoria del comunismo brasileño dista de ser lineal. Sobre el PCB y el PCdoB durante las décadas de 1950 y 1960 se sugiere Inés Nercesian (2010).

Nacionalista (FPN) (1956-1964) que tendió a apoyar la administración janista y la *Ação Democrática Parlamentar* (ADP) (1961-1964) más próxima a los grandes grupos económicos y las cúpulas militares (Fausto y Devoto 2005, 379).

En estas condiciones, días después de que el Congreso aprobara el Estatuto del Trabajador Rural el 2 de marzo de 1963, y presionado tanto por los grupos de poder liberal-conservadores –que consideraban que el sistema agrario vigente era “arcaico” y obstaculizaba el desarrollo de la producción industrial y el crecimiento económico– como por los nacionalistas-revolucionarios –que entendían que era necesaria una transformación radical del balance de poder–, el presidente envió al Congreso un proyecto de reforma agraria que preveía la indemnización de los propietarios de la tierra en títulos del gobierno; y no de dinero como establecía la Constitución Nacional (Skidmore 1967, 234-238). Cuando el proyecto fue rechazado, entre otras razones por considerarse anticonstitucional, el “gran movimiento nacional”⁴⁶⁵ (Carvalho 1995, 103) aumentó la presión sobre el gobierno y, en un último “error de cálculo”, Jango “siguió el camino más radical” (Fausto y Devoto 2005, 381). Con el objeto de disuadir a la oposición, anunció el inicio de una etapa de grandes movilizaciones (integradas por nacionalistas, socialistas, comunistas y católicos), lideradas por lo que llamó el “dispositivo sindical-militar”⁴⁶⁶, en reclamo no solo de la reforma agraria sino de las “reformas de base” –entre ellas, la urbana que resultaba “particularmente amenazante” para las clases medias⁴⁶⁷– (Fausto y Devoto 2005, 378-379). Durante 1963, la movilización social avanzó más allá de la voluntad del presidente y sobrepasó la agenda del gobierno⁴⁶⁸. Uno de los eventos más representativos en esta dirección fue la rebelión militar que tuvo lugar en Brasilia en septiembre de ese año, llevada adelante por sargentos de la Marina y la Fuerza Aérea con el apoyo de la *Comando Geral dos Trabalhadores* (CGT) y la *União Nacional de Estudantes* (UNE), en la que tomaron presos al presidente de la Cámara de Diputados y a un magistrado de la Corte Suprema en reclamo de que se les reconociera el derecho a ser candidatos y a asumir puestos electivos (Carvalho 1995, 104).

⁴⁶⁵Una de las principales organizaciones que acompañó a Goulart y presionó por las reformas fue el *Frente de Mobilização Popular* (FMP) liderado por Leonel Brizola. Entre otras asociaciones reunió a la *União Nacional dos Estudantes* (UNE), el *Comando Geral dos Trabalhadores* (CGT), el *Pacto de Unidade e Ação* (PUA), y el *Frente Parlamentar Nacionalista* (FPN) (Skidmore 1967, 225-226).

⁴⁶⁶ En referencia a los trabajadores y las Fuerzas Armadas nacionalistas (Fausto y Devoto 2005, 378).

⁴⁶⁷ Las clases medias temían perder sus propiedades porque la reforma urbana exigía cambios estructurales en el régimen jurídico y el uso social de la tierra.

⁴⁶⁸ Sobre los últimos meses del gobierno de Goulart consultar Thomas Skidmore (1967, 264-302).

El fin de la breve experiencia democrática se precipitó el 13 de marzo de 1964 en Río de Janeiro cuando, frente a un mitin de alrededor 300 mil personas lideradas por el “gran movimiento nacional” (Carvalho 1995, 103), Jango anunció la firma de dos decretos, uno para nacionalizar las refinerías privadas de petróleo y otro para expropiar tierras⁴⁶⁹, a la par que reclamó una urgente reforma constitucional –ver imágenes 12 y 13– (Carvalho 1995, 104-105). Si hasta ese entonces los militares habían tolerado cierta indisciplina entre sus filas, tenían un límite inamovible: el quiebre del orden, de las jerarquías y de la unidad del cuerpo castrense, además de un anticomunismo “visceral” (Carvalho 2005, 115-116; Fausto 1995, 461). Este umbral coincidía con la posición de los sectores antipopulares y anticomunistas de las élites políticas y económicas, el catolicismo ortodoxo y las cúpulas de la Iglesia –ver imagen 14– (Fausto y Devoto 2005, 382). Bajo este clima de ideas, la actuación del “dispositivo sindical-militar” y la implementación de reformas de base amenazaban por mucho los límites de la tolerancia social.

De esta manera, a diferencia de la agitada experiencia argentina que caracterizó la segunda parte del siglo XX, en menos de dos semanas una coalición cívico-militar respaldada por la jerarquía católica le puso coto a la voluntad reformista de las organizaciones sociales, desestabilizó la vocación inclusiva del gran movimiento nacional y popular, destituyó el gobierno civil liderado por Goulart y terminó con la Era Vargas. En su lugar, el 31 de marzo de 1964, dio comienzo a la dictadura más estable y duradera del Cono sur (Mainwaring y Pérez-Liñán 2020).

⁴⁶⁹ El decreto 53.7000 declaró como tierras de interés social y sensibles de ser expropiadas las cercanas al sistema ferroviario que superaran las 500 hectáreas y las que superaran las 30 hectáreas y fueran beneficiadas con algún tipo de obra pública. Asimismo, estableció que las tierras desapropiadas serían subdivididas en lotes de cien hectáreas, las cuales serían otorgadas a las familias campesinas más numerosas y con mayor tradición de trabajo. A su vez, el precio de los lotes expropiados dependería de los gastos de la expropiación, con lo que se abarataba el costo de la tierra para hacerla asequible para los campesinos (Morales Castro 2016, 109-110).

Imagen 12. *Última hora*



Fuente: *Historia de vida*. Portada *Última Hora*, 14/3/1964
 Nota: “El pueblo con Jango. Comienza la reforma”
 –traducción propia del titular–

Imagen 13. *Última hora*



Fuente: *A Verdade*. Portada *Última Hora*, 17/3/1964
 Nota: “La oposición desesperada. Derrumbar a Jango antes de la reforma”
 –traducción propia del titular–.

Imagen 14. *O Dia*



Fuente: Nodal. *Historia de vida*. Portada *O Dia*, 3/4/1964
 Nota: “Más de un millón de personas en la Marcha de la Familia, con Dios, por la Libertad. Fabulosa demonstración de rechazo al comunismo”
 –traducción propia del antetítulo y el titular–. Cabe aclarar que la cantidad de personas estimadas en la marcha por los especialistas rondó los 500 mil.

Pero ¿cuáles son las razones por las que ese gran movimiento “nacional”, “getulista” y “popular” brasileño, que se había levantado tan enérgicamente a mediados de siglo XX, fue socavado por los gobiernos militares de modo más rápido y eficaz que el gran movimiento “nacional”, “peronista” y “popular” argentino?

Los especialistas coinciden en que uno de los factores principales que contribuyen a explicar el abrupto final del amplio movimiento social brasileño tras el golpe de Estado de 1964 es que, a diferencia de Argentina, las organizaciones sociales y los partidos políticos no tenían estructuras nacionales lo suficientemente fuertes y estables como para sostener la movilización emergente y, mucho menos, para representar a la mayoritaria clase popular (Fausto 2016, 2006, 1995; Fausto y Devoto 2005; Carvalho 1995). De hecho, sus sectores mayoritarios, las clases bajas rurales –integradas principalmente por negros cuyas condiciones y expectativas de vida eran aún peores que las de los

trabajadores blancos del agro⁴⁷⁰– permanecieron generalmente segregadas de los procesos de organización y participación política que tuvieron lugar durante la década de 1950⁴⁷¹ (Hasenbalg 2018, 2005; Telles 2006). De allí que la literatura en el tema comúnmente cuestione la adjudicación de “popular” al movimiento social y/o “getulista” originado en esos años (Fausto y Devoto 2005, 328). De esta manera, el fin del “gran movimiento “nacional” (Carvalho 1995, 103) se vinculó no solo con la represión y supresión de los derechos civiles y políticos durante el régimen autoritario sino, fundamentalmente, con la comparativamente mayor debilidad y menor capacidad de resistencia de sus organizaciones sociales y partidos políticos (Fausto y Devoto 2005, 392; Carvalho 1995, 112; Fausto 1995, 461-462).

En específico, el “dispositivo sindical” sobre el que se construyó el movimiento *queremista* se circunscribió a los trabajadores asalariados urbanos sindicalizados, organizados desde el Estado a partir de los primeros gobiernos de Vargas y articulados a través del PTB desde fines del *Estado Novo*. Como se sostuvo en este apartado, dejó afuera a la gran masa de trabajadores informales, no asalariados, del ámbito doméstico, autónomos y del agro (Fausto 1995, 462). En este sentido, en comparación con el peronismo, la penetración del *queremismo* entre los sectores populares fue menor, su estructura más reducida y, por tanto, su capacidad de negociación y presión más débil; de allí que la categoría de “pueblo” haya permanecido predominantemente asociada al mito de la “democracia racial”, el movimiento haya sido desestabilizado más rápidamente y su identidad haya quedado subsumida mayormente al *trabalhismo*⁴⁷².

Bajo estas consideraciones, los especialistas sostienen que, si por una parte, la mayor dependencia de las estructuras sindicales brasileñas en torno al Estado durante la primera mitad del siglo XX tornó más efectiva y rápida la supresión del “dispositivo sindical populista” y el movimiento *queremista* de parte del gobierno militar, también contribuyó a la mayor renovación del sindicalismo y a la emergencia de un movimiento

⁴⁷⁰ Entre 1940 y 1950 más del 80% de la población no-blanca vivía en las regiones menos urbanizadas e industrializadas de Brasil. En 1940 el 73% de la población no-blanca económicamente activa trabajaba en la agricultura y en 1950 el 64%. Por su parte la proporción de blancos en la agricultura en 1940 era del 64% y en 1950 del 54% (Hasenbalg 2018, 550).

⁴⁷¹ No se ignoran los movimientos negros emergentes en las grandes ciudades durante mediados de siglo, sin embargo, sus reclamos estuvieron mayormente vinculados con sus condiciones de vida en las ciudades. Consultar Carlos Hasenbalg (2018, 547-548).

⁴⁷² En este sentido, los especialistas afirman que el liderazgo de Getúlio Vargas fue “populista” y *trabalhista* pero no necesariamente obrerista y popular (Fausto y Devoto 2005, 403). Sobre este asunto es fundamental el libro de Angela de Castro Gomes (1988).

obrero relativamente más autónomo⁴⁷³ del Estado y de los gobiernos que el argentino tras la transición democrática (Fausto y Devoto 2005, Fausto 1995; Carvalho 1995). En efecto, en Argentina, las múltiples vinculaciones entre el Estado y los gobiernos con el movimiento de trabajadores y, en particular, con el sindicalismo aglutinado en la Confederación General del Trabajo (CGT) durante la segunda mitad del siglo XX derivaron, en el largo plazo, en una trama de vinculaciones “político-sindicales” más compleja y densa que las brasileñas (Fausto y Devoto 2005, 322-332).

Tabla 19. Argentina y Brasil. Peronismo y Varguismo

Dimensiones	Peronismo	Varguismo/ <i>queremismo</i>
Liderazgo	Polarización extrema: progresiva radicalización y militarización del discurso. Nacionalista-antiimperialista	Polarización moderada: no confronta con los grupos de poder dominantes. Nacionalista
Movimiento	Popular o “plebeyo”, estructura y duración amplia y persistente	Urbano, estructura y duración limitada.
Identidad política	Homologada al pueblo; diversas formas de asociación con la identidad católica	Subsumida al <i>trabalhismo</i> . Lo católico y popular son absorbidos por la “democracia racial”
Iglesia - gobierno	Una de las principales bases de apoyo del primer gobierno en particular (1943/45-1951/52). Alianza pragmática	Acercamiento y afianzamiento en el Estado durante los primeros gobiernos (1930-1945). Alianza pragmática
Fuerzas Armadas - gobierno	Una de las fuentes de apoyo de los primeros gobiernos en alianza con la Iglesia (1945-1955). A partir de 1955 posición dominante antiperonista/ antipopular. Alianza pragmática	Base central de los primeros gobiernos (1930-1945). A partir de 1955 posición dominante antigetulista/ antipopular. Alianza en torno al “nacionalismo-autoritario”
Trabajadores	La columna vertebral del movimiento. Base sindical organizada desde la sociedad. Integración popular. Fuerte presencia en la arena social y política	Cobra centralidad recién a partir de 1945. Organizados desde el Estado. Integración urbana. Débil presencia en la arena social y política
	Distintas formas de vinculación con el movimiento católico-reformistas y sectores revolucionarios y cuadros militares peronistas. Lideran el “movimiento nacional popular” (extensión amplia)	Distintas formas de vinculación con el movimiento agrario, católico-reformista, grupos revolucionarios y cuadros militares <i>queremistas</i> . Integran el “movimiento nacional” (extensión limitada)
	Considerable margen de autonomía mediado por múltiples y complejas formas de vinculación con el Estado y los gobiernos. Fuerte capacidad de combate, resistencia y negociación	Autonomía limitada y débil capacidad de combate, resistencia y negociación. El sindicalismo <i>queremista</i> es sofocado tras el fin de la “Era Vargas” (1964)
Partido principal	Partido Peronista/ Justicialista	<i>Partido Trabalhista Brasileiro</i>

Nota: elaboración propia.

⁴⁷³ En particular durante la década de 1980. Sobre el sindicalismo brasileño entre 1978 y 1998 y sus características y desafíos contemporáneos se puede consultar Giovanni Alves (2000) y Antônio Augusto de Queiroz (2012) respectivamente.

En cuanto al movimiento de trabajadores rurales en Brasil⁴⁷⁴, estuvo mayormente circunscripto a las clases medias (pequeños propietarios y arrendatarios). Igualmente, aun cuando el Estatuto del Trabajador Rural (1963) implicó un avance en materia de derechos laborales, la parte de la ley referida a la previsión social fue letra muerta. Es decir, no previó recursos para su implementación, ni financiamiento para los beneficiados; con lo que más allá del número de sindicatos rurales que se organizaron durante los primeros años de 1960, en los hechos los trabajadores del agro continuaron al margen de los beneficios previsionales (Carvalho 1995, 112-113). Respecto de las clases bajas del campo en específico, uno de los factores decisivos que afectó su nivel de organización y movilización fue su “neutralización política” (Hasenbalg 2018, 550). Como se mostró en este capítulo y en el anterior, participaron en esta dirección la primigenia ausencia y posterior insuficiencia de políticas de inclusión social destinadas a la mayoritaria población afrodescendiente luego de la abolición del sistema esclavista; la desigual distribución de los recursos y bienes socialmente valorados entre los grupos; y la “ideología del blanqueamiento” y el “mito de la democracia racial” debido a que ayudaron a naturalizar la posición de inferioridad de los propios subordinados. Todos estos factores contribuyeron a mantener a los sectores populares en general y a las diferencias interraciales en particular fuera del campo político; obstruyeron la formación de un liderazgo, una estrategia y una “contra ideología racial”; mantuvieron a una gran proporción de “no-blancos” excluidos de los sectores de empleo más dinámicos y limitados a servicios no calificados⁴⁷⁵ o en situación de “total privación”; y por lo tanto, obstruyeron la adquisición y/o transferencia de parte de otros grupos de habilidades políticas y técnicas organizacionales, además de la formación de coaliciones entre negros y blancos⁴⁷⁶ (Hasenbalg 2018, 544-561).

En definitiva, durante la primera mitad del siglo XX, las élites civiles, la Iglesia y los militares en particular, retuvieron con más éxito que en Argentina, el orden

⁴⁷⁴ En este punto hay que recordar que la cuestión agraria en Argentina no tuvo la envergadura que alcanzó en Brasil y que las organizaciones sociales del agro tampoco tuvieron la misma magnitud que el movimiento obrero (Fausto y Devoto 2005, 428). El capítulo II de esta tesis se detuvo en algunos de los factores históricos que permiten explicar estos aspectos.

⁴⁷⁵ Existen numerosas investigaciones que evidencian este punto. Entre otras se pueden consultar las de Edward E. Telles.

⁴⁷⁶ Siguiendo a Florestan Fernandes, el consenso generalizado entre los blancos de que Brasil no tiene un problema racial neutralizó “el medio negro” y condenó cualquier expresión racial a la “intolerancia y el racismo negro”. Según el autor este proceso puede ser sociológicamente descrito como “la contención efectiva del radicalismo negro por el orden social inclusivo (...) aunque defendiese la continuidad de ese mismo orden social” (Fernandes 1972, 277).

sociopolítico heredado del proceso fundacional. Un orden basado en la exclusión de los sectores populares mayoritarios (en especial, las minorías raciales), profundas asimetrías sociales, marcada disciplina y amplia obediencia a la autoridad. Así, las alianzas autoritarias lideradas por los militares estuvieron dispuestas a tolerar la apertura del sistema político siempre que retuvieran su control. De allí que a principios de ese siglo respaldaran la ampliación de los derechos sociales y el liderazgo getulista, pero lo apoyaron hasta que el “ímpetu popular” de Vargas puso en riesgo los privilegios de las élites civiles y la autoridad militar. Algo similar ocurrió durante el gobierno de João Goulart, aunque en esta oportunidad la autonomía participativa y la presión inclusiva de las organizaciones sociales y de algunos partidos políticos fue mucho más lejos que durante la primera parte de la Era Vargas. De esta manera, como había sucedido durante el proceso fundacional (1850-1930), ante el “terror a la fragmentación de la unidad” (Segato 2007, 31), es decir, del orden sociopolítico establecido, los grupos de poder dominantes intervinieron para garantizar la (re)producción de las jerarquías sociales y su posición en la estructura de poder. Sin embargo, si durante el siglo XIX lo hicieron fundamentalmente a través de la mantención de la esclavitud, durante el siglo XX lo lograron por medio de la regulación estatal y, en específico, por medio de la activa participación de las Fuerzas Armadas en el ámbito interno. En este sentido, al igual que el “Proceso de Reorganización Nacional”, el golpe de Estado de 1964 vino a “restaurar” el orden por medio de la exclusión de los sectores populares, aunque a diferencia de Argentina, sus niveles de radicalización y represión política fueron mucho menores y su estabilidad y duración mucho mayores. Los factores que explican estas diferencias no obedecen solo a las características de las instituciones estatales de Argentina y Brasil sino, fundamentalmente, a las creencias, valores y patrones comportamentales históricamente constituidos que afectan al conjunto de convicciones compartidas y marcan un umbral respecto de lo que es socialmente admitido en cada país.

Bajo estas consideraciones, el último gobierno militar brasileño y las características de la transición democrática en específico, contribuyeron a reforzar las relaciones de autoridad y jerarquía heredadas de etapas anteriores y a cristalizar los límites de la tolerancia social en torno a los estilos de autoridad militarista en la actualidad. El próximo subtítulo se detiene sobre esta segunda coyuntura crítica: la transición democrática en Brasil.

2. (b) “Lenta, gradual y segura”. La transición negociada

De acuerdo con Guillermo O’Donnell (2014d, 2009) la cúpula militar que tomó el poder en Brasil el 31 de marzo de 1964⁴⁷⁷ estuvo orientada a organizar la dominación de clase a favor de las facciones superiores de la alta burguesía oligopólica y transnacional a través de la “normalización” de la economía y el empleo de la represión, la violencia y la censura como medios principales para (re)establecer el orden político cerrado a los sectores populares previamente activados (O’Donnell 2009, 57-58). Sin embargo, a diferencia del “Proceso de Reorganización Nacional”, los niveles de radicalización⁴⁷⁸ –factor (i)– del autoritarismo brasileño fueron menores y la estabilidad del régimen⁴⁷⁹ –factor (ii)– así como la influencia de la coalición gobernante sobre el pacto⁴⁸⁰ –factor (iii)–, mucho mayores.

En concreto, los menores niveles de radicalización –factor (i)– de la última dictadura brasileña en comparación con la argentina se vincularon con la menor expansión de la violencia, la guerrilla y las prácticas revolucionarias entre la sociedad en los años que antecedieron al golpe, así como con el menor activismo e intransigencia de las organizaciones sociales y los partidos políticos durante el siglo XX (O’Donnell 2014b, 161). De esta manera, conforme la amenaza y amplitud de los embates sociales fue más reducida, la acción represiva y la restricción institucional del gobierno militar brasileño fue menor (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013). En este sentido, la represión estatal estuvo principalmente orientada a “grupos o líderes específicos” (Mainwaring y Viola 1985, 200), entre otros, intelectuales⁴⁸¹ (nacionalistas, comunistas, marxistas, católico-reformistas y/o getulistas), estudiantes (mayormente nucleados en la *União Nacional de Estudantes*), dirigentes combativos y, en particular, al sindicalismo urbano *queremista* y los sindicatos rurales intransigentes (Fausto y Devoto 2005, 425-431). Respecto del sindicalismo urbano *queremista*, si bien fue rápidamente desactivado, durante la década

⁴⁷⁷ Algunas referencias clásicas de la dictadura brasileña la constituyen los trabajos de Thomas Skidmore (1988) y la compilación de Alfred Stepan (1973).

⁴⁷⁸ Manifestada en los niveles de represión política y restricción institucional de los gobiernos militares.

⁴⁷⁹ Relacionada con los rendimientos de la gestión económica y el grado de unidad de la coalición gobernante.

⁴⁸⁰ Expresadas en los tiempos y las reglas de la transición, los grados de movilización social y las características de las primeras elecciones democráticas.

⁴⁸¹ En este punto se diferencia de la experiencia argentina en que los intelectuales se dividieron en entre peronistas y antiperonistas y, dentro de este último grupo una parte tuvo un rol fundamental en la legitimación del “Proceso de Reorganización Nacional”. En cambio, en Brasil, los intelectuales simpatizaron mayormente con el *queremismo* y, por tanto, los apoyos hacia la coalición militar se construyeron mayormente en torno a los resultados de la gestión económica (Fausto y Devoto 2005, 423-426).

de 1970 emergió un “nuevo sindicalismo” (integrado mayormente por los sectores económicos emergentes⁴⁸² del “milagro brasileño” –en referencia al “boom económico” que tuvo lugar entre 1969-1973–) organizado desde “abajo hacia arriba”, donde los liderazgos operarios⁴⁸³, generalmente ligados a la Iglesia, tuvieron un rol destacado en la (re)articulación del movimiento de los trabajadores urbanos durante la liberalización del régimen autoritario y en la difusión de una visión más autónoma del Estado que aquella desarrollada durante la “Era Vargas” (Fausto 1995, 499; Carvalho 1995, 133-135). En cuanto al sindicalismo rural, la represión se extendió mayormente en el noreste del país y apuntó a los sectores más radicalizados generalmente vinculados con las *Ligas Camponesas*. En este sentido, la junta militar no dismanteló la estructura del sindicalismo agrario, que continuó funcionando e incluso creció hasta igualar, en el año 1979, el número de sindicatos urbanos –cinco millones en cada caso– (Carvalho 1995, 135). Igualmente, tal como el sindicalismo urbano, participó activamente del proceso de liberalización y, durante los últimos años de la dictadura, contribuyó a instalar el tema de la reforma agraria en la agenda pública una vez más (Fausto 1955, 498-499).

A su vez, en concordancia con el clima revolucionario de la época, entre fines de 1960 y principios de 1970 emergieron una serie de organizaciones guerrilleras⁴⁸⁴ –entre las más fuertes, la *Aliança de Libertação Nacional*, el *Movimento Revolucionário 8 de Outubro* (MR-8) y la *Vanguarda Popular Revolucionária* (VPR) que contó con amplia presencia de militares comunistas– que engrosaron los “blancos” de la dictadura militar. Durante estos años la intensificación de la lucha armada contribuyó al triunfo del “ala dura” de las Fuerzas Armadas que, entre 1968 y 1974, implantó la fase más represiva del régimen⁴⁸⁵ (Fausto 1995, 478-480). Tras la liquidación de la guerrilla, el “ala blanda” (que había dirigido el golpe), retomó paulatinamente el control del gobierno e inició la “larga y negociada” transición hacia la democracia (Carvalho 1995, 118).

⁴⁸² Metalúrgicos de las empresas automovilísticas transnacionales y trabajadores de empresas nacionales en los ramos de la siderurgia, la maquinaria y el equipamiento.

⁴⁸³ Uno de los grandes liderazgos fue el de Lula Da Silva, por entonces presidente del Sindicato de Metalúrgicos, posteriormente líder del *Partido dos Trabalhadores* (PT) y presidente de Brasil entre 2003-2006; 2007-2010 y; 2023 hasta la actualidad.

⁴⁸⁴ Sobre sus orígenes, alcances y agotamiento ver Inés Nercesian (2008).

⁴⁸⁵ Murilo de Carvalho (1995) identifica tres fases. La primera, entre 1964-1968, bajo la presidencia de Humberto de Alencar Castelo Branco representante del “ala blanda” de las Fuerzas Armadas vinculada con la *Escola Superior de Guerra*, el *tenentismo* de Juárez Távora y los sectores liberal-conservadores. Se trató de una fase de inicial represión seguida de moderación. La segunda, entre 1968-1974, dominada por el “ala dura” dirigida por Emílio Garrastazu Médici, que combinó altísima violencia y exponencial crecimiento económico. La tercera, entre 1974-1985, de gradual liberalización donde el “ala blanda” retomó el control bajo la presidencia de Ernesto Geisel, primero, y de João Batista de Figueiredo después (Carvalho 1995, 118).

Por su parte, los menores niveles de radicalización –factor (i)– del autoritarismo brasileño en comparación con el argentino se expresaron en los inferiores grados de restricción y mayor continuidad institucional del régimen. En efecto, aun cuando los principios básicos de la democracia fueron violados, los militares mantuvieron formalmente vigente la Constitución de 1946, las elecciones para cargos nacionales⁴⁸⁶ y locales y el funcionamiento del Congreso y de ciertos partidos políticos. En este marco, el gobierno militar gobernó principalmente a través decretos, los llamados *Atos Institucionales* (AI). Uno de los de mayor alcance y repercusión fue el AI n.º 2 (de octubre de 1965, derogado en 1979) que reguló las elecciones para presidente y vicepresidente, facilitó la concentración de poder en el Ejecutivo y extinguió los partidos políticos existentes. Este último punto fue uno de los más emblemáticos debido a que terminó con el sistema de partidos multipartidista⁴⁸⁷ e impuso uno bipartidista integrado por la *Aliança Renovadora Nacional* (Arena) –soporte legislativo del gobierno, formado por las élites⁴⁸⁸ que participaron del golpe– y el *Movimento Democrático Brasileiro*⁴⁸⁹ (MDB) –que funcionó como “oposición consentida”–. Asimismo, el AI n.º 5 (de marzo de 1968, derogado en 1978) que abrió la etapa más cruenta y represiva de la dictadura. Entre otros recursos, le dio al presidente poder para cerrar el Congreso, terminar mandatos, jubilar servidores públicos, intervenir los niveles subnacionales y suspender derechos políticos. Durante esos años, la censura, la tortura y el terror pasaron a ser los principales métodos de control del gobierno (Fausto 1995, 480). No obstante, el crecimiento económico sin precedentes que experimentó Brasil en aquellos años contribuyó a encubrir la represión y ampliar la legitimidad de las Fuerzas Armadas entre las clases medias en especial (Fausto y Devoto 2005, 405).

En específico, el desarrollo de la economía brasileña durante la última dictadura militar constituye uno de los pilares que explican la mayor estabilidad del régimen –factor (ii)– en comparación con el argentino. Desde su llegada al poder, los militares llevaron adelante un conjunto de reformas estructurales destinadas a estabilizar la economía (con problemas inflacionarios, de cambio y de la balanza de pagos) que crearon las bases para

⁴⁸⁶ Las elecciones para presidente y vicepresidente fueron reguladas por el *Ato Institucional* n.º 2 a través del que se decretó que fueran realizadas por la mayoría absoluta del Congreso Nacional en sesión pública y a través de votación nominal (Fausto 1995, 474).

⁴⁸⁷ Los militares creían que el multipartidismo era uno de los factores responsables de las crisis políticas (Fausto 1995, 474).

⁴⁸⁸ Integrada por sectores de la *União Democrática Nacional* y del *Partido Social Democrático*.

⁴⁸⁹ Integrado por figuras del *Partido Trabalhista Brasileiro* y el *Partido Social Democrático*.

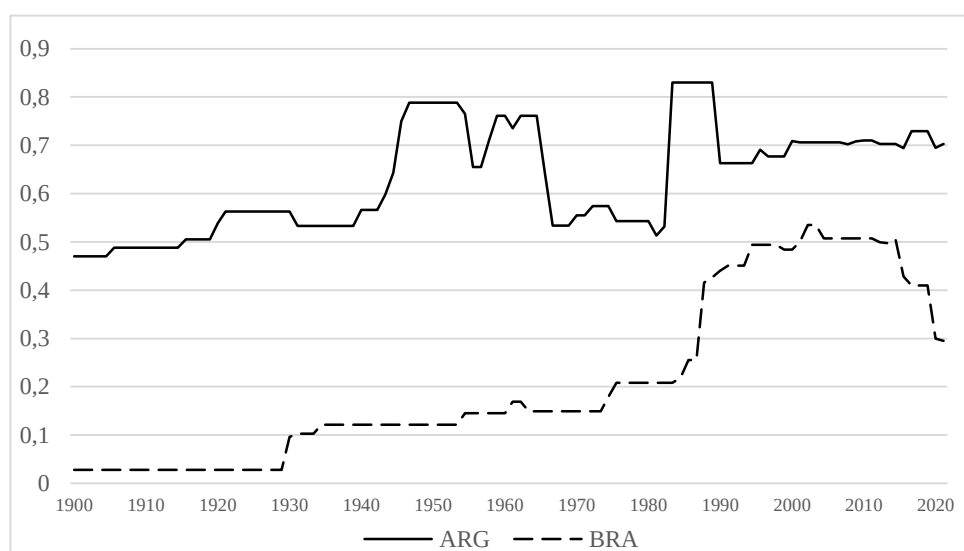
el gran salto económico, conocido como el “milagro brasileño”, durante los gobiernos del General Artur da Costa e Silva (1967-1969) y Emílio Garrastazu Médici (1969-1974). Entre 1969 y 1973 el PBI creció a una media anual del 11, 2%, con una variación del 14%, mientras la inflación media anual se mantuvo relativamente baja, en el 19, 4%, en comparación con el pico del 92, 1% que alcanzó en 1964 (Fausto y Devoto 2005, 405; Costantini y Lobo Bittencourt 2014, 187). A su vez, durante el “boom” crecieron los préstamos e inversiones de capital extranjero, el gobierno amplió el crédito a los consumidores y las clases medias, mejoraron las oportunidades de empleo y se valorizaron las actividades vinculadas con la administración de empresas y la publicidad –en oposición a lo que ocurrió con los empleos menos cualificados donde los salarios se devaluaron– (Fausto 1995, 487). Así, la gestión económica de los militares, lejos de promover la integración de los sectores tradicionalmente excluidos, tendió a reproducir un orden sociopolítico mayormente cerrado. Como se desprende del gráfico 14, es notable que en Brasil (línea de guiones) la distribución de bienes y servicios esenciales (como son la alimentación, la vivienda, la salud, la educación y el empleo) capturada por el índice de distribución igualitaria de recursos⁴⁹⁰ –*equal distribution resources index*⁴⁹¹– no solo se haya mantenido relativamente estable entre los años que duró el milagro económico (1969-1973) sino que no haya registrado mejoras significativas en el período transcurrido entre los primeros gobiernos de Vargas (1930-1937/1945) que se corresponden con las reformas sociales en el ámbito laboral y previsional y el inicio de la liberalización y la restauración democrática (1974-1985). Esta observación parecería indicar que, durante la mayor parte del siglo XX, las asimetrías sociales en Brasil fueron relativamente independientes del nivel de desarrollo económico, la orientación de los gobiernos de turno y los regímenes políticos; a diferencia de Argentina (línea de continua) cuyas alteraciones en la “igualitaria” distribución de los recursos entre la “primera democratización” (1904-1930, que se corresponde con las grandes movilizaciones populares de inicios de siglo, la

⁴⁹⁰ Mide la proporción en que los recursos esenciales, tangibles e intangibles, se distribuyen de modo igualitario en una sociedad. La “distribución igualitaria” es fundamental para que las personas ejerzan sus derechos y libertades de manera efectiva. El valor “0” representa distribución desigual perfecta y el valor “1” distribución igualitaria perfecta.

⁴⁹¹ Se trata de un índice elaborado por el proyecto *V-Dem*. Está formado por un conjunto estimaciones hechas a partir de un modelo factorial bayesiano que integra los siguientes indicadores: distribución particularista vs. universalista de bienes públicos y políticas de bienestar social, igualdad en la educación, igualdad en la salud. Sobre la metodología usada por el proyecto *V-Dem* consultar Michael Coppedge et al. (2021).

expansión de los derechos políticos y los primeros gobiernos democráticos) y la reapertura democrática (1983) fueron mucho más pronunciadas, parecen relacionarse en mayor grado con la orientación de los gobiernos y, en distinta medida, con los regímenes políticos de turno. Igualmente, la distancia en la trayectoria del indicador de distribución igualitaria en ambos países señala que durante todo el siglo XX y hasta la actualidad la distribución de los recursos básicos en Brasil ha sido más desigual que en la Argentina. En efecto, llama la atención que aún en su pico “más igualitario” (0,535 entre 2003 y 2004) Brasil solo se acerque a los valores de “igualdad” más bajos de la Argentina (aquellos que tuvieron lugar en 1920 en el contexto de la primera democratización), lo que es consistente con la tesis de que el orden sociopolítico brasileño es más jerárquico y disciplinado⁴⁹² que el argentino.

Gráfico 14. Argentina y Brasil. Indicador distribución igualitaria de recursos, 1900 y 2021



Fuente: *Varieties of Democracy (V-Dem)*, equal distribution resources index.

El otro pilar vinculado con la mayor estabilidad del régimen brasileño –factor (ii)– en comparación con el argentino lo constituye la mayor unidad de sus Fuerzas Armadas. Ello se vinculó, por un lado, con la mayor influencia del pensamiento positivista dentro

⁴⁹² En este punto hay que recordar la relación planteada por Guillermo O’Donnell (2010) y Charles Tilly (1998) –ver capítulo II, subtítulo 2. (d)– entre mayor fortaleza organizativa de la sociedad, mayor capacidad de lucha, mayor cuestionamiento de las asimetrías sociales y mayor democratización (ergo, menor disciplina y jerarquización del orden sociopolítico). En otras palabras, la existencia de organizaciones sociales débiles obstruye una de las principales vías de democratización y liberalización de cualquier orden sociopolítico.

del cuerpo castrense durante el proceso fundacional⁴⁹³, las medidas destinadas a modernizar y profesionalizar la institución y, el desarrollo de un pensamiento más articulado y cohesivo –vinculado con el “nacionalismo-autoritario-militar” (Fausto 2001) y la “ideología de Estado” (Lamounier 2006)– durante la primera parte del siglo XX. Por otro lado, con la consolidación del ala *tenentista* de Juárez Távora dentro de las Fuerzas Armadas tras el golpe de 1964 en especial. Su preponderancia sobre las otras facciones exaltó tanto la común formación de sus integrantes como su lugar en la estructura de poder y contribuyó a la mayor convergencia de objetivos entre los militares⁴⁹⁴. En particular, respecto de la necesidad de poner fin a la amenaza del “populacho” e instaurar la modernización del Estado “por lo alto” o “conservadora” (Carvalho 2005, 129-130). Esta última, implicó un movimiento de privatización del Estado en función de los grandes intereses dominantes acompañado por un acentuado grado de autonomía estatal para la consecución de ese objetivo lo que alentó, en el mediano y largo plazo, el fortalecimiento de la burocracia militar y distintas formas de vinculación entre la burguesía económica, los militares y el Estado⁴⁹⁵ (Fausto y Devoto 2005, 397-398).

Bajo estas condiciones, en 1974, los militares dieron las primeras señales de liberalización del régimen. Al respecto, una rica agenda de estudios⁴⁹⁶ coincide en que la decisión se vinculó, en particular, con los conflictos hacia el interior de las Fuerzas Armadas entre la línea “dura” de los militares –que había exacerbado la represión durante los años más radicalizados del golpe (1968-1974), en el curso de los que había ganado relativa autonomía– y la “blanda” –que por entonces dirigía el gobierno y temía que se sublevaran–. Las altas cúpulas estimaban que la liberalización permitiría enviar a los indisciplinados “de vuelta a los cuarteles” y retomar la unidad del cuerpo. Igualmente, los militares consideraban que el alto nivel de legitimidad general que había alcanzado el régimen durante el milagro económico los ponía en una situación ventajosa para iniciar

⁴⁹³ Sobre las características de las Fuerzas Armadas entre 1850-1930 remitirse al capítulo II, apartado 2. (c) de esta tesis. Sus características en el período 1930-1964 han sido oportunamente desarrolladas en este capítulo.

⁴⁹⁴ Si bien se es consciente de que los militares no actuaron como un bloque monolítico y que el peso de las facciones varió entre 1964-1985, el proyecto *tenentista* vinculado con el ala “blanda” de los militares logró imponerse. Consultar Murilo de Carvalho (2005).

⁴⁹⁵ Sobre este asunto cabe mencionar los estudios de Fernando H. Cardoso. Entre ellos se puede consultar Cardoso (1988).

⁴⁹⁶ Sobre las principales causas de la liberalización brasileña y el rol de los grupos de poder durante la transición se pueden consultar las compilaciones clásicas de Alfred Stepan (1989) y Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (1988). Desde una perspectiva comparada que contempla las preferencias de los grupos de poder, se sugiere el reciente libro de Scott Mainwaring y Aníbal Pérez-Liñán (2020).

la apertura, controlar la transición hacia la democracia y debilitar la capacidad de la oposición para hacer valer sus intereses en el “pacto” –factor (iii)–. Contrario a la experiencia argentina donde la represión incentivó la unidad de las Fuerzas y el régimen militar “colapsó” tras la guerra de Malvinas.

A su vez, la liberalización se relacionó con el fortalecimiento de la oposición durante la década de 1970 –factor (iii)–. Como se señaló en párrafos anteriores, en esos años la Iglesia asumió una posición abiertamente crítica al autoritarismo y el laicado católico en específico tuvo un rol central en la organización y activación de las bases. Igualmente, emergió un sindicalismo urbano más autónomo del Estado que llevó adelante un extenso plan de lucha y los trabajadores rurales ampliaron su capacidad de organización y presión. Sumado a ello, se difundieron a gran escala los movimientos sociales urbanos como los llamados *favelados* (moradores de las zonas periféricas a los que se les unieron las clases medias), las asociaciones profesionales (abogados, profesores, médicos, ingenieros, funcionarios públicos) y del ámbito artístico (músicos, actores, pintores) y las vinculadas con reivindicaciones en torno a la raza y el género, donde el movimiento negro y el feminismo asumieron un rol destacado (Martins y Pereira 2019; Mitchell-Walthour 2019; Stepan 1989). A su vez, en 1979 el gobierno abolió el bipartidismo forzado entre la “oposición consentida”, el *Movimento Democrático Brasileiro* (MDB), y la coalición oficialista, la *Alianza Renovadora Nacional* (Arena), y aprobó una nueva ley orgánica de partidos (ley 6.777) que habilitó la creación de nuevas fuerzas electorales, obligó a todas a usar la palabra “partido” en su etiqueta y las habilitó para competir en próximas elecciones. En este marco, los integrantes de Arena formaron el *Partido Democrático Social* (PDS); el MDB, que había ganado paulatinamente autonomía durante la década de 1970 y se había convertido en uno de los principales canales de representación de la oposición, pasó a llamarse *Partido do Movimento Democrático Brasileiro* (PMDB); y el *Partido Comunista Do Brasil* (PCdoB) volvió a actuar. Respecto de las fuerzas electorales, el principal acontecimiento se vinculó con la creación del *Partido dos Trabalhadores* (PT) surgido desde el seno de un movimiento militante integrado por el sindicalismo urbano y rural, el movimiento católico, y ciertos sectores de la Iglesia, la clase media profesional y las organizaciones trotskistas (Stumpf González, Baquero y Melo Grohmann 2021, 24; Carvalho 1995, 131).

Entre otros indicios del fortalecimiento de la oposición a fines de la década de 1970, cabe mencionar que las huelgas pasaron de ser inexistentes (entre 1969 y 1977) a

un promedio anual de 214 (entre 1978 y 1984) (Costantini y Lobo Bittencourt 2014, 200). El punto cúlmine fue la campaña *diretas já*, liderada por el PMDB, cuyo objetivo inmediato fue presionar al Congreso para que autorizara a que las primeras elecciones presidenciales democráticas tras el golpe de 1964 (dispuestas para el 15 de enero de 1985) fueran directas –y no a través del colegio electoral–. En efecto, se trató de la mayor campaña política hasta ese entonces. No solo por su masividad, “siempre en perfecto orden” (Carvalho 1995, 140), sino porque las manifestaciones se transformaron en un símbolo cívico de unidad nacional a favor de la restitución de las libertades.

Sin embargo, más allá de este renovado activismo, las organizaciones sociales y los partidos políticos opositores no lograron imponer su agenda: las elecciones fueron indirectas y los reclamos en torno a los derechos humanos permanecieron al margen del pacto transicional –factor (iii)–. Respecto de las organizaciones sociales, como se argumentó a lo largo de la tesis, se trató de grupos de poder históricamente debilitados tanto por la excesiva regulación y/o prohibición de su accionar de parte de los gobiernos de turno como por la escasez de sus recursos materiales y simbólicos para extender su actuación en el nivel nacional y su autonomía frente al Estado en especial. Igualmente, los sectores populares, predominantemente integrados por pobres (negros, mulatos y afrodescendientes), permanecieron mayormente excluidos de los procesos asociativos y participativos, al margen de la representación e imposibilitados de hacer valer sus preferencias en el sistema político. De igual manera, durante el siglo XX el accionar de los partidos políticos fue continuamente regulado y, con la excepción del comunismo que pasó la mayor parte de su vida en la clandestinidad, ninguno de los partidos creados durante la Primera República (1889-1930) y durante la breve experiencia democrática (1945-1964) logró sobrevivir a los procesos autoritarios, lo que contribuyó a debilitar aún más la experiencia política y asociativa de sus miembros a la par que erosionar las identidades partidarias (O'Donnell 2014b; Carvalho 1995; Hagopian 1990).

Con estos antecedentes, al iniciarse el proceso de liberalización, la oposición se encontraba en clara desventaja. En este marco, a diferencia de Argentina, la corporación militar y las élites que apoyaron el autoritarismo controlaron aspectos clave de la transición –ver tabla 20–. En primer término, impusieron que las primeras elecciones democráticas se llevaran adelante a través de la institucionalidad existente, es decir, bajo el Colegio electoral que, debido a su composición garantizaba la victoria de un candidato

apoyado por los militares y su capacidad de presión sobre el gobierno (Power 2016, 17-18; O'Donnell 2014a, 208-210; Schmitter y O'Donnell 1988, 21).

En segundo término, fueron exitosas en la organización de partidos electoralmente competitivos que representaran sus intereses durante y tras las primeras elecciones democráticas (1985). Al respecto, es ilustrativo que el primer presidente en asumir el cargo Ejecutivo de la nueva democracia haya sido José Sarney⁴⁹⁷, líder del ex partido militar Arena. En efecto, uno de los rasgos políticos más notorios de Brasil tras la transición democrática lo constituye el alto nivel de continuidad de la élite que apoyó el régimen autoritario (Power 2016; Mezarobba 2015; O'Donnell 2014).

En tercer término, los militares retuvieron importantes concesiones durante y luego de la transición que limitaron el alcance de la justicia transicional⁴⁹⁸ –ver tabla 20–. En específico, no se implementaron “grandes purgas” ni reformas en los poderes del Estado; las Fuerzas Armadas y el Poder Judicial continuaron funcionando mayormente como lo habían hecho durante la dictadura; no existieron políticas de reparación a las víctimas y familiares, ni comisiones de la verdad; la ley de amnistía (1979) no fue abolida; los crímenes militares no fueron juzgados por civiles; y los integrantes de las Fuerzas Armadas mantuvieron importantes prerrogativas tras la reforma constitucional de 1988 y una posición privilegiada en el largo plazo (Martins y Pereira 2019; Power 2016; Pereira 2005; Hagopian 1990).

⁴⁹⁷ En este punto hay que recordar que, si bien Tancredo Neves (PMDB), el representante de la oposición al régimen militar, fue electo como presidente de Brasil, su triunfo se basó en un pacto “decisivo” entre los segmentos más conciliadores y conservadores con las Fuerzas Armadas. En concreto, la negociación contribuyó a “alejar el peligro de un golpe” y garantizó a los militares “que no habría revisiones del pasado”. Neves murió antes de asumir el cargo, razón por la que Sarney (PDS) tomó su lugar (O'Donnell 2014a, 208-209).

⁴⁹⁸ No se desconocen los avances en la materia a partir del gobierno de Fernando H. Cardoso (1995-2002) ni durante los gobiernos de Lula Da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (2011-2016). Sin embargo, cabe recordar que cuanto mayor es el tiempo que transcurre entre el abuso de los derechos humanos y la justicia transicional, mayor es la permanencia de elementos autoritarios (Nino 2015; Pereira 2005, 159). (Nino 2015; Pereira 2005, 159). En Brasil las principales medidas de justicia transicional se llevaron adelante entre 1984-1988 (Pereira 2005).

Tabla 20. Argentina y Brasil. Las transiciones democráticas

Factores	Indicadores	Argentina (1976-1983)	Brasil (1964-1985)
Radicalización	Represión política	Amplia. Coerción sistemática, intensa y a gran escala (terrorismo de Estado)	Específica. Orientada a grupos y líderes particulares
	Restricción institucional	Alto. Suspensión de la Constitución Nacional, disolución del poder legislativo, proscripción de los partidos políticos y ausencia de elecciones, intervención militar en los niveles subnacionales	Moderado. Continuidad institucional tutelada por los militares. Vigencia formal de la Constitución Nacional. Salvo excepciones, el poder legislativo, las elecciones y, los partidos habilitados por el régimen funcionan. Relativa intervención subnacional
Estabilidad	Gestión económica	Destructiva. Marcada por la crisis. Su manejo constituye una fuente de desacuerdos internos y externos a las FFAA	“Exitosa”. Marcada por el “milagro económico”. Es una de las principales fuentes de legitimidad
	Unidad de los militares	Mediano a bajo. Fragmentación y conflictos entre las cúpulas	Alto a mediano. Unidad de la cúpula, imposición de disciplina al cuerpo
	Grado de movilización social	Plural, extensa e intensa. Se reúne alrededor de los organismos de derechos humanos y a favor de la democracia	Plural, moderada e intensa. Se reúne alrededor de <i>diretas já</i> y en oposición a la dictadura. Débil articulación nacional
Pacto transicional	Tiempos y reglas	“Colapso” del gobierno militar. Los organismos de derechos humanos imponen su agenda. “Ausencia de pacto”. Profundas medidas de justicia transicional (1983-1988). Derogación de la Ley de Amnistía	“Lenta, gradual y segura”. Los militares controlan la transición con el apoyo de las élites. “Transición pactada”. Ausencia de medidas de justicia transicional (1984-1988). Vigencia de la Ley de Amnistía
	Primeras elecciones democráticas	“Cambios”. Los militares no son exitosos en la organización de un partido que los represente. Recambio de las élites. El primer presidente (Raúl Alfonsín) es electo a través de elecciones directas, simboliza la democracia y expresa una ruptura respecto del orden militar	“Continuidades”. Los integrantes del partido militar Arena organizan el PDS. Persistencia de las élites políticas y militares. El primer presidente en asumir el cargo (José Sarney) es el líder del ex Arena, electo a través del Colegio electoral (con gran influencia militar) y expresa cierta “continuidad” con el pasado (persistente influencia de las élites y los militares)

Nota: elaboración propia.

En este marco, la transición pactada contribuyó a exonerar a los militares de su responsabilidad, perpetuar su legitimidad entre amplios sectores sociales y mantener un orden sociopolítico más jerárquico y disciplinado que el argentino. Todo ello se cristalizó en la mayor tolerancia social hacia liderazgos presidenciales de estilo militarista en la actualidad, en concreto, el de Jair Bolsonaro. En este sentido, según Guillermo O'Donnell (2014c), los resultados de la transición brasileña tienden a reforzar características que, aunque visibles en Argentina, “aparecen con mayor intensidad en Brasil: inmensas

desigualdades sociales unidas a un formidable dinamismo económico y pautas demasiado arcaicas y represivas de autoridad, incluidas las que vinculan al Estado con la sociedad y a las diversas clases y sectores sociales entre sí” (O’Donnell 2014a, 210).

La tabla 21 sintetiza las características de los grupos de poder en Argentina y Brasil durante el “largo siglo XX”.

Tabla 21. Argentina y Brasil. Los grupos de poder, 1930-1983/85

	Argentina	Brasil
Clivaje fundacional	Naturaleza política. (Re)significación del clivaje inicial: “antipopular/antiperonismo-popular/peronismo”	Naturaleza social. Integración/ invisibilización del clivaje inicial al mito de la “democracia racial”
Élites civiles	Pensamiento dominante nacionalismo. Rasgo común: antiliberalismo político, antimodernismo, antiimperialismo. Divididas entre antipopulares/antiperonistas y populares/peronistas. Parte central de la alianza “cívico-militar-religiosa”	Pensamiento dominante nacionalismo-autoritario. Rasgo común: antiliberalismo político, anticomunismo. Divididas entre antipopulares/antivarguistas - populares/varguistas. Parte del proyecto autoritario militar
Iglesia Católica	Consolidación de la alianza cívico-militar-religiosa. Episcopado ortodoxo/antipopular/pragmático. Vínculos entre doctrina social y justicialismo. No tiene un rol central en la defensa de los DDHH. Movimiento católico integralista, revolucionario, militarizado. Dividido entre antipopular/ antiperonista y popular/ antiperonista	1930: consolidación de la religión en el Estado. 1930-1955: episcopado ortodoxo/ antipopular/ pragmático. 1955-1980: episcopado modernizador/reformista popular. Central en la articulación de la oposición al autoritarismo, en la activación del movimiento católico reformista y en la defensa de los DDHH
Fuerzas Armadas	Pilar de estabilidad gubernamental. Asociación pragmática con las élites y profundos vínculos con Iglesia con la que comparte el proyecto de un orden cerrado. Entre 1976-1983 este proyecto alcanza su máxima: “Proceso de Reorganización Nacional”	Pilar de estabilidad gubernamental. Asociación pragmática con las élites y la Iglesia. Desarrollo de un proyecto autónomo: “ideología de Estado” y “nacionalismo-autoritario-militar”. Entre 1937-1945 y 1964-1985 alcanza su máxima expresión
Organizaciones sociales	– Primera parte SXX: movimiento nacional de trabajadores urbanos formado desde la sociedad. Amplia autonomía – Medios SXX: vínculos con el peronismo. Centralización del movimiento obrero. En adelante, complejos vínculos con gobiernos y Estado. – Segunda parte SXX: división entre peronistas-antiperonistas; fragmentación, extensa radicalización y polarización. Militarización de la sociedad. Novedad: organizaciones de DDHH	– Primera parte SXX: movimiento nacional de trabajadores urbanos formado desde el Estado. Limitada autonomía – Medios SXX: <i>queremismo</i> y divisiones internas. Novedad: movimiento de trabajadores rurales. Paulatina radicalización; limitada intensidad, extensión y polarización – Segunda parte siglo XX: desarrollo de grupos revolucionarios y guerrilla, articulación con catolicismo. Novedad: “nuevo sindicalismo”
Partidos Políticos	–Primera parte SXX: partidos populares (PJ, UCR), nacionales y del proletariado (PC, PS), desde la sociedad. Estructura duradera y heterogénea –Medios SXX: división entre peronistas-antiperonista. Fragmentación, radicalización, polarización y abandono de la democracia –Segunda parte SXX: sobreviven las dictaduras. Territorialización, desnacionalización, fragmentación. Debilitamiento de su estructura. Partidos pragmáticos	–Primera parte SXX: inexistencia de partidos populares desde la sociedad –Medios SXX: <i>queremismo</i> y divisiones internas. Radicalización y abandono de la democracia. –Segunda parte SXX: no sobreviven la dictadura. Las élites autoritarias forman nuevos partidos exitosos. Novedad: PT Territorialización, desnacionalización, fragmentación. Fuerte dependencia subnacional. Partidos pragmáticos

Nota: elaboración propia.

Por último, a través del análisis de los casos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro, el capítulo IV ofrece algunos indicios sobre cómo los factores sociohistóricos desarrollados por esta tesis cristalizaron en distintos límites de tolerancia social hacia liderazgos presidenciales militaristas en la actualidad.

IV. Los límites de la tolerancia social: los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro

Introducción

El capítulo IV muestra que las diferencias entre los legados fundacionales y el proceso de reinstauración democrática en Argentina y en Brasil contribuyeron a cristalizar distintos límites de tolerancia social en torno a los liderazgos militaristas en la actualidad –cuarto objetivo específico–. Con ello en mente, brinda algunos indicios sobre la construcción de los estilos dirigenciales de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro durante la campaña electoral que los consagró como presidentes de la nación en el año 2015 y 2018 respectivamente y que permiten ratificar que se trata de un estilo no-militarista en el primer caso y militarista en el segundo.

El punto 1 expone las principales características de los grupos de poder tras la restauración democrática en Argentina (1983) y en Brasil (1985). En este sentido, señala los cambios y las continuidades más importantes respecto del período antecedente y en torno a la historia sociopolítica de cada país en general. De esta manera muestra que, si bien ambos países están atravesados por transformaciones en los modos de representación política (insatisfacción con la democracia, desconfianza en sus instituciones, progresivo personalismo y decisionismo), este clima de ideas afectó menos a las organizaciones sociales y los partidos políticos argentinos. En especial, debido a la mayor fortaleza de su sociedad civil y sus sectores populares, mayor capacidad representativa de sus principales organizaciones sociales y partidos políticos y menor influencia de las élites que apoyaron la última dictadura militar y de las Fuerzas Armadas en el Estado tras la transición democrática. Todo lo que ha contribuido a reproducir y reforzar un orden sociopolítico menos tolerante hacia las jerarquías, la disciplina y la autoridad militar en particular que el brasileño.

Seguidamente, el punto 2 analiza la comunicación de campaña de Mauricio Macri (2015) y Jair Bolsonaro (2018). En primer lugar, los *spots* audiovisuales transmitidos antes de la primera vuelta electoral en base al marco de estudio del *Manifiesto Research on Political Representation* (MAPOR). Los resultados muestran que las principales alusiones positivas en el discurso electoral de Macri, vinculadas con la categorización no-militarista - militarista, refieren al dominio democracia y, en menor medida, al área

minorías. Contrariamente, que las de Bolsonaro refieren a la cultura militarista y, en menor medida, menciones negativas sobre las minorías. En segundo lugar, examina la última entrevista audiovisual brindada por cada candidato antes de los comicios a través de las herramientas del análisis discursivo. El estudio contribuye a complementar y reforzar los resultados de evaluar los *spots*, esto es, que se trata de estilos de liderazgos que pueden ser clasificados como no-militarista en el caso de Macri y militarista en el caso de Bolsonaro.

1. La democracia contemporánea en Argentina y Brasil

En la década de 1980 Argentina y Brasil eligieron el camino de la democracia. Por encima de las diferencias entre sus procesos transicionales, la reivindicación del nuevo régimen alcanzó una amplitud sin precedentes. Uno de los principales puntos de inflexión se vinculó con la percepción de los principios básicos de la vida en sociedad (Fausto y Devoto 2005, 460). En general, perdieron peso las creencias y prácticas revolucionarias y radicalizadas, menguaron las críticas hacia la “democracia formal”, aumentaron los apoyos hacia sus instituciones y se formaron amplios acuerdos sobre la importancia de las elecciones, la legitimidad de los mandatarios electos y el respeto hacia las libertades civiles y políticas (por ejemplo, de pensamiento, expresión, información, participación y asociación) (Fausto y Devoto 2005, 460; Carvalho 1995, 146). Sin embargo, los avances en torno a los derechos no estuvieron acompañados por su igualitaria aplicación y la cultura democrática tampoco se instaló de modo inmediato, ni definitivo. En efecto, la extendida ilusión de que la puesta en marcha del régimen democrático llevaría “automáticamente” a la solución de los problemas económicos y los conflictos sociales de largo alcance devino en no pocas frustraciones (Fausto y Devoto 2005, 461).

En Argentina, una de las expresiones de esta ilusión generalizada estuvo encarnada en el liderazgo del “padre de la democracia”, Raúl Alfonsín. Entre otras manifestaciones, durante su asunción presidencial el 10 de diciembre de 1983 pronunció algunas de las frases más representativas de la cultura política de la época:

“Vamos a vivir en libertad. De eso, no quepa duda. Como tampoco debe haber duda de que esa libertad va a servir para construir, para crear, para producir, para trabajar, para reclamar justicia (...), para sostener ideas, para organizarse en defensa de los intereses y los derechos legítimos del pueblo todo y de cada sector en particular. En suma, para vivir mejor; porque, como dijimos muchas veces desde la tribuna política, los argentinos hemos aprendido, a la luz de las trágicas experiencias de los años recientes,

que la democracia es un valor aún más alto que el de una mera forma de legitimidad del poder, porque con la democracia no solo se vota, sino que también se come, se educa y se cura” (Alfonsín 1983, citado en Perfil 2018).

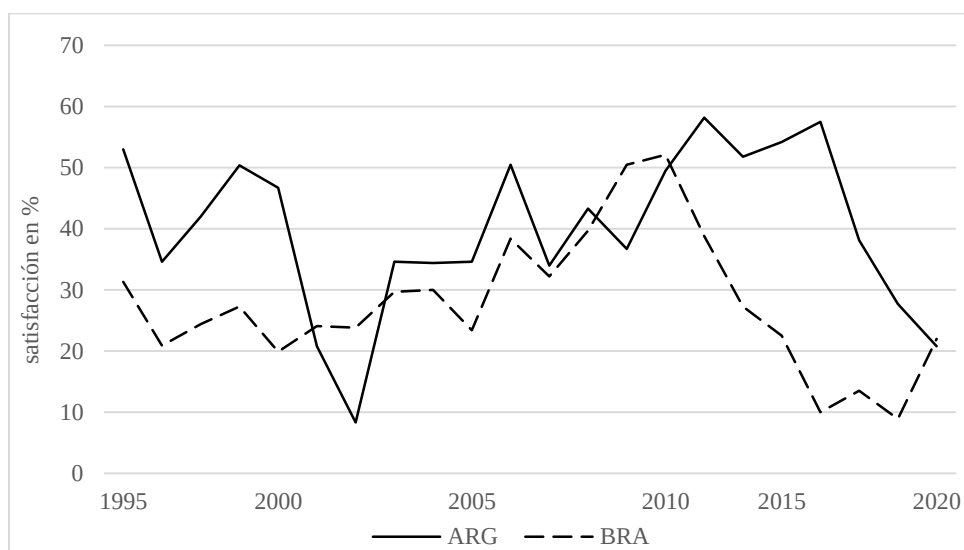
En Brasil, este sentimiento de euforia alrededor de la democracia se hizo presente, sobre todo, durante la transición. Como se señaló en el capítulo antecedente, una de las señales paradigmáticas de este “despertar democrático” lo constituyó el movimiento *diretas já* (1984-1985) organizado alrededor del reclamo de “elecciones directas ya” para el cargo presidencial. Si bien la organización de la sociedad alrededor de esta premisa evocó la imagen de una “gran fiesta cívica” (Carvalho 1995, 140), la exagerada confianza en el método democrático también reflejó la amplitud que había alcanzado la idea de que su ejecución bastaría para restituir las libertades y ampliar los derechos ciudadanos (Fausto y Devoto 2005, 461).

En este marco, apenas la democracia mostró no ser suficiente para poner fin a los graves problemas económicos y las persistentes asimetrías sociales, los gobiernos de Raúl Alfonsín (1983-1989) y José Sarney (1985-1990) se sumergieron en una profunda crisis política. En este sentido se podría decir que la difundida tesis de Juan Carlos Torre (2003) –quien afirma que la crisis de representación política argentina “expresa el desencuentro entre la vitalidad de las expectativas democráticas y el comportamiento efectivo de los partidos” (Torre 2003, 647)– se extiende, aunque con sus particularidades, a Brasil (Naaera Abers y Bülow 2019; Fausto y Devoto 2005).

Así lo muestra, por un lado, la abrupta variación de los niveles de satisfacción de la opinión pública con la democracia⁴⁹⁹ tras la transición –ver gráfico 15– en Argentina (línea continua), donde rondó un mínimo del 8,3% en 2002 y un máximo del 58,2% en 2011, y en Brasil (línea de guiones), donde la confianza fue habitualmente menor a la Argentina (con la excepción de los años 2001, 2002, 2009 y 2010) y rondó un mínimo del 8,9% en 2018 y un máximo de 52,1% en 2010.

⁴⁹⁹ En general los abruptos cambios en los niveles de satisfacción con la democracia y la confianza en las instituciones democráticas en Argentina y Brasil se vinculan con asuntos coyunturales. Sin desconocer su importancia, una exposición de estas características excede los límites de la tesis.

Gráfico 15. Argentina y Brasil. Nivel de satisfacción con la democracia, 1995 y 2020

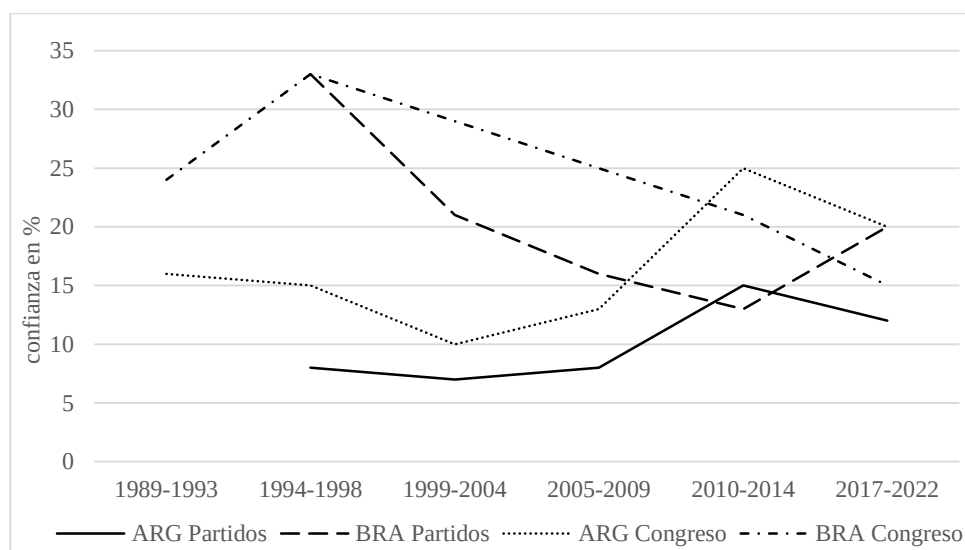


Fuente: elaboración propia en base a los datos de Latinobarómetro.

Nota: se sumaron las respuestas “muy satisfecho” y “más bien satisfecho”. No hay datos para los años 1999, 2012, 2014, 2015 y 2019. Debido a la cantidad, no afecta las tendencias.

Por otro lado, los generalmente bajos niveles de confianza de la opinión pública argentina y brasileña en las principales instituciones democráticas: el Congreso y los partidos políticos –ver grafico16–. En específico, en Argentina (línea de puntos) los niveles de confianza más altos en el Poder Legislativo se expresaron en el período 2010-2014 –correspondiente al 25%– y en Brasil (línea de punto-guion-punto) entre 1994 y 1998 –relativa al 33%, a partir del que tendió a bajar–. Asimismo, los niveles de confianza más bajos en el Congreso se manifestaron, en Argentina, en el período 1999-2004 –correspondiente al 10%– y, en Brasil, durante 2017-2022 –del 15%–. Además, los niveles de confianza en los partidos políticos en ambos países fueron comparativamente más bajos que los niveles de confianza en el Congreso. En Argentina (línea continua) el pico más alto de confianza en los partidos fue del 15% (2010-2014) y en Brasil (línea de guiones) del 33% (1994-1998) y, los más bajos, del 7% (1999-2004) y del 13% (2010-2014) respectivamente. Más allá de las particularidades, los umbrales de confianza en estas instituciones fueron siempre considerablemente bajos en los dos países.

Gráfico 16. Argentina y Brasil. Confianza en los partidos políticos y el Congreso Nacional, 1989 y 2022



Fuente: elaboración propia en base a *World Values Surveys* (WVS) 1989-2022.

Nota: para “confianza en los partidos” (E069_12) y “el Congreso” (E069_07) se sumaron las respuestas “muchísima y bastante” confianza. No hay datos para Brasil del período 1999 y 2004, en ese caso se usó el promedio entre el período antecedente y precedente.

De esta manera, a partir de la restauración democrática Argentina y Brasil se hicieron eco de la desconfianza generalizada y los cambios mundiales en las formas de representación⁵⁰⁰. Producto de ello fue la progresiva concentración del poder en la figura de los líderes y la difusión de una comunicación política principalmente centrada en su trayectoria, actitud y atributos personales y/o privados. En este sentido, si bien Mauricio Macri y Jair Bolsonaro se asemejan en el discurso intimista, el lenguaje coloquial e informal, la apelación al sentido común, la alusión a temas generales y transversales a las categorías ideológicas (Luna y Rovira Kaltwasser 2014), no comparten el carácter militarista. Así, sus estilos dirigenciales lejos de depender exclusivamente de los climas regionales, los contextos de situación inmediatos, las preferencias del electorado o la vocación de sus líderes también se vinculan con los legados sociohistóricos de cada país. En concreto, con el conjunto de valores, ideas y prácticas dominantes que se desprenden, (re)forman y (re)producen en las experiencias históricas de sus sociedades y que, en el largo plazo, tienden a delinear y reforzar los modos de relación social aceptables y,

⁵⁰⁰ Los factores que contribuyen a explicar las características de los liderazgos actuales en occidente en general y en Argentina y Brasil en particular han sido ampliamente desarrollados en el capítulo I de esta tesis.

consecuentemente, las formas de autoridad⁵⁰¹ admitidas. En otras palabras, los límites de tolerancia social, en este caso, en torno a los estilos de liderazgo militaristas.

El próximo subtítulo señala las principales tendencias de los grupos de poder tras la restauración de la democracia en Argentina (1983) y en Brasil (1985) que permiten apoyar esta aseveración.

1. (a) Los grupos de poder tras la restitución de la democracia

Luego de la restauración democrática que tuvo lugar durante la década de 1980 en Argentina y en Brasil, sus grupos de poder expresaron algunos cambios y ciertas continuidades en comparación con la experiencia del período antecedente. En Argentina, los principales cambios se relacionaron con la progresiva neutralización de la alianza cívico-militar-religiosa que había conducido los gobiernos autoritarios durante el siglo XX, la renovación de sus dirigencias y la reorganización y, en distinta medida, democratización de los grupos de poder dominante (aun cuando incluso hoy existen diferencias hacia su interior y respecto del modo en que debió ser percibida la violencia generalizada) (O'Donnell 2014a). Igualmente, con el paulatino debilitamiento de las organizaciones sociales en general y los sindicatos y partidos políticos en particular (Novaro 2010; Iazzetta 2014). Por su parte, las principales continuidades se vincularon con la persistencia de ciertas lógicas de relación “corporativistas” (Novaro 2010, 200) entre el Estado y los gobiernos de turno con los principales grupos de poder (en específico, las élites, la Iglesia y el sindicalismo), dificultades para construir una alternativa política no peronista competitiva y estable en el nivel nacional y la prevalencia del clivaje político fundacional reformulado a mitad del siglo XX en clave de peronismo - antiperonismo (Torre 2003), aunque lejos de los niveles de radicalización y violencia que habían caracterizado los años antecedentes.

En cuanto a las élites argentinas en específico, tras la transición no lograron retener posiciones políticas influyentes en los gobiernos democráticos ni formar partidos políticos electoralmente exitosos como sí sucedió en Brasil (Mainwaring y Pérez-Liñán 2013). Ello se reflejó tanto en la preeminencia de civiles en los principales cargos políticos como en la orientación de sus dos principales partidos, la Unión Cívica Radical (UCR) y el Partido Justicialista (PJ). Respecto de la UCR, tras el triunfo de Raúl Alfonsín

⁵⁰¹ En este punto hay que recordar que los liderazgos, como toda forma de autoridad, constituyen un tipo de relación social. Sobre su definición remitirse al capítulo I de esta tesis, apartado 1.

predominó el “ala intransigente”. Es decir, aquella que desde el yrigoyenismo había procurado combinar “democracia con justicia social” y que Frondizi e Illia habían intentado llevar adelante para “arrebatarlas” de las banderas del peronismo (Novaro 2010, 201). Sin embargo, las recurrentes crisis que atravesaron los gobiernos radicales mostraron que la formación de una alternativa política y de un liderazgo popular no peronista en el nivel nacional era más difícil de lo que aparentaba. Así lo evidenció el anticipado final de la administración alfonsinista en el año 1989 y el colapso en 2001 de la coalición Alianza integrada principalmente por la UCR y el Frente País Solidario (Frepaso) y liderada por el “austero” y poco carismático Fernando de la Rúa (UCR) (Fair 2017). Ambas experiencias contribuyeron a minar la confianza en la dirigencia política en general y en las élites no peronistas en particular⁵⁰² (Torre 2003). En cuanto al PJ, tras la derrota de su candidato Ítalo A. Lúder en las elecciones presidenciales de 1983, el partido comenzó un proceso de modernización y democratización de su estructura interna liderado por el llamado Frente de la Renovación⁵⁰³ cuyos principales líderes⁵⁰⁴ habían triunfado en los ámbitos subnacionales y se oponían al ala ortodoxa del peronismo estrechamente vinculada con los sindicatos y la cúpula de la Iglesia. Durante la década de 1980, los “renovadores” obtuvieron el control de la conducción partidaria e inauguraron un breve período de “social-democracia *de facto*” (Levitsky 2005, 158) que les permitió descentralizar el poder, fortalecer los liderazgos territoriales, renovar la dirigencia y fragmentar y licuar el poder sindical dentro del partido. Así, más allá de la orientación más bien pragmática del partido y la regular rotación sus élites (Calvo 2013) Juan Carlos Torre (2013) identifica en el peronismo un “alma permanente (...) alimentada por principios rectores que hacen a los valores tradicionales (...), como el nacionalismo, el estatismo, la justicia social, la protección social” (Torre 2013).

Respecto de la Iglesia Católica Argentina, a partir de la década de 1970 asumió una postura paulatinamente democrática y, si bien mantuvo influencia en los gobiernos,

⁵⁰² Respecto del impacto de la crisis de 2001 sobre la familia de partidos peronista y no peronista consultar Juan Carlos Torre (2017, 2003).

⁵⁰³ Sobre la labor de la “renovación” en la modernización del partido durante la década de 1980 y los cambios organizativos del PJ entre 1990 y las primeras décadas del 2000 consultar Steven Levitsky (2005, 147-170) y Ernesto Calvo (2013).

⁵⁰⁴ Entre los más populares se puede nombrar al entonces diputado nacional por la provincia de Buenos Aires, Antonio Cafiero; el dirigente del PJ de porteño, Carlos Grosso; el gobernador de la provincia de La Rioja, Carlos Menem (posteriormente presidente de la Nación entre 1989-1999); el intendente de Lomas de Zamora, Eduardo Duhalde (posteriormente vicepresidente de Menem entre 1989 y 1991 y presidente de la Nación entre 2002-2003); y el diputado nacional por la provincia de Córdoba, José Manuel de la Sota.

el Estado y la sociedad, su poder fue en descenso⁵⁰⁵. Una de las principales fuentes de unidad de la Iglesia y del catolicismo en general tras la transición fue la invocación a la “reconciliación nacional” y el “perdón” (Bonnin 2015; Ghio 2007). Sin embargo, de modo similar a lo que sucedió con la alusión a la democracia durante la transición, el carácter polisémico y multiforme de dichas invocaciones permitieron enmascarar su pluralidad interna y que los diferentes grupos de poder (desde las élites políticas y los militares hasta los movimientos de derechos humanos) evocaran el discurso religioso para legitimar y defender posiciones muchas veces enfrentadas entre sí. De esta manera, mientras en el corto plazo la Iglesia y el catolicismo contribuyeron a instalar el asunto de los derechos humanos en la agenda pública; en el largo plazo, la permeabilidad del discurso religioso en los más diversos sectores ayudó a limitar la facultad de los grupos de poder y de la dirigencia política en especial para separar el ámbito público del religioso a la vez que condicionó “la capacidad de resolver históricamente la verdad y jurídicamente la justicia” tras la restauración democrática (Bonnin 2015, 266).

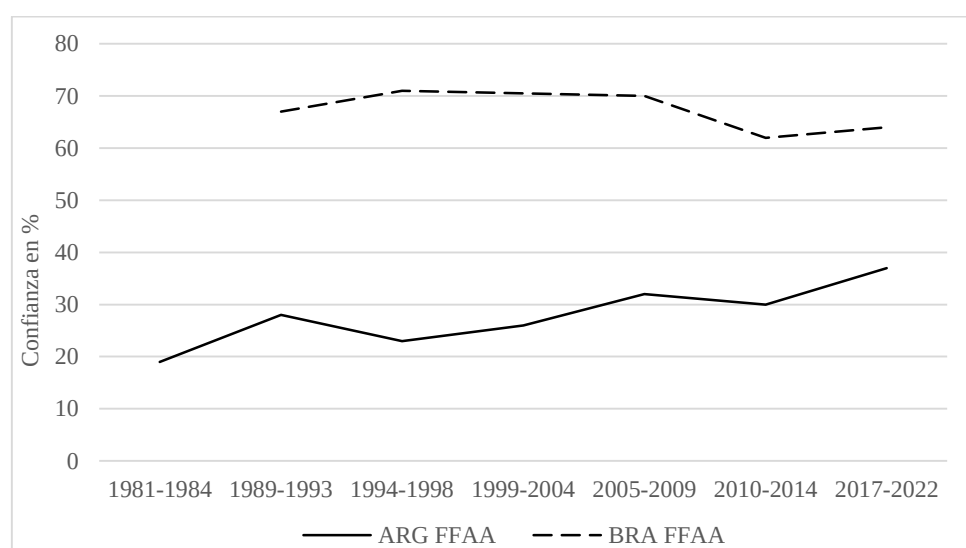
En relación a las Fuerzas Armadas argentinas, a diferencia de Brasil, durante la transición a la democracia fueron duramente cuestionadas y su capacidad de negociación quedó minada (O'Donnell 2014). En este sentido, aun cuando desde el año 1994 se evidencia un paulatino crecimiento de la confianza de la opinión pública en torno a la institución militar –ver gráfico 17– (pasó del 23% en el período 1994-1998 al 37% en el período 2017-2022, línea continua), el ámbito castrense ha permanecido mayormente devaluado y muy por debajo de los niveles de confianza manifestados en Brasil (que no han bajado del 62%, línea de guiones). Por su parte, aunque la desactivación política de los militares no fue inmediata ni lineal, a partir de la década de 1990 los civiles lograron subordinarlos al poder político y al control civil democrático⁵⁰⁶ (Iazzetta 2014; Battaglini 2013). Durante los dos primeros gobiernos constitucionales (1983-1995), la estabilidad y continuidad democrática fueron garantizadas a través del retorno a la juridicidad y los juicios por violaciones a los derechos humanos además de sus consecuentes limitaciones. A ellos se le sumó, la desarticulación del sistema de privilegios económicos y de las empresas cautivas manejadas por las Fuerzas Armadas con absoluta autonomía, los

⁵⁰⁵ Sobre los factores estructurales que contribuyen a explicar el debilitamiento del catolicismo en Argentina además de en Brasil ver el capítulo I, punto 1. (b) (iii) de esta tesis.

⁵⁰⁶ Refiere a la capacidad de las autoridades instituidas (ejecutivas, legislativas y judiciales) y la sociedad civil organizada (por ejemplo, sindicatos y asociaciones profesionales) de restringir el comportamiento autónomo de las Fuerzas Armadas y eliminar “enclaves autoritarios” (es decir, instituciones) (Zaverucha 2008, 130).

recortes presupuestarios y salariales (Diamint 2018) y una batería de reformas y contrarreformas en el ámbito educativo (Frederic 2015). Pese a los avances en la desmilitarización del sistema político y los cambios en la cultura militar que conllevó el apego a las normas y los valores democráticos, los especialistas coinciden en que la falta de una política de Estado perdurable con objetivos claros, coherente y coordinada entre los distintos niveles y ámbitos, y con personal capacitado para llevarla adelante, ha limitado la capacidad estatal para establecer una agenda pública integral de defensa en particular y obstruido la efectiva integración del ámbito civil y el militar (Diamint 2018b; Frederic 2015; Battaglini 2013).

Gráfico 17. Argentina y Brasil. Confianza en las Fuerzas Armadas, entre 1981 y 2022



Fuente: elaboración propia en base a *World Values Surveys* (WVS) 1981-2022.

Nota: para “confianza en las FFAA” (Y014A), se sumaron las respuestas “muy alta” y “alta” confianza. No hay datos para el período 1994 y 1998 en Brasil, en ese caso se usó el promedio entre el período antecedente y precedente.

En lo que hace a las organizaciones sociales en Argentina, el retorno a la democracia significó una renovada fe cívica en torno al pluralismo y la diversidad. Ello se expresó, en especial, en la magnitud que alcanzó la movilización social liderada por las organizaciones de derechos humanos. En concreto, en la década de 1980 contribuyeron a fortalecer la autonomía de la sociedad civil y consolidar mecanismos de control de la autoridad pública que ayudaron, durante la transición al siglo XXI, a la formación de una ciudadanía más alerta y crítica a la clase política y más preocupada por aumentar la transparencia y la rendición de cuentas – *accountability*⁵⁰⁷– (Peruzzotti 2003)

⁵⁰⁷ Es la facultad de asegurar que los funcionarios públicos rindan cuentas por su conducta. Es decir, justifiquen y reporten sus decisiones y eventualmente sean sancionados por ellas. La *accountability* legal

que constituyen componentes centrales para la expansión de la calidad democrática (Torre 2003). Sin embargo, en el mediano plazo el control exacerbado y la formación de una masa crítica, alerta y exigente también ha contribuido a la mera “institucionalización legal de la desconfianza política”⁵⁰⁸ (O’Donnell 2004) y a una progresiva “crisis de representación partidaria” (Torre 2003). A su vez, tal como en Brasil, en las últimas dos décadas (2010-2020) se ha exacerbado la polarización política entre y hacia el interior de las organizaciones sociales y los grupos de poder en general, lo que ha tendido a reducir la inherente pluralidad de la democracia a esquemas de interpretación binarios y, en consecuencia, excluyentes (Naaera Abers y Bülow 2019; Iazzetta 2014). Igualmente, con la asunción de los llamados gobiernos regionales de nueva izquierda (en referencia a los gobiernos del PJ/FpV argentino y del PT brasileño) se ha asistido a una progresiva vinculación entre las organizaciones sociales, los gobiernos y el Estado que, en ciertas oportunidades, ha tomado la forma de vínculos clientelares⁵⁰⁹ que degradan tanto las posibilidades de control sobre los gobiernos como la autonomía, fortaleza y capacidad representativa, en particular, de los grupos excluidos y más vulnerables de la población. A su vez, los gremios nucleados en la Confederación General del Trabajo (CGT) no han escapado a esta lógica. En este sentido, si por una parte la Confederación todavía constituye un grupo de presión fundamental en defensa de los trabajadores, su democratización ha fracasado⁵¹⁰ (Novaro 2010, 202) y su accionar ha quedado muchas veces desvirtuado y deslegitimado debido a sus estrechos y poco transparentes vínculos con los gobiernos de turno y con el peronismo en particular⁵¹¹ (Iazzetta 2014). Aun así, en

implica que los mecanismos institucionales encargados de llevarla adelante estén enmarcados legal y constitucionalmente; la política, refiere a la capacidad del electorado para hacer que las políticas gubernamentales se ajusten a sus preferencias a través del voto (Peruzotti 2003, 70) y; la societal, constituye un mecanismo no electoral de control de las organizaciones sociales hacia las autoridades públicas a partir de múltiples formas de acción (Smulovitz y Peruzotti 2000).

⁵⁰⁸ En el sentido de que, si bien el *accountability* entre los poderes del Estado (*accountability* horizontal) es central para la calidad democrática, la mera existencia de instituciones de control no garantiza por sí sola su plena puesta en práctica ni su efectividad. En contextos fuertemente informales como el argentino, además del brasileño, la debilidad de las normas y la falta de interacción y coordinación entre los diferentes medios de rendición de cuentas ha derivado en su deficiente funcionamiento y en el empobrecimiento de la calidad democrática (O’Donnell 2004).

⁵⁰⁹ Refiere a un patrón informal de organización política (Levitsky 2005, 170) y a un modo de distribución selectiva e intercambio “particularista” entre políticos y electores (Luna y Rovira Kaltwasser 2014, 126) donde los recursos materiales y simbólicos del Estado y los favores son las principales “monedas” de negociación.

⁵¹⁰ En referencia a la llamada “Ley Mucci”, en alusión al apellido del por entonces ministro de trabajo que redactó el proyecto de ley que procuró, según Raúl Alfonsín, terminar con “pacto sindical-militar” entre ciertos sectores de la cúpula gremial y los militares de la última dictadura (Piscetta 2019). El proyecto no logró la aprobación del Legislativo y el radicalismo perdió el apoyo del sindicalismo.

⁵¹¹ Sobre el vínculo entre el peronismo y el sindicalismo tras la democratización ver Steven Levitsky (2005).

comparación con Brasil, en general las organizaciones sociales han logrado retener mayores grados de fortaleza organizativa en el nivel nacional y los sectores populares en particular, mayor capacidad para cristalizar sus preferencias en el sistema político (O'Donnell 2014).

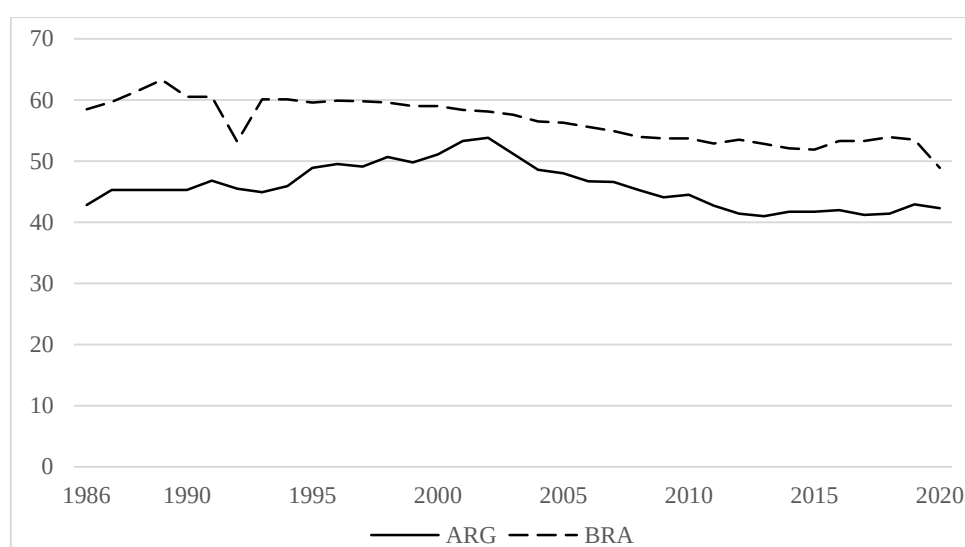
En lo que respecta a los partidos políticos argentinos, a diferencia de la experiencia brasileña, sobrevivieron a las dictaduras militares y tras la reapertura democrática “resurgieron, en cierta medida, revigorizados” (Fausto y Devoto 2005, 459); por lo menos hasta la crisis del año 2001. Así, si bien durante la década de 1980 uno de cada tres argentinos estaba afiliado a un partido político (Fausto y Devoto 2005, 459), conforme tuvieron lugar severas crisis económicas, sociales y políticas y avanzó la “crisis de representación” ese número descendió a la par que aumentó la fragmentación y la volatilidad electoral (Degiusti y Scherlis 2020; Calvo y Escolar 2005). De modo semejante a la experiencia brasileña, ello se evidenció en el creciente peso político y electoral de los ámbitos subnacionales y en la dificultad para formar partidos políticos duraderos y estables en el nivel nacional⁵¹² (Diamint y Tedesco 2019; Mainwaring 2018). De todas maneras, tal como las organizaciones sociales, los partidos argentinos todavía detentan estructuras más fuertes y estables que las brasileñas.

En definitiva, aún en consideración de los cambios experimentados por los grupos de poder argentinos tras la restauración democrática, sus élites, organizaciones sociales y partidos manifiestan al día de hoy mayor propensión a apoyar la democracia y mayor fortaleza y capacidad para representar a los sectores populares que los brasileños. En concreto, los enormes costos sociales y los resultados económicos del “Proceso de Reorganización Nacional” contribuyeron a limitar la radicalización y difundir y robustecer las preferencias normativas de los grupos de poder y la sociedad en general alrededor de la democracia y sus pilares valorativos, es decir, la igualdad y la libertad, – propios, además, del ideario liberal fundacional–. Todo ello favoreció la (re)producción de un orden sociopolítico más crítico a las jerarquías y autoridad y menos asimétrico y cerrado a los sectores populares (O'Donnell 2014).

⁵¹² Los especialistas remiten a estos procesos como “territorialización” y “desnacionalización” de los partidos y del sistema de partidos. Para una discusión en profundidad sobre estos términos se sugiere Erica Lanzini (2010).

Desde otro ángulo, la menor asimetría del orden sociopolítico argentino en comparación con el brasileño puede ser capturada a través del índice de Gini⁵¹³. Se trata de un coeficiente que mide el nivel de desigualdad social a partir del modo en que se distribuyen las riquezas. En específico, expresa hasta qué punto la distribución del ingreso entre individuos u hogares en una economía se aleja de una distribución perfectamente equitativa. Así, el valor “0” representa equidad perfecta y el valor “100”, inequidad perfecta; de modo que a mayor Gini mayor desigualdad. El gráfico 18 ilustra el Gini en Argentina y Brasil entre 1986 y 2020.

Gráfico 18. Argentina y Brasil. Índice de Gini, 1986 y 2020



Fuente: Banco Mundial y Gonzalez-Rozada (2019).

Nota: para Argentina en los 1988, 1989, 1990 y 2015 se tomaron las mediciones de Gonzalez-Rozada (2019) en base al Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Respecto de Brasil, no hay datos para los años 1991, 1994, 2000, 2010, en estos casos, se calculó el promedio entre la medición inmediatamente anterior y la posterior, no obstante, los resultados no afectan la tendencia.

El gráfico 18 muestra que, desde la restauración de la democracia, los niveles de desigualdad han sido menores en Argentina (línea continua) que en Brasil (línea de guiones). En específico, salvo por el año 1998 y el período 2000-2003, en Argentina el índice de Gini se mantuvo generalmente por debajo de los 50 puntos, el mínimo fue de 41 puntos en el año 2013 y el máximo de 53,8 en 2003. Contrariamente, en Brasil el nivel de desigualdad se ha mantenido, en general, por sobre los 50 puntos: el Gini mínimo fue

⁵¹³ Su uso no desconoce la discusión en torno a la medición, ni sus limitaciones. Aun así, los especialistas coinciden en su utilidad para identificar patrones generales. En este sentido, se trata de uno de los indicadores sintéticos más utilizados para el análisis estadístico de la desigualdad.

de 48,9 puntos en 2020 y el máximo de 63,3 en 1989, lo que posiciona al país como uno de los más desiguales del mundo, en la región más desigual del planeta (Lustig 2020).

Sumado a ello, según Francis Hagopian (2005), “la protección igualitaria de derechos y la aplicación de la ley se vuelven más difíciles en situaciones de desigualdad económica” (Hagopian 2005, 47), entre otras razones, porque habitualmente las élites de sociedades desiguales son reacias a tomar medidas redistributivas que acorten las brechas sociales por temor a que hagan peligrar sus prerrogativas, de esta manera, las asimetrías en la distribución de los recursos valorados tiende a profundizarse. En esta dirección la autora afirma que “la mayoría de los observadores atribuyen el fracaso de Brasil en garantizar los derechos ciudadanos y en aplicar el Estado de derecho a una herencia de desigualdad brutal” (Hagopian 2005, 47), en especial, vinculada con la extensión e intensidad del sistema esclavista cuyas relaciones de poder tendieron a (re)producirse y reforzarse en el largo plazo en todos los ámbitos de la vida (Souza 2019; Almeida 2018; Hasenbalg 2018; Carvalho 2008; Vaptista da Silva y Rosemberg 2007). En este contexto, en Brasil el derecho democrático a una ciudadanía plena se ha tornado un privilegio del que la sociedad argentina, si bien menos desigual, no está exenta (O'Donnell 2014).

Por su parte, en Brasil las principales transformaciones tras la restitución de la democracia se vincularon con la actuación de las organizaciones sociales emergentes durante la década de 1970, la aparición de nuevos grupos y movimientos civiles más plurales y heterogéneos que antaño (Neaera Abers y Bülow 2019), la consolidación de un sindicalismo nacional, llamado nuevo sindicalismo, más autónomo del Estado en comparación con el *queremista* y, la supervivencia del primer partido nacional de orientación obrerista formado desde la militancia organizada, el *Partido dos Trabalhadores* (PT) (Stumpf González et al., 2021). Las principales continuidades se relacionaron con la influencia en el ámbito sociopolítico de los civiles y los militares que habían apoyaron el autoritarismo y el resguardo de un sistema político mayormente cerrado a los sectores populares (Alvez Soares 2018; Power 2016), en particular a las minorías no-blancas (Hasenbalg 2018, Telles 2006); lo que muestra la pervivencia del clivaje social fundacional vinculado con “dos Brasiles”: el de los “incluidos y los excluidos”, “los blancos y los negros”, “los ciudadanos y los no ciudadanos”, durante el siglo XXI (Almeida 2018, Segato 2007, Carvalho 1995).

En concreto, la “transición pactada” contribuyó a que las élites que apoyaron el gobierno autoritario y el personal castrense que lo había conducido mantuvieran estrechos vínculos entre sí y una amplia influencia política tras la restauración democrática (Alves Soares 2018, 50). En este sentido, una de las principales características de la posdictadura brasileña fue la continuidad del personal político en puestos de gobierno clave del régimen democrático (Power 2016, 17). Como se señaló en el capítulo III, el primer presidente de la “nueva” democracia, José Sarney, perteneciente a la oligarquía política nordestina, fue una figura leal a los militares, gobernador (1966-1970) y senador nacional (1971-1985) de Maranhão durante la dictadura y líder del partido castrense Arena entre 1965 y 1979 –año en el que se transformó en el *Partido Democrático Social* (PDS) por el que Sarney fue candidato—. Además, muchos de los gobernadores y prefectos⁵¹⁴ que habían sido designados por los militares durante la dictadura conservaron sus cargos tras las primeras elecciones democráticas en los niveles subnacionales fundamentalmente debido al peso que mantuvieron en la “nueva” democracia los vínculos de patronazgo desarrollados durante el autoritarismo (Power y Rodrigues-Silveira 2019; Power 2016). A su vez, la Asamblea Nacional Constituyente que redactó la Constitución Nacional de 1988 estuvo integrada en un 40% por miembros del *Partido Democrático Social* y, hasta 1999, dicho partido retuvo el 25% de las bancadas legislativas en el Congreso de la Nación. A pesar de todo, la existencia de canales políticos de expresión de disidencias (como lo fue una parte del sindicalismo urbano y rural y la actuación de las organizaciones católicas de base) y la institucionalización de la oposición a través del *Movimento Democrático Brasileiro* durante la dictadura militar también posibilitaron el surgimiento de figuras políticas de “alto perfil” (Power 2016; Skidmore 1988). Así lo expresaron, en distinta medida, los liderazgos presidenciales de Fernando Henrique Cardoso, Lula Da Silva (Power 2016, 18) y Dilma Rousseff, más propensos a avanzar en la limitación de la autonomía de los militares que los presidentes anteriores (Martins y Pereira 2019). En efecto, los trabajos de Rodrigo Stumpf González, Marcello Baquero y Luis G. Mello Grohmann (2021) y de Fabiano Santos y Talita Tanscheit (2019) señalan que la mayor actividad de Rousseff en materia de derechos humanos y su menor propensión al diálogo contribuyó a que la oposición se articulara en torno al *antitrabalhismo*, la removiera de

⁵¹⁴ Se trata del órgano ejecutivo de los distritos federales (habitualmente llamados municipios). El cargo es el *prefeito*, también conocido como alcalde. Sobre las elecciones y distribución territorial de Brasil véase la *Constituição da República Federativa do Brasil* (1988-2020).

su cargo en el año 2016 y se organizara en una heterogénea coalición “conservadora”, paulatinamente “radicalizada” de la que se desprendió el liderazgo de Jair Bolsonaro.

Respecto de los militares brasileños⁵¹⁵, lograron mantener su influencia en el Estado (Martins y Pereira 2019). En esta dirección, la mayoría de los estudios coincide en que los civiles no han logrado controlarlas y que los militares mantuvieron amplias prerrogativas institucionales, extensas facultades para intervenir en el ámbito interno y considerables márgenes de autonomía (Alves Soares 2019, Diamint 2018b; Zaverucha 2010; Pereira 2005; Hagopian 1990). Más aún, sostienen que el liderazgo de Jair Bolsonaro evidencia las profundas raíces del pensamiento nacionalista-autoritario (Domingues 2021, Solano 2018), la permanente politización de las Fuerzas Armadas y la persistente militarización del sistema político (Alves Soares 2018, Diamint 2018a,b). “El resultado es una democracia electoral que convive con enclaves autoritarios fuertemente enquistados en el aparato estatal” (Zaverucha 2008, 128). Tres ejemplos resultan paradigmáticos para respaldar esta aseveración.

En primer lugar, la retención de importantes prerrogativas constitucionales tras la sanción de la Constitución Nacional de 1988⁵¹⁶. En específico, el artículo 142 adjudica a las Fuerzas Armadas el papel de custodios de la ley y el orden y, junto con ello, la función de garantizar los poderes constitucionales, lo que les confiere gran autonomía para interferir directamente en el proceso político cuando lo juzguen pertinente (Alves Soares 2018, 51). Así las cosas, lejos de estar subordinadas al poder civil, en la medida en que tienen la facultad constitucional y soberana para suspender la validez del ordenamiento jurídico están por encima de los poderes del Estado y legalmente por fuera de la ley.

En segundo lugar, la Constitución Nacional de 1988 y las posteriores reformas no han separado las competencias constitucionales correspondientes al Ejército de las de la policía, sobre la que los militares habían avanzado durante la dictadura⁵¹⁷. A su vez, frente al incremento de la violencia en los principales centros urbanos, el Ejército se ha

⁵¹⁵ Si bien a lo largo de la tesis se respetó el orden expositivo (élites, Iglesia, militares). En este caso, con el fin de mejorar la claridad expositiva, se analizan primero la de los militares debido a que la Iglesia brasileña no formó parte sustancial de la última alianza cívico-militar autoritaria.

⁵¹⁶ Sobre las prerrogativas constitucionales de las Fuerzas Armadas se sugiere Mathias Suzeley y Andre Guzzi (2010).

⁵¹⁷ En 1967 las Fuerzas Armadas avanzaron sobre la organización e instrucción de la policía y ampliaron las facultades de la policía militar. Si bien en principio la instrucción militar fue abolida en la Constitución de 1988 se implementó nuevamente en 1997 durante la presidencia de Fernando H. Cardoso (Zaverucha 2008, 133-134).

involucrado cada vez más en actividades de seguridad pública⁵¹⁸. Entre otros conocidos ejemplos⁵¹⁹, en Río de Janeiro existen brigadas especiales equipadas con armamento pesado entrenadas para actuar en “entornos críticos” (Zaverucha 2008, 138-140). En una dirección similar operaron las acciones llevadas adelante a través del Ministerio de Defensa a partir de las administraciones de Lula da Silva y Dilma Rousseff debido a que “ampliaron la internalización del conflicto” (Alves Soares 2018, 54). Entre otras medidas, durante el gobierno de Rousseff el Ministerio de Defensa difundió un documento enfocado en la “Garantía de la Ley y el Orden” (GLO) a partir del que puso formalmente la lupa sobre los movimientos sociales que “comprometieran el orden público” (Alves Soares 2018, 54).

En las últimas décadas, la ampliación de las funciones castrenses sobre el ámbito interno ha propiciado la mayor vinculación de las Fuerzas Armadas con el poder político, el estrechamiento de los vínculos cívico-militares y una relación “aventajada” de los militares con la población civil (Diamint 2018a,b). En buena medida, Jair Bolsonaro ha buscado explotar esos vínculos y ampliar su legitimidad a partir de una comunicación política basada en modelos, formas y conceptos militares. En efecto, uno de los atributos más destacados de su liderazgo es que “crea identificaciones por medio de su odio y por medio de su personificación de las Fuerzas Armadas, que en Brasil cuentan con un prestigio del que no gozan en ningún otro país del Cono Sur” (Silveira Bauer 2019, 44). Sumado a ello, el compañero de fórmula de Bolsonaro, Antônio Hamilton Martins Mourão, también proviene del ámbito militar, se trata de un general retirado del Ejército. Asimismo, cuando asumieron el gobierno, multiplicaron por tres el número de militares en cargos administrativos civiles (Grieco y Bavio 2022). Esta situación dista de la experiencia de las administraciones gubernamentales argentinas y la de Macri en particular cuyo gobierno fue conocido como “el gobierno de los técnicos”, en referencia a la procedencia profesional de su gabinete, además de que la vicepresidenta fue una civil

⁵¹⁸ En 2001 Enrique Cardoso reguló jurídicamente el poder de policía del Ejército mediante un decreto que estableció instrucciones sobre el despliegue de las Fuerzas Armadas para garantizar el orden y el cumplimiento de las leyes. El decreto le confirió al Ejército el poder de policía para actividades que hasta ese momento habían estado a cargo de la Policía Militar. El objetivo era asegurar jurídicamente el uso de las Fuerzas en las actividades de orden interno. El decreto fue ratificado durante el gobierno de Lula da Silva (Zaverucha 2008, 139).

⁵¹⁹ Entre ellos, las películas *Ciudad de Dios* (2002), dirigida por Fernando Meirelles y Kátia Lund y, *Tropa de Élite* (2007), basada en el libro del sociólogo Luiz Eduardo Soares y dirigida por José Padilha.

cuya situación física⁵²⁰ la ubicó, en principio, simbólicamente en el lugar de representar una minoría.

En tercer lugar, los límites sobre la justicia transicional constituyen otra de las evidencias más contundentes de la persistente militarización del sistema político brasileño y del peso que conservan las Fuerzas Armadas. A pesar de las décadas transcurridas desde la restauración democrática, la Ley de Amnistía sancionada por los militares en el año 1974 sigue vigente al día de hoy. Así, la ley cercenó las atribuciones correspondientes a la Comisión Nacional de la Verdad instituida durante el primer gobierno de Dilma Rousseff, volvió inalcanzable la justicia para las víctimas y sus familiares y eludió la responsabilidad de quienes violaron los derechos humanos. De esta manera, la desvinculación de la ley civil de las instituciones militares obstruyó el derecho a la justicia y a la memoria y permitió la extensión de una “visión edulcorada” de la dictadura militar (Alves Soares 2018, 50).

En relación a la Iglesia Católica Brasileña, tras la transición democrática el ala reformista del episcopado perdió paulatinamente peso en la dirección de la institución y del laicado. En el plano internacional, el Vaticano le quitó su beneplácito a partir de los cambios introducidos en la Teoría de la Liberación por el Papa Juan Pablo II (1978-2005, Karol Józef Wojtyła). En el plano local, en 1987 el ala moderada-conservadora volvió a ganar la conducción de la *Conferência Nacional dos Bispos do Brasil* (CNBB) y, aunque su triunfo no significó el abandono de la defensa de los derechos humanos ni la crítica hacia las condiciones sociales, se “enfriaron” las relaciones entre las jerarquías y los trabajadores agrarios con quienes habían compartido una larga tradición de lucha, renunciaron al camino de “la liberación” y retomaron la preocupación por las cuestiones morales (Piñeiro 2004). Asimismo, durante la transición a la democracia buena parte de los líderes del reformismo católico, tanto en lo que refiere a sus obispos y sacerdocio como su laicado, pasaron a participar directamente de otras agrupaciones sociopolíticas. En los casos más radicalizados, engrosaron las filas del *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra* (MST) y, los sectores más cercanos al *trabalhismo* urbano, las del *Partido dos Trabalhadores* (PT) (Hagopian 2009b; Rodríguez 2009, Mainwaring 1987). De esta manera, tras la restauración de los derechos civiles y la libertad de culto, la influencia del catolicismo brasileño, que en general tuvo muchas más dificultades que el argentino para penetrar entre los sectores populares más vulnerables, fue en descenso. En

⁵²⁰ Producto de un accidente se traslada en silla de ruedas.

intonía con las tendencias mundiales, entre 1970 y 2010 sus fieles pasaron de representar el 92% de la población al 64,6%, a la par que la feligresía evangélica, la principal minoría religiosa, creció (sus fieles pasaron del 5% al 22,1%⁵²¹) (Stumpf González 2021, 25).

En cuanto a las organizaciones sociales, el ímpetu organizativo que había caracterizado la década de 1970 continuó vivo. Como en Argentina, durante la década de 1980 florecieron una serie de organizaciones críticas a la arbitrariedad estatal que, en los años subsiguientes, incorporaron nuevas demandas y se diversificaron. A partir de fines de la década de 1980 y principios del 2000, con la reforma de la Constitución Nacional, pusieron a prueba su capacidad de movilización e influencia política y asumieron una posición más colaborativa con el Estado y los gobiernos de turno. Esta dinámica tendió a profundizarse a partir del año 2003 durante las administraciones de Lula da Silva (2003-2006; 2007-2010). Si bien estos vínculos no fueron lineales ni homogéneos, Rebecca Neaera Abers y Marisa Bülow (2019) señalan que los estudiosos en la materia coinciden en que existió un mayor acercamiento durante esos años. Sin embargo, a partir de la crisis política y económica brasileña desatada en el año 2013, las organizaciones sociales adoptaron una posición más confrontativa y emergió un gran movimiento opositor al gobierno de turno cuyo común denominador fue un renovado “sentimiento patriótico” y el rechazo generalizado a la política que durante el juicio político a Dilma Rousseff alcanzó dimensiones insospechadas (Neaera Abers y Bülow 2019). No obstante, se trató de un movimiento sin la experiencia organizativa de las clases medias y de los sectores populares argentinos (Peruzzotti 2003) que, aún con sus transformaciones y enormes desafíos (Iazzetta 2014, permanecen relativamente más autónomos y activos que los brasileños al día de hoy (Fausto y Devoto 2005). En este sentido, si bien desde inicios del siglo XXI ambos países son testigos de un gran movimiento social que combina la crítica generalizada a la política con grandes cuotas de frustración y resentimiento, en Brasil el alcance de la crisis ha sido mayor, entre otras razones, debido a la menor fortaleza, autonomía y, en cierta medida, capacidad representativa de sus organizaciones sociales⁵²².

⁵²¹ Existe una rica agenda sobre los vínculos entre religión y política en general y sobre el caso brasileño en particular. Estos temas fueron oportunamente desarrollados en el estado de la discusión, capítulo I, apartado 1. (b) (iii).

⁵²² En parte, los vínculos entre las organizaciones evangélicas con los gobiernos y el Estado evidencian la menor autonomía de las organizaciones sociales. Sobre esta discusión remitirse al capítulo I, punto 1. (b) (iii).

En cuanto a los partidos brasileños, no han sido ajenos al clima de descontento político generalizado tras la transición democrática. La inexistencia de partidos con experiencia democrática, las dificultades para construir estructuras nacionales y su extrema dependencia de los niveles locales y de las redes territoriales desarrolladas durante los largos períodos autoritarios han debilitado sus vínculos con el electorado, su capacidad representativa y sus posibilidades de supervivencia; todo lo que se expresa en la existencia de partidos y de un sistema partidario más fragmentado, territorializado, efímero y personalista que el argentino (Mainwaring 2018). En este sentido, aun cuando los niveles de competencia política y participación electoral actual son los más altos de la historia brasileña, la histórica debilidad de sus estructuras partidarias y las dificultades de los sectores populares para organizarse derivaron en una progresiva desvinculación de los intereses y los derechos fundamentales de los grupos marginados de los partidos y del contenido sustancial de la democracia (Hasenbalg 2018; Almeida 2018; Telles 2006).

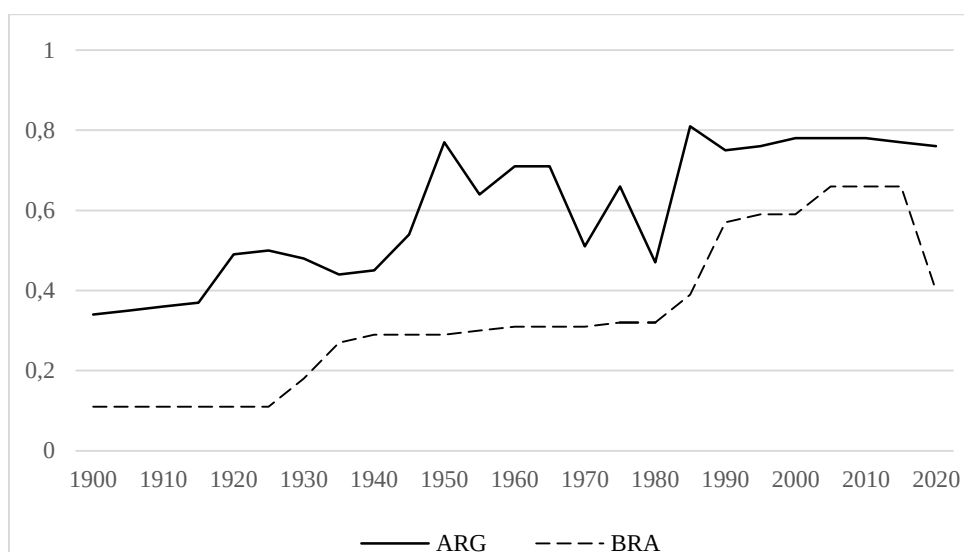
En palabras del reconocido politólogo brasileño Samuel Alves Soares (2018):

“Se puede decir que la sociedad brasileña lleva la marca de la esclavitud. Esta característica revela el carácter autoritario, discrecional y jerárquico que rige, en gran parte, las relaciones sociales y políticas en sus distintos niveles. Y estos aspectos definen el sistema político (...) De esta manera, la cara de la transición iniciada al término del régimen autoritario en 1985 es otro reflejo del lado sombrío de los fantasmas fortalecidos, pero no creados (...) con el golpe militar de 1964. El régimen potenció y expuso conductas autoritarias, del agrado de las elites y en convergencia con los resultados de un sistema político regido por parámetros socialmente excluyentes” (Alves Soares 2018, 50)⁵²³.

Así las cosas, tras la transición democrática la posición privilegiada de los militares en la estructura de poder y el peso retenido por el personal político que había apoyado el régimen autoritario, sumado a la debilidad de sus organizaciones sociales y partidos en general, contribuyó a solidificar un orden sociopolítico en conformidad con los parámetros considerados “aceptables” por los grupos de poder dominantes para la continuidad de las relaciones jerárquicas, todo lo que ha derivado en el reforzamiento de un sistema político basado en grandes asimetrías sociales, políticas y económicas.

⁵²³ Hay que decir que esta interpretación está en línea con especialistas de los más diversos ámbitos y de la talla de Guillermo O'Donnell, Carlos Hasenbalg, Francis Hagopian y Edward Telles, por nombrar solo algunos.

Gráfico 19. Argentina y Brasil. Índice de igualitarismo, 1900 y 2020



Fuente: *Varieties of Democracy (V-Dem)*

El gráfico 19 representa el índice de igualitarismo en Argentina y Brasil. Dicho índice, mide tanto la extensión formal de las libertades civiles y los derechos políticos entre los grupos como su efectiva extensión entre su población y territorios⁵²⁴. En este sentido, supone que las desigualdades materiales e inmateriales inhiben el ejercicio efectivo de los derechos y las libertades formales y, por lo tanto, que una distribución más equitativa de los recursos mejora la igualdad política (Sigman y Lindberg 2015). El valor “0” representa desigualdad perfecta y el valor “1” igualdad perfecta.

Bajo estas consideraciones, el gráfico 19 muestra que los niveles de igualdad en Argentina (línea continua) entre 1900 y 2020 fueron siempre mayores que en Brasil (línea de guiones). Asimismo, si bien tras la democratización aumentó la igualdad en ambos países, en Argentina se mantuvo relativamente estable y por encima de Brasil, mientras que en el vecino país se derrumbó en 2015 hasta llegar a su puntaje más bajo en 2020 durante el gobierno de Jair Bolsonaro (2019-2022). Lo ilustrado contribuye a mostrar que el orden sociopolítico argentino ha sido a lo largo del siglo XX y tras la transición democrática menos asimétrico y jerárquico que el brasileño.

En resumen, puede decirse que las características históricas de los grupos de poder son una dimensión relevante para comprender los órdenes sociopolíticos vigentes en

⁵²⁴ Está integrado por el componente “igualdad de protección” –*equal protection*– que mide el grado en que los derechos y las libertades entre los individuos y los grupos están igualmente garantizados por el Estado, y el componente “igualdad de distribución de recursos” –*equal distribution*, que mide el grado en que los bienes socialmente valorados (educación, salud, trabajo) están igualmente garantizados por el Estado. Sobre el índice, sus componentes, conceptualización y medición, ver Rachel Sigman y Staffan Lindberg (2015).

Argentina y Brasil. Esto es, el conjunto de relaciones de jerarquía y autoridad que delinean los vínculos sociales y, en específico, la tolerancia social en torno a los estilos de liderazgo militaristas. Como se señaló en el capítulo I, la autoridad y los recursos materiales y simbólicos de los que disponen los grupos de poder dominantes (en particular las élites, la Iglesia y los militares) los sitúa en una posición privilegiada para sostener o modificar un determinado orden. Es decir, para transformar, (re)establecer y/o (re)reproducir los valores, las metas y las preocupaciones que se instituyen como “compartidas” y que son centrales en la formación del “sentido común” y los consensos sociales que delinean el umbral respecto de lo que es aceptable o tolerable en una sociedad (Van Dijk 2001, 194-195). A su vez, la estructura de las organizaciones sociales y los partidos políticos condiciona sus posibilidades para representar la diversidad de intereses y su capacidad para influir en el Estado y transformar el *statu quo*. De allí que la existencia de organizaciones y partidos fuertes y con capacidad para cristalizar los intereses de las minorías en el sistema político sea un aspecto clave para la democratización de cualquier orden (O’Donnell 2010; Tilly 1998; O’Donnell y Schmitter 1988).

De este modo, la histórica mayor fortaleza e intransigencia de las organizaciones sociales y los partidos políticos argentinos en comparación con los brasileños, sumado al declive del prestigio de los militares tras la transición democrática y la consolidación de preferencias normativas por la democracia de los grupos de poder en general y de las élites, la Iglesia y las Fuerzas Armadas en particular, contribuyeron a limitar la tolerancia social en torno a formas de autoridad militarista en la actualidad además de impulsar, en el largo plazo, la apertura del sistema político hacia los sectores populares.

Por su parte, la histórica menor fortaleza y mayor disciplina hacia la autoridad de las organizaciones sociales y los partidos políticos brasileños en comparación con los argentinos, sumado al mayor prestigio de los militares y las élites que apoyaron los autoritarismos a lo largo del siglo XX y tras la transición democrática contribuyeron a ampliar los límites de la tolerancia social en torno a los liderazgos militaristas y a cerrar, en el largo plazo, el sistema político hacia los sectores menos favorecidos.

Tabla 22. Argentina y Brasil. Los grupos de poder, 1983/85-2018/actualidad

	Argentina	Brasil
Clivaje	Naturaleza política. Desde mediados de siglo XX: “antipopular/antiperonismo-popular/peronismo”	Naturaleza social: los “dos brasiles”
Élites civiles	Debilitamiento élites autoritarias. Dificultad para crear un partido nacional exitoso alternativo al peronismo Renovación de las dirigencias partidarias Pensamiento dominante: apoyo a la democracia	Persistente influencia en el Estado y en los gobiernos de las élites autoritarias. Exitosa creación de partidos que expresen sus intereses Nuevas figuras políticas Pensamiento dominante: democrático en tensión con la preminencia del nacionalismo-autoritario
Iglesia Católica	Debilitamiento del ala autoritaria, renovación dirigencias, posición ambigua en torno a dictadura. Extensión del “discurso religioso” en diferentes ámbitos y múltiples formas de vinculación con los gobiernos El movimiento católico pierde influencia en la sociedad y el integralismo es sofocado Posición dominante: apoyo a la democracia	Debilitamiento del ala reformista, triunfo de la moderada-conservadora, debilitamiento de relación con los trabajadores agrarios y múltiples formas de vinculación con los gobiernos El movimiento católico pierde influencia en la sociedad y sus principales figuras se integran al PT y MST Posición dominante: apoyo a la democracia
Fuerzas Armadas	Pérdida de apoyo: débil capacidad de negociación y prestigio; no ocupan posiciones clave Subordinadas al poder político y al control civil: juicio a las cúpulas, reformas, cambios en la cultura militar y apoyo a la democracia Desmilitarización del sistema político y falta de una política de Estado integral	Retienen apoyos: fuerte capacidad de negociación y prestigio; ocupan posiciones clave No subordinadas al poder político y al control civil: débil justicia transicional Permanencia de la militarización del sistema político y falta de una política de Estado integral
Organizaciones sociales	1980-1990: Movilización en torno a los DDHH. 1990-2000: Ciudadanía más alerta y crítica a la arbitrariedad estatal 2000-actualidad: movilización y desafección política, diversos vínculos con los gobiernos y el Estado. Limitación de autonomía. Fracasa la democratización del sindicalismo	1980-1990: crítica a la arbitrariedad estatal, capacidad de movilización e influencia política 1990-2000: posición más colaborativa con el Estado y los gobiernos 2000-actualidad: movilización y rechazo a la política. Diversos vínculos con los gobiernos y el Estado. Limitación de autonomía del “nuevo sindicalismo”
Partidos Políticos	Crisis de representación partidaria que afecta más al no peronismo. Fragmentación, territorialización y desnacionalización	Crisis de representación partidaria. Fragmentación, territorialización y desnacionalización. Profundo peso de los ámbitos subnacionales

Nota: elaboración propia.

El próximo apartado ofrece algunos indicios sobre la construcción de los liderazgos de Mauricio Macri (2015-2019) y Jair Bolsonaro (2019-2022) durante las campañas electorales que antecedieron a sus presidencias y que permiten afirmar que se trata de liderazgos que pueden ser clasificados como no-militarista y militarista respectivamente.

2. Los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro

Si bien un examen pormenorizado de los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro excede los propósitos, abordaje y extensión de esta tesis, el presente apartado

brinda algunos indicios sobre sus estilos dirigenciales que contribuyen a constatar que se trata de liderazgos que pueden ser clasificados como no-militarista y militarista respectivamente.

Para ello analiza la comunicación de campaña de ambos líderes. Como se señaló en el capítulo I⁵²⁵, la tesis entiende que el lenguaje constituye un fenómeno social que no puede ser comprendido por fuera de las condiciones sociales e históricas en las que adquiere sentido (Van Dijk 2007; Verón 1993). Por lo tanto, los discursos tienden a anidar creencias, valores e ideas dominantes en una sociedad que, como sostiene Pierre Bourdieu (1984), condicionan los modos de relación en general y tienden a (re)producir y (re)forzar las relaciones de poder existentes en particular. De esta manera, el análisis de la comunicación política permite identificar ciertos rasgos sobresalientes en torno a los modos de vinculación social dominantes sobre los que se sustentan los límites de la tolerancia social que contribuyen a configurar las relaciones de liderazgo que interesan a esta tesis: los liderazgos militaristas.

En este sentido, la presente sección implica un alejamiento del estilo argumentativo propio de la metodología del institucionalismo histórico a la que adscribe este estudio, no obstante, el examen del discurso es consistente con los objetivos de la tesis y armónico con el desarrollo hasta aquí propuesto. Así, el uso de herramientas analíticas de la semiología y la comunicación política contribuyen a complementar la exposición y proporcionar algunos indicios concretos sobre los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro.

Con esto en mente, el subtítulo 2. (a) precisa y justifica la elección de la muestra: los *spots* y las entrevistas. Seguidamente, el punto 2 (a) (i) señala el modo de abordaje y los resultados de estudiar los *spots* de campaña. Muestra que, en las piezas analizadas, las de Macri aluden principalmente al dominio democracia y no aluden al dominio cultura militarista. Contrariamente, que las de Bolsonaro aluden predominantemente a la cultura militarista. A continuación, el subtítulo 2 (a) (ii) expone las herramientas de análisis y los resultados de examinar las últimas entrevistas preelectorales brindadas por ambos candidatos. Del estudio se desprende que el significante estructurador, es decir, aquel concepto que orienta el sentido de los enunciados y la comunicación política, en el caso de Macri es la esperanza y en el de Bolsonaro el combate. Como se verá, esta interpretación está en línea con los estudios vinculados con la comunicación de campaña

⁵²⁵ Remitirse al capítulo I subtítulo 2. (a).

de estos líderes y es consistente con las hipótesis y los resultados de abordar ambos casos desde el institucionalismo histórico.

2. (a) “A los casos, a los casos”: la elección de la muestra

El examen de los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro se circunscribe a los *spots* de campaña presidencial y las últimas entrevistas brindadas por los líderes antes de los comicios generales correspondientes a la primera vuelta electoral. En el caso de Argentina las elecciones presidenciales tuvieron lugar el domingo 25 de octubre de 2015; las de Brasil el domingo 7 de octubre de 2018⁵²⁶. En el caso argentino, el Código Nacional Electoral establece que la campaña comienza 50 días antes de la elección y finaliza 48 horas antes del inicio de los comicios⁵²⁷ (Código Electoral Nacional, Capítulo IV bis). En el caso brasileño, la Ley Electoral establece que el período de campaña comienza 35 días antes de las elecciones y finaliza dos días antes del inicio de los comicios⁵²⁸ (Aldé y Borba 2017, 93).

Por su parte, los *spots* seleccionados corresponden a la presentación de los candidatos y los últimos transmitidos antes del cierre de campaña debido a que, mientras los primeros son útiles para identificar el posicionamiento que el equipo de comunicación procura instalar en torno al estilo de liderazgo (Slimovich y García Beaudoux 2022), los segundos concentran “la mayor visibilidad de los cuerpos y discursos políticos” (Slimovich 2017, 27). Asimismo, se sumó al análisis las últimas entrevistas brindadas por los candidatos inmediatamente antes del cierre de los comicios para enriquecer y robustecer los resultados. Por su parte, el examen del discurso se centra en los modos en que los líderes interpellaron al electorado con lo que se dejó por fuera al conjunto de interacciones y apropiaciones que se desprenden en el nivel de los receptores debido a que un examen de esas características trasciende el marco teórico y objeto de esta tesis.

La elección de la muestra se debe a que los *spots* y, en menor medida, las entrevistas constituyen herramientas de comunicación donde el emisor puede controlar

⁵²⁶ Para una revisión de la bibliografía de las trayectorias políticas de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro, sus pertenencias partidarias y las condiciones que contribuyeron a su triunfo se puede consultar Caruncho (2020).

⁵²⁷ Para un repaso de la regulación electoral argentina, las principales modificaciones implementadas en el año 2009 tras la aprobación de las Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias y sus efectos sobre la formulación de las campañas se sugiere Martín D’Alessandro (2017). Igualmente, no se desconocen los desafíos que la comunicación electoral por medio de las redes sociales le impone al marco regulatorio. Sobre este punto se sugiere Ana Slimovich y Virginia García Beaudoux (2022).

⁵²⁸ Para un repaso de la regulación electoral brasileña, las principales modificaciones implementadas y sus efectos sobre la formulación de las campañas además de los desafíos que el uso de las redes sociales suscita se sugiere Alessandra Aldé y Felipe Borba (2017).

y/o regular en mayor grado que en las declaraciones espontáneas aquellos elementos que considera clave para la construcción de su imagen pública⁵²⁹ y la formación de identidades colectivas⁵³⁰ y que cree más relevantes “para sacar ventaja frente a sus competidores” (D’Alessandro 2014, 27). Ello es posible producto del uso de recursos tales como guiones, iluminación, musicalización, edición y compaginación, así como, en el caso de las entrevistas en específico, la previa concertación con el entrevistador o responsable del programa de los temas que prefiere o no mencionar y/o reforzar durante la charla y el tono o la “emocionalidad” que quiere darle a la conversación (por ejemplo, más o menos formal, confrontativa, dialógica, alegre, paternal, maternal) (Slimovich y García Beaudoux 2022).

Respecto de los *spots*, si bien se podría aludir que expresan el programa del partido, como se expuso en el capítulo I, existe una amplia bibliografía que evidencia que en el actual contexto desconfianza en los partidos y la política en general, la comunicación política tiende a centrarse cada vez más en los atributos del líder, lo que ha derivado en una progresiva personalización de los discursos políticos (Slimovich y García Beaudoux 2022; D’Alessandro 2013; García Beaudoux y D’Adamo 2006). Así, a medida que crece la popularidad de los líderes mayor es su capacidad para imponer sus preferencias por sobre el partido respecto del estilo de liderazgo que quiere transmitir. De allí que buena parte de los análisis comunicacionales en torno a los estilos de liderazgos contemporáneos se nutran del examen de los *spots* de campaña (Slimovich y García Beaudoux 2022; Annunziata, Ariza y March 2018; Slimovich 2017).

En relación a las entrevistas, de modo similar a los debates, permiten profundizar y desplegar en mayor medida que los *spots* la personalidad, carisma, formas de interacción, habilidades emocionales y argumentativas del líder, entre otras. Igualmente, constituye una oportunidad para ver a los líderes “sin tanta edición” y en un “formato más real y frente a situaciones de presión” por parte del moderador o entrevistador. Igualmente, debido a su carácter dialógico, contribuye a la formación de una imagen de liderazgo más o menos “tolerante” y/o “intransigente” o “polémica” (Crespo, Garrido,

⁵²⁹ En referencia a la percepción que tienen los ciudadanos sobre el líder y su estilo de liderazgo y que en general involucra asuntos que van desde su apariencia y comportamiento hasta sus alocuciones verbales (Crespo Martínez y Moreno Martínez 2015).

⁵³⁰ En términos generales la tesis alude al concepto en referencia al conjunto de representaciones mentales y “objetales” que se configuran en las prácticas sociales y contribuyen a fortalecer la sensación de pertenencia a un grupo o colectividad que involucra vínculos de solidaridad y cooperación y un conjunto de valores compartidos. Para una revisión del concepto desde distintas disciplinas consultar Zaira Navarrete-Cazales (2015).

Carletta y Riorda 2011, 193). La decisión de analizar entrevistas, en vez de debates que es lo que tradicionalmente analizan los expertos debido a su alcance y a su reciente instalación en la región, se vincula con que Jair Bolsonaro desistió participar del debate presidencial de 2018 por “consejo médico”⁵³¹; no obstante, dio una entrevista en el mismo día y horario en el canal *Record Globo* (propiedad de Edir Macedo, fundador y líder de la Iglesia Universal de Dios en Brasil) y, como bien señala Eliseo Verón (2014), “lo importante es que la ausencia sea percibida por el o los destinatarios, no como resultado de factores externos, sino como una alternativa que el enunciador ha elegido entre otras alternativas posibles” (Verón 2014) y, a juzgar por la repercusión de su ausencia, podría decirse que fue exitoso⁵³² (Häntzsch 2022).

En ambos casos, la muestra corresponde a la campaña presidencial diseñada para la primera vuelta electoral. Se dejaron por fuera las piezas correspondientes a la segunda vuelta o *ballotage* tanto porque cambia la estrategia de la comunicación (en general se acentúa la confrontación debido a que las opciones electorales se reducen a dos) como cuanto su incorporación excede el tema y marco analítico de esta tesis. En una dirección similar, los *spots* analizados se reducen al primer *spot* de campaña transmitido en la televisión o en las redes, el *spot* “presentación del candidato” y dos *spots* emitidos antes del cierre de campaña de ambos líderes.

Respecto de las entrevistas, en el caso de Macri fue publicada por el Grupo Maga⁵³³ y difundida principalmente a través de redes sociales el 18 de octubre de 2015; en el caso de Bolsonaro, fue transmitida a través del canal *Record Globo* el día 4 de octubre de 2018 y reproducida por los canales de noticias y las redes sociales. Ninguna de las dos entrevistas fue en directo, han sido editadas previo a su publicación y tienen una duración aproximada de 20 minutos.

Así, las muestras no pretenden ser exhaustivas sino posibilitar un análisis que contribuya a contrastar, en conformidad con la bibliografía especializada, que se trata de estilos de liderazgos que pueden ser clasificados como no-militarista en el caso de Macri

⁵³¹ Ver Jair Bolsonaro estuvo internado tras recibir una puñalada durante un acto de campaña en el mes de septiembre de 2018. Para un análisis de la decisión del líder consultar Carolina Verena Franco Häntzsch (2022).

⁵³² Se es consciente de que la campaña electoral de Bolsonaro se diseñó para ser transmitida principalmente a través de las redes sociales. No obstante, se decidió ajustar el analizar a los *spots* para facilitar la comparación con Mauricio Macri. Igualmente, los *spots* fueron reproducidos por las redes sociales, lo mismo que la entrevista. Para un análisis de la campaña de Bolsonaro en redes consultar Carla de Araujo Risso (2019).

⁵³³ Productora de la ex modelo Mariana Arias.

y militarista en el caso de Bolsonaro, cuyos “contornos” obedecen en mayor medida a factores sociopolíticos estructurales de largo alcance, en otras palabras, a los límites de tolerancia social en torno a las formas de autoridad política en cada país.

Seguidamente, se presentan los resultados de analizar los *spots* de campaña presidencial de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro y se abordan comparativamente sus principales rasgos.

2. (a) (i) *Los spots de campaña: la clasificación de los liderazgos*

Este apartado clasifica a los candidatos en consideración del conjunto de menciones positivas o negativas reproducidas en los *spots* de campaña referidas a los dominios democracia, cultura militarista, y minorías que integran y permiten diferenciar el estilo “no-militarista” del “militarista”⁵³⁴. Como se señaló en marco teórico de esta tesis –ver capítulo I. 2 (a)– para ello se usa la técnica de análisis del *Manifiesto Research on Political Representation* (MAPOR) basada en la codificación temática que, si bien se basa en categorías previamente determinadas, descansa sobre bases cualitativas. En concreto, el proceso de codificación de parte del investigador requiere de la interpretación informada del contenido explícito y del contexto discursivo (verbal y/ o social) en el que se inserta y adquiere sentido, lo que permite que las comparaciones sean consistentes en cuanto a su significación y sean coherentes con los objetivos de la investigación (D’Alessandro 2014, 25). De esta manera, el salto de lo “macro” a lo “micro”, es decir, desde las configuraciones sociohistóricas a la caracterización de los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro, es relevante en tanto contribuyen a explicar la variación de los resultados políticos en la actualidad.

A partir del análisis temático de las propuestas textuales de los líderes es posible observar la cantidad y el porcentaje de menciones pertenecientes a cada dominio o área –tabla 23–. Por un lado, los relativos al dominio democracia, cultura militarista y “minorías” que permiten clasificar a los liderazgos como no-militarista y militarista. Por otro lado, los dominios (gobierno, economía, bienestar) y/o temas (solidaridad nacional) adicionales mencionados durante los *spots*⁵³⁵.

⁵³⁴ Sobre la codificación, dimensiones y categorización elaborada por la autora de esta tesis para definir los liderazgos remitirse al capítulo I, apartado 2 (a).

⁵³⁵ La clasificación usada para esos asuntos es la provista por *Manifiesto Research on Political Representation* disponible en Martín D’Alessandro (2014, 73-82).

Tabla 23. Macri y Bolsonaro. Distribución de dominios

Dominios	Macri		Bolsonaro	
	n.º de menciones	%	n.º de menciones	%
Democracia (positiva)	14	36,84	2	4
Democracia (negativa)	0	0	10	20
Cultura militarista	0	0	26	52
Minorías	2	5,26	4	8
Gobierno*	4	10,53	7	14
Economía**	0	0	1	2
Bienestar ***	10	26,32	0	0
Solidaridad nacional ****	8	21,05	0	0
Total	38	100	50	100

Nota: elaboración propia.

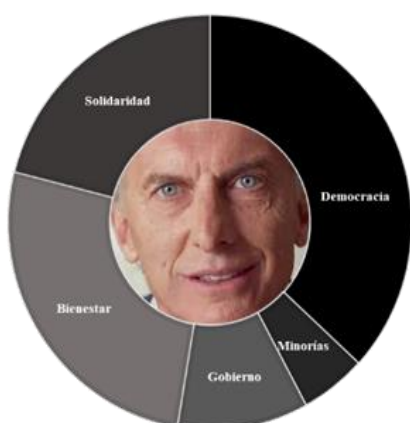
*Alusiones positivas sobre eficiencia y negativas sobre corrupción gubernamental.

**Alusiones referidas a mejorar la economía.

***Alusiones positivas sobre calidad de vida y extensión de servicios sociales.

**** No está tipificado como dominio, remite al tema particular.

Gráfico 20. Dominios *Spots* Macri, en porcentajes



Nota: elaboración propia.

Gráfico 21. Dominios *Spots* Bolsonaro, en porcentajes



Nota: elaboración propia.

Los gráficos 20 y 21 ilustran los datos de la tabla 23. Muestran el porcentaje total de menciones relativas a cada dominio contabilizadas en los discursos políticos de cada candidato. La mayor cantidad y/o peso relativo en un área constituye un indicador de la preocupación de los candidatos por esos temas respecto de otros (D'Alessandro 2014, 33).

En el caso de Macri –gráfico 20–, el dominio democracia concitó la principal atención del líder. El 36,84% de sus menciones refirieron a asuntos tales como la tolerancia y las libertades. El segundo dominio más nombrado fue el de bienestar (26,32%) al que el líder aludió a través de asuntos como la educación, la vivienda, el

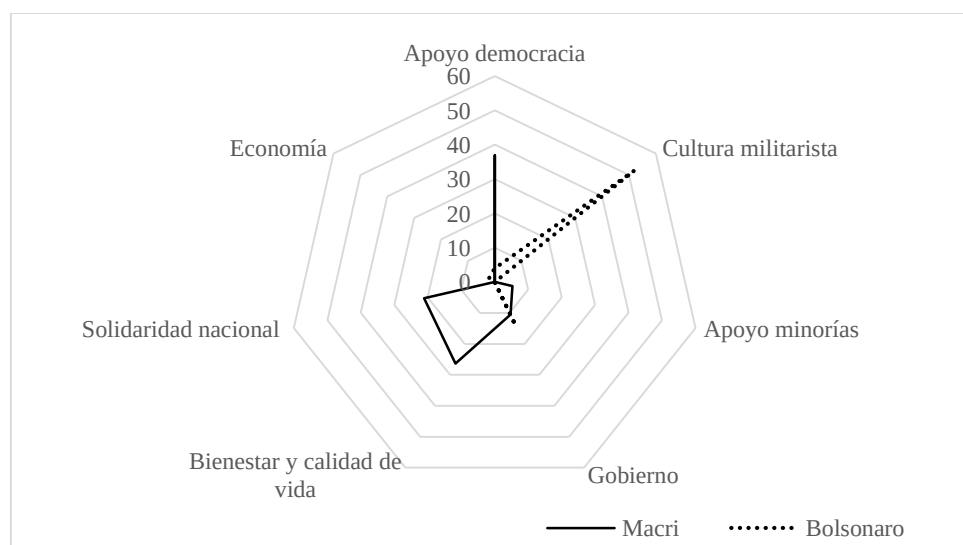
trabajo y políticas sociales concretas como la Asignación Universal⁵³⁶, seguido por el tema solidaridad nacional (21,05%) que engloba expresiones tales como “vamos juntos” o “me importa que estemos juntos”. El tercer dominio que ocupó mayor lugar fue el de gobierno (10,53%), en especial el tema eficiencia y, por último, el dominio minorías (5,26%) al que aludió a través de expresiones como “me importa que puedas pensar distinto”. Así, los asuntos ligados con la cultura militarista no fueron nombrados en los *spots* analizados.

Contrariamente, el principal dominio mencionado por Bolsonaro en las piezas comunicacionales –gráfico 21– fue el vinculado con la cultura militarista (52%). Entre los temas más recurrentes se destacaron las alusiones a las categorías militares, por ejemplo, al combate y el patriotismo y, junto a ellos, la apelación a Dios. El segundo dominio más nombrado fue democracia (24%), en especial, temas vinculados con las formas de autoridad vertical; el tercero fue el de gobierno (14%) principalmente vinculado con asuntos como la corrupción y, por último, los dominios minorías (8%) en referencia a la pluralidad y el dominio economía (2%) al que refirió solo en una oportunidad.

Sin embargo, la sola cuantificación de los dominios no da cuenta de la orientación favorable o desfavorable de las menciones de los líderes políticos. En este sentido, el gráfico 22 ilustra el porcentaje de menciones positivas sobre la democracia, la cultura militarista y las minorías, además de la relativas a las otras áreas (bienestar, gobierno, economía) o temas (solidaridad nacional).

⁵³⁶ Según el portal oficial del gobierno de la nación “es una suma mensual que se paga por cada hijo o hija menor de 18 años cuando sus progenitores están desocupados, tienen empleos informales o son trabajadores del servicio doméstico. No hay límite para cobrarlo si el hijo o hija tiene discapacidad” (Argentina.gob.ar). Remitirse a la ley 24.714.

Gráfico 22. Macri y Bolsonaro. Imagograma total menciones positivas



Nota: elaboración propia.

Los imagogramas –gráfico 22– son generalmente usados en el ámbito de la comunicación empresarial para ilustrar la imagen que una organización busca proyectar hacia sus públicos, sin embargo, en este caso también resulta útil para mostrar los diferentes énfasis temáticos dentro del discurso político de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro y, por extensión, el perfil de liderazgo que cada candidato pretenden proyectar. En una rápida mirada se puede distinguir que mientras los *spots* de Macri estuvieron principalmente dirigidos a apoyar temas relativos a la democracia (línea continua), los de Bolsonaro lo estuvieron alrededor de la cultura militarista (línea de puntos) y, si bien es cierto que la muestra no es exhaustiva, la afirmación está en sintonía con la literatura experta.

Por ejemplo, Rocío Annunziata (2018) y Ana Slimovich (2017) en sus estudios sobre el uso de las redes sociales y los *spots* difundidos por Mauricio Macri durante la campaña presidencial de 2015 concluyen que, si bien la estrategia de comunicación del candidato varió en función de las herramientas de comunicación usada (entre otros, *spots*, Facebook, Instagram, Twitter), las piezas estuvieron mayormente estructuradas en torno a imágenes e ideas vinculadas con la “escucha”, la “empatía”, la “conciliación”, la “tolerancia”, a través de las que se procuró “humanizar” (Slimovich 2017) al candidato, o bien construir la sensación de “proximidad” (Annunziata 2018), es decir, que se trata de un “ciudadano común”, cercano a la “gente” (Annunziata 2018). Igualmente, quienes han estudiado la construcción del liderazgo de Macri desde la fundación de su partido en el año 2001, coinciden en que el líder ha procurado transmitir la idea de que representa la

“nueva política” a través de un discurso basado en los valores de “diálogo, libertad, solidaridad y eficiencia” (Morresi 2016, 181-182). En este sentido, se trataría de un “un líder «armonizador», alguien capaz de escuchar todos los puntos de vista, combinar algunos de ellos e implementarlos de un modo tal que parezca que todos han colaborado” (Riorda 2016, 206). Tales alusiones e ideas remiten a un discurso que refuerza la pluralidad y la concordancia, atributos que están en sintonía con el ideario liberal sobre el que se cimentó la fundación estatal –ver capítulo II– que contribuyó a orientar la articulación y la lucha de gran parte de las organizaciones sociales y los partidos políticos durante el siglo XX –ver capítulo III–. Aunque claro, la mera alusión a estos atributos no es suficiente para caracterizar a un liderazgo como democrático, de allí la preferencia por el término no-militarista.

Contrariamente, quienes estudian el liderazgo de Jair Bolsonaro muestran que su campaña presidencial intentó asociar positivamente su pasado militar con su capacidad para resolver temas de seguridad pública y restaurar el orden a partir de la promoción de los valores cristianos y de la familia tradicional (Risso 2019). En este sentido, algunas de las menciones favorables más usadas en sus publicaciones en *Twitter* con las que el candidato intentó construir y reforzar apoyos fueron “Brasil” y “Dios” –*Deus*– y las menciones desfavorables más repetidas asociadas al “otro” negativo fueron “izquierda”, “mujeres”, “corrupción” y, conceptos tales como “combate” (Gacha Garay 2020). Ello está en línea con los ejes de su campaña presidencial que, según Pablo Stefanoni (2018) giró en torno a cuatro ejes principales: “la lucha anticorrupción, la política de exterminio contra la delincuencia, un anticomunismo propio de la guerra fría y una cruzada contra la denominada «ideología de género»” (Stefanoni 2018, 4). De esta manera, entre otras cuestiones, Bolsonaro “representa una restauración militarista del lenguaje en la sociedad (...) una efectiva promesa de orden y restauración de las jerarquías sociales, percibidas como perdidas por un sector importante” (Goldstein 2019, 31-32) debido al reconocimiento de la “diversidad” durante los gobiernos *trabalhistas* (Silveira Bauer 2019, 48). De esta manera, su comunicación refuerza el clivaje fundacional que, como se señaló a lo largo de esta tesis, se construyó a partir del “terror a la fragmentación de la unidad” (Segato 2007, 31) y la consecuente incorporación del otro –los negros– a la nación a partir de una posición de inferioridad que tendió a rutinizar, invisibilizar y naturalizar prácticas y discursos discriminatorios (Hasenbalg 2018; Almeida 2018). De allí que Bolsonaro haya optado durante su comunicación de campaña por hacer de la

defensa los modelos y conceptos militares y del menosprecio a las minorías⁵³⁷ una de las estrategias para fortalecer su liderazgo y ampliar apoyos (Solano Gallego 2019, 16).

En este sentido, la ausencia de referencias a la cultura militarista de parte de Macri y la centralidad que tuvo ese dominio en los spots de Bolsonaro es consistente con los resultados a los que llegó la tesis a través del método del comparativismo histórico. Como se mostró a través del examen de las coyunturas críticas argentinas y sus legados, la existencia de un clivaje fundacional de naturaleza política, la invisibilización del conflicto social en torno a los pueblos originarios y la preeminencia del ideario liberal vinculado con los pilares de libertad e igualdad durante el siglo XIX, sumado a la mayor fortaleza de sus organizaciones sociales y partidos en comparación con Brasil además de la magnitud que alcanzó la radicalización y represión política durante el siglo XX y, en particular, los profundos costos sociales, políticos y económicos del “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983) contribuyeron, tras la transición democrática, a cristalizar la menor tolerancia social hacia las jerarquías, la disciplina y, en especial, la autoridad militarista como lo expresa el liderazgo de Macri.

En cambio, los legados que se desprendieron de las coyunturas críticas brasileñas, en específico, la existencia de un clivaje fundacional de naturaleza social basado en la esclavitud durante el siglo XIX y la legitimación de las diferencias sociales a través del biologicismo (1870-1910) y el culturalismo (1910-1930/50) durante la primera parte del siglo XX, contribuyeron a debilitar la capacidad organizativa de los sectores populares y las posibilidades de representación de las minorías y reforzar en el largo plazo un orden sociopolítico más tolerante hacia las jerarquías, la autoridad y las asimetrías que el argentino. Igualmente, la continua regulación estatal sobre las organizaciones sociales y los partidos opositores a los intereses de los grupos dominantes y la menor radicalización y represión política de la última dictadura (1964-1985) sumado al “milagro económico” que marcó esos años, ayudaron a resguardar el prestigio de las élites y los militares que pusieron en marcha el autoritarismo. Todo lo que, tras la transición, se expresó en la mayor tolerancia social hacia liderazgos de estilo militarista como lo es el de Bolsonaro.

⁵³⁷ Entre otras declaraciones: “Sí, estoy a favor de una dictadura, un régimen de excepción, siempre y cuando este Congreso dé un paso más hacia el abismo, que en mi opinión está muy cerca” (Discurso en la Cámara de Tribunales en junio de 1999); “Somos un país cristiano. No existe tal historia de un estado secular, no. El estado es cristiano. Hagamos un Brasil para la mayoría. Las minorías tienen que inclinarse ante las mayorías. Las minorías se ajustan o simplemente desaparecen” (Discurso en febrero de 2017, publicado en *YouTube*); “Esto no puede seguir existiendo. Todo es síndrome del pobrecito. Pobre negro, pobre mujer, pobre gay, pobre del noreste, pobre Piauí. Acabemos con esto” (en una entrevista emitida por el canal de televisión *Cidade Verde de Piauí*) (Jair Bolsonaro citado en Araujo Risso 2019, 511).

Así, los resultados de analizar los spots de campaña están en sintonía con los presupuestos teóricos e hipótesis de esta tesis: que los líderes no actúan en un vacío institucional, sino que en la medida en que procuran extender sus apoyos, sus estilos dirigenciales se forman en consideración de y están moldeados por los valores, las creencias y comportamientos dominantes en una sociedad, que son lo que prefiguran lo que esa organización está dispuesta a aceptar o a tolerar y que se comprenden a la luz de su experiencia histórica.

El análisis cualitativo de las entrevistas permite complementar la muestra, profundizar en las características de los liderazgos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro y mostrar que los resultados de examinar ambas piezas son consistentes con los hallazgos que surgieron al aplicar la perspectiva del comparativismo histórico a la tesis.

2. (a) (ii) Las entrevistas: esperanza y combate

Este apartado analiza la última entrevista brindada por cada uno de los candidatos antes de las elecciones presidenciales a partir de la metodología cualitativa del análisis del discurso⁵³⁸ basada en el examen de las “múltiples materias significantes” (Slimovich 2017, 41). Por un lado, las que refieren al lenguaje explícito, en particular, la identificación de “categorías o significantes clave”⁵³⁹ que orientan el sentido en base a un “significante estructurador”, es decir, a un concepto o idea principal (Fair 2014). A su vez, las principales “técnicas retóricas”: la “repetición”, en referencia a la reiteración de ideas que tienen por objeto acentuar o fijar la atención de los oyentes en las categorías clave; la “elocuencia poética”, como ser la reiteración de sonidos (aliteraciones) y la omisión de conjunciones (asíndeton) para enfatizar y acelerar la exposición; la “polemología”, en referencia tanto al uso de las antítesis y yuxtaposiciones usadas generalmente para “construir al enemigo” como de la procatalepsis, esto es, los contraargumentos. En conjunto, estas técnicas permiten diferenciar al locutor de sus adversarios y sentar una postura más o menos tolerante y/o conciliatoria frente a un determinado tema (Crespo et al. 2011, 179-192). Por otro lado, las que refieren a los materiales no verbales, en específico, el tono de la voz, los gestos y el lenguaje corporal que contribuyen a formar la imagen que el líder procura instalar y reforzar el modelo de

⁵³⁸ Sobre las particularidades del método remitirse capítulo I apartado 2 (a).

⁵³⁹ Se trata de conceptos que son replicados en distintos discursos y se relacionan con una multiplicidad heterogénea de significados de diversas discursividades y, por lo tanto, asumen un papel político central en la construcción del liderazgo (Fair 2014, 587).

liderazgo que pretende transmitir. Así, el análisis del discurso de ambos candidatos permitirá profundizar el examen en torno a la clasificación binaria (no-militarismo - militarismo).

En términos generales, tanto en el caso de Mauricio Macri como en el de Jair Bolsonaro se trató de entrevistas grabadas, editadas, con preguntas pautadas y entrevistadores y/o programas afines a las ideas del candidato. Esto último se manifestó, entre otros elementos, en los modos de formulación de los interrogantes, el explícito acuerdo y/o asentamiento hacia la exposición del candidato de parte del entrevistador, así como en las características de la edición. Igualmente, las entrevistas tuvieron lugar en “el living” de la casa de los candidatos, ambos priorizaron un trato cercano e informal y vistieron ropa casual. Esta descripción coincide con los modos dominantes de la comunicación política actual que, como se señaló en párrafos anteriores y en el capítulo I, tiene un carácter mayormente intimista, cercano e informal –ver imagen 15 y 16–.

Imagen 15. Entrevista Macri



Fuente: GrupoMaga. Dímelo Tu. *YouTube* (2015).

Nota: se advierte una decoración moderna y minimalista en la escenificación de la entrevista.

Imagen 16. Entrevista Bolsonaro



Fuente: RecordTV. Cabo Verde. *YouTube* (2018).

Nota: se advierte la presencia de un símbolo religioso, el Menorá, detrás y a la izquierda de Bolsonaro.

En cuanto a Macri, a lo largo de la entrevista se mostró mayormente reflexivo, ilusionado, esperanzado –la palabra pausada, la mirada en diagonal (como quien busca en su cabeza una respuesta, se inspira o sueña), receptivo y alegre (el tono de voz bajo, la risa calma, el uso de ciertos chascarrillos, la mirada abierta, la postura relajada –excepto cuando se refirió al kirchnerismo–). Estos atributos transmiten la sensación de que se trata de una persona con vocación de diálogo y escucha –en contraste con el carácter confrontativo adjudicado por el líder al kirchnerismo– que lo distancia de los rasgos de autoridad vinculados con estilo militarista. En este sentido, se trataría de un liderazgo “esperanzador” –concepto que, como se verá, constituye el significante estructurador

sobre el que se articula y procura orientar el sentido de la comunicación en su conjunto—. A su vez, su vestuario (pantalón de vestir, saco y camisa sin corbata con el primer botón desabrochado, similar al estilo que porta el directivo de una empresa que acaba de volver del trabajo) ayuda a formar la impresión de que es alguien que hace, es decir, un líder humano y emprendedor que trabaja, en sus palabras, para “(...) ayudar a que a mucha gente le vaya mejor (...) poder construir la Argentina que soñamos”.

Esta última frase, permite adentrar el análisis en ciertas particularidades del discurso expreso y la retórica de Macri que lo diferencian de la comunicación de Bolsonaro y lo distancian del estilo militarista. Por un lado, el mayor uso de la tercera persona del plural (el nosotros inclusivo) para referirse a la gestión y/o posición del partido en determinados temas, por ejemplo:

“En la Ciudad de Buenos Aires hoy existe mucho más Estado del que había cuando llegamos, pero al servicio de la gente, y ¿por qué hay más Estado?, porque hay una mejor educación pública, porque hay una mejor salud pública, porque hicimos un mejor transporte con el metrobús, modernizando el subte, hay mejores parques con *wifi*, con estaciones saludables, con equipos de gimnasia ¿para qué? para que la gente que no tiene parque vaya y disfrute del parque (...) entonces hay un enorme compromiso nuestro”.

Por otro lado, como se desprende del fragmento anterior, el énfasis en frases asertivas a través de un lenguaje que resalta aspectos positivos o “constructivos” de la gestión por medio del uso de la repetición y la aliteración de palabras o sonidos. Esta estrategia, llamada “comunicación positiva”, favorece la asociación del candidato a características de liderazgo y atributos considerados positivos (favorables, buenos, deseables) por el electorado que contribuyen a extender la sensación de confianza (Crespo et al. 2011, 132-133) y, en este caso, ampliar la esperanza en un cambio: desde el nivel subnacional al nacional o bien, “desde la empresa al Estado”. Esta última idea se hace presente en la primera parte de la entrevista cuando Mauricio Macri manifiesta:

“Cuando te pones a ayudar en lo público, (...) cualquier cosa que haces impacta sobre mucha gente y tu trabajo es el mismo ¿no? Organizar una empresa automotriz o intentar organizar una ciudad para que la gente viva mejor: empleo todas las horas de mi vida, con la mejor energía, conduciendo equipo”.

Asimismo, el candidato generalmente alude a contraargumentos para diferenciar su liderazgo implícitamente de sus adversarios y, cuando lo hace explícitamente usa un lenguaje menos confrontativo y descalificador que el de Bolsonaro. Por ejemplo:

“La realidad es que estamos en una Argentina trabada, con un gobierno que tuvo la década más favorable para la Argentina de su historia (...) y tuvimos un gobierno que no tuvo la visión, que no tuvo la generosidad para aprovecharlo, se empecinó en su librito, en su visión corta, no escuchó y llegó un momento en que trabó el país (...) y aparte con mucho nivel de confrontación”.

En efecto, la contraargumentación positiva y el menor grado de enfrentamiento y menosprecio hacia la oposición es un atributo central si se considera que el modo en que los líderes se vinculan y/o refieren a sus adversarios contribuye a transmitir un mayor o menor nivel de tolerancia en torno a la existencia del pluralismo (Crespo et al. 2011, 183), asunto que es fundamental para cualquier orden que aspire a ser democrático. Este aspecto lo aleja de las características de los liderazgos militaristas.

Una vez más, la alusión positiva y las referencias explícitas o implícitas favorables a la democracia y la pluralidad sobre las que se construye el liderazgo de Mauricio Macri es consistente tanto con la hipótesis de esta tesis, esto es, que los estilos de liderazgo están condicionados por los límites de la tolerancia social históricamente constituidos, como con los resultados del análisis desprendido del comparativismo histórico que mostró que, si durante la formación del Estado Nación argentino y la mayor parte del siglo XX las organizaciones sociales y los partidos políticos han tendido a confrontar el orden cerrado, asimétrico y jerárquico que las élites junto con las jerarquías católicas y el grueso de los militares procuraron instalar, tras la transición democrática, los resultados de estas tensiones y en particular del último régimen “cívico-militar-religioso” contribuyeron a cristalizar una menor tolerancia de la sociedad hacia liderazgos que resaltan formas de autoridad militaristas. En concreto, porque dicha autoridad menosprecia los pilares de libertad y la igualdad sobre los que se construyó la extensa lucha de las organizaciones sociales y los partidos políticos y valora el orden militarista (basado en la moral tradicional –“Dios, patria y familia”– y la exacerbación de modelos y conceptos castrenses) ampliamente repudiados tras la última dictadura.

En este contexto, el discurso de Macri procuró transmitir un tono dialógico, alegre, optimista, esperanzador, que se apoyó en la reiteración de menciones conceptuales positivas en torno al “diálogo”, la “escucha”, la “generosidad”, el “equipo”, el “Estado”, el “compromiso”, la “coherencia”, la “motivación”, el “corazón”, el “soñar”, el “hacer”, el “futuro” y, sobre todo, la referencia a la “gente” y a los “niños”. Igualmente, en ocasiones también aludió a palabras referidas al campo religioso, en particular, la reconciliación y la fe, lo que permite constatar la tesis de Eduardo Bonnin (2015)

desarrollada en el apartado precedente sobre la prevalencia del discurso religioso en Argentina que, tras la democratización, se entremezcló con el ámbito público entre los más diversos grupos de poder y personalidades. Todas estas menciones conceptuales se articularon en torno a un “significante estructurador” (Fair 2014): la esperanza; la esperanza de quienes quieren, según la entrevistadora, “(...) un modelo de país diferente, un cambio”.

Así, la esperanza funciona como un nodo orientador de la cadena de sentidos del discurso del líder. Este es el caso de frases e ideas como: “trabajar en equipo”; “cambiar la energía”; “facilitarle la vida a la gente”, “(...) los argentinos que quieren hacer (...) esto me llena de esperanza”; o bien: “Hoy en la Argentina hay 638.000 niños que no tienen sala de jardín de infantes, entonces es eso es no igualdad de oportunidades (...) estoy acá para ayudar a la gente que más lo necesita, que necesita un Estado presente”.

En síntesis, la predominancia de menciones positivas referidas al dominio democracia (entre ellas, la valoración de las libertades, la igualdad, la participación, la horizontalidad, los métodos democráticos) y en menor medida al dominio minorías (los pobres) y la ausencia de menciones positivas en torno a la cultura militarista contribuyen a fortalecer la tesis de que se trata de un estilo de liderazgo que, en oposición al de Bolsonaro, puede denominarse no-militarista.

Respecto de la entrevista brindada por Bolsonaro⁵⁴⁰, a diferencia de Macri, los rasgos paralingüísticos denotan ansiedad, cansancio, enojo —cierta verborragia, el color de la voz apagada y poco animada, la mirada cerrada— y la idea de que él es una víctima “más” de la violencia social y de la situación económica y política de Brasil. Estas sensaciones transmitidas, en palabras del presentador del noticiero, durante “la primera entrevista después del ataque” están enfatizadas a través de la elección del vestuario del líder (una remera color azul de cuello tipo “chomba”, de mangas cortas y un pantalón jean azul claro) que, en conjunción con su apariencia a cara “lavada” (poco color en la piel, ojeras acentuadas, labios secos), transmiten la impresión de quién recién se levanta de un reposo o de una intervención médica para recibir a las vistas y la sensación de quien aún “caído” no ha renunciado a dar “combate”. Sumado a ello, en dos oportunidades de la entrevista interrumpe en escena un enfermero negro —esta aclaración es importante a la luz de la reputación racista y xenófoba del candidato— para acercarle un vaso de agua y revisarlo en el momento en que el líder muestra ciertos signos de alteración al referirse a

⁵⁴⁰ En todos los casos, la traducción de los fragmentos de la entrevista es propia.

la corrupción de la oposición política. En esos momentos, el audio se corta y una voz en *off* relata⁵⁴¹:

“Quien interrumpe la entrevista es un enfermero del equipo médico que monitorea la recuperación del candidato, según él, Bolsonaro no debe hablar más de diez minutos seguidos para no cansarse [la cámara muestra un primer plano de Bolsonaro tomando agua y deglutiendo con dificultad]. El candidato todavía usa una bolsa de colostomía para almacenar las heces cuando el intestino se llena [la cámara muestra a Bolsonaro levantándose la remera, medio plano a la bolsa de colostomía y medio plano del gesto avergonzado del candidato] (...) en esta fase de la recuperación el cansancio o el estrés perjudican el intestino, pero también puede generar una crisis tóxica”.

Imagen 17. Secuencia enfermero
(plano 1)



Fuente: RecordTV Cabo Verde. *YouTube* (2018).

Nota: plano 1. Entra enfermero a controlar la salud del paciente.

Imagen 18. Secuencia enfermero
(plano 2)



Fuente: RecordTV Cabo Verde. *YouTube* (2018).

Nota: plano 2. El entrevistado mira de costado (avergonzado).

La secuencia contribuye a reforzar el retrato de la víctima (Bolsonaro) quien sufre en carne propia la extrema violencia que atraviesa el país y que, a diferencia de la “alegría” macrista, transmite miedo, agresión, desconfianza e indignación, conjugadas con cierto morbo, que despierta empatía y rechazo: empatía hacia la víctima (el líder), rechazo hacia el victimario (“el otro”).

Ahora bien, en el discurso expreso de Bolsonaro la construcción del “otro” no estuvo asociada a quien empuñó el cuchillo sino a “la izquierda” (comunistas, socialistas, estudiantes, jóvenes) en general y al *Partido dos Trabalhadores* en particular, cuya corrupción desmedida violó los límites de lo moralmente tolerable para cualquier “madre” o “padre” y “hundió” al país en la degradación y la violencia. Bajo estas consideraciones, la secuencia anteriormente descripta aparece resignificada: ahora la experiencia de Bolsonaro simboliza la situación del “pueblo” brasileño (ultrajado hasta

⁵⁴¹ Los corchetes son propios y se usan para describir la secuencia de imágenes que acompañan la voz en *off*.

lo más íntimo, hasta las vísceras) mientras su persona viene a representar el líder salvador (el mesías⁵⁴²) por medio de aquello que mejor sabe hacer, esto es, “combatir”: “yo soy un hombre de combate”, un “capitán del Ejército”. Esta impresión se acentúa en la repetición por parte del candidato de ideas y frases como: “No podemos dejar que un partido que hundió a Brasil en la más profunda crisis ética, moral y económica vuelva al poder con las mismas personalidades” (en referencia al PT); “Eso es lo que me propongo, unir al pueblo brasileño; la izquierda siempre nos trató de desunir creando castas, negros contra blancos, nordestinos contra sureños, ricos contra pobres”.

En estas frases cabe notar que, si bien Bolsonaro alude tal como Macri a la unidad del “pueblo”, o la “gente” en el lenguaje del PRO, los liderazgos se distancian en el sentido que cada uno le da a ese concepto. En Macri predomina el sentido de “solidaridad”, en Bolsonaro el patriotismo y el consecuente antagonismo entre un “nosotros” positivo y un “ellos” negativo, cuestión que se cimenta en la reiteración de conceptos como “patria” y “Brasil”. Igualmente, a diferencia de la alocución de Macri, en el discurso de Bolsonaro predomina el uso de la primera persona del singular lo que refuerza la impresión de que la autoridad se concentra en el líder y, por tanto, transmite la idea de un tipo de liderazgo menos horizontal y más jerárquico. A su vez, cuando usa la primera persona del plural (nosotros) lo hace en referencia al pueblo (nosotros el pueblo) en oposición al “no pueblo”, es decir “la izquierda”, lo que le ha valido la adjudicación de “populista” de parte de algunos analistas (Albernaz 2020). Asimismo, a diferencia de la contrargumentación de Macri, para distanciarse de sus adversarios hace uso predominantemente de preguntas retóricas, del ataque y la desacreditación. Por ejemplo, afirma:

“Más grave que la corrupción es la cuestión ideológica, los jóvenes universitarios yo no sé qué tienen en la cabeza (...) [las universidades] están formando militantes (...) tenemos que darle un pie en el trasero al socialismo, al comunismo, no podemos admitir esa ideología en nuestro Brasil, será el fin de nuestra patria si el PT llegara al poder”.

Por su parte, al referir a las minorías manifiesta: “Dicen que yo ataco negros, ¿dónde tenés vos un video mío donde yo ataque negros? (...) mi familia tiene sangre negra en las venas. ¿Cómo puede alguien que integró el Ejército brasileño por 17 años ser racista?, así como dicen que yo ataco mujeres, ¿dónde tenés un audio mío atacando

⁵⁴² En el año 2016 Bolsonaro se afilió al *Partido Social Cristiano* (PSC) y fue bautizado en las aguas del río Jordán, por el presidente del partido, el pastor Everaldo Pereira lo que le valió el nombre de Jair Mesías Bolsonaro (Oualalou 2019).

mujeres?"; "Fui acusado de perseguir nordestinos, ¿cómo si mi suegro es de Crato [un distrito de Ceará]? mi hija tiene sangre nordestina en sus venas". En una dirección similar expresa:

"¿Cuándo inventaron?, ¿cuándo descubrieron entre los trans [al nombrar la palabra lo hace con un gesto de comillas] que yo soy homofóbico? [y se responde] "cuando en el 2010 yo descubrí un proyecto trans que, según ellos, el gobierno debía pasar films en los colegios a crianzas de tan solo 6 años de edad (...) de niños besándose, de niñas acariciándose para combatir la homofobia. ¿Qué padre, mismo el padre que es gay, quiere eso para su hijo? (...) jamás agredí u ofendí a un homosexual, no soy homofóbico".

Así, la pregunta retórica cumple la función de enfatizar la propia postura del candidato con lo que el debate y la posibilidad de cambiar de posición quedan cerrados; lo que constituye un indicio de los menores grados de tolerancia política y social del liderazgo de Bolsonaro. Esta característica se refuerza aún más si se considera la reiteración de conceptos, modelos, procedimientos e ideas asociadas al dominio militarista. En particular, las que resaltan la moral tradicional, por ejemplo, la palabra "dios", "familia", "paz" y frases como: "yo me siento feliz por ser un candidato conservador que respeta la familia, que quiere relacionarse con todo el mundo sin parcialidad ideológica, que quiere jugar pesado en la cuestión de la violencia hasta para traer un poco de paz a la sociedad"; y aquellas que aluden al ámbito castrense "sangre", "Ejército", "soldado", "capitán", "armamento", "fusil", "tropa", "comando", "patria"; ideas que aparecen sintetizadas en el remate final de la entrevista. En palabras del líder, si gana "no seré más un capitán del Ejército sino un soldado al servicio del pueblo". Así el sentido del discurso de Bolsonaro se orienta en torno a un significante principal "el combate". Como resultado final, a diferencia del tono esperanzador de Macri, Bolsonaro transmite un tono alarmista, infunde miedo y, frente a ello, se necesita un "capitán" y "una tropa" al "comando".

Bajo esta interpretación, siguiendo a Esther Solano Gallego (2018) se puede decir que los elementos más explotados del liderazgo de Jair Bolsonaro son "la negación de la política como actividad colectiva", el "anti-izquierdismo", el "anti-comunismo" y el "anti-petismo" que se expresan en un exacerbado "anti-igualitarismo" (Solano Gallego 2018, 16). En particular, estos grupos "forman parte de una estructura social y política que desestabiliza las jerarquías sociales clásicas y, por tanto, coloca en riesgo las categorías sociales tradicionales que muchos utilizan para ordenar su mundo" (Solano Gallego 2018, 16). En otras palabras, amenazan el orden sociopolítico heredado, más

jerárquico y disciplinado que el argentino. En este marco, a la luz de la historia política brasileña se comprende que los límites de la tolerancia social en torno a liderazgos militaristas, es decir, que menosprecian la democracia, las minorías y resaltan modelos, conceptos y procedimientos que buscan conservar o restaurar el orden sociopolítico, sean mayores en Brasil que en Argentina.

Tabla 24. Macri y Bolsonaro: análisis del discurso de las entrevistas

Comunicación	Recursos	Macri	Bolsonaro
Comunicación no verbal	Locación	Living de la casa del candidato. Transmite intimidad, transparencia “nada que ocultar”, le abre al espectador “las puertas de su casa”	Living de la casa del candidato. Transmite intimidad, transparencia “nada que ocultar”, le abre al espectador “las puertas de su casa”
	Voz, gestos, apariencia general	Palabra pausada, mirada en diagonal (transmite reflexión, inspiración), actitud receptiva y alegre Imagen: <i>liderazgo reflexivo, ilusionado, con vocación de diálogo y escuchar</i>	Voz apagada, poco animada, cierta verborragia, mirada cerrada (transmite enojo) Imagen: <i>una víctima «más» de la violencia sociopolítica</i>
	Vestimenta	Informal: pantalón de vestir, saco y camisa sin corbata con el primer botón desabrochado, aparenta un directivo de una empresa que acaba de volver del trabajo Imagen: <i>liderazgo humano, emprendedor</i>	Informal: remera azul de cuello, tipo “chomba” y un pantalón jean azul claro que, en conjunción con su apariencia, transmiten la impresión de quién recién se levanta del reposo/operación Imagen: <i>victima-resiliencia</i>
	Pronombres personales	Predominio del uso de la primera persona del plural en referencia a la gestión PRO en particular. Refuerza el carácter inclusivo y dialógico Imagen: <i>liderazgo horizontal</i>	Predominio del uso de la primera persona del singular. Refuerza el rol de la persona del líder (personalismo, centralización de la autoridad) Imagen: <i>liderazgo vertical</i>
Comunicación verbal	Frases	Frases asertivas, refuerzo de atributos de gestión positivos: “lo que hicimos”	Frases descalificatorias, refuerzo de atributos negativos de los adversarios
	Polemología retórica	Predominio de la contrargumentación. Levemente confrontativo Imagen: <i>liderazgo tolerante, plural</i>	Predominio de preguntas retóricas, antítesis, yuxtaposición Confrontativo Imagen: <i>liderazgo antagonista, salvador, mesías</i>
	Conceptos clave	Diálogo, escucha, generosidad, equipo, compromiso, coherencia, motivación, corazón, soñar, hacer, futuro, gente, niños	Dios, patria, familia, paz, sangre, Ejército, soldado, capitán, armamento, fusil, tropa, comando, pueblo
Significante estructurador		Esperanza	Combate
Tono de la comunicación		Optimista, alegre, dialógico, esperanzador	Alarmista, miedo, temor, desconfianza
Estilo de liderazgo		No-militarista	Militarista

Nota: elaboración propia.

En síntesis, las características de los spots de campaña y las entrevistas de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro son consistentes con los resultados de analizar la historia sociopolítica de Argentina y Brasil a través del método del institucionalismo histórico y

están en conformidad con las hipótesis planteadas por esta tesis. Esto es que en Argentina la predominancia de un clivaje político y de un ideario fundacional liberal basado en los pilares de libertad e igualdad contribuyó a formar, a lo largo del siglo XX, a través de la activa actuación de las organizaciones sociales y los partidos políticos, un orden sociopolítico menos asimétrico, jerárquico y disciplinado que el brasileño. En este marco, en buena medida producto de las experiencias autoritarias y de la transición democrática por colapso relacionada con la menor unidad y autonomía de las Fuerzas Armadas, la crisis económica y los enormes costos sociales de la última dictadura cívico-militar-religiosa, se cristalizó la menor tolerancia de la sociedad en torno a los estilos de autoridad que menosprecian las minorías y realzan las asimetrías y las jerarquías sociales y las formas, modelos y conceptos propios de la cultura militarista en particular. En la actualidad, ello se expresa en el estilo de liderazgo no-militarista de Mauricio Macri.

En una dirección contraria, en Brasil, la predominancia de un clivaje social basado en la división de los “dos brasiles”, el Brasil de los incluidos (los blancos) y el Brasil de los excluidos (los negros), y la integración e invisibilización de este conflicto en el mito de la democracia racial durante el siglo XX, sumado a la recurrente regulación estatal sobre las formas de asociación y acción colectiva, contribuyeron a debilitar las organizaciones sociales y los partidos políticos en el largo plazo y a formar un orden sociopolítico más asimétrico, jerárquico y disciplinado que el argentino. En este contexto, en buena medida debido a la mayor fortaleza, unidad y autonomía de los militares y su rol destacado en el Estado y los gobiernos de fines de siglo XIX y de siglo XX y, en particular, producto de los menores costos sociales, políticos y económicos de la dictadura más estable y duradera de la región (1964-1985), la transición democrática pactada contribuyó a reforzar la mayor tolerancia de la sociedad en torno a los estilos de autoridad que realzan las asimetrías y las jerarquías sociales y las formas, modelos y conceptos propios de la cultura militarista y, consecuentemente, degradan a las minorías. Todo lo que hoy se expresa en la mayor tolerancia social al estilo de liderazgo militarista de Jair Bolsonaro.

Conclusiones

Luego de un largo recorrido durante el que se mostró la importancia de los factores sociohistóricos para comprender los límites de la tolerancia social y su influencia sobre los estilos de liderazgo de Mauricio Macri en Argentina y Jair Bolsonaro en Brasil, la tesis ha llegado a destino. En el camino ha transitado los más diversos paisajes sobre los que, solo en algunos casos, se ha podido detener por más tiempo.

La primera parada (capítulo I) se hizo sobre un terreno razonablemente firme, la agenda de estudios politológicos contemporáneos en torno al liderazgo político y sus perspectivas de análisis. Su organización permitió señalar un punto de partida común: comprender al liderazgo como un tipo de relación social entre una persona (el líder) y sus seguidores, cuya puesta en práctica supone una relación de poder asimétrica dentro de un entorno institucional, situacional, coyuntural e histórico, que influyen sobre los participantes. Asimismo, permitió resaltar la perspectiva privilegiada de la ciencia política contemporánea, en concreto, el nuevo institucionalismo. Dicha corriente centra su atención en las instituciones, los contextos (inmediatos y/o estructurales) y sus vínculos e influencia sobre distintos procesos políticos, sociales y económicos. A partir de ello, la tesis se detuvo en cómo los principales estudios neoinstitucionalistas (formalistas, interaccionistas, socioculturales) explican los estilos de liderazgo político y enfatizó en los trabajos orientados a América Latina (el populismo y, en menor medida, los formalistas y los político-religiosos) y los casos de Argentina y Brasil en particular. Su examen contribuyó a exponer la importancia que tienen las formas de gobierno, los sistemas electorales, la organización de los partidos políticos y la institucionalización del sistema de partidos (relacionados con los análisis formalistas), en consideración de las características de los líderes, sus vínculos con sus seguidores y las contingencias inmediatas (sobre los que enfatizan ligados al interaccionismo y al populismo) además de las condiciones socioculturales y estructurales (analizadas por los enfoques asociados a los estudios socioculturales, político-religiosos y al populismo) sobre los liderazgos. Sin embargo, al examinarlos también se encontraron algunas limitaciones. En particular, sesgos formalistas e individualistas, así como predominio de las situaciones coyunturales para explicar los resultados políticos en detrimento de la influencia que ejercen los procesos sociohistóricos y estructurales de largo plazo sobre los liderazgos. Estas limitaciones dieron lugar a que la tesis avanzara en dos direcciones: el modo de abordaje (el institucionalismo histórico comparado) y las hipótesis.

En lo que respecta al institucionalismo histórico comparado, permitió poner en primer plano la importancia de los contextos sociohistóricos particulares y las relaciones de situación o poder que estas generan para explicar los vínculos sobre los que se cimentan los liderazgos. Esta perspectiva supone que es posible identificar coyunturas críticas o períodos de cambios significativos atravesados por profundos conflictos (clivajes) de los que se desprenden instituciones que tienden a reproducir determinados patrones en el tiempo. Así, lejos de concepciones universales y formalistas, o bien, individualistas y contingentes, busca rastrear procesos sociales de modo sistemático y comparado para contrastar afirmaciones a partir de la comprensión de las particularidades, variaciones y características distintivas de los casos de estudio. Sobre todo, de aquellos fenómenos cuyos resultados se alejan de las explicaciones generales de carácter más abstracto como suelen ser los de América Latina donde sus características institucionales y trayectorias específicas distan de las experiencias europeas y norteamericanas sobre las que habitualmente se basan los modelos empíricos y los marcos normativos que orientan las preocupaciones e investigaciones politológicas dominantes.

A su vez, la tesis también reconoció las limitaciones del institucionalismo histórico comparado, entre ellas, las vinculadas con la lógica del método, la lógica multivariada y su naturaleza cualitativa. En cuanto a la primera limitación, es consciente de que no es posible encontrar casos históricos exactos para llevar adelante una comparación y, aun cuando la elección fuese apropiada, no se pueden controlar todas las potenciales variables que los afectan. Así, la identificación de las variables operativas y la delimitación de las coyunturas críticas dependió de la investigadora. En este sentido, quien escribe procuró formarse una mirada lo suficientemente informada y plural para favorecer la imparcialidad, la transparencia y la precisión de los argumentos y atenuar las dificultades inherentes a la lógica del método.

En lo que hace a la segunda limitación –la lógica multivariada– la autora reconoce que no es posible establecer la total independencia entre los casos de estudio, en especial, cuando corresponden a una misma región geográfica como sucede con Argentina y Brasil. Frente a esta situación, optó por seguir la reconocida línea de trabajo de Barrington Moore, Theda Skocpol y Paul Pierson, centrados en los casos norteamericanos y europeos y, la de Guillermo O'Donnell para los latinoamericanos, entre otros renombrados especialistas, para quienes la “ficción” de independencia puede mantenerse en nombre del conocimiento que las investigaciones comparadas pueden aportar.

La tercera limitación se vinculó con la naturaleza cualitativa del comparativismo histórico. A diferencia de los análisis cuantitativos donde prima la muestra probabilística, esta investigación debió lidiar con los problemas asociados al “sesgo de selección”. Trascender estas dificultades dentro de lo que es posible dependió, en mayor medida, de la imaginación macrosociológica de la autora, su formación sobre los debates teóricos de la época, su sensibilidad para identificar patrones de evidencia relevantes para conjuntos de casos históricos y la coherencia, la lógica y la sensatez de los argumentos desarrollados. Más allá de las limitaciones expuestas, quien escribe estima que esta tesis es relevante por cuanto permitió profundizar en el estudio de los liderazgos a la luz de los procesos sociopolíticos en los que se insertan; una dimensión habitualmente desestimada por la ciencia política institucionalista. A su vez, estimular la reflexión crítica sobre cómo los modos en que históricamente se ha relacionado la sociedad con lo político se expresan en la actualidad.

En lo que refiere a las hipótesis, bajo el modelo del institucionalismo histórico la tesis argumentó que las diferencias entre los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro se relacionan con lo que conceptualizó como los límites de la tolerancia social. Es decir, con los valores, creencias y patrones comportamentales, heredados de coyunturas críticas nacionales, que integran, moldean y reproducen las relaciones sociales y condicionan la posibilidad de que los diferentes estilos de liderazgo obtengan apoyo. En particular, sostuvo que en Argentina y Brasil la fundación de los estados nacionales, los resultados de las últimas dictaduras y la transición democrática son centrales para comprender las características y el rol de sus grupos de poder (las élites, la Iglesia, los militares, las organizaciones sociales y los partidos políticos) en la (re)producción de los órdenes sociopolíticos y en específico en la cristalización de las jerarquías y los vínculos de disciplina y autoridad que delinean el umbral respecto de lo que es socialmente admitido en cada país.

Con este mapa de ruta la tesis se embarcó en un camino más sinuoso que el primero hacia su próxima parada (capítulo II): la formación de los estados nación en Argentina y Brasil (1850-1930) donde analizó la naturaleza de los clivajes iniciales que confluyeron en la delimitación de los órdenes sociopolíticos fundacionales –primer objetivo específico—. Durante esta estancia mostró que, a diferencia de Brasil, en Argentina los conflictos sociales en torno al sistema esclavista no fueron centrales para la organización nacional durante el siglo XIX. Fue la disputa política entre los intereses

de las élites asociadas a las ciudades y el puerto de Buenos Aires y los de las provincias la que se constituyó como el clivaje inicial que contribuyó a delimitar al conjunto de identidades nacionales, comportamientos y hábitos que prevalecieron, aún con sus transformaciones, hasta el día de hoy. Así, las filiaciones a determinadas ideas políticas (unitarios - federales; civilización - barbarie; populismo - antipopulismo, peronismo - antiperonismo; autoritarismo - democracia) se establecieron como el principal referente histórico de la nación. En este marco, la predominancia del ideario liberal entre las élites civiles y la puesta en práctica de un proyecto de país sustentado en la fórmula positivista de “orden y el progreso” ayudó a invisibilizar los conflictos sociales en torno a los pueblos originarios y resaltar los valores de igualdad y libertad. Ello favoreció, por un lado, el desarrollo de una sociedad comparativamente más activa, secularizada y organizada en movimientos sociales y partidos políticos que la brasileña, que tendió a cuestionar el orden sociopolítico vigente a favor de la inclusión política de los sectores populares emergentes durante la transición al siglo XX. Por otro lado, unos sectores dominantes (las élites, la Iglesia católica y los militares) que procuraron refundar o reorganizar el orden sociopolítico vigente con el fin de frenar dichos impulsos. En esta dirección, las élites recurrieron a los militares para preservar el orden interno y se acercaron a la Iglesia para “restituir la moral” a la par que generaron medidas destinadas a profesionalizar, modernizar y fortalecer a las Fuerzas Armadas. Para 1930 la alianza cívico-militar-religiosa terminó con el tercer gobierno democrático de la historia del país y puso en marcha un proyecto político sustentado en la “nación católica” sobre el que se enmarcó la primera parte del nuevo siglo. De esta manera, cuando los intereses de las élites socioeconómicas dominantes no fueron incorporadas al programa de los partidos en el gobierno buscaron participar de la contienda política a través de mecanismos no democráticos. En adelante, se (re)produjeron un conjunto de valores, creencias y prácticas desatadas de las tensiones inherentes al proyecto de orden y progreso fundacional que tendieron a hacer que el sistema político oscile entre la presión igualitarista de los sectores populares y el autoritarismo de los grupos dominantes. En este marco, el orden y la capacidad de las instituciones estatales para garantizar la paz, la vida y la libertad de su población fue rebasada por la espiral de violencia en la que se sumergieron todos los grupos de poder hasta que la última dictadura procuró “reorganizar la nación” (1976-1983) en base al terrorismo de Estado. Así, como se retoma en las conclusiones del capítulo siguiente, tras la transición democrática se consolidó un orden sociopolítico

menos jerárquico y disciplinado que el brasileño y una sociedad menos tolerante a los estilos de autoridad militarista en particular.

Por su parte, a diferencia de Argentina, durante el proceso de formación estatal brasileño la esclavitud tuvo un peso económico y social central. En efecto, tras la comparativamente “calma” independencia de Portugal (1822), la organización política del Estado no constituyó un eje de conflicto fundamental. La preocupación de las élites giró en torno a cómo preservar la unidad política frente al temor que producía una revuelta esclavista. La respuesta la encontraron, primero, en la preservación de la esclavitud hasta 1888 y, posteriormente, en la regulación de toda forma de asociación y acción colectiva y la integración de los “otros” –la mayoritaria comunidad negra– al imaginario nacional. En este sentido, como su incorporación fue efectuada a partir de la representación de las élites dominantes se les impidió expresarse con una voz y unas demandas propias, se los excluyó como ciudadanos plenos y se obstaculizó la politización de las asimetrías sociales y su expresión en organizaciones de distinta naturaleza. Así, a diferencia del clivaje político argentino, el brasileño se formó alrededor de la racialización de las diferencias sociales: el Brasil de los negros, los afrodescendientes, los no-ciudadanos, de un lado, y el Brasil de los blancos, los “blanqueados” y los ciudadanos, del otro. En este marco, el imaginario liberal dominante a mediados del siglo XIX entre las excolonias europeas fue solapado por la extensión que alcanzaron en todos los órdenes de la sociedad las teorías raciales. De allí que algunas de las voces más reconocidas en la materia como las de Lilia Moritz Schwarcz, Thomas Skidmore, Murilo de Carvalho, Silvio Almeida, Carlos Hasenbalg y Edward Telles prefieran hablar de “racismo estructural” debido a que las profundas asimetrías heredadas del sistema esclavista se constituyeron en un elemento integrante y formativo de la organización social, política, económica, jurídica y cultural brasileña hasta la actualidad. De esta manera, a diferencia de Argentina, la pertenencia étnica y racial –más que las filiaciones a determinadas ideas políticas– se erigieron como el principal referente histórico de la nación. Ello contribuyó, por un lado, al desarrollo de una sociedad y de unos sectores populares menos activos, organizados y críticos que los brasileños. Lo que se expresó tanto en la mayor debilidad de sus organizaciones sociales y partidos políticos en general como en la inexistencia de agrupaciones con el potencial suficiente para presionar a favor de los derechos de los grupos excluidos a la par que sobrevivir a la capacidad coactiva del Estado. Por otro lado, unos sectores dominantes (las élites, los militares y, en distinta medida, la Iglesia Católica) generalmente menos

fragmentados que los argentinos y unas Fuerzas Armadas en específico con mayor autonomía respecto de las élites civiles y de la Iglesia. Así, a la par que los gobiernos liderados por militares favorecieron el fortalecimiento, modernización y profesionalización de las Fuerzas Armadas durante la Primera República (1889-1930), el nacionalismo-autoritario-militar también ganó terreno. En 1930 la llamada ideología de Estado llegó al poder y avanzó sobre el sistema político a partir del *Estado Novo* (1937-1945) liderado por Getúlio Vargas. Con todo ello presente, los procesos desatados de la fundación del Estado brasileño contribuyeron a (re)producir un conjunto de valores, creencias y patrones comportamentales más tolerantes a las asimetrías sociales, las jerarquías y la disciplina que los argentinos. Como se retomará a continuación, tras su último autoritarismo (1964-1985) y la transición democrática este orden se consolidó en un sistema sociopolítico más cerrado y una sociedad más tolerante a los estilos de autoridad militarista.

Una vez atravesada la formación de los estados nación, la tesis llegó a su tercera parada (capítulo III): el turbulento siglo XX y la transición hacia la democracia en Argentina y Brasil donde mostró que los órdenes sociopolíticos en ambos países tendieron a reproducir los patrones y tensiones desatadas de sus clivajes fundacionales –segundo objetivo específico– y que las características de sus últimos autoritarismos y procesos de democratización entre las décadas de 1970 y 1980 contribuyeron a cristalizar los límites de la tolerancia social actual –tercer objetivo específico–. Durante las hojas que duró la estancia en Argentina, desplegó datos e información que ayudaron a argumentar que la fractura política expresada en términos de civilización y barbarie que retroalimentó el proyecto de orden y progreso durante los últimos años del siglo XIX, fue paulatinamente resignificada en términos de popular-antipopular, personalista-antipersonalista y, con la llegada del General Juan Domingo Perón a la Secretaría de Trabajo primero (1943-1945) y a la presidencia después (1946-1952; 1952-1955), peronista-antiperonista. A medida que avanzó el siglo XX estas divisiones se expandieron y penetraron en cada rincón de la sociedad y se expresaron en visiones, identidades y sectores “irreconciliables” y, por ello, progresivamente arbitrarios y autoritarios, que se dispusieron a luchar autoproclamándose los mejores intérpretes de lo que cada uno entendió como la nación, el pueblo, la igualdad y/o la libertad. Todo ello implicó un conjunto de reconfiguraciones hacia el interior y entre los grupos de poder (las élites, la Iglesia, los militares, las organizaciones sociales y los partidos políticos, a los que se les sumó el laicado católico de cuño

predominantemente integralista) cuyo referente común fue el “nacionalismo argentino”. Una visión del mundo más bien heterogénea caracterizada por el antiliberalismo político, el antiimperialismo y el antimodernismo, conjugados con fortísimas dosis de militarismo, cristianismo, integralismo y pragmatismo. Bajo este clima de ideas, la consagrada alianza cívico-militar-religiosa pasó desde posturas nacionalistas y antipopulares durante la llamada Década infame (1930-1943) hacia posiciones nacionalistas y populares durante la emergencia y consolidación del peronismo (1943-1955) hasta la intervención en proyectos políticos que implicaron la reconversión del nacionalismo desde el estatismo hacia el liberalismo económico ortodoxo y la total exclusión de los sectores populares durante la dictadura de 1966-1973 y 1976-1983 en particular.

Por su parte, a la par que la doctrina social de la Iglesia ocupó un lugar más importante durante la primera parte del siglo XX, emergió un laicado y un movimiento católico que intervino activamente en el ámbito político y social y que generalmente compartió con el emergente movimiento peronista la preocupación por la justicia social. De esta forma, mientras el catolicismo se vinculó con los trabajadores a través de distintas organizaciones y prácticas, el sindicalismo se convirtió en la columna vertebral del movimiento peronista al que se sumaron distintas agrupaciones y partidos que procuraron llegar a los sectores populares. De esta manera, si bien a partir de mediados de siglo XX el sindicalismo vio menguar su autonomía debido a sus vínculos con los gobiernos de turno y la licuación del poder de los sectores y los liderazgos intransigentes (trotskistas, comunistas, anarquistas), a diferencia del movimiento de trabajadores getulistas, no cesó en la lucha. En efecto, a fines de 1960 y durante los primeros años de la década de 1970 las movilizaciones obreras cobraron una potencia extraordinaria cuando se entremezclaron con las insurrecciones populares de las que participaron organizaciones estudiantiles, católicas, guerrilleras, militares, políticas y partidos de las más diversas orientaciones frente a una alianza civil-militar-religiosa que procuró estrechar el sistema político y redobló la apuesta usando los propios resortes del Estado. Así, durante la segunda parte del siglo XX la confrontación tomó la forma de una cultura contestataria que, a diferencia de Brasil, sobrepasó por mucho la autoridad de los gobiernos civiles, los militares, las jerarquías católicas y, como se evidenció, del propio Perón. En 1976, en nombre de “la reorganización nacional” la cúpula de las Fuerzas Armadas, con el apoyo del episcopado católico y las élites civiles, llevaron adelante la dictadura más represiva del Cono sur. Sin embargo, como se mostró, las características del orden sociopolítico

sobre la que se erigió, sus resultados y la forma en que se llevó adelante la transición a la democracia en específico divergieron de los brasileños por, al menos, tres motivos: (i) la mayor radicalización del régimen autoritario argentino manifestado en la extensa represión política y la comparativamente alta restricción institucional de los gobiernos militares; (ii) la menor estabilidad del régimen autoritario relacionado con la fuerte crisis económica y el menor grado de unidad de los militares y; (iii) la “ausencia” de un pacto entre la coalición saliente y la entrante, vinculado con el colapso de la cúpula militar y la magnitud e intensidad de la movilización social liderada por los movimientos de derechos humanos, las características de las primeras elecciones democráticas (su puesta en práctica implicó un cambio de reglas respecto del autoritarismo y manifestó la debilidad de los militares y las élites que apoyaron la dictadura para mantener sus privilegios) y las profundas medidas de justicia transicional. Así, la vuelta a la democracia marcó una ruptura respecto del orden militar antecedente, la erosión de las identidades políticas autoritarias “de viejo arraigo”, el descrédito de los militares y la preocupación por la democracia y los derechos humanos durante la refundación material y simbólica de la nación. Ello contribuyó a asociar los valores de libertad e igualdad, heredados del imaginario fundacional, a la democracia y consolidar un orden sociopolítico menos asimétrico, disciplinado y tolerante a los estilos de autoridad militarista en particular. Bajo estas consideraciones, el estilo de liderazgo de Mauricio Macri estuvo –y está– delimitado no solo por el conjunto de instituciones contextuales, tendencias culturales, contingencias, que interactúan entre sí y con el líder sino por las trayectorias sociopolíticas y experiencias históricas de la sociedad en la que se inserta y de cuyo apoyo se desprende aquello que esa comunidad está dispuesta a respaldar o tolerar. Así entendido el liderazgo trasciende el contexto inmediato para formarse también en la “memoria” de su tiempo.

En ese punto la tesis giró la mirada hacia el cristal vecino: el siglo XX brasileño. Durante el trayecto que condujo a la última parada mostró que la fractura fundacional brasileña que dividió a la sociedad entre blancos y negros tendió reproducirse bajo el mito de la “democracia racial” lo que se manifestó, en particular, en el predominio de un sistema político predominantemente cerrado a los sectores populares integrados en su amplia mayoría por afrodescendientes. Entre los años que marcaron el inicio y fin de la Era Vargas (1930-1964), ello se expresó en el rol y las características de los grupos de poder, así como en la estabilidad y magnitud de su primer gobierno autoritario: el *Estado*

Novo. Un régimen inspirado en el corporativismo fascista y el “nacionalismo-autoritario-militar”, sin grandes movilizaciones, salvo en sus años finales, y fuertemente centralizado, que se propuso “reordenar” el antiguo sistema político de dominación oligárquica sin ampliar la participación política. Una suerte de “democracia autoritaria fundada en la justicia social” (Fausto 2006, 91-92). Producto de ello fue el relativo avance de los derechos laborales y la articulación de la amplia masa de trabajadores urbanos no sindicalizados a través de la burocracia estatal. De esta manera, los trabajadores del agro –cuya principal mano de obra provino, por lo menos hasta mediados de siglo XX, de afrodescendientes en pésimas condiciones laborales– quedaron excluidos al igual que los autónomos, los no sindicalizados y la gran masa de trabajadores informales de todos los sectores. En este marco, a diferencia de Argentina, la ampliación de los derechos de los trabajadores no derivó de las presiones de una clase social sobre la otra sino de la acción del Estado y de la voluntad del proyecto nacionalista-autoritario-militar liderado por Getúlio Vargas de controlarlas. Así, el *Estado Novo* procuró cambiar el peso de las oligarquías en el poder desde el predominio de los intereses de las élites paulistas hacia las regiones menos industrializadas del suroeste dominado por una fuerte burguesía terrateniente. Bajo estas consideraciones, autorizar la sindicalización rural hubiera significado el fin del proyecto militar. No solo por la potencial pérdida de apoyos de los sectores más poderosos de Brasil sino porque también implicaba abrir la puerta a la organización y posible insurrección de los sectores populares. En efecto, durante aquellos años toda forma de acción y asociación colectiva por fuera del control del Estado fue prohibida. Ello marcó el fin de todos los partidos políticos provenientes de la Primera República (1889-1930) y del primer partido de masas brasileño: la *Ação Integralista Brasileira* (AIB), una organización fascista que había apoyado el *Estado Novo*, de la que se desprendió buena parte de los integrantes que ocuparon los principales cargos de gobierno en el área de la cultura en especial, a los que se les sumaron los sectores integralistas del catolicismo además del acompañamiento de la Iglesia. No obstante, a diferencia de la tríada cívico-militar-religiosa argentina, las jerarquías católicas no ocuparon un lugar central. A partir de mediados de siglo XX el ala reformista del episcopado ganó paulatinamente peso sobre la Iglesia y junto a su laicado apoyó la lucha de los trabajadores agrarios, enfrentó la dictadura militar implantada en 1964 y tuvo un papel fundamental en la organización de la oposición al autoritarismo.

El *Estado Novo* llegó a su fin en 1945 cuando Getúlio Vargas buscó ampliar sus apoyos a través de la apelación a los trabajadores y transgredió los límites del proyecto “no-movimentista” y cerrado de la “ideología de Estado”. Así, de modo similar a la “revolución” de 1889 y 1930, fueron los militares respaldados por las oligarquías estaduais y la ortodoxia católica, y no una revolución social, los que dieron inicio al proceso de liberalización que en este caso condujo a la primera experiencia democrática brasileña (1945-1964). Su primer presidente electo por voto popular fue el exministro de Guerra de Getúlio Vargas: Eurico Gaspar Dutra (1946-1951). A Dutra le siguió otro gobierno de Getúlio Vargas (1952-1954) en el que “entregó su vida por el pueblo” y un período de diez años marcado por la renovación y ampliación de la autonomía de los cuadros sindicales y la paulatina organización de los sectores medios rurales a cuya lucha se sumó el laicado católico, los sectores reformistas y moderados del episcopado, el *Partido Comunista* (el único partido en pie de inicios de siglo XX) y el principal partido “de los trabajadores”, el *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB) que en los hechos había sido creado junto al *Partido Social Democrático* (PSD) por el propio Vargas durante el último año del *Estado Novo*. En este contexto, la principal novedad provino de las *Ligas Camponesas*, la posterior sindicalización de las clases medias rurales y la formación del “gran movimiento nacional” encolumnado detrás de las reformas de base que asumió posiciones cada vez más radicalizadas y revolucionarias que durante el gobierno de João Goulart (1961-1964) amenazaron los intereses de los sectores privilegiados. De esta forma, de modo similar a lo ocurrido durante la fundación del Estado Nación, fue el “terror a la fragmentación de la unidad” estatal o, en otras palabras, de los patrones de relación sociopolítica establecidos y (re)producidos a lo largo de la experiencia histórica brasileña, el que condujo a la formación de consensos entre los grupos dominantes de la época que se alinearon ahora detrás del proyecto nacionalista-autoritario-militar. Todo ello frente a organizaciones sociales y partidos políticos que, más allá de la amplitud que habían alcanzado, no tenían la experiencia, estructura, capacidad de movilización, integración y representación de los argentinos. En este contexto, el 31 de marzo de 1964 el Ejército lideró la “revolución” que dio inicio a la dictadura más estable y duradera de América del Sur. Sus resultados se distanciaron del “Proceso de Reorganización Nacional” en, por lo menos, tres aspectos centrales: (i) la menor radicalización del régimen autoritario expresado en la represión a grupos específicos y la comparativa menor restricción institucional de los gobiernos militares; (ii) la mayor estabilidad del

régimen autoritario, relacionado con el crecimiento económico experimentado durante el llamado milagro brasileño y la mayor unidad, disciplina, legitimidad y sentimiento de cuerpo de sus Fuerzas Armadas y; (iii) la existencia de un pacto transicional entre la coalición autoritaria saliente y la élite entrante, vinculado con la mayor fortaleza y prestigio del gobierno militar y los menores costos sociales, políticos y económicos de la dictadura, todo lo que se puso de manifiesto en la “lenta, gradual y segura” transición brasileña, la ausencia de justicia transicional durante las primeras administraciones democráticas, la persistencia de la Ley de Amnistía y la relativa menor extensión e intensidad de la movilización social. En este sentido, si bien los reclamos de los organismos de derechos humanos constituyeron un pilar en la lucha por la democratización pronto fueron diluidos en los programas de los partidos políticos que llegaron al poder. De esta manera, a diferencia de la “ruptura” que simbolizaron las primeras elecciones democráticas argentinas, las brasileñas estuvieron caracterizadas por las continuidades: los militares controlaron aspectos clave de la transición y, conjuntamente con las élites que apoyaron el autoritarismo, retuvieron sus privilegios dentro de la estructura estatal, lo que contribuyó a resguardar la autoridad y legitimidad de las Fuerzas Armadas y (re)producir el orden sociopolítico más jerárquico y cerrado hacia los sectores históricamente excluidos, las minorías afrodescendientes. De este modo, la mayor tolerancia social en torno al estilo de liderazgo militarista de Bolsonaro en Brasil, en contraposición al de Macri en Argentina, puede ser comprendida a la luz de la historia y la experiencia sociopolítica de la sociedad en el que se inserta. La última parada de este viaje brindó algunos indicios que permitieron ratificar esta aseveración.

Llegada la instancia, la tesis exploró (capítulo IV) cómo las diferencias entre los legados fundacionales y los procesos de transición democrática contribuyeron a cristalizar los distintos límites de tolerancia social en torno a los estilos de liderazgos en Argentina y Brasil en la actualidad –cuarto objetivo específico–: no-militarista en el caso de Mauricio Macri y militarista en el caso de Jair Bolsonaro. Para ello, repasó los principales cambios y continuidades que tuvieron lugar entre los grupos de poder a partir de la restitución de la democracia en la década de 1980. Por un lado, mostró que en Argentina la alianza cívico-militar-religiosa dominante durante el siglo XX perdió poder, sus élites se renovaron y las estructuras de los grupos de poder dominante se democratizaron en distinta medida. Asimismo, en línea con el contexto regional de desconfianza política, las organizaciones sociales en general y los sindicatos y partidos políticos en particular

perdieron prestigio y sus estructuras se debilitaron. A su vez, persistieron algunas lógicas de relación “corporativistas” entre los grupos de poder con el Estado y ciertas dificultades para construir una alternativa política no peronista competitiva y estable en el nivel nacional cuya lógica evidenció la prevalencia del clivaje político peronismo - antiperonismo, aunque lejos de los niveles de radicalización y violencia antecedentes. Por otro lado, en Brasil las principales transformaciones se vincularon con la actuación de las organizaciones sociales emergentes durante la década de 1970, la aparición de nuevos grupos y movimientos civiles más plurales y heterogéneos que anteaño, la consolidación de un sindicalismo nacional llamado nuevo sindicalismo más autónomo del Estado en comparación con el *queremista* y la supervivencia del primer partido nacional de orientación obrerista formado desde la militancia organizada, el *Partido dos Trabalhadores* (PT). Las principales continuidades se relacionaron con la influencia en el ámbito sociopolítico de los civiles y los militares que habían apoyado el autoritarismo y el resguardo de un sistema político mayormente cerrado a los sectores populares, en particular a las minorías no-blancas, lo que muestra la pervivencia del clivaje social fundacional vinculado con “dos Brasiles”: el Brasil de los incluidos y el los excluidos.

En el tramo final del trayecto que marcó este viaje la tesis analizó la comunicación electoral de Mauricio Macri (2015) y Jair Bolsonaro (2018) con el objeto de brindar algunos indicios en torno a sus estilos de liderazgo en función de la clasificación no-militarista - militarista propuesta por la autora. Para ello, hizo uso de las herramientas del análisis del discurso debido a que permiten explorar las creencias, valores e ideas dominantes que circulan en las sociedades y contribuyen a (re)producir y (re)forzar sus prácticas, así como sus relaciones de poder y, por tanto, delimitar aquello que los individuos y grupos están dispuestos a tolerar. Bajo esta perspectiva se analizaron, en primer lugar, los *spots* de campaña de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro en consideración de las dimensiones que integran las categorías no-militarismo y militarismo inspiradas en la codificación del *Manifiesto Research on Political Representation* (MAPOR). Los resultados mostraron que las principales alusiones positivas en el discurso electoral de Macri refirieron al dominio democracia y, en menor medida, al área minorías y que no refirió al área cultura militarista. Contrariamente, que la mayoría de las alusiones positivas de Bolsonaro refirieron a la cultura militarista a las que se les sumaron menciones negativas sobre las minorías. En segundo lugar, analizó las últimas entrevistas brindadas por los candidatos antes de los comicios electorales de primera vuelta a partir

del análisis de las “múltiples materias significantes”. Respecto del lenguaje explícito se identificó que el “significante estructurador” alrededor del que se orientó el sentido de los “significantes clave” que constituyeron el discurso de Macri fue “esperanza”. En este sentido, las principales técnicas retóricas (repetición, elocuencia poética y polemología) así como la comunicación no verbal (la locación, vestimenta, voz, gestos, apariencia general) contribuyeron a reforzar ese significante y proyectar una imagen de liderazgo plural, dialógica y tolerante que implicaba un “cambio esperanzador” respecto de sus adversarios. Por su parte, el lenguaje explícito de Jair Bolsonaro se construyó alrededor del “significante estructurador” “combate”. En esta dirección, los significantes clave (Dios, patria, familia, sangre, ejército, capitán, comando, tropa) y los recursos retóricos usados contribuyeron a reforzar la idea de que se trata de un líder “restaurador” del orden social, cultural, político y económico. En este marco, la locación, vestimenta, voz, gestos y apariencia general contribuyeron a generar un clima alarmista sobre el que se proyectó la imagen del liderazgo militarista que, durante la entrevista, se presentó como un “salvador” de la patria frente al avance de la “ideología de género” y, como hace cien años, del comunismo y de la corrupción moral y política generalizada. De esta manera, si bien como oportunamente se señaló la tesista es consciente de que el examen de la comunicación política de los líderes implicó un cambio de nivel de análisis desde lo macro a lo micro y desde las herramientas habitualmente usadas por el institucionalismo histórico (la argumentación secuencial) hacia aquellas más vinculadas con la ciencia política moderna (la cuantificación), el desplazamiento contribuyó a brindar indicios que, sin ser exhaustivos, dan cuenta de que los estilos de liderazgo de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro pueden ser clasificados como no-militarista y militarista. En este sentido, el análisis del discurso permitió señalar algunos de los valores y creencias dominantes, históricamente constituidos, que integran los límites de la tolerancia social y condicionan los estilos de liderazgo político en la actualidad.

En definitiva, a lo largo de este extenso recorrido por los siglos XIX y XX la tesis ha procurado construir un argumento coherente y válido con el objeto de mostrar que las experiencias históricas en general y las características de los grupos de poder en particular son una dimensión importante para comprender los valores y las creencias sobre los que se moldea el orden sociopolítico y los vínculos de autoridad en la actualidad. De este modo, se alejó de las concepciones que enfatizan sobre los aspectos formales, las contingencias, los contextos inmediatos y los atributos individuales para enfocarse en

cómo en Argentina y Brasil los procesos desatados de sus clivajes fundacionales, su (re)producción durante el siglo XX, las características de los últimos autoritarismos y la transición democrática en ambos países, contribuyeron a (re)producir determinadas ideas y comportamientos dominantes que limitaron los estilos de liderazgo en la contemporaneidad. Así, bajo la perspectiva del institucionalismo histórico la tesis mostró que en Argentina la naturaleza política de la fractura fundacional, la invisibilización de los conflictos en torno a los pueblos originarios, la predominancia de los valores asociados al ideario liberal en el imaginario nacional, la mayor intransigencia, fortaleza, activismo y potencial de lucha de sus organizaciones sociales, movimientos y partidos políticos y la menor capacidad de sus élites, la Iglesia y los militares para disciplinarlos y del gobierno y el Estado para controlarlos e implantar un orden contribuyeron a la (re)producción de patrones menos disciplinados que los brasileños y de un sistema sociopolítico menos jerárquico y asimétrico que tras la transición por “colapso” se expresaron, entre otras cuestiones, en la menor tolerancia social hacia liderazgos que desprecian la igualdad, la libertad y la pluralidad democrática y aprecian la cultura militar. Contrariamente se mostró que, en Brasil, la naturaleza social de la fractura fundacional, la centralidad del sistema esclavista en la conservación del orden político y la predominancia de las teorías raciales y el mito de la democracia racial, sumados a la menor capacidad de los sectores populares en general y de las mayorías negras en específico para organizarse, luchar y hacer valer sus intereses frente a la continua regulación de la acción colectiva de parte de los gobiernos y del Estado, además de la mayor autonomía y peso de las Fuerzas Armadas en el sistema político, favorecieron la (re)producción de valores, creencias y comportamientos más disciplinados, jerárquicos y asimétricos que los argentinos que tras los menores costos de la última dictadura y la transición “controlada” hacia la democracia se expresaron en la preservación de los privilegios de los militares y de las élites que apoyaron el golpe, la pervivencia de un sistema político mayormente cerrado a los sectores históricamente excluidos y la mayor tolerancia social a los estilos de liderazgos que realzan los conceptos, procedimientos y modelos de relación propios de la cultura militarista y desprecian los ideales democráticos y las minorías. Así entendido el peso de los factores sociohistóricos para explicar los estilos de liderazgos y aun en consideración de las inclinaciones personales que se les podría adjudicar a Mauricio Macri y a Jair Bolsonaro, sus modos de accionar y ejercer el poder político no son ajenos a las sociedades en las que se desarrollan, de allí que el

análisis de las experiencias sociopolíticas de largo plazo también constituya una herramienta valiosa para conocer aquello que es tolerable y por tanto “decible” y practicable dentro de los marcos de determinadas organizaciones.

Con todo, como se enfatizó a lo largo de la tesis, lo dicho no quiere decir que la sociedad argentina sea necesariamente más democrática e igualitaria que la brasileña. Las menores asimetrías entre los grupos se formaron sobre la base de una sociedad que, si bien tuvo mayores grados de libertad para accionar y organizarse, lo hizo sin un proyecto común que ayudara a construir sobre lo destruido y a sostener, por encima de los antagonismos políticos, un orden lo suficientemente plural y con las capacidades estatales necesarias para garantizar efectivamente al conjunto los derechos y las libertades inherentes a cualquier ser humano. Así las cosas, si bien la valoración de la diversidad, la libertad y la igualdad por sobre la cultura militarista son favorables para cualquier orden que aspire a ser democrático, la mera existencia de liderazgos de estilo no-militarista no convierte a sus sociedades en igualitarias y democráticas. En este sentido, lejos de leyes generales y conclusiones universales la tesis se propuso comprender los casos estudiados a partir de una mirada atenta que contribuyera a sentar una sólida base de partida para la formulación de investigaciones futuras.

Entre otras agendas de estudio, en el nivel de la teoría se podría examinar hasta qué punto las categorías ideológicas izquierda y derecha son útiles para sintetizar y comparar tendencias políticas heterogéneas que trascienden las habituales dicotomías entre “Estado - mercado”, “secular - religioso” o “progresista - conservador” y analizar liderazgos políticos en sociedades que, si bien están atravesadas por tendencias políticas globales, las asumen, integran y “tamizan” desde sus propias lógicas y experiencias locales. Asimismo, en el nivel macro se podría profundizar en el peso de la esclavitud para explicar los patrones sociopolíticos de largo plazo y en particular evaluar si su centralidad permite comprender los vínculos de autoridad y disciplina en países con trayectorias políticas divergentes pero cuyos “resultados políticos” se asemejan, como podrían ser los liderazgos de Donald Trump en Estados Unidos y Jair Bolsonaro en Brasil. Igualmente, debido a las limitaciones derivadas de los prolongados lapsos temporales de los que se ocupa el institucionalismo histórico y la inmensidad de los temas que considera, también se podría desarrollar una agenda vinculada con el rol desempeñado por los grupos de poder en determinados sucesos históricos o bien su injerencia en la configuración y reproducción de los valores dominantes. Entre otros asuntos, profundizar en el peso de

los conceptos, modelos y procedimientos religiosos dentro de la esfera pública y en cómo su influencia en el ámbito político pudo haber interferido en la capacidad de resolver históricamente la verdad y jurídicamente la justicia en países que atravesaron violentos períodos autoritarios. En el nivel micro, se podría profundizar en el estudio de los liderazgos políticos de Mauricio Macri y Jair Bolsonaro. En especial, ampliar la evidencia empírica y la revisión conceptual de las categorías no-militarista - militarista para analizar si la clasificación se sostiene al examinar sus liderazgos a lo largo del tiempo o bien si es útil para comprender los liderazgos políticos en general tras la transición democrática en Argentina y Brasil.

La variedad de agendas e interrogantes que se desprenden del análisis de los factores sociohistóricos en Argentina y Brasil invita a reflexionar sobre el lugar que le ha destinado la ciencia política moderna a la consideración de las experiencias históricas para comprender los fenómenos políticos contemporáneos. En esta dirección, la extendida preocupación actual en torno a la influencia de los liderazgos políticos sobre la calidad de las democracias ha estado generalmente orientada al análisis de las particularidades de los líderes dejando por fuera las características de las sociedades donde se insertan. De modo similar han operado aquellos estudios que explican la radicalización de los liderazgos actuales a la luz del cambio de valores globales. Sin embargo, los problemas de las democracias contemporáneas no podrán ser superados si antes no se considera al conjunto de las memorias sociales, las condiciones históricas y las características políticas de los grupos de poder sobre las que se desarrollan. Ello, sin olvidar en el camino que, si bien la democracia comporta siempre un horizonte de insatisfacción, también es el único arreglo político que conlleva la promesa y la posibilidad de una sociedad más libre, justa e igualitaria.

Bibliografía

A Verdade. s/f. <https://averdade.org.br/2015/01/reformas-de-base-o-golpe-de-1964-e-o-anticomunismo/>

Abramowitz, Alan y Jennifer McCoy. "United States: Racial Resentment, Negative Partisanship, and Polarization in Trump's America." *ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 681 (1): 137-156. <https://doi.org/10.1177/0002716218811309>.

Academia Nacional de la Historia. 2010. *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-1914)* [en línea], Tomo 4. Buenos Aires: Planeta. <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

Alberdi, Juan Bautista. 2008 [1852]. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Ciudad de Buenos Aires: Losada.

Albernaz, Vinicius. 2020. "Análise das Características do Discurso Populista de Jair Bolsonaro nas Eleições Brasileiras de 2018". *Political Observer* (12): 131-146. <https://doi.org/10.33167/2184-2078.RPCP2019.12/>.

Alcántara Sáez, Manuel y Leticia M. Ruiz Rodríguez. 2016. "Los partidos y sistemas de partidos". *Análisis de la política. Enfoques y herramientas de la ciencia política*, coordinado por Mikel Barreda y Leticia M. Ruiz Rodríguez, 359-380. Barcelona: Huygens.

Aldé, Alessandra y Felipe Borba. 2017. Prime Time and Electoral Propaganda: The Brazilian Model of Free Airtime". En *Routledge Handbook of Political Advertising*, editado por Christina Holtz-Bacha y Marion R. Just, 87-100. New York & London: Routledge.

Alenda, Stéphanie. 2020. *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

Algañaraz Soria, Víctor Hugo. 2016. "Peronismo, dictadura y universidades privadas en la Argentina de los años 70". *Sociohistorica*, 37, e002. <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2016n37a02>

Almeida, Ronaldo de. 2021. “Dios por encima de todos: evangélicos y la elección de Bolsonaro”. En *Religiones y espacios públicos en América Latina*, editado por Renée de la Torre y Pablo Semán, 185-202. México: Clacso.

Almeida, Silvio Luiz de 2018. *O que é racismo estrutural?* Belo Horizonte: Letramento.

Altamirano, Carlos. 2001. *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas.

Alves Soares, Samuel. 2018. “¿Volvieron los militares a Brasil? La democracia obstruida por la cuestión militar”. *Nueva Sociedad*, (278): 48-58. <https://nuso.org/articulo/volvieron-los-militares-en-brasil-la-democracia-obstruida-por-lacuestion-militar/>

Alves Soares, Samuel. 2018. “¿Volvieron los militares a Brasil? La democracia obstruida por la cuestión militar”. *Nueva Sociedad* (278): 48-58. <https://nuso.org/articulo/volvieron-los-militares-en-brasil-la-democracia-obstruida-por-la-cuestion-militar/>.

Alves, Giovanni. 2000. “Do «novo sindicalismo» à «concertação social»: ascensão (e crise) do sindicalismo no Brasil (1978-1998)”. *Revista de Sociologia e Política*. (15): 111-124. <https://doi.org/10.1590/S0104-44782000000200008>

Amadeo, Mario. 1956. *Ayer, hoy, mañana*. Buenos Aires: Gure.

Andreassi, Alejandro. 1991. “Inmigración y huelga argentina, 1900-1920”. *Ayer*, (4): 117-145. <https://www.aacademica.org/alejandro.andreassi.cieri/8>

Annunziata, Rocío, Andrea Ariza y Valeria March. 2018. «Gobernar es estar cerca». Las estrategias de proximidad en el uso de las redes sociales de Mauricio Macri y María Eugenia Vidal”. *Revista Mexicana de Opinión Pública*, (24): 71-93. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484911e.2018.24.61520>

Annunziata, Rocio. 2012. “¿Hacia un nuevo modelo de lazo representativo? La representación de proximidad en las campañas electorales 2009 y 2011 en Argentina”. En *Sin programa, sin promesa. Liderazgos y procesos electorales en Argentina*, compilado por Isidoro Cheresky y Rocío Annunziata, 45-88. Buenos Aires: Prometeo.

Annunziata, Rocío. 2015. *¿Hacia una mutación de la democracia?* Buenos Aires: Prometeo.

Annunziata, Rocío. 2018. “«Si viene, yo lo voto»: la proximidad en timbreos y visitas de Mauricio Macri durante la campaña electoral y su primer año de gobierno (2015-2016)”. *Austral Comunicación*, 7 (1): 57-90.

Araujo Risso, Carla de. 2020. “La red del capital: la estrategia electoral de Jair Bolsonaro”. En *Las redes sociales como herramienta de comunicación persuasiva* [en línea], coordinado por Sheila Liberal Ormaechea y Luis Mañas Viniegra, 503-517. Mc GrawHill. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=745593>.

Argentina.gob.ar. s/f. *Asignación universal por hijo o hija (AUH)*. <https://www.argentina.gob.ar/justicia/derechofacil/leysimple/seguridad-social/asignacion-universal-por-hijo#:~:text=Es%20una%20suma%20mensual%20que,hijo%20o%20hija%20tiene%20discapacidad>.

Azzi, Riolando. 1980. “A Igreja Católica no Brasil durante o Estado Novo (1937-1945)”. *Síntese* 7 (19): 49-71. <https://faje.edu.br/periodicos/index.php/Sintese/article/view/2272>

Banco Mundial. s/f. *Crecimiento anual del Producto Bruto Interno (PBI)*. <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=AR-BR>

Banco Mundial. s/f. *Índice de GINI*. <https://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI?contextual=default&locations=AR-BR>.

Barbero, María Inés y Fernando Devoto. 1983. *Los nacionalistas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Barbosa Fraga, André, Mayra Coan Lago y Thiago Cavalieri Mourelle. 2020. *Governo Vargas: um projeto de nação*. Rio de Janeiro: 7 letras.

Barcelona Center for International Affairs (2003). *Migraciones en Brasil*. <https://www.raco.cat/index.php/AnuarioCIDOB/article/view/33926>.

Barreyro, Beatriz Gladis. 2008 “La educación superior en Brasil: raza, renta y escuela media como factores de desigualdad”. *Revista de la Educación Superior*, 37 (146): 53-64. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-27602008000200004&lng=es&tlng=es.

Barrientos del Monte, Fernando. 2013. “La Ciencia Política en América Latina: Una breve introducción histórica”. *Convergencia*, 20 (61): 105-133. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-14352013000100005&lng=es&tlng=es.

Barrientos, Manuel. 2013. “En el peronismo hay un alma permanente y un corazón contingente”. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-212274-2013-01-21.html>

Barros, Orando de y Thiago Mourelle. s/f. *Dimensões do Regime Vargas*. Grupo de investigación de la Universidad del Estado de Rio de Janeiro (UERJ). <https://www.grupodepesquisavargas.com.br/>

Battaglini, Jorge. 2013. “La Argentina desde 1983: un caso de desmilitarización del sistema político”. *Revista SAAP*, 7(2): 265-273. DOI: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-19702013000200004&lng=es&tlng=es.

Baudrillard, Jean. 1996. *El crimen perfecto*. Barcelona: Anagrama.

Bauer, Caroline Silveira. (2019). “La dictadura cívico-militar brasileña en los discursos de Jair Bolsonaro: usos del pasado y negacionismo”. *Relaciones Internacionales*, 28 (57): 37-51. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2314-27662019000200004&lng=es&tlng=es.

Bell, David. 2014. “Political Science”. En *The Oxford Handbook of Political Leadership* [en línea], editado por R. A. W. Rhodes y Paul 't Hart. Oxford University Press. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199653881.013.005.

Belvedere, Carlos, Sergio Caggiano, Diego Casaravilla, Corina Courtis, Gerardo Halpern, Diana Lenton, María Inés Pacecca. 2007. “Racismo y discurso: una semblanza de la

situación argentina”. En *Racismo y discurso en América Latina*, coordinado por Teun Van Dijk, 35-88. Barcelona: Gedisa.

Bethell, Leslie y José Murilo de Carvalho. 1991. “Brasil (1822-1850)”. En *Historia de América Latina. América Latina independiente, 1820-1870*, editado por Leslie Bethell, 319-377. Barcelona: Crítica.

Bianchi, Susana. 1994. “Catolicismo y peronismo: la religión como campo de conflicto (Argentina 1945-1955)”. *Boletín latinoamericanista*, (44): 25-37. <https://raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/view/98603/146200>

Bianchi, Susana. 1997. “La conformación de la Iglesia católica como actor político social: el episcopado argentino 1930-1960”. En *Actores, ideas y proyectos en la Argentina contemporánea*, compilado por Susana Bianchi y María Estela Spinelli, 17-48. Buenos Aires: Instituto de Estudios Históricos y Sociales.

Bittencourt, Agueda B. 2017. “A era das congregações - pensamento social, educação e catolicismo”. *Pro-Posições*, 28 (3): 29-59. <https://doi.org/10.1590/1980-6248-2016-0117>

Blondel, Jean y Jean-Louis Thiebault. 2010. *Political Leadership Parties and citizens: The Personalisation Of Leadership. Political Leadership Parties and Citizens: ThePersonalisationofLeadership*. Londres: Routledge.

Blondel, Jean. 1987. *Political Leadership. Towards a General Analysis*. Londres: Sage.

Bobbio, Norberto. 1989. *Liberalismo y democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bobbio, Norberto. 1994. *El futuro de la democracia*. Buenos Aires: Planeta-Agostini.

Bohoslavsky, Ernesto. 2017. “Nacionalismos autoritarios y nacionalismos populistas: cercanías y distancias en Sudamérica (1930-1960)”. En *Nacionalismos, religiones y globalización*, coordinado por Luis Donatello, Fortunato Mallimaci y Julio Pinto, 133-152. Buenos Aires: Biblos.

Bolcatto, Andrea. 2020. “Tensiones democráticas: las reconfiguraciones institucionales y culturales en los nuevos escenarios conservadores”. En *Los nuevos rostros de la derecha en América Latina* [en línea], compilado por Andrea Bolcatto y Gastón Souroujon, 17-

Bolognesi, Bruno, Adriano Codato, Flávia Babireski y Karolina Roeder. 2020. “Hacia una clasificación ideológica y sociográfica de las derechas brasileñas”. En *Anatomía de la derecha chilena: estado, mercado y valores en tiempos de cambio*, editado por Stéphanie Alenda, 323-346. Santiago de Chile: FCE.

Bolognesi, Bruno, Adriano Codato, Flávia Babireski y Karolina Roeder. 2020. “Hacia una clasificación ideológica y sociográfica de las derechas brasileñas”. En *Anatomía de la derecha chilena: estado, mercado y valores en tiempos de cambio*, editado por Stéphanie Alenda, 323-346. Santiago de Chile: FCE.

Bonnin, Juan Eduardo. 2015. “Los discursos sobre la reconciliación: variaciones en torno al perdón, la verdad y la justicia”. En *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, coordinado por Claudia Feld y Marina Franco, 225-268. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bosoer, Fabián y Leiras, Santiago. 1999. “Posguerra fría, ‘neodecisionismo’ y nueva fase del capitalismo: el alegato del Príncipe-gobernante en el escenario global de los ’90”. En *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina* [en línea], compilado por Atilio Borón, Julio Gambina y Naúm Minsburg, 107-123. Buenos Aires: Eudeba-Clacso.
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D1056.dir/tiempos2.pdf>

Botana, Natalio. 1984. *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana.

Botana, Natalio. 1986. *El orden conservador*. Buenos Aires: Hyspamerica.

Bourdieu, Pierre. 1984. *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal.

Bourdieu, Pierre. 1988. *Espacio social y poder simbólico*. Cosas dichas. Buenos Aires: Gedisa, 1988.

Bratton, Michael y Nicholas van de Walle. 1997. *Democratic Experiments in Africa: Regime Transitions in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.

Buarque, Cristovam. 1993. *O que é apartação. O Apartheid Social No Brasil*. San Pablo: Brasiliense.

Bunce, Valerie. 1981. *Do New Leaders Make a Difference?* Princeton: Princeton University Press.

Burns, James MacGregor Burns. 1978. *Leadership*. New York: Harper and Row.

Cáceres Freyre, Julián. 1984. “Los africanos y su influencia en la población argentina”. *Indiana*, (9): 433-456. <https://doi.org/10.18441/ind.v9i0.433-456>

Caimari, Lila. 2002. “El peronismo y la Iglesia Católica”. En *Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, dirigido por Juan Carlos Torre, 441-479. Buenos Aires: Sudamericana.

Calvo, Ernesto y Marcelo Escolar. 2005. *La nueva política de partidos en Argentina. Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*. Buenos Aires: Prometeo.

Cambiamos. 2015. *Plataforma electoral Cambiamos*. Consulta julio-agosto 2021. <https://ucr.org.ar/index.php/lo-que-somos/plataforma-cambiamos>

Camerlo, Marcelo. 2018. “Presidents and Democracy in Latin America”. *Estudios Políticos*, (180): 335-340. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6506808>

Campos, Esteban. 2019. “De aristócratas revolucionarios a vanguardia de clase. La revisión del peronismo en Tacuara y sus agrupaciones derivadas”. *Prohistoria*, Año XXII, (32): 155-181. DOI:10.35305/prohistoria.vi.1107

Canelo, Paula. 2016. *La política secreta de la última dictadura argentina (1976-1983). A 40 años del Golpe de Estado*. Buenos Aires: Edhasa.

Carbonelli, Marcos y Pablo Semán. 2018. “El poder real del voto confesional”. *Anfibia*. <http://revistaanfibia.com/ensayo/poder-real-del-voto-confesional/>

Carbonelli, Marcos. 2016. "Los evangélicos y la arena partidaria en la Argentina contemporánea". *Estudios Políticos*, (37): 193-219. <https://doi.org/10.1016/j.espol.2016.02.008>.

Carbonelli, Marcos. 2020. *Los evangélicos en la política argentina. Crecimiento en los barrios y derrotas en las urnas*. Buenos Aires: Biblos.

Cardoso, Fernando H. 1988. "Los empresarios y el proceso de transición: el caso brasileño". En *Transiciones desde un gobierno autoritario*, compilado por Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead, T4, 213-234. Buenos Aires: Paidós.

Caro, Matías. 2019. "La configuración del modelo sindical de Argentina y Brasil en su relación con el Estado (De la colonia al neoliberalismo)". *Trabajo y sociedad* (33): 447-463.

Caruncho, Lucía. 2020. "Partidos de derecha y estilos de liderazgo. Notas sobre el PRO argentino y el PSL brasileño". *Colombia Internacional*, (103): 85-109. <https://doi.org/10.7440/colombiaint103.2020.08>.

Carvalho, José Murilo de. 1995. *Desenvolvimento de la ciudadanía en Brasil*. México: Colegio de México.

Carvalho, José Murilo de. 1997. *La formación de las almas. El imaginario de la República en el Brasil*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Carvalho, José Murilo de. 2005. *Forças Armadas e política no Brasil*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

Carvalho, José Murilo de. 2006. *As Forças Armadas na Primeira República*. En *História geral da civilização brasileira. Sociedade e instituições (1889-1930)*, tomo III, 9, dirigido por Boris Fausto, 197-251. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

Carvalho, José Murilo de. 2008. *A construção da ordem. A elite política imperial. Teatro de sombras. A política imperial*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Castiglione, Marta. 1992. *La militarización del Estado en la Argentina (1976/1981)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Casullo, María Esperanza. 2014. “¿En el nombre del pueblo? Por qué estudiar al populismo hoy”. *POSTData*, 19 (1): 277-313. <http://www.revistapostdata.com.ar/2014/11/en-el-nombre-del-pueblo-por-que-estudiar-al-populismo-hoy-maria-esperanza-casullo/>

Casullo, María Esperanza. 2019. *¿Por qué el populismo funciona? El discurso que sabe construir explicaciones de un mundo en crisis*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI.

Catalina Smulovitz y Enrique Peruzzotti. 2000. “Societal Accountability in Latin America. *Journal of Democracy*, 11 (4): 147-158.

Catoggio, María Soledad. 2007. “Dictaduras institucionales de las Fuerzas Armadas y procesos de legitimación religiosa en Brasil, Argentina y Chile” [en línea]. XI Jornadas

Catoggio, María Soledad. 2010. “La última dictadura militar argentina (1976-1983): la ingeniería del terrorismo de Estado”. *Mass Violence & Résistance*, [en línea]. <http://bo-k2s.sciences-po.fr/mass-violence-war-massacre-resistance/en/document/la-ultima-dictadura-militar-argentina-1976-1983-la-ingenieria-del-terrorismo-de-estado>, ISSN 1961-9898

Cavaliere Mourelle, Thiago. 2014. “1935: El año en que Vargas casi deja la presidencia de Brasil”. *e-latina*, 12 (46) [en línea]. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/66>

Cavarozzi, Marcelo. 1976. “Populismos y «Partidos de clase media» (Notas comparativas)”. *Revista Mexicana de Sociología*, 39 (1): 119-154. <https://doi.org/10.2307/3539792>

Celton, Dora. 2000. “La población. Desarrollo y características demográficas”. En *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-1914)*, [en línea], Tomo 4, 45-75. Buenos Aires: Planeta. <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

Chasqueti, Daniel. 2001. “Democracia, multipartidismo y coaliciones en América Latina: evaluando la difícil combinación”. En *Tipos de presidencialismo y coaliciones*

políticas en América Latina [en línea], compilado por Jorge Lanzaro, 319-359. Buenos Aires: Clacso. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20101028013651/lanzaro.pdf>

Cheresky, Isidoro. 2006. *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.

Claudino, Gilz y Cleonice Aparecida de Souza. 2020. “Revista Vozes de Petrópolis: a presença dos franciscanos na educação brasileira por meio de impresos”. *Revista Iberoamericana do Patrimônio Histórico-Educativo*, 6: 1-18. https://doi.org/10.20888/ridphe_r.v6i00.13506

Código Electoral Nacional de la República Argentina. s/f. <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/15000-19999/19442/texact.htm>

Código Electoral Nacional de la República del Brasil. s/f. https://www.tse.jus.br/hotsites/catalogo-publicacoes/pdf/codigo_eleitoral/codigo-eleitoral-anotado-e-legislacao-complementar-13-edicao-atualizado.pdf.

Colazingari, Silvia y Vicente Palermo. 2016. “Peronismo clásico y peronismo plebeyo: El populismo de la globalización”. *Temas y Debates*, (32): 27-49. <https://doi.org/10.35305/tyd.v0i32.342>

Collier, David y Gerardo L. Munck. 2022. *Critical Junctures and Historical Legacies: Insights and Methods for Comparative Social Science*. Berkeley: Rowman & Littlefield.

Collier, Ruth y David Collier. 1991. “Framework: Critical Junctures and Historical Legacies”. En *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, 29-36. New Jersey: Princeton University Press.

Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep). 1984. *Nunca Más*. Buenos Aires: Eudeba.

Comitia Consulting. 2018. *Jair Bolsonaro - Spot 3*. https://www.youtube.com/watch?v=1DnyCSQiLCc&ab_channel=ComitiaConsulting.

Conde Cortés, Roberto. 1998. “La economía de exportación de argentina, 1880-1920”. *Anuario IEHS*, 13: 27-76.

Constituição da República Federativa do Brasil (1988-2020). s/f. https://www.planalto.gov.br/ccivil_03/constituicao/constituicao.htm.

Coppedge, Michael, John Gerring, Carl Henrik Knutsen, Staffan I. Lindberg, Jan Teorell, Kyle L. Marquardt, Juraj Medzihorsky, Daniel Pemstein, Nazifa Alizada, Lisa Gastaldi, Garry Hindle, Josefine Pernes, Johannes von Römer, Eitan Tzelgov, Yi-ting Wang y Steven Wilson. 2021. “V-Dem Methodology v11.1”. *Varieties of Democracy* (V-Dem) Project. <https://www.v-dem.net/static/website/img/refs/methodologyv111.pdf>

Cora Gamarnik, María Laura Guembe, Vanina Agostini y María Celina Flores. 2019. “El regreso de los soldados de Malvinas: la historia de un ocultamiento”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [Online]. <http://journals.openedition.org/nuevomundo/76901>; DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.76901>

Cordero, Guido. 2021. “El fortín sitiado: progreso y racismo en Argentina”. *Nueva Sociedad*, (292): 82-95. <https://nuso.org/articulo/el-fortin-sitiado-progreso-y-racismo-en-argentina/>

Cortés Conde, Roberto. 1979. *El progreso argentino 1880-1914*. Buenos Aires: Sudamericana.

Cortés Conde, Roberto. 1979. *El progreso argentino. 1880-1914*. Buenos Aires: Sudamericana

Costa Lobo, Marina. 2014. “Party and Electoral Leadership”. En *The Oxford Handbook of Political Leadership* [en línea], editado por R. A. W. Rhodes y Paul 't Hart. Oxford University Press DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199653881.013.031

Costantini, Jaime Jordan y Mauricio Vaz Lobo Bittencourt. 2014. “Índice de inestabilidad política del Brasil, 1889-2009”. *Revista Cepal*, (114): 183-203. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/37443>

Crespo Martínez, Ismael y Cristina Moreno Martínez. 2015. “Los efectos de la comunicación política en el comportamiento electoral”. *Revista de Derecho Electoral*, (20): 76-110. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5605180>.

Crespo, Ismael, Antonio Garrido, Ileana Carletta y Mario Riorda. 2011. *Manual de comunicación política y estrategias de campaña*. Biblios.

Crivelli, Eduardo. 2000. "Las sociedades indígenas". En *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-1914)* [en línea], Tomo 4, 161-188. Buenos Aires: Planeta. <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

Cucchetti, Humberto. 2010. "Socialización intensiva y violencia en el peronismo: el problema de la lucha armada en Guardia de Hierro". *Lucha armada*, Anuario de Lucha Armada en Argentina.

Cucchetti, Humberto. 2013. "¿Derechas peronistas? Organizaciones militantes entre nacionalismo, cruzada anti-montonera y profesionalización política". *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [en línea]. DOI:10.4000/nuevomundo.65363

Cucchetti, Humberto. 2016. "Guardia de Hierro y el peronismo. Anticapitalistas, antiliberales y fieles a Perón (1962-1974)". *Todo es Historia*, 592: 16-27.

Cunha, Luiz A. 2013. "O Sistema Nacional de Educação e o ensino religioso nas escolas públicas". *Educação y Sociedade*, 34 (124): 925-941. <https://doi.org/10.1590/S0101-73302013000300014>

Cunha, Luiz A. 2017. "Las políticas educativas en Brasil: entre el confesionalismo y la laicidad". En *Nuevos retos y perspectivas de laicidad*, coordinado por Pauline Capdevielle, 163-182. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

D'Alessandro, Martín y Gabriela Ippolito-O'Donnell. 2015. *La ciencia política de Guillermo O'Donnell*. Ciudad de Buenos Aires: Eudeba.

D'Alessandro, Martín. 2007. "Liderazgo político". En *Política. Cuestiones y problemas*, coordinado por Luis Aznar y Miguel De Luca, 305-336. Buenos Aires: Emecé.

D'Alessandro, Martín. 2010. "Los partidos políticos y la representación democrática. La evolución de su desarrollo teórico", *Institutos*, 1-35 <https://www.ancmvp.org.ar/user/files/01DAlessandro.pdf>

D'Alessandro, Martín. 2014. "Las campañas presidenciales en la Argentina democrática. Análisis de la oferta de políticas a partir de 1983. En *Los resultados de la democracia. Información, partidos e instituciones políticas en la Argentina reciente*, 17-82. Buenos Aires: Eudeba.

D'Alessandro, Martín. 2017. "Political Advertising in Argentina". En *Routledge Handbook of Political Advertising*, editado por Christina Holtz-Bacha y Marion R. Just, 75-87. Nueva York New York & London: Routledge.

Da Matta, Roberto. 1986. *O que faz brasil, Brasil?* Rio de Janeiro: Rocco.

Dahl, Robert. 1989. *La poliarquía. Participación y oposición*. Madrid: Tecnos.

Dalton, Russell y Hans-Dieter Klingemann. 2009. "Citizens and Political Behavior". En *The Oxford Handbook of Political Behavior* [en línea], editado por Russell Dalton y Hans-Dieter Klingemann. Oxford University Press. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199270125.003.0001

Dalton, Russell. 2002. *Citizen Politics: Public Opinion and Political Parties in Advanced Industrial Democracies*. Nueva York: Chatham House.

Damill, Mario. 2005. "La economía y la política económica: del viejo al nuevo endeudamiento". En *Nueva historia argentina. Dictadura y democracia (1977-2001)*, Tomo X, coordinado por Juan Suriano, 155-224. Buenos Aires: Sudamericana.

Dary, Claudia. 2019. "Guatemala: entre la biblia y la constitución". En *Antología del pensamiento crítico guatemalteco contemporáneo* [en línea], compilado por Ana Silvia Monzón, 83-119. Buenos Aires: Clacso. <https://www.clacso.org/antologia-del-pensamiento-critico-guatemalteco-contemporaneo/>

Davis, Darién. 2020. "De opresivo a benigno: Historia comparada de la construcción de la blancura en Brasil en la época de la post-abolición". *Journal of Hispanic and Lusophone Whiteness Studies (HLWS)*, 1: 29-46. <https://digitalcommons.wou.edu/hlws/vol1/iss2020/3>

De Castro Gomes, Angela Maria. 1988. *A Invenção do Trabalhismo*. Rio de Janeiro: FGV.

De Castro, Angela Maria. 1998. *A invenção do trabalhismo*. Rio de Janeiro: IUPERJ.

De la Torre, Carlos. 2008. "Populismo, ciudadanía y Estado de derecho". En *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*, editado por Carlos de la Torre y Enrique Peruzotti, 23-54. Quito: Flacso Ecuador.

De la Torre, Carlos. 2017. "Populism in Latin America". En *The Oxford Handbook of Populism*, editado por Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paulina Ochoa Espejo, Paul Taggart y Pierre Ostiguy Rovira Kaltwasser, 251-270. Oxford: Oxford University Press.

De Lima Grecco, Gabriela. 2015. "Redes de poder durante el «Estado Novo» brasileño: los intelectuales autoritarios y la constelación Capanema". *Revista Páginas*, 7 (15): 48-62. <https://doi.org/10.35305/rp.v7i15.169>

De Marco, Miguel Ángel. 2000. "Introducción". En *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-1914)* [en línea], Tomo 4, 13-42. Buenos Aires: Planeta. <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

Deegan-Krause, Kevin. 2007. "New Dimensions of Political Cleavage". En *Oxford Handbook of Political Science*, editado por Russell Dalton and Hans-Dieter Klingemann. Oxford: Oxford University Press.

Degiustti, Danilo y Gerardo Scherlis. 2019. "Los costos de formación y la variación del número de partidos políticos en las provincias argentinas". *SAAP*, 13 (1): 157-179. <https://doi.org/10.46468/18531970.13.1.N2>.

Degler, Carl. 1971. *Neither Black nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*. Nueva York: Mcmillan.

Delich, Francisco. 1974. *Crisis y protesta social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Delrio, Walter y Ana Ramos. 2011. "Genocidio como categoría analítica: Memoria social y marcos alternativos". *Corpus*, 1(2). DOI: 10.4000/corpusarchivos.1129

Devoto, Fernando. 2000. "La inmigración". En *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-1914)*, [en línea], Tomo 4, 77-107. Buenos Aires: Planeta. <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

Devoto, Fernando. 2002. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Devoto, Fernando. 2010. "Los proyectos de un grupo de intelectuales católicos argentinos entre las dos guerras". En *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares*

de la «ciudad letrada» en el siglo XX, dirigido y editado por Carlos Altamirano, 349-372. Buenos Aires: Katz.

Di Tella, Guido. 1985. *Perón-Perón. 1973-1976*. Buenos Aires: Hyspamerica.

Di Tella, Torcuato S. 1993. *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Di Tella, Torcuato S. 1998. *Crisis de representatividad y partidos políticos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Diamint, Rut y Laura Tedesco. 2019. *Demócratas o usurpadores. Una tipología de líderes políticos sudamericanos*. Ciudad de Buenos Aires: EUDEBA.

Diamint, Rut. 2018a. “¿Quién custodia a los custodios? Democracia y uso de la fuerza en América Latina”. *Nueva Sociedad*, (278): 24-35. <https://nuso.org/articulo/quien-custodia-los-custodios-democracia-y-uso-de-la-fuerza-en-america-latina/>

Diamint, Rut. 2018b. “El rol de los militares en tiempos de democracia”. *Le Monde Diplomatique*, 223. https://www.utdt.edu/ver_notas_prensa.php?id_nota_prensa=14755&id_item.

Diarios históricos. s/f. *La primera versión de la historia*. <http://diarioshistoricos.blogspot.com/>

Diz, María Luisa. 2014. “Los liderazgos políticos y sus dilemas en el presente de Argentina y Chile”. *POSTData*, 19 (1): 299-241. <http://www.revistapostdata.com.ar/2014/06/los-liderazgos-politicos-y-sus-dilemas-en-el-presente-de-argentina-y-chile-maria-luisa-diz/>

Djenderedjian, Julio y Gustavo L. Paz. 2016. La historia económica y social del ciclo independentista (1780-1830): un balance de los años recientes. *Revista Investigaciones y Ensayos*, 62: 81 -121. <https://repositorio.anh.org.ar/bitstream/anh/278/4/N62%20-%20Julio%20Djenderedjian%2C%20Gustavo%20Paz%20.pdf>.

Domingues, José Mauricio. 2022. “Extreme-right, Democracy and Oligarchy: Brazil in the Global Context”. *Revista Euro Latinoamericana de Análisis Social y Político (RELASP)*, 2(3): 101-116. <https://doi.org/10.35305/rr.v2i3.10>

Domingues, José. Maurício. 2022. "Extreme-right, democracy and oligarchy: Brazil in the global context". *Revista Euro Latinoamericana de Análisis Social y Político*, 2(3): 101-116. <https://doi.org/10.35305/rr.v2i3.10>

Donatello, Luis Miguel. 2008. "Sobre algunos conceptos para comprender las relaciones entre religión y guerrilla en la Argentina de los '60 y '70" [en línea]. *Nuevo mundo Mundos Nuevos*. URL: <http://nuevomundo.revues.org/index38972.html>

Donatello, Luis Miguel. 2011. "Catolicismo y elites en la Argentina del siglo XXI". *Estudios Sociológicos*, 29 (87): 833-855. <http://www.jstor.org/stable/23043456>.

Donatello, Luis y Fortunato Mallimaci. 2013. "¿Modernización y diferenciación? Estado, sociedad y mundo católico en la argentina de masas: los años 50,60 y 70". *La influencia de las religiones en el Estado y la nación argentina*, compilado por Julio Pinto y Fortunato Mallimaci, 149-162. Ciudad de Buenos Aires: Eudeba.

Donatello, Luis, Julio Pinto y Fortunato Mallimaci. 2017. *Nacionalismos, religiones y globalización*. Ciudad de Buenos Aires: Biblos.

Dos Santos, Mario. 1992. *¿Qué queda de la representación política?* Caracas: Nueva Sociedad.

Doyon, Louise. 2002. "La formación del sindicalismo peronista". *En Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, dirigido por Juan Carlos Torre, 357-405. Buenos Aires: Sudamericana.

Duverger, Maurice. 2012 [1951]. *Los partidos políticos*. México DF: Fondo de Cultura Económica

Echeverría, Olga. 2002. "Los intelectuales católicos hasta el golpe de estado de 1930: la lenta constitución del catolicismo como actor autónomo en la política argentina". *Anuario del IEHS*, (17): 77-107. <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2002/005%20-%20Echeverr%C3%ADa,%20Olga%20-%20Los%20intelectuales%20cat%C3%B3licos....pdf>

Elgie, Robert. 1995. *Political Leadership in Liberal Democracies*. Londres: MacMillanPress.

Elgie, Robert. 2011. *Semi-presidentialism: Sub-types and Democratic Performance*. Oxford: Oxford University Press.

Elgie, Robert. 2012. "Political Leadership in Old and New Democracies". En *Comparative Political Leadership*, editado por Ludger Helms, 272-291. Londres: Palgrave Macmillan.

Elster, Jon. 1998. "Coming to Terms with the Past: A Framework for the Study of justice in the Transition to Democracy". *Archives européennes de sociologie*, 39 (1): 7-48.

Evans, Geoffrey y Nan Dirk de Graaf. 2013. *Political Choice Matters: Explaining the Strength of Class and Religious Cleavages in Cross-National Perspective*. Oxford: Oxford University Press.

Fair, Hernán. 2014. "El (no) debate político e ideológico en torno al núcleo nodal de la hegemonía menemista. El caso del significativo estabilidad durante la etapa de sedimentación del orden neoliberal". *Revista PostData*, 19(2): 583-635.

Fair, Hernán. 2017. "La construcción político-discursiva del liderazgo de Fernando de la Rúa en la última etapa de su Gobierno". *Revista SAAP*, 11(1): 69-102. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-19702017000100003&lng=es&tlng=es.

Fausto, Boris y Fernando J. Devoto. 2005. *Brasil e Argentina. Um ensaio de história comparada (1850-2002)*. Rio de Janeiro: Editora 34.

Fausto, Boris. 1995. *História do Brasil*. São Paulo: Edusp.

Fausto, Boris. 1997. *A revolução de 1930: história e historiografia*. San Pablo: Companhia das Letras.

Fausto, Boris. 2001. *O pensamento nacionalista autoritário (1920-1940)*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

Fausto, Boris. 2006. *Getúlio Vargas*. San Pablo: Companhia das Letras.

Fausto, Boris. 2016. *Trabalho Urbano e Conflito Social (1890-1920)*. San Pablo: Companhia das Letras.

Feld, Claudia y Marina Franco. 2015. "Introducción". En *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, coordinado por Claudia Feld y Marina Franco, 9-22. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Feld, Claudia. 2015. "La prensa de la transición ante el problema de los desaparecidos: el discurso del «show del horror»". En *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, coordinado por Claudia Feld y Marina Franco, 269-316. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Fernandes, Florestan. 1972. *O negro no mundo dos brancos*. San Pablo: Difusão Européia do Livro.

Foweraker, Joe y Todd Landman. 1997. *Citizenship Rights and Social Movements: A Comparative and Statistical Analysis*. Oxford: Oxford University Press.

Franklin, Mark, Tom Mackie, Henry Valen y Donley T. Studlar. 1992. *Electoral Change: Responses to Evolving Social and Attitudinal Structures in Western Countries*. Cambridge: Cambridge University Press

Frederic, Sabina. 2015. "La formación de los militares argentinos en democracia: panorama y desafíos futuros". *Voces en el Fenix*. <https://vocesenelfenix.economicas.uba.ar/la-formacion-de-los-militares-argentinos-en-democracia-panorama-y-desafios-futuros/>.

Freidenberg, Flavia. 2007. *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Madrid: Editorial Síntesis.

Freitas, Fernando, Maria Vilarino y Mauro Santos. 2019. "Os Soldados da Borracha: a migração de trabalhadores cearenses para a Amazônia no âmbito da participação do Brasil na Segunda Guerra Mundial". *História Unicap*. 6 (107): 107-117. 10.25247/hu.2019.v6n11.p107-117.

Freston, Paul. 1994. "Popular Protestants in Brazilian Politics: A Novel Turn in Sect-State Relations". *Social Copass*, 41(4): 537-570. <https://doi.org/10.1177/003776894041004007>

Freyre, Gilberto. 2003 [1933]. *Casa-grande e senzala. Formação da família brasileira sob o regime da economia patriarcal* [en línea]. Recife: A Global Editora. https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/229314/mod_resource/content/1/Gilberto%20Freyre%20-%20Casa-Grande%20e%20Senzala.pdf.

Frigerio, Alejandro. 2019. “La experiencia religiosa pentecostal”. *Nueva Sociedad*, (280): 47-54. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/2.TC_Frigerio_280.pdf

Gacha Garay, Juan Manuel. 2020. “La estrategia digital de la campaña presidencial de Jair Bolsonaro en 2018, bajo lógicas de construcción de identidades y alteridades políticas” *Tesis de grado Pontificia Universidad Javeriana de Colombia*. <http://hdl.handle.net/10554/51499>.

Gains, Francesca. 2014. “Observational Analysis”. En *The Oxford Handbook of Political Leadership* [en línea], editado por R. A. W. Rhodes y Paul 't Hart. Oxford University Press. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199653881.013.031.

Gallo, Ezequiel. 2000. “La consolidación del Estado y la reforma política (1880-1914)”. En *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-c. 1914)*, [en línea], Academia Nacional de la Historia, Tomo 4, 512-542. Buenos Aires: Planeta. <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

García Beaudoux, Virginia y Orlando D’Adamo. 2006. “Comunicación política y campañas electorales. Análisis de una herramienta comunicacional: el spot televisivo”. *Polis*, 2 (2): 81-111. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-23332006000200081&lng=es&tlng=es.

García Holgado, Benjamín y Nicolás Taccone. 2018. “Diseño institucional e inestabilidad presidencial en autoritarismos: el Proceso de Reorganización Nacional en la Argentina (1976-1983)”. *Idaes*, 58 (224): 3-24. <https://www.jstor.org/stable/i40210954>

Geler, Lea y María Ghidoli. 2019. “Falucho, paradojas de un héroe negro en una nación blanca. Raza, clase y género en Argentina”. *Avances del Cesor*, 16 (20): 1-27. <http://hdl.handle.net/2133/15555>

Gerchunoff, Pablo y Damián Antúnez .2002. De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo. En *Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, dirigido por Juan Carlos Torre, 125-206. Buenos Aires: Sudamericana.

Ghio, José María. 2007. La iglesia católica en la política argentina. Buenos Aires: Prometeo.

Gibson, Edward. 1996. *Class and Conservative Parties*. Baltimore: John Hopkins University Press.

Gil, Germán (2019 [1989]). *La izquierda peronista. Transitando los bordes de la revolución*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Giménez, Sebastián. 2010. “Los antiperonistas frente al desafío de la pacificación”. *Memoria Académica de las VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5054/ev.5054.pd

Godio, Julio. 1972. *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina, inmigrantes asalariados y lucha de clases 1880-1910*. Buenos Aires: Erasmo

Godio, Julio. 1986. *Perón: Regreso, soledad y muerte (1973-1974)*. Buenos Aires: Hispanoamérica.

Godio, Julio. 1986. *Perón: Regreso, soledad y muerte*. Buenos Aires: Hyspamerica.

Godio, Julio. 2000. *Historia del movimiento obrero argentino 1870-2000. La época de las corrientes sindicales fundadoras (1870-1943)*. Tomo I. Buenos Aires: Corregidor.

Godio, Julio. 2001. *Historia del movimiento obrero argentino 1870-2000. La época de hegemonía del sindicalismo peronista (1943-2000)*. Tomo II. Buenos Aires: Corregidor.

Goffman, E. 2001 [1961]. *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

Goldman, Noemí. 2003. “Formas de gobierno y opinión pública o la disputa por la acepción de las palabras, 1810-1827”. En *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, compilado por Hilda Sabato y Alberto Lettieri, 44-56. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Goldstein, Ariel. 2017. “El peronismo y la política brasileña en la prensa tradicional. De las representaciones "distanciadas" a la formación de un estereotipo”. *Anuario IEHS*, 32 (2): 127-148. <http://hdl.handle.net/11336/74409>.

Goldstein, Ariel. 2019. *La democracia de Brasil en peligro*. Buenos Aires: Marea.

Goldstein, Ariel. 2020. *Poder Evangélico. Cómo los grupos religiosos están copando la política en América*. Buenos Aires: Marea.

Gómez, Alicia. 2015. “Enfoques recientes para el análisis del cambio institucional. La teoría distribucional del cambio gradual”. *Política y gobierno*, XXII (2): 391-415. <http://www.politicaygobierno.cide.edu/index.php/pyg/article/view/690>

Gonzalez-Rozada, Martín. 2019. Evolución Histórica de la desigualdad de ingresos y de la incidencia de la pobreza en Argentina. Foco Económico. <https://dev.focoeconomico.org/2019/04/10/evolucion-historica-de-la-desigualdad-de-ingresos-y-de-la-incidencia-de-la-pobreza-en-argentina/>.

Graham, Richard. 1991. “Brasil (1850-1870)”. *Historia de América Latina. América Latina independiente 1820-1870*, editado por Leslie Bethell, 378-418. Barcelona: Crítica.

Graham, Richard. 1999. “Ciudadanía y jerarquía en el Brasil esclavista”. En *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, coordinado por Hilda Sabato, 345-370. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Grieco y Bavio, Alfredo. 2022. “En el gobierno Bolsonaro, se multiplicó por tres el número de militares en cargos civiles de la administración brasileña”. *El DiarioAR*. https://www.eldiarioar.com/mundo/gobierno-bolsonaro-multiplico-tres-numero-militares-cargos-civiles-administracion-brasilena_1_9056951.html.

Grimson, Alejandro. 2018. “Frente a la extrema derecha”. *Le Monde Diplomatique*, 20 (233): 3, 11.

Groppa, Alejandro J. 2009. *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getúlio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Villa María: EDUVIM.

Grossi, María y Mario Dos Santos. 1987. “La concertación social; una perspectiva sobre los instrumentos de regulación económico-social en procesos de democratización”. En

«Proceso», crisis y transición democrática/I, compilado por Oscar Oszlak, 136-163. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

GrupoMaga. 2015. Dímelo Tu. 2015. *Mauricio Macri y Mariana Arias*. https://www.youtube.com/watch?v=y948d0JgBoA&list=PLH0j0zkdLD2N8CTmU1liVx14ckHlzzrhR&index=6&t=170s&ab_channel=GrupoMagaDimeloTu.

Guimarães, Antonio Sergio. 2002. "Democracia racial: el ideal, el pacto y el mito". *Estudios Sociológicos*, XX (2): 305-333. <https://www.redalyc.org/pdf/598/59805902.pdf>

Gutiérrez, Alicia. 2005. *Las prácticas sociales*. Una introducción a Pierre Bourdieu. Córdoba: Ferreyra editor.

Hagopian, Francis. 1990. "Democracy by Undemocratic Means?: Elites, Political Pacts, and Regime Transition in Brazil". *Comparative Political Studies*, 23 (2): 147-170. <https://doi.org/10.1177/0010414090023002001>

Hagopian, Francis. 2005. "Derechos, representación y la creciente calidad de la democracia en Brasil y Chile". *Política y Gobierno*, 12 (1): 41-90. <http://www.politicaygobierno.cide.edu/index.php/pyg/article/view/309>.

Hagopian, Francis. 2009. *Religious Pluralism, Democracy, and the Catholic Church in Latin America*. Notre Dame: University of Notre Dame.

Hagopian, Francis. 2009. *Religious Pluralism, Democracy, and the Catholic Church in Latin America*. Notre Dame: University of Notre Dame.

Hagopian, Francis. 2009a. "Introduction: The New Landscape". En *Religious Pluralism, Democracy, and the Catholic Church in Latin America*, editado por Francis Hagopian, 1-66. Notre Dame: University of Notre Dame.

Hagopian, Francis. 2009b. "Social Justice, Moral Values or Institutional Interests. Church Responses to the Democratic Challenge in Latin America". En *Religious Pluralism, Democracy, and the Catholic Church in Latin America*, editado por Francis Hagopian, 257-331. Notre Dame: University of Notre Dame.

Hall, Michael M. y Hobart Spalding Jr. 2000. "La clase trabajadora urbana y los primeros movimientos obreros de América Latina, 1880-1930". En *Historia de América Latina*.

América Latina. América Latina: Economía y sociedad, 1870-1930, Tomo VII, James editado por Leslie Bethell, 281-315. Barcelona: Crítica.

Hall, Peter Rosemary Taylo. 1996. "Political Science and the three New Institutionalisms". *Political Studies*, 44 (5): 936-957. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.1996.tb00343.x>.

Hall, Peter. 1986. *Governing the Economy. The Politics of State Intervention in Britain and France*. Nueva York: Oxford University Press.

Halperín Donghi, Tulio. 1985. *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*. Madrid: Alianza.

Halperín Donghi, Tulio. 1991. "Economía y sociedad". *Historia de América Latina. América Latina independiente 1820-1870*, editado por Leslie Bethell, 3-41. Barcelona: Crítica.

Halperín Donghi, Tulio. 2004. *La República imposible (1930-1945)* [en línea]. Biblioteca del Pensamiento Argentino: Emecé. <https://ens9004-infd.mendoza.edu.ar/sitio/historia-argentina/upload/08-%20HALPERIN%20DONGHI%20-%20Tomo%205%20-%20La%20Republica%20Imposible%20%281930%20-%201945%29.pdf>

Halperín Donghi, Tulio. 2005. *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires: Siglo XXI

Halperín Donghi, Tulio. 2013. *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Halperín Donghi, Tulio. 2014. *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Häntzsch, Carolina Verena Franco. 2022. "Dos miradas, dos ausencias. Estrategia y discurso en torno a la inasistencia de Daniel Scioli y Jair Bolsonaro a los Debates Presidenciales Televisados". *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación. Ensayos*, (112): 102-132. <https://dx.doi.org/10.18682/cdc.vi112.4094>.

Hasenbalg, Carlos. 2005. *Discriminação e desigualdades raciais no Brasil*. Belo Horizonte: UFMG.

Hasenbalg, Carlos. 2018. "Raza y política en Brasil". *Antología Del Pensamiento Crítico Brasileño Contemporáneo* [en línea], editado por Breno Bringel y Antonio Brasil, 529-563. Clacso. <https://doi.org/10.2307/j.ctvnp0k3f>

Hawkins Kirk, Herbert Kitschelt e Iván Llamazares. 2010. "Programmatic Structuration Around Religion and Political Regime". En *Latin American Party Systems*, editado por Herbert Kitschelt, Kirk Hawkins, Juan Luna, Guillermo Rosas y Elizabeth Zechmeister, 236-278. Nueva York: Cambridge University Press.

Hawkins, Kitschelt y Cristóbal Rovira Kaltwasser. 2017. "What The (Ideational) study of populism can teach us, and what it can't". *Swiss Political Science Review*, 23(4), 526-542. doi:10.1111/spsr.12281

Helmke, Gretchen y Steven Levitsky. 2004. "Informal Institutions and Comparative Politics: A Research Agenda". *Perspectives on Politics*, 2 (4): 725-39. <http://www.jstor.org/stable/3688540>.

Helms, Ludger. 2005. *Presidents, Prime Ministers and Chancellors: Executive Leadership in Western Democracies*. London: Palgrave Macmillan.

Helms, Ludger. 2012. "Introduction: The importance of Studing Political Leadership Comparativly". En *Comparative Political Leadership*, editado por Ludger Helms, 1-25. Inglaterra: Kindle.

Helms, Ludger. 2012. *Comparative Political Leadership*. Inglaterra: Kindle.

Helms, Ludger. 2014. "Institutional Analysis". En *The Oxford Handbook of Political Leadership* [en línea], editado por R. A. W. Rhodes y Paul 't Hart. Oxford University Press. DOI: OI: 10.1093/oxfordhb/9780199653881.013.010

Herbert S. Klein y Francisco Vidal Luna. 2010. *Slavery in Brazil*. Nueva York: Cambridge University Press.

Hirst, Mónica. "La época de Vargas: 1930-1945". *Crítica & Utopía*, (5) [en línea]. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20130612025212/Hirst.pdf>

Historia de vida. s/f. <http://historiaeavida.blogspot.com/2014/03/comicio-da-central-de-brasil.html>

- Hobsbawm, Eric. 2014. *Historia del siglo XX*. Ciudad de Buenos Aires: Crítica.
- Holtz-Bacha, Christina y Marion R. Just. 2017. *Routledge Handbook of Political Advertising*. Nueva York New York & London: Routledge.
- Hunt, Mala. 2009. "Life, Liberty and Family Values: Church and State in the Struggle over Latin America's Social Agenda". En *Religious Pluralism, Democracy, and the Catholic Church in Latin America*, editado por Francis Hagopian, 335-364. Notre Dame: University of Notre Dame
- Hunt, Shane. 2009. "América Latina en el siglo XX: ¿Se estrecharon las brechas o se ampliaron aún más?". En *Desarrollo económico y bienestar. Homenaje a Máximo Vega-Centeno* [en línea], editado por Efraín Gonzales de Olarte y Javier M. Iguíñiz. Perú: Fondo Editorial - Pontificia Universidad Católica del Perú. <http://files.pucp.edu.pe/departamento/economia/LDE-2009-02-02.pdf>
- Iazzetta, Osvaldo. 2014. "Tres décadas de democracia en tres dimensiones". En *Pensar la política hoy. Treinta años de democracia*, publicado por Isidoro Cheresky, Osvaldo Iazzetta, Lucas Martín, Francisco Naishtat y Hugo Quiroga, 49-77. Buenos Aires: Biblos.
- Ignazi, Piero. 1993. *Extreme Right Parties in Western Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Infobae. 2017. "Brasil: el Tribunal Supremo de Justicia aprobó la enseñanza religiosa en las escuelas públicas". <https://www.infobae.com/america/america-latina/2017/09/27/brasil-el-tribunal-supremo-de-justicia-aprobo-la-ensenanza-religiosa-en-las-escuelas-publicas/>
- Inglehart, Ronald. 1977. *The Silent Revolution: Changing Values and Political Styles Among Western Publics*. New Jersey: Princeton University Press. doi:10.2307/j.ctt13x18ck
- Inglehart, Ronald. 2001. *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: Siglo XXI
- Inglehart, Ronald. 2021. *Religion's Sudden Decline. What's Causing it, and What Comes Next?* Oxford: Oxford University Press.

Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad de Tucumán.
<https://www.aacademica.org/000-108/681>

Ivo Follmann, Jose, and Celso Gabatz. 2017. "Secular State and Freedom of Religion in Brazil: The Brazil-Holy See Concordat and the 'General Law of Religions.'" *Ciências Sociais Unisinos*, 53 (2): 225–33. doi:10.4013/csu.2017.53.2.06.

James, Daniel. 1990. *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.

Jelin, Elizabeth. 2005. "Los derechos humanos entre el estado y la sociedad". En *Nueva historia argentina. Dictadura y democracia (1977-2001)*, Tomo X, coordinado por Juan Suriano, 507-557. Buenos Aires: Sudamericana.

Juan Carlos Agulla. 1969. *Diagnóstico social de una crisis: Córdoba, mayo de 1969*. Córdoba: Editer.

Katz, Richard y Peter Mair. 1995. "Changing Models Of Party Organization and party democracy: The Emergence of the Cartel Party". *Party Politics*, 1 (1): 5-28.<https://doi.org/10.1177/1354068895001001001>

Kazin, Michael. 1995. *The Populist Persuasion: An American History*. New York: Basic Books.

King, Anthony. 2002. *Leaders' Personalities and the Outcome of Democratic Elections*. Oxford: Oxford University Press.

Kirchheimer, Otto. 1980 [1966]. "El camino hacia el partido de todo el mundo". En *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, editado por Kurt Lenk y Franz Neumann Barcelona, 328-347. España: Anagrama.

Kitschelt, Herbert, Kirk Hawkins, Pablo Luna, Guillermo Rosas y Elizabeth Zechmeister. 2010. *Latin American Party Systems*. Nueva York: Cambridge University Press.

Klaiber, Jeffrey. 1997. *Iglesia, Dictaduras y Democracia en América Latina*. Perú: Fondo Editorial.

Klein, Herbert y Francisco Vidal Luna. 2014. “Creando un Estado de Bienestar en un régimen autoritario: el caso de Brasil”. *Economía y política*, 1 (1), 29-73. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6266404>

Klein, Herbert. 1993. “Las características demográficas del comercio atlántico de esclavos hacia Latinoamérica”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (8): 7-27. http://ravignanidigital.com.ar/_bol_ravig/n08/n08a01.pdf

Könder Comparato, B. 2020. “¿Un partido de derecha radical en Brasil?” En *Los nuevos rostros de la derecha en América Latina* [en línea], compilado por Andrea Bolcatto y Gastón Souroujon, 163-183. Santa Fe: Ediciones UNL. <https://hdl.handle.net/11185/5726>

Kourliandsky, Jean-Jaques. 2019. “Democracia, evangelismo y reacción conservadora”. *Revista Nueva Sociedad*, (280): 139-146. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/10.TC_Kourliandsky_280.pdf

Laclau, Ernesto. 1978. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI

Laclau, Ernesto. 2005. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lamounier, Bolivar. 2006. “Formação de um pensamento político autoritário na primeira república. Uma interpretação”. En *História geral da civilização brasileira. Sociedade e instituições (1889-1930)*, tomo III, 9, dirigido por Boris Fausto, 371-404. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.

Landi, Oscar. 1987. “Cultura y política en la transición democrática”. En «*Proceso, crisis y transición democrática/I*», compilado por Oscar Oszlak, 102-123. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Landman, Todd. 2011. *Política Comparada, Una introducción a su objeto y métodos de investigación*. Madrid: Alianza editorial.

Lanzini, Erica. 2010. “Midiendo la territorialización de la política”. *V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política*, Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP), Buenos Aires. <https://cdsa.aacademica.org/000-036/71.pdf>

Latinobarómetro (s.f). Latinobarómetro. <https://www.latinobarometro.org/latOnline.jsp>.

Leiras, Santiago. 2019. “El fenómeno de los líderes anti políticos en Brasil durante la nueva República: Los casos de Fernando Collor de Mello y Jair Bolsonaro”. *Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, Tomo XLVI 251-296.

Leite, Filipe de Faria Dias. 2010. “Aparticipação da liga eleitoral católica na composição da assembléia constituinte de 1933”, *Dialogus*, 6 (1): 49-61. <<http://hdl.handle.net/11449/93251>>.

Lettieri, Alberto. 2003. “La guerra de las representaciones: la revolución de septiembre de 1852 y el imaginario social porteño”. En *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, compilado por Hilda Sabato y Alberto Lettieri, 97-114. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Levine, Robert. 1980. *O Regime de Vargas. Os anos críticos*. Nova Fronteira: Rio de Janeiro.

Levine, Robert. 2001. *Pai dos pobres? O Brasil e a era Vargas*. San Pablo: Companhia das Letras.

Levisky, Steven. 2005. La transformación del sindicalismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999. Buenos Aires: Siglo XXI editora iberoamericana.

Levitsky Steven, Loxton James, Van Dick Brandon y Jorge Domínguez, organizadores. 2016. *Challenges of Party-Building in Latin America*. Nueva York: Cambridge University Press.

Lida, Miranda. 2008. “Una modernización en clave de cruzada: El diario católico de Buenos Aires en la década de 1920: el pueblo”. *Revista Escuela de Historia*, (1): 7: 1-18. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=63818509004>

Lida, Miranda. 2009. Los orígenes del catolicismo de masas en la Argentina, 1900-1934. *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 46: 345 - 370. https://historiapolitica.com/datos/biblioteca/catolicismo%20espyarg_lida.pdf

Lida, Miranda. 2011. "Por una historia social y política del catolicismo en la Argentina del siglo XX". *POLHIS*, 8 (121). http://historiapolitica.com/datos/boletin/polhis8_LIDA.pdf

Lida, Miranda. 2015. *Historia del catolicismo en la Argentina entre el siglo XIX y el siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lijphart, Arend. 1994a. *Electoral Systems and Party Systems. A Study of Twenty-seven Democracies, 1945-1990*. Oxford: Oxford University Press.

Lijphart, Arend. 1994b: *Presidencial and Majoritarian Democracy: Theoretical Observations*. En *The Failure of Presidential Democracy, Baltimore and London*, editado por Juan J. Linz y Arturo Valenzuela, 91-105. Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Lijphart, Arend. 2000. *Modelos de democracia. Formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*. Barcelona: Ariel.

Lima, Elizabeth Christina de e Isabelly Cristian y Chaves Lima. 2020. "Conservadorismo, neoconservadorismo e bolsonarização". *Revista Debates*, 14 (1): 173-199. <https://doi.org/10.22456/1982-5269.99855>

Linz, Juan J. 1994. "Presidentialism or Parliamentarism: Does it Make a Difference?". *The Failure of Presidential Democracy*, editado por Juan J. Linz, Juan y Arturo Valenzuela, 3-88. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Linz, Juan L. 1990. "The perils of the Presidentialism". *Journal of Democracy*, (1): 51-69.

Lipset, Martin y Stein Rokkan .2001 [1967]. Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales. En *Diez textos básicos de ciencia política*, editado por Albert Batlle, 231-273. Barcelona: Ariel.

Loewenstein, Karl. 1942. *Brazil under Vargas*. Nueva York: The Macmillan Company.

Luna, Pablo y Cristóbal Rovira Kaltwasser. 2014. "Introduction: The Right in Contemporary Latin America: A Framework for Analysis". En *The Resilience of the Latin*

American Right, editado por Luna, Pablo y Cristóbal Rovira Kaltwasser, 1-24. Baltimore: John Hopkins University Press.

Lustig, Nora. 2020. “Desigualdad y descontento social en América Latina”. *Nueva Sociedad*, (286): 53-61. <https://nuso.org/articulo/desigualdad-y-descontento-social-en-america-latina>.

Lynch, John. 1991. “Las repúblicas del Río de la Plata”. *Historia de América Latina. América Latina independiente, 1820-1870*, editado por Leslie Bethell, 264-318. Barcelona: Crítica.

Mahoney, James y Kathleen Thelen. 2009. *Explaining Institutional Change. Ambiguity, Agency, and Power*. Nueva York: Cambridge University Press.

Mahoney, James. 2000. “Path Dependence in Historical Sociology”. *Theory And Society*, 29 (4): 507-548. <http://www.jstor.org/stable/3108585>.

Mainwaring Scott y Aníbal Pérez-Liñán. 2020. *Democracias y dictaduras en América Latina. Surgimiento, supervivencia y caída*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Mainwaring, Scott y Mariano Torcal. “La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora”. *América Latina Hoy*, 41: 141-173. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30804107>.

Mainwaring, Scott y Timothy Scully. 2012. “La diversidad de la democracia cristiana en Latinoamérica”. En *La democracia cristiana en América latina. Conflictos y competencia electoral*, editado por Scott Mainwaring y Timothy Scully, 49-104. México: Fondo de Cultura Económica.

Mainwaring, Scott, Timothy J. Power, y Fernando Bizzarro. 2018. “The Uneven Institutionalization of a Party System: Brazil.” En *Party Systems in Latin America: Institutionalization, Decay, and Collapse*, editado por Scott Mainwaring, 164-200. Nueva York: Cambridge University Press.

Mainwaring, Scott, Timothy Power y Fernando Bizzarro. 2018. “Uneven Institutionalization of a Party System: Brazil”. En *Party Systems in Latin America:*

Institutionalization, Decay, and Collapse, editado por Scott Mainwaring, 164-200. Nueva York: Cambridge University Press

Mainwaring, Scott. 1986. *The Catholic Church and Politics in Brazil, 1916-1985*. Stanford: Stanford University Press.

Mainwaring, Scott. 1987. "Grassroots Catholic Groups and Politics in Brazil, 1964-1985". Kellogg Institute, working paper 48. https://kellogg.nd.edu/sites/default/files/old_files/documents/098_0.pdf

Mainwaring, Scott. 1999. *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The Case of Brazil*. Stanford: Stanford University Press.

Mainwaring, Scott. 2012. "Transformación y decadencia de la democracia cristiana en Latinoamérica". En *La democracia cristiana en América latina. Conflictos y competencia electoral*, editado por Scott Mainwaring y Timothy Scully, 468-488. México: Fondo de Cultura Económica.

Mainwaring, Scott. 2015. "Repensando las teorías de sistemas de partidos". En *Política comparada sobre América Latina: Teorías, Métodos y Tópicos* [en línea], editado por Rossana Castiglioni y Claudio Fuertes. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.

Mainwaring, Scott. 2018. *Party Systems in Latin America: Institutionalization, Decay, and Collapse*. Nueva York: Cambridge University Press.

Mainwaring, Scott y Aníbal Pérez-Liñán. 2013. *Democracies and Dictatorships in Latin America. Emergence, Survival, and Fall*. Nueva York: Cambridge University Press.

Mallimaci, Fortunato, Humberto Cucchetti y Luis Miguel Donatello. 2006. "Caminos sinuosos: nacionalismo y catolicismo en la Argentina contemporánea". En *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político latinoamericano*, coordinado por Ángel Rivero Rodríguez y Francisco Colom González, 155-190. Barcelona: Anthropos.

Mallimaci, Fortunato. 1996. "Catolicismo y militarismo en Argentina (1930-1983): de la Argentina liberal a la Argentina católica". *Revista de Ciencias Sociales*, (4): 181-218. <https://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1425>

Manin, Bernard. 1992. “La metamorfosis de la representación”. En *¿Qué queda de la representación política?*, coordinado por Dos Santos. Caracas: Nueva Sociedad.

March James y Johan Olsen. 1989. *Rediscovering Institutions. The Organizational Basis of Politics*. Nueva York: Free Press.

Martel, Leticia de Campos Velho. 2007. “«Laico, mas nem tanto»: cinco tópicos sobre liberdade e religiosa e laicidade estatal na jurisdição constitucional brasileira”. *Revista Jurídica*, 9 (86): 11-57. <https://revistajuridica.presidencia.gov.br/index.php/saj/article/view/289>

Martín, José Pablo. 1997. *El movimiento de sacerdotes para el tercer mundo. Un debate argentino*. Buenos Aires: Guadalupe.

Martínez de Codes, Rosa María. 1988. El positivismo argentino: una mentalidad en tránsito en la Argentina del Centenario. *Quinto centenario*, Universidad Complutense de Madrid, (14): 193-228. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=80408>

Martínez-Echazábal, Lourdes. 1996. “O culturalismo dos anos 30 no Brasil e na América Latina: deslocamento retórico ou mudança conceitual?” En *Raça, ciência e sociedade* [en línea], organizado por Marcos Chor Maio y Ricardo Ventura Santos, 107-124. Rio de Janeiro: Fiocruz. doi: 10.7476/9788575415177

Martins, Juliana T de S. y Anthony W. Pereira. 2019. “The Politics of Human Rights”. En *Routledge Handbook of Brazilian Politics*, editado por Barry Ames, págs. 503-518. Nueva York: Routledge.

Martins, Juliana y Anthony W. Pereira. 2019. “The Politics of Human Rights”. En *Routledge Handbook of Brazilian Politics*, compilado por Barry Ames, 503-518. Nueva York: Routledge Handbooks.

Martins, Marco Aurelio Corrêa. 2019. “A caridade na ausência da cidadania: escolarização católica gratuita de crianças pobres no rio de janeiro na transição império-república”. *Revista Inter Ação*, 44 (2): 341–357. <https://doi.org/10.5216/ia.v44i2.56705>

Massi, Andrés Alberto. 2014. *Los tiempos de Alfonsín*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Mauricio Macri oficial. 2015. *Me importa* | Mauricio Macri. https://www.youtube.com/watch?v=tqj6Cc9bwmc&ab_channel=MauricioMacri.

Mauricio Macri oficial. 2015. *Por eso estoy acá* | Mauricio Macri. https://www.youtube.com/watch?v=tjdURJJMTAk&ab_channel=MauricioMacri.

Mauricio Macri oficial. 2015. *Tenemos todo* | Mauricio Macri. https://www.youtube.com/watch?v=eT8i1l7aCwQ&ab_channel=MauricioMacri

Mauricio Macri oficial. 2015. *Unir a todos los argentinos* | Mauricio Macri presidente. https://www.youtube.com/watch?v=SkWhce2IZUE&ab_channel=MauricioMacri.

Mayol, Alejandro, Norberto Habegger y Arturo Armada (1970). *Los católicos posconciliares en la argentina 1963-1969*. Buenos Aires: Galerna.

Mazzei, Daniel. 2012. *Bajo el poder de la caballería. El Ejército argentino (1962-1973)*. Buenos Aires: Eudeba.

Mazzei, Daniel. 2015. “Soldados de Perón. Los jóvenes oficiales del Ejército y el peronismo durante la «Revolución Argentina»”. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [en línea]. DOI: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.68192>

Mazzei, Daniel. 2017. “Lucha facciosa, autonomía e influencias externas en las Fuerzas Armadas argentinas en la segunda mitad del siglo XX”. *Revista páginas*, 9 (19): 34-52. <http://hdl.handle.net/2133/12488>

Mazzuca, Sebastián. 2021. *Latercomer State Formation. Political Geography and Capacity Failure in America Latina*. New Heaven: Yale University Press.

Mezarobba, Glenda. 2016. “The Tortuous Path to Truth and Justice”. En *Transitional Justice in Latin America. The uneven road from impunity towards accountability*, coordinado por Elin Skaar, Jemima García-Godos y Cath Collins, capítulo 5. Nueva York: Routledge.

Middlebrook, Kevin. 2000. *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*. Baltimore: Hopkins University Press.

Mignone, Emilio. 2006. *Iglesia y dictadura. El Papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*. Buenos Aires: Colihue.

Mitchell-Walthour, Gladys. 2019. "The Increasing Saliency of Race". En *Routledge Handbook of Brazilian Politics*, editado por Barry Ames, 72-86. Nueva York: Routledge.

Mitchell-Walthour, Gladys. 2019. "The Increasing Saliency of Race". En *Routledge Handbook of Brazilian Politics*, editado por Barry Ames, 72-86. Nueva York: Routledge.

Mitre, Bartolomé. 1890. *Discurso en el Frontón*, 13 de abril. <http://www.historiaydoctrinadelaucl.com/2011/04/discurso-de-bartolome-mitre-en-el-mitin.html>

Moffitt, Benjamin y Simon Tormey. 2014. "Rethinking Populism: Politics, Mediatization and Political Style". *Political Studies*, 62(2): 381-397. <https://doi.org/10.1111/1467-9248.12032>

Moisés, José Álvaro. 1978. "La Huelga de los 300 mil y las comisiones de empresa (Algunas cuestiones dejadas a la historia)", *Revista Mexicana de Sociología*. 40 (2): 493-514. <https://www.jstor.org/stable/3539724>

Montero, Ramón y Richard Gunther. 2007. "Introducción: los estudios sobre los partidos políticos". *Partidos políticos. Viejos conceptos y nuevos retos*, editado por José Ramón Montero; Richard Gunther y Juan J. Linz, 15-48. Madrid: Trotta.

Moore, Barrington Jr. 1966. *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press.

Morales Castro, Vannessa. 2016. "El fracaso de las reformas agrarias en la Alianza Para el Progreso en Brasil 1964 y Colombia 1962 y las reconfiguraciones en las estructuras agrarias". *Revista de la Red Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, (5): 105-121. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/15910>

Morán, Sabrina. 2021. "El populismo o los populismos. Actualidad y particularidades del concepto en América Latina". *América Latina Hoy*, 87: 1-16. <https://doi.org/10.14201/alh.22677>

Moreira, Cássio Silva. 2011. “O projeto de nação do governo João Goulart: o plano trienal e as reformas de base (1961-1964)” [en línea]. Tesis doctoral, Universidad federal de Rio Grande do Sul (UFRGS). <https://lume.ufrgs.br/handle/10183/35450>

Morresi, Sergio. 2016. “«Acá somos todos democráticos». El PRO y las relaciones entre la derecha y la democracia en Argentina”. En «*Hagamos equipo*». *PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*, organizado por Vommaro, Gabriel y Sergio Morresi. Prov. de Buenos Aires: Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento: 163-202.

Motta, Rodrigo Patto Sá. 2002. *Em guarda contra o perigo vermelho: o anticomunismo no Brasil, 1917-1964*. São Paulo: Editora Perspectiva: FAPESP.

Motta, Rodrigo Patto Sá. 2020. “La violencia política en el Brasil republicano: un análisis de las leyes y las instituciones represivas (1889-1988)”. *Boletín Del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (53): 124-150. <https://doi.org/10.34096/bol.rav.n53.8010>

Mudde, Cas. 2000. *The Ideology of the Extreme Right*. Manchester: University Press

Mudde, Cas. 2017. “Populism. An Ideational Approach”. En *The Oxford Handbook of Populism*, editado por Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paulina Ochoa Espejo, Paul Taggart y Pierre Ostiguy Rovira Kaltwasser, 46-70. Oxford: Oxford University Press.

Munck, Gerardo. “Los orígenes y la durabilidad de la democracia en América Latina: Avances y retos de una agenda de investigación”. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 30(3): 573-597. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2010000300001>

Munk, Ronaldo. 1987. “Movimiento obrero, economía y política en Argentina 1955-1985”. *Estudios sociológicos*, 5 (13): 87-109. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6164581>

Murcia, Diego Gonzalo. 2013. “La Asamblea del Año XIII y el problema de la esclavitud”. *Aequitas Virtual USAL*, 7 (20). <https://p3.usal.edu.ar/index.php/aequitasvirtual/article/view/2073/2604>

Murillo, Susana. 2008. “Producción de pobreza y construcción de subjetividad”. En *Producción de pobreza y desigualdad en América Latina* [en línea], compilado por

Alberto Cimadamore y Antonio David Cattani, 41-77. Bogotá: Clacso-Crop.
https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/buscar_libro_detalle.php?id_libro=36&campo=titulo&texto=

Nadeau, Richard, Éric Bélanger, Michael S. Lewis-Beck, Mathieu Turgeon, François Gélinau y Maria Celeste Ratto. 2018. Elecciones Latinoamericanas: Selección y cambio de voto. Bruselas: Peter Lang.

Nascimento Araújo, Maria Paula. 2015. “Redemocratização e justiça de transição no Brasil”. *Studia Historica, Historia Contemporânea*; (33): 67-85.

Navarrete-Cazales, Zaira. 2015. “¿Otra vez la identidad?: Un concepto necesario pero imposible”. *Revista mexicana de investigación educativa*, 20(65), 461-479.
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-66662015000200007&lng=es&tlng=es.

Navarro, Marysa. 1994. *Evita* [en línea]. Buenos Aires: Planeta.
<https://www.lacampora.org/wp-content/uploads/2011/08/Navarro-Marysa-Evita.pdf>

Navarro, Marysa. 2002. “Evita”. En *Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, dirigido por Juan Carlos Torre, 313-355. Buenos Aires: Sudamericana.

Neaera Abers, Rebecca y Marisa von Bülow. 2019. “Social Movements and the State. Conventional and Contentious Politics”. En *Routledge Handbook of Brazilian Politics*, editado por Barry Ames, 105-118. Nueva York: Routledge.

Nercesian, Inés. 2008. “Debates en torno a la lucha armada de los años 1960 en Brasil y Uruguay. Un estado de la cuestión”. *Historia Actual*, (17): 7-18.
<https://doi.org/10.36132/hao.v0i17.263>

Nercesian, Inés. 2010. Controversias, transformaciones y fracturas en el Partido Comunista Brasileiro (1922-1960). *Estudios Sociales*, 39 (1): 119-146.
<https://doi.org/10.14409/es.v39i1.2667>

Neuhaus, Susana. 2002. “La subjetividad de las masas en la sociedad globalizada”. En *Discurso hegemónico en la des-construcción del espacio público y la subjetividad*, compilado por Susana Neuhaus, 94-105. Buenos Aires: Grupo Editorial Altamira.

Nino, Carlos Santiago. 2015. *Juicio al mal absoluto. Hasta donde debe llegar la justicia retroactiva en caso de violaciones masivas a los derechos humanos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Nodal. s/f. <https://www.nodal.am/2019/04/brasil-20-tapas-de-diarios-y-revistas-que-apoyaron-el-golpe-de-estado-de-1964/>

Nohlen, Dieter. 1999. *Sistema de Gobierno, Sistema Electoral y Sistema de Partidos Políticos: opciones institucionales a la luz del enfoque histórico-empírico*. México: Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, Instituto Federal Electoral, Fundación Friedrich Naumann.

Nohlen, Dieter. 2004. *Sistemas electorales y partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Norris, Pippa y Ronald Inglehart. 2004. *Sacred and Secular. Religion and Politics Worldwide*. Londres y Nueva York: Cambridge University Press.

Norris, Pippa y Ronald Inglehart. 2019. *Cultural Backlash. Trump, Brexit and Autoritharian Populism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Norris, Pippa. 2005. *Radical Right. Voters and Parties in the Electoral Market*. Nueva York: Cambridge University Press.

Novaro, Marcos 2000. *Representación y liderazgo en las democracias contemporáneas*. Rosario: Homo Sapiens.

Novaro, Marcos y Vicente Palermo. 2003. *La dictadura militar: 1976-1983 del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Novaro, Marcos. 1994. *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en argentina (1989-1993)*. Buenos Aires: Letra Buena.

Novaro, Marcos. 1995. “El debate contemporáneo sobre la representación política”. *Desarrollo Económico*, 35 (137): 145-157. doi:10.2307/3467427

Novaro, Marcos. 2010. *Historia de la Argentina. 1955-2010*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Novaro, Marcos. 2015. "Transición democrática y legados autoritarios en Argentina, Chile y Uruguay". *Studia Historica, Historia Contemporánea*, (33): 17-36. https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/128392/Transicion_democratica_y_legados_autorit.pdf;jsessionid=E03FC3BDA83E39E2A3671134D8EA0149?sequence=1

O Globo. s/f. Archivo histórico. <http://memoria.oglobo.globo.com/jornalismo/reportagens/um-tiro-no-coraccedilatildeo-8839049>

O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter .1988. "Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas". En *Transiciones desde un gobierno autoritario*, compilado por Guillermo O'Donnell, Philippe C. Schmitter y Laurence Whitehead, T4. Buenos Aires: Paidós.

O'Donnell, Guillermo. 1994. "Democracia delegativa". *Journal of Democracy en español*, 5(1): 55-69.

O'Donnell, Guillermo. 2004. "Accountability horizontal: la institucionalización legal de la desconfianza política". *Revista Española de Ciencia Política*. (11): 11-3. <https://www.scielo.org.mx/pdf/is/n14/1405-0218-is-14-00007.pdf>.

O'Donnell, Guillermo. 2009. *El Estado autoritario burocrático*. Buenos Aires: Prometeo.

O'Donnell, Guillermo. 2009. *El estado burocrático autoritario*. Ciudad de Buenos Aires: Prometeo.

O'Donnell, Guillermo. 2010. *Democracia, agencia y estado. Teoría con intención comparativa*. Buenos Aires: Prometeo.

O'Donnell, Guillermo. 2014a. "Transiciones, continuidades y algunas paradojas". En *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*, 195-230. Buenos Aires: Legislatura Porteña de la Ciudad de Buenos Aires,

O'Donnell, Guillermo. 2014b. "¿Y, a mí que mierda me importa?" En *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*, 144-172. Buenos Aires: Legislatura Porteña de la Ciudad de Buenos Aires.

O'Donnell, Guillermo. 2014c. "Democracia en la Argentina. Micro y macro". En *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización* 112-125. Buenos Aires: Legislatura Porteña de la Ciudad de Buenos Aires.

O'Donnell, Guillermo. 2014d [1978]. "Tensiones en el Estado burocrático-autoritario y la cuestión de la democracia". En *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*, 49-76. Buenos Aires: Legislatura Porteña de la Ciudad de Buenos Aires.

O'Donnell, Guillermo. 2014e. "Estado y Alianzas en la Argentina, 1956-1976". En *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*, 11-48. Buenos Aires: Legislatura Porteña de la Ciudad de Buenos Aires.

O'Donnell, Guillermo. 2014f. "Notas para el estudio de procesos de democratización política a partir del estado burocrático-autoritario". En *Contrapuntos. Ensayos sobre autoritarismo y democratización*, 176-194. Buenos Aires: Legislatura Porteña de la Ciudad de Buenos Aires.

O'Donnell, Guillermo. 1996. "Otra institucionalización". *Política y Gobierno*, 3 (2): 219-244.

Oliveira, Gustavo Moura de y Marília Veríssimo Veronese. 2019. "Brasil y el «fenómeno Bolsonaro»: un análisis preliminar". *Revista Mexicana de Ciencia Política*, 64 (237): 245-267. <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2019.237.68273>.

Orlandi, Hipólito y Alicia Oliveri Alberti. 1998. "Las instituciones políticas de gobierno". En *Las instituciones política de gobierno*, compilado por Hipólito Orlandi, 15-26. Buenos Aires: Eudeba.

Oro, Ari y Marcelo Tadvald. 2019. "Consideraciones sobre el campo evangélico brasileño". *Nueva Sociedad*, (280): 55-64. <https://nuso.org/articulo/consideraciones-sobre-el-campo-evangelico-brasileno/>

Oscar Terán (2013) *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ostiguy, Pierre. 1997. "Peronismo y antiperonismo: bases socioculturales de la identidad política en la Argentina". *Revista de Ciencias Sociales* 6: 133-215.

Ostiguy, Pierre. 2017. "Populism. A Socio-cultural Approach". En *The Oxford Handbook of Populism*, editado por Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy, 73-97. Oxford: Oxford University Press.

Oszlak, Oscar. 1987. "Privatización autoritaria y recreación de la escena pública". En «Proceso», crisis y transición democrática/I, compilado por Oscar Oszlak, 31-48. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Oszlak, Oscar. 2014. *La formación del Estado argentino*. Orden, progreso y organización nacional. Buenos Aires: Paidós.

Oualalou, Lamia. 2019. "Los evangélicos y el hermano Bolsonaro". *Nueva Sociedad*, (280): 68-77. <https://nuso.org/articulo/los-evangelicos-y-el-hermano-bolsonaro/>

Paixão, Marcelo. 2009. "La variable color o raza en los censos demográficos brasileños: historia y estimación reciente de las asimetrías". *Notas de Población*, 36 (89): 187-224. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/37693-notas-poblacion-vol36-ndeg-89>

Palermo, Vicente .2018. *Instituciones políticas brasileñas. Estabilidad y crisis del proceso político contemporáneo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Katz.

Palermo, Vicente. 2007. *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*. Buenos Aires: Sudamericana.

Palermo, Vicente. 2009. "Algunas hipótesis comparativas entre Brasil - Argentina en el siglo XX". *Sociedad Global*, 3 (2): 324-335. https://uai.edu.ar/media/41456/uai-sociedad_global-3_voumnen-2.pdf

Panbianco, Ángelo .1990. *Modelos de partidos. Organización y poder en los partidos políticos*. Madrid: Alianza Editorial.

Panizza, Francisco. 2005. "Unarmed utopia revisited: the resurgence of left of centre politics in Latin America," *Political Studies*, 53(4): 716-34. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9248.2005.00553.x>

Partido Propuesta Republicana (2018). *Presentación Institucional del PRO*. Consulta enero - febrero 2018. <http://pro.com.ar/>.

Pasquino, Gianfranco. 2011. *Nuevo curso de ciencia política*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Pasquino, Gianfranco. 2015a. "Conceptos claros, buena ciencia política". *PostData*, 20 (2): 475-482. <https://www.redalyc.org/pdf/522/52243279008.pdf>

Pasquino, Gianfranco. 2015b. "El Estado burocrático autoritario en perspectiva histórica comparada". *La ciencia política de Guillermo O'Donnell*, coordinado por Martín D'Alessandro y Gabriela Ippolito-O'Donnell, 59-74. Ciudad de Buenos Aires: Eudeba.

Pasquino, Gianfranco. 1999. *La democracia exigente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Patiño Villa, Carlos Alberto. 2006. "Entre la vocación profética y la restauración. Movimientos católicos latinoamericanos en el siglo XX". En *El altar y el trono. Ensayos sobre el catolicismo político latinoamericano*, coordinado por Ángel Rivero Rodríguez y Francisco Colom González, 191-204. Barcelona: Anthropos.

Paz, Enrique Martínez (h). 2014. "La Constitución Brasileña del 16 de julio de 1934". *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, (7/8). <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/REUNC/article/view/6610>

Pereira, Anthony W. 2005. *Political (In)Justice. Authoritarianism and the Rule of Law in Brazil, Chile and Argentina*. Pensilvania: University of Pittsburgh Press.

Pereyra Doval, Gisela y Gastón Souroujon. 2022. *Global Resurgence of the Right. Conceptual and Regional Perspectives*. Londres y Nueva York: Routledge.

Perfil. 2018. "El emocionante primer discurso de Alfonsín como presidente hace 35 años". *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/politica/discurso-completo-asuncion-raul-alfonsin-el-desafio-es-inmenso.phtml>.

Perfil. 2018. "El top 20 de las frases más polémicas de Jair Bolsonaro". *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/internacional/frases-mas-polemicas-de-jair-bolsonaro.phtml>.

Perón, Juan Domingo. 15 de abril de 1953. “Discurso de Juan Domingo Perón en Plaza de Mayo”. *El Historiador*. <https://www.elhistoriador.com.ar/discurso-de-juan-domingo-peron-en-plaza-de-mayo-15-de-abril-de-1953/>

Perón, Juan Domingo. 31 de agosto de 1955. “Discurso de Juan Domingo Perón en la Plaza de Mayo donde dice que «cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos»”. *Portal Educ.ar*. <https://www.educ.ar/recursos/129244/discurso-de-peron-del-31-de-agosto-de-1955>

Persello, Ana Virginia. 2004. *El Partido Radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Peruzzotti, Enrique. 2008. “Populismo y representación democrática”. En *El retorno del pueblo. Populismo y nuevas democracias en América Latina*, editado por Carlos de la Torre y Enrique Peruzzotti, 97-124. Flacso.

Peruzzotti, Enrique C. 2003. “Compromiso Cívico en Argentina. Del Movimiento de Derechos Humanos a los Cacerolazos”. *Res Publica*, 61-88.

Peruzzotti, Enrique C. 2003. “Compromiso Cívico en Argentina. Del Movimiento de Derechos Humanos a los Cacerolazos”. *Res Publica*: 61-88.

Peters, Guy B. y Ludger Helms. 2012. “Executive Leadership in Comparative Perspective: Politicians, Bureaucrats and Public Governance”. En *Comparative Political Leadership*, editado por Ludger Helms, 25-55. Inglaterra: Kindle.

Pierson, Paul y Theda Skocpol. 2008. “El institucionalismo histórico en la ciencia política contemporánea”. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 17 (1): 7-38. <https://www.redalyc.org/pdf/2973/297322673001.pdf>

Pierson, Paul. 2000. “Increasing Returns, Path Dependence, and the Study of Politics”. *American Political Science Review*, 94 (2): 251-267.

Pignatelli, Adrián. 15 de abril de 2022. “Bombas en Plaza de Mayo mientras hablaba Perón y la brutal represalia: fuego en el Jockey Club y la Casa del Pueblo”. *Infobae*. <https://www.infobae.com/sociedad/2022/04/15/bombas-en-plaza-de-mayo-mientras-hablaba-peron-y-la-brutal-represalia-fuego-en-el-jockey-club-y-la-casa-del-pueblo/>

- Piñeiro, Diego E. 2004. "Construyendo la hegemonía: el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil" En *En busca de la identidad. La acción colectiva en los conflictos agrarios de América Latina*, 61-110.
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/becas/20110120051413/4Cap21.pdf>.
- Piscetta, Juan 2019. "Raúl Alfonsín y los sindicatos: el proyecto de ley que selló una enemistad sin retorno". *Perfil*. <https://www.infobae.com/politica/2019/03/31/raul-alfonsin-y-los-sindicatos-el-proyecto-de-ley-que-sello-una-enemistad-sin-retorno/>.
- Pizzarno, Pablo. 2020. "Sobre antiperonismo y radicalización política: la oposición al estado de guerra interno (1951-1955)". *Quinto Sol*, 24 (3): 1-19.
<https://doi.org/10.19137/qs.v24i3.3837>
- Poder360. 2018. *1º programa eleitoral de Jair Bolsonaro (PSL) - Eleições 2018*.
https://www.youtube.com/watch?v=WYUqM2zOcBU&ab_channel=Poder360.
- Poder360. 2018. *3º programa eleitoral de Jair Bolsonaro (PSL) - Eleições 2018*.
https://www.youtube.com/watch?v=5s5g_kJGWro&ab_channel=Poder360.
- Poder360. 2018. *6º programa eleitoral de Jair Bolsonaro (PSL) - Eleições 2018*.
https://www.youtube.com/watch?v=RyoiUIAkSuM&ab_channel=Poder360.
- Poggi, Marta M. 2010. "La consolidación y difusión de un mito fundacional. La Revolución de Mayo en los textos escolares, 1880-1905". *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, (10): 165-198.
https://www.researchgate.net/publication/277264517_La_consolidacion_y_difusion_de_un_mito_fundacional_La_Revolucion_de_Mayo_en_los_textos_escolares_1880-1905
- Poguntke, Thomas y Paul Webb. 2005. *The Presidentialization of Politics: A Comparative Study of Modern Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Pontoriero, Esteban Damián .2022. *La represión militar en la Argentina (1955-1976)*. La Plata-Los Polvorines-Posadas: Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Misiones, Universidad Nacional de General Sarmiento
- Potash, Robert. 1981a. *El Ejército y la política en la Argentina, 1928-1945. De Yrigoyen a Perón*. Buenos Aires: Sudamericana.

Potash, Robert. 1981b. *El Ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Buenos Aires: Sudamericana.

Potash, Robert. 1984. *Perón y el G.O.U. Los documentos de una logia secreta*. Buenos Aires: Sudamericana.

Potash, Robert. 1994a. *El Ejército y la política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Primera parte, 1962-1966*. Buenos Aires: Sudamericana.

Potash, Robert. 1994b. *El Ejército y la política en la Argentina 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista. Segunda parte, 1966-1973*. Buenos Aires: Sudamericana.

Potash, Robert. 2002. "Las Fuerzas Armadas y la era de Perón". En *Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, dirigido por Juan Carlos Torre, 79-124. Buenos Aires: Sudamericana.

Power, Timothy J. y Rodrigo Rodrigues-Silveira. 2019. "The Political Right and Party Politics". En *Routledge Handbook of Brazilian Politics*, editado por Barry Ames, 251-268. Nueva York: Routledge.

Power, Timothy. 2016. "The Brazilian Military Regime of 1964-1985: Legacies for Contemporary Democracy". *Iberoamericana*, 16 (62):13-26. <http://www.jstor.org/stable/43901533>.

Power, Timothy. 2016. "The Brazilian Military Regime of 1964-1985: Legacies for Contemporary Democracy". *Nueva Época*, (62): 13-26. <https://www.jstor.org/stable/43901533>

Putman, Samuel. 1942. "Brazilian Culture Under Vargas". *Science and Society*, 6 (1):34 - 57. <https://www.jstor.org/stable/40399679>

Queiroz, Antônio Augusto de. 2012. *Movimento Sindical: Passado, Presente e Futuro* [en línea]. Brasília: Departamento Intersindical de Assessoria Parlamentar. <https://www.diap.org.br/index.php/publicacoes?task=download.send&id=253&catid=44&m=0>

Queiroz, Christina. 2016. “Religión y política en la educación”. *Pesquisa FAPESP*, 243. <https://revistapesquisa.fapesp.br/es/religion-y-politica-en-la-educacion/>

Ratto, Celeste. 2013. “Accountability y voto económico en América Latina: un estudio de las pautas de comportamiento electoral entre 1996 y 2004”. *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, 2 (1): 67-98. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/9206>

Ratto, Celeste. 2018. “Ideología, votantes y partidos: el espacio ideológico de la competencia partidaria en la Argentina”. *Questión*, 1 (60). <https://doi.org/10.24215/16696581e105>

RecordTV Cabo Verde. 2018. *Exclusivo: assista à primeira entrevista de Jair Bolsonaro após a alta médica*. https://www.youtube.com/watch?v=kk2quhx3Rqo&list=PLH0j0zkdLD2N8CTmU1liVx14ckHlzzrhR&index=7&t=234s&ab_channel=RecordTVCaboVerde.

Reicher, Stephen, Alexander Haslam, and Michael Platow. 2014. “Social Psychology”. En *The Oxford Handbook of Political Leadership* [en línea], editado por R. A. W. Rhodes y Paul 't Hart. Oxford University Press. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199653881.013.008.

Renshon, Stanley. 2014. “Psychoanalytic Theories”. En *The Oxford Handbook of Political Leadership* [en línea], editado por R. A. W. Rhodes y Paul 't Hart. Oxford University Press. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199653881.013.022.

Riorda, Mario. El eterno comienzo de la Argentina. Buenos Aires: Planeta

Rivarola Puntigliano, Andrés y Adolfo Garcé. 2008. “Introduction”. *Stockholm Review of Latin American Studies*, (3): 3-9. https://www.researchgate.net/publication/49607137_Latin_America_Left_Right_or_Beyond

Roberts, Kenneth. 2002. “El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal”. En *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, compilado por Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina (h), 55-76. Rosario: Homo Sapiens.

Roberts, Kenneth. 2014. *Changing Course in Latin America: Party Systems in the Neoliberal Era*. New York: Cambridge University Press.

Roberts, Kenneth. 2015. "Populism, political mobilizations, and crises of political representation". En *The Promise and Perils of Populism: Global Perspectives*, editado por Carlos de la Torre, 140-158. Lexington: University of Kentucky Press.

Rock, David y Mario R. dos Santos. 1971. "Lucha civil en la Argentina - La Semana Trágica de enero de 1919". *Desarrollo Económico*, 11 (42/44): 165-215. <https://doi.org/10.2307/3465980>

Rock, David. 1975. *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu.

Rodrigues, Cândido Moreira. 2005. *A ordem. Uma revista de intelectuais católicos (1934-1945)*. Belo Horizonte: Autêntica/Fapesp.

Rodriguez, Patricia. 2009. "With or Without the People: The Catholic Church and Land-Related Conflicts in Brazil and Chile. En *Religious Pluralism, Democracy, and the Catholic Church in Latin America*, editado por Francis Hagopian, 185-225. Notre Dame: University of Notre Dame.

Romero, Ana L. 2020. "Movilizaciones patrióticas y crisis política: La Liga Patriótica, Argentina 1898". *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 20 (2). <https://doi.org/10.24215/2314257Xe124>

Romero, José Luis. 2010. *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Romero, Luis Alberto. 2012. *Breve historia contemporánea de la Argentina 1916-2010*. Ciudad de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Rosanvallon, Pierre. 2007. *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Manantial.

Rosanvallon, Pierre. 2009. *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*. Buenos Aires: Manantial.

Rosas, Guillermo. 2010. "Issues, Ideologies, and Partisan Divides. Imprints of Programmatic Structure on Latin American Legislatures". En *Latin American Party Systems*, editado por *Latin American Party Systems*, editado por Herbert Kitschelt, Kirk Hawkins, Juan Luna, Guillermo Rosas y Elizabeth Zechmeister, 70-95. New York: Cambridge University Press.

Rosemberg, Jaime. 2014. Mauricio Macri: "Conmigo se acaban los curros en derechos humanos". *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/politica/mauricio-macri-conmigo-se-acaban-los-curros-en-derechos-humanos-nid1750419/>.

Rubinzal, Mariela. 2012. *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943): Discursos, representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo*, [en línea]. Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.450/te.450.pdf>

Ruiz Moreno, Isidoro. 2000. "La política entre 1862 y 1880". En *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-c. 1914)*, [en línea], Academia Nacional de la Historia, Tomo 4, 453-481. Buenos Aires: Planeta. <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

Rutsch, Mechthild. 1981. "Los fundamentos de la teoría culturalista boasiana." *Boletín de Antropología Americana*, 4: 115-37. <http://www.jstor.org/stable/40976974>.

Sábato, Hilda. 2003. "Introducción La vida política argentina: miradas históricas sobre el siglo XIX". En *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, compilado por Hilda Sábato y Alberto Lettieri, 9-24. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sampay, Arturo E. 1975. *Las constituciones de la Argentina (1810-1872)*. Buenos Aires: Eudeba.

Samuels, David y Cesar Zucco. 2019. "Partisians, Anti-Partisians and Voter Behaviour". En *Routledge Handbook of Brazilian Politics*, editado por Barry Ames, 269-290. Nueva York: Routledge

Sánchez Arteaga, Juan Manuel. 2009. "Las ciencias y las razas en Brasil hacia 1900". *Asclepio*, 61 (2): 67-100. <https://doi.org/10.3989/asclepio.2009.v61.i2.285>

Santella, Agustín. 2009. De la revolución a la movilización. Las huelgas generales en Argentina, 1902-2002: notas preliminares e hipótesis. *IIGG-UBA*, documento de jóvenes investigadores. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20110418042911/ji17.pdf>

Santos, Fabiano y Talita Tanscheit. 2019. “Quando velhos atores saem de cena: a ascensão da nova direita política no Brasil”. *Colombia Internacional*, (99): 151-186. <https://doi.org/10.7440/colombiaint99.2019.06>.

Santos, Wanderley Guilherme dos. 1967. “A imaginação político-social brasileira”. *Dados*, (2/3). <http://dados.iesp.uerj.br/es/artigos/?id=19>

Santos, Wanderley Guilherme dos. 1970. Raízes da imaginação política brasileira. *Dados*, (7). <http://dados.iesp.uerj.br/es/artigos/?id=58>

Santos, Wanderley Guilherme dos. 1979. *Cidadania e justiça*. Rio de Janeiro: Campus.

Santos, Wanderley Guilherme dos. 1998. “A práxis liberal no Brasil”. *Décadas de espanto e uma apologia democrática*, 9-61. São Paulo: Rocco.

Sartori, Giovanni y Leonardo Morlino. 1994. *La comparación en las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Universidad.

Sartori, Giovanni. 1994. “Comparación y método comparativo”. En *La comparación en las ciencias sociales*, editado por Giovanni Sartori y Leonardo Morlino, 29-50. Madrid: Alianza Universidad.

Sartori, Giovanni. 1998. *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.

Scarrow, Susan. 2000. “Parties without members?”. En *Parties without Partisans* editado por Russell J. Dalton y Martin Wattenberg, 79-101. Oxford: Oxford University Press.

Schwarcz, Lilia Moritz. 1993. *O espetáculo das raças: cientistas, instituições e questão racial no Brasil, 1870-1930*. São Paulo: Companhia das Letras.

Schwarcz, Lilia Moritz. 1994. “Espectáculo da miscigenação”. *Estudos Avançados*, 8 (20): 137-152. <https://doi.org/10.1590/S0103-40141994000100017>

Scobie, James. 2000. "El crecimiento de las ciudades latinoamericanas, 1870-1930". En *Historia de América Latina. América Latina. América Latina: Economía y sociedad, 1870-1930, Tomo VII*, editado por Leslie Bethell, 202-230. Barcelona: Crítica.

Scott Mainwaring y Timothy Scully. 1996. *Construcción de Instituciones Democráticas: Sistema de Partidos en América Latina* [en línea]. Santiago de Chile: Cieplan. <https://www.cieplan.org/la-construccion-de-instituciones-democraticas/>

Segato, Rita. 2007. *La nación y sus otros*. Buenos Aires: Prometeo.

Segovia, Juan F. 2006. "El modelo corporativista de estado en argentina, 1930-1945. Entre el derecho, la política y la ideología". *Revista de Historia del Derecho*, (34): 269-355. <http://hdl.handle.net/11336/38655>

Segreti, Carlos A., Ana I. Ferreyra y Beatriz Moreyra. 2000. "La hegemonía de rosas. Orden y enfrentamientos políticos (1829-1852)". En *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-c. 1914)*, [en línea], Academia Nacional de la Historia, Tomo 4, 379-426. Buenos Aires: Planeta. <https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

Semán, Pablo. 2019. "¿Quiénes son? ¿Por qué crecen? ¿En qué creen? Pentecostalismo y política en América Latina". *Nueva Sociedad* (280): 26-46. <https://nuso.org/articulo/quienes-son-por-que-crecen-en-que-creen/>

Shin, Dohchull. 1994. "On the Third Wave of Democratization: A Synthesis and Evaluation of Recent Theory and Research". *World Politics*, 47 (1): 135-170. <https://doi.org/10.2307/2950681>

Shugart, Matthew y John Carey. 1992. En *Presidents and Assemblies. Design and Electoral Dynamics*. Cambridge: Cambridge University Press.

Siede, Isabelino y Adriana Serulnicoff. 2016. Migraciones hacia la Argentina: fines del siglo XIX y principios del XX. Memoria Académica UNLP. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.784/pm.784.pdf>.

Sigman, Rachel y Staffan Lindberg. 2015. "The Index of Egalitarian Democracy and its Components: V-Dem's Conceptualization and Measurement". V-Dem Working Paper (22). https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2727612

Simão, Azis. 1966. *Sindicato e Estado. Suas relações nas formação do proletariado de São Paulo*. San Pablo: Dominus.

Skaar, Elin, Jemima García-Godos y Cath Collins. 2016. *Transitional Justice in Latin America. The uneven road from impunity towards accountability*. Nueva York: Routledge.

Skidmore, Thomas. 1967. *Politics in Brazil, 1930-1964. An Experiment in Democracy*. Nueva York: Oxford University Press.

Skidmore, Thomas. 1976. *Preto no branco. Raça e nacionalidade no pensamento brasileiro (1870-1930)*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Skidmore, Thomas. 1988. *The Politics of Military Rule in Brazil*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press.

Skidmore, Thomas. 1992. "Racial Ideas and Social Policy in Brazil 1870-1940". En *The idea of Race in Latin America, 1870-1940*, editado por Richard Graham, 7-36. Austin: University of Texas Press.

Skidmore, Thomas. 1999. *Brazil. Five Centuries of Change*. Nueva York: Oxford University Press.

Skidmore, Thomas. 2002. "Raíces de Gilberto Freyre". *Journal of Latin American Studies*, 34(1): 1-20. doi:10.1017/S0022216X01006277

Skocpol, Theda y Margaret Somers. 1980. "The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry". *Comparative Studies in Society and History*, 22 (2):174-197.

Skocpol, Theda. 1979. *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*. Cambridge: Cambridge University Press.

Slimovich, Ana y Virginia García Beaudoux. 2022. "Comunicación política e Instagram: la campaña electoral argentina 2021". *Revista Argentina de Ciencia Política*, 1 (29): 109-

138.

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaargentinienciapolitica/article/view/8104>.

Slimovich, Ana. 2017. “La ruta digital a la presidencia argentina. Un análisis político e hipermediático de los discursos de Mauricio Macri en las redes sociales”. *Dixit*, (26): 24-43. <https://doi.org/10.22235/d.v0i26.1321>.

Smulovitz, Catalina y Enrique Peruzzotti. 2000. “«Societal accountability in Latin America»”. *Journal of Democracy*, 11 (14): 147-158. doi:10.1353/jod.2000.0087.

Solano, Esther. 2018. “Crise da Democracia e extremismos de direita”. *Análise*, (42), [en línea]. <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/brasilien/14508.pdf>

Solano, Esther. 2018. “Crise da Democracia e extremismos de direita”. *Análise*, 42: 1-29. <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/brasilien/14508.pdf>

Solano, Esther. 2019. “La Bolsonarización de Brasil”. *Documentos de trabajo IELAT*, (121) [en línea]. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6914400>

Souroujon, Gastón 2020. “El lenguaje republicano en la nueva derecha. Populismo republicano en Pro-cambiamos”. En *Los nuevos rostros de la derecha en América Latina* [en línea], compilado por Andrea Bolcatto y Gastón Souroujon, 84-101. Santa Fe: Ediciones UNL. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/5726>.

Sousa, Jessé. 2019. *A elite di atraso. Da escravidão a Bolsonaro*. Rio de Janeiro: Estação.

Spina Forjaz, María Cecilia. 1989. *Tenentismo e Forças Armadas na Revolução de 30*. Rio de Janeiro: Forense Universitaria.

Stefanoni, Pablo. 2018. “Biblia, buey y bala... recargados. Jair Bolsonaro, la ola conservadora en Brasil y América Latina”. *Nueva Sociedad*, (278): 4-11. <https://nuso.org/articulo/biblia-buey-y-bala-ola-conservadora-brasil-bolsonaro-stefanoni/>

Stefanoni, Pablo. 2018. “Biblia, buey y bala... recargados. Jair Bolsonaro, la ola conservadora en Brasil y América Latina”. *Nueva Sociedad*, (278): 4-11.

<https://nuso.org/articulo/biblia-buey-y-bala-ola-conservadora-brasil-bolsonaro-stefanoni/>.

Steinmo, Sven y Kathleen Thelen. 2015. "Institucionalismo histórico en política comparada". En *Política comparada sobre América Latina: teorías, métodos y tópicos*, editado por Rossana Castiglioni y Claudio Fuentes, 231-272. Santiago de Chile: UDP.

Stepan, Alfred. 1971. *Brasil: los militares y la política*. Buenos Aires: Amorrortu.

Stepan, Alfred. 1973. *Authoritarian Brazil*. Virginia: Yale University Press.

Stepan, Alfred. 1989. *Democratizing Brazil. Problems of Transition and Consolidation*. Nueva York: Oxford University Press.

Stumpf González, Rodrigo, Marcello Baquero y Luis Gustavo Mello Grohmann. 2021. "Nova direita ou vinho velho em odres novos? A trajetória conservadora no Brasil do último século". *Revista Debates*. 15 (2): 9-44. DOI: 10.22456/1982-5269.110792.

Suriano, Juan. 2000. *La cuestión social en Argentina 1870- 1943*. Buenos Aires: La Colmena.

Suriano, Juan. 2005. "Una Argentina diferente". En *Nueva historia argentina. Dictadura y democracia (1977-2001)*, Tomo X, coordinado por Juan Suriano, 11-32. Buenos Aires: Sudamericana.

Suzeley, Mathias y Andre Guzzi. 2010. "The Armed Forces in Brazilian's Constitutions". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 5. http://socialsciences.scielo.org/pdf/s_rbcso/v5nse/scs_a04.pdf.

Svampa, Maristella. 2016. *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*. Buenos Aires: Edhasa.

Svampa, Maristella. 2016. *Debates Latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*. Ciudad de Buenos Aires: Edhasa.

Tavits, Margit. 2013. *Post-Communist Democracies and Party Organization*. Cambridge: Cambridge University Press.

Tedesco, Juan Carlos. 1993. *Educación y sociedad en Argentina, 1880-1945*. Buenos Aires: Solar.

Telles, Edward E. 2006. *Race in another America: the significance of skin color in Brazil*. New Jersey: Princeton University Press.

Thiago Cavalieri Mourelle. 2020. “O Brasil e a crise de 1929: economia, orçamento e debate político nos anos 1930”. En *Governo Vargas: um projeto de nação*, organizado por Barbosa Fraga, André, Mayra Coan Lago y Thiago Cavalieri Mourelle, 13-34. Rio de Janeiro: 7 letras.

Tilly, Charles. 1978. *From Mobilization to Revolution*. Nueva York: Random House-McGraw-Hill Publishing Co.; Reading: Addison Wesley Publishing Co.

Tilly, Charles. 1998. *Durable Inequality*. California: University of California Press.

Torre, Juan Carlos. 2002. *Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Torre, Juan Carlos. 2003. “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria.” *Desarrollo Económico*, 42 (168): 647-665. <https://doi.org/10.2307/3455908>.

Torre, Juan Carlos. 2017. “Los huérfanos de la política de partidos *revisited*”. *Revista SAAP*, 11 (2): 10-30. http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-19702017000200004&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1853-1970.

Torre, Renée de la y Pablo Semán. 2021. *Religiones y espacios públicos en América Latina*. México: Centro de Estudios Latinoamericanos. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20210203073629/Religiones-espacios.pdf>

Touris, Claudia F. 2015. “Iglesia católica, dictaduras y memorias en conflicto en Brasil y Argentina”. *Archives de sciences sociales des religions*, (170): 97-115. <https://doi.org/10.4000/assr.26877>

Trinidad, Helgio H. 1973. “El fascismo brasileño en la década del 30: Orígenes históricos y base social del integralismo (1932-37)”. *Desarrollo Económico*, 12 (48): 687-723. <https://doi.org/10.2307/3466301>.

- Van Dijk, Teun. 1993. "El racismo de la elite". *Archipiélago*, (14): 106-111. <http://www.discursos.org/Art/El%20racismo%20de%20la%20%E9lite.pdf>
- Van Dijk, Teun. 2001. "Discurso y racismo". *ILADES*, 191-204. <http://www.discursos.org/oldarticles/Discurso%20y%20racismo.pdf>
- Van Dijk, Teun. 2003. *Racismo y discurso de las élites*. Barcelona: Gedisa.
- Van Dijk, Teun. 2007. *Racismo y discurso en América Latina*. Barcelona: Gedisa.
- Varieties of Democracy (V-Dem). s/f. <https://www.v-dem.net/en/onlinegraphing/>
- Velasco Molina, Mónica. 2015. "Políticas raciales en Brasil:1862-1933". *Latinoamérica*, (61): 31-64. DOI:[10.1016/j.larev.2015.12.003](https://doi.org/10.1016/j.larev.2015.12.003)
- Velázquez Ramírez, Adrián. 2015. "De la concertación a la Multipartidaria: el espacio político partidario en los albores de la transición a la democracia en Argentina (1980-1981)". *Contemporánea*; 1 (7): 1-28. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/56457>
- Verón, Eliseo. 1987. "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política". En *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, autores Eliseo Verón, Leonor Arfuch, María Magdalena Chirico, Emilio De Ípola, Noemí Goldman, Inés González Bombal y Oscar Landi, 12-26. Buenos Aires: Hachette.
- Verón, Eliseo. 1993. *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Gedisa.
- Verón, Eliseo. 2014. "Reflexiones sobre la ausencia". *El liberal*. <http://www.elliberal.com.ar/noticia/121935/reflexiones-sobre-ausencia>
- Vezzetti, Hugo. 2002. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Vezzetti, Hugo. 2009. *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Villavicencio, Susana. 2008. *Sarmiento y la nación cívica. Ciudadanía y filosofías de la nación cívica*. Buenos Aires: Eudeba.

Vommaro, Gabriel y Sergio Morresi. 2015. “Unidos y diversificados: la construcción del partido PRO en la CABA”. *SAAP*, 8 (2): 375-417.
<http://www.scielo.org.ar/pdf/r AAP/v8n2/v8n2a02.pdf>

Vommaro, Gabriel y Sergio Morresi. 2016. “«La ciudad nos une». La construcción del PRO en el espacio político argentino”. En «*Hagamos equipo*». *PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*, organizado por Gabriel Vommaro y Sergio Morresi, 11-70. Buenos Aires: UNGS.

Vommaro, Gabriel. 2017. *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Vommaro, Gabriel. 2019. “De la construcción partidaria al gobierno: PRO-Cambiemos y los límites del ‘giro a la derecha’ en Argentina”. *Colombia Internacional*, (99): 91-120.
<https://doi.org/10.7440/colombiaint99.2019.04>

Vommaro, Gabriel. 2020. “Propuesta Republicana y sus mundos sociales de pertenencia: una perspectiva sociocultural de la nueva centro-derecha argentina”. En *Anatomía de la derecha chilena: Estado, mercado y valores en tiempos de cambio*, editado por Stéphanie Alenda, 301-322. Santiago de Chile: FCE.

Webb, Paul, Thomas Poguntke y Robin Kolodny. 2012. “The Presidentialization of Party Leadership? Evaluating Party Leadership and Party Government in the Democratic World”. En *Comparative Political Leadership*, editado por Ludger Helms, 77-98. Inglaterra: Kindle.

Webb. 2002. “Conclusion: Political Parties and Democratic Control in Advanced Industrial Societies”. En *Political Parties in Advanced Industrial Democracies*, editado por Paul Webb, David Farrell y Ian Holliday, 438-460. Oxford: Oxford University Press.

Welffort, Francis. 1980. *O populismo na política brasileira*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Weyland, Kurt. 2017. “A Political-Strategic Approach”. En *The Oxford Handbook of Populism*, editado por Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paulina Ochoa Espejo, Paul Taggart y Pierre Ostiguy Rovira Kaltwasser, 72-102. Oxford: Oxford University Press.

Wiesehomeier, Nina y David Doyle. 2014. "Profiling the Electorate: Ideology and Attitudes of Rightwing Voters". En *The Resilience of the Latin American Right*, editado por Luna, Pablo y Cristóbal Rovira Kaltwasser, 48-74. Baltimore: John Hopkins University Press.

Williams, Daryle. 2001. *Culture wars in Brazil: the first Vargas Regime, 1930-1945*. Durham & London: Duke University Press.

World Values Surveys. s/f. <https://www.worldvaluessurvey.org/wvs.jsp>.

Zanatta, Loris .1996. *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Zanatta, Loris. 1999. *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*. Buenos Aires: Sudamericana.

Zaverucha, Jorge .2010. "Relações civil-militares: o legado autoritário da Constituição brasileira de 1988". En *O que resta da ditadura: a exceção brasileira* [en línea], organizado por Edson Teles e Vladimir Safatle, 41-76. San Pablo: Boitempo. <https://clnicasdotestemunhosc.weebly.com/uploads/6/0/0/8/60089183/o-que-resta-da-ditadura1.pdf>

Zaverucha, Jorge. 2008. "La militarización de la seguridad pública en Brasil". *Nueva Sociedad* (213): 128-146. <https://nuso.org/articulo/la-militarizacion-de-la-seguridad-publica-en-brasil/>.

Zechmeister, Elizabeth y Margarita Corral. 2013. "Individual and Contextual Constraints on Ideological Labels in Latin America". *Comparative Political Studies*, 46 (6): 675-701. <https://doi.org/10.1177/001041401246388>.

Zechmeister, Elizabeth. 2010. "Left-right semantics as a facilitator of programmatic structuration", *Latin American Party Systems*, editado por Herbert Kitschelt, Kirk Hawkins, Juan Luna, Guillermo Rosas y Elizabeth Zechmeister, 96-117. New York: Cambridge University Press.

Zimmerman, Eduardo. 2000. "La sociedad entre 1870 y 1914". En *Nueva historia de la nación argentina. La configuración de la República independiente (1810-1914)*, [en

línea], Tomo 4, 133-159. Buenos Aires: Planeta.
<https://repositorio.anh.org.ar/handle/anh/26>

Zuleta Álvarez, Enrique. 1975. *El nacionalismo argentino* (2 tomos). Buenos Aires: La Bastilla.

Zuleta Álvarez, Enrique. 2001. “Los gobiernos de la Concordancia”. En *Nueva historia de la nación argentina. La Argentina del siglo XX (1914-1983)* [en línea], Academia Nacional de la Historia, Tomo 7, 265-268. Buenos Aires: Planeta.
<http://repositorio.anh.org.ar/jspui/handle/anh/29>